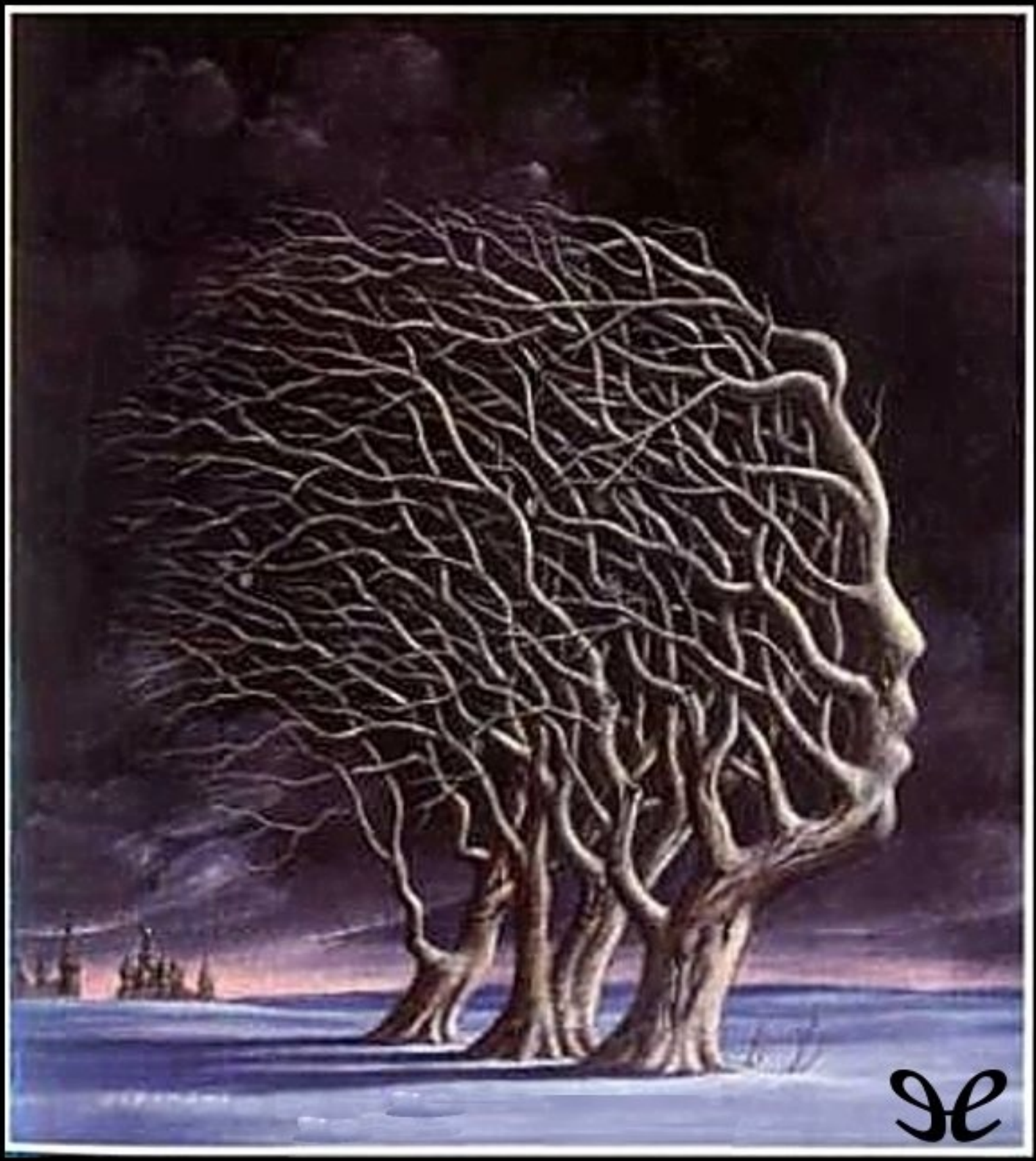
Aleksandr Solzhenitsyn

PABELLÓN DE CÁNCER



Es curioso que, en un período como el que ahora vivimos, amenazados por todo tipo de plagas, una novela como esta, escrita en un tiempo hoy olvidado, en circunstancias tan distintas y con el pretexto de otra enfermedad mortal, suscite situaciones y reflexiones de tan acuciante actualidad. Porque lo que trasciende fundamentalmente hoy de Pabellón de Cáncer es una verdad muy simple y, en principio, conocida por todos: la de que todos somos iguales ante la muerte. Iguales son incluso el joven **Kostoglótov**, un deportado con gran capacidad crítica, en el que no cuesta reconocer al propio autor, y el funcionario **Rusánov**, miembro del partido y delator implacable de los «enemigos del régimen». En torno a ellos, todos los demás personajes, grotescos y tiernos, confinados entre cuatro paredes en circunstancias extremas, encarnan la evidencia de que el odio, el amor, el resentimiento, la envidia o las relaciones de poder y sumisión siempre tendrán, mientras haya vida, su razón de ser.

Aleksandr Solzhenitsyn

Pabellón de cáncer

ePub r1.1
bigbang951 16.09.14

Título original: *Раковый корпус*
Aleksandr Solzhenitsyn, 1979
Traducción: Julia Pericacho

Editor digital: bigbang951
ePub base r1.1

Primera parte

1

El pabellón de cancerosos tenía precisamente el número 13. Pável Nikoláyevich Rusánov nunca fue una persona supersticiosa, ni habría podido serlo, pero se sintió desfallecer cuando le escribieron en la hoja de admisión: «Pabellón número 13». Porque a nadie se le hubiera ocurrido designar con tal número a un pabellón de ortopedia o de enfermedades intestinales.

No obstante, en ningún lugar de la república, salvo en aquella clínica, podían prestarle ayuda.

—No tengo cáncer, ¿verdad doctora? ¿Verdad que no? —preguntó esperanzado Pável Nikoláyevich, palpándose suavemente, en el lado derecho del cuello, el maligno tumor que crecía casi día a día y que seguía recubierto en el exterior por la blanca e indefensa epidermis.

—¡No, claro que no! —le tranquilizaba por décima vez la doctora Dontsova, mientras rellenaba las páginas de la historia clínica con amplios rasgos.

Para escribir usaba unas gafas cuadrangulares de ángulos redondeados, de las que prescindía una vez finalizada la escritura. Ya no era joven y su aspecto era pálido y muy fatigado.

Esto sucedía días atrás en el ambulatorio de admisión. Los pacientes asignados al pabellón de cancerosos, incluso los externos, ya no podían dormir por la noche. Y Dontsova había prescrito a Pável Nikoláyevich la inmediata hospitalización.

No sólo la dolencia en sí, imprevista e inadvertida, que en el curso de dos semanas se había abatido como una tromba sobre un hombre despreocupado y feliz, atormentaba ahora a Pável Nikoláyevich. En grado no menor le hacía sentirse desgraciado la inexcusable necesidad de tener que ingresar en aquella clínica como un paciente cualquiera y ponerse en tratamiento en condiciones que ya había olvidado. Llamaron por teléfono a Yevgueni Semiónovich, a Shendiapin y a Ulmasbáyev, quienes a su vez telefonearon a la clínica para enterarse de las posibilidades que había en ella y si existían salas especiales o, por lo menos, si era factible acondicionar temporalmente una pequeña habitación individual. Mas, por falta de sitio en la clínica, no se logró nada.

Lo único que pudo conseguirse por mediación del médico jefe fue eludir la sala de recepción de enfermos y el baño y el vestuario colectivos.

Así pues, Yura condujo a su padre y a su madre, en el Moskvich azul de la familia, hasta la misma escalera del pabellón 13.

A pesar de la ligera helada, en el porche de piedra había dos mujeres con bata de grueso algodón. Temblaban de frío, pero ellas seguían ahí de pie.

Empezando por aquellas sucias batas, a Pável Nikoláyevich todo le resultaba desagradable: el cemento del porche, sumamente rozado por los pies; los deslucidos pomos de las puertas, sobados por las manos de los enfermos; la sala de espera, con la pintura del suelo desconchada; el alto panel de las paredes de color verde oliva (que parecía sucio); y los grandes bancos de madera, insuficientes para acoger a los enfermos procedentes de lejanos lugares, que se acomodaban en el suelo. Eran uzbekos con batas acolchadas, ancianas uzbekas con blancos pañuelos y jóvenes con pañuelos de tonos violáceos, rojos, verdes, todos calzados con botas altas y chanclos. Ocupando todo un asiento, un joven ruso estaba tumbado con el abrigo desabotonado y caído hasta el suelo. Se le veía muy agotado, tenía el vientre hinchado y no cesaba de gritar de dolor. Aquellos gemidos aturdieron y afectaron a Pável Nikoláyevich como si el muchacho se quejara no por el mal que sufría, sino por el que padecía él.

Pável Nikoláyevich palideció tanto que incluso sus labios perdieron el color. Susurró:

—¡Kapa! Me moriré aquí. No debo quedarme. ¡Váyamonos!

Kapitolina Matvéyevna asió su mano y, presionándola con firmeza, replicó:

—¡Páshenka! ¿Adónde podemos ir?… Y luego, ¿qué?

—Bueno, quizá pueda concertarse algo con Moscú…

Kapitolina Matvéyevna volvió hacia su esposo su abultada cabeza, acrecentada por los rizos vaporosos de color cobre del peinado:

—¡Páshenka! Lo de Moscú puede tardar aún un par de semanas, o tal vez no se consiga. ¿Cómo vamos a esperar? Cada mañana es más grande.

La mujer le tomaba con fuerza las muñecas para transmitirle ánimos. En los asuntos civiles y oficiales, Pável Nikoláyevich actuaba con resolución, por lo que le resultaba más agradable y tranquilizador confiar siempre a su esposa las cuestiones familiares, pues ella solucionaba rápidamente y con acierto todos los asuntos importantes.

¡El joven tumbado en el banco seguía lanzando gritos desgarradores!

—Quizá los médicos accedan a venir a casa… Les pagaríamos… —insistía, vacilante, Pável Nikoláyevich.

—¡Pásik! —intentó hacerle comprender su esposa, que sufría tanto como él—. Ya sabes que soy la primera en reconocer las ventajas de llamar a la gente a casa y pagarle por sus servicios. Pero estos médicos no quieren, no aceptan dinero. Además, aquí tienen los aparatos necesarios. No es posible…

Pável Nikoláyevich comprendía que no era posible, pero insistía por si acaso.

Según habían acordado con el jefe del servicio oncológico, la enfermera jefe los esperaría a las dos, allí mismo, al pie de la escalera por la que ahora descendía con precaución un paciente con muletas. Pero, como era de suponer, la enfermera jefe no se hallaba en su sitio, y su cuartito, enclavado en el vano de la escalera, estaba cerrado con llave.

—¡Es imposible ponerse de acuerdo con nadie! —exclamó irritada Kapitolina Matvéyevna—. ¿Cómo justifican el sueldo que cobran?

Con los hombros envueltos en dos zorros plateados, Kapitolina Matvéyevna empezó a andar por el pasillo, donde un letrero advertía: SE PROHIBE LA ENTRADA CON ROPA DE CALLE.

Pável Nikoláyevich permaneció de pie en el vestíbulo. Con aprensión, inclinando ligeramente la cabeza hacia la derecha, se tocó el bulto que tenía entre la clavícula y el maxilar. Tuvo la impresión de que había aumentado de tamaño desde que, media hora antes, al cubrirlo con la bufanda, lo observara por última vez ante el espejo. Se sintió desfallecer y deseó sentarse. Pero los asientos parecían sucios, y además tendría que rogar que le hiciera sitio a una mujeruca con pañuelo en la cabeza y con un saco grasiento en el suelo, entre sus piernas. Debía evitar, incluso a distancia, que le alcanzara la pestilencia de ese saco.

¿Cuándo aprenderá nuestra población a viajar con maletas limpias y decentes? (Aunque ahora, con esos tumores, ya todo daba lo mismo).

Sufriendo por los gritos de aquel joven y por cuanto veían sus ojos y penetraba por su nariz, Rusánov seguía en pie, ligeramente apoyado en el saledizo de la pared. Del exterior entró un *mujik* sosteniendo ante sí un frasco de cristal de medio litro, con una etiqueta, y casi lleno de un líquido amarillo. Llevaba la vasija sin ocultarla, sujetándola más bien con orgullo, como si fuera una jarra de cerveza obtenida después de hacer cola.

Se detuvo justamente ante Pável Nikoláyevich, a quien casi rozó con el frasco, con la intención de preguntarle algo. Pero al ver su gorro de nutria marina se dio la vuelta, siguió adelante, y se paró ante el enfermo de las muletas:

—Amigo, ¿dónde debo entregar esto?

El cojo le indicó la puerta del laboratorio.

Pável Nikoláyevich sintió náuseas.

Se abrió de nuevo la puerta de la calle y entró una enfermera con una bata blanca. Su rostro, demasiado alargado, no era nada atractivo. Inmediatamente reparó en Pável Nikoláyevich; adivinó de quién se trataba y se acercó a él.

—¡Discúlpeme! —exclamó jadeante. Llegaba apresurada y con la cara tan colorada como el carmín de sus labios—. ¡Perdóneme, por favor! ¿Hace mucho que me espera? Ocurre que han traído medicamentos y soy yo la encargada de recibirlos.

Pável Nikoláyevich tuvo deseos de replicarle con acritud, pero se contuvo. Se

alegraba de que la espera hubiera acabado. Yura se acercó, en traje y sin gorro, tal como iba cuando conducía el coche, llevando una maleta y una bolsa con provisiones. Estaba tranquilo y sobre la frente le bailaba un mechón de pelo rubio.

—¡Vengan! —invitó la enfermera, indicándoles su cuartito bajo la escalera—. Ya sé por Nizamutdín Bajrámovich que va a utilizar usted su ropa interior y que ha traído su pijama. Estará sin estrenar, ¿verdad?

—Directamente de la tienda.

—Es absolutamente obligatorio, pues en caso contrario sería preciso desinfectar todo, ¿comprende? Puede cambiarse de ropa aquí mismo.

Abrió la puerta de madera chapada y encendió la luz. En aquel cuartucho de techo inclinado no había ventana. Se veían en él numerosos diagramas trazados con lápices de colores.

Yura, sin pronunciar palabra, llevó allí la maleta y luego se retiró. Pável Nikoláyevich entró para mudarse de ropa. La enfermera jefe se disponía, mientras tanto, a acudir presurosa a algún otro sitio, cuando apareció Kapitolina Matvéyevna:

—Disculpe, ¿tiene usted mucha prisa?

—Sí, un poco…

—¿Cómo se llama?

—Mita.

—¡Qué nombre tan raro! ¿No es usted rusa?

—No, alemana…

—Nos ha hecho esperar.

—¡Por favor, discúlpeme! Ahora tengo que recibir…

—Pues bien, Mita, escuche, porque quiero que se entere. Mi esposo es una persona de mérito, un trabajador de gran valor. Se llama Pável Nikoláyevich.

—Bien; Pável Nikoláyevich. Lo recordaré.

—Comprenda usted. Está acostumbrado a que le cuiden, y ahora, con esa enfermedad tan grave… ¿No sería posible mantener permanentemente a su lado a una enfermera que le atienda?

El rostro preocupado e intranquilo de Mita reflejó un desasosiego mayor. Movió la cabeza:

—Aparte de las enfermeras destinadas a las salas de operaciones, contamos durante el día con tres enfermeras para sesenta pacientes. Por la noche sólo tenemos dos.

—¡Lo ve usted! Aquí uno puede estar muriéndose, gritar, y nadie acudirá.

—¿Qué le hace pensar eso? Se les atiende a todos.

«¡A todos! Si ella dice que a todos, ¿qué puedo replicarle?».

—Además, ¿sus enfermeras se relevan?

—Sí, cada doce horas.

—¡Es horrible este método tan impersonal de tratamiento! Mi hija y yo nos turnaríamos a su lado. Y, corriendo yo con los gastos, podría contratar a una enfermera fija. Pero me dirán que tampoco esto es posible, ¿no?

—Creo que no. No sería posible. Nadie ha hecho nunca una cosa así. Además, en la sala no queda espacio ni para colocar una silla.

—¡Dios mío! ¡Ya me imagino qué clase de sala será esa! Tendré que echarle una ojeada. ¿Cuántas camas hay en ella?

—Nueve. Y ha tenido suerte yendo directamente a la sala, pues los pacientes recién ingresados se acomodan en las escaleras y en los pasillos.

—De todos modos lo solicitaré. Como usted conoce a la gente a sus órdenes, le será fácil organizado. Póngase de acuerdo con una enfermera o con una asistenta sanitaria para que a Pável Nikoláyevich se le preste una atención especial… —hizo chasquear el cierre de su enorme bolso negro, del que extrajo tres billetes de 50 rublos.

Su hijo, que estaba próximo a ellas, se dio la vuelta en silencio.

Mita se llevó las dos manos a la espalda.

—¡No, no! Tales encargos…

—Pero ¡si no se lo doy para usted! —Kapitolina Matvéyevna acercaba al pecho de la enfermera los billetes desplegados—. Puesto que no se puede hacer legalmente… ¡Pago por el trabajo! Sólo le ruego que tenga la amabilidad de entregar el dinero a la persona que se encargue de él.

—No, no —dijo la enfermera con frialdad—. Aquí no hacemos tales cosas.

La puerta del cuartito rechinó y Pável Nikoláyevich salió con su pijama nuevo, a rayas verdes y marrones, y unas zapatillas de invierno ribeteadas de piel. Sobre la cabeza, casi sin pelo, llevaba un flamante casquete uzbeko de color frambuesa. Libre del cuello invernal del abrigo y de la bufanda, el tumor, del tamaño de un puño, presentaba muy mal aspecto. Pável no mantenía la cabeza erecta, sino ligeramente ladeada.

Su hijo entró a recoger la maleta y la ropa que su padre se había quitado. Ocultando el dinero en el bolso, la mujer miró con ansiedad a su esposo:

—¿No pasarás frío?… tendrías que haber cogido la bata de abrigo. Te la traeré. ¡Ah! Aquí está la bufanda —la sacó del bolsillo—. ¡Póntela para que no te acatarres! —Con sus zorros plateados y su abrigo de piel, parecía tres veces más corpulenta que su marido—. Ahora vete a la sala e instálate. Desempaqueta las provisiones y piensa en lo que puedas necesitar. Yo esperaré aquí sentada. Luego bajas a decírmelo y esta tarde te traeré lo que sea.

Ella nunca perdía la cabeza, siempre lo preveía todo. Era una verdadera compañera en la vida. Pável Nikoláyevich la contempló con una mezcla de gratitud y sufrimiento, y luego miró a su hijo.

—Así pues, Yura, ¿te vas?

—En el tren de la noche, papá —dijo Yura, y se le aproximó.

Mantenía una actitud respetuosa hacia su padre, pero, como siempre, no exteriorizaba ningún impulso emotivo, ni siquiera ahora al despedirse de su padre, que se quedaba en la clínica. Reaccionaba desapasionadamente ante todo.

—Bueno, hijo, ¿de modo que es tu primera misión oficial importante? Procura adoptar desde un principio el tono correcto. ¡Sin ninguna condescendencia! La condescendencia es lo que te pierde. Ten siempre presente que tú, Yura Rusánov, no eres un individuo común, tú eres el representante de la ley. ¿Entiendes?

Comprendiera Yura o no, el caso es que a Pável Nikoláyevich le costaba encontrar palabras más apropiadas. Mita estaba inquieta y con ganas de retirarse.

—Voy a esperar con mamá —Yura sonrió—. Así que no te despidas. Hasta ahora, papá.

—¿Sube usted solo? —preguntó Mita.

—¡Dios mío! ¡Si apenas se tiene en pie! ¿No puede acompañarlo hasta la cama? ¡Tan sólo para llevarle la bolsa!

Pável Nikoláyevich miró acongojado a los suyos, rechazó la mano de Mita, que intentaba sostenerle, y asiéndose firmemente a la barandilla comenzó a subir la escalera. El corazón le palpitaba con fuerza, y no precisamente a causa de la ascensión. Subía los peldaños como suben a esa, ¿cómo se llama?, bueno, a esa especie de tribuna en la que se entrega la cabeza.

La enfermera jefe, adelantándose, corrió arriba con la bolsa, gritó algo a una tal Maria y, antes de que Pável Nikoláyevich recorriera el primer tramo de la escalera, ya bajaba ella por el lado opuesto de la misma y salía del pabellón, poniendo de relieve ante Kapitolina Matvéyevna las delicadezas que aguardaban allí a su marido.

Pável Nikoláyevich alcanzó lentamente el descansillo de la escalera, amplio y profundo, como sólo pueden verse en los edificios antiguos. En aquel rellano interior, sin que estorbaran el paso, había dos camas, ocupadas, y sendas mesillas. Uno de los dos pacientes, grave, extenuado, succionaba una bolsa de oxígeno.

Procurando no mirar ese rostro deplorable, Rusánov se giró y siguió subiendo con la vista en lo alto. Pero al final del segundo tramo no le aguardaba nada alentador. Allí estaba la enfermera Maria. Ni una sonrisa, ni un saludo salió de su cara morena, semejante a un icono. Era alta, delgada y lisa; le esperaba con trazas de soldado y enseguida le precedió por el vestíbulo superior, indicándole el camino. En él había varias puertas, que se había procurado no obstruir con las camas de enfermos allí instaladas. En un recodo de aquella estancia sin ventana, bajo la permanente luz de una lámpara de mesa, estaba el pequeño escritorio de la enfermera, una mesita ante la cual efectuaban las curas, y al lado, en la pared, colgaba un armario de cristales esmerilados que tenía pintada una cruz roja. Después de dejar atrás la mesa y las

camas, Maria, señalando con su mano larga y seca, le dijo:

—La segunda, a partir de la ventana.

Y se dio prisa en alejarse de allí. Eso de no detenerse ni entablar conversación parecía ser una desagradable norma en aquella clínica pública.

Las puertas de la sala estaban permanentemente abiertas. Sin embargo, apenas traspasó el umbral, Pável Nikoláyevich percibió una emanación de aire viciado y húmedo, mezclado en parte con olor a medicamentos, que le llenó de pena, dado su sensitivo olfato.

Las camas formaban apretadas filas junto a las paredes, separadas por estrechos espacios de la anchura de las mesillas. El paso entre ambas filas, a lo largo de la sala, tampoco permitía que se cruzaran dos personas.

En ese pasillito central había un paciente de pie, regordete y de anchos hombros, ataviado con un pijama a rayas rosadas. Llevaba en el cuello un voluminoso y sólido vendaje que casi le subía hasta los lóbulos de las orejas. La ceñida envoltura de vendas blancas privaba de libertad de movimientos a su pesada y torpe cabeza de parda pelambrera.

Este enfermo relataba con voz ronca algo a los otros enfermos, quienes le escuchaban desde sus camas. Al entrar Rusánov, giró hacia él su cuerpo, fusionado por completo a la cabeza, y contemplándole con desinterés comentó:

—¡Vaya! ¡Otro pequeño cáncer más!

Pável Nikoláyevich no creyó necesario replicar a semejante familiaridad. Sintió que la sala entera tenía la vista fija en él, pero no quería responder a las miradas de aquellos desconocidos, ni saludarles. Únicamente trazó con la mano un movimiento en el aire, como indicando al enfermo del pardo pelaje que se apartara. Este cedió el paso a Pável Nikoláyevich y volvió nuevamente el torso y la afianzada cabeza en su dirección.

—Oye, hermanito, tienes cáncer. ¿De qué? —le preguntó con voz ronca.

Para Pável Nikoláyevich, que estaba ya ante su cama, esta pregunta era como un zarpazo. Levantó los ojos hacia el insolente, procurando no perder la paciencia (aunque sus hombros se convulsionaron), y respondió con dignidad:

—De nada. No tengo ningún cáncer.

El de pelo castaño resopló y le vituperó en presencia de toda la sala:

—¡Vaya un necio! ¿Crees que te habrían destinado aquí si no tuvieras cáncer?

2

Pasadas algunas horas de su primera noche en la sala, Pável Nikoláyevich sintió miedo.

El tenso bulto del tumor inesperado, absurdo y del todo innecesario, le había arrastrado allí, como el anzuelo tira del pez, arrojándole a aquel lecho metálico, angosto, miserable, de muelles rechinantes y de exiguo colchón. No había tenido más que mudarse de ropa bajo el vano de la escalera, despedirse de su familia y subir a esta sala, para que se eclipsase bruscamente su vida anterior. Aquí se abría paso otra existencia, tan abominable que le infundía más horror aún que el tumor. Ya no estaba en su poder elegir nada placentero y tranquilizador en que posar la vista, sino que tendría que contemplar a aquellos ocho seres abatidos, con los que ahora podía igualarse. A esos ocho pacientes con pijamas a rayas blancas y rosadas, harto descoloridos y ajados, con remiendos y desgarrones y casi ninguno a la medida. Tampoco podía ya escoger lo que le viniera en gusto escuchar, sino que se vería obligado a prestar oído a las enojosas conversaciones de aquella gentuza, conversaciones que a él, Pável Nikoláyevich, ni le concernían ni le interesaban. De buena gana les habría ordenado callarse, particularmente a aquel importuno de las greñas pardas, al de la envoltura de vendas en el cuello y la cabeza agarrotada, al que todos llamaban simplemente Yefrem, aunque no era ya un hombre joven.

Pero no había modo de que Yefrem se calmara. No se acostaba ni salía de la sala, sino que se paseaba inquieto por el pasillo central, a lo largo de la estancia. A veces interrumpía sus pasos, crispaba el rostro como si le inyectaran y se asía la cabeza. Luego reanudaba sus paseos. Después de caminar un rato, se detuvo precisamente ante la cama de Rusánov; inclinó hacia él la inflexible mitad superior de su cuerpo y, mostrando su ancha y hosca cara picada de viruela, insinuó:

—Se acabó, profesor. No volverás a casa, ¿entendido?

La sala estaba muy caldeada y Pável Nikoláyevich yacía sobre la manta, con su pijama y su gorro uzbeko. Se reajustó las gafas con montura de oro, miró severamente a Yefrem como él sabía hacerlo y respondió:

—No comprendo qué pretende usted de mí, camarada. ¿Por qué razón trata de intimidarme? Además, no le hago ninguna pregunta.

Yefrem bufó maliciosamente:

—Pues me las hagas o no, el caso es que no volverás a casa. Podrás devolver esas gafas y el pijama nuevo.

Una vez que hubo proferido tal brutalidad, enderezó su torpe cuerpo y continuó caminando por el pasillo, el desgraciado.

Pável Nikoláyevich habría podido, naturalmente, hacerle callar, pararle los pies; pero le faltó su habitual energía, que ya flaqueaba y que se desmoronó aún más ante las palabras de aquel demonio vendado. Necesitaba ayuda, y allí le empujaban al abismo. En el curso de unas horas, Rusánov lo había perdido todo: posición, prestigio, e incluso sus planes para el futuro. No era más que setenta kilogramos en un cuerpo blanco y tibio, desconocedor del mañana.

Probablemente la tristeza se le reflejó en el rostro, pues en uno de los siguientes paseos Yefrem se detuvo frente a él y, con más amabilidad, le dijo:

—Y si regresas a casa, no será por mucho tiempo. Volverás otra vez aquí. El cáncer se encariña con las personas. A quien atenaza con sus tentáculos, ya no lo suelta hasta la muerte.

Pável Nikoláyevich no tuvo fuerzas para replicarle y Yefrem reanudó su camino. ¿Quién, en la sala, podría hacerle callar? Los pacientes parecían estar abatidos o no eran rusos. En la pared de enfrente, a causa del saledizo de la estufa, sólo cabían cuatro camas: la que daba justamente pie con pie con la de Rusánov, separadas ambas por el pasillito central, era la de Yefrem; tres jóvenes ocupaban las tres restantes: al lado de la estufa, un muchacho moreno y simplote; a su vera, un joven uzbeko con muletas; y, junto a la ventana, otro muchacho, delgado como una lombriz, amarillento, gemía, retorcido en su lecho. En la hilera de Pável Nikoláyevich reposaban, a su izquierda, dos asiáticos, y más allá, junto a la puerta, un chico ruso, alto, con el pelo al cero, que leía recostado. En el otro lado, en el último lecho próximo a la ventana, había otro paciente, al parecer ruso, pero de cuya vecindad, dada su catadura rufianesca, no era como para regocijarse. Probablemente debía ese aspecto a una cicatriz que empezaba en la comisura de los labios, le cruzaba la parte inferior de la mejilla izquierda y llegaba hasta cerca del cuello, o tal vez a su negro cabello despeinado, que se erizaba, bien hacia arriba, bien hacia un lado de su cabeza, o a su expresión de maligna brutalidad. Aquel bellaco también tendía a la ilustración: estaba terminando de leer un libro.

Ya habían encendido la luz de las dos resplandecientes lámparas del techo. Tras las ventanas, oscurecía. Esperaban la cena.

—En el piso de abajo —prosiguió implacable Yefrem— hay un viejo al que operarán mañana. Ya en el año 42 le extirparon un pequeño cáncer y le dijeron que no era nada importante, que podía irse. ¿Comprendes? —Yefrem parecía hablar con animación, aunque con un tono como si fuera a él a quien iban a operar—. Han pasado trece años desde entonces; el viejo se olvidó de la clínica, no se privó de

vodka ni de mujeres. Es un viejo notable, ya lo verás. ¡Y ahora tiene un cáncer así de grande! —y chasqueó los labios como si eso le produjera satisfacción—. Puede que vaya directamente de la mesa de operaciones al depósito de cadáveres.

—¡Bueno! ¡Basta ya de macabras predicciones! —Pável Nikoláyevich hizo un ademán con la mano y se dio la vuelta. Pero no reconoció su propia voz: tan carente de autoridad y tan lastimera sonaba.

Todos guardaron silencio. Aumentaba aún más su fastidio el consumido joven de la hilera opuesta, próximo a la ventana, que no cesaba de removerse. No estaba ni sentado, ni tampoco acostado, sino que, hecho un ovillo, pegadas las rodillas al pecho, no acertaba con la posición cómoda. Tenía la cabeza fuera de la almohada, apoyada en el larguero de la cama. Se quejaba quedamente y mostraba su sufrimiento con gestos y contorsiones.

Pável Nikoláyevich le volvió la espalda, metió los pies en las zapatillas y, sin necesidad alguna, se puso a inspeccionar su mesita de noche, ora abriendo y cerrando la puertecilla del compartimento repleto de alimentos, ora el cajoncito superior, donde guardaba sus objetos de aseo y la maquinilla de afeitar eléctrica.

Mientras tanto, Yefrem continuaba paseándose con las manos cerradas ante el pecho, se estremecía a veces por las punzadas, y matraqueaba su estribillo, como si estuviera en un funeral:

—De modo que nuestra situación es terrible… fatal.

Pável Nikoláyevich oyó a su espalda un leve chasquido. Se volvió en esa dirección con cuidado, pues cada movimiento del cuello se le traducía en dolor, y vio que su vecino, el medio bandido, había palmeado las tapas del libro que acababa de leer, al que daba vueltas entre sus grandes y rudas manos. En diagonal, sobre la cubierta azulada, así como en el lomo, estaba estampado en oro, algo deslucido ya, el nombre del autor. Pável Nikoláyevich no pudo descifrarlo y no tenía ningún deseo de preguntárselo a aquel tipo, a quien mentalmente aplicó el apodo de «Roedor», pues le venía como anillo al dedo.

El Roedor contemplaba el libro con sus grandes ojos sombríos y vociferó sin contemplaciones a toda la sala:

—De no haber sido Diomka el que escogió este libro del armario, me costaría creer que lo hayan puesto a nuestra disposición.

—¿Qué pasa con Diomka? ¿Qué libro? —preguntó el muchacho que estaba junto a la puerta y que seguía leyendo.

—Aunque rebuscaras por toda la ciudad, no encontrarías otro como este. —El Roedor fijó la mirada en la aplastada y torpe nuca de Yefrem, cuyos largos pelos sobresalían del vendaje. Hacía tiempo que no se los cortaba porque le resultaba incómodo hacerlo. El Roedor miró luego su tenso rostro—: ¡Yefrem! ¡Deja ya de lamentarte! Toma este libro y léelo.

Yefrem se encaró como un toro, con la mirada turbia.

—¿Para qué leer? ¿Para qué, si pronto reventaremos todos?

El Roedor se tocó su cicatriz:

—Por eso mismo tienes que darte prisa, porque pronto moriremos. ¡Toma, toma!

Y le tendió el libro. Yefrem no se movió.

—Hay que leer mucho y no tengo ganas.

—¿Eres analfabeto o qué? —intentó persuadirle el Roedor, sin insistir demasiado.

—Al contrario. Soy instruido. Sí, muy instruido donde preciso serlo.

El Roedor se puso a buscar un lápiz en el antepecho de la ventana, abrió el libro hacia el final, echó una ojeada e hizo una marca en determinado lugar.

—No tengas miedo —murmuró—. Se trata de narraciones cortas. Intenta leer algunas. Anda, lee, que fastidias demasiado con tus quejas.

—¡Yefrem no tiene miedo a nada! —Tomó el libro y lo arrojó sobre su cama.

Cojeando, apoyado en una sola muleta, apareció en la sala el joven uzbeko Ajmadzhán, el único que se mostraba jovial. Anunció:

—¡Al ataque, las cucharas!

El muchacho moreno, cerca de la estufa, también se animó:

—¡Chicos, traen la cena!

Entró una sanitaria con bata blanca, sosteniendo una bandeja por encima del hombro. La hizo girar, situándola ante sí, y fue pasando cama por cama. Todos, excepto el atormentado joven del lecho inmediato a la ventana, empezaron a moverse y se apoderaron de los platos. En la sala cada cual tenía su mesilla; sólo el joven Diomka carecía de ella y compartía la mesilla del *kazajo* de recia osamenta, sobre cuyo labio descubierto y tumefacto había una horrible y terrosa escara.

Ni que decir tiene que Pável Nikoláyevich no sentía deseo alguno de comer, ni siquiera de sus provisiones caseras. El solo aspecto de la cena —pudin de sémola, tambaleante y rectangular, con una salsa de gelatina amarilla—, y la cuchara de opaco aluminio grisáceo con el mango retorcido, únicamente sirvieron para hacerle pensar con amargura, una vez más, en el lugar adonde había ido a parar y en el posible error cometido al consentir que le internaran en aquella clínica.

Todos, salvo el quejumbroso muchacho, se pusieron a comer al unísono. Pável Nikoláyevich no probó su plato; dando golpecitos en su borde con la uña, miraba alrededor para ver a quién se lo daría. Unos le mostraban el perfil, otros le daban la espalda; sólo podía ver al joven que estaba junto a la puerta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Pável Nikoláyevich sin forzar la voz.

(El otro tendría que esforzarse para oírle).

A pesar del ruido de las cucharas, comprendió que se dirigía a él y respondió complaciente:

—Proshka… Bueno, Prokofi Semiónych.

—Toma.

—Sí, gracias.

Proshka se acercó, le cogió el plato y movió la cabeza en señal de agradecimiento.

Pável Nikoláyevich se palpó el duro bulto bajo el maxilar, y súbitamente intuyó que él no era precisamente uno de los enfermos leves. De los nueve que estaban en la sala, sólo uno llevaba vendas, Yefrem, y en el mismo lugar donde también podrían operarle a él. De todos ellos, sólo uno sufría dolores agudos, y únicamente otro, el corpulenta *kazajo* del que le separaba una cama, padecía aquella terrosa escara. Y ese joven uzbeko que se valía de la muleta, pero que apenas se apoyaba en ella. Los restantes no mostraban en su exterior ningún tumor ni deformidad; tenían aspecto de personas sanas. Proshka, en particular, estaba sonrosado, como si estuviera en una casa de reposo y no en un hospital. En ese momento rebañaba el plato con excelente apetito. Aunque el Roedor tenía el rostro ceniciento, no obstante, se movía con soltura, hablaba con desparpajo y se había lanzado sobre el pudin de tal modo que a Pável Nikoláyevich le asaltó por un instante la idea de si no se fingiría enfermo para comer a costa del Estado, ya que en nuestro país se alimenta gratuitamente a los enfermos.

Sin embargo, a Pável Nikoláyevich el tumor le presionaba la base del cráneo, dificultándole su movimiento, y crecía de hora en hora. Para los médicos de la clínica no contaban las horas. Desde la comida hasta la cena nadie se preocupó de examinar a Rusánov ni de aplicarle tratamiento alguno. Y eso que la doctora Dontsova le había llevado allí seduciéndole, justamente, con que le someterían a un tratamiento urgente; lo cual significa que era totalmente irresponsable y de una negligencia criminal. Por haber confiado en ella, Rusánov estaba perdiendo un tiempo precioso en esta sala reducida, sombría y sucia, en vez de telefonear a Moscú y volar a la capital.

Y este convencimiento del error en que había caído, de la ultrajante demora, unido a la tristeza que le causaba el tumor, oprimían de tal forma el corazón de Pável Nikoláyevich que le era insoportable cualquier ruido, empezando por el golpeteo de las cucharas en los platos; ofendían su vista las camas de hierro, las burdas mantas, las paredes, las lámparas, la gente. Tenía la sensación de haber caído en una trampa. Pero hasta la mañana siguiente no podría dar ningún paso decisivo.

Sintiéndose profundamente desgraciado, se acostó, y se cubrió los ojos con la toalla traída de su casa, para protegerlos de la luz y de todo lo demás. A fin de abstraerse, empezó a revisar la casa, la familia; imaginó lo que haría cada uno en aquel momento. Yura ya estaría en el tren, camino de su primera inspección práctica. Era de suma importancia demostrar la justa valía de uno. Pero Yura no era hombre de agallas, sino más bien torpe, y Pável Nikoláyevich dudaba de si podría mantener su prestigio. Avieta se hallaba en Moscú pasando sus vacaciones. Había ido a divertirse

un poco, a frecuentar los teatros, pero principalmente con un objetivo práctico: para observar, para enterarse de cómo iban allí las cosas y, a ser posible, para establecer contactos, puesto que estudiaba ya el quinto curso y necesitaba orientarse convenientemente en la vida. Avieta sería una periodista diligente y capaz y, naturalmente, tendría que trasladarse a Moscú, porque aquí los horizontes eran demasiado estrechos. Era más inteligente y sensata que ningún otro miembro de la familia. Su experiencia era insuficiente, pero ¡cómo lo captaba todo al vuelo! Lávrik era algo holgazán y poco brillante en los estudios; en el deporte era donde mostraba todo su talento. Ya había estado en Riga en una competición, hospedándose en un hotel, como una persona mayor. Ya conducía el coche y se estaba preparando para conseguir el permiso. En el segundo semestre tuvo dos suspensos; habrá que corregirle. Maika se hallaría ahora en casa tocando el piano (nadie de la familia Rusánov lo había hecho antes que ella). Y en el pasillo, sobre una alfombrilla, estaría tumbado *Dzhulbars*. Durante el último año, Pável Nikoláyevich se aficionó a sacarlo por las mañanas para dar un paseo que también resultaba saludable para él; ahora sería Lávrik el encargado de hacerlo. A Pável le gustaba azuzarlo un poco contra cualquier transeúnte, a quien luego tranquilizaba: «No se asuste, lo tengo sujeto».

Pero la unida y ejemplar familia de los Rusánov, su existencia ordenada, su piso impecable, todo se había alejado de él en el curso de unos cuantos días, se había quedado *al otro lado del tumor*. Ellos viven y seguirán viviendo, termine como termine el padre. Por mucho que se preocuparan, se inquietaran o lloraran, el tumor le aislaba como un muro, quedándose él solo en el lado opuesto.

Las meditaciones sobre su hogar no le aliviaron, y Pável Nikoláyevich trató de distraerse con los asuntos oficiales. El sábado se inauguraría la sesión del Soviet Supremo de la Unión. Por lo visto, no se esperaba nada importante, salvo la ratificación del presupuesto. Hoy, cuando salía de su casa hacia la clínica, comenzaban a emitir un extenso informe sobre la industria pesada. Y aquí, en la sala, no había ni una radio, ni tampoco en el pasillo. ¡Bonito asunto! Tendría que conseguir el *Pravda* con regularidad. Hoy han abordado el problema de la industria pesada, ayer promulgaron el decreto sobre el incremento de la producción de los derivados de la ganadería. Sí, la vida económica seguía un desarrollo pujante y parecían inminentes, sin duda, notables cambios en los diversos organismos estatales y económicos.

Pável Nikoláyevich trató de imaginar las reorganizaciones que podrían afectar a la república y a la provincia. Tales cambios siempre producían una excitación festiva, pues momentáneamente le apartaban un poco del trabajo cotidiano; los funcionarios se telefoneaban, se citaban y discutían las probabilidades. Y fuera cual fuere el derrotero de la reorganización —a veces, el contrario al supuesto—, nadie, incluido Pável Nikoláyevich, salió jamás perjudicado en su jerarquía. Al contrario, ascendían en sus cargos.

Pero estas reflexiones tampoco lograron distraerle o animarle. Sentía punzadas bajo el cuello; y el tumor, sordo e indiferente, se removía aislándole del mundo entero. Y de nuevo el presupuesto, la industria pesada, la ganadería y la reorganización, todo, se quedó *al otro lado del tumor*. A *este* lado, Pável Nikoláyevich. Solo.

En la sala sonó una agradable vocecilla femenina. Y aunque hoy nada podía serle grato a Pável Nikoláyevich, la vocecilla le resultó sencillamente deliciosa.

—¡Veamos la temperatura! —dijo, como si prometiera repartir caramelos.

Rusánov retiró la toalla del rostro, se incorporó un poco y se caló los lentes. ¡Qué dicha! No era la deprimida y negruzca Maria, sino una joven de constitución robusta que no llevaba sobre sus dorados cabellos el pañuelo de pico, sino un gorrito como el de los doctores.

—¡Azovkin! ¡Eh, Azovkin! —gritó alegremente, deteniéndose ante la cama del chico próximo a la ventana.

Este yacía en una postura aún más extraña que la de antes. Atravesado en la cama, boca abajo, apoyando el vientre sobre una almohada, la barbilla descansando en el colchón y con la cabeza como suelen mantenerla los perros, miraba a través de los barrotes de la cama, dando la impresión de estar en una jaula. Por su delgado rostro vagaban las sombras de sus dolores internos. Un brazo le pendía hasta el suelo.

—¡A ver, incorpórese! Tiene fuerzas para hacerlo —le amonestó la enfermera—. Tome usted mismo el termómetro.

Alzó un poco la mano del suelo, como si extrajera un cubo de agua del pozo, y cogió el termómetro. Estaba tan exhausto y tan sumido en su sufrimiento que era imposible creer que tuviera sólo diecisiete años.

—¡Zoya! ¡Deme la bolsa de goma! —suplicó lastimero.

—Para usted no hay más médico que usted mismo, ¿no? —replicó severamente Zoya—. Ya le han traído una bolsa, y en vez de ponérsela en el pinchazo de la inyección se la ha colocado en el vientre.

—Eso me alivia bastante —dijo con aire dolorido.

—Ya le han advertido que así sólo conseguirá que su tumor crezca más. En el pabellón oncológico no se permiten bolsas de agua caliente. A usted se la han proporcionado especialmente.

—Pues, entonces, no me dejaré inyectar.

Pero Zoya no le escuchaba ya. Dando unos golpecitos con el dedo en la vacía cama del Roedor, inquirió:

—¿Dónde está Kostoglótov?

(¡Vaya acierto el de Pável Nikoláyevich! ¡Asombroso! El apodo le cuadraba a la perfección.)[§].

—Ha salido a fumar —contestó Diomka desde la puerta.

Y siguió leyendo.

—¡Le voy a dar yo fumar! —refunfuñó Zoya.

¡Qué agradables son algunas muchachas! Pável Nikoláyevich miraba complacido su figura torneada y firme, sus ojos un tanto saltones, contemplándola con respetuosa admiración y sintiendo cierto enternecimiento. Le alargó, sonriendo, el termómetro. Ella estaba en pie ante él, por el lado de su tumor. Mas ni con un movimiento de las cejas dio a entender que se horrorizaba o que nunca había visto algo semejante.

—¿Me han señalado algún tratamiento? —preguntó Rusánov.

—Aún no —se excusó ella con una sonrisa.

—¿Y por qué? ¿Dónde están los médicos?

—Han finalizado su jornada de trabajo.

No era posible enfadarse con Zoya, pero ¡alguien tenía que ser el culpable de que a Rusánov no se le medicara! ¡Debía actuar! Sentía desprecio ante la inactividad y los caracteres pusilánimes. Cuando Zoya volvió a recoger el termómetro, le preguntó:

—¿Dónde tienen ustedes el teléfono que enlaza con la ciudad? ¿Cómo se llega hasta él?

¡A fin de cuentas, podía decidirse ahora y telefonear al camarada Ostápenko! La simple idea del teléfono retornó a Pável Nikoláyevich a su mundo habitual, devolviéndole el coraje. Se sentía de nuevo un luchador.

—Treinta y siete —anunció Zoya sonriendo, y apuntó la fiebre en el nuevo gráfico colgado a los pies de la cama, en el que marcó el primer punto—. El teléfono está en la oficina de registro. Pero ahora no puede ir allí, porque se entra por la otra puerta principal.

—Perdone —Pável Nikoláyevich se incorporó y adoptó un tono severo—. ¿Cómo es posible que en una clínica no haya teléfono? Suponga que ocurra algo. A mí, por ejemplo.

—Salimos corriendo y telefoneamos —Zoya no se alteró.

—Bien; ¿y si hay ventisca o una lluvia torrencial?

Zoya había pasado ya a la cama vecina, la del viejo uzbeko, y seguía con el gráfico.

—Durante el día podemos ir allí sin salir afuera, pero ahora está cerrado.

Era simpática la muchacha, sí, pero también insolente, pues sin aguardar a que acabara sus preguntas había pasado al lecho del *kazajo*. Pável Nikoláyevich exclamó detrás de ella, elevando involuntariamente la voz:

—¡Tiene que haber otro teléfono! ¡Es imposible que no lo haya!

—Lo hay —replicó Zoya, agachada ante la cama del *kazajo*—, pero en el gabinete del médico jefe.

—¿Y qué pasa con él?

—Diomka… Treinta y seis y ocho décimas… Que el gabinete está cerrado. A

Nizamutdín Bajrámovich no le gusta…

Y salió de la sala.

Era lógico. Naturalmente, a nadie le gusta que, en su ausencia, entre la gente en su gabinete particular. Pero en una clínica tendrían que haberlo organizado de alguna manera…

Por un momento había podido conectar un cable con el mundo exterior, pero el cable se había roto. Y de nuevo el tumor del tamaño de un puño que tenía bajo el maxilar le eclipsó el mundo entero.

Pável Nikoláyevich tomó un espejito y se miró. ¡Oh, cómo se había hinchado el bulto! Si para ojos extraños era espantoso contemplarlo, ¡qué no sería para los suyos propios! ¡No, no podía ser real! ¡Nadie a su alrededor tenía nada semejante! En sus cuarenta y cinco años de existencia, Pável Nikoláyevich no había conocido a nadie con tal monstruosidad…

Sin pararse a calibrar si había crecido más o no, guardó el espejito, sacó algo de la mesilla y empezó a masticar.

Los dos sujetos más groseros, Yefrem y el Roedor, no estaban en la sala, habían salido. Azovkin, junto a la ventana, inventó una nueva postura y cesó de quejarse. Los restantes se mantenían tranquilos. Se podía oír el roce de las páginas de algún libro al ser pasadas; algunos se acostaron dispuestos a dormir. Era lo único que podía hacer Rusánov para acortar la noche y no cavilar; a la mañana siguiente ya les armaría una buena bronca a los doctores.

Se desnudó, se echó encima de la manta y se cubrió la cabeza con la toalla. Intentó dormir.

En aquel silencio todo era particularmente audible, y le irritaba el cuchicheo que se percibía; a Pável Nikoláyevich le parecía que musitaban junto a su misma oreja. No pudo soportarlo. Se arrancó la toalla de la cara, se incorporó cuidadosamente para no causar dolor a su cuello y descubrió al que murmuraba: su vecino, el uzbeko, aquel enjuto y sarmentoso anciano de piel casi oscura y de negra barbilla en punta, con el castaño y algo deslucido gorro nacional.

Boca arriba, con las manos cruzadas bajo la nuca, miraba al techo y bisbiseaba. ¿Acaso el viejo necio mascullaba alguna oración?

—¡Eh, patriarca! —le amenazó con el dedo Rusánov—. ¡Termina ya, que molestas!

El patriarca guardó silencio. Rusánov se acostó de nuevo y se tapó con la toalla. Pero, de todos modos, no logró conciliar el sueño.

Y entonces comprendió que lo que le impedía dormir era la penetrante luz de las dos lámparas del techo, que no eran esmeriladas y estaban mal cubiertas por la pantalla; incluso a través de la toalla le hería su resplandor. Pável Nikoláyevich dio un gruñido, se apoyó en las manos para volver a levantarse, buscando la manera de

que el tumor no le aguijoneara.

Proshka estaba de pie ante su cama, cerca del interruptor de la luz, y comenzaba a desnudarse.

—¡Joven! ¡Apague la luz! —le ordenó Pável Nikoláyevich.

—Es que… no han traído aún las medicinas… —balbució Proshka, si bien alzó la mano hacia el interruptor.

—¿Qué es eso de «apague la luz»? —vociferó el Roedor a espaldas de Rusánov —. Tranquilo, amigo, que no está usted aquí solo.

Pável Nikoláyevich se sentó como es debido, se puso las gafas y, cuidando su tumor, se dio la vuelta haciendo chirriar el somier.

—¿No puede usted hablar con más educación? —le preguntó.

El insolente trazó una mueca en su siniestro rostro y replicó con voz profunda:

—No se sulfure, que no estoy en su oficina bajo sus órdenes.

Pável Nikoláyevich le lanzó una mirada fulminante que no produjo la menor impresión en el Roedor.

—Está bien. Pero ¿para qué hace falta la luz? —preguntó Rusánov, ya en el terreno de las negociaciones pacíficas.

—Para hurgarse el conducto trasero —respondió groseramente Kostoglótov.

A Pável Nikoláyevich se le hizo difícil respirar, aunque, al parecer, ya se había aclimatado un tanto al ambiente de la sala. ¡A ese insolente había que darle el alta en veinte minutos y mandarle al trabajo! Pero los medios para lograrlo no estaban al alcance de su mano.

—Para leer o para cualquier otra cosa se puede salir al pasillo —indicó razonablemente Pável Nikoláyevich—. ¿Por qué se adjudica usted el derecho a decidir por todos? Aquí hay diversas clases de enfermos y deben hacerse distinciones…

—Las harán —le interrumpió el otro—. A usted le escribirán una necrológica diciendo que era miembro del Partido desde el año tal, y a nosotros nos sacarán con los pies por delante, y se acabó.

Pável Nikoláyevich no recordaba haber tropezado jamás con tan irreflenable rebeldía ni con tan incontrolada arbitrariedad. Se perdía cavilando sobre el modo de pararle los pies. No bastaría con quejarse a la joven enfermera. Por el momento, y con la mayor dignidad posible, cortaría aquella conversación. Se quitó los lentes, se acostó con cuidado y se cubrió otra vez con la toalla.

Estallaba de indignación y tristeza por haber cedido y por haber permitido que le internaran en esta clínica. Pero aún no era demasiado tarde; mañana mismo pediría el alta.

En su reloj eran poco más de las ocho. Bien; de momento lo soportaría todo, ya se calmarían.

No obstante, de nuevo se oyeron pasos y revuelo entre las camas. Naturalmente, sería Yefrem de regreso a la sala. El viejo parquet de la habitación vibraba a su paso y repercutía en Rusánov a través del lecho y la almohada. Pável Nikoláyevich decidió armarse de paciencia y no hacerle ningún reproche.

¡Cuánta grosería quedaba todavía por desarraigar en nuestro pueblo! ¿Cómo conducirlo hacia una nueva sociedad con semejante lastre?

¡El atardecer se prolongaba sin fin! La enfermera iba y venía; una vez, dos, tres, cuatro. A un paciente le trajo una mixtura, a otro una medicina, y puso inyecciones al tercero y al cuarto. Azovkin lanzó un grito al sentir el pinchazo; mendigó nuevamente la bolsa de goma para que se reabsorbiera con rapidez el líquido inyectado. Yefrem seguía pateando de aquí para allá, intranquilo. Ajmadzhán y Proshka, charlaban desde sus respectivas camas. Parecía que sólo en ese momento estaban realmente animados, como si nada les preocupara y nada tuvieran que curarse. Ni siquiera Diomka se había acostado para dormir; se había sentado en la cama de Kostoglótov; y allí mismo, casi sobre el oído de Pável Nikoláyevich, empezaron a discutir.

—Procuro leer lo más posible —decía Diomka—, ahora que dispongo de tiempo. Me gustaría ingresar en la universidad.

—Eso está bien. Pero ten en cuenta que la instrucción no acrecienta la inteligencia.

(¡Vaya unas cosas que enseñaba el Roedor al chico!).

—¿Cómo que no la acrecienta?

—No, no la acrecienta.

—Entonces, ¿qué es lo que contribuye a desarrollarla?

—La vida.

Diomka guardó un momento de silencio y luego replicó:

—No estoy de acuerdo.

—En nuestra unidad militar teníamos un comisario, Pashkin, que siempre decía: «La instrucción no acrecienta la inteligencia». Ni tampoco el rango. Hay a quien le agregan una estrellita más y cree que se ha vuelto más inteligente. Y no es así.

—Según eso, ¿no es necesario estudiar? No estoy de acuerdo.

—¿Por qué no ha de ser necesario? Estudia. Pero ten presente que la inteligencia no depende de ello.

—¿Pues de qué?

—¿De qué? Fíate de tus ojos y no de tus oídos. ¿En qué facultad quieres ingresar?

—No lo he decidido aún. Me interesan la historia y la literatura.

—¿No te gusta una carrera técnica?

—No…

—Es curioso. En mis tiempos sucedía lo mismo. Pero actualmente la juventud prefiere las ramas técnicas. ¿Tú no?

—A mí… a mí me entusiasman los problemas sociales.

—¿Los problemas sociales?… ¡Oh, Diomka! Con la técnica, la vida tiene menos complicaciones. Mejor sería que aprendieras a montar un aparato de radio.

—¿Y para qué quiero una vida tranquila?… De momento, si sigo aquí unos dos meses más, debo despabilarme para alcanzar a la novena clase en su segundo semestre.

—¿Y los libros de texto?

—Tengo dos. La estereometría me resulta muy difícil.

—¿La estereometría? ¡A ver! ¡Tráela!

Se oyó cómo el chico se iba y regresaba.

—Sí, sí… La estereometría de Kiseliov… mi vieja amiga… la misma. La línea recta y el plano, las paralelas entre sí… Si una recta es paralela a cualquier otra recta situada en un plano, también es paralela al plano. ¡Demonio, Diomka! ¡Este sí que es un buen libro! ¡Si todos escribieran así!… No es muy grueso, ¿verdad? Pero ¡qué contenido tan rico!

—Los alumnos lo estudian durante año y medio.

—Yo también lo estudié. ¡Me lo sabía al dedillo!

—¿Cuándo?

—Te lo diré. También en la novena clase, en el segundo semestre… o sea en los años 37 y 38. Es maravilloso tenerlo otra vez en las manos. La geometría era mi asignatura predilecta.

—¿Y después?

—¿Después? ¿Qué quieres decir?

—Sí, después de la escuela.

—Ingresé en una buena facultad: la de geofísica.

—¿Dónde?

—Allí mismo, en Leningrado.

—¿Y qué le sucedió?

—Terminé el primer curso, y en septiembre del 39 se promulgó un decreto que obligaba a enrolarse en el Ejército a los jóvenes desde los diecinueve años. Y me metieron en el saco.

—¿Y luego?

—Estuve en el servicio activo.

—¿Y luego?

—¿Es que no sabes lo que sucedió luego? La guerra.

—¿Fue usted oficial?

—No, sargento.

—¿Por qué?

—Porque si todos fueran generales, no habría nadie para ganar las guerras… Si el

plano pasa a través de una recta que es paralela a otro plano, entonces la línea de intersección… ¡Escucha, Diomka! ¿Y si nos ocupáramos diariamente de la estereometría? ¡Seguro que haríamos progresos! ¿Quieres?

—Está bien.

(«¡Sólo faltaba eso! Encima de mi mismo oído»).

—Te daré lecciones.

—Démelas.

—La verdad es que, si no, se desperdicia el tiempo. Empecemos ahora. Examinemos estos tres axiomas. No olvides que, a primera vista, parecen sencillitos, pero más adelante irán incluidos en cada teorema y debes descubrirlos donde estén. El primero: si dos puntos de la recta están en un mismo plano, toda la recta está contenida en dicho plano. ¿Qué quiere decir eso? Supongamos que este libro es el plano, y el lápiz, la recta. ¿De acuerdo? Ahora intenta colocar…

Dieron la lata largo rato con los axiomas y las deducciones. Pável Nikoláyevich, dispuesto a aguantar, les volvió la espalda de modo expresivo. Finalmente se callaron y se separaron. Con una dosis doble de somnífero, también Azovkin se había tranquilizado y dormido. Pero ahora le atacaba la tos al patriarca, al que Pável Nikoláyevich daba la cara. Ya estaba apagada la luz; pero él, el maldito, tosía sin tregua, de modo repugnante y persistente, con un silbido, y parecía que se asfixiaba.

Pável Nikoláyevich le volvió la espalda. Se quitó la toalla de la cabeza, pese a que en la sala aún no reinaba una completa oscuridad. Entraba en ella la luz del pasillo, donde se oían ruidos, rumor de pasos y el repiqueteo de escupideras y cubos.

No lograba conciliar el sueño. Le molestaba el tumor. ¡Qué vida tan dichosa y útil estaba a punto de truncarse! Sentía compasión de sí mismo y faltaba muy poco para que le brotaran las lágrimas.

Y, ese poco, Yefrem no perdió la ocasión de proporcionárselo. Ni siquiera en la oscuridad podía estarse callado y le relataba a su vecino Ajmadzhán un cuento absurdo:

—¿Para qué desea vivir el hombre cien años? Maldita la falta que le hace. Verás, cierta vez ocurrió que Alá se puso a distribuir la vida. A los animales les concedió cincuenta años; tenían bastante. El hombre llegó el último y a Alá sólo le quedaban veinticinco años.

—¿O sea, una cuarta parte? —preguntó Ajmadzhán.

—Eso es. El hombre se sintió ofendido; le parecía poco. Alá insistió en que bastaba. Pero el hombre volvió a decirle que era insuficiente, y Alá repuso: «Pues, entonces, vete por tu cuenta a preguntar quién tiene vida de sobra y si te la quiere ceder». Fue el hombre, y se tropezó con el caballo. «Escucha», le dijo, «tengo poca vida. Cédeme parte de la tuya». Y el caballo le respondió: «Bien; toma veinticinco años». Siguió adelante el hombre hasta dar con un perro. «Escucha, perro: dame parte

de tu vida». «Toma veinticinco años». Continuó adelante y se encontró con un mono, del que también obtuvo otros veinticinco años. Regresó a donde estaba Alá, y este le dijo: «Como quieras; tú lo has dispuesto. Los primeros veinticinco años vivirás como un hombre. Los segundos veinticinco años trabajarás como un caballo. Los terceros veinticinco años ladrarás como un perro. Y todavía te quedan otros veinticinco, durante los cuales se mofarán de ti como si fueras un mono…».

3

Aunque Zoya era eficiente, ágil, e iba y venía con rapidez por su piso, de la mesa a las camas y viceversa, se percató de que no tendría tiempo de suministrar todos los medicamentos prescritos antes de la hora del reposo nocturno. Se dio prisa por terminar y apagar la luz en la sala de hombres y en la sala pequeña de mujeres. En la sala grande de mujeres, enorme, con más de treinta camas, las pacientes, les apagaran la luz o no, nunca se recogían a la hora reglamentaria. Llevaban hospitalizadas mucho tiempo y estaban hartas de la clínica, dormían mal, sentían ahogo y se enzarzaban en continuas discusiones sobre si dejar abierto o cerrado el postigo del balcón. Había algunas especialmente diestras en charlar desde un rincón a otro. Allí, hasta la medianoche, y aun hasta la una de la madrugada, se discutía de todo: de los precios o de los comestibles, de los muebles o de los hijos, de los esposos o de las vecinas, pasando por los temas más impúdicos.

Nelia, la auxiliar sanitaria, una moza ruidosa de posaderas rotundas, pobladas cejas y abultados labios, fregaba el suelo de la sala. Hacía rato que había comenzado la faena, a la que no podía dar remate por entremeterse en cada conversación. Mientras tanto, Sibgátov, cuyo lecho estaba en el vestíbulo, frente a la entrada de la sala de hombres, esperaba sus abluciones. A causa de estas abluciones nocturnas, y porque se avergonzaba del fétido olor que despedía su espalda, se había quedado voluntariamente en el vestíbulo, a pesar de que su ingreso databa de mucho antes que el de los pacientes más antiguos; ya casi no lo consideraban un enfermo, sino uno más entre el personal de la clínica.

A su fugaz paso por la sala de mujeres, Zoya reprendió dos veces consecutivas a Nelia, pero esta le enseñó los dientes y siguió trabajando con parsimonia; tenía más edad y consideraba ultrajante someterse a aquella jovenzuela. Zoya había llegado al trabajo de excelente buen humor, pero la rebeldía de la sanitaria logró irritarla. Opinaba que, por regla general, cada persona tiene derecho a su parte de libertad y que, en el trabajo, no era obligatorio arrimar el hombro hasta la extenuación; pero debía respetarse un término medio razonable, en particular cuando se trataba con enfermos.

Por fin Zoya terminó de distribuir las medicinas y Nelia el fregado del suelo. Apagaron las luces de la sala de mujeres y del vestíbulo superior. Eran más de las

once cuando Nelia, tras preparar una disolución caliente en el primer piso, se la llevaba a Sibgátov en su palangana habitual.

—¡Oh…, oh…! ¡Estoy rendida! —bostezó ruidosamente—. Voy a desaparecer unos trescientos minutos. Oye, no voy a esperar a que termines, pues estarás ahí sentado una hora. Tú mismo puedes llevar abajo el cacharro y vaciarlo, ¿eh?

(En el piso superior de aquel antiguo y sólido edificio de amplios vestíbulos no había desagües).

Cómo había sido en el pasado Sharaf Sibgátov era ahora difícil de adivinar. No existía nada para formar un juicio; su sufrimiento era tan prolongado que, por lo visto, ya no quedaba nada de su vida anterior. Sin embargo, después de padecer durante tres años una dolencia permanente y opresiva, este joven tártaro era el hombre más sumiso y afable de toda la clínica. Frecuentemente acudía a sus labios una sonrisa suave, indecisa, como si pidiera disculpas por las largas molestias que se tomaban por él. Después de las estancias de cuatro y de seis meses que había pasado en la clínica, conocía a todos los médicos, enfermeras y sanitarias como si fueran de su propia familia, y ellos también le conocían. Pero Nelia era nueva, trabajaba allí desde hacía sólo unas semanas.

—Será difícil para mí —objetó con desmayo—. Si pudiera verterlo en otro recipiente, lo llevaría en varios viajes.

La mesa de Zoya estaba cerca. Lo había oído todo y dijo bruscamente:

—¿No te da vergüenza? ¡No puede doblar la espalda y le mandas cargar con tu palangana!

Pareció gritar aquellas palabras, aunque las pronunció a media voz, de modo que nadie pudo oírlas aparte de ellos tres. Nelia le contestó con calma, pero su voz resonó en todo el segundo piso.

—¿Por qué me he de avergonzar? También yo estoy tan agotada como un perro.

—¡Estás de guardia! ¡Te pagan por tu trabajo! —contestó Zoya indignada, en tono más bajo.

—¡Bah! ¡Me pagan! ¿Acaso eso es dinero? En la fábrica textil gano más.

—Pss… ¿No puedes hablar más bajo?

—¡Oooh! —suspiró y gimoteó en todo el vestíbulo la tragicómica Nelia—. ¡Mi querida almohadita! ¡Qué ganas tengo de dormir y…! Anoche me divertí con los chóferes… Está bien. Tú, cuando acabes deja el cacharro bajo la cama y por la mañana lo sacaré.

Bostezó profunda y largamente sin cubrirse la boca, y luego anunció a Zoya:

—Me quedo aquí, en la sala de reuniones. Me acostaré en un diván.

Y sin aguardar el permiso, se dirigió a la puerta del rincón, donde estaba la sala de conferencias y reuniones de los doctores, decorada con cómodos muebles.

Había dejado mucho trabajo sin acabar, las escupideras sucias y el suelo del

vestíbulo sin fregar. Pero Zoya siguió con la vista su ancha espalda y se contuvo. Tampoco hacía mucho tiempo que había comenzado a trabajar, pero iba comprendiendo el enojoso principio: al que sea perezoso no le pidas cuentas, que el laborioso trabajará por los dos. Mañana por la mañana le tocaba el turno a Yelizaveta Anatólievna, y fregaría y limpiaría lo de Nelia además de lo suyo.

Cuando Sibgátov se quedó solo, puso al descubierto el sacro y, en posición incómoda, se agachó sobre la palangana, que estaba en el suelo, junto al lecho. Y así permaneció sentado, silencioso. Cualquier movimiento imprudente le dañaba en los huesos, pero le producía un dolor mucho más vivo el roce en la zona lesionada, incluso el simple contacto de la ropa interior. Jamás había visto lo que tenía en la parte trasera; sólo de vez en cuando se lo palpaba con los dedos. El año antepasado le trajeron a la clínica en camilla, incapaz de levantarse ni de mover las piernas. Le examinaron muchos médicos, aunque siempre estuvo bajo el tratamiento de Liudmila Afanásievna. ¡Y a los cuatro meses el dolor había desaparecido por completo! Caminaba con soltura, podía agacharse y no se quejaba absolutamente de nada. Cuando le dieron de alta, besó las manos de Liudmila Afanásievna, quien no dejó de advertirle: «Ten cuidado, Sharaf. No saltes ni recibas ningún golpe». Pero no encontró ningún trabajo apropiado y se vio obligado a colocarse nuevamente de transportista. ¿Y cómo no va a saltar un transportista de los camiones al suelo? ¿Cómo no prestar ayuda a los cargadores o al chófer? Aunque todo transcurrió satisfactoriamente; hasta que sufrió un percance: desde un camión rodó una barrica, golpeando a Sharaf justamente en la parte enferma. En el lugar del golpe apareció una herida supurante que no cicatrizaba. A partir de entonces, Sibgátov estaba sujeto, como encadenado, a la clínica del cáncer.

Con un inextinguible sentimiento de enojo, Zoya se sentó a la mesa y comprobó, una vez más, si había aplicado todos los tratamientos prescritos, tachando con rayas de tinta —que se corría en el papel de mala calidad— las difusas líneas escritas. Era inútil que escribiera un parte; además, su manera de ser no se lo permitía. Debía apañarse sola, pero no sabía cómo hacer entrar a Nelia en vereda. No había nada malo en intentar descabezar un sueño. Asistida por una buena sanitaria, Zoya habría podido dormir media noche; pero ahora tenía que permanecer sentada.

Fijó la vista en el papel y oyó que alguien se acercaba y se colocaba a su lado. Zoya alzó la cabeza. Era el grandullón de Kostoglótov, de cabeza desgreñada y negra como el carbón, y dos enormes manos que a duras penas entraban en los bolsillos laterales de la chaqueta del hospital.

—Hace tiempo que debería estar durmiendo —le advirtió Zoya—. ¿Por qué anda paseando de un lado para otro?

—¡Buenas noches, Zóyenka! —saludó Kostoglótov de la manera más suave que pudo, casi arrastrando las palabras.

—¡Hasta mañana! —respondió ella con una sonrisa fugaz—. Las «buenas noches» se dijeron ya cuando corrí a llevarle el termómetro.

—Eso era en relación con su trabajo. No me haga reproches. Ahora vengo en calidad de visitante.

—¡No está mal! —(De modo natural, sin artificio, se le desplegaron las pestañas y se le abrieron los ojos ampliamente)—. ¿Qué le hace pensar que recibo visitas?

—El hecho de que en sus noches de guardia siempre está usted empollando y no veo hoy sus libros de texto. ¿Ha pasado el último examen?

—Es usted observador. Sí, lo he pasado.

—¿Qué nota ha recibido? Aunque, por supuesto, eso carece de importancia.

—Por supuesto. Pero de todos modos le diré que he obtenido un cuatro. ¿Por qué dice que no tiene importancia?

—Pensé que podría haber sacado un tres y que no le agradaría hablar de ello. ¿Ahora de vacaciones?

Ella parpadeó con expresión de regocijado alivio. Repentinamente cayó en la cuenta. En realidad, ¿por qué estar de mal humor? ¡Dos semanas de vacaciones! ¡Qué delicia! No tendría que acudir a ningún sitio, excepto a la clínica. ¡Cuánto tiempo libre! Y, durante las guardias, podría leer un libro o charlar.

—O sea, que he acertado al venir de visita.

—Está bien. Siéntese.

—Dígame, Zoya: si no recuerdo mal, antes las vacaciones empezaban el 25 de enero.

—Es que en otoño estuvimos en la recogida del algodón. Como cada año.

—¿Cuántos le quedan aún por estudiar?

—Uno y medio.

—¿Sabe adónde la destinarán?

Ella encogió sus redondeados hombros.

—La patria es inmensa.

Sus grandes ojos, incluso cuando miraban con calma, parecían no caber en las órbitas y querer escapar de ellas.

—No la dejarán aquí, ¿verdad?

—No, claro.

—¿Y cómo va a separarse de su familia?

—¿De qué familia? Sólo tengo a mi abuela, y la llevaré conmigo.

—¿Y sus padres?

Zoya suspiró.

—Mi madre ha muerto.

Kostoglótov la miró y no le preguntó por su padre.

—Pero… ¿es usted de aquí?

—No, de Smolensk.

—¡Ah! ¿Hace mucho que salió de allí?

—Durante la evacuación. ¿Cuándo iba a ser?

—Usted tendría entonces… ¿unos nueve años?

—Exacto. Allí estudié segundo curso… Después la abuela y yo nos quedamos aquí.

Zoya alargó el brazo para coger la gran bolsa de la compra, de vivo color naranja, que estaba en el suelo junto a la pared, y extrajo un espejito. Se despojó del gorro y se revolvió un poco el pelo, antes sujeto con el tocado; se lo peinó, formando sobre su frente una singular y grácil onda de dorado flequillo.

El áureo brillo se reflejó en el rudo rostro de Kostoglótov, que se suavizó mientras la observaba plácidamente.

—Y su abuela, ¿dónde está? —bromeó Zoya, dejando el espejo.

—Mi abuela… —respondió Kostoglótov absolutamente en serio— y mi madre… murieron en el bloqueo.

—¿De Leningrado?

—Sí… Y a mi hermanita la mataron los proyectiles. También era enfermera, una criaturita aún.

—Sí… —suspiró Zoya—. ¡Cuánta gente cayó durante el bloqueo! ¡Maldito Hitler!

Kostoglótov sonrió ligeramente.

—Que Hitler fue un maldito no hace falta demostrarlo dos veces. Pero, a pesar de todo, el bloqueo de Leningrado no lo cargo yo sólo a su cuenta.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Muy sencillo. Hitler se lanzó sobre nosotros para aniquilarnos. ¿Acaso iba a abrir una puertecita proponiendo a los bloqueados: «Salgan uno a uno, no se agolpen»? Él luchaba, era un enemigo. Alguien, además de él, es responsable del bloqueo.

—Pero ¿quién? —susurró la sorprendida Zoya. Nunca había oído nada igual ni podía imaginárselo.

Kostoglótov enarcó sus negras cejas.

—Pues digamos que aquel o aquellos que estaban preparados para la guerra, incluso si Hitler se hubiera aliado con Inglaterra, Francia y América. Quien cobró su sueldo decenas de años y previo el aislamiento geográfico de Leningrado y su defensa. Quien calibró la potencia de los futuros bombardeos y ocultó bajo tierra los depósitos de víveres. Fueron ellos, junto con Hitler, los que ahogaron a mi madre.

Era algo simple, pero, en cierto modo, completamente nuevo.

Sigbátov detrás, en el rincón, seguía en su palangana.

—Pero ¿entonces?… Entonces, ¿habría que juzgarlos? —insinuó Zoya con un

susurro.

—No lo sé —Kostoglótov torció los labios de su angulosa boca—. No lo sé.

Zoya no volvió a ponerse el gorro. Tenía el botón superior de la bata desabrochado y enseñaba el cuello del vestido gris dorado.

—Zóyenka, la verdad es que, en parte, he venido para tratar con usted de un asunto.

—¡Vaya! —y sus pestañas aletearon—. Entonces, por favor, dejémoslo para el turno de día. Ahora, ¡a dormir! ¿No dijo que venía de visita?

—Sí, también de visita. Pero mientras no se eche a perder, en tanto no se convierta definitivamente en médico, tiéndame su humanitaria mano.

—¿Es que los médicos no la tienden?

—Bueno… La suya es diferente… Y ellos no la tienden, no. Zóyenka, en el curso de mi vida me he propuesto no asemejarme a un mico. Aquí me tienen en tratamiento sin darme ninguna explicación. Y yo no puedo soportarlo. He visto que tiene usted el libro *Anatomía patológica*, ¿no es así?

—Sí.

—Se refiere a los tumores, ¿verdad?

—Sí.

—¡Sea bondadosa y tráigamelo! Debo hojearlo y formarme una idea. Para mi tranquilidad.

Zoya frunció los labios y movió la cabeza.

—Para los enfermos es contraproducente leer libros de medicina. Incluso cuando nosotros, los estudiantes, profundizamos en cualquier enfermedad, siempre nos parece…

—¡Será contraproducente para otros, pero no para mí! —y Kostoglótov golpeó la mesa con su manaza—. He visto de todo en la vida y estoy curado de espantos. El médico coreano del Hospital Provincial, el que diagnosticó mi enfermedad en vísperas de Año Nuevo, tampoco quería explicarme nada. Yo le conminé: «¡Hable!». Y me respondió: «No estamos autorizados a hacerlo». Y yo le insistí: «¡Hable! ¡Cargo con toda la responsabilidad! Debo arreglar mis asuntos familiares». Pues bien, me espetó: «Vivirá unas tres semanas. No le garantizo más».

—¿Qué derecho tenía?

—Fue gentil. ¡Una gran persona! Le estreché la mano. ¡Yo debía saberlo! Viví atormentado medio año, y en el último mes no podía estar acostado, ni sentado, ni de pie, sin que dejara de sentir dolores, y sólo dormía contados minutos; pero, aun así, pude reflexionar. Durante este otoño he sabido por mí mismo que el hombre puede franquear el umbral de la muerte aunque su cuerpo no haya muerto aún. En el interior de uno la sangre sigue circulando y asimilándose, pero psicológicamente ha recorrido íntegro el camino hacia la muerte. Y hasta ha experimentado esa misma muerte. Todo

cuanto ves alrededor lo miras con desinterés, como si ya estuvieras en el ataúd. Y aunque uno no se catalogue entre los cristianos, sino todo lo contrario a veces, reparas de repente en que has perdonado a cuantos te ofendieron y no guardas rencor a cuantos te hostigaron. Sencillamente, todo y todos te son indiferentes. No te esfuerzas por solucionar nada, nada hay que te cause compasión. Incluso diría que es una situación de sumo equilibrio, natural. Ahora me han hecho salir de ella y no sé si alegrarme o no. Retornarán las pasiones, las malas y las buenas.

—¿Y se lo pregunta? ¡Estaría bueno que no se sintiera satisfecho! Cuando ingresó…, ¿cuántos días hace?

—Doce.

—Pues bien. Aquí mismo, en el vestíbulo, se retorcía en un diván. Era terrible verle. Su cara parecía la de un muerto, no comía nada y tenía treinta y ocho grados de temperatura, lo mismo por la mañana que por la tarde. ¿Y ahora? Hasta hace visitas… Es un milagro que en doce días una persona se recupere de tal modo. Aquí raramente ocurre.

En efecto, cuando ingresó tenía el rostro surcado por profundas y grisáceas arrugas, como grabadas a cincel, que evidenciaban su constante tensión. Ahora tenía muchas menos y más despejadas.

—Toda mi suerte reside en la tolerancia de mi organismo a los rayos.

—Lo cual está lejos de ser corriente. ¡Es una suerte! —exclamó Zoya de todo corazón.

Kostoglótov sonrió levemente:

—Mi vida ha sido tan pobre en buena fortuna que con este asunto de los rayos se le ha hecho justicia. Incluso ahora tengo algunos sueños vagamente agradables. Creo que es un síntoma de curación.

—Perfectamente posible.

—¡Una razón más por la que debo comprender y orientarme! Quiero saber en qué consiste el método de tratamiento, qué perspectivas existen y qué complicaciones. Me he aliviado tanto que quizá sea preciso suspender las curas. Tengo que enterarme. Ni Liudmila Afanásievna ni Vera Kornílievna me aclaran nada; sólo me curan como si fuera un mono. Tráigame el librito, Zoya. ¡Se lo ruego! No la delataré.

Hablaba con tanto ardor que llegó a excitarse.

Zoya, dudando, echó mano al tirador del cajoncillo de la mesa.

—¿Lo tiene aquí? —adivinó Kostoglótov—. Zóyenka, ¡démelo! —y alargó la mano—. ¿Cuándo tiene la próxima guardia?

—El domingo, de día.

—Entonces se lo devolveré. ¡Ya está! ¿De acuerdo?

¡Qué afable y qué sencilla era, con su áureo flequillo y sus ojos un poco saltones!

Pero él no se veía a sí mismo, ni el aspecto de su cabeza con los mechones de

fosco cabello, apelmazado por la almohada, danzándole en todas las direcciones, ni aquel pico de la camiseta de punto que, con el descuido propio del que está en un hospital, se le escapaba por el cuello siempre desabotonado de la chaqueta.

—Bien, bien… —hojeó el libro y miró después el índice—. ¡Magnífico! Aquí lo encontraré todo. ¡Gracias! Pues el diablo sabe que, de lo contrario, son capaces de hacer durar el tratamiento sin necesidad. ¡Con tal de rellenar el gráfico…! Incluso es posible que me marche. Mucha medicina puede quitarte la vida.

—¡Vaya, hombre! —Zoya juntó las manos con asombro—. ¿Para qué se lo habré dado? ¡Venga, devuélvamelo!

Tendió una mano hacia el libro y luego la otra. Pero él lo sujetaba sin gran esfuerzo.

—¡Lo romperemos, y es de la biblioteca! ¡Démelo!

Sus firmes hombros redondos y sus pequeños pero gordezuelos y fuertes brazos estaban como apresados por la ceñida bata. Su cuello no era delgado ni gordo, ni corto ni largo, sino bien proporcionado.

Al tirar ambos del libro se acercaron uno a otro y se miraron a los ojos. El tosco rostro de él se ensanchó en una sonrisa. La cicatriz perdió su horrible aspecto: parecía más pálida y remota. Con la mano libre, Kostoglótov separó suavemente los dedos de ella del libro y en voz baja la exhortó:

—Zóyenka, usted no es partidaria de la ignorancia, sino de la cultura. ¿Acaso se puede impedir a la gente que se instruya? Estaba bromeando. No me iré a ningún sitio.

Ella le respondió con enérgico susurro:

—No merece usted leer este libro, aunque sólo sea por su negligencia. ¿Por qué no ha venido antes? ¿Por qué ha esperado hasta que prácticamente era ya un cadáver?

—¡Oh!… —susurró Kostoglótov elevando un poco la voz—. No había medios de transporte.

—¿Qué lugar es ese en que se carece de transportes? ¡Haber tomado un avión! ¿Por qué aguardar hasta el último momento? ¿Cómo no se trasladó con tiempo a un sitio más civilizado? ¿Tenían allí médico o practicante? —ella soltó el libro.

—Sí, un ginecólogo. No, dos…

—¿Dos ginecólogos? —se asombró Zoya—. ¿Es que sólo viven allí mujeres?

—Al contrario, las mujeres escasean. Pero sólo hay dos ginecólogos; y ningún médico más. Ni tampoco laboratorio, por lo que no podían analizarnos la sangre. Yo tenía un índice de sesenta en la velocidad de sedimentación globular, y nadie lo sabía.

—¡Qué horror! ¿Y aún se propone decidir por su cuenta si debe seguir el tratamiento o abandonarlo? Si no quiere mirar por su salud, ¡hágalo por sus familiares, por sus hijos!

—¿Por mis hijos? —exclamó Kostoglótov como si despertara, como si el

animado tejemaneje con el libro hubiera ocurrido en sueños.

Nuevamente retornó a su rostro severo y a su calmoso discurso.

—No tengo ningún hijo.

—¿Y su esposa? ¿No es ella un ser humano?

Él respondió con mayor lentitud:

—Tampoco tengo esposa.

—Los hombres siempre dicen que no la tienen. ¿Qué asuntos familiares debía arreglar entonces? ¿No es eso lo que dijo al médico coreano?

—Sí, pero le mentí.

—¿No será que ahora me está mintiendo a mí?

—No, de verdad que no —el rostro de Kostoglótov expresó aún mayor gravedad —. Yo soy muy exigente para escoger a las personas.

—¿No soportó ella su carácter? —inquirió Zoya con gesto compasivo.

Kostoglótov negó lentamente con la cabeza.

—Ella no ha existido jamás.

Zoya, perpleja, calculaba los años que podría tener. Movió los labios una vez, pero renunció a la pregunta. Volvió a moverlos, y tampoco se decidió.

Zoya quedaba de espaldas a Sibgátov y Kostoglótov estaba frente a él. Vio cómo se levantaba con sumo cuidado del barreño, con ambas manos a la cintura, y cómo se secaba. Su aspecto era el de una persona que ha pasado por todos los sufrimientos, que ha dejado atrás el último dolor, pero para quien no existen ya motivos de alegría.

Kostoglótov aspiró el aire y lo exhaló, como si el respirar fuera un trabajo.

—¡Qué ganas tengo de fumar! ¿Puedo hacerlo aquí?

—De ninguna manera. Además, para usted fumar es mortal.

—¿En cualquier circunstancia?

—En cualquiera, especialmente en mi presencia.

Y le sonrió.

—No obstante, me fumaría uno…

—¡Los pacientes duermen! ¿Cómo se le ocurre…?

A pesar de todo, él sacó una boquilla vacía desmontable, artesana, y se puso a chuparla.

—Ya sabe usted lo que suele decirse: es pronto para que el joven se case, y tarde para que lo haga el viejo —se apoyó con los codos sobre la mesa y se pasó por el cabello los dedos con los que sostenía la boquilla—. Estuve a punto de casarme cuando terminó la guerra, aunque los dos éramos estudiantes. De todos modos, nos hubiéramos casado, pero todo se complicó.

Zoya observaba el rostro poco afectuoso, pero enérgico, de Kostoglótov. Tenía los hombros y los brazos descarnados… pero eso era debido a la enfermedad.

—¿No llegaron a entenderse?

—Ella, ¿cómo suele decirse?, se perdió. —Con una torcida mueca, cerró un ojo y la miraba con el otro—. Se perdió, pero sigue viviendo. El año pasado intercambiamos algunas cartas.

Alzó la mirada y, al percatarse de que seguía con la boquilla entre los dedos, se la guardó en el bolsillo.

—Y, ¿sabe usted?, algunas frases de sus cartas me han llevado a pensar si en realidad era tan perfecta como entonces me parecía. ¿O no lo era?… ¿Qué podemos comprender a los veinticinco años?

Y observaba fijamente a Zoya con sus ojos castaño oscuro muy abiertos.

—Usted, por ejemplo, ¿qué entiende de hombres? Nada en absoluto.

Zoya se echó a reír.

—¡Quizás entienda más de lo que usted cree!

—Eso es del todo imposible —dictaminó Kostoglótov—. Lo que cree entender, en el fondo no lo entiende. Y, a buen seguro, se equivocará al casarse.

—¡Vaya perspectiva! —Zoya volvió la cabeza.

De la misma bolsa color naranja y amplia sacó una labor de bordado, que desenvolvió. Era un pequeño trozo de tela, tenso dentro del bastidor, en el que se veía ya bordada una grulla verde, y solamente dibujados una zorra y un jarro.

Kostoglótov miró la labor como algo prodigioso.

—¿Borda usted?

—¿De qué se sorprende?

—No imaginaba que hoy en día una estudiante de medicina se ocupara en labores de bordado.

—¿Es que no ha visto bordar a las muchachas?

—Posiblemente, en mi más tierna infancia. En los años veinte, y ya entonces se consideraba una costumbre burguesa. Por ella le habrían dado un buen palo en la reunión del *Komsomol*[1]

—Pues ahora es cosa corriente. ¿No se ha dado cuenta?

Él negó con la cabeza.

—¿Lo desaprueba?

—¡De ninguna manera! ¡Resulta tan delicioso y acogedor! Me maravilla.

Ella daba una puntada tras otra, permitiéndole que admirara su trabajo. Tenía la vista en el bordado y él, por su parte, la tenía fija en ella. La amarillenta luz de la lámpara arrancaba reflejos dorados de sus pestañas y daba un tono áureo al trozo de vestido que despuntaba por el escote de la bata.

—Es usted una abejita con flequillo —murmuró él.

—¿Cómo? —preguntó, mirándole de reojo y enarcando las cejas.

Él se lo repitió.

—¿Sí? —dijo ella como si esperara más elogios—. Si donde usted reside no

borda nadie, quizá pueda adquirirse fácilmente los *moulinets*.

—¿Cómo dice?

—*Mou-li-net*! Hilos como estos, verdes, azules, rojos, amarillos. Aquí es difícil conseguirlos.

—*Moulinet*. Lo tendré en cuenta y me enteraré. Si los hay, no dejaré de mandárselos. Y si existieran ilimitadas reservas de *moulinet*, ¿no sería más sencillo para usted trasladarse allí?

—A todo esto, ¿se puede saber dónde está ese «allí»?

—Por supuesto. En las tierras vírgenes.

—Entonces, ¿viene usted de aquellas tierras? ¿Es uno de los que han ido a roturarlas?

—Bueno… Cuando llegué allí nadie pensaba que eran tierras vírgenes. Después se descubrió que lo eran y empezaron a llegar los colonizadores. Así es que, cuando estén a punto de darle un destino, solicite este. Seguro que no se lo denegarán. No rechazan a nadie en nuestra región.

—¿Tan mal se está?

—¡En absoluto! Simplemente, ocurre que la gente tiene desacertada la noción de lo bueno y lo malo. Vivir en una jaula de cinco pisos en la que sobre tu cabeza caminan y alborotan, rodeado de aparatos de radio por todas partes, se considera como algo bueno. Pero vivir como un hacendoso labriego en una casita de barro, al borde de la estepa, lo creen el mayor de los infortunios.

Hablaba en serio, con esa laxa convicción de quien no necesita, ni siquiera con la firmeza de la voz, corroborar sus argumentos.

—¿Es estepa o desierto?

—Estepa. No hay dunas. Crece alguna hierba y el *zhantak*, el abrojo de los camellos, ¿lo conoce? Aunque es espinoso, en el mes de junio se cubre de flores rosadas y despide un aroma delicioso. Los kazajos sacan de él un centenar de medicamentos.

—¿O sea, que eso está en el Kazajstán?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Ush-Terek.

—¿Es una aldea?

—Considérelo como quiera, aldea o centro regional. Posee un hospital en el que faltan los médicos. Véngase para allá.

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿No crece nada más en ese lugar?

—¡Claro que sí! Se cultivan productos agrícolas de regadío, remolacha azucarera, maíz. Y en los huertos, todo cuanto se desee. Lo único que se precisa es trabajar

mucho la tierra. Con la azada. Los griegos surten el mercado de leche; los kurdos, de carne de cordero, y los alemanes, de carne de cerdo. ¡Si viera usted qué mercados tan pintorescos! Todos llegan en camellos y con sus trajes nacionales.

—¿Es usted agrónomo?

—No, soy especialista en organización agrícola.

—En resumidas cuentas, ¿por qué vive allí?

Kostoglótov se restregó la nariz.

—Me agrada mucho el clima.

—¿Aunque no haya medios de transporte?

—¿Por qué no ha de haberlos? Circulan cuantos coches quieran hacerlo.

—No obstante, ¿para qué habría yo de ir allí?

Ella le miraba de soslayo. Durante el rato que estuvieron charlando, la cara de Kostoglótov adquirió una expresión más afable y serena.

—¿Usted? —plegó la piel de su frente, como quien discurre un brindis—. ¿Sabe acaso, Zóyenka, en qué rincón de la Tierra va a ser feliz y en cuál desgraciada? ¿Quién puede decir que lo sabe?

4

Los enfermos que esperaban ser operados para que les extirparan los tumores, y que no cabían en el piso inferior, eran instalados en la primera planta, junto a los «de rayos», a los que se trataba con radioterapia o con procedimientos químicos. Por esta razón, en el piso superior había cada mañana dos consultas médicas: la de los radioterapeutas, que examinaban a sus pacientes, y la de los cirujanos, que atendían a los suyos.

Pero el 4 de febrero era viernes, día de operaciones, y los cirujanos no hacían su ronda de visitas a la sala. La doctora Vera Kornílievna Gángart, médico radioterapeuta, tras una breve reunión de cinco minutos con los demás médicos, tampoco realizó inmediatamente su revisión; tan sólo se asomó a la sala de hombres y echó un vistazo desde el umbral.

La doctora Gángart no era alta, aunque sí bien proporcionada. Parecía esbelta, por su talle marcadamente estrecho. Su cabello, recogido en la nuca en un moño pasado de moda, era de una tonalidad más clara que el negro y más oscura que el rubio; de esos que se describen con la ambigua expresión de castaños, cuando debiera decirse rubios oscuros.

Ajmadzhán advirtió su presencia y la saludó risueño con una inclinación de cabeza. Kostoglótov tuvo tiempo de alzar la vista del grueso libro y desde lejos le dedicó otra inclinación. Ella sonrió a ambos y levantó un dedo, como se amonesta a los niños, para que en su ausencia se mantuvieran tranquilos. Se apartó inmediatamente del vano de la puerta y se fue.

Hoy debía recorrer las salas acompañada de Liudmila Afanásievna Dontsova, jefa del departamento de radioterapia. Pero a Liudmila Afanásievna la había llamado Nizamutdín Bajrámovich, el médico jefe, que la retenía.

Únicamente en los días de revisión —una vez a la semana— sacrificaba Dontsova las sesiones de diagnóstico por rayos X. Habitualmente, las dos primeras horas de la mañana, que estimaba las mejores porque la vista es más aguda y el entendimiento está más despejado, las pasaba sentada ante la pantalla, acompañada del médico interno de tumo. Para ella, esta era la parte más complicada de su trabajo; a lo largo de más de veinte años de práctica pudo comprender cuán caro se pagaban los errores, en el diagnóstico en particular. Tenía en su departamento a tres jóvenes doctoras. Para

que adquirieran una experiencia similar y ninguna quedara rezagada en el tema de diagnósticos, Dontsova había establecido un tumo rotatorio. Cada una de ellas trabajaba tres meses en el departamento del dispensario, tres en el departamento de diagnóstico radiológico y otros tres como médico interno en la clínica.

La doctora Gángart trabajaba ahora en el tercer turno. En él, lo esencial, lo más comprometido y menos investigado era velar porque la dosis de irradiación fuera la correcta. No existía una fórmula para calcular la intensidad y dosificación de las irradiaciones: las más letales para cada tumor y las más inocuas para el resto del organismo. No había tal fórmula, pero sí cierta experiencia, cierta intuición y la posibilidad de calcularlo por el estado del paciente. La radioterapia constituía en sí una operación, pero hecha con rayos, a ciegas y de duración más prolongada. Era imposible no herir o destruir células sanas.

El resto de las obligaciones del médico no exigían más que un quehacer metódico: ordenar a su debido tiempo los análisis, comprobarlos y efectuar las anotaciones en los 30 historiales clínicos del pabellón. A ningún médico le gustaba rellenar los gráficos, pero Vera Komílievna se había reconciliado con ellos porque durante esos tres meses había tenido *sus* pacientes, y no un pálido entretejido de colores y sombras en la pantalla: eran personas vivas y familiares que confiaban en ella y esperaban su voz y su mirada. Cuando tenía que transferir sus obligaciones al otro médico, siempre sentía separarse de los enfermos que no había terminado de curar.

La enfermera de guardia, Olimpiada Vladislávovna, mujer entrada en años, de pelo cano, buena presencia y aspecto más grave que el de algunos médicos, iba avisando por las salas a los pacientes de radioterapia para que no se alejaran. En la sala grande de mujeres pareció que esperaban esta indicación, pues en el acto, una tras otra, desfilaron hacia la escalera, con sus uniformes y batas grises, para dirigirse a algún sitio del piso inferior: bien a ver si había llegado el abuelo que vendía la crema, o la mujer de la leche, bien a echar una ojeada desde el porche del pabellón a la ventana de la sala de operaciones (por encima de la parte inferior, pintada de blanco, podían verse los gorros de los cirujanos y de las enfermeras y las resplandecientes lámparas del techo) o bien a enjuagar un tarro al lavabo o a visitar a cualquier otro hospitalizado.

No sólo su destino de ser operadas, sino también aquellas ajadas batas grisáceas de algodón, de aspecto desaliñado aun estando limpias, apartaban, arrancaban a esas mujeres de su mundo y del atractivo femenino. Eran de corte indefinido, tan anchas que cualquier mujer gruesa podría cruzársela en torno a su cuerpo, y las mangas caían como dos amplios y disformes tubos. Las chaquetas a rayas rosadas de los hombres eran mucho más decorosas. A las mujeres no les proporcionaban vestidos, sólo esas batas sin ojales ni botones. Unas las acortaban, otras las alargaban y todas ellas se las

ceñían con un cinturón de fustán para no enseñar el camisón, y también iban con la mano sujetando las solapas al pecho. Cualquier mujer abatida por la enfermedad, además del mísero aspecto que ofrecían con las batas, era incapaz de deleitar la vista de nadie. Ellas lo comprendían.

En la sala de hombres, todos, excepto Rusánov, esperaban, tranquilos y sosegados, la ronda del doctor.

El viejo uzbeko Mursalímov, guarda de un koljós, permanecía tumbado cuan largo era sobre la cama ya recogida y con su inseparable y raído gorro. Parecía satisfecho, aunque sólo fuera porque la tos no le acometía. Con ambas manos sobre el jadeante pecho, miraba a un punto fijo del techo. Su piel broncínea casi se atirantaba en su cráneo; se le apreciaban los bordes del hueso de la nariz, los pómulos y el agudo hueso del mentón con la barbita en punta. Tenía las orejas apergaminadas y los cartílagos completamente planos. Le hubiera bastado secarse y ennegrecerse un poco más para parecer una momia.

A su lado, el pastor *kazajo* Yeguenberdíev, hombre de mediana edad, estaba sentado en el lecho con las piernas cruzadas, como si se hallara en su casa, sentado sobre una alfombrilla. Apoyaba las palmas de sus grandes y fuertes manos en las robustas rodillas; estaba tan rígidamente ensamblado en su macizo y fornido cuerpo que, cuando en su habitual inmovilidad se balanceaba un poco, lo hacía como si fuera una torre o la chimenea de una fábrica. Sus hombros y su espalda tensaban la chaquetilla blanco rosáceo, cuyos puños casi reventaban en sus musculosas muñecas. La pequeña úlcera del labio, por la que ingresó en la clínica se había convertido a causa de las irradiaciones en una enorme escara de color rojo oscuro que le obstruía la boca y le estorbaba para comer y beber. Pero él no se inquietaba, ni se alteraba, ni gritaba; comía meticulosamente hasta dejar limpio el plato, con la misma quietud con que podía seguir sentado horas y horas, mirando a un punto fijo.

Más allá, en la cama inmediata a la puerta, Diomka, el joven de dieciséis años, estaba en la cama con la pierna enferma extendida, y sin cesar se la acariciaba suavemente, dándose masajes con la palma de la mano en la zona dolorida. Tenía la otra pierna encogida, como un gatito, y leía sin reparar en nada más. En realidad, leía todo el tiempo que le quedaba libre después de dormir y de pasar por el tratamiento. En el laboratorio, donde se hacían todos los análisis, la asistenta jefe tenía un armario con libros; Diomka podía entrar allí libremente y cambiar los libros sin esperar a que se los cambiaran a los demás. Ahora leía una vieja revista de cubiertas azuladas, estropeada y descolorida por el sol. No había libros nuevos en el armario de la enfermera del laboratorio.

Proshka ya había arreglado su cama con esmero, sin hoyos ni arrugas, y aguardaba sentado, formal y paciente, con los pies en el suelo, como una persona completamente sana. En realidad, estaba completamente sano: en la sala no se le oía

quejarse de nada, no tenía ningún signo externo de afección, sus mejillas ofrecían un saludable color bronceado y le caía sobre la frente un mechón de pelo. El muchacho parecía magnífico, como para ir al baile.

Junto a él, Ajmadzhán había colocado diagonalmente sobre la manta el tablero de damas y, no hallando con quién jugar, hacía una partida en solitario.

Yefrem, envuelto en su vendaje que parecía blindado y le impedía girar la cabeza, no caminaba por el pasillo ni incordiaba a nadie. Apoyado en dos almohadas, leía sin interrupción el libro que el día anterior le ofreciera Kostoglótov. Volvía las páginas con tan poca frecuencia que podría creerse que dormitaba con el libro en las manos.

Azovkin sufría tanto como el día anterior. Posiblemente se había pasado la noche sin dormir. En el alféizar de la ventana y en la mesilla se veían sus cosas esparcidas, y el lecho estaba revuelto. Le transpiraban las sienes y la frente, y su amarillento rostro crispado reflejaba los dolores internos que sufría. Ya se ponía en pie, apoyándose con los codos en los barrotes de la cama, y permanecía así doblado, ya se aferraba el vientre con ambas manos y se acostaba boca abajo. Hacía muchos días que no respondía a las preguntas que le hacían en la sala ni decía nada de sí mismo. Sólo hablaba para pedir medicinas superfluas a las enfermeras y a los médicos. Cuando sus familiares iban a visitarle, los enviaba a comprar los mismos medicamentos que le daban en el hospital.

Tras las ventanas, el día era nublado, tranquilo, apagado. Al regresar de la sesión matinal de rayos, Kostoglótov, sin consultar con Pável Nikoláyevich, abrió el ventanuco situado sobre su cabecera; por él entró un aire húmedo, aunque no helado.

Por miedo a que se le enfriara el tumor, Pável Nikoláyevich se cubrió el cuello y se sentó lo más alejado que pudo de la corriente. ¡Qué rudos eran todos, y qué dóciles y zoquetes! Exceptuando a Azovkin, ninguno, por lo visto, padecía realmente. Si no recordaba mal, fue Gorki quien dijo que sólo es digno de la libertad aquel que lucha por ella. Lo mismo podía decirse de la curación. Pável Nikoláyevich ya había dado aquella mañana los pasos decisivos y pertinentes. En cuanto abrieron la oficina de registro, llamó por teléfono a su casa y comunicó a su mujer la resolución que había tomado durante la noche: echar mano de todos los conductos para conseguir que lo enviaran a Moscú, sin arriesgarse a que aquí le destruyeran. Kapa era expeditiva y ya estaría actuando. Ciertamente, había sido una cobardía asustarse por el bulto y hospitalizarse. Porque, ¿quién podría creer que, desde las tres de la tarde del día anterior, nadie hubiera acudido, ni siquiera a palparle el tumor para ver si crecía? Tampoco le habían administrado medicinas, y si colgaron el gráfico de la fiebre en la cama fue sólo para engañar a los imbéciles. Decididamente, nuestras instituciones sanitarias necesitan que las enderecen, que las metan en cintura.

Por fin aparecieron los médicos, pero no entraron en la sala, sino que se detuvieron al otro lado de la puerta. Estuvieron largo rato ante la cama de Sibgátov.

Este se descubrió la espalda y la mostró a los médicos. (Entretanto, Kostoglótov escondió su libro bajo el colchón).

Después entraron en la sala las doctoras Dontsova y Gángart, y la enfermera canosa de buena presencia, con un cuaderno de apuntes en la mano y una toalla colgada del brazo. La aparición simultánea de varias batas blancas provoca generalmente un acceso de expectación, de temor y de esperanza; y estas tres sensaciones son tanto más fuertes cuanto mayor es el número de batas y de gorros y cuanto más severa es la expresión de los rostros. Allí, la más grave y ceremoniosa de las tres era la enfermera Olimpiada Vladislávovna. Para ella, la ronda era como el oficio divino para el diácono. Era de esas enfermeras para quienes los médicos están por encima de la gente común, convencidas de que estos lo comprenden todo, jamás se equivocan y no hacen prescripciones erróneas. Anotaba cada instrucción en su cuaderno, con una sensación rayana en la felicidad que ya no experimentan las enfermeras jóvenes.

Sin embargo, al entrar las doctoras en la sala, ¡tampoco se apresuraron a acercarse a la cama de Rusánov! Liudmila Afanásievna, corpulenta, de rasgos faciales grandes y vulgares, de cabello ceniciento, corto y rizado, pronunció un general y discreto «¡Buenos días!», y se detuvo ante la primera cama, la de Diomka, al que miró especulativamente.

—¿Qué lees, Diomka?

(¡No ha podido hallar pregunta más inteligente! ¡Y en sus horas de servicio!).

Como hacen muchas personas, Diomka no enunció el título, sino que dio vuelta a la revista y mostró su cubierta de azul desvaído. Dontsova entrecerró los ojos.

—¿Por qué lees una revista de hace dos años?

—Tiene un artículo interesante —aclaró Diomka con gran seriedad.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre la *sinceridad*! —respondió con énfasis—. Dice que la literatura está falta de sinceridad…

Había deslizado la pierna enferma al suelo, pero Liudmila Afanásievna le advirtió con presteza:

—¡No es preciso! ¡Remángate!

Él se subió el pantalón. Ella se sentó en la cama y con mucho cuidado, y a cierta distancia, le tanteó la pierna con dos o tres dedos.

Vera Kornílievna, que permanecía detrás, apoyada en el pie de la cama, la observaba por encima de su hombro y dijo quedamente:

—Quince sesiones de tres mil *rad*.

—¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Y aquí?

—Más, y arriba también.

—¿Por qué callas, pues? ¡Vaya un héroe! Indícame dónde sientes más dolor.

Y le tanteaba lentamente por las inmediaciones de la zona dañada.

—¿Te duele cuando no te tocas? ¿Por la noche?

En la tersa cara de Diomka no había apuntado aún el vello. Pero su expresión, permanentemente tensa, le hacía parecer mucho mayor.

—Me aguijonea tanto de día como de noche.

Liudmila Afanásievna intercambió una mirada con la doctora Gángart.

—Pero, de todos modos, ¿has notado si desde que estás aquí te molesta más o menos que antes?

—No lo sé. Puede que algo menos, aunque quizá sólo me lo parezca.

—La sangre —solicitó Liudmila Afanásievna y la doctora Gángart le tendió al instante el historial clínico.

Liudmila Afanásievna lo leyó y lanzó una mirada al muchacho.

—¿Tienes apetito?

—Toda la vida he comido con ganas —contestó Diomka con seriedad.

—Le damos una ración complementaria —aclaró Vera Kornílievna con voz cantarina y cariñosa, como de niñera, mientras sonreía a Diomka.

Este le devolvió la sonrisa.

—¿Transfusión? —preguntó queda y entrecortadamente Gángart a Dontsova, recuperando la historia clínica.

—Sí. ¿Qué te parece, Diomka? —Liudmila Afanásievna le miró de nuevo con ojos escrutadores—. ¿Seguimos con los rayos?

—¡Naturalmente! —accedió complacido el muchacho.

Y la miró agradecido.

Pensaba que la radioterapia evitaría la operación y creía que Dontsova opinaba lo mismo. (Pero lo que Dontsova tenía presente era que, antes de operar un sarcoma en un hueso, se imponía reprimir su actividad con las irradiaciones para prevenir la metástasis).

Hacía rato que Yeguenberdíev estaba preparado y en guardia, y en cuanto Liudmila Afanásievna abandonó la cama vecina, se puso en pie en el pasillo, sacando el pecho ante ella como un soldado.

Dontsova le sonrió, se aproximó a su labio y le examinó la cara. Gángart le leía en voz baja ciertas cifras.

—¡Bien! ¡Muy bien! —le animó Liudmila Afanásievna con un tono más alto del necesario, como suele hacerse con personas que hablan diferente idioma—. Todo va perfectamente, Yeguenberdíev. Pronto te irás a casa.

Ajmadzhán, que sabía su obligación, se lo tradujo al uzbeko (él y Yeguenberdíev podían entenderse a pesar de que a cada uno de ellos se le antojaba deformado el

lenguaje del otro).

Yeguenberdíev contemplaba a Liudmila Afanásievna con esperanza, con fe y hasta con entusiasmo, con el embeleso de las almas simples ante las personas verdaderamente cultas y útiles. Pero, de todos modos, se pasó la mano por la escara, y preguntó:

—¿No ha aumentado? ¿No se ha extendido? —tradujo Ajmadzhán.

—Toda esa costra se desprenderá. ¡Así debe ser! —le aseguró Dontsova con acento más pronunciado—. ¡Te desaparecerá todo eso! ¡Descansarás tres meses en casa y luego volverás aquí!

A continuación se acercó al anciano Mursalímov. Ya estaba sentado, con los pies fuera de la cama, e intentó levantarse, pero ella le contuvo y se sentó a su lado. Este viejo bronceado y sarmentoso la miraba con la misma fe en su omnipotencia. Por mediación de Ajmadzhán se interesó por su tos y le ordenó subirse la camisa. Le auscultó el pecho en el sitio dolorido, dándole unos golpecitos con un dedo a través de su otra mano, y escuchó el informe de Vera Kornílievna sobre el número de sesiones, la sangre y las inyecciones y, en silencio, revisó su historial. Alguna vez su cuerpo sano había tenido cuanto era necesario y en su justo lugar, pero ahora todo era superfluo y surgían extraños bultos y protuberancias…

Dontsova le recetó otras inyecciones, y le rogó que sacara de la mesilla los comprimidos que tomaba y se los mostrara.

Mursalímov sacó un frasquito vacío de comprimidos vitamínicos.

—¿Cuándo lo has comprado? —inquirió Dontsova, y Ajmadzhán le dio la respuesta traducida:

—Hace tres días.

—¿Dónde están las tabletas?

—Las he tomado.

—¿Dices que las has tomado? —se asombró Dontsova—. ¿Todas de una vez?

—No, en dos veces —tradujo Ajmadzhán.

Las doctoras, la enfermera, los pacientes rusos y Ajmadzhán soltaron una carcajada, y también el propio Mursalímov enseñó los dientes, aunque sin comprender por qué.

Únicamente a Pável Nikoláyevich le llenó de indignación aquella risa absurda e inoportuna. Pero ¡ahora les haría moderar el tono! Eligió la postura más apropiada para hacer frente a las doctoras, considerando que medio sentado estaría en posición más ventajosa.

—¡Está bien! ¡No debe preocuparse! —animaba Dontsova a Mursalímov. Y tras recetarle más vitamina C y frotarse las manos con la toalla que ceremoniosamente le ofrecía la enfermera, se volvió con actitud preocupada hacia la cama siguiente. En aquel instante, más próxima a Pável y de cara a la ventana, Dontsova presentaba en

su rostro un color grisáceo y enfermizo y una expresión de profundo cansancio, casi de quebrantamiento.

Calvo, con el gorro y las gafas, y sentado con tal severidad en el lecho, Pável Nikoláyevich hacía pensar en un maestro; no en un maestro cualquiera, sino en uno de logrados méritos que hubiera educado a centenares de alumnos. Aguardó a que Liudmila Afanásievna se aproximara a su cama para ajustarse las gafas y decir:

—Bien, camarada Dontsova. Me veo obligado a informar al Ministerio de Sanidad de los métodos de trabajo en esta clínica. Telefonearé al camarada Ostápenko.

Ella ni se estremeció ni palideció, aunque quizá se volviera más terroso el color de su cara. Efectuó un extraño movimiento simultáneo y circular con los hombros, como si estuvieran cansados por la carga que sostenían y no pudiera librarlos de ella.

—Si tiene usted fácil acceso al Ministerio de Sanidad y puede incluso telefonear al camarada Ostápenko —consintió ella inmediatamente—, le facilitaré más material, ¿quiere?

—¿Qué más puede añadir? ¡La indiferencia que muestran ustedes supera todos los límites! ¡Llevo *dieciocho* horas aquí sin que nadie me ponga en tratamiento! Mientras tanto, yo…

(¡No pudo decirle más! ¡Debía comprenderlo por sí misma!).

En la sala todos guardaban silencio y miraban a Rusánov. Quien había recibido el golpe no fue Dontsova, sino Gángart, que apretó los labios en una línea, frunció el ceño y arrugó la frente como si presenciara algo irremediable que no podía parar.

Pero Dontsova, en pie y con toda su corpulencia ante Rusánov, que seguía sentado, no se permitió ni un fruncimiento de cejas; sólo realizó un nuevo movimiento circular con los hombros y, condescendiente, en voz baja, dijo:

—A eso he venido, a curarle.

—No. ¡Ahora ya es tarde! —le interrumpió Pável Nikoláyevich—. He observado bien los procedimientos que rigen aquí y me marcho. ¡Nadie se toma el menor interés! ¡Nadie establece un diagnóstico!

Sin advertirlo le tembló la voz. Se sentía realmente ofendido.

—Su diagnóstico está ya establecido —dijo con gravedad Dontsova, aferrada con ambas manos a los pies de la cama—. Y no tiene opción para irse a otro sitio. Con su enfermedad, no hallará en toda la república dónde puedan curarle.

—¿No me ha dicho usted misma que no tengo cáncer?… ¡Dígame entonces lo que tengo!

—En general no estamos obligados a explicar a los pacientes sus enfermedades. Pero si eso alivia su situación, se lo diré con mucho gusto: linfogranulomatosis.

—¡O sea que no es cáncer!

—¡Claro que no! —Ni su rostro ni su voz reflejaban la natural irritación por la

disputa. Ella había visto ya bajo su mandíbula el tumor del tamaño de un puño.

¿Con quién tendría que enojarse? ¿Con el tumor?

—Nadie le ha obligado a hospitalizarse aquí —prosiguió—. Si lo desea, puede solicitar el alta ahora mismo. Pero recuerde… —titubeó y le advirtió con tono conciliador—, no sólo de cáncer muere la gente.

—¿Trata de asustarme? —gritó Pável Nikoláyevich—. ¿Por qué quiere intimidarme? ¡No es muy buen método que digamos! —la atajó con viveza, aunque sintió frío en su interior al oír la palabra «muere». Y ya más suavemente preguntó—: ¿Quiere decirme, acaso, que corro ese peligro?

—Si piensa andar de clínica en clínica, desde luego que sí. Veamos, quítese la bufanda. Incorpórese, por favor.

Se despojó de la bufanda y se puso en pie. Con suma precaución Dontsova empezó a tantearle el tumor y luego la parte sana del cuello, comparando ambas partes. Le rogó que se esforzara por echar la cabeza hacia atrás cuanto pudiera (no consiguió moverla mucho, pues sintió en el acto el tirón del bulto), y que la inclinara hacia adelante, hacia la izquierda y la derecha.

Resultaba, al parecer, que su cabeza apenas tenía libertad de movimiento, esa ligera y maravillosa libertad que poseemos y en la que no reparamos cuando gozamos de ella.

—Quítese la chaqueta, por favor.

La chaqueta de su pijama a rayas verdes y marrones tenía grandes botones y era de amplia hechura; por ello parecía que no tendría dificultad en quitársela. Pero, al estirar los brazos, Pável Nikoláyevich sintió dolor en el cuello y lanzó un quejido. ¡Oh, cómo había avanzado la enfermedad!

La grave y canosa enfermera le ayudó a desembarazarse de las mangas.

—¿Nota dolores en las axilas? —le preguntó Dontsova—. ¿Alguna molestia?

—¿También ahí puedo tener algún mal? —Ahora el tono de voz de Rusánov descendió con desmayo y se hizo aún más bajo que el de Liudmila Afanásievna.

—Alce los brazos hacia los lados.

Atentamente, presionando con fuerza, le palpaba las axilas.

—¿En qué consistirá el tratamiento? —quiso saber Pável Nikoláyevich.

—Inyecciones. Ya se lo dije.

—¿Dónde? ¿Directamente en el tumor?

—No. Intravenosas.

—¿Con frecuencia?

—Tres veces a la semana. Vístase.

—¿No es posible la operación?

(Aunque preguntaba si podían operarle, de hecho lo que más temía era tener que acostarse en la mesa de operaciones. Como la mayoría de los enfermos, prefería

cualquier otro método de cura, por largo que fuese).

—La operación carece de objeto —respondió la doctora, frotándose las manos en la toalla que le tendían.

«¡Me alegro de que carezca de objeto!», pensó Pável Nikoláyevich. «A pesar de todo, tendré que consultarlo con Kapa». Las gestiones indirectas tampoco eran tan simples y él, en realidad, no gozaba de la influencia personal que hubiera deseado y que en la clínica pretendía insinuar que tenía. Tampoco era tan sencillo telefonear al camarada Ostápenko.

—Bien. Lo pensaré —apuntó Pável—. ¿Lo decidimos mañana?

—No —negó inexorable Dontsova—. Tiene que ser hoy mismo. Mañana es sábado y no podremos inyectarle.

¡Otra vez las normas! ¡Como si no se establecieran para poder infringirlas!

—¿Por qué no es posible el sábado?

—Porque hay que vigilar atentamente su reacción el mismo día en que se le inyecte, y también el siguiente. Y el domingo eso sería imposible.

—¿Tan delicada es esa inyección?…

Liudmila Afanásievna no le respondió. Había pasado al lecho de Kostoglótov.

—Bueno. ¿Y si esperásemos al lunes?

—¡Camarada Rusánov! Nos ha reprochado que en dieciocho horas no le hayamos atendido. ¿Quiere ahora esperar setenta y dos? —(le había derrotado, triturado, y él era impotente…)—. O nos encargamos de su curación o no. En caso afirmativo, hoy, a las once de la mañana, recibirá la primera inyección. En caso negativo, rehúse bajo firma nuestra asistencia y en el acto le daré el alta. No tenemos derecho a permanecer tres días impasibles. Recapacite mientras termino la visita a la sala, y notifíqueme su decisión.

Rusánov se cubrió el rostro con las manos.

Gángart, con la bata abotonada casi hasta el cuello, pasó por su lado en silencio. Y Olimpiada Vladislávovna desfiló a su vera como un navío.

Dontsova, cansada por la disputa, confiaba divertirse en la siguiente cama. Ella y Gángart ya casi sonreían.

—Y usted, Kostoglótov, ¿qué me cuenta?

Kostoglótov, alisándose las greñas, respondió sonora y firmemente, con voz de persona sana:

—¡Que estoy magníficamente, Liudmila Afanásievna! ¡Mejor imposible!

Las doctoras intercambiaron una mirada. Los labios de Vera Kornílievna iniciaron una tímida sonrisa, aunque sus ojos reían alegres.

—Veamos, no obstante —Dontsova se sentó en la cama—. Descríbame con simples palabras lo que experimenta, los cambios que ha notado desde que está aquí.

—¡Con mucho gusto! —accedió de buen grado Kostoglótov—. Los dolores

disminuyeron después de la segunda sesión, desapareciendo por completo después de la cuarta. Al mismo tiempo bajó la fiebre. Duermo admirablemente, hasta diez horas seguidas, en cualquier postura y sin sentir dolor. Sin embargo, antes no podía hallar una postura adecuada. Tampoco podía ver la comida, y ahora lo como todo y aún pido más. Y nada me duele.

—¿Y nada le duele? —se rio Gáspart.

—¿Y se lo dan? —rio también Dontsova.

—A veces. Pero ¿para qué hablar de ello? Sencillamente, en mi caso se han alterado las relaciones del hombre con el medio ambiente. Llegué siendo un cadáver y ahora estoy vivo.

—¿No siente náuseas?

—No.

Dontsova y Gángart contemplaban radiantes a Kostoglótov, exactamente como el maestro contempla al alumno destacado: más orgulloso de su excelente respuesta que de la experiencia y conocimientos propios. Tal discípulo estimula el afecto hacia él.

—¿Percibe el tumor?

—Ahora no me molesta.

—Pero ¿lo nota?

—Pues, cuando estoy tumbado, siento como un peso innecesario y como si cambiara de sitio. Pero ¡no me molesta! —insistió Kostoglótov.

—Está bien. Tiéndase.

Kostoglótov, con un movimiento acostumbrado, levantó las piernas hasta la cama. (Durante el último mes, y en diversas clínicas, fueron muchos los médicos y practicantes invitados especialmente a palpar su tumor, y todos se asombraban). Estiró las rodillas, se tumbó de espaldas sin posar la cabeza en la almohada y puso al descubierto su vientre. Inmediatamente sintió que aquella irritación interna, compañera de su vida, se acoplaba profundamente en su interior, oprimiéndole.

Liudmila Afanásievna, sentada a su lado, trataba de llegar al tumor mediante suaves movimientos circulares de sus dedos.

—No se ponga tenso, no se ponga tenso —le recordó.

Él ya sabía que no debía hacerlo; pero, sin querer, se ponía rígido en instintiva defensa, con lo que obstaculizaba el examen. Al fin, cuando se encontró con un vientre laxo y confiado, Liudmila Afanásievna pudo captar con claridad allá en el fondo, tras el estómago, el borde del tumor. Al principio lo contorneó suavemente, después de modo más firme y, por último, presionando más.

Gángart observaba por encima de su hombro y Kostoglótov miraba a Gángart. Esta inspiraba simpatía. Quería mostrarse severa sin conseguirlo, pues se encariñaba enseguida con los pacientes. Deseaba actuar como una persona adulta y tampoco lo lograba, ya que en su naturaleza había algo de muchachita adolescente.

—Se sigue localizando con precisión —hizo constar Liudmila Afanásievna—. Está más plano, no cabe duda, pero se ha hecho más profundo, liberando el estómago. Por eso no le duele. También está más blando, aunque su contorno es casi el mismo. ¿Quiere verlo?

—No, no. Se lo examino cada día, pero para apreciarlo mejor tendría que hacerlo con intervalos de tiempo. Velocidad de sedimentación globular, veinticinco; leucocitos, cinco mil ochocientos; segmentarios… Pero véalo usted misma…

Rusánov levantó la cabeza de las manos y quedamente preguntó a la enfermera:

—¿Son dolorosas esas inyecciones?

Kostoglótov también quiso averiguar:

—¡Liudmila Afanásievna! ¿Cuántas sesiones deberé tomar todavía?

—Ahora no es posible calcularlo.

—Pero ¿cuándo podrá darme de alta? Aproximadamente.

—¿Diga? —ella levantó la cabeza del historial—. ¿Qué me preguntaba?

—Que cuándo me dará de alta —repitió Kostoglótov con igual firmeza.

Huraño, se abrazaba las rodillas con ambos brazos.

En la mirada de Dontsova no quedó ni rastro de admiración por el alumno sobresaliente. Ante ella se encontraba ahora un paciente difícil, con la expresión del rostro ofuscada.

—¡Justamente ahora *inicio* su curación! —Ella le hizo bajar los humos—. A partir de mañana la inicio. Todo lo anterior ha sido un mero reconocimiento del campo.

Kostoglótov no cedió:

—Liudmila Afanásievna, quisiera que me entendiera. Comprendo que aún no estoy curado, pero tampoco pretendo un restablecimiento completo.

—¡Vaya unos enfermos que me están resultando ustedes! ¡A cuál mejor! —Y Liudmila Afanásievna frunció las cejas enfadada—. ¿Qué dice? ¿Está usted en su sano juicio o no?

—Liudmila Afanásievna —dijo tranquilamente Kostoglótov con un movimiento de su larga mano—, la discusión acerca de la cordura y la anormalidad del hombre moderno nos conduciría bastante lejos… Le agradezco de todo corazón que me haya puesto en estado tan satisfactorio. Ahora aspiro a vivir así durante algún tiempo, porque no sé lo que ocurrirá con el tratamiento futuro. —A medida que hablaba, en el labio inferior de Liudmila Afanásievna crecía la impaciencia y la indignación. A la doctora Gángart se le contraían las cejas y sus ojos pasaban sucesivamente de él a ella, con deseos de intervenir y paliar la cuestión. Olimpiada Vladislávovna contemplaba al rebelde con altivez—. En una palabra, no quisiera pagar ahora un precio demasiado elevado por la esperanza de vivir algún tiempo. Quiero confiar en las defensas naturales del organismo…

—¡Con las defensas naturales del organismo llegó usted a nuestra clínica

arrastrándose a cuatro patas! —le replicó ásperamente Dontsova, levantándose de la cama—. ¡Ni siquiera comprende lo que se está jugando! ¡No deseo seguir hablando con usted!

Hizo un gesto despectivo y varonil con la mano y se volvió hacia Azovkin. Pero Kostoglótov, con las rodillas estiradas sobre la manta, la miró tercamente y, cual perro mortificado, pidió:

—¡Y yo, Liudmila Afanásievna, le ruego que hablemos! Es posible que a usted le interese el experimento y sienta curiosidad por saber en qué acaba esto, pero yo anhelo vivir tranquilamente, aunque sólo sea un añito más. Eso es todo.

—Entendido —le lanzó Dontsova por encima del hombro—. Ya le avisarán.

Miraba a Azovkin todavía enojada, incapaz de adoptar un nuevo tono de voz y una nueva expresión del rostro.

Azovkin no se levantó. Siguió sentado, sujetándose el vientre. Lo único que hizo para recibir a las doctoras fue alzar la cabeza. Sus labios no se limitaban a formar parte de la boca, sino que cada uno de ellos exteriorizaba por separado su sufrimiento. En sus ojos no había emoción alguna, salvo una súplica, un ruego ardiente de ayuda a oídos sordos.

—¿Qué hay, Kolia? ¿Cómo estás? —le preguntó Liudmila Afanásievna, pasándole el brazo por los hombros.

—¡Mal!… —respondió apagadamente, moviendo sólo la boca y procurando que el aire no le dilatara el pecho, pues la más ligera vibración trascendía inmediatamente al vientre, y a su tumor.

Seis meses atrás marchaba con la pala al hombro, al frente de los jóvenes comunistas que voluntariamente trabajaban los domingos, cantando a voz en cuello. Ahora ni de su propio dolor podía hablar, a no ser en un susurro.

—Está bien, Kolia. Decidámoslo juntos —dijo Dontsova, igualmente quedo—. ¿Estás cansado de la medicación? ¿O es que estás harto de la vida de hospital? ¿Es eso?

—Sí…

—Tú eres de aquí. ¿Y si te fueras a casa a descansar? ¿Lo deseas? ¿Te damos el alta por un mes o mes y medio?

—Y después…, ¿volverán a admitirme?

—¡Naturalmente! Tú ya eres de los nuestros. Descansarás de las inyecciones. En su lugar comprarás en la farmacia una medicina que te pondrás bajo la lengua tres veces al día.

—¿Sinestrol?

—Sí.

Dontsova y Gángart no sabían que, durante todos aquellos meses, Azovkin había mendigado, a cada enfermera que entraba de turno y a cada médico de la guardia

nocturna, somníferos y analgésicos innecesarios y toda suerte de polvos y tabletas, además de las que le daban o le inyectaban por prescripción. Con dicha reserva de medicamentos, con los que había llenado una bolsita de tela, Azovkin planeaba su salvación para el día preciso en que los médicos se deshicieran de él.

—Necesitas descansar, Kólienka… Descansar…

En la sala reinaba un silencio absoluto. Se oyó claramente cómo suspiraba Rusánov y, después de apartar la cabeza de sus manos, anunció:

—¡Doy mi consentimiento, doctora! ¡Inyécteme!

5

¿Cómo denominar el desasosiego, ese estado en que nuestro espíritu se siente como agobiado? Una bruma invisible, aunque densa y pesada, invade el pecho, se ciñe a nuestro cuerpo y presiona sobre su mismo centro. Y sentimos sólo esa contracción y esa bruma, sin que podamos percatarnos al momento de la causa precisa de esa depresión.

Así se sentía Vera Kornílievna cuando, en compañía de Dontsova, descendía por la escalera después de finalizar el recorrido por la sala. Se la veía francamente mal.

En estas ocasiones convenía analizar y formar un juicio sobre los motivos que provocaban tales incidentes, a fin de oponerles alguna barrera defensiva.

Lo que ocurría era que temía por «mamá». Así llamaban a Liudmila Afanásievna. Podía ser su madre por la edad: las tres rondaban los treinta y ella andaba por los cincuenta. También por el especial fervor con que las adiestraba en el trabajo. Era cuidadosa hasta la minuciosidad y quería que sus «hijas» asimilaran ese cuidado y esa minuciosidad. Era uno de los pocos médicos que quedaban especializados a la vez en diagnóstico por rayos X y en radioterapia. A pesar de las tendencias de la época y del desdoblamiento de la ciencia, procuraba que las tres médicos a sus órdenes dominaran ambas ramas. No había secreto que se reservara y no compartiera. Y cuando Vera Gángart, ya en una cosa, ya en otra, se mostraba más despierta y aguda que ella, «mamá» únicamente sentía satisfacción. Vera llevaba ocho años trabajando a su lado, desde que saliera del Instituto Médico, y todo el poder que ahora percibía en su interior, el poder de rescatar a las personas dolientes apresadas por la muerte, dimanaba de Liudmila Afanásievna.

Aquel tipo, Rusánov, podía ocasionar a «mamá» enojosos disgustos. Es arduo ganarse un prestigio, pero muy fácil perderlo.

Pero ¡si sólo se tratara de Rusánov! Cualquier paciente despiadado podía hacerlo, ya que toda difamación, una vez divulgada, no se queda inmóvil. Se propaga. No es como una huella en el agua, sino que deja un surco en la memoria. Después puede alisarse cubriéndolo de arena. Pero en cuanto alguien, aunque sea en estado de embriaguez, vocifera de nuevo: «¡Abajo los médicos!» o «¡Abajo los ingenieros!», enseguida se tiene el palo en las manos.

Los retazos de sospecha que habían quedado aquí y allá se esparcían.

Recientemente estuvo hospitalizado en la clínica un chófer del MGB[2] con un tumor en el estómago. Pertenecía al departamento de cirugía, y Vera Kornílievna no tenía relación con él. Pero una vez en que ella estaba de guardia, al efectuar una ronda él se le quejó de que no podía conciliar el sueño. Vera le recetó bromural. Al enterarse por la enfermera de que las dosis disponibles eran pequeñas, ordenó que se le administrasen dos de una vez. El paciente tomó los papelitos con los polvos y Vera Kornílievna no reparó en la extraña mirada que le dirigió. Y probablemente no se habría enterado de nada a no ser por la auxiliar del laboratorio, que era vecina del chófer y fue a visitarle a la sala. Después acudió muy excitada a Vera Kornílievna. Resultó que el chófer no se había tomado los polvos (¿por qué le daban dosis doble?), se pasó la noche sin dormir y trató de investigar, preguntando a la auxiliar del laboratorio: «¿Por qué se apellida Gángart? Cuéntame con detalle lo que sepas de su vida. Ha querido envenenarme. Habrá que ocuparse de ella».

Y durante varias semanas Vera Kornílievna estuvo esperando que vinieran a «encargarse de ella». Y en esas semanas tuvo que establecer diagnósticos con entereza y sin errores, y a veces hasta con inspiración, graduar correctamente las dosis de medicación y, con la mirada y la sonrisa, alentar a los pacientes postrados en aquel famoso círculo del cáncer y esperar que cada uno de ellos le indicara con los ojos: «¿No eres una envenenadora?».

Otra razón por la que la visita de hoy a la sala resultaba particularmente penosa había sido la actitud de Kostoglótov, uno de los pacientes que más progresaba y con quien Vera Kornílievna se mostraba, sin saber por qué, más bondadosa. Y tuvo que ser justamente Kostoglótov quien interrogara de aquella manera a «mamá», recelando que le hiciera víctima de algún infame experimento.

También Liudmila Afanásievna se sentía deprimida después de la visita a la sala. Recordaba el desagradable caso que le ocurrió con Polina Zavódchikova, una mujer de rompe y rasga. No era ella la enferma, sino un hijo suyo. Ella le hacía compañía en la clínica. Le extirparon un tumor interno. La madre, en el pasillo, se lanzó sobre el cirujano exigiéndole un trocito del tumor de su hijo. Si no se hubiera tratado de Lev Leonídovich, es posible que lo hubiera conseguido. Proyectaba llevar el fragmento de tumor a otra clínica para comprobar la exactitud del diagnóstico. Y si no coincidía con el establecido por Dontsova, extorsionar a esta para sacarle dinero o demandarla judicialmente.

No era este el único caso que rememoraban las doctoras.

Después de la revisión, hablaban reservadamente de lo que no podía decirse ante los enfermos y tomaban decisiones.

En el pabellón 13 escaseaban las habitaciones y no pudieron hallar una salita para los médicos de radioterapia. No podían instalarse en el departamento de la «bomba-gamma» ni en el de rayos de larga distancia focal, de 120 000 y 200 000 voltios.

Aunque en el de diagnosis por rayos disponían de espacio, reinaba en él una oscuridad permanente. Por eso habían colocado su mesa, ante la que estudiaban los asuntos del día y escribían las historias clínicas y otros documentos, en el departamento de curas de rayos de foco corto, como si en los años que llevaban trabajando en él no hubieran respirado el suficiente aire repugnante con su olor y calor característico.

Entraron y se sentaron, la una junto a la otra, ante aquella mesa larga, sin cajones y bastamente cepillada. Vera Kornílievna ordenaba las cartillas de los pacientes, hombres y mujeres, separando los casos que ella misma resolvería de los que debían decidir juntas. Liudmila Afanásievna, sombría, miraba ante sí, con la vista en la mesa, avanzando el labio inferior y dando golpecitos con el lápiz.

Vera Kornílievna la miró con simpatía, sin atreverse a nombrar a Rusánov ni a Kostoglótov y sin lanzarse a comentar las vicisitudes de los médicos en general. A nada conduciría repetir lo que era evidente y, si al emitir su opinión carecía de la suficiente delicadeza y el debido tacto, sólo lograría herirla sin llegar a consolarla.

Pero Liudmila Afanásievna manifestó:

—¡Qué exasperante es nuestra impotencia! —(Podía referirse a muchos pacientes examinados hoy). Siguió golpeando la mesa con el lápiz—: Sin embargo, no hemos cometido ningún error —(podía aludir a Azovkin o a Mursalímov)—. Vacilamos al diagnosticar, pero el tratamiento que aplicamos fue justo. Tampoco podíamos administrar una dosis menor. ¡El barril ha sido nuestra perdición!

¡De modo que estaba pensando en Sibgátov! Existen enfermedades tan abyectas que no hay fuerza capaz de salvar al paciente, a pesar de que para conseguirlo se emplee una ingeniosidad triplicada. Cuando les llevaron por primera vez a Sibgátov en camilla, la radiografía denunció la completa destrucción de casi todo el sacro. El error consistió en que, incluso en la consulta del profesor, consideraron que padecía un sarcoma en el hueso. Y sólo después, de modo gradual, descubrieron que era un tumor de células gigantes, con la aparición en los huesos de un líquido viscoso que llega a convertirlos en un tejido gelatinoso. No obstante, el tratamiento fue un éxito.

No es posible extirpar el sacro ni tampoco reducirlo; es como la piedra angular de una construcción. El único remedio que quedaba era aplicar la radioterapia, y a grandes dosis desde el primer momento, ya que, de lo contrario, no surtiría efecto. ¡Y Sibgátov se recuperó! Su sacro se fortaleció. Había sanado. Pero, a causa de la gran dosis de rayos, los tejidos circundantes, excesivamente sensibles, se volvieron propensos a la formación de nuevos tumores malignos. Así fue como a raíz de la contusión le surgió una úlcera trófica. Y ahora, cuando su sangre y sus tejidos rechazaban la radioterapia, brotaba un nuevo tumor sin que existieran medios con que abatirlo. Lo único que hacían era contenerlo.

Para el médico, esto representaba el reconocimiento de su impotencia, de la

imperfección de los métodos. Para el corazón, un sentimiento de compasión, la más común de las compasiones: existe el tártaro Sibgátov, triste, dócil, afable, con un sentido muy desarrollado del agradecimiento, pero todo cuanto se puede hacer por él es prolongar sus sufrimientos.

Aquella mañana, Nizamutdín Bajrámovich había reclamado la presencia de Dontsova por este motivo especial: debía acelerarse la transferencia de las camas mediante la salida de todos los enfermos cuyos casos se presentaran confusos o no prometiesen un mejoramiento concluyente. Dontsova estaba de acuerdo con tal medida, porque en el vestíbulo del registro de admisión había permanentemente personas aguardando tumo, algunas durante varios días, y los dispensarios oncológicos comarcales no cesaban de pedir autorización para enviar algún enfermo. Estaba de acuerdo con el principio, y nadie mejor que Sibgátov caía bajo el peso de esta norma. Pero se sentía incapaz de darle el alta. Había librado una lucha demasiado larga y agotadora por aquel sacro humano para capitular ahora ante una simple reflexión, por razonable que fuera, demasiado para renunciar a la sencilla repetición de la jugada con la flaca esperanza de que, a pesar de todo, la equivocada fuera la muerte y no el médico. Por causa de Sibgátov cambiaron de rumbo los intereses científicos de Dontsova: se embebió en la patología de los huesos con el único empeño de salvarlo. Acaso aguardaran en el registro de admisión enfermos igualmente necesitados, pero ella no podía permitir que Sibgátov se marchara. Se las ingeniaría como pudiera ante el médico jefe para conseguirlo.

Nizamutdín Bajrámovich también insistía en deshacerse de los desahuciados. A ser posible, su fallecimiento debía sobrevenir fuera de la clínica. Así se podría contar con más camas libres, los pacientes no presenciarían un hecho deprimente y las estadísticas saldrían beneficiadas, porque no figurarían como enfermos dados de alta por «defunción», sino por «empeoramiento».

En esta categoría se incluyó a Azovkin, que aquel mismo día se fue a su casa. En los meses que estuvo hospitalizado, su historia clínica se había convertido en un voluminoso cuaderno de hojas de papel oscuro, engomado y de tosca elaboración, de una clase de papel con mezcla de trocitos de madera, en los que tropezaba la pluma. En él estaban escritas muchas líneas y cifras con tinta violeta y azul. A través de este cuaderno de hojas adicionadas, las dos doctoras veían al muchacho de la ciudad, sudoroso de sufrimiento, sentado en el lecho, encorvado. Pero dichas cifras, leídas con suave y queda voz, eran más inexorables que las sentencias de los jueces, y nadie podía apelar contra ellas. Allí había 26 000 *rad* de irradiaciones, de las cuales 12 000 en la última serie;

50 inyecciones de sinestrol y siete transfusiones de sangre. Pese a todo, los leucocitos sólo llegaban a 3400, los eritrocitos… Las metástasis destruían las defensas como si fueran tanques. Ya habían afectado a la pleura, aparecieron en los

pulmones inflamando los ganglios supra-claviculares, sin que el organismo proporcionara el concurso preciso para contenerlas.

Las doctoras examinaron las fichas que tenían ante sí y se dispusieron a finalizar su escritura, mientras la enfermera auxiliar de rayos efectuaba el tratamiento de los pacientes externos. Acababa de hacer pasar a una niña de cuatro años, con vestido azul, acompañada de su madre. La niña tenía en el rostro unas pequeñas tumoraciones vasculares de color rojo vinoso; todavía eran reducidas y de carácter benigno, pero requerían la radioterapia para que no crecieran ni degeneraran. La niña apenas se inquietaba. No sabía que quizás en su diminuto labio soportaba el gravoso peso de la muerte. No era la primera vez que venía; había perdido el miedo, parloteaba y tendía las manos hacia las piezas niqueladas de los aparatos, alegrándose ante aquel mundo resplandeciente. Su sesión duraba tres minutos, durante los cuales no quería estarse quieta en su asiento ante el estrecho tubo dirigido exactamente a la zona dañada. Se removía, se ladeaba, y la enfermera que le suministraba los rayos, nerviosa, desconectaba la corriente y trataba de aplicarle una y otra vez el tubo. La madre sostenía un juguete, atrayendo la atención de la niña, y le prometía otros regalos si se mantenía quietecita. Luego entró una anciana sombría que tardó en desenrollarse la toquilla y en despojarse de la blusa. Seguidamente lo hizo una paciente interna, una mujer con bata gris, con un tumor pigmentado y del tamaño de una bolita en la planta del pie, que parecía causado por el pinchazo de un clavo de zapato. Estuvo charlando animadamente con la enfermera sin sospechar en absoluto que esa insignificante bolita de un centímetro de diámetro (que no querían extirparle, cosa que ella no se explicaba) era el rey de los tumores malignos: el melanoma.

Las doctoras se entretuvieron con estos pacientes, examinándoles y dando consejos a la enfermera. Ya había pasado la hora en que Vera Kornílievna debía haber puesto la inyección de ambiquina a Rusánov. Colocó ante Liudmila Afanásievna la tarjeta de Kostoglótov que, intencionadamente, dejó para último lugar.

—Dada la situación de abandono en que tenía su enfermedad, el comienzo ha sido brillante —dijo—. Pero es un hombre muy obstinado. Es posible que renuncie a seguir.

—¡Que lo intente! —exclamó Liudmila Afanásievna, golpeando la mesa.

La enfermedad de Kostoglótov era la misma que la de Azovkin, pero los resultados de su tratamiento eran esperanzadores. ¡Sólo faltaba que se atreviera a renunciar a él!

—Con usted no lo hará —convino Gángart—. Pero no sé si yo podré vencer su obstinación. ¿No sería mejor enviársela a usted? —se quitó de la uña una mota de polvo—. Mis relaciones con él pasan por un mal momento… No conseguiría hablar con él de manera categórica.

Y no sé por qué.

Sus relaciones habían sido delicadas desde el primer encuentro.

Era un día desapacible y lluvioso de enero. Gángart entraba en el turno de noche como médico de guardia de la clínica. Alrededor de las nueve, se presentó la gorda y corpulenta sanitaria de turno y se lamentó:

—Doctora, hay un paciente que está armando jaleo. No puedo con él. Si no se toman medidas, acabarán por volvernos locas.

Vera Kornílievna bajó hacia el vestíbulo. En el mismo suelo, junto al cuartucho cerrado de la enfermera jefe y cerca de la escalera principal, un hombre de elevada estatura yacía cuan largo era. Calzaba botas altas y vestía un descolorido abrigo militar. Llevaba un gorro civil que le venía pequeño, pero, no obstante, lo tenía embutido en la cabeza. Apoyaba esta en un macuto y todo hacía suponer que se disponía a dormir. Gángart, con sus finas pantorrillas y sus tacones (jamás vestía con abandono), se aproximó a él. Le miró con severidad, deseando avergonzarle con la mirada para que se levantara; pero él, aunque la había visto, demostró una total indiferencia, no se movió y cerró los ojos.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Un… ser… humano —respondió en voz baja y con desgana.

—¿Tiene certificado de admisión?

—Sí.

—¿Cuándo lo ha recibido?

—Hoy.

Por las señales que se veían en el suelo, bajo sus costados, el abrigo debía de estar empapado, lo mismo que sus botas y su mochila.

—No puede quedarse aquí… No está permitido. Además… es incómodo para usted.

—En absoluto —repuso con desmayo—. Estoy en mi patria. ¿Por qué debo sentirme molesto?

Vera Kornílievna se quedó perpleja. Se daba cuenta de que no podía alzarle la voz ni ordenarle que se levantara y de que, por otra parte, él no la obedecería.

Miró a su alrededor. El vestíbulo, durante el día, estaba siempre lleno de visitantes y de enfermos que aguardaban; cuando la clínica se cerraba por la noche, se permitía la estancia en él a los enfermos graves que venían de otros lugares y no tenían dónde alojarse. En aquel momento sólo había en el vestíbulo dos bancos: en uno estaba acostada una anciana, y en el otro, una joven uzbeka, con pañuelo abigarrado, había acomodado a un niño a su lado.

Habría podido autorizarle para que se quedara tumbado en el vestíbulo, pero el suelo estaba sucio y pisoteado.

Más allá sólo se permitía la entrada con ropa de la clínica o con bata blanca.

Vera Kornílievna miró de nuevo a aquel huraño enfermo, cuyo rostro afilado y demacrado revelaba una indiferencia de muerte.

—¿No tiene a nadie en la ciudad?

—No.

—¿Ha intentado instalarse en un hotel?

—Sí, lo he intentado —respondió, cansado de contestar.

—Aquí hay cinco hoteles.

—Pero no quieren ni escucharle a uno. —Y cerró los ojos, como dando por concluida la audiencia.

—¡Si hubiera llegado antes! —reflexionó Gángart—. Algunas de nuestras sanitarias, por la noche, albergan a enfermos en sus domicilios. No cobran caro.

Él siguió echado, con los ojos cerrados.

—Ha dicho que seguirá ahí tumbado aunque sea una semana entera —intervino, agresiva, la sanitaria de guardia—. ¡Aquí, en un lugar de paso! ¡Y dice que hasta que le proporcionen una cama! ¡Menudo camorrista! ¡Levántate, basta de hacer el tonto! ¡Esto está esterilizado! —y se le aproximó.

—¿Por qué hay dos bancos únicamente? ¿No había uno más? —Gángart se extrañó.

—El tercero lo han trasladado ahí —la sanitaria indicó tras la puerta de cristales.

Tenía razón. Al otro lado de aquella puerta estaba el pasillo que conducía al departamento de rayos. Y el banco lo colocaron allí para los pacientes externos que acudían de día a tratamiento y que aguardaban turno.

Vera Kornílievna ordenó a la sanitaria abrir la puerta del pasillo y dijo al enfermo:

—Levántese; le pondré en otro sitio más cómodo.

Él la miró sin mostrar al principio mucha confianza. Después, atormentado y encogido por los dolores, empezó a levantarse. Era evidente que cada movimiento y giro del cuerpo le resultaban penosos. Al incorporarse, dejó la mochila en el suelo, y ahora, al agacharse para cogerla, sufriría nuevos dolores.

Vera Kornílievna se inclinó con agilidad, tomó entre sus blancos dedos la sucia y húmeda bolsa y se la entregó.

—Gracias —le sonrió torcidamente—. ¡A qué extremo he llegado!…

En el suelo, donde había estado tendido, quedó un húmedo manchón alargado.

—¿Ha caminado bajo la lluvia? —le preguntó, mirándolo con mayor interés y simpatía—. En el corredor hace calor; puede quitarse el abrigo. ¿Siente escalofríos? ¿Tendrá fiebre?

Aquel gorro negro y grotesco que llevaba encasquetado, con las orejeras de piel colgándole, le tapaba por completo la frente y ella le aplicó los dedos a la mejilla.

Bastaba tocarle para saber que tenía fiebre.

—¿Toma usted algo?

La miró ahora de diferente modo, sin el acusado distanciamiento anterior.

—Analguín.

—¿Tiene?

—Sí.

—¿Desea que le traiga un somnífero?

—Si es posible…

—¡Oh, sí! —Ella cayó en la cuenta—: ¡Enséñeme su certificado de admisión!

No podría decirse si lo del hombre fue un asomo de sonrisa o si sus labios se movieron debido al dolor.

—Y si no tengo documentos, ¿otra vez bajo la lluvia?

Se desabrochó los corchetes superiores del abrigo y los del bolsillo de la guerrera que llevaba debajo, y sacó el certificado que, en efecto, había sido expedido aquella misma mañana en el consultorio. Ella lo leyó, advirtiendo que el paciente iba destinado a su sección, la de radioterapia. Se volvió con él en la mano con intención de ir a buscar el somnífero.

—Ahora mismo se lo traigo. Vaya a acostarse.

—¡Espere, espere! —le dijo con viveza—. ¡Devuélvame el papelito! ¡Conozco de sobra a los recepcionistas!

—¿Qué teme? ¿No confía en mí? —y se le encaró, ofendida.

—Él la miró titubeante y rezongó:

—¿Por qué debería confiar en usted? Creo que nunca hemos comido en el mismo plato…

Y se fue a acostar.

Ella, enojada, no volvió por allí. Por mediación de la sanitaria le envió el somnífero y la hoja de ingreso, en cuya parte superior había escrito la palabra *urgente*, subrayada y entre signos de admiración.

No pasó por su lado hasta la noche. Dormía. El banco era cómodo y no podía caerse de él: su curvado respaldo se iba convirtiendo gradualmente en el también curvado asiento, en forma de canalón. Se había quitado el abrigo empapado, aunque se lo había echado encima; una mitad del faldón extendida sobre las piernas y la otra mitad cubriéndole los hombros. Las botas sobresalían del borde lateral del banco. Las suelas no tenían un espacio sano, las llevaba remendadas con trozos de piel negra y rojiza, remachadas con cercos metálicos, y los tacones con pequeñas herraduras.

Por la mañana, Vera Kornílievna habló de él con la enfermera jefe, que le acomodó en el rellano superior de la escalera.

Ciertamente, desde el día de su encuentro Kostoglótov no volvió a insolentarse con ella. Le hablaba cortésmente, con lenguaje normal y educado; era el primero en iniciar el saludo y hasta le sonreía con afecto. Pero a ella le embargaba la constante sensación de que podía salir con algo extravagante.

En efecto. Dos días atrás, cuando lo llamó para establecer su grupo sanguíneo y se disponía a extraérsela de la vena con la jeringuilla, él, de repente, se bajó la manga que ya tenía enrollada y dijo con sequedad:

—Vera Kornílievna, lo siento mucho, pero halle el modo de evitar esta prueba.

—¿Y eso por qué, Kostoglótov?

—Porque ya me han sacado bastante sangre y no quiero que me extraigan más. Que la proporcione quien la posea en abundancia.

—¿No le da vergüenza, siendo un hombre? —le miró con esa socarronería innata en las mujeres, tan difícil de soportar para el hombre.

—¿Para qué la quieren?

—Por si tenemos que hacerle una transfusión.

—¿Una transfusión a mí? ¡Quiá! ¿Para qué necesito sangre ajena? No la quiero y tampoco daré una gota de la mía. Anote el grupo a que pertenece; lo sé desde que estuve en el frente.

Por mucho que intentó convencerlo, no logró hacerlo entrar en razón, pues él alegó nuevos e inesperados argumentos. Estaba persuadido de que era innecesario.

Finalmente, ella se ofendió:

—Me coloca usted en una situación absurda y ridícula. *Se lo pido* por última vez.

Naturalmente que era un error y una humillación por su parte, porque, en realidad, ¿por qué tenía que rogarle?

Pero él, súbitamente, se descubrió el brazo y se lo ofreció:

—Lo hago sólo por usted. Puede tomar si quiere tres centímetros cúbicos.

En cierta ocasión, la confusión que se apoderaba de ella en su presencia motivó un episodio ridículo. Kostoglótov le había preguntado:

—No parece usted alemana. ¿Usa el apellido del marido?

—Sí —se le escapó.

¿Qué razón tuvo para tal respuesta? En ese instante le molestaba decir otra cosa.

Él no le hizo más preguntas.

Gángart era el apellido de su padre y de su abuelo, que fueron alemanes rusificados.

¿Tendría, pues, que haberle dicho: «No estoy casada. No lo he estado nunca»?

No hubiera podido.

6

En primer lugar, Liudmila Afanásievna condujo a Kostoglótov al gabinete de tratamiento, del que acababa de salir una paciente después de su sesión. Desde las ocho de la mañana funcionaba en él, casi ininterrumpidamente, el gran tubo de rayos X de 180 000 voltios que colgaba sujeto a un gancho. El ventanuco estaba cerrado y todo el aire, saturado del calor que despedía la instalación de rayos, dulzón y repelente.

Después de las seis o diez sesiones, aquel caldeamiento (que no sólo era tal) resultaba repulsivo a los enfermos en cuanto lo percibían sus pulmones. Pero Liudmila Afanásievna estaba habituada a él. Hacía veinte años que Dontsova trabajaba allí, cuando aún los tubos carecían de toda protección (en cierta ocasión estuvo a punto de perder la vida por culpa de un cable de alta tensión), y diariamente respiraba el aire de los departamentos radiológicos, en los que permanecía más tiempo del permitido, ocupada en los diagnósticos. Y a pesar de las modernas pantallas y guantes, probablemente recibía más irradiaciones que los pacientes más sufridos y graves, con la diferencia de que esas irradiaciones no eran calculadas ni sumadas por nadie.

Si se daba prisa en salir de allí, no era sólo por abandonar aquel lugar, sino para no demorar el funcionamiento de las instalaciones de rayos más minutos de los precisos. Indicó a Kostoglótov que se echara en un duro canapé situado bajo el tubo y se descubriera el vientre. Le pasó por la piel una especie de brochita, cosquilleante y fría, como si esbozara ciertos trazos o cifras.

Seguidamente explicó a la enfermera el esquema de los cuadrados y la manera de aplicar el tubo a cada uno de ellos. Luego ordenó al enfermo que se tendiera sobre el vientre; dibujó de nuevo en su espalda y le indicó:

—Después de la sesión, venga a verme.

Y se fue. La enfermera le pidió que se colocara nuevamente boca arriba y cubrió el primer cuadrado con una sábana. Sacó a continuación unas pesadas alfombrillas de goma guarnecidas de plomo y tapó con ellas las zonas contiguas del cuerpo que no debían recibir el golpe directo de los rayos X. Las flexibles alfombrillas se ceñían agradable y firmemente al cuerpo.

La enfermera salió también y cerró la puerta. Ahora sólo podía verle a través de

una ventanilla abierta en la gruesa pared. Se oyó un quedo zumbido, se encendieron las lámparas auxiliares y se calentó el tubo principal.

Y a través del cuadrado desnudo de la piel de su vientre, a través de las capas intermedias y de los órganos cuyos nombres no conocía su propio poseedor, a través del tumor agazapado como un gato, del estómago o de los intestinos, a través de la sangre de sus arterias o venas, a través de la linfa y de las células, de la espina dorsal y de otros huesos menores, y luego a través de las otras capas intermedias, vasos y piel de la espalda y, por último, a través del asiento del canapé, de los cuatro centímetros de tarima del suelo, a través de toda la armadura y el relleno y aún más allá, hasta llegar al mismo cimiento de piedra o a la tierra, fluían los crueles rayos, los espeluznantes vectores de los polos eléctrico y magnético, inconcebibles para la mente humana, o los más comprensibles *quanta* que, cual proyectiles, agujerean y desgarran todo lo que se interpone a su paso.

Aquel bárbaro ametrallamiento con elevados *quanta*, silencioso e imperceptible para los tejidos hostigados, devolvió a Kostoglótov, después de doce sesiones, el apego a la existencia, el gusto por la vida, el apetito y hasta el buen humor. A partir del segundo y tercer ametrallamiento, libre ya de los dolores que le hacían la vida intolerable, se interesó por saber y comprender cómo aquellos penetrantes proyectiles podían bombardear el tumor sin afectar al resto del cuerpo. Kostoglótov no podía someterse sin reservas al tratamiento, mientras no comprendiera sus fundamentos y confiara en él.

Intentó enterarse de la teoría de la radioterapia recurriendo a Vera Kornílievna, la excelente mujer desarmada por sus prejuicios y su hostil predisposición desde su primer encuentro junto a la escalera, cuando ya tenía decidido que no se iría de allí por su propia voluntad: tendría que arrastrarle una brigada de bomberos o de guardias.

—No tema, explíquemelo —la tranquilizaba—. Soy como el soldado consciente que desea identificarse con su misión de combate, pues de otro modo no puede luchar. ¿Cómo es posible que la irradiación destruya el tumor sin dañar los otros tejidos?

Los sentimientos de Vera Kornílievna se exteriorizaban antes en sus bondadosos y ligeros labios que en sus ojos. En ellos se expresaba ahora la duda.

(¿Qué podía decirle sobre aquella ciega artillería que con igual complacencia vapuleaba a propios que a extraños?).

—¡Oh, no está permitido!… Bueno… Le diré que las irradiaciones destruyen todo por completo. Pero los tejidos normales se restauran rápidamente y los del tumor no.

Dijera o no la verdad, el caso es que sus palabras complacieron a Kostoglótov.

—En tales condiciones, acepto el juego. Se lo agradezco. ¡Ahora sanaré!

Y, en efecto, iba recuperándose. Se tendía de buen grado bajo el tubo de rayos, y durante la sesión inculcaba a las células del tumor ideas como: «Os estáis destruyendo, estáis acabadas».

Otras veces, tumbado bajo el tubo, cavilaba sobre cualquier cosa o dormitaba.

En ese instante recorría con la vista los innumerables cables y tubos de goma que colgaban, y hubiera deseado saber para qué se necesitaban tantos; si existía allí sistema de refrigeración y, en caso de haberla, si era por agua o por aceite. Su pensamiento no se concentró en dicho asunto, y se quedó sin aclararlo.

De pronto se dio cuenta de que pensaba en Vera Gángart. Se imaginaba que una mujer tan encantadora jamás iría a Ush-Terek. Las mujeres así casi siempre estaban casadas. No obstante, se imaginaba a su esposo confinado en un paréntesis, y a ella fuera de él. Pensaba en lo agradable que sería charlar con ella, pero no de modo fugaz, sino en una conversación larga, larga, aunque fuera paseando por el patio de la clínica. Y también asustarla a veces con la brusquedad de sus razonamientos, pues le divertía su turbación. Su gentileza resplandecía como el sol en una sonrisa cuando se encontraban en el pasillo o entraba en la sala. Su bondad no era profesional, sino innata. Y los labios…

El tubo zumbaba con leve rumor.

Pensaba en Vera Gángart y también pensaba en Zoya. La impresión más fuerte que conservaba de la pasada noche, que le acosaba desde por la mañana, eran sus bien formados y erguidos pechos, que constituían un anaquel casi horizontal. Cuando charlaban la noche anterior, sobre la mesa, cerca de ellos, había una regla, grande y pesada, utilizada para el trazado de los registros. No era de madera chapada, sino de tabla cepillada. Pues bien: Kostoglótov sintió durante todo el rato la tentación de colocarla sobre sus pechos para comprobar si se deslizaría de allí o se mantendría sobre ellos. Su opinión era que no resbalaría.

Otra de las cosas en la que pensaba agradecido era en la pesada alfombrilla emplomada que le ponían en el bajo vientre, que le oprimía y parecía afirmarle: «¡Te protejo, no temas!».

¿O acaso no era así? ¿Sería lo suficientemente gruesa? ¿Se la colocarían como es debido?

No obstante, en el curso de doce días, Kostoglótov no solamente retornó a la vida, recobrando las ganas de comer, de moverse y un estado de ánimo excelente. En esos doce días recuperó también la sensualidad —lo más maravilloso de la vida—, que por los sufrimientos de los últimos meses había perdido por completo. ¡Y eso quería decir que la alfombrilla emplomada le protegía!

A pesar de todo, tendría que salir corriendo de la clínica antes de que fuera tarde.

No notó el cese del zumbido ni cuando empezaron a enfriarse los hilillos rosados. Entró la enfermera y le libró de las placas protectoras y las sábanas. Bajó los pies del

canapé y pudo ver perfectamente los cuadrados y las cifras violáceas en su vientre.

—¿Podré lavarme?

—Sólo con autorización de los doctores.

—Un sistema bastante cómodo. ¿Es que me han preparado para un mes?

Se fue en busca de Dontsova. La encontró en el gabinete de aparatos de foco corto. Miraba al trasluz radiografías de gran tamaño. Los dos aparatos estaban desconectados y ambas ventanillas abiertas. No había nadie más en la habitación.

—Siéntese —le invitó secamente Dontsova.

Se sentó.

Aunque Kostoglótov no tenía nada que objetarle, quería preservarse de un exceso de medicamentos previstos en las prescripciones. Liudmila Afanásievna le inspiraba confianza; no ya por su resolución masculina, por la precisión de sus órdenes en la oscuridad ante la pantalla, por su edad y su indiscutible dedicación al trabajo, sino, sobre todo, porque desde el primer día le localizó con seguridad el contorno del tumor, bordeándolo con exactitud. Y esa precisión al localizarlo la acusaba el propio tumor, que poseía cierta sensibilidad. Sólo el paciente puede juzgar si el médico ha acertado correctamente con el bulto valiéndose de los dedos. Y Dontsova había palpado el suyo de tal modo que, en realidad, no habría precisado de los rayos.

Dejando a un lado las radiografías y quitándose las gafas, manifestó:

—Kostoglótov, en su historia clínica hay una importante laguna. Debemos poseer la absoluta certeza de la naturaleza de su primer tumor —cuando Dontsova abordaba términos médicos hablaba con rapidez; las frases largas y las palabras pasaban como un suspiro—. Lo que usted ha contado sobre la operación que sufrió hace dos años y el estado de la actual metástasis concuerda con nuestro diagnóstico. Pero, de todos modos, no se excluyen otras posibilidades. Y esto dificulta el tratamiento. Como puede comprender, ahora es imposible hacerle la biopsia de su metástasis.

—A Dios gracias. No me habría sometido a ello.

—Y sigo sin comprender por qué no podemos recibir el primer preparado analizado. ¿Está completamente seguro de que efectuaron el análisis histológico?

—Sí, completamente.

—En tal caso, ¿por qué no le notificaron el resultado? —preguntó con la rapidez de la persona diligente. Algunas de sus palabras tenían que adivinarse.

Kostoglótov respondió en el acto:

—¿El resultado? Liudmila Afanásievna, pasábamos por acontecimientos tan agitados, por una situación tan extraordinaria que, palabra de honor… me fue violento interesarme por mi biopsia. Volaban las cabezas, y además yo no comprendía la finalidad de la biopsia. —A Kostoglótov le gustaba usar términos médicos cuando hablaba con los médicos.

—Usted no lo comprendía, de acuerdo. Pero los médicos tenían que saber que con

estas cosas no se juega.

—¿Los médicos?

Se quedó mirando sus canas, que no ocultaba ni teñía, y observó la expresión reconcentrada y resuelta de su rostro de pómulos algo pronunciados.

Así era la vida. Sentada ante él tenía a una compatriota, a una mujer de su época con intenciones buenas, y en su común idioma ruso no podía explicarle las cosas más simples. Tendría que empezar desde muy lejos o interrumpirse demasiado pronto.

—Los doctores, Liudmila Afanásievna, no pudieron hacer nada. El primer cirujano, un ucraniano, que me recomendó operarme y me preparaba para ello, fue incluido en un grupo de prisioneros destinados a otro lugar justo la víspera de la operación.

—¿Y qué?

—¿Cómo que qué? Pues se lo llevaron.

—Sí, pero le avisarían con tiempo y él pudo…

Kostoglótov se echó a reír con ganas.

—Del traslado de prisioneros no se advierte a nadie, Liudmila Afanásievna, pues se trata de llevarse al hombre por sorpresa.

Dontsova arrugó su frente despejada. Kostoglótov decía despropósitos.

—¿Y si a su cargo tenía un paciente pendiente de operación?…

—¡Bah! Trajeron a otros en peores condiciones que las mías. Un lituano se tragó una cuchara sopera de aluminio.

—¿Cómo es posible?

—Lo hizo intencionadamente, para salir de la celda incomunicada. No estaba enterado de que se llevaban al cirujano.

—Pero… ¿Y después? Porque su tumor crecería rápidamente.

—Sí, de la mañana a la noche, en serio… Después, al cabo de cinco días, trajeron a un cirujano de otro campo de prisioneros. Un alemán llamado Karl Fiódorovich. Pues bien: una vez que se familiarizó un poco con el nuevo ambiente, me operó enseguida. Pero nadie pronunció ante mí palabras tales como «tumor maligno» y «metástasis». Yo las desconocía.

—Pero ¿hizo la biopsia?

—Entonces no me enteré de nada, ni sabía lo que era la biopsia. Después de la operación permanecí acostado, me sentía como aplastado por sacos de arena. Al cabo de una semana intenté bajar los pies de la cama para acostumbrarme a mantenerme en pie. Inesperadamente se organizó en el campo un nuevo traslado de presos, unos setecientos hombres de los llamados «rebeldes». Entre ellos incluyeron a mi apacibilísimo Karl Fiódorovich. Lo sacaron de la barraca donde se alojaba sin permitirle visitar a los enfermos por última vez.

—¡Qué salvajada!

—La salvajada no acaba ahí —Kostoglótov se excitó más de lo habitual—. Un amiguete mío corrió a avisarme de que también yo estaba incluido en la lista de traslado, y de que la jefa de la sección sanitaria, *Madame* Duvínskaya, había dado su consentimiento. Así era. Lo aprobaba sabiendo que no podía andar, que aún no me habían quitado los puntos. ¡La muy cochina! Perdone… Tomé una firme decisión: viajar en los vagones del ganado con los puntos sin quitar era exponerme a una infección, a la muerte segura. Así es que, en cuanto vinieran a por mí, les diría sin desmayar: «Fusílenme aquí, en la cama. No iré a ningún sitio». Pero no fueron a buscarme. No es que *Madame* Duvínskaya se apiadara de mí, pues se asombró al ver que me quedaba. Lo decidieron los del registro de distribución, en vista de que me faltaba menos de un año para cumplir la condena… Pero me estoy desviando de la cuestión… Me acerqué a la ventana y vi que a unos veinte metros de distancia, detrás del hospital de troncos, estaban ya formados los destinados al traslado, cargados con sus pertenencias. Desde allí me divisó Karl Fiódorovich y me gritó: «¡Kostoglótov, abre el ventanuco!». El guardián le ordenó: «¡Cállate, bastardo!». Pero él siguió gritándome: «¡Kostoglótov, recuérdelo, que es muy importante! ¡Una muestra de su tumor la he enviado a Omsk, al Departamento de Anatomía Patológica, para el análisis histológico! ¡No lo olvide!…». Y los obligaron a ponerse en marcha. Estos fueron mis médicos, sus predecesores. ¿Qué se les puede reprochar?

Kostoglótov se echó hacia atrás en la silla. Estaba profundamente emocionado; en aquel instante le envolvía la atmósfera de *aquel* hospital, no la de este.

Separando lo esencial de lo superfluo (porque en los relatos de los pacientes siempre hay mucho de superfluo), Dontsova volvió a lo suyo:

—Bien. ¿Y cuál fue la respuesta de Omsk? ¿Hubo respuesta? ¿Se la comunicaron a usted?

Kostoglótov encogió sus angulosos hombros.

—Nadie me comunicó nada. Tampoco comprendí por qué me gritaba Karl Fiódorovich aquello. Pero el otoño pasado, en el destierro, cuando me sentí verdaderamente mal, un anciano ginecólogo amigo mío insistió en que me informara. Escribí al campo al que había pertenecido. No contestaron. Entonces escribí una reclamación a la Administración de Campos. Al cabo de dos meses llegó la siguiente respuesta: «Después de una minuciosa comprobación de los documentos relacionados con usted, no existe posibilidad de localizar el análisis». Estaba tan harto del tumor que de buena gana habría abandonado esta correspondencia. Pero, como de todas formas las autoridades no me permitían trasladarme para ponerme en cura, escribí al azar a Omsk, al Departamento de Anatomía Patológica. Y a los pocos días llegó con rapidez la respuesta, precisamente en enero, poco antes de ingresar aquí.

—¡Bien, bien! Y esa respuesta, ¿dónde está?

—Liudmila Afanásievna, cuando partí para acá… todo me era completamente

indiferente. Además, el papelito no llevaba sello ni membrete; era una simple carta de la empleada del laboratorio del Departamento. Me decía, muy amable, que exactamente en la fecha y desde el poblado que le indicaba habían recibido una muestra que se analizó y que confirmaba eso… el tipo de tumor que usted sospechó. Decía también que el resultado fue enviado a su debido tiempo al hospital que había requerido sus servicios, es decir, al del campo. Todo esto es muy típico en sus métodos. Estoy plenamente convencido de que allí recibieron la respuesta, que no interesó a nadie y que *Madame* Duvínskaya…

No, ¡Dontsova no comprendía en absoluto semejante lógica! Tenía los brazos cruzados y se palmeaba, impaciente, más arriba del codo.

—¡Después de esa respuesta habría necesitado *inmediatamente* la radioterapia!

—¿Qué? —Kostoglótov entornó burlonamente los ojos y miró a Liudmila Afanásievna—. ¿La radioterapia?

De manera que durante un cuarto de hora había hablado de ello, ¿y para qué? Seguía sin comprender nada.

—¡Liudmila Afanásievna! —exclamó—. Para imaginarse aquel mundo… Pero no se tiene la menor idea de lo que es. ¡Radioterapia allí! Aún no me había desaparecido el dolor en la zona operada y ya participaba en los trabajos generales y vertía hormigón. Y no me pasó por la cabeza la idea de que pudiera quejarme de nada. ¿Sabe usted lo que pesa un hondo cajón lleno de hormigón líquido levantado por dos personas?

Ella abatió la cabeza.

—Bien; pero ¿por qué la respuesta del Departamento de Anatomía Patológica la mandan sin sellar? ¿Por qué llega en forma de carta particular?

—¡Aún hay que dar gracias, aunque sea una carta privada! —insinuó Kostoglótov —. He ido a dar con una buena persona. Observo que entre las mujeres, a pesar de todo, hay más personas bondadosas que entre los hombres… En cuanto a la carta particular, es debida a nuestra maldita manía por el secreto. Más adelante decía: «Sin embargo, la muestra del tumor nos fue enviada sin nombre, sin indicar el apellido del paciente. Por eso no pudimos enviarle un certificado oficial ni el cristal del preparado». —Kostoglótov empezaba a irritarse. La expresión de irritación se adueñaba de su rostro antes que la de cualquier otra emoción—. ¡Gran secreto de Estado! ¡Idiotas! Se echan a temblar porque en determinado departamento puedan enterarse de que en un campo cualquiera se consume prisionero un tal Kostoglótov. ¡Un hermano de un tal Luis! El análisis anónimo seguirá allí y usted se devanará los sesos buscando la manera de curarme. ¡Ah! Pero ¡se trata de un secreto!

Dontsova le miraba decidida y abiertamente. No se apartó de lo que le interesaba.

—Esa carta debo incluirla también en su historia clínica.

—Bien. En cuanto regrese a mi aldea se la enviaré sin demora.

—No. La necesito antes. Ese ginecólogo, ¿podría dar con ella y mandarla?

—Sí, podría encontrarla… Y yo, ¿cuándo me iré? —Kostoglótov la observaba de reojo.

—Usted se irá —le cortó Dontsova con acentuada gravedad— cuando yo considere necesario interrumpir su tratamiento. Y eso, temporalmente.

Kostoglótov aguardaba este preciso instante de la conversación. ¡No podía dejarlo escapar sin presentar batalla!

—¡Liudmila Afanásievna! ¿No habría modo de dejar a un lado ese tono de adulto a niño y hablar de adulto a adulto? Se lo digo en serio. Hoy, durante la visita, la he…

—Hoy, durante la visita —le interrumpió Dontsova con cara agresiva—, me ha organizado una escena vergonzosa. ¿Qué pretende? ¿Soliviantar a los pacientes? ¿Qué les está metiendo en la cabeza?

—¿Qué pretendo? —dijo sin alterarse y con seriedad, firmemente sentado en la silla, con la espalda pegada al respaldo—. Sólo recordarle el derecho que me asiste a disponer de mi vida. Porque el ser humano puede disponer de su propia vida, ¿no? ¿Reconoce que tengo ese derecho?

Dontsova contemplaba su descolorida y sinuosa cicatriz en silencio. Kostoglótov prosiguió:

—Usted parte de una falsa premisa: considera que cuando el enfermo ha ingresado aquí, son ustedes los encargados de pensar por él.

Y que también piensan por él sus instrucciones, sus reuniones, el programa, el plan y la reputación de su institución médica. Y yo me convierto otra vez en un granito de arena, como en el campo. De nuevo no hay nada que dependa de mí.

—La clínica obtiene de los pacientes su consentimiento escrito antes de operarlos —le recordó Dontsova.

(¿A santo de qué mencionaría la operación?… ¡Precisamente a la operación no se sometería por nada del mundo!).

—¡Gracias! ¡Gracias por ello! A pesar de que la clínica, lo haga por propia seguridad. Pero, aparte de la operación, ustedes no consultan nada con el enfermo ni le aclaran nada. ¡Aunque no sea más que las secuelas de los rayos!

—¿Dónde ha oído esas habladurías sobre las irradiaciones? —conjeturó Dontsova —. ¿No habrá sido Rabinóvich?

—No conozco a ningún Rabinóvich —denegó Kostoglótov con un firme movimiento de la cabeza—. Me refiero a una cuestión de principio.

(Sí, fue a Rabinóvich precisamente a quien oyera esas sombrías historias sobre las consecuencias de las irradiaciones, pero había prometido no delatarle. Rabinóvich era un paciente externo con más de doscientas sesiones: las soportaba mal y sentía que cada decena de ellas le acercaba más a la muerte que al restablecimiento. Donde vivía, en la casa, en el piso, en la ciudad, nadie podía comprenderle: las personas

sanas se afanaban de la mañana a la noche en sus asuntos venturosos o desafortunados, que creían de suma importancia. Hasta su familia estaba harta de él. Únicamente allí, en el porche de la clínica anticancerosa, le escuchaban y le compadecían los enfermos durante horas enteras. Sabían bien lo que representa el entumecimiento del área triangular afectada por el tubo y la condensación de las cicatrices que ocasionan los rayos por dondequiera que penetren).

¡Vaya! ¡Ahora habla de principios! ¡Sólo le faltaba eso a Dontsova y a sus asistentas! ¡Pasarse el día conversando con los pacientes sobre los principios del tratamiento! ¿Cuándo curarlos, entonces?

Un terco tan ávido de saber y tan puntilloso como él o como Rabinóvich, que la atosigaba con sus interrogatorios sobre el curso de la enfermedad, sólo había uno entre quinientos pacientes, y no podía soslayar la penosa exigencia de atenderlos de cuando en cuando. El caso de Kostoglótov era un caso extraordinario desde el punto de vista médico: extraordinario por la negligencia y, al parecer, por la maliciosa conspiración para no prodigarle las atenciones que debieron prestarle antes de ponerse en sus manos, cuando permitieron que se llagara, cuando le empujaron al borde de la muerte. Era también extraordinario por la excepcional y rápida mejoría que había experimentado con las irradiaciones.

—¡Kostoglótov! En doce sesiones la radioterapia le ha resucitado, pues era usted hombre muerto. ¿Cómo osa, pues, atacarla? Se queja de que en el campo de prisioneros y en el destierro no le curaron, le dieron de lado, y aquí se lamenta porque le curan y se preocupan por usted. ¿Dónde está la lógica?

—Es obvio que no la hay —respondió, sacudiendo sus negras greñas—. Pero es posible, Liudmila Afanásievna, que tampoco tenga por qué haberla. No olvide que el ser humano es muy complicado. ¿Por qué, pues, ha de interpretársele con lógica? ¿O por razonamientos económicos o fisiológicos? Es cierto que llegué a ustedes hecho un cadáver, que rogué que me admitieran, que me acosté en el suelo al lado de la escalera. Y de eso saca usted la lógica deducción de que he venido a salvarme *al precio que sea*. ¡Y yo no quiero que sea a cualquier precio! ¡No existe nada en el mundo por lo que estuviera dispuesto a pagar *cualquier precio*! —empezó a hablar precipitadamente, cosa que a él mismo no le gustaba, y Dontsova se disponía a interrumpirle. Pero él tenía mucho que decir—. ¡Vine aquí para mitigar mis sufrimientos! Entonces les dije: «Siento horribles dolores. ¡Ayúdenme!». Y ustedes me han ayudado librándome de los dolores. ¡Gracias! ¡Gracias! Soy su agradecido deudor. Pero, ahora, ¡déjeme marchar! Permítame que, como un perro, me cobije en mi caseta, y allí lamerme y recuperar fuerzas.

—Y cuando retomen los achaques, ¿de nuevo se arrastrará hasta aquí?

—Tal vez. Quizá vuelva a arrastrarme.

—Y nosotros deberemos admitirle.

—¡Sí! ¡Ya veo en qué consiste su caridad! ¿Qué le preocupa? ¿El porcentaje de recuperaciones? ¿Los informes? ¿Qué escribiría en ellos si me dejara ir después de quince sesiones, cuando la Academia de Medicina recomienda un mínimo de sesenta?

Ella jamás había oído tan inofensivos desatinos. De hecho, teniendo en cuenta los informes, sería ahora muy conveniente darle el alta destacando una «acusada mejoría», lo que no ocurriría después de las cincuenta sesiones.

Y él seguía machacando:

—Me conformo con que hayan hecho retroceder el tumor, que hayan detenido su avance y que esté a la defensiva. También yo estoy a la defensiva. ¡Magnífico! Cuando mejor lo pasa el soldado es cuando está a la defensiva. Porque de todas maneras no está en sus manos curarme por completo, ya que no existe una cura definitiva para el cáncer. Además, todos los procesos de la naturaleza se caracterizan por la saturación asintótica, en que los grandes esfuerzos se traducen en resultados mínimos. Al principio, mi tumor se destruía rápidamente; ahora ya va más despacio. Autoríceme, pues, a irme con lo que me reste de mi propia sangre.

—Es curioso. ¿Dónde ha adquirido esos conocimientos? —Dontsova entornó los ojos.

—Ha de saber que desde la niñez me ha gustado leer libros de medicina.

—¿Qué es exactamente lo que le produce temor de nuestro tratamiento?

—No lo sé, Liudmila Afanásievna. No soy médico. Usted posiblemente lo sepa, pero no quiere decírmelo. Por ejemplo, Vera Kornílievna desea recetarme inyecciones de glucosa…

—Es imprescindible.

—Pero yo no quiero.

—¿Se puede saber el motivo?

—En primer lugar, porque es antinatural. Si tanto azúcar de uva necesito, dénmela por vía bucal. ¿Qué invenciones son esas para el siglo XX? ¿Es que cada medicamento ha de inyectarse? ¿Ofrece la naturaleza algo similar? ¿O el mundo animal? Dentro de cien años se reirán de nosotros como de los salvajes. Por otro lado, ¿cómo ponen las inyecciones? Hay enfermeras que aciertan a la primera, pero hay otras que le cosen a uno a pinchazos el… ahí, en el recodo del brazo. ¡No quiero! Además, sé que proyectan hacerme una transfusión de sangre…

—¡Debería alegrarse! ¡Alguien la dona para usted! ¡Y es salud, vida!

—¡No la deseo! Aquí, en mi presencia, a un chechén le hicieron una transfusión. Después estuvo tres horas en cama, víctima de convulsiones; dijeron que se debía a «incompleta compatibilidad». A otro no acertaron a introducirle la sangre en la vena y le salió un bulto en el brazo; ahora llevan un mes entero escaldándoselo con compresas calientes. No, no quiero.

—Sin transfusión de sangre no se puede hacer un tratamiento radio-terapéutico prolongado.

—¡Entonces, que no me los apliquen! ¿Por qué ha de arrogarse usted el derecho a decidir por otra persona? En verdad, es un derecho terrible que raramente conduce a algo bueno. ¡Guárdese de él! Ni aun a los médicos ha sido conferido.

—¡Precisamente son los médicos los que gozan de él! ¡Los médicos en primer lugar! —exclamó Dontsova, convencida y bastante enojada—. ¡Sin ese derecho no existiría medicina de ninguna clase!

—¿A qué conduce todo esto? Pronto dará usted una conferencia sobre las secuelas de las irradiaciones, ¿cierto?

—¿Cómo lo sabe? —Liudmila Afanásievna se admiró.

—Es fácil suponerlo…

(Era sencillo. Sobre la mesa había una gruesa carpeta con folios mecanografiados. Tenía un rótulo, y aunque Kostoglótov veía las letras del revés, había podido leerlas en el curso de la conversación y sacar sus conclusiones).

—… y adivinarlo. Ha surgido un nuevo término y hay que disertar sobre él. Hace veinte años tratarían con rayos a un Kostoglótov cualquiera, que se cerraba en banda porque temía tal método de cura, y ustedes le asegurarían que era magnífico porque todavía no conocían la existencia de las secuelas de las irradiaciones. Lo mismo me ocurre a mí ahora: no sé lo que debo temer, pero ¡déjeme ir! Quiero sanar con mis propias fuerzas. ¡Quién sabe si de repente me sentiría mejor!

Entre los médicos rige un principio: no se debe asustar al paciente, sino alentarle. Pero con un paciente tan obstinado como Kostoglótov se imponía la táctica contraria. Había que aturdirle.

—¿Mejor? *¡No sucederá tal cosa! ¡Se lo garantizo!* —golpeó la mesa con cuatro dedos, como si aplastara una mosca con la paleta—. ¡No sucedería! ¡Usted —agregó con más mesura en el golpe— *se moriría*!

Lo miró pensando que se sobresaltaría. Pero él sólo se había quedado inmóvil.

—Correría la misma suerte que Azovkin. Lo ha visto, ¿no? Ambos padecen la misma enfermedad y casi en el mismo grado de abandono. Estamos salvando a Ajmadzhán porque inmediatamente después de la operación le aplicamos radioterapia. ¡Tenga en cuenta que usted ha desperdiciado dos años! Además, habría necesitado enseguida una segunda operación del ganglio linfático más inmediato, pero no se la hicieron. ¡No lo olvide! Y se presentaron las metástasis. Su tumor es del tipo más peligroso de cáncer, porque sus efectos son galopantes y de acusada malignidad. O sea que se reproduce rápidamente en otros órganos. Hasta hace poco, su porcentaje de mortandad era de un noventa y cinco por ciento. ¿Está satisfecho? Ahora le enseñaré…

Sacó una carpeta de entre un montón de papeles y rebuscó en ella.

Kostoglótov guardaba silencio. Luego comenzó a hablar, pero ya más apacible y con menos seguridad que antes:

—Hablando con franqueza, le diré que no tengo mucho apego a la vida. Ni me aguarda nada risueño en el futuro, ni lo he dejado atrás en el pasado. Y si tengo en perspectiva seis meses de vida, debo vivirlos. No me haré planes para diez o veinte años. Un tratamiento inútil representa sufrimientos inútiles. Con la radioterapia, empezarán las náuseas, los vómitos, y todo eso, ¿para qué?…

—¡Ya lo tengo! ¡Mire! Esta es nuestra estadística.

Y volvió hacia el una doble hoja de cuaderno. Iba encabezada, de lado a lado, con el nombre de su tumor. En la izquierda, un subtítulo: *Fallecidos*. En la derecha, otro: *Aún vivos*. Y, a tres columnas, los apellidos de pacientes varones y diversas fechas, a lápiz o a tinta. A la izquierda no había tachaduras; pero a la derecha, supresiones, supresiones, supresiones…

—Pues bien. Cuando les damos de alta inscribimos a cada paciente en el lado derecho y luego los vamos pasando al izquierdo… No obstante, hay afortunados que se quedan a la derecha. ¿Lo ve?

Le entregó la hoja para que la mirara bien y meditara.

—Usted *cree* que ya está curado —reanudó ella el ataque con redoblado vigor—, pero sigue tan enfermo como antes. Está igual que cuando le admitimos. Lo único que se ha puesto en claro es que *se puede* luchar contra el tumor. ¡Que todavía no se ha perdido todo! Y es en ese crítico momento cuando expresa sus deseos de irse. ¡Váyase, váyase! Daré inmediatamente la orden… y yo misma le incluiré en este registro. En los aún no fallecidos.

Él permaneció en silencio.

—¡Vamos, decídalo!

—Liudmila Afanásievna —replicó Kostoglótov, conciliador—, si se precisa una cantidad razonable de sesiones, cinco o diez…

—¡Ni cinco ni diez! ¡Todas cuantas sean menester! Por ejemplo, a partir de hoy, no una, sino dos diarias. ¡Y toda clase de tratamiento que se requiera! ¡Y deje de fumar! Además, ha de ser con una condición ineludible: ¡que soportará el tratamiento no sólo con fe, sino también *con alegría*! ¡Con alegría! ¡Únicamente así podrá recobrar la salud!

Él agachó la cabeza. Hoy, en cierto modo, había discutido lo que le interesaba. Recelaba que pudieran sugerirle la operación. Y no había sido así. En lo tocante a la radioterapia, no tenía inconveniente en someterse.

Kostoglótov poseía una medicina secreta en reserva, la raíz del *issyk-kul*. El verdadero motivo que le movió a desplazarse al rincón perdido en que habitaba era intentar curarse con dicha raíz. Cuando la hubo conseguido se desplazó a la clínica anticancerosa sólo en plan experimental.

La doctora Dontsova, viendo que había vencido, agregó, magnánima:

—Está bien; no le recetaré glucosa. En su lugar le daremos una inyección intramuscular.

Kostoglótov se sonrió.

—A eso no me opongo.

—Y, por favor, procure que le envíen pronto la carta de Omsk.

Kostoglótov salió del gabinete pensando que caminaba entre dos eternidades. Por un lado, la lista de los predestinados a la muerte. Por el otro, el *eterno* exilio. Tan eterno como las estrellas. Como las galaxias.

7

Curiosamente, si Kostoglótov hubiese tratado de averiguar qué inyección era aquella, su finalidad, si era efectivamente necesaria y si moralmente estaba justificada, y si Liudmila Afanásievna se hubiera visto obligada a explicarle la razón y las posibles consecuencias de ella, lo más probable era que él se hubiese rebelado definitivamente.

Pero en ese instante preciso tenía ya agotados todos sus brillantes argumentos y había capitulado.

Ella, por su parte, obró con deliberada astucia mencionando la inyección sin darle mayor importancia, porque estaba cansada de tantas explicaciones y porque sabía firmemente que había llegado el momento crucial en que, comprobada la acción de las irradiaciones en su estado puro sobre el paciente, se debía asestar un nuevo golpe al tumor, un golpe, altamente recomendado por las autoridades competentes en la materia, contra ese tipo de cáncer. Vislumbraba un éxito excepcional en la cura de Kostoglótov. Por eso no podía condescender con su obstinación, ni dejar de aplicarle todos los recursos en los que ella confiaba. No poseía una muestra del tumor; mas su intuición, su espíritu de observación y su memoria le sugerían que se trataba exactamente de la clase de tumor que no es teratoma ni sarcoma.

La doctora Dontsova estaba escribiendo precisamente su tesis sobre ese tipo de tumores y la especial movilidad de las metástasis. No trabajaba metódicamente en ella. La había comenzado tiempo atrás; luego la abandonó para reanudarla de nuevo. Los amigos le aseguraban que tendría éxito; pero, obligada y agobiada por las circunstancias, no podía prever si la defendería alguna vez. Y no porque careciera de la suficiente experiencia o de material. Todo lo contrario; tenía demasiado de ambas cosas. Pero diariamente la reclamaban ante la pantalla, al laboratorio o ante el lecho de los pacientes. Se ocupaba, además, de la selección y descripción de las radiografías, de las fórmulas y de la sistematización, sin contar con que antes tendría que pasar por el examen preliminar de licenciatura. No existía fuerza humana capaz de abarcar todo esto. Podría conseguir un permiso de seis meses con vistas a su trabajo doctoral; pero en la clínica los pacientes nunca eran leves, ni había día en que no fuesen necesarias las consultas con las tres jóvenes doctoras: ella no podía ausentarse por medio año.

Liudmila Afanásievna había oído decir que Lev Tolstói manifestó, refiriéndose a su hermano, que poseía todas las aptitudes precisas para ser escritor, pero que carecía de los defectos inherentes a los escritores. Por lo visto, ella tampoco tenía los defectos que convierten a las personas en médicos científicos. No es que deseara especialmente que se susurrara a su espalda: «No es un simple médico; es Dontsova, la doctora en ciencias médicas», o que encabezaran sus artículos (ya había publicado alrededor de las dos decenas) con unas letritas complementarias, menudas pero ponderativas. Por otro lado, el dinero nunca estaba de más. Pero, ya que no había podido ser, ¡había que conformarse!

Aparte de su tesis, tenía en abundancia eso que denominan trabajo científico-social. En el hospital se celebraban conferencias clínico-anatómicas para analizar los errores en el diagnóstico y en el tratamiento y sobre métodos nuevos a las que eran obligatorias la asistencia y la participación activa, a pesar de que los radioterapeutas y cirujanos se consultaban diariamente, discutían los errores y adoptaban métodos nuevos. Además, existía en la ciudad una sociedad científica de radiólogos, con sus informes y demostraciones. Recientemente se había creado la sociedad de oncólogos, de la que Dontsova no era un simple miembro, sino la secretaria, y en la que reinaba un arduo trajín, como en cada nueva empresa. También estaba el Instituto de Perfeccionamiento Médico, y la correspondencia con *El Correo Radiológico* y con *El Correo Oncológico,* con la Academia de Ciencias y con el centro de información. Y aunque, al parecer, la «Gran Ciencia» se concentraba en Moscú y en Leningrado, y aquí simplemente se curaba a la gente, no había día destinado sólo a los tratamientos sin que se tuviera que preocuparse de los problemas científicos.

Aquel día era uno de tantos. Debía telefonear al presidente de la Sociedad de Radiología para hablar del próximo informe; repasar urgentemente dos pequeños artículos para una revista y responder a una carta de Moscú y a otra de un dispensario anticanceroso de un remoto rincón de provincias, del que pedían aclaraciones.

Dentro de unos momentos el cirujano jefe, al finalizar su jornada de operaciones, iba a mostrar a Dontsova, con la que se había puesto de acuerdo para la consulta, a una paciente suya de ginecología. Luego, después de la consulta en el laboratorio, tendría que ir con una de las doctoras a sus órdenes a examinar a un enfermo de Tashauz con un posible tumor en el intestino delgado. Y ella misma había convocado para hoy la reunión con los auxiliares de radioterapia, a fin de discutir la intensificación del rendimiento de los aparatos para atender a mayor número de pacientes. Otra de las cosas que debía hacer sin falta era visitar a Rusánov después de que le inyectaran la ambiquina. Hacía poco tiempo que se encargaban de tratar a enfermos como él, antes los enviaban a Moscú.

¡Y había estado perdiendo el tiempo con las estúpidas disputas del testarudo de Kostoglótov! Fue una condescendencia de procedimiento. Mientras conversaban, los

técnicos encargados de perfeccionar el montaje de la instalación de rayos gamma se asomaron dos veces a la puerta. Querían demostrar a Dontsova la pertinencia de ciertos trabajos no incluidos en el presupuesto, que les firmara el acta para efectuarlos y que convenciera al médico jefe. Ahora la llevaban hacia allí, pero, antes de llegar, una enfermera le entregó en el pasillo un telegrama. Procedía de Novocherkassk y se lo enviaba Anna Zatsyrko. Hacía quince años que no se veían ni se carteaban, pero era una excelente y antigua amiga con la que estudió en la escuela de comadronas de Sarátov en 1924, antes de ingresar en el Instituto de Medicina. Anna le comunicaba que su hijo mayor, Vadim, llegaría a la clínica hoy o mañana, procedente de la expedición geológica en la que trabajaba. Le rogaba que lo tratara con afecto y le hiciera saber con franqueza lo que tenía su hijo. Liudmila Afanásievna se alarmó, abandonó a los técnicos y corrió a solicitar de la enfermera jefe que reservara hasta el final del día la cama de Azovkin para Vadim Zatsyrko. La enfermera Mita, como siempre, iba y venía por la clínica sin que fuera fácil dar con ella. Cuando por fin la encontró y le hubo prometido la cama para Vadim, desconcertó a Dontsova con un nuevo problema: la más eficiente enfermera del departamento de rayos, Olimpiada Vladislávovna, era requerida para asistir diez días a un seminario para tesoreros sindicales. En esos diez días había que reemplazarla con alguien. Pero eso resultaba tan difícil e inadmisible que Mita y Dontsova atravesaron juntas, con paso decidido, innumerables salas hasta la oficina de registro para telefonear al comité local del sindicato, a fin de que cancelaran la asistencia de la enfermera. El teléfono estaba ocupado, primero de un lado de la línea, luego del otro. Después les aconsejaron telefonear al comité regional del sindicato, donde quedaron sorprendidos de su irresponsabilidad política, preguntándoles si suponían que las finanzas del sindicato podían abandonarse a su suerte. Evidentemente, ni los miembros del comité local, ni los del regional, ni ninguno de sus parientes, habían sentido la dentellada del tumor, ni, por lo visto, esperaban sentirla. Liudmila Afanásievna aprovechó la oportunidad para llamar a la Sociedad de Radiología y luego se fue presurosa en busca del médico jefe para que interviniera en el asunto. Pero este se hallaba en su departamento rodeado de personas extrañas, discutiendo el precio más económico para las reparaciones proyectadas en una de las alas del edificio. Así que el asunto quedaba pendiente. Se encaminó a su departamento pasando por el de radiología, en el que hoy no se trabajaba. Los empleados del mismo realizaban un balance a la luz de una lámpara roja. Enseguida informaron a Liudmila Afanásievna de que, verificando el recuento de la reserva de placas radiográficas, y teniendo en cuenta el consumo actual, sólo se disponía de material para unas tres semanas. Eso constituía un verdadero conflicto, porque pasaría un mes por lo menos antes de la fecha prevista para el pedido de película. Para Dontsova estaba claro que hoy mismo o al día siguiente tendría que conseguir que el farmacéutico y el médico jefe se reunieran

(cosa nada fácil) para apremiarlos a que hicieran un nuevo pedido.

Luego la abordaron los técnicos de las instalaciones de rayos gamma y tuvo que firmarles el acta. De paso entró en el departamento de personal de rayos X. Se sentó allí y se abismó en sus cálculos. Según los tradicionales requisitos técnicos, el aparato debe trabajar una hora y descansar treinta minutos. Pero ya hacía tiempo que esta norma no se respetaba y todas las instalaciones funcionaban ininterrumpidamente nueve horas, lo que representaba turno y medio del personal a su cargo. Y a pesar de esa actividad excesiva y de que las diligentes enfermeras reemplazaban rápidamente a los pacientes bajo el aparato, no había manera de suministrar las sesiones que serían de desear. Habría que conseguir que los pacientes externos recibieran una sola sesión diaria y algunos de los hospitalizados, dos (como había prescrito a Kostoglótov a partir de hoy), a fin de intensificar el ataque contra los tumores y acelerar la transferencia de camas. Con vistas a ello, y a espaldas de la supervisión técnica, utilizaban una corriente de 20 millones de amperios en lugar de la de 10 millones. Así hacían doble trabajo, aunque era evidente que los tubos se deterioraban antes. ¡Y aún no daban abasto! Liudmila Afanásievna había entrado allí para señalar a qué enfermos y por cuántas sesiones recomendaba no aplicarles el filtro de cobre de un milímetro que protegía la piel (con lo que se reducía la sesión a la mitad de tiempo) y a quiénes habría que ponerles el filtro de medio milímetro.

A continuación subió al primer piso para comprobar el estado de Rusánov después de la inyección. De allí se fue al gabinete de focos cortos, en el que se había reanudado la radiación de los pacientes. Se disponía a ocuparse de la correspondencia y los artículos cuando llamó respetuosamente a la puerta Yelizaveta Anatólievna, solicitando permiso para hablar con ella.

Yelizaveta Anatólievna era una simple auxiliar sanitaria del departamento de radioterapia, pero nadie osaba tutearla ni llamarla con familiaridad Liza o tía Liza, como suelen dirigirse a las sanitarias de cualquier edad incluso los jóvenes doctores. Era una mujer de esmerada educación, y en los ratos libres de las guardias nocturnas se sentaba a leer libros en francés. Sin embargo, trabajaba en la clínica oncológica de modesta auxiliar sanitaria, realizando su cometido a entera satisfacción. Cierto es que ganaba sueldo y medio, y que desde hacía algún tiempo pagaban un 50 por ciento de prima por la nocividad de las radiaciones. Pero la prima de las sanitarias había sido reducida el 15 por ciento; no obstante, Yelizaveta Anatólievna no se había ido.

—¡Liudmila Afanásievna! —dijo con una leve inclinación, como si presentara sus excusas al modo de las personas muy corteses—. Me es violento molestarla por un asunto de poca monta. Pero ¡es para desesperarse! ¡Carecemos por completo de bayetas! ¿Con qué limpiaremos?

¡Una preocupación más! El Ministerio había previsto el abastecimiento a la clínica anticancerosa de agujas de *rádium*, de la bomba gamma, de los aparatos

«Stabilivolt», de modernísimos equipos para transfusiones de sangre y de los últimos medicamentos sintéticos. Pero en tan largo inventario no halló lugar para vulgares bayetas ni simples cepillos. Nizamutdín Bajrámovich había replicado al respecto: «Si el Ministerio no lo ha previsto, ¿he de comprarlas con mi dinero?». Hubo una época en que utilizaban como bayetas la ropa blanca vieja. Pero el departamento administrativo de la clínica se dio prisa en prohibirlo, recelando que pudiera dar pie al robo de la ropa nueva. Actualmente exigía la entrega de la ropa usada en un lugar determinado, donde una comisión autorizada la inventariaba y la destruía.

—Creo —insinuó Yelizaveta Anatólievna— que si todos los empleados del departamento de rayos nos comprometiéramos a traer una bayeta de nuestra casa, solucionaríamos el problema, ¿no cree?

—¿Por qué no? —suspiró Dontsova—. Seguramente es lo único que podemos hacer. De acuerdo. Haga el favor de proponérselo a Olimpiada Vladislávovna…

¡Sí! También a Olimpiada Vladislávovna habría que sacarla del apuro. Era absurdo apartar del trabajo por diez días a la mejor y más experimentada de las enfermeras.

Liudmila Afanásievna fue a telefonear de nuevo. No consiguió nada. Directamente se dirigió a examinar al enfermo llegado de Tashauz. Permaneció sentada un rato en la oscuridad para acostumbrar sus ojos. Luego observó la papilla de bario en el intestino delgado del paciente, ya en pie, ya descendiendo la pantalla protectora como si fuera una mesa, y colocando al enfermo de uno y otro costado para radiografiarle. Liudmila Afanásievna estableció el diagnóstico presionando en el vientre del enfermo con sus manos cubiertas con guantes de goma y haciendo coincidir sus gritos de dolor con las anubladas, imprecisas y criptográficas tonalidades de las manchas y de las sombras.

Con todos estos quehaceres se le había pasado la hora de la comida, en la que nunca reparaba. Ni siquiera en verano salía al jardín a comerse el bocadillo.

En ese momento la llamaron de la sala de curas para una consulta. El cirujano jefe empezó por ponerla en antecedentes de la historia clínica; luego hicieron entrar a la enferma y la miraron. Dontsova llegó a la conclusión de que la única salvación posible estaba en la esterilización. La paciente no tenía más de cuarenta años y rompió en llanto. La dejaron desahogarse algunos minutos.

—¡Eso es acabar con la vida!… ¡Mi marido me abandonará!…

—No le informe del carácter de la operación —le sugirió Liudmila Afanásievna —. Él jamás se enterará. En sus manos está el ocultárselo.

En su cometido de salvar *vidas* —y en la clínica casi siempre era la vida la que estaba en juego—, Liudmila Afanásievna tenía la firme convicción de que cualquier quebranto está justificado si garantiza la existencia.

Pero ese día, por muchas vueltas que diera por la clínica, había algo que a lo largo

de toda la jornada estuvo perturbando su certidumbre, su responsabilidad y su autoridad.

¿Sería la causa ese claro dolor que sentía en la zona del estómago? Había días en que no lo notaba; otros, muy débilmente. Hoy era más intenso. Si no fuera oncóloga, no le habría dado importancia, y hubiera ido con la mayor tranquilidad a reconocimiento. Pero sabía perfectamente las complicaciones que acarrearía al confesarlo: se enterarían sus familiares y sus compañeros de trabajo. En su fuero interno trataba de contentarse con el procedimiento tan típicamente ruso de confiarse al «Dios quiera»: «Quizá sea una cosa pasajera», «Tal vez no sea más que una sensación nerviosa».

No, no era eso. Durante el día hubo algo más que la aguijoneaba; algo vago, pero insistente. Y por fin ahora, al llegar a su rincón ante el escritorio y tomar la carpeta con la inscripción «las secuelas de las irradiaciones», en la que fijara su atención el perspicaz Kostoglótov, comprendió que no sólo se había sentido inquieta, sino también mortificada por la disputa que sostuvo con él acerca del derecho a curar.

Todavía podía oír su frase: «Hace veinte años tratarían con rayos a un Kostoglótov cualquiera, que se cerraba en banda porque temía tal método de cura… ¡y ustedes todavía no conocían la existencia de las secuelas de las irradiaciones!».

En efecto. Dentro de poco pronunciaría una conferencia en la Sociedad de Especialistas de Rayos sobre el tema: «Ulteriores mutaciones por efecto de la radioterapia». Casi lo mismo que le reprochara Kostoglótov.

Sólo recientemente, hacía un par de años, tanto a ella como a otros especialistas de rayos —allí, en Moscú, en Bakú— les surgieron casos al principio incomprensibles. Brotó el recelo, luego la sospecha. Empezaron a tratar el asunto por correspondencia y, aunque no hablaban de él oficialmente en las conferencias, lo abordaban entre una comunicación y otra. Hubo alguien que leyó un ensayo en una revista americana, y después otro, y otro. Algo similar debían de experimentar los americanos. Los casos se multiplicaban; más y más pacientes se presentaban con quejas. De repente aquello recibió un nombre: «Ulteriores mutaciones por efecto de la radioterapia». Había llegado la hora de hablar de ellas desde la cátedra y adoptar alguna decisión.

Ocurría que en las curas por radioterapia con grandes dosis de irradiaciones, que diez o quince años atrás obtuvieron resultado satisfactorio, feliz y hasta brillante, en las zonas tratadas se presentaban ahora inesperadas mutilaciones y deformaciones.

No es que se deplorara que entonces se usara la radioterapia, porque, en todo caso, su aplicación estaba justificada cuando se trataba tumores malignos. Tampoco en la actualidad había otra salida. Se salvaba al enfermo de la muerte inevitable con el único recurso posible, y, además, empleando grandes dosis, porque las dosis reducidas eran ineficaces. En cuanto a las mutilaciones, el enfermo debía comprender

que eran el precio por los años de más que ya había vivido y por los que aún le quedaban por vivir.

Hacía diez, quince o dieciocho años, ni siquiera existía la expresión «secuelas de las irradiaciones». La radioterapia era considerada el medio más directo, seguro y exhaustivo; un triunfo de la moderna técnica médica, y tan magnífico que se consideraba de mentalidad retrógrada y aun de sabotaje en la atención sanitaria a los trabajadores cuando se prescindía de ella y se buscaban otros medios paralelos o indirectos. Sólo se temía las precoces y agudas afecciones de los tejidos y de los huesos, aunque ya se había aprendido entonces a evitarlas. ¡Y aplicaron la radioterapia! ¡La aplicaron con todo entusiasmo! Incluso a los tumores benignos y hasta a los niños de corta edad.

Y ahora, esos niños ya crecidos, muchachos y muchachas, algunos ya casados, volvían con irreparables mutilaciones en las partes que tan celosamente les irradiaron.

El pasado otoño se presentó en la clínica —no en el pabellón de cáncer, sino en el de cirugía— un muchachito de quince años que tenía el brazo y el pie de un lado más cortos que los del otro. Lo mismo le ocurría con los huesos del cráneo. De tal modo que, de arriba abajo, aparecía desfigurado en forma de arco como una caricatura. Liudmila Afanásievna se informó de su llegada y pudo reconocerle. Cotejando los archivos, identificó en él al niño de dos añitos y medio que su madre llevara a la clínica con múltiples lesiones en los huesos (cuyo origen nadie supo localizar, aunque era evidente que no eran de naturaleza cancerígena) y con una profunda alteración del metabolismo. Los cirujanos se lo traspasaron a Dontsova por si la radiología podían establecer un diagnóstico concreto. Dontsova tomó el caso y la radioterapia ayudó con tanta eficacia que la madre lloraba de alegría, diciendo que jamás olvidaría a la salvadora de su hijo.

Pero ahora este llegaba solo —su madre ya no estaba entre los vivos—, y nada ni nadie podía ayudarle. Nadie era capaz de librar a sus huesos de las antiguas irradiaciones.

Más recientemente aún, a finales de enero, llegó una joven madre lamentándose de que sus pechos no daban leche. No acudió directamente a la doctora, sino que, de pabellón en pabellón, llegó al oncológico. Dontsova no la recordaba, pero como en la clínica conservaban las cartillas con los historiales de cada caso, rebuscó en el anexo del edificio y encontró el de la joven, fechado en el año 1941. En él se atestiguaba que, siendo aún una niña, recurrió a la clínica y confiadamente se acostó bajo el tubo de rayos para curarse un tumor benigno, contra el que hoy nadie emplearía la radioterapia.

Lo único que pudo hacer Dontsova fue agregar en la vieja cartilla que los tejidos blandos se habían atrofiado, y que por lo visto era una de las ulteriores mutaciones producidas por los rayos.

Naturalmente, nadie dijo a aquel joven deformado ni a aquella madre defraudada que en su niñez habían sido curados de modo incorrecto. Tal explicación, desde el punto de vista del enfermo, habría sido inútil; desde el punto de vista general, habría perjudicado a la propaganda sanitaria entre la población.

Pero estos casos trastornaban a Liudmila Afanásievna y le producían un sordo sentimiento de irreparable culpabilidad. Precisamente ahí, en ese punto, había atinado a acertar hoy Kostoglótov.

Cruzada de brazos, paseó por la habitación, desde la puerta a la ventana y desde la ventana a la puerta, por el espacio libre entre los dos aparatos desconectados.

¿Cómo es posible poner en tela de juicio el *derecho* del médico a curar? Si se mantiene ese criterio, si se desconfía de cada método científico aceptado hoy porque pueda ser desautorizado o abandonado en el futuro, entonces, ¡el diablo sabe adonde se podría llegar! ¡Si hasta por una aspirina se han dado casos de muerte! ¡La persona la toma por primera vez en su vida y le sobreviene la muerte!… Resulta entonces que es imposible curar, que la medicina no puede proporcionar los auxilios que se requieren.

Esta ley probablemente tiene un carácter universal: cada *acto* engendra siempre algo bueno y algo malo. Pero unos producen más de bueno y otros más de malo.

Por mucho que se esforzara por tranquilizarse —aun sabiendo perfectamente que en su conjunto esos accidentes, los casos de diagnóstico equivocado y las medidas tardías o erróneas, no constituían ni el dos por ciento de su actividad, y que eran miles los sanados por ella, los devueltos a la vida; los salvados, los curados eran jóvenes y viejos, mujeres y hombres, que ahora araban los campos, caminaban por los pastos o por el asfalto, volaban en el aire, se encaramaban a los postes telegráficos, recogían el algodón, barrían las calles, despachaban tras el mostrador, se sentaban en los despachos y en las casas de té, y servían en el Ejército o en la Marina y que no todos la habían olvidado ni la olvidarían—, a pesar de todo tenía plena conciencia de que ella podría olvidarse de todos ellos, sus más felices casos, sus más arduas victorias, pero que recordaría hasta la muerte a unos cuantos, a unos pocos desdichados que cayeron bajo la rueda.

Tal era la peculiaridad de su memoria.

Hoy ya no podría preparar la conferencia. Además, el día tocaba a su fin. (¿Se llevaría la carpeta a casa? Aunque probablemente sería en vano, como le había ocurrido centenares de veces).

Sí, tendría tiempo para leer los artículos de la revista *Radiología Médica* y poder así devolverla y responder a la cuestión planteada por el practicante de Tajta-Kupyr.

La luz que entraba por la sombría ventana era ya insuficiente. Encendió la lámpara de mesa y tomó asiento. Una de las doctoras internas, que iba sin bata, echó una ojeada y le preguntó:

—¿No se va, Liudmila Afanásievna?

También apareció Vera Gángart:

—¿No se va?

—¿Cómo está Rusánov?

—Duerme. No ha tenido vómitos, pero sí fiebre.

Vera Kornílievna se quitó la ajustada bata y se quedó con un vestido de glasé gris verdoso, demasiado elegante para el trabajo.

—¿No le da pena ponérselo? —señaló con un movimiento de cabeza Dontsova.

—¿Para qué he de reservarlo? ¿Con qué objeto?…

Quería sonreír, pero le salió una mueca lastimera.

—Está bien, Vérochka; en tal caso, la próxima vez le inyectaremos la dosis completa, diez miligramos —lanzó rápidamente Liudmila Afanásievna con la característica vivacidad que se emplea cuando las palabras roban el tiempo. Y se puso a escribir al practicante.

—¿Qué hay de Kostoglótov? —preguntó quedamente Gángart desde la puerta.

—¡Hemos librado una batalla, pero ha sido derrotado y se ha resignado! —sonrió Liudmila Afanásievna a la vez que sentía una nueva punzada cerca del estómago. En ese momento estuvo tentada de quejarse a Vera, a ella la primera; elevó hacia Vera sus ojos entornados, pero en el fondo penumbroso del gabinete vio que se preparaba para ir al teatro, con su vestido de los días festivos y sus tacones altos.

Resolvió aplazarlo para otra ocasión.

Se habían ido todos y seguía allí sentada. Le perjudicaba enormemente permanecer media hora de más en aquellas estancias diariamente irradiadas, pero el trabajo la encadenaba. Cada vez que llegaban las vacaciones anuales tenía una palidez grisácea y sus leucocitos, que a lo largo del año iban disminuyendo paulatinamente, descendían a 2000, nivel que hubiera sido criminal permitir en cualquier paciente. Examinar tres «estómagos» diarios era la norma estipulada para los especialistas en radiología, pero ella reconocía diez cada día, y durante la guerra llegó a veinticinco. En vísperas de vacaciones, ella misma sentía la necesidad de una transfusión de sangre, que no le restituía todo lo que había perdido durante el año.

La imperiosa inercia del trabajo no la dejaba escapar fácilmente. Al finalizar la jornada veía con disgusto que siempre le quedaba algo pendiente. En aquel instante recordó, entre otros asuntos, el cruel caso de Sibgátov, y tomó nota de lo que debía consultar al doctor Oreschenkov cuando se encontrara con él en la Sociedad. Así como ella adiestraba ahora en el trabajo a sus médicos ayudantes, en otro tiempo, antes de la guerra, el doctor Oreschenkov la condujo de la mano, la guio con cuidado y le transmitió su interés por los ilimitados horizontes de su profesión. «Liúdochka», le prevenía, «jamás se especialice en un solo caldo. Deje que el mundo entero tienda a la especialización, pero usted manténgase firme, con una mano en el diagnóstico

por radiología y con la otra en la radioterapia. Aunque sea la última doctora con esas características, ¡lo importante es que lo sea!». Él vivía aún y además residía en esa misma ciudad.

Después de apagar la lámpara, se volvió desde la puerta y anotó varios asuntos para el día siguiente. Se vistió su deslucido abrigo azul y se encaminó al gabinete del médico jefe. Pero estaba cerrado.

Finalmente, descendió la escalera de la entrada bordeada de álamos, y se internó por las avenidas del centro médico. Sus pensamientos se concentraban en su trabajo, sin que intentara ni deseara desembarazarse de ellos. No hubiera podido describir el estado del tiempo, pues era algo en lo que no reparaba. Aún no había anochecido. Por las avenidas se tropezaba con numerosas caras desconocidas, que tampoco despertaron en Liudmila Afanásievna el natural interés femenino por ver cómo vestían, con qué se cubrían la cabeza y cómo calzaban. Avanzaba con el ceño fruncido, mirando a la gente con ojos penetrantes, como si quisiera adivinar la ubicación de eventuales tumores que hoy no se daban aún a conocer, pero que mañana podrían manifestarse en esas personas.

Siguió caminando, dejó atrás el salón de té del centro médico y al muchachito uzbeko que vendía por allí almendras en cucuruchos de papel de periódico, y alcanzó la entrada principal.

Podría pensarse que al franquear esta puerta —por la que la gordezuela portera, vigilante y huraña, sólo permitía la salida a personas sanas y libres y de la que apartaba a los pacientes con desaforados gritos—, Liudmila Afanásievna se desligaría de la parte de su existencia dedicada al trabajo para entrar de lleno en la vida hogareña, familiar. Pero no era así. Su tiempo y sus fuerzas no se dividían equitativamente entre el trabajo y el hogar. La mejor y más grata mitad de sus horas de vida activa transcurría en el centro médico. Las ideas sobre el trabajo seguían revoloteando como abejas en torno a su cerebro mucho después de traspasar la puerta principal y mucho antes de que se encontrara ante ella a la mañana siguiente.

Depositó en el buzón de Correos la carta con destino a Tajta-Kupyr y atravesó la calle hacia la parada del tranvía. Haciendo sonar la campanilla, apareció el suyo. Por ambas puertas, la delantera y la trasera, subieron numerosos pasajeros. Liudmila Afanásievna se apresuró para conseguir un asiento, siendo esa la primera idea, superficial e insignificante, que empezó a convertirla de oráculo de los destinos humanos en simple pasajero de tranvía al que empujaban sin cumplidos.

Durante la trepidante marcha del viejo tranvía de vía única y en las largas paradas del trayecto, Liudmila Afanásievna miraba distraídamente por la ventanilla. Sus pensamientos retornaron a las metástasis pulmonares de Mursalímov o al posible efecto de las inyecciones en Rusánov. Las ofensivas maneras de este y las amenazas que había pronunciado mientras visitaba la sala se disiparon aquella misma mañana

por otras inquietudes. Pero ahora, al finalizar el día, se filtraban con un opresivo sedimento que la importunaría el resto de la tarde y de la noche.

En el tranvía viajaban numerosas mujeres que, como Liudmila Afanásievna, no llevaban pequeños bolsos de señora, sino grandes bolsas, en las que podría introducirse un lechoncillo vivo o cuatro hogazas de pan. A cada parada, o ante cada comercio fugazmente vislumbrado desde la ventanilla, los pensamientos de Liudmila Afanásievna se concentraban con mayor insistencia en sus problemas domésticos y en su hogar. Todo en él estaba bajo su responsabilidad, sobre su espalda, porque, ¿qué podía exigírseles a los hombres? Cuando ella se iba a Moscú a cualquier reunión, su marido y su hijo no fregaban la vajilla en una semana. No es que quisieran reservarle ese trabajo, sino que no encontraban sentido a esa labor reiterativa, eternamente repetida.

Liudmila Afanásievna tenía también una hija ya casada y con un bebé, aunque podría decirse que estaba a punto de quedarse sin marido, porque esperaba el divorcio. Por primera vez en todo el día recordó a su hija sin sentir satisfacción alguna.

Era viernes. El domingo, ya sin dilación, tendría que realizar una gran colada, pues ya se le había acumulado mucha ropa sucia. Por eso, costara lo que costase, debía preparar el sábado por la noche la comida para la primera mitad de la próxima semana (guisaba dos veces por semana). Hoy pondría la ropa en remojo antes de acostarse. Ahora mismo pasaría por el mercado central, allí todavía encontraría algo a esas horas de la tarde.

Se apeó para tomar otro tranvía. Al ver las lunas de una tienda de comestibles cercana, decidió entrar y ver lo que había. La sección de carnes estaba vacía y el dependiente se había ido. En la de pescados no había nada, aparte de arenques ahumados, lenguado salado y conservas. Pasó ante las pintorescas pirámides de botellas de vino y las cilíndricas barras marrones de queso, que parecían embutidos, y un poco más allá se decidió por dos botellas de aceite de girasol (antes sólo vendían aceite de semillas de algodón) y copos de cebada. Atravesó el tranquilo establecimiento, pagó en la caja y regresó a la sección de comestibles a recoger el aceite y la cebada.

Mientras esperaba a que despacharan a dos personas que estaban delante de ella, se armó en la tienda un vivo revuelo y de la calle entró un tropel de gente que inmediatamente formó cola en la sección de alimentación y en la caja. Liudmila Afanásievna se sobresaltó, y sin aguardar a que le sirvieran los comestibles, fue con paso rápido a coger turno ante el dependiente de alimentación y en la caja. Aún no había nada tras el curvado cristal protector del mostrador, pero las mujeres que se agolpaban decían saber con certeza que despacharían un kilo de salchichas de cerdo por persona.

Había tenido mucha suerte, y merecía la pena hacer la cola por segunda vez.

8

Si no hubiera sido por aquel zarpazo del cáncer en la garganta, Yefrem Poddúyev sería ahora un hombre en la flor de la vida. No había cumplido aún los cincuenta, era robusto de hombros, firme de piernas y de sano raciocinio. No es que fuera de hierro o disfrutara de dos espinazos, pero después de ocho horas de trabajo podía trabajar otras ocho con igual rendimiento. En su juventud, a orillas del río Kama, cargaba sacos de casi cien kilos, y desde entonces sus fuerzas no habían mermado mucho. En la actualidad, no habría dudado en ayudar a los obreros a desplazar una hormigonera en un andamio. Había vivido en numerosos lugares, realizando los más diversos trabajos; en un lugar demolió, en otro excavó, allá suministró y acá construyó. Nunca le faltó dinero en el bolsillo. Medio litro de vodka no le tambaleaba, pero no tendía la mano hacia el segundo medio litro. Se sentía tan satisfecho de sí mismo y de cuanto le rodeaba que para él no había límites ni fronteras, y pensaba que siempre sería así. A pesar de su fortaleza no estuvo en el frente, sino destinado oficialmente a una construcción especial, por lo que no conocía, por experiencia personal, lo que era una herida ni un hospital de campaña. Jamás padeció de nada, no tuvo enfermedades graves, ni gripe, ni le afectaron las epidemias, ni tuvo nunca que soportar un dolor de muelas.

Se sintió enfermo por primera vez hace dos años, y precisamente de cáncer.

De cáncer.

Así lo reconocía ahora con brusquedad; pero durante largo tiempo pretendió engañarse a sí mismo, diciéndose que no era nada, cosa de poca importancia, y demorando cuanto pudo la visita a los médicos. Cuando recurrió a ellos, y de dispensario en dispensario le enviaron a la clínica oncológica, donde a todos los pacientes se les aseguraba que no padecían cáncer, Yefrem se negó a reconocer lo que padecía. No confió en su innato entendimiento y prestó oídos a sus deseos: no tenía cáncer y todo acabaría bien.

A Yefrem la enfermedad le empezó por la lengua, esa lengua tan diligente, tan ligera, que nunca aparecía a la vista y que de tanta utilidad era en la vida. En sus cincuenta años había hecho buen uso de ella. Con esa lengua consiguió salarios donde no los ganara, juró haber realizado lo que nunca hiciera y se afanó por algo en lo que no creía. Con ella vociferó contra los jefes y protegió a los trabajadores; con

ella se enzarzó en desaforadas discusiones sobre lo más sagrado y querido, deleitándose como un ruiseñor con los gorjeos de los demás; contaba chistes picantes, pero nunca de política. Con ella cantaba también las canciones del Volga. Y con ella había mentido a numerosas mujeres por todas partes, diciéndoles que era soltero, que no tenía hijos y que regresaría a ellas al cabo de una semana para fundar un hogar. «¡Así se te seque la lengua!», le maldijo una de sus temporales madres políticas. Pero a Yefrem sólo le fallaba la lengua en estado de embriaguez.

Pero, repentinamente, empezó a hinchársele, a enganchársele en los dientes, a no caberle en la blanda y jugosa cavidad bucal.

Y Yefrem seguía tan bullanguero y se jactaba ante sus amigos diciendo:

—¿Poddúyev? ¡Poddúyev no se arredra nunca por nada en el mundo!

Y ellos comentaban:

—¡Oh, sí! Poddúyev tiene fuerza de voluntad.

En realidad, no se trataba de la fuerza de voluntad, sino de un terror quintuplicado. Y no era por fuerza de voluntad, sino por ese terror, por lo que se aferraba cuanto podía al trabajo, dando largas a la operación. Poddúyev siempre estuvo capacitado para vivir la vida, pero no para enfrentarse con la muerte. Esa transición era superior a sus fuerzas, no conocía los caminos hacia ella y la rehuía al ver que seguía manteniéndose en pie y que podía acudir diariamente al trabajo, como si nada le ocurriera, donde le alababan su fuerte voluntad.

No se dejó operar y empezaron a tratarle con agujas. Introducíanselas en la lengua, como a los pecadores en el Infierno, y se las mantenían allí varios días. ¡Cómo deseaba Yefrem que todo acabara en eso! ¡Confió tanto en ello! Pero no fue así. La lengua siguió hinchándosele y, al no hallar en sí más de aquella famosa fuerza de voluntad, Yefrem agachó su cabeza de toro ante la blanca mesa de la clínica y dio su consentimiento.

Le operó Lev Leonídovich y la intervención fue un éxito. Como le pronosticara el cirujano, se le quedó la lengua más corta, se redujo, pero pronto se acostumbró a usarla de nuevo y a decir las mismas cosas que antes, aunque tal vez no con la misma claridad. Después siguieron algún tiempo punzándole con las agujas, luego le dieron el alta, y más tarde le llamaron. Entonces Lev Leonídovich le dijo: «Regresa dentro de tres meses y te haremos otra operación en el cuello, que será más sencilla».

Pero Yefrem estaba harto de operaciones «sencillas» en el cuello y no se presentó en la fecha que le fijaron. Le enviaron citaciones por correo, a las que no respondió. Estaba acostumbrado a no residir mucho tiempo en un mismo lugar, y en cualquier momento, por simple diversión, podía levar anclas rumbo a Kolyma o Jakkasia. En ningún sitio tenía propiedades, vivienda o familia que lo retuviera; lo único que estimaba era la vida independiente y el dinero en el bolsillo. Recibió una nota de la clínica: «Si no se presenta por su propia voluntad, lo traerá la policía». «¡Vaya un

poder que tiene la clínica oncológica», pensó, «incluso sobre la gente que no sufre cáncer!».

Y regresó. Claro que aún podía negarse a ser operado. Pero Lev Leonídovich reconoció su garganta y le amonestó severamente por su demora. Hicieron a Yefrem una incisión de derecha a izquierda en el cuello, como se degüellan los bandidos, y estuvo largo tiempo en la clínica con el cuello vendado, hasta que le dejaron ir con dubitativos movimientos de cabeza.

Y ya no halló el antiguo sabor de la vida libre. Perdió el interés por el trabajo y por las juergas, por la bebida y por el tabaco. No notaba más suavidad en la garganta, sentía rasguñaduras, tirones, pinchazos y, a veces, dolores punzantes que le subían hasta el cerebro. El mal iba elevándose a lo largo del cuello, casi hasta los oídos.

Y cuando, hacía un mes, regresó de nuevo al viejo edificio de ladrillo gris con la cicatriz, concienzudamente cosida, al descubierto, cuando entró en el porche entre los álamos, de piso pulimentado por miles de pies, cuando los cirujanos le acogieron como a uno de la familia, cuando se vistió de nuevo el pijama rayado de la clínica y se vio en la misma sala, contigua al quirófano y con las ventanas a la tapia trasera, cuando esperaba la operación, la segunda en su pobre cuello y tercera en total, Yefrem Poddúyev no podía seguir engañándose, y no se engañó. Admitió que padecía cáncer.

Ahora, pretendiendo la igualdad, quería convencer a sus compañeros de sala de que ellos también tenían cáncer, de que de allí no se escapaba nadie, de que todos volvían de nuevo. No es que disfrutara asustando a las personas y escuchando sus gruñidos, pero que no se engañaran, que se enfrentaran con la verdad.

Le hicieron la tercera operación, más dolorosa y profunda. Pero después de ella, durante las curas, los doctores no se sentían muy satisfechos, mascullaban entre sí en un idioma que no era el ruso y le ponían un vendaje cada vez más compacto y elevado, que empalmaba su cabeza con el torso. Sufría en la cabeza punzadas cada vez más agudas, más frecuentes, casi continuas.

Así pues, ¿para qué hacerse ilusiones? Tenía que aceptar lo que viniera después del cáncer, aquello ante lo que había cerrado los ojos dos años, pretendiendo ignorarlo: que a Yefrem le había llegado la hora de reventar. Dicho así, con malevolencia, le parecía más liviano. No estrictamente de morir, sino de reventar.

Esto, aunque fácil de expresar, no era de imaginar ni de concebir con el corazón. ¿Por qué tenía que ocurrirle eso a él, a Yefrem? ¿Cómo acontecería y qué debía hacer?

Aquello por lo que se agazapó tras el trabajo y entre la gente le contemplaba ahora cara a cara y le ahogaba el cuello con el vendaje.

Por parte de sus compañeros no podía oír nada que fuera una ayuda para él, ni tampoco en las otras salas, ni en los pasillos, ni en el piso superior, ni en el inferior.

Todo estaba dicho, aunque no le importaba.

Entonces fue cuando inició sus paseos desde la ventana a la puerta y viceversa, que duraban cinco o seis horas diarias. Era su modo de correr en busca de auxilio.

En todos los lugares por donde había pasado en sus años de existencia (y no sólo estuvo en las grandes ciudades, sino que había recorrido también todas las provincias), había visto, tanto para él como para el resto de la gente, qué es lo que se exige del hombre: o una buena especialidad laboral o desenvoltura y habilidad en la vida. Con las dos se gana dinero. Cuando las personas traban relaciones, después del «¿Cómo te llamas?», viene inmediatamente el «¿En qué trabajas?, ¿cuánto ganas?». Si uno no disfruta de un sueldo decente significa que es un imbécil o un desgraciado, y generalmente se le considera un hombrecillo insignificante.

Y esa vida totalmente comprensible es la que Poddúyev había visto en todos aquellos años tanto en Borkutá como en Yeniséi, en Extremo Oriente como en Asia Central. La gente ganaba dinero en abundancia y luego se lo gastaba, bien cada sábado o de una vez en sus vacaciones.

Eso estaba bien, era una manera conveniente de obrar, hasta que uno enfermaba de cáncer o de otra dolencia mortal. Porque cuando se contraía una enfermedad todo lo demás perdía su valor: la especialidad, la desenvoltura en la vida, el empleo y el salario. Y por el estado de impotencia en que caía entonces la gente y por ese afán de engañarse hasta última hora negándose a admitir que tenía cáncer, se ponía de relieve que estaban privados de fuerza moral y que habían omitido algo en la vida.

¿Qué hacer?

Yefrem había oído decir en su juventud —y lo sabía por sí mismo y por sus camaradas— que ellos, los jóvenes, se habían criado con más instrucción que los viejos. Estos no fueron a la ciudad en toda su vida, pues la temían; Yefrem, a los trece años, galopaba sobre un caballo y disparaba con un revólver, y cerca de los cincuenta tenía al país entero tan toqueteado como el cuerpo de una mujer. Ahora, paseándose por la sala, rememoraba cómo se enfrentaban con la muerte aquellos viejos de las orillas del Kama, ya fueran rusos, tártaros o *udmurtos*. No alardeaban, no se obstinaban ni se jactaban diciendo que no estaban a las puertas de la muerte; todos ellos la acogían *tranquilamente*. No daban largas al ajuste de cuentas, lo calculaban de antemano y con calma, designaban a quién dejarían la yegua, a quién el potro, a quién el traje de estameña y a quién las botas. Y expiraban aliviados, como si simplemente se mudaran de isba. A ninguno de ellos se le hubiera podido asustar con el cáncer. Por otro lado, tampoco lo padecieron.

Pero aquí, en la clínica, hay quien está ya succionando el balón de oxígeno, sin fuerzas para mover los ojos en las órbitas, aunque con la lengua aún pretenda demostrar: «¡No me moriré!», «¡No tengo cáncer!».

Igual que las gallinas. Cada una espera que le claven el cuchillo en el pescuezo,

pero no dejan de cacarear ni de escarbar en busca de alimento. Y cuando se llevan a una para degollarla, las otras siguen escarbando.

Así, día tras día, se paseaba Poddúyev por el gastado suelo, haciendo temblar el viejo parquet, sin conseguir esclarecer en absoluto cómo debía recibir a la muerte. No era posible imaginárselo y nadie podría contárselo. Y menos aún confiaba en encontrarlo en ningún libro.

Antaño había concluido los cuatro cursos de la escuela primaria y más tarde unos cursos de construcción, pero no tenía afición a la lectura. Con la radio suplía los periódicos y consideraba los libros como cosa superflua entre las de uso corriente. Además, en los apartados y salvajes lugares por los que había arrastrado su vida porque pagaban bien, no se encontró con muchos amantes de la lectura. Poddúyev leía por necesidad: folletos sobre las experiencias de la profesión, reseñas de mecanismos elevadores, las instrucciones del trabajo, las órdenes administrativas y el *Curso breve* hasta el cuarto capítulo[3]. Consideraba simplemente ridículo gastar dinero en *libros* o ir a la caza de ellos a una biblioteca. Cuando en los viajes largos o en las esperas prolongadas hallaba un libro al alcance de la mano, leía veinte o treinta páginas y siempre lo dejaba de lado, al no apreciar en él nada inteligente sobre la vida.

Y aquí, en el hospital, donde se veían por las mesillas y en el repecho de las ventanas, no se le ocurría coger uno. Tampoco habría leído el de tapas azuladas con la dorada inscripción de no haber sido por Kostoglótov, que se lo endilgó en una de las tardes más vacías y desagradables. Yefrem se colocó dos almohadas detrás de la espalda y tomó el libro para examinarlo. De tratarse de una novela, tampoco habría iniciado su lectura. Pero eran narraciones cortas, cuya trama se esclarecía en cinco o seis páginas y, a veces, en una sola. Sus títulos se apiñaban como la grava en la hoja del índice. Poddúyev los leyó, intuyendo en el acto que podía ser algo interesante: «El trabajo, la muerte y la enfermedad», «La ley fundamental», «El origen», «Si das libertad al fuego, no podrás apagarlo», «Los tres ancianos», «Caminad por la claridad mientras haya luz».

Yefrem abrió el libro por la narración más corta. La leyó y se quedó pensativo. Deseó releerla, y la leyó de nuevo. Y otra vez quiso reflexionar, y se sumió en meditaciones.

Lo mismo le ocurrió con el segundo relato.

En aquel instante apagaron la luz. Para que nadie se adueñara del libro, y no tener que andar buscándolo a la mañana siguiente, Yefrem lo ocultó debajo del colchón. En la oscuridad le contó a Ajmadzhán la antigua fábula de la distribución de los años de vida por Alá y cómo el hombre se proveyó de tantos años innecesarios (aunque él personalmente no lo creía así, pues no concebía que ningún año pudiera ser superfluo si se disfrutaba de salud). Antes de dormirse volvió a cavilar en lo que había leído.

Los fuertes dolores de cabeza le entorpecían todos los pensamientos.

La mañana del día siguiente, viernes, amaneció nubosa, y, como todas las que llevaba en el hospital, triste. En la sala se iniciaba el día con las pesimistas peroratas de Yefrem. Si había quien expresara esperanza o deseo, él se encargaba en el acto de desalentarle, enfriando sus entusiasmos. Pero aquel día no tenía ningunas ganas de abrir la boca. Se sentó cómodamente, resuelto a leer aquel libro sedante y mitigador. Apenas si necesitaba lavarse, pues el vendaje casi le cubría los carrillos. Podía desayunar en la cama, y hoy no habría visita médica para los pacientes de cirugía. Pasaba parsimoniosamente las gruesas y ásperas páginas del libro y no chistaba. Leía y reflexionaba.

Las doctoras de radioterapia hicieron su recorrido. El individuo con las gafas de montura de oro ladró a la doctora, luego se le cortó el resuello y le asestaron el pinchazo. Kostoglótov se enredó con ciertos derechos, salió de la sala y regresó de nuevo. A Azovkin le dieron de alta y después de despedirse se fue encorvado, sujetándose el vientre. A otros pacientes los llamaron a radioterapia, a transfusiones. Pero Poddúyev no se levantó para medir a zancadas el pasillito formado por las camas, sino que siguió absorto en la lectura y callado. Él dialogaba con el libro, diferente a todos, interesante.

Había vivido toda una vida y en sus manos nunca había tenido un libro tan sensato como ese.

Aunque, probablemente, tampoco lo habría leído de no estar en aquel lecho y con aquel cuello cuyos dolores le llegaban al cerebro.

Y era dudoso que tales cuentecillos hubieran causado impresión en una persona sana.

La noche anterior Yefrem había visto ya este título: «¿Qué necesitan los hombres para vivir?». Ofrecía a sus ojos tal realce como si él mismo lo hubiera escrito. Zanqueando por los pisos de la clínica, era precisamente en eso en lo que pensaba en las últimas semanas, aunque sin nombrarlo. ¿Qué necesitan los hombres para vivir?

El relato era largo, desde las primeras palabras se leía fácilmente y llegaba al corazón de un modo natural y suave:

> «Vivía un zapatero con su mujer y sus hijos, en casa de un campesino. No poseía casa ni tierras propias, y gracias a su trabajo de remendón se mantenían él y su familia. El pan era caro y el trabajo mal pagado, y cuanto ganaba se le iba en comida. El zapatero y su mujer compartían el mismo abrigo, ya viejo y harapiento».

Todo estaba claro y era perfectamente comprensible: si Semión está delgado, el aprendiz Mijailo debe de estar escuálido, pero el amo:

«parecía un hombre de otro mundo: la jeta coloradota, mofletuda, el cuello de toro, y todo él parecía de hierro fundido… Con la vida que disfrutaba, ¿cómo no iba a estar bien alimentado? Ni la muerte podría con aquella roca».

Yefrem había conocido muchos así. Karaschuk, el jefe de la compañía carbonífera, era uno de tales, y Antónov, y Chéchev, y Kújtikov. ¿Acaso el propio Yefrem no había empezado a semejarse a un tipo así?

Lentamente, como si descifrara sílaba por sílaba, Poddúyev leyó el cuento hasta el final.

Entretanto, llegó la hora de la comida.

Yefrem no tenía ganas ni de pasear ni de hablar. Como si algo hubiera penetrado en él y se agitara en su interior. Ya no tenía puestos los ojos y la boca en los pormenores de antes.

La clínica había limado en Yefrem la primera, la más basta rebaba; ahora sólo había que seguir puliendo.

En la misma postura, recostado en las almohadas y apoyando el libro cerrado en las encogidas rodillas, Yefrem miraba la desnuda pared blanca. El día, en el exterior, no se despejaba.

En el lecho situado frente al de Yefrem dormía el hombre de cara pálida y poco acostumbrado a estas salas, desde el mismo instante en que le inyectaron. Le habían arropado convenientemente por los escalofríos que le producía la fiebre.

Al lado, Ajmadzhán jugaba a las damas con Sibgátov. Sus idiomas tenían poco en común y hablaban en ruso. Sibgátov estaba sentado, cuidando de no doblar ni ladear la malparada espalda. A pesar de que aún era joven, sus cabellos en los parietales eran ralos, tenues.

A Yefrem, sin embargo, no se le había caído ni un solo pelo de sus exuberantes cabellos pardos de infranqueable espesor. Y es más: conservaba intacta la apetencia por las mujeres, por más que eso careciera ya de sentido.

No podía formarse una idea de la cantidad de mujeres que había abandonado. Al principio llevaba la cuenta, particularmente de las esposas, pero luego no quiso tomarse esa molestia. Su primera esposa fue Aminá, una tártara de Yelábuga, de rostro blanco, delicado. Su cutis era muy fino: apenas se la rozaba con algo duro, enseguida le brotaba la sangre. Además era insumisa y le abandonó llevándose a la niña. En lo sucesivo Yefrem no consintió una nueva afrenta, y fue el primero en dejar plantadas a las mujeres. Llevaba una vida de ave de paso, independiente. Unas veces tenía que desplazarse por una contrata, otras por un convenio, y no era cómodo arrastrar tras de sí a la familia. En cada nuevo emplazamiento encontraba un ama de casa. A las otras, a las que hallaba a lo largo y a lo ancho de su camino, libres o con deberes, no siempre les preguntaba el nombre; se limitaba a pagarles lo estipulado.

Ahora en su memoria se confundían sus rostros, sus manías y las circunstancias en que las conociera, recordando únicamente los casos muy particulares. Así, rememoró a Yevdoshka, la esposa del ingeniero, en el andén de la primera estación de Almá-Atá durante la guerra. Bajo la ventanilla de su vagón meneaba el trasero y le pedía ir con él. Él partía hacia Ilí con una plantilla completa para iniciar una nueva construcción, y acudieron a despedirlos numerosos compañeros del organismo. Allí cerca estaba también el marido de Yevdoshka, desaliñado, charlando con otra persona. La locomotora dio la primera señal. «Está bien», gritó Yefrem, tendiéndole los brazos. «¡Si me quieres, sube aquí y marchémonos!». Ella no se hizo de rogar. A la vista de todos y de su propio marido, se encaramó, entró en el vagón por la ventanilla y se fue a vivir con él dos semanas. Lo que más perduraba en su memoria eran los esfuerzos que había tenido que hacer para introducir a Yevdoshka en el vagón.

El rasgo más peculiar que Yefrem descubrió a lo largo de su vida en las mujeres fue el de su apego. Era fácil conquistar a una mujer, pero muy difícil desembarazarse de ella. Y aunque por doquier se hablaba de «igualdad» —y él no tenía nada que objetar—, en su fuero interno jamás vio a las mujeres como seres cabales, con la sola excepción de Aminá, su primera esposa. Se habría asombrado sobremanera si otro hombre hubiera querido demostrarle seriamente que su comportamiento con ellas había sido pésimo.

Pero, según se deducía de aquel libro singular, Yefrem era absolutamente culpable.

Encendieron la luz antes de la hora acostumbrada.

Se despertó el relamido aquel del tumor bajo la mandíbula. Asomó por el embozo de la manta su cabeza calva y se caló rápidamente las gafas, que le prestaban un aire profesoril. Enseguida hizo saber, radiante, que había soportado la inyección perfectamente, que había creído que lo pasaría peor, y luego hurgó en la mesilla en busca de un trozo de pollo.

Yefrem había observado que a los enclenques como él sólo les gustaba el pollo. De la carne de cordero decían que era «pesada».

Hubiera deseado posar la mirada en otra persona, pero tendría que girar el cuerpo entero. Si miraba al frente sólo veía roer el hueso a aquel tipo insultante.

Poddúyev emitió un gemido, y precavidamente se volvió del lado derecho.

—Escuchen —dijo en voz alta—. Aquí hay un cuento que se titula «¿Qué necesitan los hombres para vivir?» —y se sonrió—. Toda una pregunta, ¿eh? A ver quién responde a ella. ¿Qué necesitan los hombres para vivir?

Sibgátov y Ajmadzhán alzaron la vista del tablero de damas. Ajmadzhán respondió convencido, jovial, pues estaba en franca mejoría:

—Avituallamiento: víveres y materiales de equipo.

Su existencia transcurrió en una aldea hasta que ingresó en el Ejército y sólo

hablaba uzbeko. Todas las palabras y conceptos rusos, su disciplina y su desenvoltura los había aprendido en la milicia.

—¿Alguien más quiere opinar? —preguntó roncamente Poddúyev. El acertijo del libro era inesperado para él y, por lo visto, difícil para los demás—. ¿Quien lo dice mejor? A ver, ¿qué necesitan los hombres para vivir?

El anciano Mursalímov no comprendía el ruso y quizás habría podido responder mejor que nadie. Pero se presentó a ponerle una inyección el practicante Turgun, estudiante, que fue quien dijo:

—¿Qué van a necesitar? ¡Su salario!

El moreno Proshka prestaba atención, e incluso abrió la boca como ante el escaparate de una tienda, sin expresar su opinión.

—¡Venga, venga! —le animó Yefrem.

Diomka apartó el libro a un lado y meditó en la pregunta. Él había traído a la sala el libro que tenía Yefrem, pero no lo leyó porque no respondía en absoluto a sus inquietudes, del mismo modo que el interlocutor sordo no contesta exactamente a la pregunta. Era atemperante y confuso, y lo que se requería eran consejos para actuar. Por eso no había leído el relato «¿Qué necesitan los hombres para vivir?», y no aguardaba la misma respuesta que Yefrem. Preparaba la suya propia.

—¡Vamos, chaval! —le animó Yefrem.

—Pues, según mi manera de ver las cosas —dijo Diomka, lentamente, como un maestro ante la pizarra, para no equivocarse y meditando entre palabra y palabra—, en primer lugar, el aire, después el agua y luego el alimento.

Así habría respondido Yefrem si se lo hubieran preguntado en otros tiempos, con la única diferencia de que habría agregado: «y el alcohol». Pero el libro no se refería a eso, ni mucho menos.

Chasqueó los labios.

—¿Quién más?

Proshka se decidió:

—Una especialidad profesional.

Eso era cierto, y así lo creyó siempre Yefrem.

Sibgátov suspiró y dijo con timidez:

—La patria.

—¿Cómo? —se asombró Yefrem.

—Sí, los lugares natales… Vivir donde se ha nacido.

—¡Bah! Eso no es imprescindible. Yo me ausenté de las orillas del Kama siendo muy joven y me importa un bledo si el río sigue allí o no. ¿Qué diferencia hay entre un río y otro?

—En el país natal —insistió quedamente Sibgátov— no le atacan a uno ni las enfermedades. En la tierra donde se ha nacido todo es más fácil.

—De acuerdo. ¿Alguien más?

—¡A ver! ¡A ver! —intervino Rusánov, reanimado—. ¿Qué pregunta es esa?

Yefrem, quejándose, volvió su cuerpo a la izquierda. En la hilera de las ventanas los lechos estaban vacíos; sólo Rusánov ocupaba el suyo. Roía el muslo de pollo sosteniéndolo por los extremos con ambas manos.

Se hallaban el uno frente al otro, como si el propio diablo lo hubiera dispuesto maliciosamente. Yefrem achicó los ojos:

—Esta, profesor: ¿qué necesitan los hombres para vivir?

Pável Nikoláyevich no halló complicación a la pregunta, y sin abandonar el pollo, habló:

—A ese respecto no puede haber ningún género de dudas. Recuérdenlo. Los hombres viven de una ideología y del bienestar de toda la sociedad.

Y dio un mordisco al más blando cartílago de la articulación del muslo, en cuyo hueso ya no quedaba más que la áspera piel de la pata y los colgantes tendones. Puso los restos en un papel que tenía encima de la mesilla.

Yefrem no le replicó. Estaba contrariado porque aquel enclenque había salido del paso con maña. Allí donde aparezca ideología, cierra la boca.

Abrió el libro y de nuevo se concentró. Sentía un interés particular por saber cuál sería la respuesta correcta.

—¿A qué se refiere el libro? ¿Qué escriben en él? —preguntó Sibgátov, interrumpiendo el juego de damas.

—Verás… —y Poddúyev leyó las primeras líneas—. «Vivía un zapatero, con su mujer y sus hijos, en casa de un campesino. No poseía casa ni tierras propias…».

Tenía dificultad para leer en voz alta y la lectura se prolongaría. Recostado en las almohadas, empezó a glosar el cuento a Sibgátov con sus propias palabras, procurando de nuevo captar su sentido.

—En resumidas cuentas, el zapatero se daba a la bebida. Una vez que iba achispado recogió en la calle a Mijailo, que estaba medio helado. Su mujer le reprendió: «¿Para qué traes otro parásito?». Pero Mijailo tomó el trabajo de aprendiz con ahínco y pronto remendó mejor que el zapatero. Un día de invierno llegó un señor con un cuero costoso, ordenando la confección de un par de sólidas botas que no se torcieran, ni se deformaran, ni se descosieran. Amenazó al zapatero con que, si estropeaba la piel, le arrancaría la suya. Mijailo, mientras tanto, sonreía de modo extraño, como si más allá del amo, en el rincón, viera algo. Tan pronto como el señor se hubo ido, Mijailo se puso a cortar el cuero y lo echó a perder: ya no saldría de él el par de botas con vira, sino algo parecido a unas zapatillas. El zapatero se mesó los cabellos desesperado. «¿Qué has hecho?», le decía. «Es como si me hubieras acuchillado a mí». Y Mijailo le respondió: «El hombre hace previsiones para un año, sin saber que no llegará con vida al anochecer». En efecto, en el camino de vuelta el

hombre que le había hecho el encargo estiró la pata. Su mujer envió a un chico con el siguiente recado al zapatero: «Ya no es preciso que haga las botas, sino urgentemente unas zapatillas. Para un cadáver».

—¿Qué disparate es ese? —profirió Rusánov, recalcando las palabras con indignación—. ¿Es que no pueden cambiar de disco? ¡Vaya una moralidad! ¡Hiede a un kilómetro de distancia y es ajena a nosotros! ¿Explica ahí lo que necesitan los hombres para vivir?

Yefrem interrumpió su narración y dirigió sus tumefactos ojos al calvo. Le enfurecía que casi hubiera acertado. En el libro estaba escrito que los hombres necesitaban no sólo preocuparse de sí mismos, sino amar también a sus semejantes. Y el enclenque había dicho: «El bienestar de toda la sociedad».

Tenían cierta analogía.

—¿Para vivir? —le costaba trabajo pronunciarlo en viva voz; se le antojaba algo indecoroso—. Al parecer, el amor…

—¿¡*El amor*!?… —remedó burlón el de los lentes de oro—. No, eso no concuerda con nuestra moral. Pero, dime, ¿quién ha escrito eso?

—¿Qué dice? —gruñó Poddúyev. Le estaban distrayendo del asunto esencial.

—Que quién ha escrito todo eso, quién es el autor. Míralo ahí, en la parte superior de la primera página.

¿Qué pensaba encontrar en el apellido? ¿Qué relación podía tener con lo que les importaba, con sus enfermedades, con sus vidas o con sus muertes? Yefrem no acostumbraba a leer en los libros el apellido del autor, y si por casualidad lo hacía, olvidábalo al instante.

Volvió, sin embargo, a la primera página y leyó en voz alta:

—Tols… tói.

—¡No puede ser! —protestó Rusánov—. Recuerden que Tolstói sólo escribió cosas optimistas y patrióticas[4], pues en caso contrario no las habrían publicado. *Pan*, *Pedro el Grande*. ¡Y sepan, además, que ha sido tres veces laureado con el Premio Stalin!

—¡No se trata de ese Tolstói! —aclaró Diomka desde el rincón—. Se refería a Lev Tolstói.

—¡Ah! ¿No era a aquel? —pronunció lentamente Rusánov, aliviado en parte y en parte también con afectación—. ¡Se trata del otro…! ¿Del «espejo de la revolución» y del de «las croquetas de arroz»?…[5] Un tarabilla, eso es lo que era vuestro Tolstói. No alcanzó a comprender muchas, muchísimas cosas. ¡Y al mal, jovencito, hay que hacerle frente, hay que luchar contra él!

—Eso mismo pienso yo —respondió Diomka con vaguedad.

9

Yevguenia Ustínovna, la decana de los cirujanos, no poseía un solo rasgo de los que son característicos en su profesión, tantas veces descritos: ni la mirada firme, ni esas arrugas en la frente que denotan decisión, ni ese encajamiento férreo de las mandíbulas. Habiendo pasado de los cincuenta, quienes la veían de espalda, con los cabellos recogidos en su gorro de doctor, solían llamarla con un: «Dígame, señorita…». Y cuando se volvía, podían apreciar sus fláccidos párpados inferiores, sus ojos de apariencia edematosa y la constante expresión de cansancio en su rostro. Procuraba atenuarlo con el uso insistente del lápiz de labios, que se aplicaba varias veces al día porque los cigarrillos le borraban el carmín.

Excepto en el quirófano, en la sala de curas o en las salas de los pacientes, en todo momento fumaba. Y cuando estaba en dichos lugares, siempre aprovechaba el momento oportuno para salir corriendo y lanzarse ansiosa sobre un cigarrillo como si deseara tragárselo. A veces, cuando visitaba las salas, se llevaba los dedos índice y medio a los labios con un gesto tal que luego podría dudarse de si había fumado o no en el curso de la visita.

Esta menuda y avejentada mujer practicaba todas las operaciones de la clínica junto con Lev Leonídovich, el cirujano jefe, hombre de elevada estatura y largas manos. Yevguenia Ustínovna amputaba extremidades, colocaba tubos traqueotómicos en la pared de la garganta, abría estómagos, penetraba hasta cualquier recoveco del intestino y entraba sin miramientos en el seno pelviano. Y al final de la jornada de operaciones, como trabajo poco complicado que dominaba con verdadero virtuosismo, extirpaba una o dos glándulas mamarias atacadas de cáncer. No pasaba martes ni viernes en que Yevguenia Ustínovna no cortara pechos femeninos. En cierta ocasión, con el cigarrillo en sus exangües labios, le había dicho a la sanitaria encargada de la limpieza del quirófano que, si amontonaran todos los pechos extirpados por ella, formarían una colina.

Yevguenia Ustínovna fue durante toda su vida únicamente cirujana; fuera de la cirugía no era nadie. A pesar de ello, recordaba y comprendía las palabras del cosaco de Tolstói, Yeroshka, sobre los médicos europeos: «No saben hacer otra cosa que cortar, los muy cretinos. En cambio, allí en las montañas, tenemos doctores de verdad que conocen las hierbas».

«¿Sólo cortar?». ¡No, así no entendía Yevguenia Ustínovna la cirugía! Cuando estudiaba, un cirujano conocido dijo a sus estudiantes desde la cátedra: «La cirugía ha de ser un servicio al enfermo, nunca una crueldad». No debe hacerse daño, se ha de liberar del mal. Un refrán latino dice: «Aligerar el dolor es destino de los dioses».

Con todo, el primer paso contra el dolor, la anestesia, también es dolor.

Ni la radicalidad de la cirugía, ni la audacia, ni la novedad habían sido atractivos para que Yevguenia Ustínovna se decidiera. Al contrario, más bien le habían atraído la gran delicadeza, incluso la ternura y la gran clarividencia interior que se podía poner en práctica. Se consideraba dichosa si, la noche anterior a una operación, a su cerebro medio dormido ascendía, como en ascensor, sin saber de dónde, un nuevo plan de operación, inesperado, más benigno que el anotado en la ficha del enfermo. Con la cabeza despejada, saltaba de la cama y tomaba nota. A la mañana siguiente, en el último momento se arriesgaba a hacer modificaciones y con frecuencia estas operaciones eran las que tenían más éxito.

Si mañana la medicina —bien por mediación de la radioterapia, de la química o de la herbolaria, o bien de la luz, los colores o la telepatía— pudiera salvar a los pacientes sin recurrir al bisturí, y la cirugía estuviera en trance de desaparecer de la práctica humana, Yevguenia Ustínovna no la defendería ni un solo día.

Las mejores operaciones eran aquellas que podían evitarse. Las más beneficiosas para el enfermo, aquellas que había sabido modificar, ahorrar o retardar. ¡Yeroshka tenía razón! Ella no quería perder de ningún modo la búsqueda anterior.

Pero la perdió… Después de treinta y cinco años de trabajo con el bisturí se había habituado al sufrimiento. Se había embrutecido. Se había cansado. Habían desaparecido esas noches en las cuales se le ocurrían cambios de planes. Poco a poco se fue desvaneciendo la singularidad de cada operación y la uniformidad en cadena era ya la norma.

Una de las situaciones más penosas del género humano es que, a la mitad de su vida, las personas no puedan gozar de una tregua lenificante, cambiando bruscamente de ocupación.

Habitualmente Lev Leonídovich y ella visitaban las salas acompañados de un médico practicante o dos. Pero hacía varios días que Lev Leonídovich se había ido a Moscú a un seminario sobre las operaciones del tórax. Por alguna razón, aquel sábado apareció sola en la sala de hombres del piso superior, sin que la acompañara otro médico o una enfermera.

No entró en la sala; se paró silenciosamente en el hueco de la puerta y se recostó en la jamba. Fue un movimiento esencialmente juvenil. Cualquier muchacha adolescente se apoyaría así, sabiendo que ofrecía mejor aspecto que manteniéndose firme, con la espalda estirada, los hombros rectos y la cabeza erecta.

Se mantuvo en esa postura mientras observaba pensativa el juego de Diomka.

Este se sentaba con la pierna enferma tendida a lo largo de la cama y con la sana doblada, utilizándola como mesa. Sobre ella había colocado un libro y sobre el libro había construido algo con cuatro largos lápices que sujetaba con las manos. El chico contemplaba la figura y, al parecer, hubiera seguido mirándola, pero oyó que le llamaban. Levantó la cabeza y juntó los lápices.

—¿Qué construyes, Diomka? —le preguntó Yevguenia Ustínovna con tristeza.

—¡Un teorema! —respondió él con viveza y una voz innecesariamente chillona.

Eso se dijeron, aunque se miraban escrutadores. Evidentemente no era ese el problema que preocupaba a ambos.

—El tiempo pasa y… —aclaró Diomka, más calmado y quedo.

Ella movió la cabeza, comprensiva.

Siguió silenciosa unos instantes en la misma postura, apoyada en la jamba. Y no era, en manera alguna, por adoptar un aire juvenil. Era debido al cansancio que sentía.

—Veamos. Permíteme que te mire.

El siempre razonable Diomka objetó con más ardor del habitual en él:

—¡Ayer me reconoció Liudmila Afanásievna! ¡Dijo que seguiremos con las irradiaciones!

Yevguenia Ustínovna asintió. Había en ella cierta elegancia melancólica.

—Me parece bien. Pero te examinaré de todos modos.

Diomka arrugó el ceño. Apartó la estereometría, se estiró en la cama, dejándole sitio libre, y se descubrió la pierna enferma, hasta la rodilla.

Yevguenia Ustínovna se sentó a su lado. Sin dificultad se arremangó las mangas de la bata y del vestido. Sus finas y ágiles manos se movieron por la pierna de Diomka como dos seres con vida.

—¿Te duele? ¿Te duele? —le repetía únicamente.

—Sí, sí —afirmaba, frunciendo más la frente.

—¿Sientes la pierna durante la noche?

—Sí… Pero Liudmila Afanásievna…

Yevguenia Ustínovna movió comprensivamente la cabeza y le palmeó el hombro.

—Está bien, amigo. Sigue con las radiaciones.

Y se miraron de nuevo a los ojos.

En la sala reinaba un silencio total, se oía cada una de sus palabras.

Yevguenia Ustínovna se levantó y se dio la vuelta. Allí, junto a la estufa, debía estar la cama de Proshka, pero la pasada noche se había mudado al lado de la ventana (aunque existía la superstición de que no era recomendable ocupar el lecho de quien se había marchado para morir). Ahora la cama inmediata a la estufa la ocupaba el menudo y albino Guenrij Federau, hombre de pocas palabras, que no era enteramente nuevo en la sala, pues había estado tres días instalado en la escalera. Se levantó y, con

los brazos a lo largo del cuerpo, miraba cordial y respetuosamente a Yevguenia Ustínovna. Era más bajo que ella.

¡Estaba completamente sano! ¡Nada le dolía! Si había regresado a la clínica oncológica no era porque se quejara de nada, pues quedó sano después de la primera operación. Volvía porque era puntual, porque en el certificado que le dieron decía: «Acudir a control el 1 de febrero de 1955». Y desde muy lejos, por caminos intrincados y efectuando transbordos, se había presentado, no el 31 de enero ni el 2 de febrero, sino con exactitud análoga a la de la Luna cuando llega a los eclipses anunciados.

No sabía por qué motivo le habían internado.

Confiaba plenamente en que hoy le dejarían irse.

Apareció la alta y enjuta Maria, de ojos apagados. Traía una toalla. Yevguenia Ustínovna se restregó las manos, alzó los brazos, que seguían desnudos hasta el codo, y, en medio del silencio absoluto de la sala, practicó con los dedos un masaje giratorio en el cuello de Federau. Seguidamente le pidió que se desabrochara, repitiendo la misma operación en las cavidades claviculares y en las axilas. Por último dijo:

—Magnífico, Federau, todo va bien.

Su rostro se iluminó como el de un homenajeado.

—Todo va perfectamente —repitió afectuosa, mientras volvía a palparle bajo el maxilar—. Le practicaremos una pequeña operación, y eso será todo.

—¿Cómo? —a Federau se le cayó el alma a los pies—. ¿Para qué, si me siento perfectamente, Yevguenia Ustínovna?

—Para que se encuentre aún mejor —le respondió con una leve sonrisa.

—¿Aquí? —preguntó, señalando el cuello, de un extremo al otro, con un movimiento tajante de la mano.

La expresión de su afable rostro se tomó suplicante. Su cabello, disperso, era de un color pálidamente blanquecino.

—Sí, ahí. No se inquiete. Su enfermedad no está descuidada. Le prepararemos para el próximo martes, ¿eh? —Maria tomó nota—. Y hacia finales de febrero podrá irse a casa para no volver más por aquí.

—¿Tendré que venir de nuevo a «control»? —Federau intentó una sonrisa sin conseguirlo.

—Únicamente a control —y fue ella la que le sonrió como disculpándose.

¿Con qué otra cosa podía infundirle valor, si no era con su cansada sonrisa?

Le dejó allí, de pie; luego Federau se sentó a reflexionar mientras ella proseguía la visita a la sala. Al pasar ante Ajmadzhán le sonrió ligeramente. Hacía tres semanas que le había operado en la ingle. Se detuvo junto a Yefrem.

Él la aguardaba y había retirado a un lado el librito azul. Con su voluminosa

cabeza, con su cuello vendado y desmesuradamente abultado, sus anchos hombros y las rodillas encogidas, se hallaba semisentado en la cama como un quimérico títere. La miró de reojo, dispuesto a recibir el golpe.

Ella se acodó en el respaldo de la cama, con dos dedos en los labios, como si fumara.

—¿Cómo van esos ánimos, Poddúyev?

¡Tan sólo para hablar del estado de ánimo! Con echar una parrafada y largarse, ella cumplía su cometido.

—Estoy harto de que me rajen —manifestó Yefrem.

Ella enarcó las cejas, como sorprendida de que las cisuras pudieran hartar.

No le respondió.

Y él ya había dicho lo suficiente.

Permanecieron callados, como en una desavenencia. Como antes de la separación.

—¿Y seguramente en el mismo sitio? —No lo preguntó; Yefrem más bien hablaba consigo mismo.

(Él deseaba expresar: «¿Qué clase de operación me hizo antes? ¿En qué estaba pensando?». Pero él, que nunca tuvo miramientos con sus jefes, que todo lo lanzaba a la cara, respetó, sin embargo, a Yevguenia Ustínovna. Que ella misma adivinara sus pensamientos).

—Al ladito —precisó.

«¿De qué serviría decirte, desdichado, que el cáncer en la lengua no es lo mismo que el cáncer en el labio inferior? Tratas de preservar los nervios submaxilares y súbitamente te encuentras con que están afectados los profundos conductos linfáticos, en los que antes fue imposible intervenir».

Yefrem dio un gruñido, como si no tuviera fuerzas para estirarse.

—No quiero, no quiero nada.

Ella no intentó persuadirle.

—No deseo que me operen. Ya no tengo ningún deseo.

Ella seguía mirándole en silencio.

—¡Deme el alta!

Contemplaba sus pardos ojos que, después de tantas angustias, habían rebasado los límites del temor. Y pensaba: «¿Para qué? ¿Para qué atormentarle si el bisturí no puede anticiparse a las metástasis?».

—El lunes le levantaremos el vendaje y le reconoceremos. ¿De acuerdo, Poddúyev?

(Él reclamaba el alta, pero con qué anhelo esperaba que ella le dijera: «¿Te has vuelto loco, Poddúyev? ¿Qué disparate es ese del alta? ¡Te curaremos y conseguiremos sanarte!…». Pero ella no se había opuesto, y eso significaba que era hombre muerto).

Con un movimiento del torso entero, asintió, pues estaba incapacitado para mover sólo la cabeza.

La doctora se dirigió a continuación a la cama de Proshka. Este se levantó a su encuentro y le dedicó una sonrisa. Sin mostrar intención de examinarle, le preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente —y Proshka amplió su sonrisa—. Estas tabletas me han aliviado bastante.

Y le indicó un frasquito con polivitaminas. ¡No sabía qué hacer para tranquilizarla, para persuadirla, con tal de que no se le ocurriera la idea de operarle!

Con un gesto dio su aprobación a las tabletas y tendió la mano hacia la parte izquierda de su pecho.

—¿Siente dolores aquí?

—Sí, como un pinchazo.

Ella volvió a asentir y le anunció:

—Hoy le daremos el alta.

La alegría invadió a Proshka. Sus cejas parecieron escalar una montaña.

—¿Qué dice? Entonces, ¿no me operará?

La doctora negó con la cabeza, sonriendo débilmente.

En el curso de una semana le habían auscultado a conciencia, le habían conducido cuatro veces a rayos X, observándole en diversas posturas —sentado, tumbado, de pie — y unos ancianos con batas blancas le habían reconocido, y ya esperaba padecer una enfermedad grave cuando, de repente, ¡le dejaban marcharse sin operarle!

—Entonces, ¿estoy sano?

—No del todo.

—Estas tabletas son muy efectivas, ¿verdad? —Sus negros ojos brillaban con gratitud y comprensión. Le era grato saber que el satisfactorio desenlace también le causaba alegría a ella.

—Podrá adquirirlas en las farmacias. Le voy a recetar algo más que también debe tomar —se volvió a la enfermera y dijo—: Acido ascórbico.

Maria abatió gravemente la cabeza y tomó nota en el cuaderno.

—Tome una tres veces al día, ni una más. ¡Es importante! —sugirió Yevguenia Ustínovna. (La sugerencia era más importante que la misma medicina)—. ¡Tendrá usted que cuidarse! No deberá caminar deprisa ni levantar cosas pesadas. Si se agacha, hágalo con precaución.

Proshka se echó a reír, satisfecho de que ella no lo comprendiera todo en la vida.

—¿Que no levante pesos? Soy tractorista.

—De momento, no trabajará.

—¿Qué dice? ¿Seguiré con la baja de enfermo?

—No. Le facilitaremos un certificado y le concederán la invalidez.

—¿La invalidez? —Proshka la miraba incrédulo—. ¿Para qué la quiero? ¿De qué viviré? Soy joven y deseo trabajar.

Y le mostró los recios y toscos dedos de sus manos, que estaban reclamando el trabajo.

Pero no convenció a Yevguenia Ustínovna.

—Dentro de media hora baje a la sala de curas. Tendrá preparado el certificado y se lo explicaré todo.

Abandonó la sala. Maria, tiesa y flaca, salió tras ella.

Bruscamente resonaron en la habitación varias voces. Proshka opinaba que maldita la falta que le hacía el certificado de invalidez, que lo consultaría con sus compañeros; los otros pacientes comentaban el caso de Federau. Para todos era sorprendente que hubiera que practicar una operación en un cuello tan impecable, blanco y erguido, sin achaque alguno.

Poddúyev, con ayuda de las manos, dio la vuelta en la cama a su tronco y a sus piernas dobladas, dando la sensación de que cambiaba de postura un cuerpo sin piernas, y rojo de indignación, gritó:

—¡No lo consientas, Guenrij! ¡No seas tonto, empiezan a cortar y acaban degollándote, como me ha pasado a mí!

Incluso Ajmadzhán emitió su opinión:

—Debes operarte, Federau. Ellos no lo recomiendan sin razón.

—¿Por qué han de intervenir si no siente dolores? —se indignó Diomka.

—¿Qué dices, hermanito? —intervino Kostoglótov con su voz de bajo—. Tendrían que estar locos para operar un cuello sano.

Rusánov contraía el rostro ante aquellos gritos, pero no censuró a nadie. Ayer, después de la inyección, se había encontrado de excelente buen humor, porque la había soportado relativamente bien. Pero en la noche pasada y en la mañana de hoy el tumor bajo la mandíbula continuó impidiéndole la movilidad de la cabeza igual que antes, y se sentía profundamente desgraciado porque su volumen no disminuía.

Cierto es que la doctora Gángart fue a verle. Ella le preguntó con todo detalle sobre las variaciones que durante la noche pasada y el día de hoy experimentó su estado y acerca de su grado de debilidad. Le había explicado que el tumor no tenía necesariamente que retroceder a la primera inyección, y que era normal que no cediera. Logró tranquilizarle hasta cierto punto. Él estuvo observando el rostro de Gángart. Era el de una persona inteligente. Al fin y al cabo, los médicos de aquella clínica no eran de los peores; tenían experiencia. Lo único que hacía falta era saber mostrarse exigente con ellos.

La tranquilidad le duró poco. La doctora Gángart se retiró y, en el submaxilar, el tumor saltaba a la vista y le oprimía; los otros pacientes seguían con su tema y a aquel hombre le habían propuesto la operación en el cuello totalmente sano. Sin embargo, a

Rusánov, con este enorme bulto, ni le operaban ni se lo proponían. ¿Tan grave era su estado?

Al entrar anteayer en la sala, Pável Nikoláyevich no imaginó que se sentiría tan rápidamente ligado a aquella gente.

Porque se trataba del cuello. Tres de ellos sufrían de cáncer en el mismo sitio. Guenrij Yakóbovich estaba verdaderamente desmoralizado. Escuchaba cuantos consejos le brindaban y sonreía perplejo. Todos parecían muy seguros de lo que debía hacer. Él era el único que veía su situación con vaguedad. (Así como ellos apreciaban confusamente la propia). Operarse era peligroso, pero, si no se operaba, el peligro persistía; ya se había interesado y había oído lo suficiente la vez anterior que estuvo en la clínica, cuando le curaron con rayos el labio inferior, como ahora a Yeguenberdíev. Desde entonces, la costra del labio, después de hincharse, se le había secado y desprendido. Para él estaba claro el motivo por el que querían operarle: para impedir que el cáncer progresara.

Sin embargo, a Poddúyev le habían operado dos veces, ¿y qué había adelantado? …

¿Y si el cáncer no iba a propagarse? ¿Y si ya no existía?

Por si acaso, tendría que consultarlo con su esposa y, sobre todo, con su hija Henrietta, la más culta y resuelta de la familia. Pero ocupaba una cama y la clínica no estaría dispuesta a aguardar la contestación a su carta (y menos aún teniendo en cuenta que desde la estación hasta su domicilio, en la profundidad de la estepa, el correo llevaba la correspondencia sólo dos veces por semana, y eso si los caminos estaban transitables). Conseguir el alta en la clínica, y desplazarse a su casa para decidirlo ofrecía más dificultades de lo que se figuraban los médicos y los pacientes que tan a la ligera se lo aconsejaban. Para ello tendría que anular su permiso de viaje en la comandancia de la ciudad (permiso que acababa de obtener tras no pocos esfuerzos), darse de baja en el registro de residencia temporal y ponerse en camino. Primero viajaría con un abrigo ligero y con zapatos, y así iría en tren hasta una pequeña estación; allí tendría que vestirse la zamarra y calzarse las botas de fieltro (que dejó depositadas en casa de unos amables desconocidos), porque en aquellos lugares el tiempo era muy distinto, aún soplaban feroces vientos e imperaba el invierno. Después, entre sacudidas y traqueteos, tendría que recorrer 150 kilómetros en algún camión, posiblemente en la caja, no en la cabina, hasta llegar a su Estación de Máquinas y Tractores. Una vez en casa, tendría que escribir sin pérdida de tiempo una instancia a la comandancia del distrito y aguardar dos, tres o cuatro semanas la licencia para ausentarse de nuevo; en cuanto la consiguiera, volvería a pedir otro permiso en el trabajo. A todo esto, estaría encima la época del deshielo, que haría intransitables los caminos para los coches. Al llegar a la pequeña estación, en la que cada veinticuatro horas paraban un minuto los dos trenes que circulaban, tendría que

ir desesperadamente de jefe en jefe de vagón hasta dar con el que le autorizara a subir. Y, ya de regreso a la ciudad, tendría que presentarse de nuevo en la comandancia para inscribirse en el registro temporal y, después, esperar varios días de turno hasta conseguir una cama en la clínica.

Mientras tanto, en la sala discutían el caso de Proshka. ¡Para que luego crea uno en señales de mal agüero! ¡Y eso que se había acostado en una cama de mala suerte! Todos le felicitaban, aconsejándole que aceptara el certificado de invalidez, puesto que se lo concedían. «Si te lo dan, ¡cógelo!», «¡Será porque lo necesitas!», «Ahora te lo dan, pero ya te lo quitarán después». Proshka insistía en sus deseos de trabajar. «¡Ya tendrás tiempo de trabajar, tonto, que la vida es larga!».

Y Proshka se fue en busca de los papeles. En la sala se hizo el silencio.

Yefrem volvió a abrir su libro, pero recorría las líneas sin entender lo que decían. Pronto se dio cuenta de ello.

No las comprendía porque estaba agitado, preocupado, y no dejaba de mirar lo que ocurría en la sala y en el pasillo. Para que las entendiera, hubiera sido preciso recordarle que ya no le quedaba tiempo para nada, que él ya nada podía modificar, ni convencer a nadie; que tenía los días contados para intentar comprenderse a sí mismo.

Y solamente entonces serían inteligibles para él las líneas de aquel libro; aunque estaban impresas con las usuales letritas negras sobre el blanco papel, su elemental instrucción era insuficiente para descifrarlas.

Cuando Proshka subía alegremente la escalera con sus certificados, se encontró con Kostoglótov en el vestíbulo superior y se los mostró:

—¡Mira!, ¿ves qué sellos tan redonditos?

Uno de los documentos era para la estación. En él se rogaba facilitar billete sin hacer cola a fulano de tal, que acababa de sufrir una operación. (Si no se hacía constar la operación, los pacientes se pasaban noches en la cola de la estación y podían tardar en partir dos o tres días).

En el otro certificado, dirigido a la institución médica del lugar de residencia, se decía: «*Tumor coráis, casus inoperabilis*».

—No lo entiendo —y Proshka ponía su dedo sobre aquellas palabras—. ¿Qué dice aquí?

—Ahora pensaré en ello —Kostoglótov entornó los ojos con expresión disgustada.

Proshka se fue a recoger sus cosas.

Kostoglótov se acodó en la barandilla, y dejó que el pelo de su frente pendiera sobre el vano de la escalera.

No conocía el latín como Dios manda, así como ningún idioma extranjero ni, en general, ninguna ciencia, excepto la topografía militar, aprendida en unos cursillos

para sargentos. Pero, aunque siempre y en todo lugar se burló maliciosamente de la instrucción, sus ojos y sus oídos no dejaban escapar la menor cosa que pudiera ampliar sus conocimientos. En 1938 hizo un curso de geofísica, y entre los años 1946 y 1947, otro, incompleto, de geodesia; entre ambos hubo la guerra, acontecimiento poco favorable para progresar en las ciencias. Kostoglótov siempre tuvo presente el proverbio de su querido abuelo: «Al tonto le gusta enseñar, al inteligente le gusta aprender», e incluso durante su permanencia en el Ejército asimilaba cuanto era de utilidad, y aplicaba el oído a las palabras juiciosas, ya las pronunciara un oficial de un regimiento vecino o un soldado de su pelotón. Cierto que aguzaba el oído de modo que su orgullo no sufriera menoscabo. Escuchaba con los cinco sentidos, pero aparentando que lo que oía le importaba poco. En cambio, cuando trababa conocimiento con alguien, nunca ponía empeño en franquearse ni en darse tono; enseguida indagaba quién era el nuevo conocido, de dónde procedía y qué clase de persona era. Esta táctica le permitió oír y enterarse de muchas cosas. Pero donde pudo instruirse hasta la saciedad fue en los atestados calabozos de la Butyrska, después de la guerra. En dicha prisión se pronunciaban conferencias todas las tardes, a cargo de profesores, de doctores en ciencias o simplemente de expertos; versaban sobre física atómica, arquitectura occidental, genética, poesía o apicultura. Kostoglótov era un asiduo asistente a todas aquellas conferencias. También bajo las literas de la prisión de Krásnaya Presnaya, en los catres de tablas de los vagones de transportes o en los descansos durante los traslados de campo, cuando les sentaban en el suelo, y en las formaciones, en cualquier lugar, procuraba, fiel al proverbio del abuelo, adquirir lo que no había podido obtener en las aulas universitarias.

Lo mismo ocurrió en el campo de concentración. Planteaba infinidad de preguntas al encargado de la estadística de la sección sanitaria, un hombrecillo apocado y entrado en años, que rellenaba papeles constantemente o le mandaban a toda prisa en busca de agua hervida, y que resultó ser profesor de filología clásica y de literatura antigua de la Universidad de Leningrado. Kostoglótov concibió la idea de que le enseñara latín. Para recibir sus lecciones se veían obligados a caminar de un lado a otro del recinto del campo, bajo la helada y desprovistos de lápiz y papel. A veces el profesor se quitaba el guante y con el dedo escribía algo sobre la nieve. (Le daba las lecciones con total desinterés; su recompensa consistía en sentirse un ser humano por corto espacio de tiempo. Por otro lado, Kostoglótov no habría tenido con qué pagarle. Pero estuvo a punto de costarles caro a ambos. El oficial del campo los llamó por separado y les interrogó, sospechando que tramaban la fuga y que lo que dibujaban sobre la nieve era el mapa de los alrededores. No les creyó la historia del latín y las lecciones cesaron).

Kostoglótov recordaba de ellas que *casus* significaba «caso» y que *in* es un prefijo negativo. También sabía lo que quería decir *cor, cordis*, pero sin saberlo no se

necesitaba mucha imaginación para suponer que «cardiograma» proviene de la misma raíz. En cuanto a la palabra «tumor», habíase tropezado con ella en cada página de la *Anatomía patológica*, que le había prestado Zoya.

Así, sin ningún esfuerzo, comprendió el diagnóstico de Proshka: «Tumor en el corazón, caso inoperable».

Y no solamente no admitía operación, sino tampoco ninguna clase de tratamiento, puesto que le habían recetado ácido ascórbico.

Inclinado sobre la escalera, Kostoglótov no meditaba en el latín, sino en el principio que ayer expusiera ante Liudmila Afanásievna: que el paciente debe conocerlo todo.

Pero tal principio sólo era aplicable a personas curtidas como él.

¿Y a Proshka?

Proshka apenas llevaba nada en las manos; no tenía pertenencias. Le acompañaban Sibgátov, Diomka y Ajmadzhán. Los tres caminaban con precaución: uno cuidando de su espalda; el otro, de su pierna, y el tercero iba con muletas. Proshka salía radiante, enseñando sus blancos y brillantes dientes.

De idéntica manera, cuando raramente sucedía, acompañaban en el campo a los que salían en libertad.

¿Y si se les hubiera dicho que, enseguida, a la vuelta del portón, los arrestarían de nuevo?…

—¿Qué es lo que han escrito en el certificado? —preguntó Proshka, despreocupado, al pasar junto a él.

—¡El diablo lo sabrá! —terció Kostoglótov la boca y su cicatriz también se alabeó—. Los médicos se han vuelto muy enigmáticos. ¡No hay manera de entenderlo!

—Bueno, ¡qué se mejoren! ¡Qué se restablezcan todos! ¡Qué regresen pronto a sus casas! ¡Y que encuentren bien a sus mujercitas!

Proshka estrechó la mano de todos y desde la escalera se volvió de nuevo, gozoso, y agitó la mano en señal de despedida.

Y descendió con paso firme.

Hacia la muerte.

10

Ella sólo había palpado con los dedos el tumor de Diomka y, después de palmearle los hombros, siguió adelante. Pero el muchacho presintió en ello algo funesto.

Esa sensación no le embargó de modo súbito. Primero hubo discusiones en la sala sobre el caso de Proshka y después su despedida, más tarde, mientras consideraba si se mudaba a la cama libre, que ahora parecía traer suerte y que estaba junto a la ventana, por lo que disfrutaría de luz para leer, y cerca de Kostoglótov, con el que podía estudiar estereometría, entró un nuevo paciente.

Era un joven de tez bronceada y cabellos como el azabache, pulcramente peinados y algo ondulados. Probablemente pasaba con mucho de los veinte años de edad. Llevaba tres libros bajo el brazo derecho y otros tres bajo el izquierdo.

—¡Se les saluda, amigos! —exclamó desde el umbral.

A Diomka le cayó simpático porque se comportaba con naturalidad y su mirada era sincera.

—¿Cuál es mi sitio?

Miró por alguna razón a las paredes y no a las camas.

—¿Piensa leer mucho? —le preguntó Diomka.

—¡Todo el tiempo!

Diomka reflexionó un instante.

—¿Para estudiar algo o para pasar el rato?

—Para estudiar.

—Está bien. Instálese cerca de la ventana. Ahora le arreglarán la cama. ¿De qué tratan sus libros?

—De geología, amiguito —respondió el nuevo.

Diomka había podido leer uno de los títulos: *Prospecciones geoquímicas de los yacimientos minerales*.

—Bueno, sitúese al lado de la ventana. ¿Dónde tiene el mal?

—En la pierna.

—Lo mismo que yo.

Sí, el recién llegado movía con cuidado una de sus piernas, aunque, en conjunto, poseía una figura de bailarín sobre pista de hielo.

Le prepararon la cama al nuevo y este, como si la razón de su llegada al hospital fuera esa, se enfrascó en la lectura de un libro, tras colocar los otros cinco en el saliente de la ventana. Estuvo leyendo una hora sin hacer ninguna pregunta y sin hablar con nadie, hasta que le llamaron al departamento de los médicos.

También Diomka intentó leer. Empezó por la estereometría, construyendo figuras con los lápices. Pero los teoremas no entraban en su cabeza; y los diagramas —segmentos de rectas cortando irregularmente un plano— le sugerían siempre lo mismo.

Entonces cogió otro libro de lectura más fácil, *El agua viva*, que había conseguido el Premio Stalin. Se editaban tantos libros que nadie podía leerlos todos, y daba igual leer uno que otro: al terminar, el lector pensaba que hubiera podido ahorrarse el esfuerzo. Diomka se había propuesto leer los que habían obtenido el Premio Stalin. Como galardonaban unos cuarenta cada año, tampoco tenía tiempo para tantos. Se le formaba en la cabeza un embrollo de títulos y conceptos. Por ejemplo, acababa de aprender que el análisis objetivo de los fenómenos significa verlos como realmente son en la vida, y al mismo tiempo leía una crítica que acusaba a una escritora de «situarse en el terreno movedizo del objetivismo». En aquel momento leía *El agua viva* y no podía discernir si el libro era mediocre o si eso le parecía por causa de su estado de ánimo.

Cada vez se sentía más abrumado por el agotamiento y la melancolía. ¿Deseaba realmente pedir consejo a alguien? ¿O lamentarse? ¿O humana y simplemente comentarlo para que le compadecieran un poco?

Había leído y oído que la compasión es un sentimiento humillante para quien la siente y humillante el compadecido.

No obstante, quería que le compadecieran.

Allí, en la sala, era interesante charlar y escuchar lo que decían. Pero en ese instante no tenía el ánimo propicio para abordar esos temas ni para mantener ese tono. Y entre hombres se debía uno comportar como un hombre.

En la clínica había muchas mujeres, muchas. Pero Diomka no se habría atrevido a traspasar el umbral de su amplia y ruidosa sala. Si las allí reunidas hubieran sido mujeres sanas, habría sido divertido lanzar de pasada una mirada casual y divisar algo. Pero ante aquel nidal de mujeres enfermas siempre desviaba la vista, temeroso de lo que pudiera ver. Su enfermedad era un telón prohibitivo mucho más potente que la mera timidez. Algunas de esas mujeres, con las que Diomka se había tropezado en las escaleras o en el vestíbulo, estaban tan abatidas y abrumadas que no se preocupaban ni de ajustarse las batas; más de una vez tuvo ocasión de verles los camisones por el escote o más abajo del cinturón. Tales hechos, sin embargo, le afligían.

Por eso siempre bajaba la vista ante ellas. Por otro lado, en la clínica no era fácil

hacer amistades.

Solamente la tía Stiofa, en cuanto le vio, empezó a interrogarle y se hicieron amigos. Ella ya era madre y abuela, y presentaba los rasgos comunes de las abuelas: las arrugas y la sonrisa indulgente para las debilidades humanas. Con todo, tenía una voz masculina. Solían situarse en la parte alta de la escalera y charlaban largo y tendido. Jamás nadie escuchó a Diomka con tal simpatía, como si para ella no existiera un ser más allegado. A él le gustaba contarle cosas de su vida y le confió algo relativo a su madre que a nadie más habría revelado.

Diomka tenía dos años cuando su padre cayó en el frente. Más tarde tuvo un padrastro, nada afectuoso pero justo, con el que hubiera podido convivir. Pero su madre (ante Stiofa no pronunció la palabra, pero ya hacía tiempo que estaba firmemente convencido de ello) se prostituyó. El padrastro la abandonó, con sobrada razón. A partir de entonces, su madre conducía a los hombres a la única habitación que tenían. Invariablemente, empezaban por la bebida, a la que también Diomka solía ser invitado, aunque nunca aceptaba. Los hombres se quedaban con ella hasta medianoche y algunos hasta el día siguiente. Aquel cuarto no tenía un rincón aislado ni tampoco oscuridad, porque lo iluminaban los faroles de la calle. Esta situación le resultaba tan odiosa que lo que para sus compañeros era excitante a él se le antojaba un repugnante bodrio de marranos.

Así vivió mientras estudiaba el quinto y el sexto curso. Cuando iba por el séptimo se fue a vivir con el viejo conserje de la escuela. La escuela le proporcionaba dos comidas diarias. Su madre no intentó que regresara a casa; por el contrario, respiró tranquila y satisfecha.

Diomka no podía hablar con calma de los defectos de su madre. La tía Stiofa le escuchaba, movía la cabeza y deducía extrañamente:

—¡En el mundo vive toda clase de gente! ¡Y el mundo es uno para todos!

El año pasado Diomka se había trasladado a la barriada de la fábrica, donde había una escuela nocturna y donde le proporcionaron una plaza en el alojamiento colectivo. Empezó a trabajar como aprendiz de tornero y pronto se convirtió en operario de segunda categoría. No hacía muchos progresos en el trabajo; pero, a pesar de la vida disoluta de su madre, no se aficionó al vodka ni a la existencia jaranera. Se dedicaba a estudiar. Finalizó satisfactoriamente el octavo curso y un semestre del noveno.

Únicamente se distraía con el fútbol. A veces iba a jugar un partido con otros chicos. Y por esta parca diversión tuvo que castigarle el destino. Alguien, en el tumulto del juego por el balón, le golpeó fortuitamente la pierna con la bota. Diomka no concedió importancia al accidente, cojeó algún tiempo hasta que le desapareció el dolor. Pero en el otoño los dolores volvieron a presentarse y la pierna empeoró. Aun así, transcurrió mucho tiempo antes de que acudiera al médico. Le aplicaron

compresas calientes y se agravó. Fue de un médico a otro, después a los doctores del centro provincial y, finalmente, allí, a la clínica.

—¿Por qué —Diomka preguntaba ahora a la tía Stiofa— tiene que ser tan injusto el destino? A algunas personas les allana el camino a lo largo de toda su vida, cubriéndoselo de alfombras. Pero a otras les ofrece una senda tortuosa. Y luego dicen que la suerte de la persona depende de ella misma. No hay nada que dependa de ella.

—Todo está en las manos de Dios —advirtió la tía Stiofa—. Dios todo lo ve y hay que resignarse, Diomushka.

—Entonces, con más razón. Si todo depende de Dios y si Dios todo lo ve, ¿por qué carga todo sobre una misma persona? Debería repartirlo de alguna manera…

En cuanto a lo de resignarse, nada tenía que argüir. ¿Qué otra cosa podía hacer, sino resignarse?

La tía Stiofa era de esa ciudad; y sus hijas, hijos y nueras la visitaban con frecuencia y le llevaban obsequios. No le duraban mucho, porque invitaba a sus compañeras y a las auxiliares e iba en busca de Diomka a la sala, le hacía salir y le obligaba a aceptar un huevo o una empanada.

Diomka nunca se sintió harto. Jamás había comido lo suficiente. Debido a sus perseverantes y vivas inquietudes por la comida, el hambre que padecía se le figuraba mayor de lo que era en realidad. A pesar de eso, le mortificaba tomar lo que le ofrecía la tía Stiofa; si se quedaba con un huevo, intentaba rechazar la empanada.

—¡Cógela, cógela! —se la ofrecía ella—. Es de carne. Cómetela ahora que aún se puede comer carne.

—¿Es que luego no se podrá?

—¡Claro! ¿Acaso no lo sabes?

—Después de este período en que se puede comer carne, ¿qué viene?

—Las Carnestolendas.

—¡Mejor, tía Stiofa! ¡Es una ventaja el Carnaval!

—A cada cual, lo suyo le parece bien. Pero, mejor o peor, el caso es que está prohibido comer carne.

—¿Se prolongan mucho las Carnestolendas?

—¡Qué va! Sólo una semana.

—Y luego, ¿qué le sigue? —preguntó alegremente Diomka, como si saboreara uno de esos fragantes bollos caseros, que en su hogar no amasaron nunca.

—Hay que ver. ¡Los educan como ateos! No saben nada… Luego viene el Gran Ayuno.

—¿Por qué le llaman el *Gran* Ayuno? Ayuno y, por si fuera poco, grande.

—Pues porque si atiborras la barriga, Diomushka, propendes fuertemente a lo terrenal. No siempre debe estar uno harto, han de existir intervalos.

—¿Para qué se necesitan esos intervalos? —Diomka los padecía de continuo y los

conocía.

—Para gozar de un estado de templanza. ¿No has notado que en ayunas se siente uno más moderado?

—No, tía Stiofa, no lo he advertido.

Desde la primera clase, cuando aún no sabía leer ni escribir, a Diomka le habían enseñado —lo sabía firmemente y lo comprendía con claridad—, que la religión es como el opio, un dogma triplemente reaccionario que sólo beneficia a los estafadores; que en algunos lugares, por culpa de la religión, los trabajadores no han podido aún liberarse de la explotación; que en cuanto se ajustan las cuentas a la religión, las armas vienen a las manos y se abre camino a la libertad.

También la misma tía Stiofa, con su ridículo calendario, con su Dios a cada palabra que pronunciaba, con su serena sonrisa, pese a hallarse en aquella triste clínica, y con su empanada, era una figura completamente reaccionaria.

Sin embargo, el sábado, después de la comida, cuando se fueron los médicos dejando a cada paciente con sus pensamientos, cuando el nuboso día aún brindaba cierta claridad a las salas y en los pasillos y vestíbulos lucían ya las lámparas, Diomka, cojeando un poco, deambulaba por la clínica buscando precisamente a la tía Stiofa, que nada sensato podía aconsejarle, excepto resignación.

Que no se la quiten, que no le corten la pierna. Que no se vea obligado a consentir la amputación.

¿Se la dejaría cortar? ¿O no debía permitirlo?…

Aunque, con aquel martirizante dolor, quizá fuera preferible que se la amputaran.

La tía Stiofa no estaba en los sitios habituales. En cambio, en el pasillo de la planta baja, donde se ensanchaba formando una especie de recibidor que en la clínica utilizaban como sala de estar, aunque la enfermera de guardia tenía allí su escritorio y el armarito de los medicamentos, Diomka vio a una joven, casi una chiquilla, con la ajada bata gris. Pero parecía una estrella de cine: tenía unos inverosímiles cabellos dorados, de los que rara vez se ven, peinados de modo que podían moverse sutilmente. Diomka ya la había divisado fugazmente ayer por primera vez y se quedó pestañeando ante aquel penacho de cabellos. La chica le pareció tan bella que no osó mirarla con detenimiento. Apartó la vista y se alejó. Aunque en la clínica era el más afín a ella por la edad (sin olvidarse de Surján, el de la pierna amputada), consideraba inaccesibles a las muchachas como ella.

Hoy, por la mañana, había vuelto a verla de espaldas. Su porte era tan singular que incluso con la bata de la clínica se la reconocía en el acto. Su cabello oscilaba blandamente.

Casi seguro que Diomka no iba ahora en su busca, porque no se habría decidido a afrontarla para entablar amistad; sabía que se le pegaría la boca como si la tuviera llena de argamasa, y que farfullaría algo incoherente y absurdo. Pero al verla le dio

un vuelco el corazón. Tratando de disimular su cojera, de andar lo más derecho posible, se encaminó a la salita, donde se puso a hojear la colección del *Pravda* local, mutilada por los pacientes para empaquetar cosas y para otros menesteres.

La mitad de la mesa, cubierta con un paño de algodón rojo, la ocupaba un busto bronceado de Stalin, de cabeza más grande y de hombros más amplios que los de cualquier hombre corriente. Junto al busto de Stalin permanecía en pie una auxiliar sanitaria no menos corpulenta y de labios abultados. No esperaba que le metieran prisa, porque era sábado, y en un periódico, sobre la mesa, esparció pipas de girasol, que iba mondando ruidosamente con los dientes, escupiendo las cáscaras en el mismo periódico, sin utilizar las manos. Posiblemente había ido allí por un instante, pero ahora era incapaz de abandonar las pipas.

Desde la pared, el altavoz emitía música de baile entre crujidos. Otros dos pacientes jugaban a las damas, sentados ante otra mesa más pequeña.

La muchacha, como Diomka vio por el rabillo del ojo, estaba sentada junto a la pared, sin hacer nada; simplemente, permanecía sentada muy tiesa, sujetándose al cuello la bata que nunca tenía botones, a no ser que las mismas mujeres los cosieran. Así seguía sentado aquel ángel delicado e intocable de cabellos de oro, al que no podía ni rozar con la mano. Pero ¡qué magnífico sería charlar con ella de cualquier cosa!… Y también de la pierna.

Diomka miraba los periódicos disgustado consigo mismo. De repente cayó en la cuenta de que sobre su frente no tenía pelo, pues para ahorrar tiempo se lo había cortado al rape. Y ahora, ante ella, parecería un pasmarote.

Súbitamente el ángel habló:

—¿Por qué eres tan tímido? Es el segundo día que nos vemos y no te has acercado a mí.

Diomka se estremeció y miró a su alrededor. ¡Sí! ¿A quién más podía dirigirse? ¡Se lo decía a él!

El copete o el penacho de plumas se mecía sobre su cabeza como el cáliz de una flor.

—¿Qué te ocurre? ¿Tanto miedo tienes? Coge una silla, acércala aquí y presentémonos.

—No… No tengo miedo. —Pero en la voz se le interpuso algo que le impidió hablar con tono más elevado.

—Entonces, coge la silla y acércate.

Tomó la silla con una mano, esforzándose doblemente por no cojear, y la situó a su lado junto a la pared. Le tendió la mano:

—Diomka.

—Asia. —Ella depositó su suave palma en la de él, y después la retiró.

Diomka, tomando asiento, pensó que la situación era cómica. Allí estaban,

sentaditos uno al lado del otro, como dos novios. Pero no podía contemplarla bien. Se incorporó y colocó la silla en posición más conveniente.

—¿Cómo estás sentada sin hacer nada? —preguntó Diomka.

—¿Qué quieres que haga? Ya estoy haciendo algo.

—¿Qué?

—Escucho música. Bailo con la imaginación. Tú seguramente no sabes hacerlo.

—¿Con la imaginación?

—¡Con los pies, aunque sea!

Diomka chasqueó los labios negativamente.

—Enseguida me he dado cuenta de que estás verde. Podríamos dar unas vueltas, pero aquí no hay sitio —y Asia miró a su alrededor—. Por otro lado, ¡vaya una música que ponen! Sólo la escuchaba porque el silencio me deprime.

—¿Qué música de baile es la buena? —Diomka conversaba encantado—. ¿El tango?

Asia resopló:

—¡El tango! ¡El tango lo bailaban nuestras abuelas! Ahora el que está de moda es el *rock'n roll*. Aquí todavía no se baila, pero en Moscú sí, y como profesionales.

Diomka no comprendía todas sus palabras, pero le agradaba charlar con ella y poderla mirar cara a cara. Tenía unos ojos extraños, verdosos. Y estos se tienen como son. No se pueden teñir. De todos modos, resultaban atractivos.

—¡Ese baile sí que es bonito! —y Asia chasqueó los dedos—. Aunque no puedo enseñártelo con precisión, porque aún no lo he visto bailar. Y tú, ¿cómo pasas el tiempo? ¿Cantas?

—No, tampoco canto.

—¿Por qué? Nosotros cantamos cuando el silencio nos agobia. ¿Qué haces entonces? ¿Tocas el acordeón?

—No… —respondió Diomka desconcertado. A su lado no valía nada.

¡Y no era cuestión de lanzarle a bocajarro que a él lo que le entusiasmaba eran los problemas sociales!

Asia estaba perpleja. ¡Con qué tipo tan interesante se había topado!

—¿Acaso te dedicas al atletismo? A mí, entre otras cosas, no se me da mal el pentatlón. Tengo metro cuarenta en altura y trece con dos…

—Yo no… —para Diomka era amargo reconocer que al lado de ella era una nulidad. Había personas que sabían crearse una existencia amena. El nunca tendría esa habilidad…—. Juego un poco al fútbol…

Y ya hasta el fútbol estaba vedado para él.

—Pero sí fumarás, ¿no? ¿O beberás? —seguía preguntando Asia, esperanzada—. ¿O sólo bebes cerveza?

—Sí, sólo cerveza… —suspiró Diomka. (Jamás se había llevado a la boca una

jarra de cerveza, pero no podía desprestigiarse por completo).

—¡Oh!… —gimió Asia, como si la golpearan en el hueso innominado—. ¡Qué niños consentidos sois todos! ¡Carecéis absolutamente de espíritu deportivo! En la escuela también los hay así. En septiembre nos trasladaron a una clase de chicos, en la que el director sólo había dejado a los empollones y sobresalientes. A los otros chavales, a los mejores, los metieron en una escuela de chicas.

Ella no pretendía humillarle porque le daba lástima, pero él se ofendió por aquello de «los empollones».

—¿En qué curso estás? —preguntó Diomka.

—En el décimo.

—¿Y os consienten que llevéis esos peinados?

—¡Qué nos van a consentir! ¡Luchan contra ellos! Pero ¡también nosotras luchamos!

Hablaba llanamente, pero aunque se burlara de él, aunque le hubiera arremetido con los puños, se alegraba de charlar con ella.

Acabó la música de baile y el locutor se refirió a la lucha de los pueblos contra los ignominiosos acuerdos de París, peligrosos para Francia, porque la entregaban a merced de Alemania, e intolerables para Alemania, porque la dejaban al arbitrio de Francia.

—¿A qué te dedicas? —indagó Asia.

—Trabajo de tornero —contestó Diomka con displicencia, pero con dignidad.

El torno tampoco impresionó a Asia.

—¿Cuánto ganas?

Diomka estimaba en mucho su sueldo porque era el primer dinero ganado con su propio esfuerzo. Pero no tuvo valor en aquel instante para especificar *la cantidad*.

—¡Poco, claro! —dijo forzadamente.

—¡Cometes una tontería! —declaró Asia rotundamente—. Te hubiera ido mejor dedicándote al deporte. Tienes condiciones.

—Hay que valer para ello…

—¡Valer! Cualquiera puede ser deportista. Lo único que hace falta es entrenamiento. ¡El deporte se paga bien! ¡Además, se viaja de balde, te mantienen con treinta rublos diarios y se frecuentan hoteles! ¡Eso sin contar los premios! ¡Y cuántas ciudades se visitan!

—Y tú, ¿cuáles has visitado?

—Leningrado, Vorónezh…

—¿Te gustó Leningrado?

—¡Qué pregunta! ¡Los almacenes del «Pasazh» y del Gostíny Dvor! ¡Los comercios especializados en medias y en bolsos…!

Diomka no podía imaginarse todo aquello y sintió una punzada de envidia.

Porque era cierto que quizá le hubiera ido mejor, como tan audazmente juzgaba la chica, y que fuera anticuado y provinciano aquello a que se había aferrado él hasta ahora.

La auxiliar sanitaria, como una estatua, seguía en pie ante la mesa, junto a Stalin, escupiendo en el periódico las cáscaras de pipas, sin agacharse.

—Y tú, una deportista, ¿cómo has caído aquí?

No se atrevió a preguntarle directamente dónde tenía el mal. Podría ser embarazoso.

—Sólo he venido tres días a reconocimiento —se volvió Asia, restando importancia al asunto. Con una mano se ajustaba constantemente el cuello de la bata o se lo arreglaba, pues se le abría sin cesar—. ¡Me han dado una bata tan ridícula que me da vergüenza ponérmela! Una semana aquí es suficiente para volver loco a cualquiera… Y tú, ¿por qué has ingresado?

—¿Yo?… —Diomka chasqueó los labios. Quería hablar de su pierna con sensatez y le turbaba abordar el asunto a la ligera—. Por la pierna…

Hasta entonces las palabras «por la pierna» habían sido para él de enorme y amargo significado. Pero ante la frivolidad de Asia empezaba a dudar de la seriedad de su caso. Se refirió a la pierna con el mismo tono con que hablara de su sueldo.

—¿Qué dicen los médicos?

—Pues… Decir no dicen nada, pero quieren amputármela.

Al decirlo, su ensombrecido rostro se enfrentó al luminoso de Asia.

—¡Qué dices! —Asia le palmeó el hombro como a un viejo camarada—. ¿Cómo pueden cortarte la pierna? ¿Se han vuelto locos? ¡Eso es que no quieren curarte! ¡No lo consientas por nada del mundo! Es preferible morirse que vivir sin una pierna. ¿Qué vida puede aguardar a un inválido? ¡La vida se ha hecho para vivirla feliz!

Sí. ¡De nuevo tenía razón! ¿Qué vida sería la suya con muletas? Por ejemplo, sentado a su lado como ahora, ¿dónde habría puesto las muletas? ¿Qué habría hecho con el muñón? Ni siquiera habría podido coger la silla, se la habría tenido que acercar ella. No, sin pierna no podría vivir.

La vida se nos ha concedido para ser felices.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Bastante…… —Diomka reflexionó—. Unas tres semanas.

—¡Qué horror! —Asia movió los hombros—. ¡Qué aburrimiento! ¡Sin radio, sin acordeón! Ya me imagino vuestras charlas en la sala.

De nuevo Diomka no quiso reconocer que se pasaba los días enteros con los libros, que estudiaba. Sus méritos no resistían el rápido soplo de los labios de Asia; ahora le parecían exagerados, inconsistentes.

Sonriéndose de forma burlona (aunque en el fondo no se burlara), Diomka respondió:

—Por ejemplo, discuten acerca de lo que necesitan los hombres para vivir.

—¿Cómo?

—Sí, o para qué viven.

—¡Bah! —Asia tenía respuesta para todo—. En nuestra clase también nos dieron un trabajo de redacción: «¿Para qué vive el hombre?». El plan del ejercicio incluía a los cosechadores de algodón, las ordeñadoras, los héroes de la guerra civil, la hazaña de Pável Korchaguin y nuestra actitud ante ella, la hazaña de Matrósov y nuestra actitud ante ella[6]…

—¿Qué actitud?

—Pues confesar si estaríamos dispuestas o no a repetir lo que ellos realizaron. Era obligatorio. Todos contestamos afirmativamente. ¿Para qué ponemos en evidencia en vísperas de exámenes? Peso Sasha Grómov preguntó: «¿Y si escribo algo inadecuado, porque es eso lo que pienso?».

Y le contestaron: «¡Ya te enseñaré “lo que tú piensas”! ¡Un buen suspenso!». Una de las chicas escribió algo divertido: «Yo aún no sé si amo a mi patria o no». La profesora vociferó: «¡Es una idea muy extraña! ¿Cómo es posible que no la ames?». Y la chica: «Puede que la ame, pero no lo sé. Tendría que comprobarlo». «¡No hay nada que comprobar! ¡El amor a la patria deberías haberlo mamado en los pechos de tu madre! ¡Haz de nuevo el ejercicio para la próxima lección!». A esa profesora la llamamos «Sapo». Jamás sonríe al entrar en clase. Aunque se comprende: es una vieja solterona cuya vida íntima ha sido un fracaso. Ahora se venga en nosotras y siente una antipatía particular hacia las chicas bonitas.

Asia dejó caer como por casualidad dichas palabras, sabiendo con certeza lo que valía una linda cara. Era obvio que aún no había pasado por ninguna etapa de la enfermedad: ni por los dolores, ni los sufrimientos, ni la pérdida del apetito y del sueño; que aún conservaba la lozanía y el color en las mejillas; que allí venía directamente desde los gimnasios y las pistas de baile, para pasar tres días de reconocimiento.

—Tendréis otros profesores mejores, ¿verdad? —preguntó Diomka para que ella no se callara, para que dijera algo y para que él pudiera seguir contemplándola.

—¡Pues no! ¡Son todos unos orondos pavos! Ya sabes lo que es la escuela… ¡No tengo ganas de hablar de ella!

Esta jovial lozanía saltaba sobre Diomka que, allí sentado, le agradecía su parloteo, sintiéndose más expansivo y sereno. No deseaba discutir con ella de nada, sino asentir a cuanto dijera aunque tirase por tierra sus propias convicciones. Y también habría estado de acuerdo con sus opiniones sobre la pierna si el dolor que sentía en ella no le recordara que era una parte de su ser que tendrían que cercenar. ¿Por dónde? ¿Por la parte inferior? ¿Hasta la rodilla? ¿O por el muslo? Este era el motivo de que la pregunta «¿Qué necesitan los hombres para vivir?», constituyera

para él una de las cuestiones fundamentales a dilucidar. Y le preguntó:

—En serio, ¿tú qué piensas? ¿Para qué crees que vive el ser humano?

¡Para aquella chiquilla todo estaba claro! Miró a Diomka con sus verdosos ojos, como si quisiera cerciorarse de que hablaba formalmente, de que no se burlaba de ella.

—¿Para qué? ¡Para el amor, naturalmente!

¡Para el amor! Tolstói también dijo lo mismo: «Para el amor». Pero ¿el sentido era idéntico? La profesora de ella les inculcaba igualmente: «Para el amor». ¿Con qué significado? De todos modos, Diomka acostumbraba a llegar cabalmente al punto exacto de las cosas por la fuerza de su raciocinio.

—Sí, pero… —objetó con cierta rigidez (para él era algo simple, pero enojoso, el expresarlo con palabras)— el amor no lo es todo en la vida. Puede serlo… en determinadas ocasiones. Desde cierta edad hasta cierta edad.

—¿Desde qué edad? ¿Desde qué edad? —le objetó Asia, exaltada, como si la hubiese ofendido—. ¡A la nuestra es cuando resulta más delicioso! ¿Cuándo, entonces? ¿Qué otra cosa existe en la vida aparte del amor?

Con sus cejas levantadas, parecía tan convincente que era imposible rebatirle. Y Diomka no le replicó. Además, quería escuchar, no discutir.

Giró en redondo hacia él, y sin mover un brazo, como si ambos los tuviera extendidos al mundo entero a través de las ruinas de todos los muros, le dijo:

—¡Y el amor siempre es nuestro! ¡Y *hoy* también está a nuestro alcance! Y a quien se le caliente la boca previniéndote que puede ocurrir esto o aquello, no te canses escuchándole. ¡El amor lo es todo!

Se mostraba con él tan franca como si en el curso de cien veladas no hubieran hecho más que charlar, charlar y charlar… Y, al parecer, si no fuera por la presencia de la sanitaria de las pipas, de las enfermeras, de los dos pacientes que jugaban a las damas y de los enfermos que pasaban por el corredor, en aquel preciso instante, allí, en aquel rincón y en la mejor época de sus vidas, habría estado dispuesta a ayudarle a comprender qué necesitan los hombres para vivir.

Diomka se olvidó de su pierna; su pierna, que le dolía constantemente, incluso durante el sueño, dejó de existir para él. Contempló el escote de Asia y se quedó con la boca abierta. Lo que le causaba horrible aversión cuando lo hacía su madre, por vez primera le pareció la cosa más inocente e inmaculada del mundo, capaz de prevalecer sobre cuanto de execrable hay en la faz de la Tierra.

—¿Es que tú todavía no…? —le preguntó Asia en un murmullo, dispuesta a soltar una carcajada de simpatía—. ¿Tan cándido eres que aún no…?

A Diomka se le encendieron las orejas, el rostro y la frente como si le hubieran pillado cometiendo un robo. En veinte minutos la muchacha había dado al traste con cuanto en él se consolidara a lo largo de años. Con la garganta seca, como suplicando

piedad, inquirió:

—¿Y tú…?

Así como bajo su bata sólo había el camisón, el pecho y el corazón, bajo sus palabras tampoco se ocultaba nada ni hallaba razón para ocultárselo.

—¡Bah! Mira. ¡Entre nosotras, la mitad de las chicas!… ¡Una se quedó embarazada en octavo curso! A otra la sorprendieron en una casa donde… por dinero, ¿comprendes? ¡Hasta tenía una cartilla de ahorros! ¿Sabes cómo la descubrieron? Se olvidó la cartilla en la escuela y la profesora la encontró. ¡Creo que cuanto antes, más sugestivo resulta!… ¿Para qué demorarlo? ¡Estamos en la era atómica!

11

De todas maneras, en la tarde del sábado se notaba un imperceptible alivio en las salas del pabellón de cáncer sin que pudiera concretarse el motivo. Era evidente que los pacientes no se libraban de sus enfermedades la víspera del domingo y, menos aún, de sus cavilaciones sobre ellas. Quedaban dispensados de las conversaciones con los médicos y de la mayor parte del tratamiento; probablemente fuera eso lo que contentara a esa eterna y pueril fibra del hombre.

Después de la conversación con Asia, Diomka, apoyando lo menos posible la pierna que le dolía cada vez más, superó la escalera y entró en su sala, donde había mucha animación.

Se habían reunido en ella no sólo los pacientes de la misma y Sibgátov, sino también enfermos de la planta baja, algunos conocidos, como el viejo coreano Ni, que había sido trasladado de la sala de radioterapia (mientras sostenía en su lengua las agujas de radio, le mantenían encerrado como a los valores bancarios), y otros enfermos nuevos. Uno de estos, un ruso de buena presencia, abundante pelo canoso y con la garganta afectada, que sólo le permitía hablar en voz baja, hallábase sentado justamente en el lecho de Diomka. Todos escuchaban, hasta Mursalímov y Yeguenberdíev, que no entendían el ruso.

Kostoglótov hacía uso de la palabra. No estaba sentado en su cama, sino que ocupaba un lugar más elevado, el alféizar de la ventana, lo que ponía de relieve la importancia del momento (con enfermeras severas no habría podido conservar mucho tiempo tal postura; pero estaba de guardia el médico practicante Turgun, joven indulgente que comprendía muy bien que la ciencia médica no se conmocionaría por ello). Con un pie en su cama y con el otro doblado sobre la rodilla, como si fuera una guitarra, balanceándose ligeramente, excitado, dirigiéndose a toda la sala, en voz alta razonaba:

—Existió un filósofo llamado Descartes, que dijo: «¡Pon todo en duda!».

—Pero ¡eso no se refiere a nuestra realidad! —le recordó Rusánov alzando un dedo.

—No, claro que no —admitió Kostoglótov, como asombrado de su objeción—. Únicamente quiero decir que no debemos confiarnos a los médicos como conejillos de Indias. Miren, estoy leyendo este libro —y cogió de encima de la ventana un libro

abierto de gran tamaño—, de Abrikósov y Strukov, la *Anatomía patológica*, que sirve de texto en la facultad de Medicina. En él se dice que la relación entre el desarrollo gradual de los tumores y la actividad del sistema nervioso central es aún poco conocida. ¡Y esa relación es asombrosa! Dice claramente —halló la línea— que «se suelen dar, aunque raramente, casos de *curas espontáneas*». ¿Se dan cuenta de cómo está escrito? ¡No alude a las recuperaciones logradas por el tratamiento, sino a curaciones reales! ¿Qué les parece?

En la sala se inició un movimiento. Como si del libro abierto fuera a salir volando la tangible e irisada mariposa de la cura espontánea y cada uno de ellos ofreciera su frente o sus mejillas para que el lepidóptero los rozara salutíferamente en su vuelo.

—¡Espontáneamente! —exclamó Kostoglótov, dejando el libro y agitando sus extendidos brazos, mientras seguía con los pies en la misma postura, como si sostuviera en ellos una guitarra—. ¡Esto quiere decir que de súbito, por una razón inexplicable, el tumor toma la dirección contraria! ¡Disminuye, se reabsorbe y, finalmente, se esfuma! ¿Qué les parece?

Todos guardaban silencio, con las bocas medio abiertas como ante un cuento de hadas. ¿Qué *su* tumor, ese tumor destructor que había alterado su vida, podía desintegrarse súbitamente, consumirse, secarse, desaparecer?…

Todos callaban, ofreciendo el rostro a la mariposa. Sólo el taciturno Poddúyev hizo crujir la cama y, enarcando el ceño con expresión de desesperanza, rezongó:

—Es de suponer que para eso habrá que tener… la conciencia tranquila.

No todos comprendieron lo que quería decir, si intervenía en la conversación o se refería a algo suyo.

Pero Pável Nikoláyevich, que en aquella ocasión no sólo escuchaba con atención al vecino Roedor, sino también con cierta simpatía, le recriminó:

—¿Qué tiene que ver aquí la conciencia? ¡Debería sentirse avergonzado, camarada Poddúyev!

Mas Kostoglótov captó al vuelo sus palabras.

—¡Has dado certeramente en el clavo, Yefrem! ¡Justo en el clavo! Porque todo puede ser y nosotros no sabemos ni jota. Por ejemplo, después de la guerra leí una cosa muy interesante en una revista… Por lo visto, la persona posee en el encéfalo cierta barrera de sangre cerebral. En tanto las sustancias o microbios mortales no traspasen dicha barrera introduciéndose en el cerebro, el hombre vive. ¿Y de qué depende que se introduzcan o no?…

El joven geólogo, que no había dejado el libro desde que entró en la sala, y que seguía leyendo sentado en la cama junto a la otra ventana cercana a Kostoglótov, levantaba la cabeza de cuando en cuando en el curso de la discusión. Ahora la alzó nuevamente. Escuchaban los pacientes de la sala y escuchaban también los visitantes. Federau, cerca de la estufa, con su cuello limpio y blanco aunque ya sentenciado,

tendido de costado y hecho un ovillo, prestaba atención con la cabeza sobre la almohada.

—… Pues, al parecer, depende de la proporción de sales potásicas y sódicas que existen en dicha barrera. Cuando una de estas dos sales, no recuerdo cuál, prevalece, supongamos ahora que sea la de sodio, no puede filtrarse nada a través de la barrera y el hombre se libra de la contaminación y sigue viviendo. Pero si, por el contrario, predominan las sales potásicas, la barrera deja de ser una salvaguardia y el hombre muere. ¿De qué depende la debida proporción de potasio y sodio? ¡Esto es lo más interesante! ¡Su correlación está en dependencia de la *disposición de ánimo* del individuo! ¿Lo comprenden? O sea, si se trata de una persona animosa, de espíritu firme, en la barrera predomina el sodio y ninguna enfermedad puede conducirle a la muerte. Pero es suficiente que su espíritu decaiga para que inmediatamente prevalezca el potasio y, entonces, ya puede ir encargando el ataúd.

El geólogo atendía con plácida y apreciativa expresión como el estudiante perspicaz que acierta cabalmente el próximo renglón que se ha de escribir en el encerado. Y sancionó:

—Esa es la fisiología del optimismo. La idea es buena, muy buena.

Y volvió a aplicarse a su libro como si no quisiera desaprovechar el tiempo.

Pável Nikoláyevich no tuvo nada que objetar. El Roedor había razonado científicamente.

—Así pues, no me asombraría —prosiguió Kostoglótov— que dentro de cien años descubrieran que nuestro organismo segrega sal de cesio o cualquier otra cuando se tiene limpia la conciencia, y que no la segrega cuando la conciencia remuerde. Y que de dicha sal de cesio dependa el desarrollo de las células del tumor o su reabsorción.

Yefrem suspiró roncamente:

—Yo he sido la perdición de muchas mujeres. Las he abandonado con niños… Lloraban… A mí no me desaparecerá.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —dijo Pável Nikoláyevich fuera de sí—. ¡Esas ideas no son más que prejuicios clericales! ¡Ha leído usted toda clase de basura camarada Poddúyev, y no ha hecho más que desarmarse ideológicamente! ¡Y ahora nos viene con monsergas sobre la perfección moral!…

—¿Por qué pretende usted buscar tres pies al gato al referirse a la perfección moral? —arremetió Kostoglótov—. ¿Por qué le irrita tanto la perfección moral? ¿A quién puede ofender? ¡Sólo a los desalmados!

—¡Usted… me está faltando al respeto! —y los lentes de Pável Nikoláyevich y su montura relucieron en aquel momento con severidad. Mantenía rígida la cabeza como si ningún tumor le presionara en el submaxilar derecho—. ¡Hay asuntos sobre los que se ha establecido una opinión definida, que usted ya no está en condiciones de

discutir!

—¿Puede saberse por qué no puedo? —Kostoglótov clavó sus grandes ojos negros en Rusánov.

—¡Ya está bien! —intervinieron los otros pacientes con intención apaciguadora.

—Escuchad, camaradas —susurró el afónico desde la cama de Diomka—, habían empezado a hablar del hongo del abedul…

Pero ni Rusánov ni Kostoglótov querían ceder. Aunque nada sabía el uno del otro, se miraban con mutua saña.

—¡Si desea dar su opinión, emplee la más elemental corrección! —apabulló a su oponente Pável Nikoláyevich, articulando sílaba por sílaba—. ¡Sobre la perfección moral de Lev Tolstói y compañía escribieron de una vez para siempre Lenin, el camarada Stalin y Gorki!

—¡Perdone! —respondió Kostoglótov conteniéndose con dificultad y alargando la mano con condescendencia—. Pero nadie en el mundo puede aseverar nada *de una vez para siempre*. Porque se estancaría la vida y las generaciones futuras no tendrían nada que decir.

Pável Nikoláyevich quedó confuso. Se le enrojecieron los extremos superiores de sus delicadas orejas blancas y en algunas zonas de sus mejillas brotaron manchas redondas y bermejas.

(No debía replicar ni intervenir en estas polémicas de los sábados. Era preciso *comprobar* qué clase de persona era aquel individuo, su procedencia, su condición y si sus inadmisibles y falsos conceptos eran susceptibles de perniciosa influencia en su lugar de trabajo).

—No digo —se apresuró a aclarar Kostoglótov— que yo sea entendido en ciencias sociales pues no he tenido muchas ocasiones para estudiarlas. Pero con mi corto entendimiento comprendo que Lenin reprochara a Lev Tolstói sus aspiraciones de perfeccionamiento moral, cuando esa perfección moral desviaba a la sociedad de la lucha contra el absolutismo de la revolución en su punto de madurez. ¡Eso es! Pero ¿por qué tapona usted la boca a una persona —y con sus dos recios brazos señaló a Poddúyev— que medita sobre el sentido de la vida hallándose en la línea divisoria entre la vida y la muerte? ¿Por qué le irrita a usted tanto que en esa situación lea a Tolstói? ¿A quién perjudica con ello? ¿O quizás haya que arrojar a Tolstói a la hoguera? ¿O tal vez el Sínodo gubernamental no llevó el asunto hasta el final?[7] (Como no había estudiado ciencias sociales Kostoglótov confundía las palabras *Santo* y *gubernamental*).

Ahora ambas orejas de Pável Nikoláyevich adquirieron un subido tono rojizo. Aquello era ya un ataque directo contra una institución estatal (aunque no pudo discernir contra cuál de ellas concretamente). Además, con un auditorio adventicio, la discusión tomaba un cariz tan grave que era imprescindible cortarla con habilidad.

Después, en la primera oportunidad, habría que *comprobar* quién era Kostoglótov. Por eso, sin promover de momento el asunto al terreno de los principios, Pável Nikoláyevich dijo, señalando a Poddúyev:

—Pues que lea a Ostrovski; le será más provechoso.

Pero Kostoglótov no supo apreciar el procedimiento táctico de Pável Nikoláyevich; ni le escuchó ni le prestó atención y siguió con su tema ante el inexperto auditorio:

—¿Por qué perturbar las meditaciones de la gente? Al fin y al cabo, ¿a qué se reduce nuestra filosofía de la vida?: «¡Oh! ¡Qué bella es la vida!… ¡Te amo vida! ¡La vida nos ha sido donada para ser dichosos!». ¡Qué profundidad de pensamiento! Pero, aparte de nosotros, lo mismo podría decir cualquier animal, la gallina, el gato, el perro.

—¡Por favor! ¡Se lo suplico por favor! —advirtió Pável Nikoláyevich, no inducido ya por su deber cívico, sino como simple individuo—. ¡No hablemos de la muerte! ¡Ni la evoquemos siquiera!

—¡No tiene por qué rogarme nada! —exclamó Kostoglótov con un amplio movimiento de su ancha mano—. Si *aquí* no mencionamos a la muerte, ¿dónde podríamos hacerlo con más motivo? ¿O se supone, acaso, que viviremos eternamente?

—Entonces, ¿qué? —Pável Nikoláyevich gritó—. ¿Sugiere que pensemos y hablemos sin cesar de ella? ¿Para que esa sal potásica predomine en nuestro organismo?

—No, no hay necesidad de hablar incesantemente de ella —contestó Kostoglótov algo más calmado, comprendiendo que caía en contradicción—, aunque sí de vez en cuando. Es conveniente. Porque ¿qué repetimos al hombre a lo largo de toda su vida? «¡Eres un miembro de la colectividad! ¡Eres un miembro de la colectividad!». Y es cierto. Pero eso ocurre mientras está vivo, hasta que llega la hora de la muerte. Y entonces por muy miembro que sea, uno muere solo. Por otra parte, el tumor lo sufre uno, no el conjunto de la colectividad. Y usted, usted mismo —dirigió rudamente el dedo hacia Rusánov— díganos, ¿qué es lo que ahora más teme en el mundo? ¡Morirse! ¿Y qué tema de conversación le causa más pavor? ¡El de la muerte! Y eso, ¿cómo se llama?

Pável Nikoláyevich dejó de prestar atención, pues la conversación había perdido interés para él. Hizo descuidadamente un movimiento que le produjo tal dolor en el cuello que se propagó a la cabeza y le desaparecieron los deseos de dar una lección a aquellos holgazanes y acabar con sus sandeces. Al fin y al cabo, había ido a parar allí accidentalmente y los momentos cruciales de su enfermedad no los pasaría en compañía de los enfermos de esta clínica. Lo más trascendental y terrible era que el tumor no había menguado en absoluto ni se había ablandado con la inyección del día

anterior. Sólo pensar en ello le producía frío en las entrañas. Para el Roedor era fácil especular sobre la muerte: él iba en franca mejoría.

El huésped de Diomka, el hombre corpulento y afónico, con la mano en el cuello para preservarlo del dolor, pretendió intervenir en varias ocasiones con sus argumentos o interrumpir la desagradable disputa, para recordarles que en ese momento ninguno de ellos era sujeto de la historia, al contrario, era su objeto, pero nadie advirtió su susurro. No podía hablar más fuerte, estaba sin fuerzas, colocaba dos dedos en la garganta para atenuar el dolor y facilitar la expulsión de los sonidos. Las enfermedades de la lengua y la laringe y la incapacidad para hacer uso del don de la palabra deprimen de modo particular; el rostro se convierte en la imagen de esa depresión. Intentó detener a los que discutían agitando dilatadamente los brazos; ahora avanzaba por el pasillo.

—¡Camaradas! ¡Camaradas! —exclamó con voz ronca, y los otros sintieron lástima de su garganta—. ¡Dejen de hablar de cosas tan lúgubres! ¡Bastante abatidos estamos ya con nuestras enfermedades! ¡Usted, camarada! —siguió por el pasillito y alargó la mano (con la otra se asía la garganta) en actitud casi implorante, como ante una deidad, en dirección al desgalichado Kostoglótov—. Había empezado a contarnos algo muy interesante sobre el hongo del abedul. ¡Siga, por favor!

—¡Venga, Oleg, cuéntanos lo del hongo! ¿Qué decías al principio? —preguntó Sibgátov.

El bronceado Ni, moviendo la lengua con dificultad porque parte de ella se le había desprendido durante el anterior tratamiento y el resto lo tenía hinchado, le rogaba lo mismo.

Todos se lo pidieron.

Kostoglótov sintió una turbadora ingravidez. A lo largo de todos aquellos años había adquirido la costumbre de mantenerse callado ante los hombres *libres*, con la cabeza inclinada y las manos a la espalda, hábito tan arraigado en él que entró a formar parte de su naturaleza, como la gibosidad de nacimiento. Ni un año de vida en el destierro le hizo desprenderse de él. Cuando paseaba por las avenidas del centro médico, lo más sencillo y simple era caminar con las manos enlazadas a la espalda. Muchos fueron los años en que los enfermos que se relacionaron con él tuvieron prohibido hablarle como a un igual, discutir seriamente con él cualquier asunto como lo harían con otro ser humano y, sobre todo, estrechar su mano y admitir correspondencia suya.

Y en ese momento, otros enfermos, sin sospechar nada, se sentaban frente a él, que los adoctrinaba subido desenvueltamente en la ventana, aguardando que les proporcionara sustento para sus esperanzas. Oleg advertía que ya no experimentaba ningún sentimiento antagónico hacia ellos, como acostumbraba antes, sino que se hermanaba con aquellos seres en el infortunio común.

Había perdido en especial la práctica de disertar en público ante un auditorio numeroso, así como de intervenir en reuniones, conferencias o mítines. Y, de repente, se convertía en orador, lo cual le parecía increíble, como si ocurriera en un divertido sueño. Pero así como el impulso, en patinaje sobre hielo, impide la parada brusca haciéndote volar por los aires, del mismo modo el alborozado ímpetu de su recuperación —imprevista, pero real— le empujó a seguir adelante.

—¡Amigos! Se trata de una historia asombrosa. Me la relató un enfermo que venía a reconocimiento cuando yo aguardaba el ingreso aquí. No teniendo nada que perder, escribí inmediatamente una tarjeta postal con el remite de la clínica. ¡Y hoy mismo ha llegado la respuesta! ¡Han pasado sólo doce días y la respuesta ya está aquí! El doctor Máslennikov me pide disculpas por la tardanza, pues, por lo visto, debe responder aproximadamente unas diez cartas diarias. ¿Qué menos que media hora para escribir una carta como es debido? Dedica, pues, cinco horas cada día para escribir cartas. ¡Sin que le reporte ningún beneficio material!

—¡Al contrario! Se gasta cuatro rublos diarios en sellos —intervino Diomka.

—Sí, cuatro rublos diarios, ¡que al mes suman ciento veinte! Y sin que caiga dentro de sus obligaciones, de su trabajo. Es una acción caritativa. ¿O hay algún otro modo de calificarlo? —y Kostoglótov se volvió hacia Rusánov—. Acto *humanitario*, ¿verdad?

Pável Nikoláyevich, que estaba acabando la lectura del informe presupuestario en el periódico, aparentó no oírle.

—Además, no dispone de personal auxiliar ni de secretarios. Lo hace fuera de sus horas de trabajo. ¡Y no obtiene por ello fama ni renombre! Pues para nosotros, los enfermos, el médico es como el barquero: le necesitamos durante una hora y, luego, si te he visto no me acuerdo.

El enfermo a quien sana no se preocupa de escribirle más. Al final de su carta se lamenta de que los enfermos interrumpen la correspondencia con él, especialmente los que ha logrado aliviar. No le informan de las dosis que han tomado ni de los resultados obtenidos. ¡Y todavía *me ruega* a mí que le escriba con regularidad, cuando estaríamos obligados a postramos a sus pies!

—¡Cuéntanoslo todo ordenadamente, Oleg! —pidió Sibgátov con débil y expectante sonrisa.

¡Cómo ansiaba curarse! ¡Si a pesar del agobiante tratamiento que se prolongaba largos meses, largos años, en el que ya había perdido las esperanzas, sanara súbita y definitivamente! ¡Si su espalda pudiera curarse, enderezarse, y andar él con paso firme, sintiéndose un hombre saludable! «¡Bien venida, Liudmila Afanásievna!». Pero ¡yo ya estoy sano!

Todos anhelaban conocer al médico-prodigio, la medicina desconocida por los doctores de la clínica. Podían admitir o no que creían en ello, pero todos sin

excepción estaban convencidos de que en algún lugar tenía que existir el médico, el herbolario o la vieja curandera que podía salvarlos. Sólo necesitaban saber su dirección, tomar esa medicina y ya estarían salvados.

¡No! ¡No era posible que sus vidas estuvieran condenadas!

Por mucho que nos burlemos de los milagros cuando estamos fuertes y sanos y disfrutamos de prosperidad, en cuanto la vida se resquebraja y se desmorona de tal modo que únicamente un milagro puede salvarla, ¡depositamos nuestra fe en ese mero y exclusivo milagro!

Y Kostoglótov, identificándose con la ansiedad con que sus compañeros escuchaban sus palabras, continuó hablando enardecido, creyendo ahora más en ellas que en la carta cuando la leyó a solas.

—Bien, Sharaf. Comencemos por el principio. El paciente al que me he referido antes me contó que el doctor Máslennikov es un anciano médico del *zemstvo*[8] en el distrito de Alexándrov, cerca de Moscú. Que durante decenas de años, como entonces era costumbre, prestó sus servicios en un mismo hospital. Que observó que, aunque en la literatura médica se prestaba una atención creciente al cáncer, entre sus pacientes, los campesinos, no se daban casos. ¿A qué sería debido?…

(Sí, ¿a qué sería debido? ¿Quién desde la niñez no se ha estremecido ante lo Misterioso, al contacto de ese impenetrable y flexible muro a través del cual, alguna vez, se llega a vislumbrar algo impreciso parecido al hombro o la cadera de alguien? Y que en nuestra vida corriente, sencilla y comedida, en la que no hay lugar para nada misterioso, nos lanza de repente un: «¡Aquí estoy! ¡No te olvides!»).

—… Empezó a investigar, empezó a investigar —repitió Kostoglótov con satisfacción— y descubrió lo siguiente: para economizar el dinero del té, los campesinos de aquel distrito cocían en su lugar la *chaga*, llamada de otro modo «el hongo del abedul»…

—¿La galamperna, la seta que crece bajo los abedules? —le interrumpió Poddúyev.

Incluso a través de la desesperanza, a la que se había resignado y en la que estaba sumido los últimos días, llegó a él la idea luminosa de aquel remedio tan simple y asequible.

Los que le rodeaban eran todas gentes meridionales, y no ya la galamperna, sino ni siquiera abedules habían visto en su vida. Por eso no podían hacerse una idea de lo que les hablaba Kostoglótov.

—No, Yefrem, no es la galamperna. Y no es exactamente el hongo del abedul, sino el cáncer del abedul. Si recuerdas, sabrás que los abedules añosos tienen unas… unas excrecencias, unos tumores deformes, como pequeñas cordilleras, que son negras en la superficie y de color castaño oscuro en el interior.

—¿El hongo yesquero? —se esforzaba Yefrem—. ¿El que en otros tiempos se

utilizaba para encender el fuego?

—Es posible. Pues bien. A Serguéi Nikítich Máslennikov se le ocurrió una idea: ¿No será con esa misma *chaga* con la que a lo largo de los siglos venían curándose el cáncer los campesinos rusos sin ellos saberlo?

—O sea, ¿que lo usan como medio profiláctico? —El joven geólogo movió la cabeza. No le habían dejado leer en toda la tarde, pero la conversación merecía la pena.

—Intuirlo no bastaba, ¿entendéis? Era indispensable comprobarlo a fondo. Durante muchos, muchos años se debía vigilar a las personas que tomaban aquel té de fabricación casera, así como a quiénes no lo tomaban. Además, habría que dárselo a beber a enfermos afectados por algún tumor; ello implicaba asumir la responsabilidad de no tratarlos con otro medicamento. También había que establecer la temperatura exacta a que debía prepararse la infusión, la dosis precisa y si debía hervirse o no; la cantidad que se necesitaría beber, si tendría consecuencias nocivas y en qué tumores actuaba con más efectividad y en cuáles con menos. Para todo esto fueron precisos…

—Sí, ¿y ahora qué? ¿Ahora qué? —se excitó Sibgátov.

Por su parte, Diomka pensaba: «¿Será posible que también cure lo de la pierna? ¿Que pueda salvarla?».

—¿Ahora? Pues contesta a mi carta y me explica el tratamiento que debo seguir.

—¿Tiene usted su dirección? —preguntó anhelante el afónico, que seguía con la mano en la carraspeante garganta y sacó un cuadernillo y la estilográfica del bolsillo de su chaqueta—: ¿Dice también el modo de usarlo? ¿Dice si es eficaz contra los tumores de garganta?

Por mucho que Pável Nikoláyevich quisiera perseverar en su actitud y mortificar a su vecino con su absoluto desdén, no podía desaprovechar la ocasión de enterarse de aquel relato. No logró profundizar más en el significado y en las cifras del proyecto del presupuesto estatal para el año 1955, presentado a la sesión del Soviet Supremo. Apartó el periódico ostensiblemente; y poco a poco fue volviendo la cara hacia el Roedor, sin ocultar la esperanza que abrigaba de que aquel simple remedio popular también le sanara a él. Con voz exenta de hostilidad para no irritar al Roedor, pero que, no obstante, se hacía patente, Pável Nikoláyevich preguntó:

—¿Está oficialmente reconocido ese método? ¿Ha sido aprobado por algún organismo?

Desde su altura en el alféizar de la ventana, Kostoglótov esbozó una leve sonrisa.

—Respecto a eso no sé nada. La carta —y agitó en el aire una pequeña hoja de papel amarillento escrita con tinta verde— se refiere concretamente al modo de machacarlo y de disolverlo. Aunque supongo que si el remedio hubiera sido registrado oficialmente, las enfermeras nos los darían a tomar, y en la escalera habrían colocado una barrica y yo no habría tenido necesidad de escribir a

Alexándrov.

—Alexándrov —escribió el afónico—. ¿A qué apartado de Correos? ¿Y la calle? —se preparaba con presteza.

Ajmadzhán también escuchaba interesado, procurando traducir en voz baja a Mursalímov y a Yeguenberdíev lo más importante. A él, a Ajmadzhán, no le hacía falta aquel hongo del abedul porque se hallaba en vías de recuperación. Pero había algo que no comprendía.

—Si ese hongo es tan eficaz, ¿por qué los médicos no se proveen de él? ¿Por qué no lo incluyen en su recetario?

—Eso es un proceso largo, Ajmadzhán. Unas gentes no creen en él, otras no tienen ningún deseo de aprender de nuevo y ponen obstáculos, y otras también ponen impedimentos porque quieren promover sus propios remedios. Y nosotros no tenemos alternativa.

Kostoglótov había respondido a Rusánov y a Ajmadzhán, pero seguía sin facilitar la dirección al afónico. Desestimó su petición cautelosamente, aparentando no haberle entendido o no haber tenido tiempo para ello. Lo cierto era que no quería dársela, porque en aquel hombre afónico notaba cierta actitud impertinente a pesar de su aspecto respetable. De la cabeza a los pies tenía el porte de un director de banco y habría podido pasar por primer ministro en cualquier pequeño país sudamericano. Oleg sentía lástima por el anciano Máslennikov, que robaba horas al sueño para contestar las cartas de gentes desconocidas, y temía que el afónico le abrumara a preguntas. Por otro lado, era imposible no apiadarse de aquella garganta enronquecida que había perdido su humana sonoridad, a la que apenas concedemos valor cuando la poseemos. Pero, finalmente, Kostoglótov se planteaba si sería capaz de soportar su enfermedad de modo exclusivista, ser fiel a su dolencia. Había leído la *Anatomía patológica*, sonsacando a las doctoras Gángart y Dontsova las aclaraciones pertinentes acerca de cada asunto, y ya tenía la respuesta de Máslennikov. ¿Por qué razón él, tantos años privado de todos sus derechos, debía ahora enseñar a aquellas gentes a zafarse del bloque de piedra que se les había venido encima? Allí donde se formó su idiosincrasia regía esta ley: «Si has hallado algo, no lo divulgues; si has hurtado algo, no lo muestres». Si todos se precipitaban a escribir a Máslennikov, Kostoglótov nunca recibiría contestación a su segunda carta.

No se paró en estas consideraciones. Hizo un giro de su mentón con la cicatriz desde Rusánov hasta Ajmadzhán pasando por el afónico.

—¿Indica cómo prepararlo? —preguntó el geólogo. Tenía ante sí papel y lápiz, como siempre que leía.

—¿Cómo prepararlo? Por favor, tomen los lápices, que se lo voy a dictar —anunció Kostoglótov.

Todos se afanaron, se pidieron unos a otros lápiz y una hoja de papel. Pável

Niloláyevich no tenía una cosa ni otra (aunque había dejado en casa una estilográfica último modelo con la plumilla oculta) y Diomka le prestó un lápiz. También Sibgátov, Federau, Yefrem y Ni quisieron anotarlo. Cuando estuvieron dispuestos, Kostoglótov comenzó a dictarles lentamente la carta, explicándoles además la manera de secar la *chaga* para no privarla por completo de jugo, cómo triturarla, con qué agua hervirla, cómo hacer la infusión, cómo filtrarla y qué cantidad debía tomarse.

Ponían los cinco sentidos al escribir las líneas; unos lo hacían con soltura y otros con torpeza. Algunos le pidieron que repitiera lo que ya había dicho. En la sala se difundió algo cálido y cordial. En ocasiones solían responderse con hostilidad. ¿Podían, en verdad, conducirse de otro modo? Tenían un enemigo común: la muerte. ¿Y qué diferencias pueden guardarse los seres humanos cuando esa muerte se encara con ellos?

Terminaron de escribir. Diomka habló con voz grave y pausada, impropia de su edad:

—Sí…, pero ¿cómo conseguir ese hongo, si aquí no hay abedules?…

Todos soltaron un suspiro. Ante ellos, que habían partido hacía tiempo de Rusia (algunos voluntariamente) o que jamás habían estado en ella, pasó la visión de aquel país sencillo y sobrio, en el que el sol no abrasaba, y lo veían ya bajo esa cortina de ligera y monótona lluvia, ya en la época de crecida de las aguas primaverales y de los atascados caminos de campos y bosques. Todos se imaginaban aquella comarca apacible, donde el simple árbol del bosque presta tantos servicios y tan necesario es para el hombre. Las gentes que habitan en ella no siempre aprecian a su patria; anhelan el mar azul y los plátanos. Pero he ahí lo que en realidad necesitan: la negra y deforme excrecencia que crece sobre el plateado abedul, su enfermedad, su tumor.

Sólo Mursalímov y Yeguenberdíev pensaban que también aquí, en la estepa y en las montañas, tenía que existir obligatoriamente lo que les hacía falta, porque en cada lugar de la tierra estaba previsto lo esencial para el hombre. Sólo había que conocerlo y alcanzarlo.

—Habría que encargar a alguien que lo recogiera y lo enviara —respondió el geólogo a Diomka. Por lo visto, la idea de la *chaga* le atraía.

Sin embargo, Kostoglótov, que era quien lo había descubierto y revelado, no tenía en Rusia a nadie a quien encargar el hongo. Unos ya habían muerto, otros se habían dispersado; a los terceros le era embarazoso dirigirse y los cuartos eran ciudadanos natos, incapaces de distinguir el abedul y menos aún de localizar en él la *chaga*. En aquel instante no podía imaginarse alegría mayor que, como el perro que para salvarse va en busca de una yerba desconocida, irse por unos meses al bosque, arrancar la *chaga*, desmenuzarla, cocerla al fuego de la hoguera, bebería y curarse como lo haría cualquier animal. ¡Vagar por el bosque meses enteros sin más preocupación que la de recobrar la salud!

Pero el camino hacia Rusia estaba prohibido para él.

Y estas otras personas que lo tenían expedito no estaban versadas en la sabiduría de los sacrificios vitales, en el arte de sacudirse de encima todo, menos lo fundamental. Veían obstáculos donde realmente no existían: ¿Cómo conseguir un permiso o la baja en el trabajo para tal exploración? ¿Cómo alterar su género de vida y abandonar a la familia? ¿Dónde conseguir dinero? ¿Cómo vestirse y equiparse para semejante viaje? ¿En qué estación tendrían que apearse y dónde se dirigirían luego para informarse de lo preciso?

Kostoglótov, dando una palmada a la carta, agregó:

—Hace referencia a unos llamados «proveedores», gentes emprendedoras sencillamente, que recogen la *chaga*, la secan y la envían contra reembolso. Pero cobran caro, quince rublos el kilo, y al mes se necesitan seis kilos.

—¿Qué derecho tienen a hacer eso? —se indignó Pável Nikoláyevich. Su rostro adquirió tal expresión de severa autoridad que cualquier «proveedor» se hubiera desalentado—. ¿Qué clase de conciencia es la suya para sablear ese dinero por algo que la naturaleza ofrece gratuitamente?

—¡No grites! —le siseó Yefrem. (Desfiguraba desagradablemente las palabras, bien porque lo hiciera adrede, bien porque su lengua no pudiera articularlas)—. ¿Te crees que no hay más que ir y cogerlo? Hay que andar por el bosque con un saco al hombro y con un hacha. En invierno hay que ir con esquís.

—¡Sí, pero es demasiado quince rublos el kilo! ¡Malditos especuladores! —añadió Rusánov, incapaz de transigir; y nuevamente aparecieron en su rostro las manchas coloradas.

Era enteramente una cuestión de principios. Con los años se había arraigado en Rusánov la firme y decidida convicción de que todos los errores, defectos, imperfecciones e insuficiencias tenían su origen en la especulación, como la venta ambulante de cebolletas y flores por parte de ciertos tipos incontrolados, de leche y huevos en los mercados por algunas mujeres, y de trapos y calcetines de lana y hasta de pescado frito en las estaciones. Eso sin contar con la especulación en gran escala, cuando de los depósitos estatales salían camiones con destino inconfesable. Si se cortaran de raíz ambas especulaciones, todo se arreglaría rápidamente y nuestros éxitos serían aún más sorprendentes. Nada de malo hay en que el hombre consolide su posición material mediante el elevado salario establecido por el Estado o la elevada pensión (Pável Nikoláyevich soñaba con una pensión personal). En tal caso, el automóvil, la casa y la dacha en el campo eran producto de su trabajo. Pero esa misma marca de automóvil y esa misma dacha estereotipada adquirían un carácter completamente distinto, un carácter criminal, si se compraban con dinero ganado en la especulación. Pável Nikoláyevich soñaba, *soñaba*, literalmente dicho, con la introducción de ejecuciones públicas para escarmiento de los especuladores. Esas

ejecuciones públicas sanearían rápida y definitivamente nuestra sociedad.

—Está bien —le respondió Yefrem, enojado—. No grites y vete a organizar tú mismo el aprovisionamiento. Si quieres, con carácter estatal, o, si lo deseas, en forma de cooperativa. Y si te parece caro a quince rublos, no lo encargues.

Rusánov comprendía perfectamente el punto flaco de la cuestión. Odiaba a los especuladores; pero su tumor no podía esperar a que la Academia de Ciencias Médicas aprobara el nuevo medicamento y las cooperativas de las regiones centrales de Rusia organizaran el abastecimiento ininterrumpido.

El nuevo conocido, el afónico, armado de su cuadernillo de notas, cual corresponsal de influyente periódico, casi se había subido a la cama de Kostoglótov e insistía con su ronca voz:

—¿Y la dirección de los proveedores?… ¿No viene en la carta la dirección de los proveedores?

También Pável Nikoláyevich se dispuso a anotarla.

Pero, por alguna razón, Kostoglótov no le respondió ni aclaró si venía o no en la carta. Descendió de la ventana y se puso a buscar sus botas debajo de la cama. A pesar de todas las prohibiciones de la clínica, las había ocultado para usarlas durante sus paseos.

Diomka guardó la receta en la mesilla y sin preocuparse de averiguar más colocó cuidadosamente la pierna a lo largo del lecho. No tenía dinero ni podría conseguir la cantidad necesaria.

El abedul había sido un alivio, pero no para todos.

Rusánov estaba realmente molesto: después de su escaramuza con el Roedor, que no era la primera en tres días, se había interesado muy patentemente por su relato y aún estaba pendiente de la dirección. Ya fuera porque quería congraciarse de algún modo con el Roedor, o tal vez impensadamente, expresando con sinceridad lo que a ambos interesaba, dijo:

—¡Sí! ¿Qué puede haber en el mundo peor… —(¿que el cáncer? Pero ¡si él no tenía cáncer!)— que estas enfermedades… oncológicas…, bueno, que el cáncer?

Kostoglótov no se impresionó por esta muestra de confianza que le daba un hombre de más edad que él, de mejor situación y de mayor experiencia. Enrollándose el pie en el pardo trozo de tela, que terminaba ajustándosele en torno a la pierna, y mientras se embutía la horrible y deteriorada bota de cuero de imitación, con burdos parches en las dobladuras, gruñó:

—¿Peor que el cáncer? ¡La lepra!

Aquella horrible y despiadada palabra de sonido áspero retumbó en la sala como una salva.

Pável Nikoláyevich hizo un gesto condescendiente.

—Depende. ¿Por qué cree que es peor? El proceso de la lepra es más lento.

Kostoglótov fijó su malévola mirada en los transparentes lentes y en los ojos claros de Pável Nikoláyevich.

—Es peor porque, cuando todavía está usted vivo, le excluyen de la vida. Le separan de sus familiares y le encierran tras una alambrada. ¿Cree usted que eso es mejor que el tumor?

Pável Nikoláyevich se sintió apabullado e indefenso ante la proximidad de la fosca y ardiente mirada de aquel hombre ordinario y descortés.

—Bueno, quiero decir que esas malditas enfermedades…

Cualquier persona culta habría comprendido que lo que correspondía en ese instante era iniciar un gesto conciliatorio. Pero Kostoglótov no podía entenderlo así porque desestimaba el tacto de Pável Nikoláyevich. Ya en pie, ataviado su desgarbado cuerpo con una sucia y enorme bata femenina de algodón, que le llegaba casi hasta las botas y le servía de abrigo en sus paseos, manifestó con aires de suficiencia, creyendo que sonaba como erudición:

—Hubo un filósofo que dijo que si el hombre no padeciera enfermedades, no conocería sus propias limitaciones.

Del bolsillo de la bata extrajo un enrollado cinturón del Ejército, de cuatro dedos de ancho y con una hebilla en la que se veía una estrella de cinco puntas. Se ajustó con él la bata, teniendo cuidado de no apretar en la zona del tumor. Y chupando su barato y mísero cigarrillo, de esos que se apagan antes de consumirse, se dirigió a la salida.

El afónico cedió el paso a Kostoglótov en el pasillo formado por las dos filas de camas. A pesar de su traza bancario-ministerial, con tono suplicante, como si Kostoglótov fuera un astro famoso de la oncología que pensara desligarse de esta ciencia para siempre, le preguntó:

—Dígame: ¿qué porcentaje de tumores en la garganta suelen resultar cancerosos aproximadamente?

—Un treinta y cuatro por ciento —y Kostoglótov sonrió alejándose de él.

Al otro lado de la puerta, en el porche, no había nadie.

Oleg respiró con fruición el aire inmóvil, húmedo y frío y, sin dar tiempo a que sus vías respiratorias se despejaran, encendió otro cigarrillo, sin el cual no se sentía plenamente satisfecho (a pesar de que ya no sólo Dontsova, sino también Máslennikov no dejaba de recomendarle en su carta que cesara de fumar).

El viento estaba en calma y el frío no era helado. Al reflejo de la luz que salía por una de las ventanas pudo ver que en un charco cercano negreaba el agua, libre de hielo. Estaban sólo a 5 de febrero y difícilmente podría imaginarse que la primavera estaba a la puerta. La niebla no era verdadera niebla, sino una leve bruma azulada suspendida en el aire, lo bastante tenue como para no ocultar la luz de las ventanas y de los lejanos faroles, amortiguando sólo su viveza.

A la izquierda de Oleg se elevaban compactos, por encima de los tejados, cuatro álamos piramidales, como si fueran cuatro hermanos. Al otro lado crecía un álamo solitario, frondoso y de igual altura que los otros cuatro. Y justo detrás se esperaba un apretado grupo de árboles, de los que partía el parque.

Del solitario y despejado porche de piedra del pabellón 13 descendían varios peldaños al declive de la avenida asfaltada, bordeada a ambos costados por un impenetrable seto de arbustos. Ahora estaba desnudo de hojas, pero su consistencia revelaba vitalidad.

Oleg había salido a pasear, a caminar por las sendas del parque, a percibir en cada pisada, en cada movimiento, la alegría de sus pies por poder andar con firmeza, el júbilo de ser dos pies vivos de un hombre que no había muerto. Pero la vista que se le ofreció desde el porche le hizo detenerse y terminar de fumar allí su cigarrillo.

Los espaciados faroles y las ventanas de los pabellones que se alzaban enfrente despedían un suave resplandor. Apenas si pasaba gente por las avenidas. Cuando de la parte de atrás no llegaba el estruendo del cercano ferrocarril, podía escucharse allí el dulce susurro del río, del raudo río que bajaba de la montaña y se deslizaba espumeante allá abajo, al otro lado de los siguientes pabellones, en el fondo del barranco.

Y tras el barranco y el río había otro parque, el de la ciudad. Desde él (aunque aún hacía frío), o desde las ventanas abiertas del club, llegaban los sonidos de la música de baile de la orquesta. Era sábado y bailaban… Se emparejaban en la danza…

Oleg estaba excitado porque había hablado mucho y le habían prestado atención. Le embargaba, envolviéndole, la sensación de haber retornado inesperadamente a la vida, a esa misma vida de la que se creyó excluido para siempre dos semanas antes. Ciertamente, la existencia no le prometía nada de lo que se considera bueno y por lo cual se afanaban las gentes de aquella importante ciudad: ni vivienda, ni propiedades, ni éxitos sociales, ni dinero. Pero sí le ofrecía otras legítimas satisfacciones que no se había desacostumbrado a valorar, tales como el derecho a caminar sin tener que esperar la orden de mando, el derecho a la soledad, el derecho a contemplar las estrellas no cegadas por los reflectores del campo de concentración, el derecho a apagar la luz por la noche y a dormir en la oscuridad, el derecho a depositar una carta en el buzón de Correos, el derecho a descansar los domingos, el derecho a bañarse en un río. Sí, existían muchos, muchos derechos similares.

Y, entre ellos, el derecho a conversar con mujeres.

¡Todos esos innumerables y maravillosos derechos le restituían la salud!

Seguía en pie, fumando y deleitándose.

Hasta él llegaba la música del parque. Oleg la escuchaba, aunque lo que en realidad le parecía oír en su interior era la *Cuarta sinfonía* de Chaikovski, el agitado y difícil primer movimiento de esa sinfonía, sólo esa prodigiosa melodía inicial. Esa

melodía (Oleg la interpretaba a su manera), en la que el héroe, que ha vuelto a la vida o ha recobrado la vista, parece palpar, deslizar su mano por objetos o por un rostro querido, y que, aun tocándolos, no se atreve a creer en su felicidad: que esos objetos existan realmente o que sus ojos vean de nuevo.

12

El domingo por la mañana, mientras se vestía apresuradamente para acudir al trabajo, Zoya recordó que Kostoglótov le había rogado que en su próxima guardia no dejara de ponerse el mismo vestido gris dorado cuyo cuello viera por la noche bajo la bata y que deseaba «contemplar a la luz del día». Siempre complace acceder a las peticiones desinteresadas. Además, ese vestido era apropiado para llevarlo hoy, por ser el de los días semifestivos. Confiaba en ir matando el tiempo durante el día y en que Kostoglótov acudiera a distraerla.

Cambiándose deprisa, se atavió con el vestido solicitado, perfumándolo con varios golpecitos de la palma de la mano. Se atusó el flequillo y, como el tiempo apremiaba, fue poniéndose el abrigo camino de la puerta, y su abuela apenas tuvo tiempo de introducirle el desayuno en el bolsillo.

La mañana era húmeda, fresca, pero no invernal. Con semejante tiempo, en Rusia la gente sale a la calle con impermeable. Aquí, en el sur, se tiene otro concepto del frío y del calor. Cuando ya hace calor se sigue utilizando los trajes de lana; los abrigos se sacan pronto y se guardan lo más tarde posible. Y quien posee un abrigo de pieles está deseando, con impaciencia, que se presenten de nuevo unos cuantos días de heladas.

Ya estaba en la puerta cuando Zoya divisó el tranvía que debía tomar. Corrió tras él una manzana de casas y fue la última en subir. Jadeante y encendida, se quedó en la plataforma trasera, donde corría el aire. Todos los tranvías de la ciudad eran lentos, estrepitosos; en las curvas chirriaban desgarradoramente en los raíles.

El sofoco y el golpeteo en el pecho impresionaban agradablemente su juvenil organismo, porque desaparecían al instante y sentía con más plenitud su lozanía y su festivo estado de ánimo.

Mientras duraran las vacaciones en la facultad, el solo trabajo de la clínica —tres guardias y media a la semana— le parecía algo trivial, casi un descanso. Más descansada hubiera estado, naturalmente, sin las guardias. Pero Zoya estaba habituada a soportar una carga doble: era ya el segundo año que estudiaba y trabajaba a la vez. La práctica profesional en la clínica no era mucha, pero no trabajaba para adquirir experiencia, sino para ganarse la vida. La pensión de la abuela no alcanzaba ni para el pan, la beca de Zoya se gastaba sin notarlo, su padre nunca le enviaba nada

y ella tampoco se lo pedía. No deseaba deber favores a un padre como ese.

Esos dos primeros días de vacaciones después de la última guardia nocturna, Zoya no los pasó cruzada de brazos. Desde la niñez estaba acostumbrada a no permanecer ociosa. En primer lugar, empezó la confección de una blusa para la primavera, con una tela de crespón que se había comprado cuando cobró el salario de diciembre. (Su abuela siempre le decía: «Acondiciona el trineo en verano y el carro en invierno». Y ese mismo proverbio regía en las tiendas, donde los mejores géneros veraniegos sólo podían adquirirse en invierno). Cosía con la vieja Singer de la abuela (que habían acarreado desde Smolensk); los patrones provenían de la abuela, pero como estaban pasados de moda, Zoya estaba siempre con el ojo avizor por si podía captar algo de las vecinas, de las conocidas y de las que estudiaron corte y confección, para lo que Zoya carecía totalmente de tiempo. En esos días no pudo terminar la blusa, pero recorrió varias tintorerías y acondicionó su viejo abrigo de entretiempo. También fue al mercado a comprar patatas y verduras, regateó como una avara y llegó a casa con una pesada bolsa en cada mano (la abuela hacía las colas de los comercios, pero ya no podía soportar cargas pesadas). También estuvo en los baños públicos. No le quedó tiempo para tumbarse a leer tranquilamente, como solía. Sin embargo, la noche anterior había estado en el baile de la Casa de Cultura con Rita, su compañera de estudios.

Zoya hubiera preferido algo más saludable y ameno que aquellos clubs, pero eran lo corriente, y no existían otros lugares ni otras veladas festivas donde alternar con la gente joven; sólo esos clubs. En su curso y en la facultad había muchas chicas rusas, pero la mayoría de los chicos eran uzbekos. Por esta razón no le atraían los bailes del instituto.

La Casa de Cultura a la que había ido con Rita era amplia, limpia y con buena calefacción; con columnas de mármol, una escalinata y altos espejos enmarcados en bronce, en los que una podía verse al andar o bailar; tenía también costosos y cómodos sillones (pero que mantenían enfundados y donde no estaba permitido sentarse). Sin embargo, Zoya no había vuelto por allí desde la fiesta de Año Nuevo, en que fue profundamente ofendida. Se había celebrado un baile de máscaras con premios para los mejores disfraces. Zoya se hizo uno de mono con un rabo magnífico. Pensó en todos los detalles: en el peinado, en el ligero maquillaje y en la combinación de los colores. El conjunto resultaba cómico y atractivo; y estaba casi segura de ganar el primer premio, pese a la numerosa competencia. Pero, justo en el momento de la adjudicación de premios, unos insolentes muchachos cercenaron su rabo con un cuchillo y se lo fueron pasando a escondidas de mano en mano. Zoya rompió en llanto, no por la estupidez de los chicos, sino porque todo el mundo que la rodeaba soltó la carcajada, pues hallaron ingeniosa la impertinencia. El disfraz perdió mucho sin el rabo; además, Zoya se derrumbó y no obtuvo ningún premio.

Y ayer, aunque aún sentía resquemor contra el club y había entrado en él ofendida, nada ni nadie le recordó el incidente del mono. El público reunido era diverso, estudiantes de diferentes cursos y jóvenes de las fábricas, que no consintieron que Zoya y Rita bailaran juntas un solo baile. Las separaron en el acto y danzaron maravillosamente tres horas seguidas, balanceándose y moviendo los pies al compás de la orquesta. El cuerpo reclamaba esa expansión, esos giros y movimientos que lo complacían. Los caballeros hablaban poco; si bromeaban, lo hacían tontamente, a juzgar por el gusto de Zoya. Finalmente, Kolia, el técnico constructor, la acompañó a casa. Durante el trayecto charlaron sobre los filmes hindúes, sobre la natación; hubiera parecido ridículo hablar de temas más serios. Llegaron al portal, al lugar más oscuro, y allí se besaron. Y los pechos de Zoya se llevaron una buena parte, pues nunca dejaban indiferente a nadie. ¡Y cómo se los estrechaba él, tanteando otros accesos para llegar a ellos! Zoya se deleitaba y, al mismo tiempo, tuvo la atemperante impresión de que perdía un poco el tiempo, de que el domingo tendría que madrugar. Le despidió y rápidamente ascendió por la vieja escalera.

Entre las amigas de Zoya, particularmente entre las estudiantes de medicina, prevalecía la opinión de que había que apresurarse a *tomar* cuanto antes y por entero cuanto la vida ofrece. Ante esta corriente general, ante esta convicción unánime, era absolutamente imposible mantenerse en el primero, en el segundo y finalmente en el tercer curso como una especie de vieja solterona, con excelentes conocimientos estrictamente teóricos. Y Zoya había pasado, en varias ocasiones y con distintos muchachos, por todos los grados de la intimidad, en los que se va cediendo más y más hasta la conquista y el dominio, hasta esos anonadadores momentos en que ni una bomba que cayera sobre la casa impele a mudar de postura; hasta esos minutos plácidos y lánguidos en que se recogen del suelo y de las sillas las diseminadas prendas de vestir, que ella se pone tan diligentemente en presencia de él.

Esto, naturalmente, produjo en Zoya una intensa sensación y hacia el tercer curso dejó atrás la categoría de «vieja solterona». No obstante, comprobó que eso no era todo. Faltaba en ello una continuidad sustancial, la que confiere estabilidad en la vida y a la vez consistencia a la vida misma.

Zoya no pasaba de los veintitrés años, pero había visto mucho y guardaba ciertos recuerdos. Entre ellos, la prolongada y frenética evacuación de Smolensk, viajando primero en vagones de mercancías, después en barcas y luego otra vez en vagones de mercancías. No sabía por qué razón, pero siempre evocaba en especial a un compañero de vagón que con una cuerda medía el sitio que ocupaban los demás en los catres de tablas, pretendiendo demostrar que la familia de Zoya se apropiaba de dos centímetros que no le correspondían. También recordaba la esforzada vida en esta ciudad en los años de la guerra, cuando la gente no tenía otro tema de conversación que el de las cartillas de racionamiento y el de los precios en el mercado negro y

cuando el tío Fedya hurtaba de la mesilla de Zoya una rebanada de pan de su ración. Y ahora, en la clínica, el desolador asedio de los sufrimientos causados por el cáncer, las vidas destrozadas, las desoladoras conversaciones de los enfermos y las lágrimas.

Y, frente a todo eso, los achuchones, los abrazos y lo demás no eran sino dulces gotas en el salado mar de la vida. Y no era posible impregnarse enteramente con ellas. ¿Quería esto decir que el matrimonio era algo indefectible? ¿Que la felicidad residía en el matrimonio? Los jóvenes con quienes trataba, bailaba y salía, todos, como un solo hombre, revelaban la intención de dar satisfacción a sus deseos y de eclipsarse después. Entre ellos solían decir: «Yo me casaría, pero como para una o dos noches siempre puedo encontrar a alguien, ¿para qué necesito casarme?».

Así como cuando llega al mercado una enorme remesa no se puede pedir por ella un precio triplicado, de idéntico modo resultaba incongruente mantenerse inabordable cuando alrededor todas transigían.

Tampoco era una ayuda efectiva el casarse en el Registro Civil. Zoya aprendió de la experiencia de Maria, la enfermera ucraniana que trabajaba por turnos. Maria confió en el matrimonio legalizado, pero al cabo de una semana su marido la abandonó igualmente, puso tierra por medio y desapareció. Y hacía siete años que con su solo esfuerzo sacaba adelante a una criatura, y todavía se consideraba una mujer casada.

Por eso, en las fiestas donde se bebía vino, Zoya se mantenía precavida, como el zapador en un campo de minas, si su organismo pasaba por días que podían entrañar peligro.

Conocía otro ejemplo que era mucho más cercano a ella que el de Maria. Había visto la vida detestable de sus propios progenitores, que tan pronto disputaban como se reconciliaban, que se separaban, yéndose a residir a diferentes ciudades para luego reunirse de nuevo. Y así a lo largo de sus existencias, atormentándose mutuamente. Para Zoya, repetir el error de su madre sería igual que ingerir ácido sulfúrico.

El matrimonio de sus padres era uno de los casos en los que en nada puede influir el Registro Civil.

En su cuerpo, en la correlación de sus miembros, así como en su temperamento y en el concepto que tenía de la vida en general, Zoya apreciaba una sensación de armonía y equilibrio. Y solamente dentro de ese espíritu de armonía es como podría tener lugar cualquier extensión de su vida.

Quien en las pausas de los manoseos por su cuerpo le decía cosas necias y vulgares o le repetía lo oído en las películas, como Kolia la noche pasada, destruía instantáneamente esa armonía y ya no podía agradar a Zoya.

Traqueteada por el movimiento del tranvía, siguió en la plataforma trasera hasta el final. La cobradora había acusado públicamente a un joven de no haber abonado el billete (el joven la escuchó, pero no lo pagó), y el tranvía se dispuso a dar la vuelta

hacia el final de la curva, donde la gente se agolpaba esperándolo. Saltaron en marcha el joven avergonzado y un chavalillo; Zoya hizo lo mismo, pues desde allí el camino a la clínica era más corto.

Ya pasaba un minuto de las ocho. Zoya apretó un poco el paso por el sinuoso sendero asfaltado del centro médico. Como enfermera no debía correr así, pero como estudiante se la podía disculpar perfectamente.

En tanto se apresuraba hasta el pabellón de cáncer, se despojó del abrigo y se vistió la bata; cuando llegó al piso superior ya eran la ocho y diez minutos. No lo habría pasado bien si hubiera tenido que sustituir a Olimpiada Vladislávovna o a Maria, pues esta también le reprochaba de mal talante un retraso de diez minutos como si fuera de media jornada. Mas, afortunadamente, tenía que sustituir en la guardia al estudiante Turgun, el *karakalpak*[9], que solía ser tolerante y, en particular, con ella. Como castigo, intentó palmearla más abajo de la espalda, pero ella le esquivó; ambos se rieron y fue Zoya la que le empujó cuando descendía por la escalera.

Él aún era estudiante, pero al ser considerado como especialista nacional en su república, ya le habían nombrado médico jefe de un hospital rural. Y sólo le quedaban unos meses de libertad para poder comportarse con informalidad.

Turgun entregó a Zoya el cuaderno de tratamientos y le transmitió una tarea especial recomendada por Mita, la enfermera mayor. Los domingos los médicos no visitaban las salas, las curas y tratamientos se reducían y no había que atender a los enfermos después de las transfusiones. Sin embargo, tenían que vigilar que los familiares de los pacientes no se metieran en las salas sin la autorización del médico de guardia. Además, Mita había endosado a la persona encargada del turno diurno del domingo parte de su interminable trabajo estadístico que ella no tuvo tiempo de acabar.

Hoy se trataba de la confección de un grueso paquete de fichas de enfermos, pertenecientes al mes de diciembre del pasado año 1954. Frunciendo los labios como para emitir un silbido, Zoya pasó el dedo por los cantos de las fichas, calculando la cantidad que había y si le quedaría tiempo para bordar, cuando notó a su lado una elevada sombra. Volvió la cabeza con naturalidad y vio a Kostoglótov. Estaba pulcramente afeitado, casi peinado y sólo la cicatriz de su mentón, como siempre, hacía pensar que podía proceder de un atentado rufianesco.

—Buenos días, Zóyenka —le dijo como un perfecto caballero.

—Buenos días —respondió ella moviendo la cabeza, como si estuviera descontenta o dudara de algo, pero, en realidad, sin motivo alguno.

Él la miraba con sus grandes ojos castaño oscuro.

—No veo si ha accedido usted a mi petición o no.

—¿Qué petición?

Y Zoya frunció las cejas sorprendida. (Ese gesto le salía siempre a las mil maravillas).

—¿No lo recuerda? Pues yo no he pensado en otra cosa.

—Lo que recuerdo perfectamente es que tiene en su poder mi *Anatomía patológica*.

—Se la devolveré al instante. Y le quedo muy agradecido.

—¿La ha comprendido?

—Creo que lo que me interesaba lo he entendido bien.

—¿Y no le habrá perjudicado? —le preguntó Zoya muy seria—. Me he arrepentido de habérselo dejado.

—¡No, no, Zóyenka! —le replicó rozándole ligeramente sus manos—. ¡Al contrario! Ese libro me ha reanimado. Es usted un tesoro por habérmelo prestado. Pero… —dirigió la vista a su cuello— desabróchese el botón superior de la bata, por favor.

—¿Cómo? ¿Para qué? —exclamó Zoya sumamente asombrada (también este gesto le salía bien)—. ¡No tengo calor!

—Pues parece todo lo contrario. Está muy colorada.

—Sí, en efecto —y rompió a reír jovialmente.

En realidad deseaba desabrocharse la bata, pues aún no había recuperado el aliento después de la carrera y del jaleo con Turgun. Se la desabotonó.

Kostoglótov miraba con los ojos dilatados y dijo casi sin voz:

—Perfecto. Muchas gracias. ¿Luego me lo enseñará de nuevo?

—Depende de lo que haya opinado.

—Se lo diré, pero más tarde. ¿De acuerdo? Porque hoy nos veremos un ratito, ¿verdad?

Zoya giró los ojos como una muñeca.

—Sólo si viene a ayudarme. Por eso, estoy tan sofocada, por exceso de trabajo.

—Si hay que pinchar a nuestra gente, no soy buen ayudante.

—¿Y si se ocupa de la estadística médica? ¿No le causará fastidio?

—No tengo nada que oponer a la estadística, cuando no es secreta.

—Está bien. Venga, pues, después del desayuno.

Zoya le sonrió como anticipo por su ayuda.

En las salas ya estaban repartiendo el desayuno.

El pasado viernes por la mañana, acabado su turno de guardia e interesada por la conversación que sostuvieron por la noche, Zoya fue al registro de admisión y examinó la cartilla de Kostoglótov.

Comprobó que se llamaba Oleg Filimónovich (al antipático apellido no podía por menos que precederle tan grave patronímico, aunque el nombre paliaba un tanto el mal efecto), que había nacido en 1920 y que en realidad, con sus treinta y cuatro años

cumplidos, no estaba casado, lo cual era algo inverosímil, y que residía, efectivamente, en un lugar denominado Ush-Terek. No tenía pariente alguno (en el dispensario oncológico tenían la obligación de anotar la dirección de los familiares), y era topógrafo de profesión y trabajaba como especialista de organización agrícola.

Pero todos aquellos datos no le revelaron nada de particular, y todo le pareció más oscuro.

Hoy había leído en el cuaderno de tratamientos que a partir del viernes habían empezado a inyectarle intramuscularmente dos centímetros cúbicos diarios de sinestrol.

Ya se la habría puesto el de la guardia nocturna, así que ella no tendría que pincharle hoy. Zoya frunció sus abultados labios en un mohín.

Después del desayuno, Kostoglótov le llevó el manual de *Anatomía patológica*, dispuesto a prestarle ayuda. Pero en ese momento Zoya trajinaba por las salas distribuyendo las medicinas a los pacientes que debían tomarlas tres o cuatro veces al día.

Por fin pudieron sentarse a la mesa de ella. Zoya sacó un gran pliego de papel para el borrador del gráfico, al que debían transferir toda la información a base de palotes. Empezó por explicarle la manera de trazar las rayas (aunque ella había olvidado cómo se hacía correctamente), aplicando sobre el papel una grande y pesada regla.

Zoya conocía bien la utilidad de tales «ayudantes», muchachos jóvenes y hombres solteros (y también casados). Cualquier ayuda de ese tipo solía degenerar en chirigotas, bromitas, galanteos y en errores en el registro. Mas Zoya estaba dispuesta a correr el riesgo de tales errores, porque el galanteo menos ingenioso era, de todos modos, infinitamente más interesante que el más poderoso de los registros. Y hoy no tenía nada que objetar a seguir el juego que amenizaba las horas de guardia.

En consecuencia, su asombro fue enorme cuando vio que Kostoglótov prescindía desde un principio de toda clase de miraditas y del tono característico, que comprendía rápidamente lo que debía hacer y cómo tenía que hacerlo, y que incluso le facilitaba algunas explicaciones. Luego se enfrascó en las fichas y efectuó las correcciones necesarias, mientras ella inscribía los palotes en las columnas del registro mayor. «Neuroblastoma…», dictaba él, «hipernefroma… sarcoma en la cavidad nasal… tumor en la médula espinal…». Y si algo no comprendía, lo preguntaba.

Debían computar los tumores de cada tipo que se habían dado en aquel período de tiempo, tanto en hembras como en varones, clasificarlos en decenios según el nacimiento; señalar los diversos tipos de tratamientos aplicados y su respectiva magnitud, y luego, dentro de cada categoría, precisar uno de los cinco posibles resultados: curación completa, mejoramiento, sin variación, empeoramiento y

fallecimiento. El ayudante de Zoya puso especial atención a estas cinco posibilidades. Se advertía en el acto que apenas había curaciones completas, aunque tampoco muchos fallecimientos.

—Observo que no permiten que uno se muera aquí, que le dan el alta en el momento oportuno —dijo Kostoglótov.

—¿Qué otra cosa puede hacerse, Oleg? —(Le había llamado «Oleg» como premio por su ayuda. Él se dio cuenta y le dirigió una rápida mirada)—. Juzgue usted mismo. Si es obvio que ya no se puede prestar ningún auxilio al paciente y que le restan de vida las últimas semanas o meses, ¿para qué ocupar con él una cama? La gente aguarda turno para conseguirlas, esperan enfermos que aún pueden ser curados. Y los enfermos incurables…

—In… ¿qué?

—Los que no tienen cura… impresionan desfavorablemente, con su aspecto y sus conversaciones, a los enfermos que todavía pueden sanar.

Allí sentado ante la mesita de las enfermeras, a Oleg le pareció avanzar un paso en la posición social y en la comprensión del mundo. Aquel «él» al que ya no se podía prestar ningún auxilio, aquel «él» que no debía seguir ocupando una cama porque era un enfermo incurable no tenía nada que ver con él, con Kostoglótov. Con él, con Kostoglótov, hablaban como si no fuera a morirse, como si fuera un enfermo completamente curable. Este salto de un estado a otro, efectuado tan inmerecidamente, por caprichos de inesperadas circunstancias, le hizo recordar vagamente algo que en ese instante no precisó.

—Sí, todo eso es lógico. Pero han dado de alta a Azovkin, y ayer, delante de mí, escribieron «tumor cordis» sin explicarle ni decirle nada. Tuve la sensación de que también yo participaba en el engaño.

Estaba sentado de perfil con relación a Zoya, quien ahora no podía ver la mejilla de la cicatriz, sino el otro lado del rostro, exento de ferocidad.

Siguieron trabajando aplicadamente y en buena armonía, y antes de la hora de la comida habían concluido su tarea.

Mita había dejado pendiente otro trabajo más: copiar los análisis del laboratorio en las tarjetas de la temperatura de los pacientes, a fin de manejar menos papeles y pegarlos con habilidad en los historiales clínicos. Pero todo eso resultaba excesivo para un solo domingo. Zoya exclamó:

—Bien. ¡Muchas, muchas gracias, Oleg Filimónovich!

—¡Oh, no! ¡Llámeme Oleg, como antes!

—Después de la comida reposará…

—Nunca reposo…

—No olvide que está enfermo.

—Es extraño, Zóyenka. En cuanto sube usted la escalera para comenzar su

trabajo, ¡me siento absolutamente sano!

—Está bien —accedió Zoya, complaciente—. Por esta vez le recibiré en el salón de visitas.

Y con un movimiento de cabeza le indicó la sala de conferencias de los doctores.

Sin embargo, después de la comida, de nuevo distribuyó medicinas y atendió asuntos urgentes en la sala grande de mujeres. En contraste con la desolación y las enfermedades que la rodeaban, Zoya reconocía estar limpia y sana hasta el último poro y célula de su piel. Con especial júbilo sentía sus turgentes y rotundos senos, y el peso que ejercían cuando se inclinaba sobre las camas de los pacientes y cómo temblaban cuando caminaba ligera.

Por fin el trabajo disminuyó. Zoya ordenó a la sanitaria sentarse allí mismo, ante su mesa, y no permitir la entrada de visitantes a las salas, y le sugirió que la llamara si ocurría algo. Tomó la labor de bordado y Oleg la siguió al salón de los médicos.

Era una estancia clara, esquinada, con tres ventanas, que no estaba dispuesta con gusto original. En ella se dejaba sentir patentemente la mano del contable y la del médico jefe; los dos divanes que había no eran, en verdad, confortables, sino de tipo estrictamente oficial, con verticales respaldos que acababan en sendos espejos, en los que sólo podría mirarse tal vez una jirafa. Las mesas estaban acopladas según los cánones adustos que regían en todas las instituciones: el macizo escritorio presidencial, con un cristal grueso en su superficie, y transversalmente a él, formando la inevitable T, la larga mesa para los asistentes a las reuniones. Esta segunda mesa estaba cubierta, al estilo de Samarkanda, con un tapete afelpado azul claro, color que prestaba cierta alegría a la estancia. Había también unos cómodos sillones, alejados de la mesa, que formaban un grupo caprichoso y que contribuían igualmente a hacerla más atractiva.

Allí nada recordaba al hospital, aparte del periódico mural *El Oncólogo*, publicado con motivo del aniversario de la Revolución.

Zoya y Oleg tomaron asiento en los cómodos y mullidos sillones, en la parte más clara de la habitación, donde sobre unos maceteros había jarrones con pitas, y tras el amplio cristal del ventanal por el que se veían las extendidas ramas de un roble cuya altura se perdía más arriba.

Oleg no estaba simplemente sentado en el sillón. Su cuerpo entero percibía su comodidad, lo bien que se ajustaba su espalda al respaldo y la naturalidad con que se podía reclinar en él la cabeza y el cuello.

—¡Vaya un lujo! —dijo—. No he tropezado con semejante esplendor… desde hace quince años, seguramente.

(Si tanto le gusta el sillón, ¿por qué no se ha comprado uno igual?).

—Y bien, ¿qué ha opinado usted? —preguntó Zoya con el giro de la cabeza y la expresión de los ojos en consonancia con el momento.

Aislados ahora en aquella habitación y sentados en aquellos sillones con el solo objeto de charlar, dependía de una palabra, del tono que adoptaran o de una simple mirada, que la conversación no pasara de ser un mero canje de palabras intrascendentes o que ahondara en temas más importantes. Zoya estaba preparada para la primera variante, aunque había ido allí presintiendo la segunda.

Y Oleg no la decepcionó. Desde el respaldo del sillón, sin apartar la cabeza de él y con la mirada dirigida a la ventana, dijo solemnemente:

—He estado pensando… si una muchacha de dorado flequillo… iría a nuestras tierras vírgenes.

Y sólo entonces la miró.

Zoya sostuvo su mirada.

—¿Y qué le esperaría allí a esa muchacha?

Oleg suspiró.

—Ya se lo he dicho. Nada risueño. No hay agua corriente, las planchas son de carbón vegetal y las lámparas de petróleo. Cuando el tiempo es húmedo, sólo hay barro, y cuando este se seca, sólo polvo. Nunca puede uno vestirse decentemente.

No omitió ningún detalle desagradable, ¡como si quisiera evitarle la oportunidad de pronunciar una promesa! ¿Qué clase de vida es esa si uno nunca puede vestirse decentemente? Pero Zoya también sabía que, por muy confortable que fuera residir en una gran ciudad, con la ciudad no se vive. Por eso anhelaba, en primer lugar, comprender a aquel hombre antes de formarse una idea de lo que pudiera ser aquella aldea.

—No comprendo qué le retiene a usted allí.

Oleg se echó a reír.

—¡El Ministerio del Interior! ¡Eso es lo que me retiene!

Y siguió tan placenteramente, con la cabeza recostada en el respaldo.

Zoya se puso en guardia.

—Ya lo sospechaba. Pero si usted es ruso…

—Sí, ruso al cien por cien. No está prohibido tener cabellos negros, ¿no?

Y se los alisó.

Zoya se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué?

Oleg suspiró.

—¡Oh! ¡En qué ignorancia tan grande vive la juventud! Nosotros no teníamos la menor idea del Código Penal, ni de sus artículos, ni de sus párrafos, ni de cómo interpretarlos *ampliamente*. Y usted vive aquí, en el centro del distrito, y ni siquiera conoce la elemental diferencia que existe entre el colono deportado y el deportado administrativo.

—¿Y cuál es?

—Yo soy un deportado administrativo. No he sido exiliado por razones de nacionalidad, sino *personales*, por mí mismo, por ser Oleg Filimónovich Kostoglótov, ¿comprende? —y se echó a reír—. Como «ciudadano privado y distinguido», para el que no hay lugar entre los ciudadanos honrados.

Y dirigió hacia ella la brillante mirada de sus oscuros ojos.

Pero Zoya no se asustó. Mejor dicho, se sobresaltó, rehaciéndose al instante.

—¿Y… por cuánto tiempo le han deportado? —preguntó quedamente.

—¡*A perpetuidad*! —respondió con voz de trueno.

A ella le retumbaron los oídos.

—¿De por vida? —volvió a inquirir con un susurro.

—No. Exactamente *a perpetuidad* —insistió Kostoglótov—. En los documentos así estaba escrito. Si hubiera sido de por vida, se podría trasladar de allí el féretro, aunque no fuera más; pero siendo a perpetuidad, seguramente ni el ataúd se podrá sacar de allí. Ni aunque el sol se extinguiera, pues la eternidad es más larga.

Ahora sí que se le oprimió el corazón. Todo tenía razón de ser, la cicatriz y su aspecto a veces cruel. Podía ser un homicida, un hombre temible capaz de estrangularla allí mismo con la mayor frialdad.

Pero Zoya no giró el sillón para facilitar la huida. Únicamente apartó la labor (que aún no había tocado) y mirando valientemente a Kostoglótov, que seguía tan tranquilo e impasible acomodado en el sillón, le preguntó excitada:

—Si le resulta penoso, no me responda. Pero si no tiene inconveniente, ¿podría decirme la razón por la que dictaron contra usted tan terrible sentencia? ¿Por qué?…

Kostoglótov no sólo no expresó su pesar al tener que confesar su crimen, sino que con una sonrisa despreocupada respondió:

—No hubo ninguna sentencia, Zóyenka. El destierro a perpetuidad lo recibí por mediación de una *orden*.

—¿Por… una orden?

—Sí, así se llama. Algo parecido a una factura. Como cuando se da salida a las mercancías del depósito al almacén: tantos sacos, tantas barricas… Peso muerto utilizado…

Zoya se echó las manos a la cabeza.

—Un momento… No lo comprendo. ¿Es posible eso? ¿Es posible que le ocurriera a usted? ¿Que pueda sucederle a todos?

—No, no se puede decir que a todos. A quien al juzgarle le aplican únicamente el párrafo diez, no lo deportan; pero si le aplican el diez y el once, no se libra de la deportación.

—¿Qué significado tiene el párrafo once?

—¿El once? —Kostoglótov recapacitó un instante—. Me parece, Zóyenka, que le estoy contando demasiadas cosas. En el futuro, ándese con cuidado con ellas, porque

también podría ver las orejas al lobo. Mi sentencia fundamental fue de siete años, de acuerdo con el párrafo diez. Y puede creerme que a quien condenan a menos de ocho años es que no hay nada contra él, que las acusaciones están montadas en el aire. Pero también me aplicaron el párrafo once, que se refiere a los asuntos de *agrupación*. Este no aumenta la condena, pero como se trataba de un grupo, nos enviaron al exilio perpetuo a diferentes lugares para que nunca más volviéramos a reunimos en el antiguo sitio. ¿Lo comprende ahora?

No, aún seguía sin comprender nada.

—¿Se trataba de…? —atenuó el término— ¿cómo se dice?, ¿de eso, de una banda?

Kostoglótov soltó de repente una sonora carcajada que interrumpió con brusquedad, enfurruñándose.

—Ha estado formidable. Lo mismo que a mi juez de instrucción, a usted tampoco le satisface la palabra «grupo». Él se complacía en denominarnos «banda». Sí, éramos una banda de estudiantes, chicos y chicas, del primer curso —miró con severidad—. Comprendo que aquí no se pueda fumar, que es un delito. No obstante, fumaré. ¿Bien? Nos reuníamos, cortejábamos a las chicas, bailábamos, y los muchachos, además, hablábamos de política. Y sobre… Él. A nosotros, ¿comprende usted?, no nos satisfacían algunas cosas. Digamos que no estábamos entusiasmados. Dos de nosotros habíamos luchado en la guerra y confiábamos en que después de la contienda todo iría de diferente manera. En mayo, en vísperas de los exámenes, nos encerraron a todos, incluidas las chicas.

Zoya estaba desconcertada… Cogió de nuevo el bordado. Por un lado, le estaba contando cosas peligrosas, que no sólo no debía repetir a nadie, sino ni siquiera escuchar ni prestar oídos. Pero, por otro lado, era un gran alivio saber que no habían atraído a nadie a un callejón oscuro, que no habían matado.

Se aclaró la garganta:

—No llego a entenderlo. De todos modos, ustedes *hicieron* algo; pero ¿qué?

—¿Cómo que qué? —succionó el cigarrillo y expelió el humo. ¡Qué grandullón era él, y qué pequeño el cigarrillo!—. Ya le he dicho que estudiábamos. Bebíamos vino si nos los permitía el dinero de la beca. Asistíamos a fiestas. Y arrestaron a las chicas junto con nosotros.

Y a cada una de ellas la condenaron a cinco años… —la miró con fijeza—. Póngase en su caso e imagínese que la detienen en vísperas de exámenes del segundo semestre y que la meten en el saco.

Zoya apartó la costura.

Cuanto de terrible había presentido escuchar de él parecía algo pueril comparado con eso.

—Y ustedes, los muchachos, ¿qué necesidad tenían de eso?

—¿De qué? —Oleg no lo comprendió.

—Pues de eso, de mostrarse descontentos… de esperar otra cosa…

—¡Ah! ¡En efecto! —rio con resignación Oleg—. ¡En efecto! Esa idea no se me pasó por la cabeza. Ha vuelto usted, Zóyenka, a coincidir con mi juez de instrucción. Me decía lo mismo. Pero ¡qué silloncito tan cómodo! En la cama no puede uno sentarse tan a gusto.

Oleg, instalado con la máxima comodidad, mientras fumaba miró, con los ojos entornados, la amplia ventana de un solo cristal.

Aunque se aproximaba el anochecer, el día nublado y monótono no oscurecía, se aclaraba. La capa nubosa íbase despejando y disminuyendo por el oeste, hacia donde se orientaba precisamente la fachada de la sala.

Sólo entonces se puso Zoya a bordar con aplicación. Daba las puntadas con evidente placer. Ambos guardaban silencio. Oleg no la alabó por su bordado como la vez anterior.

—¿Y qué pasó con… su chica? ¿También estaba allí? —preguntó Zoya sin alzar la cabeza de la labor.

—Sí… —contestó Oleg, alargando la sílaba, como si su pensamiento estuviera concentrado en algo distinto.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—¿Ahora? Por las orillas del río Yeniséi.

—¿Es que no puede reunirse con ella?

—Ni lo intento —dijo con indiferencia.

Zoya le miraba a él y él a la ventana. ¿Por qué, entonces, no se casaba con ella donde residía en la actualidad?

—¿Es que existen dificultades para que puedan juntarse? —se le ocurrió preguntarle.

—Es casi imposible para quienes no están casados legalmente —dijo, distraído—. Pero el caso es que no hay ninguna razón para hacerlo.

—¿Tiene alguna foto suya?

—¿Foto? —exclamó asombrado—. No está permitido que los presos conserven fotografías. Se las rompen.

—¿Cómo era ella?

Oleg sonrió y entornó los ojos:

—Sus cabellos descendían hasta los hombros y al llegar a ellos se curvaban hacia arriba. Sus ojos… siempre… no eran como los de usted, ligeramente burlones, sino siempre algo tristes. ¿Será que la persona puede presentir su destino, eh?

—¿Estuvieron juntos en el campo?

—No…

—¿Cuándo se vieron por última vez?

—Cinco minutos antes de mi detención… Como corría el mes de mayo, estuvimos mucho tiempo sentados en el jardincillo de su casa. Después de la una de la madrugada me despedí de ella y me fui. En la segunda esquina había un coche aparcado.

—¿Y a ella?

—A la noche siguiente.

—¿Y nunca más volvieron a verse?

—Sí, una sola vez. En el careo a que nos sometieron. A mí ya me habían rapado el pelo. Esperaban que nos acusáramos uno al otro, pero no hicimos ninguna declaración.

Daba vueltas a la colilla sin saber dónde echarla.

—Déjela allí —y Zoya le indicó el limpio y resplandeciente cenicero de la mesa presidencial.

Por poniente las nubecillas iban espaciándose más y más hasta dejar al descubierto un solecillo delicadamente dorado. Hasta el endurecido y obstinado rostro de Oleg se suavizó por su resplandor.

—¿Y por qué ahora no intentan reunirse? —se compadeció.

—¡Zoya! —exclamó Oleg con dureza, pero se detuvo pensativo—, ¿tiene usted la menor idea de lo que le aguarda en el campo de concentración a una joven si es bonita? Si en cualquier zanja del camino no la violan los malhechores (quienes, por otra parte, siempre pueden hacerlo en el campo), en su primera noche de estancia en él, los parásitos del campo, los obscenos capataces o los distribuidores de las raciones de comida pueden planear que en su presencia sea conducida desnuda al baño. A la mañana siguiente le proponen vivir con fulano y un puesto de trabajo limpio y calentito. Pero si rehúsa, procuran acorralarla y mortificarla de tal modo que ella misma termina por arrastrarse a sus pies solicitando lo propuesto… —cerró los ojos —: Ella no ha muerto, y ha cumplido su condena sin contratiempos. No la culpo por ello, me hago cargo. Pero… se acabó. Ella también lo comprende.

Guardaron silencio. El sol se dejó ver con todo su esplendor y el mundo entero se llenó súbitamente de alegría y de claridad. Los árboles del jardín resaltaron, más negros y precisos, y allí, en la habitación, se destacó el tapete azul y los cabellos de Zoya cubriéndose de oro.

—… Una de nuestras chicas se suicidó… Otra aún vive… Tres de nuestros muchachos han muerto… Y no sé nada de otros dos…

Se colocó de lado en el sillón y, balanceándose, recitó:

Aquel huracán ya pasó… Hemos sobrevivido pocos…
Muchos son los que faltan a la llamada de la amistad…

Siguió sentado de aquella traza, torcido, con la mirada fija en el suelo. Sus cabellos partían de los parietales, arremolinándose en todas las direcciones. Tenía que mojárselos dos veces al día y peinárselos.

Continuó callado, pero todo cuanto Zoya había querido oír, ya lo había escuchado. Le explicó lo más importante: que estaba encadenado al exilio, pero no por un crimen; que no estaba casado, pero no por taras o vicios. Después de tantos años, había hablado con delicadeza de su antigua novia y era, evidentemente, capaz de un sentimiento verdadero.

Ambos seguían callados; ella miraba unas veces el bordado, y otras clavaba la vista en él. No descubría en Oleg el menor atisbo de belleza, aunque tampoco advertía ya en él nada grotesco. A la cicatriz se podía acostumbrar. Como decía la abuela: «No necesitas un hombre apuesto, sino un hombre bueno». Y lo que Zoya apreciaba netamente en él, después de cuanto había sufrido, era su estabilidad y firmeza; una firmeza comprobada que nunca hallara en los jovenzuelos que trataba.

Siguió dando puntadas, e inesperadamente sintió sobre sí la escrutadora mirada de él.

Miró de reojo, al encuentro de sus ojos.

Y él empezó a declamar con gran expresividad, con la vista fija en su rostro:

¿A quién he de invocar?… ¿Con quién compartir
la melancólica alegría de haber quedado vivo?

—¡Ya la ha compartido usted! —susurró ella, sonriéndole con los ojos y los labios.

Estos no eran de color rosa, aunque tampoco parecían pintados. Tenían un tono entre colorado y anaranjado, encendidos, de color de fuego pálido.

El suave y amarillento sol del atardecer daba vida al rostro macilento y enfermizo de Oleg. En aquella tibia claridad, hacía pensar en que no moriría, en que podría sobrevivir.

Oleg sacudió la cabeza, como el guitarrista al pasar de una canción triste a otra alegre:

—¡Zóyenka! ¡Permita que este día de fiesta lo sea hasta el final! Estoy hastiado de esas batas blancas. ¡Déjeme admirarla no como enfermera, sino como a una bella chica de la ciudad! En Ush-Terek no podré ver una así.

—¿De dónde saco yo una muchacha guapa? —bromeó Zoya.

—No tiene más que quitarse la bata unos minutos y pasearse.

Y se apartó del sillón para indicarle por dónde tenía que caminar.

—Estoy en el trabajo —objetó ella—. No puedo…

Tal vez porque habían hablado largo rato de cosas tristes, o tal vez porque el sol

en declive inundaba con sus rayos tan festivamente la habitación, el caso es que Zoya tuvo el impulso y la inspiración de que podía complacerle, de que todo saldría bien.

Dejó la labor, se levantó de un salto del sillón como una chiquilla y comenzó a desabotonarse la bata, algo inclinada hacia adelante y apresurada, como si se dispusiera a correr y no a dar unos pasos simplemente.

—¡Estire! —y ella le lanzó un brazo como si no le perteneciera.

Él estiró y la despojó de la manga.

—¡La otra! —pidió Zoya, efectuando un movimiento de baile al darse la vuelta de espaldas.

Él le sacó la otra manga y la bata quedó en sus rodillas. Ella se puso a caminar por la habitación como una modelo, cimbreándose o irguiéndose con moderación, ora moviendo los brazos al andar, ora alzándolos un poco.

Así dio varios pasos, se volvió y se quedó inmóvil con los brazos extendidos.

Oleg sujetaba la bata de Zoya contra el pecho, como en un abrazo, y la miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Bravo! —vociferó—. ¡Magnífico!

Hasta en aquel tapete azul había algo de la luminiscencia del inagotable azul celeste del Uzbekistán, que se inflamaba al sol y que hacía persistir en el interior de Kostoglótov la melodía de ayer, la melodía de la conciencia, de la comprensión. Habían retornado a él los desordenados, complicados y mezquinos deseos. Volvía a sentir alegría ante un asiento confortable y una estancia acogedora después de mil años de existencia desquiciada, quebrantada, desvalida. Y alegría también al contemplar a Zoya, y no sólo admirarla. Sentía un júbilo multiplicado, porque esa admiración no era indiferente, sino plena de apetencias. ¡Él, que medio mes atrás estaba moribundo!

Zoya movió triunfalmente sus flamígeros labios, y con expresión de coquetona suficiencia, como si supiera algún secreto, se dio la vuelta andando en dirección contraria hasta la ventana. Se volvió de cara a él y se quedó parada.

Oleg no se levantó, siguió sentado, pero su negra cabeza, semejante a una escoba, se sentía impulsada hacia ella.

Por ciertos indicios que se perciben sin que les demos nombres, en Zoya se notaba fuerza. No exactamente la que se precisa para desplazar armarios, sino esa otra que exige el confrontamiento con una similar. Y Oleg se congratulaba porque creía poder aceptar el desafío, porque se sentía apto para medirse las fuerzas con ella.

¡Todas las pasiones habían retomado a su organismo convaleciente! ¡Todas!

—¡Zo…ya! —exclamó Oleg, arrastrando las sílabas—. ¡Zo… ya! ¿Qué cree usted que significa su nombre?

—Zoya quiere decir «vida» —manifestó ella contundente, como si enunciara una consigna. Le gustaba explicarlo. Seguía erguida, con las manos a la espalda,

apoyadas en el alféizar de la ventana, y el cuerpo levemente inclinado, descansando en un pie. Sonrió feliz. No le quitaba los ojos de encima.

—¿Por eso de «zoo»? Zoo… ¿No siente a veces su afinidad con los antepasados?

Se rio, siguiéndole la broma.

—Todos nos parecemos un poquito a ellos. Nos proveemos del sustento, alimentamos a nuestras crías. ¿Tiene eso algo de malo?

Y probablemente tendría que haber parado ahí. Pero se hallaba tan excitada por la tenaz y absorbente admiración de él, admiración que jamás encontrara en los jóvenes de la ciudad que cada sábado abrazaban con desenvolutra a las chicas, aunque no fuera más que al bailar, que levantó de nuevo los brazos y empezó a contonear el cuerpo como correspondía al entonar la canción de moda de una película hindú:

—¡A-va-rai-ya-a-a! ¡A-va-rai-ya-a-a!

Pero el rostro de Oleg se ensombreció de repente y suplicó:

—¡No! No cante esa canción, Zoya.

Ella adoptó en el acto una actitud recatada, como si no hubiera cantado y danzado un instante antes.

—Es de la película *El vagabundo* —le dijo—. ¿La ha visto?

—Sí, la he visto.

—¡Es un filme estupendo! Yo lo he visto dos veces —(había ido cuatro veces a verlo; pero, sin saber ella misma el motivo, no quiso reconocerlo)—. ¿No le ha gustado? El destino del vagabundo es como el suyo.

—¡En absoluto! —Oleg frunció el ceño, y en su rostro ya no volvió a aparecer la radiante expresión de antes.

El amarillento sol no le prestaba ya su tibieza y saltaba a la vista que, a pesar de todo, era un hombre enfermo.

—Él también regresó de la cárcel y su vida estaba arruinada por completo.

—Todo eso no son sino trucos. Él era el típico malhechor, un criminal profesional.

Zoya alargó sus manos en demanda de la bata.

Oleg se levantó, la desdobló y le ayudó a ponérsela.

—¿Les tiene usted inquina? —le agradeció con un movimiento de cabeza su ayuda, y se abrochó los botones.

—Les odio —y la miró con cruel expresión, y contrajo la mandíbula con una leve convulsión desagradable—. Son como aves de rapiña, parásitos que viven a costa de los demás. Hemos estado treinta años proclamando que esa gente puede reeducarse, que «socialmente son nuestros semejantes», pero ellos sustentan el principio: «Si a ti no te…».

Y emplean a continuación palabras obscenas y extremadamente cáusticas, que vienen a querer decir: «Si a ti no te apalean, mantente quieto y aguarda tu turno», «Si

desnudan al vecino y no se meten contigo, no te muevas y aguarda tu turno». Pisotean con placer a quien yace abatido en el suelo, cubriéndose, al mismo tiempo, con el manto del romanticismo. Nosotros cooperamos a crearles unas leyendas y hasta sus canciones se abren paso en las pantallas.

—¿Qué leyendas?

Ahora Zoya le miraba de abajo arriba, como si hubiera incurrido en falta.

—Se necesitarían cien años para relatarlas. Pero le contaré una, si lo desea. —Ambos estaban en pie ante la ventana. Oleg, en contraste con sus rudas palabras, la tomó delicadamente del codo y siguió hablándole como si se dirigiera a una niña—. Esos criminales profesionales quieren hacerse pasar por «bandidos generosos» y dicen enorgullecerse de no expoliar a los pobres, de no atentar contra «el sagrado rancho de los presos», o sea, contra la ración de comida asignada por la prisión; de que sólo roban todo lo demás. Pero en el año 1947, cuando estábamos en un campo de tránsito en Krasnoyarsk, en nuestra celda no había un solo «castor», es decir, alguien que poseyera algo susceptible de ser robado. La mitad de la celda la componían esos criminales profesionales. Padecían hambre y empezaron a apropiarse de todo el azúcar y el pan que allí entraba. Tenía la celda una composición harto original: la mitad estaba integrada por bandidos; la otra mitad, por japoneses y dos rusos condenados por política: un famoso aviador del Artico y yo, cuyo nombre seguía llevando una de las islas del océano Glacial Artico mientras él estaba en prisión. Así pues, los profesionales del crimen estuvieron despojándonos desvergonzadamente a nosotros dos y a los japoneses de todo durante tres días. Pero los japoneses, que son desconcertantes, se pusieron de acuerdo y por la noche, levantándose sigilosamente, arrancaron las tablas de las literas y, al grito de «¡Banzai!», arremetieron con los tablones llenos de clavos contra los malhechores. ¡Y qué concienzudamente les atizaron! ¡Era digno de verse!

—¿Y a ustedes?

—¿Por qué habían de atacarnos? Nosotros no les robábamos su pan. Aquella noche nos mantuvimos neutrales, aunque partidarios de las gloriosas armas japonesas. Por la mañana se restableció el orden y recibimos la ración completa de pan y azúcar. Pero verá usted lo que hizo la administración del campo. Trasladó de nuestra celda a la mitad de los japoneses y reforzó a los batidos delincuentes profesionales con otros criminales de refresco. Entonces, todos ellos, en superioridad numérica, se lanzaron contra los japoneses blandiendo cuchillos, pues de nada se privan. Les infligieron un castigo cruel, de muerte. El aviador y yo no pudimos soportarlo y nos unimos a los japoneses.

—¿Contra los rusos?

Oleg soltó su codo y se enderezó. Movió la mandíbula de un lado a otro y precisó:

—A los profesionales del crimen yo no los considero rusos.

Alzó la mano y se pasó un dedo por la cicatriz, como si se la frotara, desde el mentón, en la parte inferior de la mejilla, hasta el cuello:

—Allí me acuchillaron.

13

El tumor de Pável Nikoláyevich no disminuyó ni tampoco se ablandó del sábado al domingo. Este tuvo conciencia de ello antes de levantarse de la cama. El viejo uzbeko le había despertado a hora temprana, pues desde el amanecer y a lo largo de toda la mañana estuvo tosiendo repugnantemente encima de sus oídos.

Al otro lado de la ventana albeaba el día, nublado y monótono, igual que ayer y anteayer, por lo que el corazón se cubría de mayor melancolía. A primeras horas de la mañana, el patriarca *kazajo* se había sentado en el lecho con las piernas cruzadas, y así seguía estúpidamente, como un tronco. Hoy no esperaban la visita de los doctores, y ninguno sería llamado a rayos o a curas, de modo que podía seguir en esa postura hasta la noche. El sombrío Yefrem se aferró a su elegiaco Tolstói; ni una sola vez se había levantado a caminar por el pasillo haciendo vibrar las camas, y era una suerte que no hubiera vuelto a enzarzarse con Pável Nikoláyevich ni con ningún otro.

Al Roedor, desde que salió de la sala, no se le había vuelto a ver por ella en todo el día. El geólogo, aquel joven agradable y educado, leía su geología sin molestar a nadie. El resto de los pacientes se mantenían tranquilos.

Pável Nikoláyevich se sentía confortado porque aguardaba la visita de su esposa. Por supuesto que ella no podía prestarle un auxilio efectivo en su enfermedad, pero ¡cuánto suponía para él poderse explayar con ella! Decirle lo mal que se sentía, que la inyección había sido ineficaz y describirle a la horrible gente de la sala. Le compadecería y él se aliviaría. Tendría que encargarle cualquier libro, uno moderno, tonificante. Y también la pluma estilográfica, para no caer en el ridículo como ayer, que tuvo que pedir un lápiz prestado a un chaval para anotar la receta. Sí, y eso era lo más importante, le daría instrucciones sobre el hongo, el hongo del abedul.

No todo estaba perdido, al fin y al cabo. Si las medicinas no ayudaban, existían otros recursos. Lo importante era no perder el optimismo.

Aunque, poco a poco, Pável Nikoláyevich iba acostumbrándose a aquel ambiente. Después del desayuno terminó de leer en el periódico del día anterior el informe de Zvérev sobre el presupuesto, y luego trajeron el periódico del día. Diomka se hizo cargo de él, pero Pável Nikoláyevich se lo pidió, y en el acto pudo enterarse con satisfacción de la caída del gobierno de Mendés-France. (¡Por urdir intrigas! ¡Por enfangarse en los acuerdos de París!). Vio un extenso artículo de Ehrenburg, que

reservó para leerlo más tarde, y se abismó en la lectura de otro artículo sobre la aplicación de las decisiones del Pleno, celebrado en enero, relativas al rápido incremento de la elaboración de los productos derivados de la ganadería.

Así, Pável Nikoláyevich pasó el día, hasta que la sanitaria le anunció que su mujer había llegado. Generalmente, se permitía la entrada a la sala de los familiares de pacientes que guardaban cama. Pero Pável Nikoláyevich no se sentía con fuerzas para demostrar que él era uno de esos pacientes y, por otro lado, se sentiría más desahogado en el vestíbulo que ante aquella gente abatida y desalentada. Rusánov se arropó el cuello con la protectora bufanda y bajó al piso inferior.

No todo el mundo, en vísperas de las bodas de plata, conserva una esposa tan afectuosa como era Kapa para con Pável Nikoláyevich. En toda su vida, efectivamente, no existió para él persona más allegada, con nadie se sentía más a gusto, congratulándose de los éxitos o resolviendo las dificultades. Kapa era una compañera fiel, una mujer inteligente y enérgica. («¡Tiene tanta capacidad como un Soviet rural!», solía jactarse ante sus amigos). Pável Nikoláyevich jamás sintió la necesidad de serle infiel, y ella, por su parte, tampoco le había engañado. No es cierto que el hombre se avergüence de la amiga de su juventud según va progresando en la escala social. Ambos se habían encumbrado mucho desde el nivel que ocupaban cuando se casaron. (Ella era obrera de una fábrica de macarrones y él empezó a trabajar en la misma empresa, en el taller de amasamiento mecánico. Antes de su matrimonio Pável ya era miembro del comité de la factoría y se ocupaba de la seguridad en el trabajó. Además, por encargo de la organización de Juventudes Comunistas, colaboraba en el reforzamiento del Soviet de empleados del comercio, y durante un año fue director de la escuela secundaria de la empresa). A lo largo de todo ese tiempo no se produjeron disensiones en los intereses de los esposos ni se incrementó su arrogancia. En las fiestas, si se había bebido un poco y los reunidos a la mesa eran gentes sencillas, a los Rusánov les complacía evocar su pasado de simples obreros y les gustaba cantar *Los días de Volocháyev* y *Nosotros, la caballería roja*.

Kapa, con su ancha figura, su doble zorro plateado, su bolso del tamaño de un cartapacio y su bolsa con provisiones, le esperaba en el vestíbulo, en el rincón más calentito y ocupando casi tres plazas del asiento en que se hallaba. Se levantó para besar a su marido con sus tibios y suaves labios, y le hizo sentarse en el faldón de su abrigo de pieles, que extendió para que él no tuviera frío.

—Aquí hay una carta —dijo, contrayendo la comisura de los labios.

Por este gesto familiar, Pável Nikoláyevich intuyó en el acto que la carta era enojosa. Siendo en todo una persona razonable y animosa, Kapa no había podido desprenderse de este hábito femenino: si había una novedad, ya fuera buena o mala, enseguida perdía la cabeza y la contaba a deshora.

—Está bien —se ofendió Pável Nikoláyevich—. ¡Acaba, acaba conmigo! ¡Acaba si eso es lo más importante!

Una vez que decía cuanto le venía a la boca, Kapa se calmaba y ya estaba en condiciones de conversar como una persona corriente.

—¡No, ahora no! ¡Es una tontería! —se arrepintió—. Y bien, ¿cómo te sientes, Pásik? Ya estoy enterada de la inyección, pues el viernes telefoneé a la enfermera jefe y ayer por la mañana volví a llamar. Así, si algo no hubiera ido bien, habría podido venir corriendo. Pero me informaron de que todo ha ido perfectamente. ¿Es cierto?

—La inyección la he soportado bien —confirmó Pável Nikoláyevich, satisfecho de su entereza—. Pero ¡el ambiente, Kapelka… el ambiente!

Y de repente todo cuanto allí le molestaba y amargaba, empezando por Yefrem y el Roedor, se le presentó de golpe, y no acertando a elegir la primera queja, se lamentó:

—¡Si por lo menos el retrete fuera individual! ¡Pero el de aquí es horrible! ¡Las cabinas no están separadas! Todo está a la vista.

(En su oficina, Rusánov utilizaba el excusado de otro piso, que no era de uso público).

Comprendiendo que había ido a parar a un ambiente ingrato y que tendría mucho de qué lamentarse, Kapa no interrumpía sus quejas, sino que le sugería otras, y así, gradualmente, él fue exponiéndole todo, hasta llegar a lo que no tenía respuesta ni solución: «¿Qué hacen los médicos para justificar su sueldo?». Ella le preguntó detalladamente cómo se había sentido antes y después de la inyección y cómo iba el tumor. Tras apartarle la bufanda y examinar el bulto, manifestó que, en su opinión, había disminuido un poquito.

No, no había disminuido. Pável Nikoláyevich lo sabía muy bien. No obstante, le complacía oír que tal vez era menor.

—En todo caso, no ha aumentado, ¿verdad?

—¡Claro que no ha aumentado! ¡Claro que no es más grande! —afirmó Kapa con convicción.

—¡Si por lo menos dejara de crecer! —exclamó, como en una súplica, Pável Nikoláyevich. En su voz se sentían las lágrimas—. ¡Si por lo menos dejara de crecer! Porque si sigue desarrollándose así una semana más… y… —No, no podía pronunciar esa palabra ni mirar hacia el negro abismo. ¡Qué desdichado era y qué peligro le amenazaba!—. Mañana me pondrán otra inyección y otra más el miércoles. ¿Qué haremos si no surten efecto?

—¡Entonces iremos a Moscú! —dijo Kapa con decisión—. Podemos hacer lo siguiente: si esas dos inyecciones no dan resultado, tomaremos un avión y nos iremos a Moscú. Tú ya telefoneaste el viernes, aunque después desististe. Pero yo he llamado por teléfono a Shendia-pin y me he entrevistado con Alymov, y Alymov se comunicó

con Moscú. Resulta que hasta hace poco tu enfermedad sólo la curaban en Moscú y allí enviaban a todos los enfermos. Ahora, para aumentar el número de especialistas locales, han decidido tratarla aquí. Todos los médicos en general son seres detestables. ¿Qué derecho les asiste a hablar de sus éxitos en la producción cuando tratan con personas humanas? ¡Puedes decir lo que quieras, pero odio a los médicos!

—¡Sí, sí! —convino Pável Nikoláyevich con amargura—. ¡Eso mismo les he dicho yo!

—¡Los odio tanto como a los maestros! ¡Cuánto me habrán hecho sufrir a causa de Maika! ¿Y por Lávrik?

Pável Nikoláyevich se frotó las gafas:

—Era comprensible en mis tiempos, cuando yo era director. Entonces los pedagogos todos nos eran hostiles, ajenos a nosotros, y el objeto fundamental consistía en mantenerlos sujetos. Pero, ahora, precisamente ahora, ¿estamos en condiciones de exigirles?

—Bien, bien. Pero escúchame. Por lo que ves, no hay dificultad en enviarte a Moscú. Conocemos el camino para lograrlo y podemos hallar una razón convincente. Además, Alymov ya se ha puesto de acuerdo para que allí te gestionen un sitio decente. ¿Qué te parece?… ¿Esperamos a la tercera inyección?

Lo planearon con tanta precisión que a Pável Nikoláyevich se le ensanchó el corazón. ¡No podía permanecer sumiso a la espera de lo peor en aquel agujero rutinario! Los Rusánov habían sido a lo largo de su vida gente de acción, con iniciativa, y solamente en la iniciativa encontraban su equilibrio espiritual.

Hoy no tenía sentido tener prisa y la felicidad de Pável Nikoláyevich consistía en seguir allí sentado junto a su esposa el mayor tiempo posible y no retornar a la sala. Notaba un poco de frío porque abrían con frecuencia la puerta de la calle. Kapitolina Matvéyevna se quitó de sus hombros un chal que llevaba bajo el abrigo y le arropó con él. Por otro lado, sus vecinos de asiento eran personas limpias y educadas, así que podían seguir sentados largo rato.

Pasando gradualmente de un tema a otro, fueron discutiendo los diversos aspectos de su vida, afectados por la enfermedad de Pável Nikoláyevich. Únicamente soslayaron la amenaza que pendía sobre ellos: la posibilidad de un desenlace fatal de la enfermedad. Porque eran impotentes para crear ningún plan contra ese desenlace, ninguna acción, ni podían aducir ningún motivo. No estaban preparados para tan aciago suceso, por la única razón de que lo creían imposible. (En verdad, a veces asaltaban a la esposa pensamientos fugaces, conjeturas sobre su situación económica y el disfrute de su casa en caso de muerte de su esposo. Pero estaban educados en un espíritu tan optimista que era preferible dejar que aquellos problemas siguieran confusos a atormentarse con el estudio anticipado de los mismos o con cualquier morboso testamento).

Charlaron sobre las llamadas telefónicas, las preguntas y los buenos deseos de sus colegas de la Dirección de Industria, adonde el año anterior habían trasladado a Pável Nikoláyevich desde el departamento especial de la fábrica. (Él, naturalmente, no dirigía los asuntos industriales porque no tenía una disposición tan estricta. Las cuestiones técnicas las concertaban los ingenieros y los economistas, y sobre ellos pesaba el control de Pável Nikoláyevich). Todos los empleados le estimaban y ahora era grato saber que se preocupaban por él.

También abordaron las perspectivas para conseguir una pensión. No se explicaba cómo, a pesar de su larga e irreprochable hoja de servicios en puestos de sobrada responsabilidad, no podría alcanzar el sueño de toda su vida: una pensión personal. Incluso podría verse privado de la lucrativa pensión de empleado —ventajosa por su cuantía y por la fecha que debía devengar—, y ello porque en el año 1939 no se había decidido, aunque se lo propusieron, a vestir el uniforme de la Cheka. Era una lástima, aunque tal vez no lo fuera tanto si se tenía en cuenta la situación inestable de los dos últimos años. Quizá fuera preferible la tranquilidad.

Charlaron sobre el deseo general de la gente de vivir mejor, puesto de relieve con toda evidencia en los últimos años y que se manifestaba tanto en la vestimenta como en el mobiliario y la decoración de las viviendas. En este punto Kapitolina Matvéyevna opinó que si el tratamiento de su esposo tenía éxito, aunque se prolongara mes y medio o dos meses, como ya les habían advertido, sería conveniente aprovechar ese tiempo para efectuar ciertas reparaciones en el piso. Hacía mucho que necesitaban desplazar una tubería en el cuarto de baño, cambiar de lugar el fregadero de la cocina, cubrir de baldosines el excusado y renovar imprescindiblemente la pintura de las paredes del comedor y de la habitación de Pável Nikoláyevich. Sería preciso variar los colores (ella ya había estudiado los tonos), que debían llevar necesariamente su estampación en oro, que era lo que estaba de moda. Pável Nikoláyevich no tuvo nada que objetar a todo eso, pero enseguida se le presentó un problema enojoso. A pesar de que los obreros le serían enviados por cuenta del Estado, que les abonaría sus salarios, no dejarían de extorsionar —no de pedir, sino exactamente de extorsionar— un pago suplementario de los «dueños». No es que lo sintiera por el dinero (que, por otro lado, también le interesaba). Pero Pável Nikoláyevich tenía presente el aspecto ético de la cuestión, mucho más importante y vejatorio: ¿por qué esa remuneración complementaria? ¿Por qué él recibía el sueldo reglamentario y las bonificaciones, sin pedir propinas ni ningún sueldo adicional? ¿Y por qué esos deshonestos trabajadores exigían más dinero del que legalmente les correspondía? Transigir en este caso era una cuestión de principios, una condescendencia inadmisible con todo el mundo pequeño burgués y con sus elementos incontrolados. Pável Nikoláyevich se enfurecía cada vez que abordaban este tema.

—Dime, Kapa, ¿por qué serán tan indiferentes con su dignidad de trabajadores? ¿Por qué nosotros, cuando trabajábamos en la fábrica de macarrones, tendíamos la mano pidiendo, sin exigir ningún apaño a los jefes? ¿Acaso se nos hubiera ocurrido hacerlo? ¡Pues tampoco debemos cooperar en modo alguno a su corrupción! ¿En qué se diferencia eso del soborno?

Kapa estaba completamente de acuerdo con él, pero inmediatamente hizo observar que si no les pagaban, si no les obsequiaban con vodka al comienzo y a la mitad de la jornada, se vengarían inevitablemente, harían algo mal y luego él se arrepentiría.

—Me han contado que un coronel retirado se mantuvo firme diciendo que no les pagaría un kopek de más. Los obreros depositaron una rata muerta en el desagüe del cuarto de baño. El agua no corría bien y olía que apestaba.

De modo que no llegaron a un acuerdo definitivo sobre las reparaciones proyectadas. Se mirara por donde se mirase, la vida era complicada, muy complicada.

Hablaron de Yura, que había salido demasiado pusilánime, sin esa garra de los Rusánov para enfrentarse a la vida. La jurisprudencia era una buena profesión y le colocaron convenientemente al finalizar los estudios. Pero debían reconocer que no era el tipo de trabajo apropiado para Yura. No sabía componérselas para afianzar su posición y para procurarse amistades útiles. Seguramente, ahora que se hallaba en misión de servicio, cometería alguna equivocación. Pável Nikoláyevich se inquietaba por él. Kapitolina Matvéyevna, por su parte, se sentía desazonada por su casamiento. Su padre era el que le había animado para que condujera el automóvil, y también sería su padre el que se esforzaría por conseguirle un piso independiente, pero ¿cómo prevenir y evitar que se equivocara en su matrimonio? Era tan ingenuo que cualquier tejedora de la industria textil sería capaz de sorberle el seso. Admitamos que no tenía oportunidad de tropezarse con ninguna obrera textil porque no frecuentaba tales círculos; sin embargo, ¿cuántas cosas podrían ocurrir en ese viaje de servicio? Y ese leve paso hacia el irreflexivo matrimonio en el Registro Civil no solamente podía destrozar la vida del muchacho, sino echar por tierra los desvelos de toda la familia. Como le ocurrió a la hija de los Shendiapin, que cuando estudiaba en el Instituto Pedagógico estuvo a punto de casarse con un compañero de estudios que procedía de una aldea y cuya madre era una simple *koljosiana*. Y había que imaginarse el apartamento de los Shendiapin, su posición y las personas influyentes que los visitaban, y que a su mesa se sentara de repente una viejecilla con pañuelo blanco a la cabeza, ¡que era nada menos que la suegra! ¡Qué escándalo!… Por fortuna, consiguieron desacreditar al novio en los organismos sociales y salvar a su hija.

Otra cosa muy distinta era Avieta, la perla de la familia Rusánov. El padre y la madre no recordaban si alguna vez les originó disgustos o quebraderos de cabeza, aparte, claro está, de sus travesuras escolares. Era bella, sensata, inteligente y

enérgica, comprendía cabalmente la vida y aceptaba cuanto esta le ofrecía. No era preciso controlarla ni preocuparse por ella, pues ni en empresas grandes ni en pequeñas daría un paso en falso. Sólo se sentía molesta con sus padres por su nombre: «¿Para qué un nombre tan rebuscado? Llamadme simplemente Alia», decía. Pero en el pasaporte figuraba «Avieta Pávlovna». ¡Sonaba tan bien! Las vacaciones tocaban a su fin. El miércoles regresaría de Moscú en avión y acudiría rápidamente al hospital.

El problema de los nombres es una calamidad. Las exigencias de la vida se modifican y los nombres perduran invariables. Ahora Lávrik también estaba resentido por el suyo. Por el momento, en la escuela todo el mundo estaba acostumbrado a llamarle Lávrik y nadie encontraba motivo de burla. Pero este mismo año recibiría el pasaporte, ¿y qué iría escrito en él? «Lavrenti Pávlovich.»[10] En otro tiempo sus padres decidieron intencionadamente: que lleve el nombre de un ministro, de un inflexible compañero de lucha de Stalin, y que en todo se parezca a él. Mas desde hacía casi dos años había que andar con cautela al pronunciar de viva voz el nombre de Lavrenti Pávlovich. La dificultad se veía paliada por el hecho de que Lávrik aspiraba a ingresar en la Academia Militar, y en el Ejército no le nombrarían por el nombre y el patronímico.

Pero si se hacía la pregunta, aunque fuera en un susurro, de por qué se había enfocado el problema de esa manera, los Shendiapin opinaban de idéntico modo, aunque no lo expresaran ante extraños: que admitiendo que Beria era un renegado que se había traído entre manos un doble juego, y un nacionalista burgués que aspiraba a adueñarse del poder, lo lógico era juzgarle y fusilarle. Pero en secreto. ¿Por qué notificárselo a la gente sencilla? ¿Para qué minar su fe? ¿Para qué provocar la incertidumbre? En todo caso, podían haber enviado a determinados círculos una notificación confidencial explicándolo todo y que la prensa publicara que había fallecido de un infarto. Y que lo hubieran enterrado con todos los honores.

También hablaron de Maika, la más pequeña. Este curso se habían desvanecido todos los cincos, la nota máxima, de Maika. No sólo había dejado de sacar sobresaliente, siendo excluida del cuadro de honor, sino que sus notables eran escasos. Y todo por causa de haber pasado al quinto curso. En las primeras clases siempre tuvo la misma profesora, que la conocía a ella y a sus padres, y Maika estudiaba magníficamente. Pero este año tenía una docena de profesores, uno por asignatura, cada uno de los cuales daba una lección a la semana, no conocía a sus alumnos y seguía su plan de estudios. ¿Pensaba, acaso, en el trauma que se causaba a la criatura y en cómo se deformaba su carácter? Pero Kapitolina Matvéyevna no escatimaría esfuerzos e impondría orden en la escuela a través del comité de padres.

Así charlaron, de todo un poco, durante más de una hora, aunque sus lenguas se movían con desgana, porque ambos sentían, pero se lo ocultaban mutuamente, que

esos temas no eran lo esencial en aquel momento. Pável Nikoláyevich estaba alicaído, como si en realidad no existieran las gentes y los acontecimientos mencionados, ni tenía ganas de nada; quizá se hubiera sentido mejor pudiéndose acostar reclinando su tumor sobre la almohada y ocultándose a todos.

Kapitolina Matvéyevna estuvo violenta durante toda la conversación, porque le quemaba la carta que llevaba en el bolso. La había recibido aquella mañana y procedía de K***, de su hermano Minái. Antes de la guerra, los Rusánov habían vivido en K***, donde transcurrió su juventud, donde se casaron y donde habían nacido sus hijos. A causa de la guerra emigraron a esta ciudad y nunca más regresaron a K***. Se las compusieron para transferir el piso al hermano de Kapa.

Ella se hacía cargo de que su marido no estaba en situación de recibir tales noticias. Pero las noticias eran de esas que no pueden compartirse con una buena amiga. No existía en la ciudad una sola persona con la que pudiera explayarse explicándolo todo. ¡Así que ella misma necesitaba ayuda mientras procuraba consolar a su esposo! No podía seguir en su casa reservándose para sí la noticia sin comentarla con alguien. Quizá, de entre sus hijos, podría contársela sólo a Avieta. A Yura, por nada del mundo. Pero, incluso antes de notificársela a Avieta, debía aconsejarse con su marido.

Y él, a medida que pasaba el tiempo, parecía más fatigado, lo que aumentaba la imposibilidad de discutir aquel problema vital.

Se acercaba el momento de irse. Empezó a extraer de la bolsa los productos que había traído y se los iba mostrando a su marido. Las mangas de su abrigo de pieles, ampliadas por las bocamangas de zorro plateado, apenas cabían por la ancha abertura de la bolsa.

Al ver la provisiones (de las que aún le quedaba suficiente reserva en la mesilla), Pável Nikoláyevich recordó otra cosa de más importancia para él que toda la comida y bebida y que era por lo primero que tenía que haber empezado la conversación de hoy: se acordó de la *chaga*, ¡del hongo del abedul! Y con gran animación le relató a su mujer aquel milagro. Le contó lo de la carta y el doctor (que podía ser un charlatán), y agregó que era preciso pensar en aquel mismo instante a quién podrían escribir a Rusia para que les facilitara dicho hongo.

—En los alrededores de K*** hay todos los abedules que quieras. ¿Qué trabajo le costaría a Minái hacer eso por mí? ¡Escríbele inmediatamente! Y a alguien más también. Contamos allí con viejos amigos. ¡Qué se preocupen un poco por mí! ¡Que sepan la situación en que me hallo!

¡El mismo se había referido a Minái y a K***! Sin entregarle la carta, porque su hermano escribía en términos algo sombríos, y abriendo y cerrando el crujiente cierre del bolso, Kapa manifestó:

—¿Sabes, Pashka? Antes de hacer que tu nombre vuelva a sonar en K***, debes

pensarlo bien… Minái escribe, aunque quizá no sea verdad, que Ródichev ha vuelto a la ciudad… Y, al parecer, re-ha-bi-li-ta-do… ¿Será eso posible?

Mientras pronunciaba la larga y repulsiva palabra «rehabilitado» con la mirada en el broche de su bolso, inclinándose para sacar la carta, pasó por alto el momento en que Pashka se puso blanco como la nieve.

—¿Qué te ocurre? —gritó alarmada, con mayor susto que el que le produjera la carta—. ¿Qué te ocurre?

Él se reclinaba en el respaldo del asiento y con gesto femenino se arropaba con el chal.

—¡Tal vez no sea cierto! —exclamó, cogiéndole impetuosa por los hombros. Con una mano seguía sosteniendo el bolso y daba la impresión de querérselo colgar del hombro—. ¡Tal vez no sea cierto! Minái no le ha visto, pero lo dice la gente…

La palidez de Pável Nikoláyevich iba cediendo poco a poco, pero él quedó totalmente desmadejado. Notaba debilidad en la cintura, en los hombros y en los brazos, y el tumor le obligaba a inclinar la cabeza de lado.

—¿Para qué me lo has dicho? —pronunció con débil y compungida voz—. ¿Es que no padezco bastante amargura?… ¿Es que no padezco bastante amargura? —Y tuvo dos quejumbrosos estremecimientos en el pecho y en la cabeza, pero no le asomaron las lágrimas.

—¡Perdóname, Páshenka! ¡Perdóname, Pásik! —le imploraba aferrada a sus hombros y sacudiendo su moderno y leonino peinado de tono cobrizo—. ¡He perdido la cabeza! ¿Será posible que ahora pueda arrojar a Minái del piso? ¿Adónde vamos a parar? ¿Recuerdas que ya habíamos oído dos casos semejantes?

—¿Qué tiene que ver aquí el piso? ¡Que se vaya al infierno! ¡Que se quede con él! —le contestó con un susurro lastimero.

—¿Cómo que se vaya al infierno? ¿Y lo penoso que sería para Minái tener que estrecharse?

—¡Harías mejor en pensar en tu marido! ¡Considera lo que para mí representa su regreso!… ¿No menciona en su carta a Guzún?

—De Guzún no dice nada… ¿Qué va a pasar si todos empiezan a volver?

—¡Qué sé yo! —le respondió su marido con voz ahogada—. ¿Qué *derecho* tienen a poner ahora en libertad a esa gente?… Pero ¿cómo pueden traumatizar tan despiadadamente a la gente, asestar tan despiadados golpes a las personas?

14

Rusánov confiaba fortalecer su ánimo con la visita, pero había sido en muchos aspectos tan repugnante que habría sido mejor que Kapa no hubiera ido a verle. Subía la escalera tambaleándose, apoyándose en la barandilla y sintiéndose atacado por escalofríos cada vez más frecuentes. Kapa, con la ropa de calle, no pudo acompañarle hasta la sala. La ociosa sanitaria estaba allí plantada especialmente para impedirlo, y no le permitió subir. Pero Kapa la obligó a que acompañara a Pável Nikoláyevich hasta la sala y que le llevara la bolsa de las provisiones. Ante la mesita de la enfermera de guardia estaba sentada la joven de ojos saltones, Zoya, que, sin saber por qué, fue del agrado de Rusánov la primera noche de su estancia en la clínica. Ahora, parapetada tras la pila de carpetas, coqueteaba con el grosero Roedor sin preocuparse mucho por los pacientes. Rusánov le pidió una aspirina y ella le respondió con estudiada vivacidad que la aspirina sólo podría tomarla por la noche. No obstante, le dio el termómetro para que comprobara su temperatura y luego le llevó un medicamento.

Los pacientes intercambiaban provisiones. Pável Nikoláyevich se acostó como había deseado: apoyando el tumor en la almohada. (Se asombró de que allí las almohadas fueran tan blandas y de no haber tenido que pedir una a casa). Se cubrió hasta la cabeza.

Le acosaban y le aguijoneaban tan ardientes pensamientos que el resto del cuerpo parecía insensible, como narcotizado. No oía las insustanciales conversaciones de la sala ni percibía los paseos de Yefrem, a pesar de que le sacudían a través del parquet. No advirtió que el día se despejaba, que antes de anochecer el sol había asomado por alguna parte, aunque no por el lado del edificio en que estaba la sala. Tampoco notó el vuelo de las horas. Se quedó dormido, quizá por efecto de la medicina, y luego se despertó cuando ya habían encendido la luz. Se volvió a dormir y, en medio de la noche, de la oscuridad y el silencio, despertó de nuevo.

Se le desvaneció el sueño, desapareciendo su benéfico velo. Pero el miedo, en toda su dimensión, le atenazaba algo más abajo del pecho, oprimiéndole.

Un enjambre de ideas acudían insistentes y giraban velozmente alrededor de la cabeza de Rusánov, de la estancia y más allá, en la espaciosa oscuridad.

No eran realmente ideas, sino simple miedo. Temía que Ródichev,

inesperadamente, mañana por la mañana, se abriera paso a través de las enfermeras y de las sanitarias y se lanzara sobre él, y le golpeara. Rusánov no temía a la justicia, ni al juicio de la sociedad, ni a la deshonra; simplemente temía que pudieran ponerle la mano encima. Le habían pegado una sola vez en la vida, en la escuela, cuando era alumno del sexto curso, el último que estudió. Le esperaron a la salida, de noche. Ninguno llevaba navaja, pero a lo largo de toda su existencia conservó aquella espantosa sensación al ser acometido desde todas direcciones por crueles y huesudos puños.

Así como nos representamos a un difunto como lo vimos por última vez en su juventud, por muchos años que hayan transcurrido, durante los cuales se podría haber convertido en un anciano, del mismo modo a Ródichev, que al cabo de dieciocho años quizá volvía inválido, sordo o encorvado, Rusánov lo recordaba como el mocetón bronceado que fue, trajinando, el domingo precedente a su detención, con sus pesas de gimnasia en el largo balcón que compartían. Desnudo de la cintura para arriba, le había llamado:

«¡Pashka! ¡Ven aquí! ¡Tócame los bíceps! ¡No temas, aprieta! ¿Comprendes ahora lo que representa ser ingeniero de la nueva formación? No somos enclenques como un Eduard Jristofórovich cualquiera, sino hombres debidamente constituidos. Tú también te has vuelto algo canijo; te estás acartonando tras la puerta forrada de piel de tu despacho. Vente a la fábrica, te daré un puesto en el taller. ¿Qué te parece? ¿No quieres?… ¡Ay, ay, ay!».

Se había echado a reír y entró a lavarse, cantando:

Somos forjadores y nuestro espíritu es joven.

Pues a aquel mocetón se lo figuraba ahora Rusánov entrando allí, en la sala, con los puños prestos. Y no conseguía desembarazarse de la falsa imagen.

Hubo una época en que él y Rusánov fueron amigos, miembros de la misma célula de las Juventudes Comunistas, y convivieron en aquel piso que les dio la fábrica. Después Ródichev estudió en la escuela de la empresa e ingresó en el Instituto; Rusánov pasó a trabajar al aparato sindical y a la sección de personal. Las discordias surgieron entre las esposas de ambos y luego entre ellos dos. Con frecuencia Ródichev se dirigía a Rusánov con tono ofensivo, se comportaba con excesiva independencia y se enfrentaba con la colectividad. Se hizo insoportable y molesto vivir con él. Sus relaciones se enconaron, ambos llegaron a perder los estribos y Pável Nikoláyevich escribió una denuncia contra él, testimoniando que en el curso de una conversación privada Ródichev le había expresado su simpatía por la actividad del Partido Industrial, recientemente destruido, exponiéndole su intención de organizar en la factoría un grupo de saboteadores. (Realmente él así no lo había

dicho, pero por su conducta podía haberlo expresado y podía tener intención de hacerlo).

Rusánov pidió encarecidamente que su nombre no figurara en el expediente y que no se le sometiera a careo. El juez de instrucción le garantizó que la ley no exigía que su nombre fuera descubierto y que el careo tampoco era obligatorio. Bastaba con que el acusado confesara. Tampoco era necesario que la denuncia escrita de Rusánov figurara en el expediente del proceso. Así, cuando el acusado firmara el artículo 206, no se tropezaría con el apellido de su vecino.

Todo habría ido bien si no se hubiera interpuesto Guzún, el secretario del Comité del Partido de la fábrica. Recibió una notificación de los organismos de seguridad acusando a Ródichev de enemigo del pueblo, acusación que debía ser tomada como base para su expulsión del Partido en la célula a la que pertenecía. Pero Guzún no estuvo de acuerdo, se cerró en banda y armó jaleo, asegurando que Ródichev «es uno de nuestros muchachos». Exigió materiales detallados de evidencia. Su desacuerdo redundó en perjuicio propio, pues en la noche del segundo día fue detenido. A la mañana siguiente, tanto él como Ródichev fueron debidamente expulsados del Partido por pertenecer a una organización contrarrevolucionaria clandestina.

Lo que ahora carcomía a Rusánov era que en el curso de esos dos días, cuando se empeñaban en hacer entrar en razón a Guzún, no tuvieron más remedio que decirle que la denuncia provenía de Rusánov. Por tanto, al encontrarse *allí* con Ródichev (y no estaba descartado que hubieran estado juntos, puesto que fueron incluidos en el mismo proceso), Guzún se lo contaría todo. Por eso Rusánov temía tanto el desastroso retorno, la resurrección de los muertos, que él jamás pudo concebir que se produjera.

Aunque también la esposa de Ródichev pudo haberlo recelado. ¿Viviría aún? Kapa había calculado por aquel entonces: «En cuanto arresten a Ródichev, a su mujer, Katka, la expulsarán del piso, nosotros pasaremos a ocuparlo y así podremos disfrutar íntegramente del balcón». (Ahora resultaba ridículo que una habitación de catorce metros cuadrados en un piso sin gas hubiera podido tener tanta importancia. Pero los niños crecían). La maniobra de la habitación ya estaba concertada de antemano y, en efecto, fueron a desahuciar a Katka. Pero ella hizo una de las suyas: declaró que estaba embarazada. Le reclamaron un comprobante y presentó un certificado médico. ¡Perfecto! Como había previsto, la ley desautorizaba el desahucio de una mujer en estado. Hasta el invierno siguiente no la echaron del cuarto. Los Rusánov se vieron obligados a soportar su presencia durante largos meses, todo el embarazo, el parto, hasta que finalizó el período legal después del alumbramiento. En todo ese tiempo, Kapa no le permitió, en verdad, ni chistar en la cocina, y Alia, que ya iba para los cinco años, se burlaba de ella ridículamente.

Tumbado de espaldas en la oscuridad, entre los resoplidos y ronquidos de la sala,

a la que sólo llegaba desde el vestíbulo, a través de la puerta de cristales opacos, el leve resplandor de la lámpara de mesa de las enfermeras, Rusánov intentaba comprender, con la mente despejada e insomne, por qué le perturbaban tanto las sombras de Ródichev y de Guzún y si su sobresalto habría sido el mismo si hubiera regresado cualquiera de los otros, cuya culpabilidad también contribuyó a establecer. El mismo Eduard Jristofórovich, por ejemplo, al que incidentalmente se refiriera Ródichev, un ingeniero de educación burguesa, que llamó idiota a Pável en presencia de los trabajadores (después él mismo confesó que deseaba la restauración del capitalismo). O la mecanógrafa culpable de tergiversar el discurso de un destacado jefe, protector de Pável Nikoláyevich, atribuyéndole palabras que no había pronunciado. O aquel terco contable (que encima resultó ser hijo de un pope, al que hicieron pasar por el aro en un minuto). O los esposos Yelchanski… y tantos otros.

A ninguno de ellos temía Pável Nikoláyevich, pues colaboró abierta y decididamente a establecer su culpabilidad. Llegó a tomar parte en dos careos, elevando su voz para desenmascararlos. Además, ¡entonces esa actividad nada tenía de vergonzosa! ¡En aquella magnífica y honesta época de los años 1937 y 1938, cuando tan notoriamente se depuró la atmósfera social, se respiraba a placer! Todos los farsantes, los detractores, los demasiado aficionados a la autocrítica o los intelectuales harto versátiles, desaparecieron, cerraron el pico, se agazaparon, y la gente con principios, los hombres firmes y leales, como los amigos de Rusánov y como Rusánov mismo, iban dignamente con la cabeza alta.

Pero ¿qué nueva época, confusa y morbosa, había sobrevenido para que hubiera que avergonzarse de los mejores actos cívicos del pasado? ¿O temer incluso por la propia seguridad?

¡Qué absurdo! Al rememorar la trayectoria de su vida, Rusánov no pudo reprocharse haber sido un cobarde. ¡Nunca tuvo ocasión de tener miedo! Tal vez no fuera un hombre peculiarmente valeroso, mas tampoco recordaba ocasión en que diera muestras de cobardía. No había fundamento para suponer que sintió miedo de ir al frente; sencillamente, no le movilizaron por tratarse de un funcionario valioso y experimentado. Imposible afirmar, asimismo, que habría perdido la cabeza ante un bombardeo o un incendio, puesto que él y su familia abandonaron K*** antes de los bombardeos y jamás padeció un incendio. Del mismo modo, nunca temió a la justicia y a la ley, porque no infringió las leyes y la justicia le apoyó y le defendió en todo momento. Tampoco le asustaba exponerse al juicio de la opinión pública porque esta siempre estuvo de su lado. En el periódico regional era improbable que apareciera un artículo indigno contra Rusánov, porque allí estaban Aleksandr Mijáilovich o Nil Prokófievich para impedirlo. En cuanto al órgano central de prensa, no descendería a ocuparse de un hombre como Rusánov. Así pues, tampoco temió nunca a la prensa.

Durante la travesía del mar Negro no sintió el menor temor a las profundidades

marinas. Y que le aterraban las alturas era igualmente imposible asegurarlo, ya que no tenía tan poca cordura como para andar gateando por las peñas o las montañas, y, por la naturaleza de su trabajo, nunca había edificado puentes.

El trabajo que Rusánov efectuó a lo largo de muchos años, casi de veinte, fue el del control administrativo del personal. Este empleo se denomina de diferentes maneras en las distintas instituciones, pero su particularidad es invariablemente la misma. Sólo los ignorantes o los inadvertidos desconocen que consiste en un trabajo sutil y delicado. A lo largo de su vida todos rellenan no pocos cuestionarios, cada uno de los cuales contiene un determinado número de preguntas. La respuesta de una persona a una de las preguntas de uno de los cuestionarios constituye un hilo que vincula para siempre a dicha persona con el centro local de registro de personal. De este modo, de cada individuo se extienden centenares de hilillos que englobados con otros llegan a ser innumerables millones. Si estos hilos se hicieran visibles, el cielo veríase a través de una telaraña; y si se materializaran en algo flexible, los autobuses, los tranvías y la gente misma perderían la posibilidad de moverse y el viento no podría esparcir los jirones de papel de periódico ni las hojas otoñales a lo largo de las calles. Pero son invisibles e inmateriales. No obstante, los hombres los perciben constantemente. El caso es que los así llamados cuestionarios cristalinos son, como verdad absoluta, como ideal, casi una utopía. Siempre existe la posibilidad de atribuir al ser humano algo negativo o sospechoso, siempre puede ocultar algo o ser culpable de algo si se examina la cuestión con excesiva minuciosidad.

Debido a esta permanente conciencia de los hilos invisibles es natural que en las gentes nazca el respeto hacia los individuos que los manejan, que dirigen el complicado registro de cuestionarios, y que se acreciente su autoridad.

Haciendo uso de un símil musical, Rusánov, por su especial posición, disfrutaba, por así decirlo, del juego de teclas del xilófono. Podía, por simple elección, por deseo o por creerlo necesario, golpear cualquiera de ellas. Aunque todas eran igualmente de madera, no obstante, cada una tenía su nota característica.

Había teclas —o sea, procedimientos— del más suave y prudente funcionamiento. Por ejemplo, si quería dar a entender a un camarada cualquiera que no estaba satisfecho de él, o simplemente prevenirle o pararle los pies, Rusánov tenía diversas maneras de dar los buenos días. Cuando dicho individuo saludaba (y era el primero, por supuesto, en iniciar el saludo), Pável Nikoláyevich podía corresponderle con tono oficioso, sin sonreírle; o podía fruncir el ceño (gesto que ensaya en su gabinete de trabajo ante el espejo) y demorar un poco la respuesta, como si dudara de si la persona en cuestión era digna de su salutación. Sólo después de esa pausa le respondía (bien con la cabeza medio vuelta, o vuelta por entero, o sin volverla en absoluto). Esa corta demora causaba siempre un efecto notable. En la mente del empleado saludado con dicha pausa o frialdad comenzaba una búsqueda febril de los

pecados de que pudiera ser culpable. Al inspirar incertidumbre, aquella pausa quizá le hacía abstenerse de cometer una acción incorrecta que estaba a punto de realizar y de la que Pável Nikoláyevich se habría enterado con indudable retraso.

Un procedimiento mucho más efectivo consistía en decir, al encontrarse con la persona (o bien al llamarla por teléfono o al reclamar especialmente su presencia): «Haga el favor de acudir a mi despacho mañana por la mañana a las diez». Y el sujeto le preguntaba sin falta, porque ansiaba saber para qué le llamaban y para acabar cuanto antes con la conversación: «¿No podría ir ahora?». Pável Nikoláyevich le responderá suave, pero severamente: «No, ahora es imposible». No le dirá que estaba ocupado con otro asunto o que iba a una reunión, no; al contrario, en modo alguno le ofrecerá una razón clara y simple que lo tranquilice. En eso, precisamente, consistía el procedimiento/Pronunciará las palabras «Ahora es imposible» de manera que en ellas vayan implícitos diversos y graves significados, ninguno de ellos favorable. Es posible que por su extremada inexperiencia, el funcionario ose preguntar: «¿De qué asunto se trata?», y Pável Nikoláyevich soslayará aterciopeladamente la indiscreta pregunta: «Mañana lo sabrá». Pero hasta las diez de la mañana del siguiente día falta aún mucho tiempo y son muchas las cosas que deben realizarse. El empleado ha de concluir su jornada de trabajo, irse a su casa, conversar con su familia o, quizás, ir al cine o a una reunión de padres de la escuela, y después dormir (unos pueden conciliar el sueño y otros no), y por la mañana atragantarse con el desayuno. En todo ese tiempo le taladrará y le atormentará esta pregunta: «¿Para qué me llamará?». Durante esas largas horas el empleado se arrepentirá de muchas cosas, temerá otras y jurará no volver a llevar la contraria a los jefes en las reuniones. Y cuando, finalmente, acuda a la entrevista, puede ocurrir que no se trate de nada trascendental, sino meramente de la comprobación de su fecha de nacimiento o del número de su diploma.

De este modo, como en las tablillas del xilófono, los matices que adoptaba su voz leñosa iban en aumento hasta llegar al más seco y brusco: «Serguéi Serguéyevich (que era el director de la empresa, el Amo local) le ruega que para tal fecha rellene este cuestionario». Y Rusánov ofrecía a la persona en cuestión no un impreso corriente, sino el más completo y desagradable de cuantos guardaba en su armario, donde los había de diferentes clases y formas. Como, por ejemplo, el cuestionario que debían rellenar aquellos que iban a tener acceso a datos secretos. Podía ocurrir que dicho empleado no trabajara en sección secreta alguna y que Serguéi Serguéyevich no tuviera nada que ver con aquello. Pero ¿quién se atrevería a comprobarlo, si a Serguéi Serguéyevich se le temía más que al fuego? El empleado toma el impreso e incluso asume una apariencia animosa; pero, en realidad, bulle ya en su interior el hormigueo de la zozobra si anteriormente había ocultado algo al registro central de cuestionarios. Porque en ese cuestionario confidencial no se debe omitir nada. Es excelente, el mejor de los cuestionarios.

Precisamente con la ayuda de este cuestionario Rusánov pudo conseguir el divorcio de varias mujeres cuyos esposos se hallaban en prisión en virtud del artículo 58[11]. Por mucho que esas mujeres procuraron borrar las huellas, enviar a sus maridos paquetes con otro nombre y desde otras ciudades, o aunque no se los hubieran enviado, en dicho cuestionario se alzaba un valladar de preguntas lo bastante exhaustivo como para impedir seguir adelante con la mentira. En este valladar sólo había una salida: el divorcio definitivo ante la ley; por otra parte, el procedimiento para lograrlo estaba singularmente simplificado: el tribunal no requería el beneplácito de los presos para divorciarse ni se les informaba una vez formalizada la separación. Para Rusánov lo fundamental era la consecución del divorcio para que las sucias garras del criminal no desviaran a la mujer, incorrupta aún, de la general senda cívica. Aquellos cuestionarios no salían de allí. A Serguéi Serguéyevich se los enseñaban alguna vez, pero sólo como casos anecdóticos.

La posición de Rusánov, retraída, misteriosa, un poco al margen de la marcha general de la producción, le proporcionaba un profundo conocimiento de los verdaderos procesos de la vida, lo cual le satisfacía. La vida que estaba a la vista de todos —la producción, las conferencias, el periódico de la empresa, las convocatorias con vistas al aumento de la productividad, las solicitudes, la cantina, el club— no era la auténtica, aunque se lo pareciera a los profanos. El curso verdadero de la vida se decidía sin alboroto, reposadamente, en tranquilos gabinetes y por dos o tres personas que se entendían a la perfección, o mediante un cordial telefonazo. También fluía la vida real en los documentos secretos, en las profundidades de los portafolios de Rusánov y de sus colaboradores, y podía muy bien y durante largo tiempo discurrir silenciosamente tras la persona y mostrarse de improviso, y por un instante, abriendo sus fauces y vomitando fuego sobre su víctima, para luego desaparecer en un lugar ignorado. Después, en apariencia, todo seguía igual: el club, la cantina, las solicitudes de algún beneficio, el periódico de la empresa, la producción. Lo único que se echaba en falta en las convocatorias sindicales era el hombre destituido, expulsado, quitado de en medio.

El gabinete de trabajo de Rusánov estaba equipado en concordancia con este género de actividad. Siempre era una estancia aislada, con puerta guarnecida de piel y tachonada con relucientes clavos. Después, según se fue enriqueciendo la sociedad, se cercó el gabinete con un cancel protector, con una contrapuerta oscura. Este cancel podría parecer una simple invención, un artificio inocente. Apenas tenía un metro de fondo y el visitante se entretenía escasamente unos segundos en cerrar tras de sí la primera puerta antes de abrir la segunda. Pero en esos dos segundos, precedentes a una conversación decisiva, parecía hallarse en una breve prisión: privado de luz y de aire, adquiere conciencia de su nulidad en comparación con la persona ante la que va a comparecer. Y si tenía resolución e ideas propias, se desprendía de ellas allí mismo,

en el cancel.

Naturalmente, nunca acudían al despacho de Pável Nikoláyevich varias personas a la vez; entraban de una en una, y para eso tenían que haber sido convocadas o llamadas por teléfono.

No cabe duda de que, según la correlación existente entre todos los fenómenos de la realidad, correlación establecida por la dialéctica, la norma de conducta de Pável Nikoláyevich en el trabajo tenía que influir inevitablemente en su general modo de vida. Gradualmente, con el paso de los años, tanto él como Kapitolina Matvéyevna llegaron a sentir aversión, no digamos ya por los vagones corrientes de los ferrocarriles, sino también por los de asientos reservados, en los que la gente se apiña con sus zamarras, cubos y sacos. Los Rusánov empezaron a viajar únicamente en compartimentos especiales, dotados de asientos bien mullidos. En los hoteles Rusánov siempre tenía una habitación reservada, para no verse obligado a instalarse en la colectiva. Por supuesto los Rusánov también frecuentaban balnearios a los que no podía ir cualquiera, aquellos donde se conoce a la persona, se la estima y se le brindan todas las facilidades; aquellos donde la playa y los jardines de descanso están vedados para el público. Cuando a Kapitolina Matvéyevna le recomendaron los médicos *andar* más, no encontró otro sitio mejor donde poder andar que en un balneario semejante, entre iguales.

Los Rusánov amaban al pueblo, a su gran pueblo, al que servían y por el que estaban dispuestos a dar la vida.

Pero con el transcurso de los años podían soportar cada vez menos al vulgo, a esa población obstinada, eternamente disconforme, cerril y reivindicativa.

A los Rusánov empezaron a desagradarles los tranvías, el trolebús y el autobús, en los que siempre se padecían empujones, sobre todo a la entrada, a los que subían obreros de la construcción y otros con los monos sucios, amenazando con embadurnar el abrigo con residuos de nafta o de cal, y en los que, además, había arraigado la asquerosa y zafia costumbre de palmearte el hombro para pedirte que «hicieras pasar» el billete o el cambio del dinero e ineludiblemente tenías que hacer ese favor y «pasar» billetes y dinero sin fin. Por otro lado, desplazarse a pie por la ciudad era incómodo por las distancias, demasiado vulgar e inadecuado con el cargo que desempeñaba. Si los automóviles de servicio de la empresa estaban todos en ruta o en reparación, Pável Nikoláyevich era capaz de aguardar horas enteras sentado en su despacho antes de ir a comer a casa, hasta que le facilitaban un auto. ¿Qué otra cosa podía hacer? En cualquier momento los peatones podían depararle algo imprevisto; algunos suelen ir mal vestidos, otros son unos insolentes y quizá se tropezase con algún borracho. El individuo mal vestido siempre es peligroso, porque no tiene sentido de la responsabilidad y es muy probable que tenga poco que perder, pues, de lo contrario, se vestiría con más decencia. Naturalmente que la policía y la

ley protegen a Rusánov del hombre mal vestido, pero esa protección llega inevitablemente con retraso. Llega después, para castigar al bribón.

Y Rusánov, que nada temía en el mundo, empezó a experimentar un temor absolutamente normal y justificado ante los sujetos licenciosos populares o, dicho con mayor precisión, empezó a temer que le aplicaran un puñetazo directo al rostro.

Por eso le había conmocionado tanto desde el principio la noticia del regreso de Ródichev. No le alarmaba que Ródichev o Guzún iniciaran una acción legal contra él, pues de nada podían acusarle ante las leyes. Pero ¿qué pasaría si conservaban su fortaleza física e intentaban, como vulgarmente se dice, romperle la cara?

Sin embargo, analizándolo con sensatez, era indudable que carecía de fundamento el irreflexivo sobresalto con que Pável Nikoláyevich acogió la noticia. Además, quizá no fuera Ródichev el que había vuelto, y quiera Dios que no regrese nunca. Todas esas habladurías sobre los *regresos* podían ser puras invenciones de la gente, porque en la marcha de su trabajo no había percibido Pável Nikoláyevich esos indicios susceptibles de vaticinar mudanzas en la vida.

Y si, efectivamente, Ródichev había regresado, lo habría hecho a K*** y no a esta ciudad; tendría otras cosas de qué preocuparse antes de ir en busca de Rusánov, y debería andarse con pies de plomo, no fuera que le expulsaran otra vez de K***.

Si de todos modos pretendía localizarle, no daría fácilmente con el hilo que le conduciría hasta aquí. Para llegar a esta ciudad, el tren corría tres días y tres noches a través de ocho regiones. Y si a pesar de todo se presentaba aquí, se dirigiría a casa de los Rusánov, pero no a la clínica. Y era en la clínica precisamente donde Pável Nikoláyevich se sentía completamente a salvo.

¡A salvo!… ¡Qué ridiculez!… Con este tumor y a salvo…

Aunque, si advenían tiempos tan deleznables, era preferible la muerte. Mejor morirse que sobrecogerse ante cada retorno. ¡Qué locura permitirles volver! ¿Para qué? Ellos ya se habían acostumbrado a vivir allí, ya estarían resignados. ¿Para qué, entonces, autorizarles el regreso? ¿Para qué trastornar la vida de las gentes?…

Pável Nikoláyevich se sentía agotado y propenso al sueño. Debía intentar dormirse.

Pero le acometió la necesidad de salir de la sala, que no era lo más fastidioso de ejecutar en la clínica.

Dándose la vuelta y moviéndose con cuidado, porque el tumor se asentaba en su cuello como un puño de hierro, oprimiéndole, descendió de la escandalosa cama, se puso el pijama, las pantuflas y las gafas, y salió, arrastrando silenciosamente los pies.

Ante la mesa del pasillo velaba la morena y adusta María, que se volvió solícita al oír sus pasos.

En el inicio de la escalera había una cama con un nuevo paciente, un griego de brazos y piernas largas, que gemía atormentado. No podía tumbarse y permanecía

sentado como si no cupiera en el lecho. Siguió a Pável Nikoláyevich con sus insomnes ojos dominados por el terror.

En el rellano intermedio continuaba aquel hombrecillo repeinado, amarillento-bilioso, semisentado y recostado en dos almohadas dobladas, respirando oxígeno de una bolsa de lona. En su mesilla guardaba naranjas, galletas, *rajat-lukum*[12], yogur, pero todo eso le importaba poco. En sus pulmones no penetraba el aire necesario, ese aire elemental, puro, gratuito.

En el pasillo inferior había más camas con enfermos. Algunos dormían. Una anciana de aspecto oriental y con el cabello despeinado movía incesantemente la cabeza en la almohada, víctima de sus sufrimientos.

Pasó luego ante el minúsculo cuartucho donde a todos, sin distinción, los hacían tumbarse en un exiguo diván mugriento para ponerles las lavativas.

Finalmente, haciendo acopio de aire y procurando retenerlo en sus pulmones, Pável Nikoláyevich entró en el retrete. En este excusado, carente de cabinas y de cazoletas, se sentía particularmente desvalido y reducido a polvo. Las sanitarias limpiaban aquel lugar muchas veces al día, pero no daban abasto. Siempre podían verse allí huellas recientes o manchas de vómitos, sangre o porquería. Y es que era utilizado por salvajes no habituados a las comodidades y por enfermos que habían llegado al límite y todo les daba igual. Tendría que ver al médico jefe y conseguir su autorización para poder utilizar el excusado de los doctores.

Pero Pável Nikoláyevich trazó este plan de acción con cierta apatía.

Volvió a pasar junto al cuartucho de las lavativas, junto a la desgreñada *kazaja* y los otros pacientes que dormían en el pasillo.

También dejó atrás al sentenciado de la almohadilla de oxígeno.

En el piso de arriba, el griego le abordó con un impresionante y ronco susurro:

—¡Oye, hermano! ¿Curan aquí a todos? ¿O también se mueren?

Rusánov se volvió mirándole con fiereza. Al hacer ese movimiento notó palpablemente que ya no podía girar la cabeza, que tenía, como Yefrem, que volverse con todo el cuerpo. La espantosa adherencia asentada en su cuello le oprimía hacia arriba, en el maxilar, y hacia abajo, en la clavícula.

Se dirigió hacia su cama.

¿Y aún pensaba en otras cosas? ¿De quién había tenido miedo? ¿En quién había confiado?…

Allí, entre el maxilar y la clavícula, estaba su destino.

El instrumento de la justicia.

Y ante esa justicia no contaba con amigos influyentes, ni con antiguos méritos, ni con defensa alguna.

15

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¡Oh! Son bastantes…

—¿Y tú?

—Dieciséis. Figúrate, ¿cómo voy a consentir que me corten la pierna a los dieciséis años?

—¿Hasta dónde quieren amputártela?

—Seguramente hasta la rodilla. No cortan menos, ya he visto aquí otros casos. Por lo general, cortan más arriba de lo debido. Así es que… iré con un muñón oscilando…

—Te puedes hacer una pierna artificial. ¿A qué piensas dedicarte?

—Deseo ingresar en la universidad.

—¿En qué facultad?

—En la de filología o en la de historia.

—¿Pasarás el examen de ingreso?

—Confío en ello. Nunca me dominan los nervios, soy muy tranquilo.

—Eso está bien. ¿Y qué te puede estorbar una pierna artificial? Podrías perfectamente estudiar y trabajar. Con mayor aplicación, incluso. Obtendrás mejores resultados en el terreno científico.

—Sí, pero ¿y la vida en general?

—Aparte del estudio, ¿a qué te refieres al decir «la vida en general»?

—Pues a…

—¿Al matrimonio?

—Entre otras cosas…

—¡Ya hallarás con quien casarte! ¡En todos los árboles se posan los pájaros!… Además, ¿crees que tienes alguna otra alternativa?

—¿Qué quieres decir?

—Que la pierna o la vida, ¿no?

—Sí, tal vez. ¡Aunque quizá tenga la suerte de que se cure por sí sola!

—No, Diomka. Los puentes no se construyen para que «tal vez» se mantengan en pie. Sin salirse de los límites de lo razonable, no es posible confiar en tan buena

suerte. ¿Han denominado de alguna manera tu tumor?

—Me parece que *S-a*.

—¿*S-a*? Entonces tendrán que operarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Si a mí me dijeran ahora que tenía que dar una pierna, la entregaría gustoso. Y eso que mi profesión exige un desplazamiento continuo, a pie o a caballo; por allí no pueden rodar los automóviles.

—¿Es que no te proponen la operación?

—No.

—¿Has dejado pasar demasiado tiempo?

—No sé qué decirte… No es exactamente que haya dejado pasar el momento de la operación… Aunque, en parte, no he recurrido a tiempo a los médicos. En el campo había mucho trabajo. Tendría que haber venido hace tres meses, pero no quise abandonarlo. Al caminar y cabalgar, con el rozamiento, se me inflamaba y luego empezaba a supurar. En cuanto reventaba me sentía mejor y dispuesto a reanudar el trabajo. Pensaba: «Esperaré un poco más». Ahora me pica tanto que estaría más a gusto si me cortara la pernera del pantalón o me quedara en cueros.

—¿No te lo vendan?

—No.

—¿Me lo puedes enseñar?

—Míralo…

—¡Oooh! ¡Qué…! ¡Qué oscuro!

—Siempre ha sido así. En ese mismo sitio tenía un lunar de gran tamaño, con el que nací. Y mira en lo que ha degenerado.

—¿Y esto qué es?

—Tres fístulas que me han quedado después de cada reventón… Ya ves, Diomka: mi tumor es completamente diferente al tuyo. Este es un melanoblastoma, y el muy bastardo no respeta nada. A los ocho meses suele acabarse la candela.

—¿Cómo lo sabes?

—Antes de venir aquí lo leí en un libro. Entonces fue cuando me lo tomé en serio. Pero el caso es que, aunque hubiera venido antes, tampoco me habrían operado. El melanoma es tan traidor que en cuanto le meten el cuchillo se reproduce y aparecen las metástasis. Y es que, a su manera, también quiere vivir, ¿comprendes? Mi demora de tres meses me ha costado lo que ahora me ha brotado en la ingle.

—¿Qué opina Liudmila Afanásievna?

—Dice que hay que procurarse algún oro coloidal. Con él podrían detener lo de la ingle; en la pierna aplicarían radioterapia. Y así irían dando largas…

—¿Hasta curarte?

—No, Diomka. A mí ya no pueden curarme. Nadie sana del melanoma, no existe

nadie que se haya repuesto de esta enfermedad. Con cortarme la pierna no sería suficiente, ¿y por dónde podrían cortar más arriba de ella? La cuestión reside en cómo hacerme ir tirando… En cuántos meses o años de vida ganaría.

—O sea que… Quiere decir que tú…

—Sí, Diomka. Significa que yo ya lo he aceptado. No siempre vive más el que más largo tiempo vive. En cuanto a mí, el problema se reduce a lo siguiente: ¿qué puedo hacer en el tiempo que me queda? ¡Porque alguna cosa podré hacer aún en el mundo! ¡Necesito tres años! Si se me concedieran, no pediría más. Pero esos tres años no tendría que pasármelos en la clínica, sino en el campo.

Conversaban en voz muy baja, sentados en el lecho de Vadim Zatsyrko, pegado a la ventana. Yefrem era el único que, por su proximidad, podía haberles oído, pero desde por la mañana continuaba tumbado como un tronco inánime, sin apartar la vista del techo. Quizá les habría escuchado Rusánov, que varias veces miró a Zatsyrko con simpatía.

—¿Qué podrías hacer? —Diomka frunció el ceño.

—A ver si lo comprendes. Estoy comprobando actualmente una idea nueva, muy discutible. Los eminentes científicos de Moscú apenas si le dan crédito. Consiste en la posibilidad de descubrir los yacimientos de minerales polimetálicos por las aguas radiactivas. «Radiactivas». ¿Sabes lo que quiere decir? Se pueden aducir miles de argumentos, pero sobre el papel es posible defender y rechazar lo que se quiera. Y yo siento, tengo el presentimiento de poder demostrarlo prácticamente. Por eso necesito vivir todo el tiempo en plena naturaleza y localizar efectivamente los yacimientos con las aguas y sólo con ellas. Además, sería de desear que lo lograra más de una vez. Pero el trabajo es arduo, ¡y cuánto se malgasta en cosas triviales! Por ejemplo, no tenemos bombas para hacer el vacío, sólo una centrífuga en la que hay que succionar para extraer el aire. ¿Con qué? ¡Con la boca! Y se traga uno el agua radiactiva. Aunque también la bebemos sin necesidad de eso. Los obreros *kirguizes* dicen: «Nuestros padres no bebieron nunca de aquí, y nosotros tampoco beberemos». Y los rusos bebemos. Pero con un melanoma, ¿qué temor me puede inspirar la radiactividad? Justamente yo soy el más indicado para trabajar en ello.

—¡Pues eres tonto! —sentenció Yefrem sin volverse, con voz ronca e inexpresiva. O sea, que les había estado oyendo—. Si has de morirte, ¿qué puede importarte la geología? No será ella la que te ayude. ¿No sería mejor que pensaras qué necesitan los hombres para vivir?

Vadim conservó la pierna inmóvil, pero su inmune cabeza giró fácilmente en el cuello sano y cimbreño. Los negros ojos le brillaron con determinación y sus suaves labios temblaron levemente. Contestó sin pizca de resentimiento:

—Eso para mí está claro. ¡Necesitan de un espíritu creador! Que además le reconforta a uno sin necesidad de beber ni de comer.

Y con el bolígrafo de reluciente materia plástica se golpeó suavemente los dientes, esperando saber hasta qué punto había sido comprendido.

—Tendrías que leer este libro. ¡Te asombrarías! —le replicó Poddúyev sin moverse y sin poder ver a Zatsyrko tabaleando la cubierta azulada con su uña torcida.

—Ya le he echado un vistazo —repuso vivamente Vadim—. No es adecuado para nuestra época; demasiado desquiciado y falto de vigor. Nuestro lema es: «Trabajad más, ¡pero no para hincharos los bolsillos!». Eso es todo.

Rusánov se animó. Sus gafas brillaron amistosamente y manifestó en voz alta:

—Dígame, joven, ¿es usted comunista?

Con la misma disposición y sencillez, Vadim dirigió la vista a Rusánov.

—Sí —respondió afable.

—¡Estaba seguro de ello! —exclamó triunfalmente Rusánov, alzando un dedo.

En ese instante se pareció mucho a un maestro.

Vadim palmeó el hombro de Diomka:

—Bien. Vete a tu sitio. Tengo que trabajar.

Y se inclinó sobre *Métodos geoquímicos*, entre cuyas páginas tenía intercalada una hoja de papel con menudas acotaciones y grandes signos de admiración e interrogación.

Leía, y el negro y reluciente bolígrafo se movía imperceptiblemente entre sus dedos.

Ensimismado en la lectura, parecía hallarse ausente de la sala. Pero Pável Nikoláyevich, alentado por su apoyo, anhelaba acumular más fortaleza de ánimo ante la segunda inyección y decidió hacer añicos a Yefrem para que no siguiera fastidiando. Y de pared a pared, mirando directamente a Poddúyev, le dijo:

—El camarada le ofrece un ejemplo aleccionador, camarada Poddúyev. No hay que acobardarse así ante la enfermedad ni dejarse embaucar por cualquier libraco clerical. Prácticamente hace usted el juego a… —quiso decir «los enemigos». En la vida corriente siempre se podía señalar a los enemigos; pero allí, postrados en las camas de la clínica, ¿quién era su enemigo?…—. Hay que conocer el fondo de la vida y, ante todo, la esencia del heroísmo. ¿Qué impulsa a las gentes a realizar proezas en la producción? ¿O a los hechos heroicos en la Guerra Patriótica? ¿O a las hazañas de la guerra civil, por ejemplo? Hambrientos, descalzos, desnudos, sin armas…

Yefrem se mantenía hoy en una inmovilidad insólita. No solamente no había salido a arrastrar los pies por la sala, sino que parecía haber perdido muchos de sus movimientos habituales. Antes sólo ponía los cinco sentidos en su cuello, volviendo el torso con desgana cuando tenía que girar la cabeza. Hoy no había desplazado ni una pierna ni un brazo, excepto cuando tabaleó el libro con el dedo. Cuando le instaron a desayunar, respondió: «Si no zampas, no tendrás por qué relamerte». Y así

se mantuvo quietamente tumbado antes y después del desayuno, y si de vez en cuando no hubiera pestañeado, podría haberse pensado que estaba yerto.

Pero sus ojos seguían abiertos.

Seguían abiertos y para mirar a Rusánov no tenía que hacer el menor movimiento. Sólo a él, al jeta delicada, podía ver, aparte del techo y las paredes.

Escuchaba la perorata de Rusánov. Movió los labios y dejó oír su voz, igualmente hostil y con menos nitidez en la pronunciación:

—¿Qué pasa con la guerra civil? ¿Peleaste, acaso, en ella?

Pável Nikoláyevich suspiró.

—Ni usted ni yo, camarada Poddúyev, pudimos luchar en ella por la edad que teníamos.

Yefrem resopló con la nariz.

—No sé por qué no peleaste tú. Yo sí lo hice.

—¿Cómo pudo ser eso?

—Muy simple —respondió Yefrem con calma, descansando entre frase y frase—. Cogí un revólver y luché. Fue interesante. Y no fui el único.

—¿Y dónde actuó usted?

—En los alrededores de Izhevsk. Fustigamos a los de la Asamblea Constituyente[13]. Yo mismo maté a tiros a siete tipos. Todavía lo recuerdo.

Sí, por lo visto aún podía recordar ahora a aquellos siete hombres adultos, así como el lugar exacto de las calles de la ciudad rebelde donde los abatió cuando no era más que un chiquillo.

El de las gafas seguía explicándole algo, pero hoy Yefrem tenía los oídos como atorados y no se concentraba por mucho tiempo en lo que le decían.

Al amanecer, en cuanto abrió los ojos y vio sobre sí el desnudo trozo del blanco techo, le acometió una inmotivada sacudida y se le presentó con toda claridad un antiguo e insignificante hecho que tenía absolutamente olvidado.

Acaeció un día de noviembre después de la guerra. Caía la nieve, que se derretía ligeramente; los copos que iban a parar a la tierra más templada que iban sacando de una zanja se licuaban en el acto. Cavaban para instalar una conducción de gas. La profundidad proyectada era de un metro y ochenta centímetros. Poddúyev pasó por allí y advirtió que no se llegaba a la hondura precisa. Pero se presentó el jefe del equipo asegurando cínicamente que a todo lo largo de la excavación el corte alcanzaba la medida prevista. «Qué, ¿lo medimos? ¡Será peor para ti!». Y Poddúyev tomó la vara de medir, en la que, a cada espacio de diez centímetros, iba señalando con una negra raya transversal marcada a fuego y que representaba la quinta parte de su longitud. Fueron a comprobar la profundidad excavada hundiéndose en el blanco y fangoso barro. Poddúyev calzaba botas altas y el jefe de equipo zapatos. Midieron un lugar y la profundidad resultó ser de un metro setenta centímetros. Siguieron

adelante, hasta donde cavaban tres hombres. Siguieron adelante, hasta donde cavaban tres hombres. Uno era alto y escuálido, con el rostro cubierto de negra y crecida barba. El segundo era un ex militar que aún llevaba la gorra del Ejército, aunque hacía tiempo que habían arrancado la estrellita de ella, y cuyo borde y visera acharolados y la banda carmesí aparecían cubiertos de cal y barro. El tercero, un jovencito, con una gorra de visera y que se cubría con un ligero abrigo (en aquellos años aún había dificultades para equipar a los prisioneros y no se les facilitaba ropa de reglamento). Dicho abrigo probablemente se lo habían confeccionado cuando todavía era un escolar, le venía corto y estrecho y estaba en mal uso. (Ahora era la primera vez que Yefrem creía ver con tanta claridad aquel abrigo). Los dos primeros removían la tierra, lanzando paladas hacia arriba, aunque la reblandecida arcilla no se despegaba del hierro. El tercero, el jovencito, estaba en pie, con el pecho apoyado en el mango de la pala. Parecía estar atravesado por ella y pender como un espantapájaros, blanco de nieve y con las manos guarecidas dentro de las mangas. No les habían proporcionado nada para protegerse las manos. El militar calzaba botas altas y los otros dos una especie de abarcas de caucho. «¿Qué haces ahí de plantón, papanatas?», gritó el jefe de equipo al chico. «¿Quieres ganarte una ración de castigo? ¡Pues la tendrás!». El muchacho sólo suspiró y se abatió aún más, como si el mango de la pala se le hubiera clavado profundamente en el pecho. Entonces el jefe de equipo le propinó un pescozón, el muchacho reaccionó y se puso en movimiento.

Comenzaron a medir. La tierra estaba esparcida a ambos lados del borde de la zanja, y para distinguir la raya transversal superior tenía que agacharse considerablemente. El militar quiso, al parecer, echarle una mano, aunque en realidad inclinaba la regla intentando ganar una decena de centímetros. Poddúyev le llenó de improperios, colocó la regla derecha y resultó patente que sólo habían excavado un metro y sesenta y cinco centímetros.

—Escucha, ciudadano capataz —le rogó quedamente el militar—, perdónanos estos últimos centímetros. No podríamos hacerlos. Tenemos la tripa vacía, estamos sin fuerzas. Y ya ves el tiempo que hace…

—Y yo por vuestra culpa al banquillo, ¿verdad? ¡No es mala idea! Existe un proyecto concreto. Que los ribazos queden llanos, sin desigualdades en medio.

Mientras Poddúyev se enderezaba, sacaba la regla de la zanja y desenterraba los pies del barro, los tres rostros se volvieron hacia él: uno con negra barba, el otro como el de un galgo acorralado y el tercero con leve pelusilla, jamás rasurado. La nieve se posaba en ellos como si estuvieran exánimes y elevaban los ojos a él. El joven desplegó los labios y dijo:

—Está bien. ¡También a ti te llegará la hora de la muerte, capataz!

Pero Poddúyev no escribió el informe para que los encerraran en la celda de castigo; sólo anotó escrupulosamente hasta donde habían llegado para no tener que

responder con su cuello de sus entuertos. Si hacía memoria, podía recordar casos peores. Desde entonces transcurrieron diez años. Poddúyev ya no trabajaba en los campos de prisioneros, aquel jefe de equipo recobró la libertad y la conducción de gas fue instalada en el tiempo previsto. Probablemente ya no abastecería de gas y las tuberías habrían sido utilizadas para otra cosa. Pero hoy había emergido y lo primero que por la mañana resonara en sus oídos fue:

«¡También a ti te llegará la hora de la muerte, capataz!».

Y no contaba con nada eficiente para protegerse de ello. ¿Que él quería vivir más? También el jovencito lo deseaba. ¿Que Yefrem poseía una voluntad férrea? ¿Qué había comprendido algo nuevo y querría vivir de manera distinta? La enfermedad no tomaba eso en consideración. La enfermedad tenía su propio *proyecto*.

Aquel librito azul con rúbrica dorada que había dormido cuatro noches bajo el colchón de Yefrem decantaba ciertas actitudes de los hindúes, su fe en que no morimos consumadamente, sino que nuestra alma se traslada a los animales o a otros seres humanos. Este proyecto seducía ahora a Poddúyev: salvar, por lo menos, algo de sí mismo, no esfumarse en la nada. Escamotear a la muerte aunque no fuera más que una parte de su ser.

Pero ni por lo más remoto creía en esa transmigración del alma.

Las punzadas de dolor le subían desde el cuello a la cabeza. Le martilleaban de modo uniforme en cuatro tiempos: «Ha muerto-Yefrem-Poddúyev-Punto. Ha muerto-Yefrem-Poddúyev-Punto».

Y así indefinidamente. El mismo, para sus adentros, repetía ya dichas palabras. Y cuanto más las repetía, más creía distanciarse del Yefrem Poddúyev condenado a morirse. Se iba habituando a su muerte como a la muerte de un vecino. Y aquello que dentro de él reflexionaba sobre la muerte de Yefrem Poddúyev, su vecino, era la parte de él que no debería morir.

Pero ¿y Poddúyev, el vecino? Por lo visto no tenía salvación. ¿O sí la tendría si bebía la infusión del hongo yesquero del abedul? Pero en la carta se especificaba que había que tomarla un año entero sin interrupción. Necesitaría por lo menos dos *puds*[§] de hongo yesquero desecado o cuatro de fresco, lo cual suponía ocho envíos. Además, no tendría que estar pasado, sino recién cortado del árbol. Por eso los envíos no podría recibirlos todos de golpe, sino distanciados, uno cada mes. ¿Quién se encargaría de recoger el hongo a su debido tiempo y de mandárselo? ¿Desde allí, desde Rusia?

Tendría que ser una persona de confianza, algún familiar.

Mucha, muchísima gente había pasado por la vida de Yefrem, pero nadie había sentado plaza como miembro de su familia.

Su primera esposa, Amina, podría recoger y enviarle el hongo. Allá, al otro lado

de los Urales, no tenía a nadie, excepto a ella, a quien pudiera escribir. Pero ella le contestaría: «¡Así te mueras bajo una empalizada, viejo verde!». Y tendría razón.

Tendría razón de acuerdo con los conceptos vigentes. Mas sería injusta según aquel librito azul. En él se decía que Amina debía compadecerle e incluso amarle, no como a un marido, sino simplemente como a un ser atormentado. Y mandarle los paquetes con el hongo yesquero.

El libro sería excelente si el mundo entero siguiera sus consejos…

Entonces llegó a sus embotados oídos lo que el geólogo decía, que vivía para el trabajo, y fue cuando Yefrem golpeó el libro con la uña.

Luego, nuevamente, sin ver ni oír nada, se sumió en sus pensamientos y volvió a sentir los pinchazos en la cabeza.

Esas descargas no hacían más que importunarle; se hubiera sentido más descansado y tranquilo sin tener que moverse, ni curarse, ni comer, ni hablar, y ni oír ni ver.

Simplemente, dejando de existir.

Pero le zarandearon por el pie y el codo. Era Ajmadzhán, que intentaba volverle a la realidad, pues hacía rato que ante su cama había una joven de la sala de cirugía que le rogaba que fuera a cambiarse el vendaje.

Yefrem tenía que levantarse, pues, por algo que ya no necesitaba. Debía transmitir a los seis *puds* de su cuerpo la voluntad de incorporarse, esforzándose con las piernas, brazos y espalda, y de la situación de reposo en la que estaban sus huesos forrados de carne, obligarlos a mover sus coyunturas para levantarse con toda su carga, formar un poste, cubrirlo con la chaqueta y conducirlo por los pasillos y la escalera hacia una tortura inútil: para que le desenrollaran y le volvieran a enrollar decenas de metros de vendas.

Fue un proceso largo y doloroso en medio de un monótono zumbido. Además de Yevguenia Ustínovna estaban presentes dos cirujanos que nunca intervenían en las operaciones. La doctora trataba de explicarles y demostrarles algo y también se dirigió a Yefrem; pero este ni siquiera le respondió.

Se daba cuenta de que ya no tenía nada de qué hablar. Aquella indiferente y gris confusión envolvía todas las palabras.

Vendado con un blanco cerco más voluminoso que el anterior, regresó a la sala. Lo que le envolvía era ya más abultado que su cabeza, cuya parte superior era lo único que asomaba por el vendaje.

A la entrada se tropezó con Kostoglótov, que salía con su petaca de majorka[14] en la mano.

—¿Qué han decidido?

Yefrem pensó: «¿Qué habían, en efecto, decidido?». Y aunque no pareció enterarse de nada cuando estaba en la sala de curas, en aquel instante lo vio todo claro

y respondió con lucidez:

—Puedes ahorcarte donde quieras, pero no en nuestra casa.

Federau miraba horrorizado el monstruoso cuello, como quizá llegaría a ser el suyo, e inquirió:

—¿Le dan el alta?

Fue suficiente esa pregunta para que Yefrem cayera en la cuenta de que no podía volver a acostarse en la cama, como anhelaba, que tenía que prepararse para salir de la clínica.

Y luego tendría que desvestirse para ponerse su ropa, cuando no podía ni agacharse.

Y después, sacando fuerzas de flaqueza, trasladar el poste que era su cuerpo por las calles de la ciudad.

Se le hacía insoportable pensar que, además, todo eso debía empeñarse por hacerlo sin saber para qué o para quién.

Kostoglótov no le contemplaba con lástima, no. Le contemplaba con la simpatía compasiva del soldado: «Esta bala ha resultado ser la tuya; la próxima quizá sea la mía». No conocía el pasado de Yefrem ni se hicieron amigos en la sala, pero le gustaba su espontaneidad y estaba muy lejos de ser la peor persona que Oleg encontrara en la vida.

—Bien; ¡chócala, Yefrem! —y le tendió la mano.

Yefrem aceptó el apretón de manos, y con una mueca burlona dijo:

—Naces y rebulles, creces y armas la zapatiesta, mueres y tienes tu merecido.

Oleg se disponía a fumar, pero en la puerta apareció una asistenta del laboratorio con la prensa del día. Le entregó a él el periódico por ser la persona más cercana. Kostoglótov lo tomó y lo desdobló. Rusánov, para quien no había pasado inadvertida la escena, en tono alto, ofendido, reprochó a la joven del laboratorio, que no había tenido tiempo de escabullirse:

—¡Oiga, oiga! ¡Le he pedido claramente que me lo entregara a mí en primer lugar!

En su voz se traslucía un auténtico dolor. Pero Kostoglótov no tuvo compasión de él y le vociferó:

—¿Por qué ha de ser usted el primero?

—¿Cómo que por qué? ¿Cómo que por qué?

Pável Nikoláyevich sufría manifiestamente; sufría por lo indiscutible, por la evidencia del derecho que le asistía, imposible de defender con palabras.

No era otra cosa que celos lo que padecía si alguien con sus profanos dedos abría las páginas del periódico antes que él. Ninguno de los que se encontraban allí era capaz de entrever en las líneas del periódico lo que Pável Nikoláyevich podía intuir. Consideraba el diario como una abierta instrucción divulgativa, aunque de hecho

fuera en clave, en la que no se podía expresar todo sin reservas. Pero a través de ella la persona versada podía formarse una idea exacta de las tendencias de última hora, guiándose por menudos y diversos indicios, por la disposición de los artículos, por lo que se decía o por lo que se omitía. Por eso, Rusánov debía ser el primero en leer el periódico.

Pero ¡era imposible explicar eso allí! Y Pável Nikoláyevich se limitó a lamentarse:

—Es que enseguida me pondrán la inyección y quisiera verlo antes de que me pinchen.

—¿La inyección? —se suavizó el Roedor—. Bien, ahora…

Miró el periódico por encima, echó una ojeada a los materiales de la sesión del Soviet Supremo y a otras noticias relegadas por ellos a otras páginas. Y se dispuso a salir a fumar. Ya había doblado el diario con intención de entregarlo, cuando de repente se fijó en algo, se concentró en ello e inmediatamente, con tono pasmado, pronunció repetidamente la misma larga palabra, como si la tamizara entre la lengua y el paladar:

—In-te-re-san-te… In-te-re-san-te…

Sobre su cabeza retumbaron los cuatro apagados acordes de Beethoven. Nadie los oyó en la sala ni posiblemente podría oírlos. ¿Qué otra cosa podía él expresar en voz alta?

—¿Qué pasa? —Rusánov se inquietó completamente—. ¡Deme de una vez el periódico!

Kostoglótov no quiso mostrárselo a nadie y no respondió a Rusánov. Juntó las hojas del diario, lo dobló por la mitad y lo plegó una vez más, tal y como se lo entregaron. Pero sus seis páginas no se acoplaron a los dobleces originales. Dio un paso hacia Rusánov (que iba hacia él) y se lo entregó. Y allí mismo, sin abandonar la sala, abrió su petaca de seda y con manos temblorosas se puso a liar un cigarrillo en papel de periódico con su majorka.

También con manos temblorosas, Pável Nikoláyevich desdoblaba el diario. Aquel «in-te-re-san-te» de Kostoglótov le sentó como una puñalada entre las costillas. ¿Qué era lo que al Roedor podía parecerle interesante?

Diestra y eficientemente sus ojos recorrieron con rapidez los titulares, las reseñas de la sesión del Soviet Supremo, y de repente, de repente… ¿Cómo? ¿Cómo?

Compuesto con tipos de no mucho realce, totalmente intrascendente para quienes no sabían interpretarlo, desde la página daba su pregón, ¡sí, pregonaba!, un inusitado e inconcebible decreto. ¡El de la destitución del Tribunal Supremo en pleno! ¡Del Tribunal Supremo de la Unión!

¡Cómo! ¿Matulévich sustituto de Ulrich? ¿Detístov? ¿Pavlenko? ¡Y Klópov! ¡Klópov, que había sido miembro del Tribunal desde su misma fundación! ¡Y

también le han destituido!… ¿Quién velará por los cuadros del Partido?… Se barajarán nombres completamente nuevos… ¡Y se ha barrido de un solo golpe a quienes administraron la justicia a lo largo de un cuarto de siglo!

¡No podía ser una casualidad!

Era un paso de la historia…

Pável Nikoláyevich se cubrió de sudor. Aquella misma mañana había tratado de persuadirse de que sus temores eran ridículos, y he aquí…

—Su inyección.

—¿Qué? —se levantó con imprudencia.

Ante él estaba la doctora Gángart con la jeringuilla.

—Descúbrase el brazo, Rusánov. Su inyección.

16

Se arrastraba. Reptaba por una especie de tubo de hormigón o más bien por un túnel, de cuyos laterales sobresalía la armazón sin revestir. De cuando en cuando se asía a él por el lado derecho, justamente por el lado enfermo de su cuello. Se arrastraba sobre el pecho, siendo la pesantez de su cuerpo aplastado contra el suelo la sensación más precisa que sentía. Esa carga superaba el peso de su cuerpo, y como no estaba acostumbrado a sobrellevarla, le aplanaba. Pensó en un principio que se debía a que el hormigón de la bóveda le comprimía. Pero no. Aquel lastre abrumador era su propio cuerpo. Sentía que tiraba de él como de un saco de chatarra. Calculó que con ese fardo no podría ni ponerse en pie, aunque lo fundamental era seguir arrastrándose para salir de aquella angostura, para poder descansar o simplemente para contemplar la luz. Pero el pasadizo no acababa, no tenía fin.

Entonces escuchó una voz, una voz sin sonido que únicamente le transmitía ideas y que le ordenó arrastrarse de costado. «¿Cómo voy a reptar en esa dirección si está la pared?», reflexionó. A pesar de la carga que aplanaba su cuerpo, la orden de reptar de lado era inapelable. Profirió un lamento y se arrastró. Y, en efecto, pudo comprobar que avanzaba en línea recta como antes. Mas todo seguía siendo igualmente agobiante, pues no se vislumbraba la luz ni el final del túnel. La misma voz le ordenó claramente tomar la dirección de la derecha y avanzar con más rapidez. Sudando a mares y valiéndose de los codos y los pies, a pesar de que hacia allí se alzaba un muro impenetrable, siguió reptando, al parecer con buenos resultados. A cada momento se contusionaba el cuello y le trepidaba la cabeza. Jamás en su vida le había acaecido nada tan grave. Y lo más doloroso de todo sería perecer allí sin poder llegar hasta el final.

De repente notó que sus piernas se aligeraban, que adquirían cierta ingravidez, como si se las hubieran inflado con aire. Vio que se elevaba mientras su pecho y su cabeza seguían pegados al suelo. Aguzó el oído, pero no recibió ninguna orden. Entonces se le ocurrió que ese era el modo de salir de allí: dejaría que las piernas siguieran elevándose más allá del túnel, él iría arrastrándose tras ellas y lograría evadirse. Y, en efecto, apoyado en las manos, fue reculando —¿de dónde emanarían sus fuerzas?—, gateando hacia atrás en pos de sus piernas hasta atravesar un agujero. Este era angosto; pero lo que ahora le inquietaba era que la sangre le había afluido al

cerebro y temió morirse allí mismo, temió que la cabeza le reventara. Ayudándose con las manos se apartó un poco más de la pared, que le desollaba por todos los lados, y consiguió salir a pesar de todo.

Se encontró sobre la cañería de una construcción desierta; por lo visto, la jornada de trabajo había concluido. Alrededor la tierra estaba sucia y enfangada. Se sentó a reposar en la cañería y descubrió que a su lado había una joven vestida con sucia ropa de trabajo, la cabeza sin cubrir y los pajizos cabellos sueltos, sin peineta u horquilla que los sujetara. La joven no le miraba; permanecía allí sentada simplemente, esperando su pregunta. Y él lo sabía. Al principio se asustó, pero luego se dio cuenta de que ella le temía a él mucho más. No tenía ánimos para entablar conversación, pero ella esperaba tanto su pregunta que él le interrogó:

—Dime, ¿dónde está tu madre?

—No lo sé —contestó la chica, mirando bajo sus pies y mordiéndose las uñas.

—¿Y cómo no lo sabes? —empezaba a irritarse—. Debes saberlo y tienes que decírmelo con franqueza. Y escribirlo todo como en realidad es… ¿Por qué callas? Te repito: ¿dónde está tu madre?

—Eso mismo quisiera preguntarle a usted —dijo la joven mirándole.

Le miró y sus ojos eran acuosos. Él sintió una tremenda desazón y le asaltaron varios presentimientos. Pero no uno tras otro, sino todos de sopetón. Adivinó que era la hija de la prensadora Grusha, que fue encarcelada por difundir habladurías contra el Caudillo de los Pueblos.

Y esta joven, su hija, le había presentado un cuestionario inexacto en el que ocultaba aquel hecho; él la llamó a su despacho amenazándola con entregarla a los tribunales por falsear el impreso. Y ella, entonces, se envenenó. Y ahora adivinaba, por sus cabellos y por sus ojos, que se había ahogado. También presentía que ella adivinaba quién era él. Y que si la joven se había suicidado ahogándose y en aquel momento se sentaba a su lado, indicaba que también él estaba muerto. Su cuerpo empezó a sudar. Se enjugó sudor el que le corría por la cara y dijo a la muchacha:

—¡Vaya un calorcito! ¿Sabes dónde podría beber agua?

—Allí —indicó la joven con la cabeza.

Señaló una tina o cajón repleto de agua de lluvia estancada, mezclada con barro de color verduzco. De nuevo volvió a adivinar que fue en esa misma agua en la que la chica se ahogó y que ella pretendía ahora que también él se anegara en aquel líquido. Pero si la guiaban tales deseos era señal de que aún seguía vivo.

—Oyeme —le dijo con astucia para librarse de ella—. Vete en busca del maestro de obras y le dices que se acerque por aquí. Y que me traiga unas botas, porque, ¿cómo voy a andar así?

La muchacha asintió, brincó de la tubería y se alejó, chapoteando en los charcos, desaseada, con la cabeza descubierta, con mono y botas, como suelen ir las chicas

que trabajan en la construcción.

Le acuciaba tanto la sed que decidió beber del agua de la tina. Si bebía un poquito no le haría daño. Descendió de la tubería y notó con asombro que no resbalaba en el barro. El suelo bajo sus pies era algo impreciso, así como todo cuanto le rodeaba, y en lontananza nada era discernible. Podría haber seguido caminando, pero repentinamente le acometió el pánico de haber extraviado un documento importante. Comprobó sus bolsillos, todos a la vez, y ya antes que sus manos cumplieran su cometido supo con certeza que lo había perdido. Se quedó alelado, aterrorizado, porque en los tiempos que corrían la gente no debía leer semejantes papeles. Esto podía acarrearle serias contrariedades. Inmediatamente comprendió dónde lo había perdido: cuando salía del tubo. Regresó allí sin tardanza y no pudo localizar el sitio. El lugar le era absolutamente desconocido y en él no había ninguna cañería. En cambio, circulaban obreros de aquí para allá. Eso era lo peor de todo. ¡Ellos podían haberlo encontrado!

Los obreros eran desconocidos para él, todos jóvenes. Un muchacho con la chaquetilla de lona impermeabilizada de los soldadores y con alitas en los hombros se detuvo y se quedó observándole. ¿Por qué le miraría así? ¿Sería él quien lo había encontrado?

—Oye, chico, ¿tienes cerillas? —le preguntó Rusánov.

—¿Para qué, si no fumas? —le contestó el soldador.

(¡Lo sabían todo! ¿Cómo podían saberlo?).

—Las necesito para otra cosa.

—¿Qué otra cosa es esa? —inquirió el soldador.

A decir verdad, ¡qué neciamente había respondido! Era la típica respuesta del saboteador. Podrían detenerle y mientras tanto hallar el documento. Y él quería las cerillas para quemarlo.

El joven se le aproximaba más y más. Rusánov sintió un miedo cerval, presintiendo algo. El chico le miró de hito en hito y dijo clara y articuladamente:

—En vista de que Yelchánskaya me ha confiado, al parecer, a su hija, presumo que se siente culpable y espera el arresto.

Rusánov se estremeció sobresaltado.

—¿Cómo está usted enterado?

(No tenía necesidad de preguntárselo, pues estaba claro que el joven acababa de leer su documento. ¡Era palabra por palabra lo que en él se decía!).

Pero el soldador no le respondió y siguió su camino. Rusánov estaba trastornado. Evidentemente, su informe tenía que estar por allí cerca. ¡Debía encontrarlo sin pérdida de tiempo, cuanto antes!

Se lanzó por entre unas paredes y torció una esquina. El corazón quería salírsele del pecho, las piernas no avanzaban, se movían con suma lentitud. ¡Qué

desesperación! Entonces vio el papel y pensó en el acto que era el suyo. Quiso correr hacia él, pero las piernas no le obedecieron. En vista de ello, se puso a cuatro patas y siguió adelante con el impulso de las manos. ¡Con tal de que nadie lo cogiera antes que él! ¡De que nadie se le adelantara! ¡De que no se lo arrebataran! Ya estaba cerca, más cerca… ¡Por fin agarró el documento! ¡El mismo! En sus dedos no le quedaron fuerzas para desgarrarlo. Se tendió boca abajo para descansar e introdujo el papel bajo su cuerpo.

Entonces alguien le tocó el hombro. Resolvió no volverse ni sacar el papel de donde lo ocultaba. Pero le rozaron suavemente, con mano femenina. Rusánov adivinó que era Yelchánskaya misma.

—¡Amigo mío! —le llamó con delicadeza, inclinada seguramente sobre su oído —. ¡Eh, amigo mío! Dígame: ¿dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho usted de ella?

—Está en lugar seguro, Yelena Fiódorovna, no se preocupe —repuso Rusánov sin volver la cabeza en su dirección.

—¿En qué lugar?

—En un orfanato.

—¿En qué orfanato?

No le sometía a un interrogatorio. Su voz sonaba apenada.

—Eso, en verdad, no puedo decírselo.

Hubiera querido responderle con franqueza, pero él mismo no lo sabía. No fue él en persona quien hizo entrega de la niña al internado infantil, del cual, por otro lado, la podían haber trasladado.

—¿La entregó con mi apellido?

Las preguntas, tras su hombro, eran casi acariciantes.

—No —negó Rusánov, compadeciéndola—. Así está reglamentado, que en tales casos se cambie el apellido. Yo no tengo nada que ver con ello. Esas son las órdenes.

Seguía tendido, recordando que casi llegó a sentir verdadero afecto por la pareja Yelchanski. No les deseó ningún mal. Si se vio forzado a denunciar al hombre fue porque se lo pidió Chuinenko, a quien Yelchanski le impedía trabajar. Después de la detención del marido, Rusánov se preocupó sinceramente por la esposa y la hija. Entonces fue cuando Yelchánskaya, temiendo ser arrestada, confió la niña a su custodia. Pero no podía recordar cómo llegó a denunciarla a ella.

Desde el suelo volvió la cabeza en su dirección, pero ella ya no estaba, había desaparecido sin dejar rastro. (¿Y cómo iba a estar si pertenecía al mundo de los muertos?). En el lado derecho del cuello sintió un agudo pinchazo. Enderezó la cabeza y siguió tumbado. Necesitaba reposar. ¡Nunca se había sentido tan exhausto! Tenía el cuerpo molido.

Yacía en una especie de subterráneo parecido a la galería de una mina. Sus ojos se habituaron a la oscuridad y descubrió a su lado, en el suelo cubierto de menuda

antracita, un teléfono. Esto le llenó de asombro. ¿Cómo había ido a parar allí un teléfono? ¿Sería posible que estuviera conectado? En ese caso, pediría que le trajeran algo de beber y que le ayudaran a regresar al hospital.

Alzó el receptor, pero en vez de la señal de llamada oyó una enérgica y resuelta voz:

—¿Es el camarada Rusánov?

—Sí, sí —respondió Rusánov al instante en un tono circunspecto. (Notó enseguida que dicha voz provenía de *las alturas* y no de abajo).

—Preséntese al Tribunal Supremo.

—¿Al Tribunal Supremo? ¡A la orden! ¡Inmediatamente! ¡De acuerdo! —ya se disponía a depositar el receptor, pero le surgió una duda—. ¡Discúlpeme! Pero ¿a qué Tribunal Supremo: al antiguo o al nuevo?

—Al nuevo —le respondieron fríamente—. Dese prisa —y colgaron.

Recordó entonces todo lo referente a las destituciones en el Tribunal y se maldijo por haberse precipitado a coger el teléfono. Matulévich ya no estaba allí…, ni Klópov… Ni Beria tampoco. ¡Qué tiempos corrían!

No obstante, estaba obligado a presentarse. Le faltaban las fuerzas para levantarse, pero no tenía más remedio que hacerlo, le habían citado. Pugnó por auparse apuntalándose sobre las cuatro extremidades. Se incorporó y volvió a caer como un becerrillo que aún no supiera andar. Cierto que no habían estipulado una hora exacta, aunque sí le habían dicho: «¡Dese prisa!». Finalmente, agarrándose a la pared, consiguió sostenerse en pie. Y así, aferrado al muro, caminó trabajosamente con sus debilitadas e inseguras piernas. No sabía por qué le dolía el lado derecho del cuello.

Mientras caminaba se iba preguntando: «¿Sería posible que fueran a juzgarle? ¿Podía concebirse tal crueldad al cabo de tantos años?». ¡Ah! ¡Aquellas destituciones en el Tribunal no presagiaban nada bueno!

Pues bien: pese a su acatamiento a la Instancia Suprema de Justicia, no le quedaba otro recurso que defenderse ante ella. ¡Tendría coraje para defenderse!

Y expondría lo siguiente: «No fui yo el que dictó sentencia. Tampocola investigación estuvo a mi cargo. Yo sólo señalé los casos sospechosos. Si en el retrete público encuentro un trozo de periódico con el retrato desgarrado del Jefe, mi obligación es señalar ese retrato como evidencia. La investigación está para eso, ¡para comprobarlo! Pudiera tratarse de una casualidad o de algo distinto. ¡Para eso están los organismos investigadores, para esclarecer la verdad! Yo me limité a cumplir con mi elemental deber cívico».

También les diría que en aquellos años era de vital importancia sanear la sociedad. ¡Sanearla moralmente! Y eso no se podía hacer sin depurarla. Y la depuración no podía efectuarse sin aquellos que no sentían repugnancia por los

servicios de seguridad.

Cuanto más exhibía sus argumentos, más se enardecía por lo que expondría a su consideración. Llegó incluso a desear presentarse cuanto antes al Tribunal, ante el que sencillamente elevaría su voz:

—¡No he sido yo solo el que ha hecho cosas semejantes! ¿Por qué han de juzgarme precisamente a mí? ¿Ha habido *alguien*, acaso, que no lo haya hecho? ¿Cómo me habría podido mantener en mi empleo si no hubiera *cooperado*? ¿Se refieren a Guzún? ¡El mismo tuvo la culpa de que le encerraran!

Estaba excitado, como si hubiera proferido ya los gritos. Pero advirtió que, en realidad, no había gritado; tenía simplemente inflamada la garganta y le dolía.

Al parecer, ya no caminaba por la galería de una mina, sino por un pasillo corriente. Oyó que a sus espaldas le llamaban:

—¡Pasha! ¿Estás enfermo? ¿Por qué andas con tanta dificultad?

Se animó un poco y le pareció andar como una persona sana. Se volvió para ver quién le llamaba. Era Zvéinek, con su uniforme y su correaje de guardiamarina.

—Y tú, Yan, ¿adónde vas? —se interesó Pável, asombrado de que el otro fuera tan joven.

Es decir, sí había sido joven, pero ¿cuánto tiempo había transcurrido desde entonces?

—¿Adónde? A la comisión, como tú.

—¿A qué comisión? —y Pável intentó comprenderlo. A él le habían convocado a algún otro lugar que no podía recordar.

Adoptó el mismo paso que Zvéinek y siguió adelante a su lado, animoso, resuelto, rejuvenecido. Experimentaba la sensación de no llegar a los veinte años, de ser un muchacho soltero.

Atravesaban un espacioso gabinete. En él, tras numerosos escritorios, se sentaba la intelectualidad: viejos tenedores de libros con barbas como los popes y corbata; ingenieros con su insignia, representando dos martillos pequeños, en la solapa; damas entradas en años, con aspecto de grandes señoras; mecanógrafas jovencitas, maquilladas y con las faldas por encima de las rodillas. En cuanto Zvéinek y él entraron pisando contundentemente con sus dos pares de botas, aquellas treinta personas se volvieron hacia ellos, algunas se incorporaron a su paso y otras los saludaron con una reverencia desde sus asientos. Todas los siguieron con la vista mientras en sus ojos asomaba el miedo, lo cual halagaba a Pável y a Yan.

Entraron en el siguiente despacho, saludaron a los otros miembros de la comisión y tomaron asiento en una mesa con tapete colorado y unas carpetas encima.

—Bien. ¡Que entren! —ordenó Venka, el presidente.

Dio comienzo la audiencia. La primera en comparecer fue la tía Grusha, del taller de prensado.

—Tía Grusha, ¿qué se te ha perdido por aquí? —asombróse Venka—. Estamos haciendo una limpieza en el *aparato* administrativo. ¿Qué tienes tú que ver con él? ¿O te has infiltrado acaso?

Todos soltaron la carcajada.

—No. Pero ¿sabes? —la tía Grusha no se intimidaba—, mi hija va creciendo y tendría que llevarla al jardín de infancia, ¿no crees?

—De acuerdo, tía Grusha —le gritó Pável—. Escribe una solicitud y haremos lo posible. ¡Colocaremos a tu hija! Ahora no interrumpas, ¡qué vamos a depurar a la intelectualidad!

Y alargó el brazo para servirse agua de una jarra, pero la encontró vacía. Indicó a su vecino que le pasara la jarra que estaba en el otro extremo de la mesa. Se la dieron y también la halló vacía.

Sentía enormes deseos de beber, porque le ardía la garganta.

—¡Quiero beber! —suplicó—. ¡Quiero beber!

—Ahora —le contestó la doctora Gángart—; enseguida le traerán agua.

Rusánov abrió los ojos. Ella estaba sentada a su lado, en la cama.

—En la mesilla tengo zumo de frutas —pronunció débilmente Pável Nikoláyevich. Le abrasaba la fiebre, le dolía todo el cuerpo y sufría fuertes pinchazos en la cabeza.

—Bien, le daremos zumo —y Gángart le sonrió con sus finos labios. Abrió ella misma la mesilla y tomó un vaso y el recipiente con el zumo.

En las ventanas se columbraban los últimos reflejos del sol vespertino.

Pável Nikoláyevich observaba con el rabillo del ojo a la doctora Gángart cuando vertía el zumo, no fuera a echarle algo en él con disimulo.

El zumo agridulce estaba incitantemente delicioso. Pável Nikoláyevich, sin alzar la cabeza de la almohada y de las manos de Gángart, se bebió un vaso lleno.

—Hoy me he sentido muy mal —se lamentó.

—No, lo ha soportado usted bastante bien —discrepó la doctora—. Es que le hemos aumentado la dosis.

A Rusánov le aguijoneó un nuevo recelo.

—¿La irán aumentando cada vez?

—De ahora en adelante será siempre la misma. Se acostumbrará y se irá sintiendo mejor.

El tumor bajo la mandíbula seguía atenazándole.

—¿Y el Supremo…? —comenzó a decir, y se quedó en suspenso.

Confundía lo que era fruto de su delirio con la realidad.

17

A Vera Kornílievna le preocupaba la reacción de Rusánov ante la dosis completa. Le visitó varias veces durante el día y demoró su marcha de la clínica una vez finalizada la jornada de trabajo. No habría estado tan pendiente de él si hubiera trabajado en su tumo Olimpiada Vladislávovna, como rezaba en el gráfico; pero la habían llevado, a pesar de todo, a los cursillos de tesoreros sindicales y la sustituyó en el turno de día el practicante Turgun, que pecaba de excesiva despreocupación.

Rusánov aguantó penosamente la inyección, aunque sin rebasar los límites tolerables. Después le administraron un somnífero y se adormeció, removiéndose agitado entre convulsiones y quejidos. Vera Kornílievna le vigiló constantemente, comprobando su pulso. Él se encogía y luego estiraba las piernas, y el rostro se le fue congestionando, bañado en sudor. Su cabeza, libre de las gafas y abatida en la almohada, perdía toda su apariencia de grave autoridad. Los ralos y blancos pelillos que se habían salvado de la calvicie se le adherían a los parietales.

Al pasar repetidas veces por la sala, Vera Kornílievna atendió además otros asuntos. Poddúyev se marchaba. Se le había considerado como el paciente jefe de la sala; aunque este cargo no servía prácticamente para nada, se mantenía como una costumbre inalterable. Vera Kornílievna pasó de la cama de Rusánov a la contigua.

—Kostoglótov, desde hoy será usted el responsable de la sala —anunció.

Kostoglótov, vestido sobre la cama y tumbado encima de la manta, leía el periódico. (Era la segunda vez que Gángart le encontró leyéndolo al pasar por allí). Temiendo en todo momento un arrebato por su parte, Gángart acompañó sus palabras de una leve sonrisa, como dando a entender que comprendía que aquello careciera de objeto. Kostoglótov alzó del periódico su radiante rostro y, sin saber cómo exteriorizar adecuadamente su respeto por la doctora, encogió sus largas piernas que se extendían a todo lo largo del lecho. Tenía traza de buena disposición de ánimo. Replicó:

—¡Vera Kornílievna! Quiere hacerme sufrir un irreparable revés moral. Ningún jefe está a cubierto de errores, y hasta hay ocasiones en que sucumben a las tentaciones del poder. Por eso, después de luengos años de reflexiones, he hecho voto de no volver a ocupar jamás un cargo administrativo.

—¿Los ha ocupado alguna vez? ¿Elevados?

Entraba a formar parte del juego entretenido que era conversar con él.

—El más importante fue el de ayudante de jefe de sección, aunque prácticamente llegué a ser más que eso. A mi jefe de sección, en virtud de su rematada ignorancia e incompetencia, le enviaron a unos cursos de perfeccionamiento, de los que regresaría con mayor graduación, con la de comandante de batería, por lo menos, pero con otro destino, no a nuestra división. Al oficial que nos mandaron para reemplazarle le engancharon en el acto los de la sección política, saltándose el escalafón. El jefe de la división no se opuso porque yo era un topógrafo aceptable y los muchachos me respetaban. Así pues, con el grado de sargento mayor, actué dos años en el puesto de jefe de sección, desde Yelets hasta Francfort del Oder. Y, dicho sea de paso, esos fueron los mejores años de mi vida, por raro que parezca.

Como a pesar de haber encogido las piernas su postura no era muy cortés, las deslizó al suelo.

—Ya lo ve usted —la sonrisa de simpatía no se borraba de la cara de Gángart ni cuando le escuchaba ni cuando ella misma hablaba—. ¿Por qué ha de rehusar? Volverá a sentirse tan a gusto como en aquellos años.

—¡Estupenda lógica! ¡Que yo me sentiré bien! ¿Y la democracia? Está usted pisoteando los principios de la democracia. La sala no me ha elegido, los electores ni siquiera conocen mi biografía, que usted tampoco conoce…

—Pues cuéntemela.

Hablaba recatadamente, y él, a su vez, bajó la voz para que sólo le oyera ella. Rusánov dormía, Zatsyrko estaba leyendo, y la cama de Poddúyev ya estaba desocupada. Casi no podrían escucharlos.

—Es largo de contar. Me siento, además, turbado permaneciendo aquí arrellanado mientras usted sigue en pie. Así no se conversa con las mujeres. Y si me pongo en pie entre las camas, tieso como un soldado, el efecto sería más ridículo. Siéntese, pues, en mi cama, por favor.

—En realidad, debería irme —manifestó ella, tomando Asiento en el borde del lecho.

—Ha de saber, Vera Kornílievna, que mi amor a la democracia me ha deparado los mayores sufrimientos de mi vida. Intenté introducir la democracia en el Ejército y me puse en evidencia muchas veces por defenderla. Este fue el motivo de que no me enviaran a la escuela militar en el 39 y me quedé de soldado raso. En el 40 logré ingresar en ella, pero me insolenté tanto con los superiores que me expulsaron. Y sólo en el 41, en el Extremo Oriente, terminé a trancas y barrancas el curso de suboficiales. Hablando con franqueza, sentí mucho no llegar a oficial; todos mis amigos llegaron a serlo. En la juventud afectan tales cosas. Pero para mí la justicia estaba por encima de todo.

—Una persona muy allegada a mí —dijo Gángart mirando la manta— corrió

idéntica suerte. Era inteligente y siguió siendo un simple soldado —una semipausa, un instante de silencio, pasó entre sus cabezas y ella alzó los ojos—. ¿Y sigue usted igual?

—¿A qué se refiere? ¿A lo de soldado raso o a lo de inteligente?

—A lo de insolente. ¿Habla siempre así con los médicos, como lo hace conmigo?

Se lo preguntó severamente, aunque con una seriedad extraña impregnada de dulzura, como todas las palabras y actitudes de Vera Gángart.

—¿Con usted? A usted le hablo con sumo respeto; pero ignora que es mi habitual modo de conversar. Pero si tiene en cuenta el primer día de mi llegada, le diré que no podrá imaginarse en qué callejón me encontraba acorralado. Casi moribundo, me dieron la autorización de desplazamiento de la zona de destierro. Llegué aquí, y en vez del crudo invierno me encuentro con lluvias torrenciales y tuve que ponerme los *válenki*[§] bajo el brazo. Allí, de donde venía, los fríos eran aún intensos. El abrigo se me mojó tanto que hubiera podido escurrirlo retorciéndolo. Deposité los *válenki* en consigna, monté en un tranvía y me dirigí a la ciudad antigua, a la dirección que un soldado a mis órdenes me diera durante mi época en el frente. Había ya anochecido y el tranvía en pleno trató de disuadirme: «¡No vaya allí! ¡Le apuñalarán!». Después de la amnistía del 53, cuando soltaron a todos los criminales, ya no ha habido modo de echarles el guante de nuevo. No estaba seguro, por otro lado, ni del nombre de la calle ni de si dicho soldado seguía viviendo allí. Decidí buscar alojamiento en los hoteles. Estos tienen unos vestíbulos tan hermosos que me avergonzaba poner los pies en ellos. En algunos disponían de plazas; pero en cuanto alargaba mi documento de desterrado en vez del pasaporte me decían: «No puede ser». «No puede ser». ¿Qué recurso me quedaba? No me importaba morir, pero ¿por qué iba a hacerlo en medio del arroyo? Entonces me encaminé directamente a la policía, y les dije: «Oigan, estoy bajo su jurisdicción. Proporciónenme un rincón donde pasar la noche». Después de algunos titubeos, me propusieron finalmente: «Vaya al salón de té y pernocte allí, que no pasaremos a comprobar la documentación». No pude dar con el salón de té y me dirigí nuevamente a la estación. En ella no se podía dormir; un policía deambulaba por allí, ahuyentando a cuantos lo intentaban. Por la mañana me presenté en el departamento de admisión de esta clínica. Aguardé turno, me reconocieron y ordenaron mi inmediato ingreso. Después atravesé la ciudad en dos tranvías para presentarme a la comandancia. Aunque en toda la Unión Soviética era día laborable, el comandante, sin importarle un comino, se había largado. Me aseguraron que en su ausencia no estaban capacitados para concederme la cédula de estancia en la ciudad, y que él tanto podía aparecer por la oficina como podía no hacerlo. Entonces reflexioné: «Si les entrego mi documento, no está descartado que se nieguen a devolverme los *válenki* en la consigna de la estación». Así es que monté en otros dos tranvías hasta la estación, y otra hora y media de trayecto.

—No recuerdo que trajera usted los *válenki* consigo. ¿O sí los traía?

—No puede recordarlo porque allí mismo, en la estación, se los vendí a un individuo. Calculé que este invierno lo pasaría en la clínica y que para el siguiente ya no estaría entre los vivos. Seguidamente, ¡vuelta a la comandancia! Sólo en tranvías se me fueron diez rublos. Y desde la parada final aún tenía que caminar un kilómetro dando tumbos por un embarrado camino, y dolorido. Apenas podía andar e iba con el macuto a cuestas adonde quiera que fuese. Gracias a Dios, el comandante había llegado. Le entregué el permiso de la comandancia de mi lugar de exilio y le mostré la hoja de admisión de la clínica; me autorizó a que ingresara en ella. Me fui, pero no hacia aquí, sino hacia el centro de la ciudad. Por las carteleras vi que representaban *La Bella Durmiente*.

—¡Ah, sí! ¡Conque estuvo usted en el ballet! ¡De haberlo sabido, no le hubiera admitido! ¡De ningún modo!

—¡Vera Kornílievna! ¡Si era un milagro poder admirar por última vez el ballet a las puertas de la muerte! Y prescindiendo de la muerte, tampoco podré volver a verlo en mi eterno destierro. Pero ¡el diablo hizo de las suyas! Habían sustituido *La Bella Durmiente* por *Agu-Baly*[§]

Gángart movía la cabeza con risa silenciosa. Aquella aventura del hombre casi moribundo con el ballet le parecía atrayente, sugestiva.

—¿Qué hacer, pues? En el conservatorio ofrecían un recital de piano de jóvenes graduadas. Pero estaba lejos de la estación y ya no encontraría ni la esquina de un asiento. Por otro lado, la lluvia seguía azotando y azotando. Sólo me quedaba una salida: venir a entregarme en sus manos. Cuando llegué me comunicaron: «No hay vacantes; debe esperar varios días». Por los enfermos me enteré de que la gente suele esperar hasta una semana entera. ¿Dónde iba a esperar yo? ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin las habilidades que confiere el campo, está uno perdido. Y aún quería usted arrebatarme de las manos el papelito, ¿eh?… ¿Qué tono debía adoptar con usted?

Ahora se divertían rememorándolo y ambos lo encontraban cómico.

Él hilvanaba su relato sin esforzarse mentalmente, pues su pensamiento estaba ocupado en esto: si ella había terminado los estudios en el Instituto de Medicina en el año 1946, no tendrá menos de treinta y un años, aproximadamente la misma edad que él. ¿Cómo, entonces, Vera Komílievna aparentaba ser más joven que Zoya con sus veintitrés años? No es que lo pareciera por el rostro, sino por sus modales, por su timidez, por su apocamiento. En casos como el de ella, puede uno conjeturar que aún no… Un ojo perspicaz sabe distinguir a tales mujeres por nimios detalles en su conducta. Pero Gángart está casada. Entonces, ¿por qué…?

Ella, entretanto, le miraba sorprendida de que al principio le creyera malévolo y grosero. Tenía, ciertamente, la mirada sombría y las líneas del rostro duras, pero

también sabía mirar y conversar muy amistosa y jovialmente, como en aquel momento. Podía decirse, para mayor exactitud, que tenía a punto ambos estilos, ignorándose siempre cuál de ellos había que esperar.

—Respecto a las bailarinas y los *válenki*, ya me ha puesto usted al corriente —dijo con una sonrisa—. Pero ¿qué me dice de sus botas? ¿Sabe que lo que hace con ellas significa una violación sin precedentes de nuestro reglamento?

Y contrajo los ojos.

—¡De nuevo el reglamento! —Kostoglótov curvó los labios y su cicatriz se crispó —. Hasta en la cárcel se permite el paseo. No puedo prescindir del ejercicio físico; no llegaría a curarme. Y no querrá usted privarme del aire puro, ¿verdad?

Sí, Gángart le había visto dar largos paseos por las desiertas avenidas del centro médico. A fuerza de súplicas conseguía de la encargada de la ropa una bata femenina, a la que no tenían derecho los hombres, porque escaseaban. Se la ceñía con el cinturón del Ejército, desplazando los frunces hacia los costados, pero siempre acababa por abrírsela por delante. Con sus botas altas, sin gorro, con su negra y peluda cabeza al descubierto, paseaba con largas y firmes zancadas, fija la vista en las piedras del suelo. Cuando llegaba a determinado límite, daba la vuelta. E invariablemente caminaba con las manos cruzadas a la espalda y siempre solo, sin la compañía de nadie.

—Se espera que dentro de unos días Nizamutdín Bajrámovich realice una visita a la sala. ¿Sabe lo que sucederá si descubre sus botas? Pues que me ganaré una amonestación en toda regla.

Tampoco ahora exigía; rogaba o, más bien, se lamentaba ante él. Estaba asombrada del matiz de las relaciones establecidas entre ambos. Era un tono no ya de igualdad, sino, en cierto modo, de sometimiento por su parte; tono que ella jamás mantuvo con los pacientes.

Kostoglótov, persuasivamente, rozó su brazo con su manaza.

—Vera Kornílievna, le doy todas las garantías de que no dará con ellas. Incluso de que nunca me pillará en el vestíbulo calzado con las botas.

—¿Y por la avenida?

—Allí no discernirá si pertenezco o no a su pabellón. Si quiere, podemos divertimos escribiéndole una denuncia anónima contra mí y contándole que las tengo en mi poder. Vendrá a husmear con dos sanitarias, pero nunca las descubrirá.

—¿Cree que está bien eso de escribir denuncias anónimas? —volvió a entrecerrar los ojos.

En tanto, él pensaba: «¿Para qué se pintará los labios? En ella resulta ordinario, quebranta su delicadeza». Él suspiró:

—Pues se escriben, Vera Kornílievna. ¡Y qué denuncias! Y tienen éxito además. Los romanos decían: *testis unus, testis nullus*. «Un solo testigo no es ningún testigo».

Pero en el siglo XX ese solo testigo es además superfluo, innecesario.

Ella desvió la mirada. Aquel tema de conversación era escabroso.

—¿Dónde las ocultaría?

—¿Las botas? Hay decenas de posibilidades. Depende del momento. Quizá dentro de la estufa apagada o colgadas de una cuerda por la parte exterior de la ventana. ¡No se preocupe!

Era imposible no reírse y no creer que saldría airoso del apuro.

—¿Cómo se las ingenió para no entregarlas el día de su ingreso?

—¡Oh, muy sencillo! Las oculté tras la puerta del cuchitril donde me cambié de ropa. La sanitaria metió todas mis pertenencias en un saco con un marbete y lo llevó al depósito central. Yo salí del baño, las envolví en un periódico y me las llevé.

Siguieron charlando de cosas intrascendentes. Era su jornada de trabajo, ¿cómo permanecía allí sentada perdiendo el tiempo? Rusánov dormía con sueño turbulento, sudoroso, pero dormía al fin y al cabo sin sufrir vómitos. Gángart le tomó una vez más el pulso y ya se disponía a retirarse cuando recordó algo. De nuevo se volvió hacia Kostoglótov:

—¡Ah, otra cosa! ¿Aún no recibe la dieta complementaria?

—Por lo que se ve, no —contestó Kostoglótov, intencionado.

—En ese caso, se la darán a partir de mañana. Dos huevos, dos vasos de leche y cincuenta gramos de mantequilla diarios.

—¿Qué dice? ¿Puedo dar crédito a mis oídos? ¡Jamás en la vida me han alimentado así!… Aunque, por otra parte, ha de saber usted que es completamente justo, pues por esta enfermedad no cobro nada en concepto de baja.

—¿Por qué?

—Muy simple. Porque aún no llevo sindicado los seis meses requeridos y, en consecuencia, no me corresponde nada.

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo ha caído en tal situación?

—Me siento descentrado en la vida corriente. Al llegar al destino del destierro, ¿cómo podía adivinar que debería ingresar cuanto antes en los sindicatos?

Por un lado, tan expeditivo, y por otro, tan inadaptado. Había sido Gángart precisamente quien insistió porfiadamente para conseguirle la dieta complementaria, lo que no le fue fácil… Pero tenía que irse, pues de lo contrario se estaría allí charlando todo el día.

Ya llegaba a la puerta cuando él le gritó, zumbón:

—¡Aguarde! ¿No será que trata de sobornarme por ser responsable de la sala? ¡Ahora me atormentaré por haberme rendido a la corrupción desde el primer día!…

Gángart salió de la sala.

Pero tendría que volver inevitablemente después de la comida de los pacientes para comprobar cómo seguía Rusánov. Entonces ya se había enterado de que la

esperada inspección del médico jefe tendría lugar al día siguiente mismo. Por eso le surgió un nuevo quehacer en las salas: la inspección de las mesillas, porque Nizamutdín Bajrámovich ponía especial atención en que no hubiera en ellas migajas ni sobras de alimentos, y lo ideal para él sería que no contuvieran nada, excepto el pan y el azúcar del hospital. También comprobaba la limpieza con tal minuciosidad que ninguna mujer hubiera podido igualársele.

Vera Kornílievna subió al primer piso, y con la cabeza en alto examinó con ojo atento los techos de las elevadas estancias. En un rincón, sobre la cama de Sibgátov, descubrió una telaraña (como el sol se dejaba ver, la claridad era allí mayor). Gángart requirió la presencia de una sanitaria. Se presentó Yelizaveta Anatólievna, sobre la que inexplicablemente recaían todas las anormalidades; le dijo que para el día siguiente todo tenía que estar limpio, y le mostró la telaraña.

Yelizaveta Anatólievna sacó del bolsillo de la bata unas gafas y se las puso.

—¡Figúrese! ¡Tiene usted razón! ¡Qué horror! —se escandalizó.

Después de quitarse los lentes fue en busca de una escalera y un escobón. Para hacer la limpieza no usaba las gafas.

Acto seguido Gángart entró en la sala de hombres. Rusánov seguía en la misma situación; nadaba en sudor, pero su pulso era más pausado. Kostoglótov justamente estaba con la bata y las botas puestas, y se disponía a dar un paseo. Vera Kornílievna previno a la sala de la inspección prevista para el día siguiente y rogó a los enfermos que revisaran sus mesillas antes de que ella las comprobara.

—Comenzaremos por el responsable —dijo.

Podía no haber empezado por él, y no alcanzaba a comprender el motivo por el que de nuevo se dirigía a aquel rincón.

La figura de Vera Kornílievna hacía pensar en dos triángulos superpuestos por los vértices: el inferior, más ancho, y el superior, más estrecho. Su talle era tan reducido que incitaba a las manos a ceñirlo con los dedos y a elevarla por los aires. Kostoglótov no hizo nada de eso; se limitó a abrir de buen grado la mesilla ante ella:

—¡Por favor!

—A ver. ¡Permítame, permítame! —quiso inspeccionar concienzudamente. Él se hizo a un lado y Gángart se sentó en su cama, junto a la mesilla, para comprobar su contenido.

Él se situó detrás de ella. Así le podía ver perfectamente el cuello, de finas e indefensas líneas, y el cabello, casi negro y sencillamente peinado y recogido en un moño a la altura de la nuca, sin pretensión alguna de someterse a la moda.

No podía ser. Debía evadirse de aquel desbordamiento y no permitir que cada mujer bonita le desquiciara completamente el cerebro. Había bastado con que se sentara a su lado, que charlara con él y luego se fuera, para que el resto de las horas se las pasara pensando en ella.

Y a ella, ¿qué? Llegaría por la noche a su casa y la acogerían los brazos de su marido.

¡Tenía que librarse de ello! Pero no había otro modo de superarlo si no era con la ayuda de otra mujer.

Seguía en pie y contemplaba su nuca, su nuca… Por la nuca se le ahuecó el cuello de la bata y apareció el redondo huesecillo superior de la espalda. Le asaltaron intenciones de bordearlo con los dedos.

—Su mesilla, claro está, es una de las más indecentes de la clínica —comentaba mientras tanto Gángart—. Migas, un papel empapado de grasa revuelto con el tabaco, un libro y unos guantes. ¿No le da vergüenza? Hoy mismo adecentará todo esto.

Él continuaba mirando en silencio su cuello.

Tiró del cajoncito de arriba, y en él, entre otras menudencias sin importancia, encontró un pequeño frasco con unos cuarenta milímetros cúbicos de un líquido oscuro. Estaba sólidamente taponado y tenía un vasito de plástico, como los termos de viaje, y un cuentagotas.

—¿Qué es esto? ¿Una medicina?

Kostoglótov emitió un tenue silbido.

—Nada importante.

—¿Qué medicamento es este? Aquí no se lo hemos recetado.

—¿No puedo tener otras medicinas que las de la clínica?

—Mientras permanezca usted en ella y sin nuestro conocimiento, ¡naturalmente que no!

—Bueno, me es embarazoso decírselo… Es para los callos.

No obstante, ella seguía dando vueltas entre sus dedos al anónimo, al innominado frasco. Intentó abrirlo para olfatearlo, pero Kostoglótov intervino. Aferró sus manos con sus rudas manazas y apartó la que se disponía a extraer el tapón.

La eterna unión de las manos que inevitablemente subsigue a la conversación…

—¡Con cuidado! —le previno muy quedo—. Hay que hacerlo con tiento. No se puede derramar en los dedos ni olerlo.

Y suavemente le quitó el frasco.

¡Aquello realmente rebasaba los límites de cualquier broma!

—¿Qué es? —Gángart se enfadó—. ¿Una sustancia corrosiva?

Kostoglótov se agachó y tomó asiento a su lado. Le dijo aclaratoriamente y en voz muy baja:

—Sí, muy fuerte. Es la raíz del *issyk-kul*. No se la puede olfatear, ni en estado de infusión ni cuando está desecada. Por eso hay que cerrarla tan herméticamente. Si al manejar la raíz no se lavan las manos, y luego inadvertidamente se pasan por la boca, puede ocasionar la muerte.

Vera Kornílievna estaba alarmada.

—¿Para qué la quiere? —le preguntó.

—¡Qué mala suerte! —refunfuño Kostoglótov—. Me ha descubierto usted. Tenía que haberlo escondido… La quiero porque la he tomado y la sigo tomando para curarme.

—¿Únicamente para eso? —inquirió sin apartar los ojos de él.

Ahora no los entornaba, ahora era una doctora y nada más que una doctora.

Y como tal le escudriñaba con sus ojos color castaño claro.

—Sólo para eso —reconoció sinceramente él.

—¿No será que lo guarda como… reserva? —siguió interrogándole, no del todo convencida.

—Pues le diré, si lo desea, que cuando vine hacia aquí me rondaba esa idea. Para no sufrir innecesariamente… Pero los dolores han desaparecido y ya no hay motivo para ello. Pero sigo tomándolo para curarme.

—¿En secreto? ¿Cuando nadie le ve?

—¿Qué otra cosa puede hacer uno si no le dejan vivir como le place? ¿Qué ha de hacer si por doquier se le oponen unas normas?

—¿Cuántas gotas toma?

—Sigo un sistema escalonado; desde una gota hasta diez y luego desde diez voy disminuyendo hasta una. Después, un intervalo de diez días. Ahora estoy en ese intervalo. Si he de serle franco, no estoy muy convencido de que los dolores me hayan desaparecido exclusivamente por efecto de los rayos. Tal vez también haya influido la raíz.

Hablaban con tono comedido.

—¿Con qué se ha hecho la infusión?

—Con vodka.

—¿La ha elaborado usted mismo?

—Sí…

—¿Y con qué grado de concentración?

—¿Con qué grado?… El que me proporcionó el manojo de raíz indicó: «Esto para un litro y medio de vodka», y lo distribuí.

—¿Cuánto pesaba?

—No lo pesó. Me lo trajo así, a ojo de buen cubero.

—¿A ojo? ¿Manipulando a ojo con semejante veneno? ¡Es acónito! ¡Téngalo en cuenta!

—¿Qué he de tener en cuenta? —Kostoglótov empezaba a enfadarse—. Si usted experimentara lo que es sentirse solo viendo venir a la muerte, abandonado por el universo entero, sin que la comandancia le autorice a traspasar la raya de la aldea, ¿cree, acaso, que se pararía a pensar que se trata de acónito o se preocuparía por su peso? ¿Sabe lo que ese puñado de raíz podía haberme costado? ¡Veinte años de

trabajos forzados! Por ausencia no autorizada del lugar de destierro. Y yo me ausenté a ciento cincuenta kilómetros de distancia, a las montañas. En ellas vive un anciano, Krementsov, con una barba como la del académico Pávlov. Es uno de los colonos de principios de siglo. ¡Todo un curandero! El mismo recoge la raíz y prescribe la dosis. En su aldea se mofan de él, pero nadie ha sido profeta en su tierra. Sin embargo, desde Moscú y Leningrado llega gente a verle; hasta le entrevistó un corresponsal del *Pravda* que, según dicen, quedó convencido. Pero ahora corren rumores de que han encarcelado al viejo. Por lo visto, unos imbéciles hicieron una infusión y la tenían en la cocina, al alcance de cualquiera. En las fiestas de noviembre recibieron invitados; estos no tuvieron suficiente vodka y, sin consultarlo con los dueños de la casa, se bebieron la infusión. Murieron tres de ellos. En otra casa se envenenaron unos niños. ¿De qué se puede culpar al anciano? Él ya se lo advertía a todos…

Pero reparando en que sus argumentos le hacían flaco servicio, enmudeció.

Gángart intervino excitada:

—¡Esa es la cuestión! ¡Está absolutamente prohibido tener en las salas sustancias activas! Podría provocarse un accidente. ¡Entrégueme el frasquito!

—No —negó con firmeza.

—¡Démelo! —juntó sus cejas y tendió el brazo hacia la apretada mano de él.

Los fuertes dedos de Kostoglótov, tan habituado al trabajo, cerráronse en torno al frasco, ocultándolo por completo.

Él sonrió:

—Así no conseguirá nada.

Ella relajó las cejas, diciendo:

—Al fin y al cabo, como sé cuándo da usted su paseo, podré apoderarme de él en su ausencia.

—Gracias por haberme prevenido. Así podré esconderlo.

—¿Colgándolo de una cuerda en el exterior de la ventana? ¿Qué espera que haga? ¿Dar parte?

—No lo creo. Hoy mismo ha desaprobado usted las delaciones.

—Pero ¡si no me ofrece otra alternativa!

—¿Y entonces tiene que denunciarme? Sería indigno. ¿Teme que pueda ingerirlo el camarada Rusánov? No lo permitiré. Lo envolveré y lo taparé bien. Pero cuando las abandone a ustedes, tendré que volverme a tratar con la raíz, por supuesto. ¿No tiene fe en ella?

—¡En absoluto! Todo eso no son más que ignorantes supersticiones y ganas de jugar con la muerte. Sólo confío en los principios científicos verificados en la práctica. Eso me han enseñado y esa es la opinión de todos los oncólogos. Entrégueme el frasco.

E intentó, a pesar de todo, aflojarle el dedo de encima.

Él miraba sus airados ojos castaños y le desaparecieron los deseos de obstinarse o de discutir con ella. Le habría entregado gustoso el frasquito y hasta la mesilla entera. Pero le costaba mucho apartarse de sus convicciones.

—¡Oh, la sacrosanta ciencia! —suspiró—. ¡Si fuera tan concluyente, no se desmentiría a sí misma cada diez años! ¿En qué debo depositar mi fe? ¿En sus inyecciones? ¿Querría decirme por qué me han recetado unas nuevas y qué clase de inyecciones son?

—¡Unas absolutamente necesarias! ¡Importantísimas para su existencia! ¡Debe salvar su *vida*! —le recalcó con especial empeño y en sus ojos asomaba una lúcida fe —. ¡No se haga ilusiones de que ya está curado!

—Bien. Pero, precise… ¿En qué consiste su efectividad?

—¿Para qué quiere saberlo todo con exactitud? Esas inyecciones devuelven la salud. Impiden el surgimiento de las metástasis. No me entendería si me extendiese en más detalles… Bien, entrégueme el frasco y le daré mi palabra de honor de que se lo devolveré cuando se marche.

Intercambiaron sus miradas.

El aspecto de él era sumamente cómico, ataviado para el paseo con la bata de mujer y ceñido por el cinturón con la estrellita.

¡Con cuánta insistencia se lo había pedido! Que se fuera al diablo el frasquito. No tenía inconveniente en entregárselo; en casa tenía diez veces más de aquel acónito. La contrariedad no era esa, sino otra: ante él tenía a aquella amable mujer de ojos ambarinos y radiante rostro, con la que tan ameno era departir, pero que nunca podría besar.

Y cuando regresara a su rincón perdido le parecería inconcebible que hubiera podido estar sentado así, junto a la atractiva mujer que anhelaba salvarle a toda costa a él, a Kostoglótov.

Pero justamente era eso lo que ella no podía hacer: salvarle.

—Yo también temo entregárselo a usted —bromeó él—, no sea que se lo beba alguien de su casa.

(¡Alguien! ¿Quién podía beberlo en casa?… Vivía sola. Pero sería inconveniente e inoportuno aclarárselo en ese momento).

—Está bien. Aceptemos el empate. Vaciémoslo.

Él se echó a reír. Y sintió aflicción por lo poco que podía hacer en su honor.

—De acuerdo. Ahora voy a la calle y lo verteré.

«Se pintaba, sin embargo, inútilmente los labios».

—¡De ninguna manera! Ya no confío en usted. Debo estar presente.

—¡Se me ocurre una idea! ¿Para qué tirarlo? Mejor es que se lo dé a alguna buena persona a la que ustedes, de todos modos, no puedan salvar. Y si de repente le fuera útil, ¿eh?

—¿A quién tiene en la mente?

Kostoglótov indicó con la cabeza la cama de Vadim Zatsyrko, y bajó aún más la voz:

—Tiene melanoma, ¿verdad?

—Ahora me he convencido definitivamente de que es preciso tirarlo. ¡Es usted capaz de envenenar a alguien sin remisión! ¿Cómo tiene valor para poner un tóxico en manos de un enfermo grave? ¿Y si se envenena? ¿No le remordería la conciencia?

Ella rehuía pronunciar directamente su nombre. En el curso de su prolongada conversación no lo había proferido ni una sola vez.

—Los que son como él no terminan envenenándose. Es un muchacho firme.

—¡No! ¡En absoluto! Vayamos a tirarlo.

—Me ha pillado usted hoy con un estado de ánimo excelente. ¡Sea! Vamos.

Pasaron por entre las camas y se dirigieron a la escalera.

—¿No tendrá usted frío?

—No. Llevo debajo un jersey.

Había dicho que llevaba un jersey «debajo». ¿Por qué lo diría? Pues ahora deseaba ver cómo era el jersey y de qué color. Aunque eso tampoco lo vería nunca.

Salieron al porche. El día se despejaba y era completamente primaveral. Al forastero le parecía increíble que sólo estuvieran a 7 de febrero. El sol lucía. Los álamos de elevado ramaje y los achaparrados arbustos del seto ofrecían aún su desnudez, pero ya escaseaban los retazos de nieve en los espacios sombríos. Entre los árboles se veía la yacente yerba, parda y grisácea, del año anterior. Los senderos, las losas del pavimento, las piedras y el asfalto estaban húmedos, no se habían secado todavía. En el exterior se advertía el movido trajín habitual: gentes que venían al encuentro, otras que se adelantaban y otras que cruzaban en sentido diagonal. Eran médicos, enfermeras, asistentas sanitarias, pacientes externos y familiares de enfermos hospitalizados. En un par de bancos habían tomado asiento algunas personas. Aquí y allá, en diversos pabellones se veían ya las primeras ventanas abiertas.

Era aventurado derramar el veneno ante el mismo porche.

—Podemos tirarlo allí —dijo él, indicando el pasadizo entre el pabellón de cáncer y el de otorrinolaringología. Era uno de sus lugares de paseo.

Y allá se encaminaron, uno al lado de otro, por una senda enlosada. El gorrito de la doctora Gángart, del modelo de un gorro de piloto, llegaba justamente al hombro de Kostoglótov.

Él la miró de soslayo. Vio que caminaba con expresión solemne, como si fuera a ejecutar algo importante, y le pareció divertido.

—Dígame: ¿cómo la llamaban en la escuela? —le preguntó repentinamente.

Ella le dirigió una rápida mirada.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Ninguna, naturalmente. Pero me gustaría saberlo.

Dio algunos pasos silenciosa, taconeando levemente en la piedra. Sus finas piernas de gacela ya las había observado él por primera vez cuando, tendido en el suelo, moribundo, se acercó a él.

—Vega —le respondió.

(Es decir, no era del todo cierto. Era una verdad a medias. En la escuela no la llamaban así; era una sola persona la que le aplicaba este nombre: aquel inteligente soldado raso que no regresó del frente. E impulsivamente, sin saber por qué, había confiado ese nombre a otro).

Salieron de la sombra al entrar en el pasadizo entre los dos pabellones y el sol los hirió en los ojos. Corría por allí un suave vientecillo.

—¿Vega? ¿En honor de la estrella? Pero la estrella Vega es deslumbradoramente blanca.

Se detuvieron.

—Yo no soy deslumbradora —concedió con un movimiento de cabeza—. Pero soy VE-ra GA-ngart. Eso es todo.

Por primera vez no era ella quien se turbaba ante él, sino él ante ella.

—Quise decir… —trató de justificarse.

—No tiene importancia. ¡Viértalo! —le ordenó.

Y reprimió una sonrisa.

Kostoglótov aflojó el tapón, fuertemente encajado, lo extrajo cuidadosamente, se agachó (una postura cómica, porque la bata semejaba una falda sobre sus botas) y apartó una pequeña piedra que quedó allí de la anterior pavimentación.

—¡Mire! ¡Luego no vaya a decir que me lo eché al bolsillo! —exclamó él a sus pies, colocado en cuclillas.

«Sus piernas, sus piernas de gacela que descubrió el primer día que se vieron».

En la tierra oscura del húmedo agujero derramó el parduzco líquido turbio que quizá pudo ocasionar la muerte de alguien. O, tal vez, la curación de alguien.

—¿Puedo colocar ya la piedra encima? —preguntó.

Ella le miró desde su altura y le ofreció una sonrisa.

Había algo de pueril en cómo había vertido el líquido y colocado la piedra. Con puerilidad y con algo parecido a un juramento, a un secreto.

—Bien, elógieme —dijo, levantándose.

—Le aplaudo —se sonrió con tristeza—. Siga su paseo.

Y se fue camino del pabellón.

Él se quedó contemplando su blanca espalda. Los dos triángulos, el de arriba y el de abajo.

¡Cuánto le desasosegaba cualquier muestra de interés femenino! Concedía a cada

palabra más sentido del que en realidad tenía y después de cada acción se ponía a esperar la siguiente.

Ve-Ga. Vera Gángart. Algo no encajaba en todo ello, pero en ese momento no podía concretar lo que era. Siguió con la mirada prendida en su espalda.

—¡Vega! ¡Ve-ga! —pronunció a media voz, pretendiendo sugerirle a distancia: «Vuelve, ¿me oyes? ¡Vuelve! ¡Date la vuelta, por favor!».

Pero fue en vano. Ella no se giró.

18

Como la bicicleta o como la rueda, que una vez empiezan a rodar conservan la estabilidad sólo en estado de movimiento y sin él se caen, así el juego entre el hombre y la mujer, una vez iniciado, subsiste si progresa. Si hoy no adelanta nada en relación a ayer, el juego deja de existir.

Oleg estuvo esperando con impaciencia la noche del martes, cuando Zoya debía realizar su turno de noche. La polícroma y alegre rueda de su juego debía, inevitablemente, rodar más lejos que la primera noche y que la tarde del domingo. Apreciaba en sí los impulsos para ese rodaje, los presentía en ella y esperaba nervioso la llegada de Zoya.

Primero salió a recibirla al jardincillo; sabía por qué senda transversal debía llegar. Fumó allí dos cigarrillos que él mismo se lio. Luego cayó en la cuenta de la facha ridícula que debía de ofrecer con la bata femenina, que no tendría la apariencia con que hubiera querido presentarse ante ella. Además, anochecía. Entró en el pabellón, se quitó la bata, se estiró la caña de las botas, y en pijama, con aspecto igualmente estrafalario, se plantó al pie de la escalera. Hoy llevaba los rebeldes cabellos todo lo atusados que buenamente podía.

Zoya apareció en la puerta del vestuario del personal médico. Iba acuciada por la prisa porque llegaba con retraso. Al verle levantó las cejas en señal de saludo, aunque sin expresar asombro alguno, como queriendo dar a entender que era allí exactamente donde esperaba encontrarle, en su sitio, al pie de la escalera.

No se detuvo. Él, para no quedar rezagado, subió los escalones a largas zancadas hasta colocarse a su lado. Ese ejercicio ya no presentaba dificultad para él.

—¿Qué dice? ¿Qué hay de nuevo? —le preguntó ella sobre la marcha, como si dialogara con el ayudante.

¡De nuevo! ¡La destitución del Tribunal Supremo! Esa es la novedad. Pero para captar la trascendencia del hecho se requerían años de fogueo; además, no era entonces lo primordial para Zoya.

—He ideado un nombre nuevo para usted. Por fin he comprendido cuál debe ser su nombre.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó, sin dejar de subir ágilmente los peldaños.

—No se lo puedo decir así, andando. Es demasiado serio.

Ya estaban arriba. Él se quedó en los últimos escalones y la siguió con la mirada. Observó que sus piernas eran rollizas, grávidas, aunque proporcionadas a su robusta figura, capaces de suscitar una deleitación especial. Las piernas finas, gráciles, como las de Vega impresionaban de modo distinto.

Estaba sorprendido de sí mismo. Jamás se había devanado los sesos con esas reflexiones, nunca había mirado así a las mujeres. Lo consideraba vulgar. Nunca mariposeó así, de mujer en mujer. Posiblemente su abuelo habría calificado aquello de «debilidad por el sexo femenino». Mas no en vano se ha dicho: «Come cuando estés hambriento y ama cuando seas joven». Pero Oleg había dejado escapar su juventud.

Y ahora, igual que las plantas otoñales que se apresuran a absorber de la tierra los últimos jugos para no deplorar el perdido verano, Oleg se daba prisa —en el corto retorno a la vida, que ya estaba en declive, sí, que ya iba cuesta abajo— en mirar, en embeberse de mujeres, a las que no hubiera podido revelar en voz alta los designios que alentaba. Percibía con mayor sutileza que otros hombres la idiosincrasia de las mujeres, porque había pasado muchos años sin verlas, sin tenerlas cerca, sin oír su voz, que hasta llegó a olvidar cómo sonaba.

Zoya se hizo cargo de su turno e inmediatamente se puso a dar vueltas como una peonza, justamente alrededor de su escritorio, de la tabla de instrucciones para los tratamientos y del armario de las medicinas, para desaparecer luego por cualquier puerta. La peonza gira de modo parecido.

Oleg estaba a la expectativa; y cuando la vio gozando de un instante de calma se plantó ante ella.

—¿No hay otra novedad en la clínica? —le preguntó Zoya con su deliciosa vocecita, en tanto esterilizaba las jeringuillas en un hornillo eléctrico y abría las ampollas.

—¡Ah, hemos tenido un acontecimiento grandioso! Nizamutdín Bajrámovich nos ha hecho una visita.

—¿Sí? ¡Qué bien que haya sido en mi ausencia!… Y qué, ¿le ha quitado las botas?

—No, las botas no. Pero hemos tenido una pequeña agarrada.

—¿Por qué motivo?

—Ha sido algo majestuoso. Entraron en la sala de sopetón quince batas: los jefes de los departamentos, los jefes médicos, los médicos asistentes y otros doctores que nunca había visto por aquí. El médico jefe se abalanzó como un tigre sobre las mesillas. Pero como habíamos recibido informes confidenciales, efectuamos con antelación ciertos preparativos y no pudo sacar tajada. Arrugó el ceño sumamente insatisfecho. En aquel momento le informaron de mi caso y Liudmila Afanásievna metió la pata. Enterada por mi expediente…

—¿Qué *expediente*?

—Bueno, la historia clínica… mencionó la procedencia del primer diagnóstico, revelando involuntariamente que procedía de Kazajstán. «¿Cómo?», exclamó Nizamutdín, «¿de otra república? ¿Nos faltan camas y aún hemos de admitir a forasteros? ¡Denle inmediatamente el alta!».

—¡Vaya! —Zoya prestó atención.

—Entonces Liudmila Afanásievna, yo no lo esperaba, se erizó en mi defensa como una clueca por sus polluelos: «¡Es un caso complicado, de importancia científica! ¡Esencial para nuestras conclusiones básicas!…». En cuanto a mi situación, era realmente absurda, pues hace días discutí con ella exigiéndole el alta. Entonces se disgustó conmigo y, sin embargo, ante Nizamutdín Bajrámovich me defendió con ahínco. Y yo no hubiera tenido más que decir una palabra a Nizamutdín y para la hora de la comida yo ya no habría estado aquí. Y no hubiera vuelto a verla a usted más…

—¿Ha sido, pues, en consideración a mí por lo que no pronunció esta palabra?

—¿Usted qué cree? —dijo Kostoglótov con voz apagada—. No me ha dado su dirección. ¿Cómo iba a buscarla?

Pero ella estaba atareada y Oleg no consiguió calibrar hasta qué punto había creído en sus palabras.

—¿Debía defraudar a Liudmila Afanásievna? —siguió relatando en tono más elevado—. Permanecí sentado como un zopenco, sin hablar.

Y Nizamutdín, con su tema: «¡Si ahora mismo voy al consultorio, les puedo traer cinco enfermos como él! ¡Todos nuestros! ¡Denle de alta!». Entonces yo cometí una tontería y desperdicié la oportunidad de irme. Tuve lástima de Liudmila Afanásievna, que parpadeaba como derrotada y que se había callado. Afiancé los codos en las rodillas, me aclaré la garganta y le pregunté calmosamente: «¿Cómo puede usted darme de alta si procedo de las tierras vírgenes?». «¡Ah, un colono de las tierras vírgenes!», se sobresaltó Nizamutdín (¡pues habría supuesto un error político!). «El país no escatima nada a los pobladores de las tierras vírgenes». Y siguieron adelante con su visita.

—Tiene usted desfachatez, ¿eh?

—Ha sido en el campo, Zóyenka, donde me he despabilado. Antes no era así. En general, muchos de los rasgos de mi carácter no son innatos, los he adquirido en el campo.

—Pero su jovialidad no le vendrá de allí, ¿verdad?

—¿Por qué no? Soy campechano porque estoy acostumbrado a los quebrantos. Me parece chocante que todos lloriqueen durante las visitas. ¿Por qué han de llorar? Nadie los exilia ni les confisca los bienes…

—Así pues, ¿se queda entre nosotros un mes más?

—¡No sea usted pájaro de mal agüero!… No, seguramente nada más que dos semanitas. Me siento como si le hubiera dado a Liudmila Afanásievna la garantía escrita de aguantarlo todo…

La aguja hipodérmica estaba llena de un líquido tibio y Zoya se alejó a paso vivo.

Ante ella tenía hoy un inminente y embarazoso problema y no sabía cómo abordarlo. Debía ponerle a Oleg la inyección recientemente prescrita. Y tenía que pincharle en el lugar de rutina, en ese lugar del cuerpo que todo lo soporta. Pero ante el cariz que habían asumido sus relaciones, la inyección era impracticable: se desbarataría el juego. Zoya, al igual que Oleg, no deseaba malograr ese juego ni variar el carácter de sus relaciones. Aún debían hacer correr la rueda una larga distancia para que la inyección fuera factible: debían convertirse en dos personas íntimas.

De regreso a la mesa y tras preparar otra inyección igual para Ajmadzhán, Zoya quiso saber:

—Y usted, ¿qué? ¿Da su beneplácito a las nuevas inyecciones? ¿No se rebela?

¡Peregrina pregunta a un paciente y a Kostoglótov en particular! Sólo esperaba el momento oportuno para entrar en materia.

—Ya conoce mis convicciones, Zóyenka. Siempre prefiero eludirlas, si es posible. Con según quién me va como una seda. Con Turgun me resulta a maravilla. Anda permanentemente a la caza de salir airoso en las partidas de ajedrez. Hemos pactado que, cuando gano yo, me libro de la inyección; cuando gana él, debo ponérmela. El caso es que juego con él en desventaja, privado de una torre. Pero con Maria no hay juego que valga. Se acerca con la jeringuilla y con su cara de palo. Yo trato de bromear, pero ella: «¡Paciente Kostoglótov, descúbrase el lugar de la inyección!». Jamás pronuncia una palabra innecesaria, bondadosa.

—Le odia.

—¿A mí?

—No, a todos los hombres en general.

—Quizá tenga motivos fundados para ello. Hay una enfermera nueva con la que tampoco puedo avenirme. Y cuando regrese Olimpiada, menos aún. Esa no cede ni una pizca.

—¡Eso es lo que voy a hacer yo! —amenazó Zoya, nivelando el líquido a los dos centímetros cúbicos. Pero su voz sonó notoriamente chacotera.

Se fue a pinchar a Ajmadzhán y Oleg se volvió a quedar solo ante la mesa.

Existía una segunda razón, de mucho más peso, por la que Zoya no quería que Oleg recibiera aquellas inyecciones. El domingo entero estuvo rumiando si debería o no explicarle su alcance.

Por si se diera el caso de que cuanto intercambiaban en broma se transformara en algo serio, lo cual cabía dentro de lo posible; por si esta vez la cosa no acababa en la

desconsoladora recogida de las prendas de vestir esparcidas por la habitación, sino que culminaba en algo firme y duradero y Zoya se decidía definitivamente a ser una abejita para él y determinaba seguirle al destierro (porque, al fin y al cabo, él tenía razón. ¿Acaso sabe una en qué rincón del mundo le aguarda la felicidad?). Planteado así el problema, las inyecciones prescritas a Oleg no eran ya sólo de su incumbencia, también la afectaban a ella.

Y ella las desaprobaba.

—Bien —exclamó alegremente, de regreso con la jeringa vacía—. ¿Por fin se encuentra con ánimos? ¡Vaya y descúbrase el lugar de la inyección, paciente Kostoglótov! ¡Enseguida iré yo!

Pero él siguió sentado, mirándola con expresión impropia en un paciente. No pensaba ni remotamente en la inyección; sobre tal punto ya estaban de acuerdo.

Contemplaba sus ojos, algo saltones, que parecían querer escapar de las órbitas.

—Vayamos a cualquier sitio, Zoya —más que dijo, masculló entre dientes.

Cuanto más profunda se volvía su voz, más sonora resonaba la de ella.

—¿A algún sitio? —se sorprendió y rio—. ¿A la ciudad?

—A la sala de los doctores.

Su mirada vehemente la absorbía y reclamaba, y le contestó sin afectación:

—No puedo, Oleg. Tengo mucho trabajo.

Insistió, como si no la hubiera entendido:

—¡Vamos!

—¡Ah, pues es verdad! —recordó ella—. Necesito llenar la almohadilla de oxígeno para… —e indicó con la cabeza hacia la escalera; tal vez mencionara el nombre del enfermo, pero él no lo oyó—. El cilindro tiene el grifo cerrado y usted me ayudará a abrirlo. Vamos.

Y al mismo paso, ella delante y él a su zaga, descendieron al rellano de abajo.

El desdichado paciente de color cadavérico y nariz afilada, devorado por el cáncer en los pulmones, tan menudo, bien por su natural constitución o porque le hubiera consumido la dolencia, y que había llegado a tal gravedad que ya los médicos no le hablaban ni le preguntaban nada cuando realizaban visita, se hallaba ahora sentado en el lecho e inhalaba frecuentemente de la almohadilla con marcado ronquido en el pecho. Su estado de gravedad no era nuevo, pero hoy estaba muchísimo peor: hasta un ojo inexperto podía apreciarlo. Daba fin al oxígeno de una almohadilla y tenía junto a sí otra vacía.

Tan mal estaba que ya no veía a las personas, ni a las que pasaban por su lado ni a las que se le acercaban.

Tomaron la almohadilla vacía y siguieron bajando la escalera.

—¿Con qué le curan?

—Con nada. Es un caso inoperable. Los rayos tampoco le han ayudado.

—¿Es que no pueden operar en el tórax?

—Aquí no practicamos esa operación.

—Entonces, ¿morirá?

Ella afirmó con la cabeza.

Y aunque llevaban en la mano la almohadilla que evitaba su asfixia, se olvidaron de él en el acto. Porque estaba a punto de acaecer algo fascinante.

La alta bombona de oxígeno estaba en un pasillo aislado que ahora se mantenía cerrado. Era el mismo pasillo, próximo a los gabinetes de rayos, en el que cierta vez Gángart acomodara al empapado y moribundo Kostoglótov. (Desde esa «cierta vez» no habían transcurrido ni tres semanas…).

Si no se encendía la segunda lámpara del corredor (y ellos encendieron sólo la primera), el rincón formado por el saledizo de la pared donde estaba la bombona quedaba en la penumbra.

Zoya era más baja que la bombona y Oleg más alto.

Ella encajó la válvula de la almohadilla a la válvula reguladora del cilindro.

Detrás, él respiraba sobre los cabellos que se le escapaban del gorrito.

—Esta espita está muy apretada —se quejó ella.

Oleg aplicó los dedos al grifo y lo abrió al instante. El oxígeno fluyó con leve susurro.

Entonces, sin pretexto alguno, con la mano que retirara de la espita, Oleg tomó a Zoya por la muñeca de la mano libre de la almohadilla.

Ella no se sobresaltó, no se sorprendió. Siguió observando cómo se inflaba la bolsa.

Deslizó la mano, envolvente y acariciadora, desde la muñeca, por el brazo y el codo, hasta el hombro.

Era un reconocimiento ingenuo, pero imprescindible para ambos. Era la comprobación de si las palabras antedichas habían sido interpretadas cabalmente.

En efecto, lo habían sido.

Introdujo dos dedos en su flequillo, revolviéndoselo, y ella no se enfadó ni retrocedió. Continuó vigilando la almohadilla.

Y entonces, tomándola firmemente por los hombros y atrayéndola hacia sí, llegó por fin a sus labios, a aquellos labios que tanto le habían sonreído y que tan parlanchines eran.

Los labios de Zoya no le recibieron hendidos, apagados, desmadejados, sino tensos, secundadores, prestos.

Esto lo percibió él en un santiamén, aunque un momento antes no recordara, lo había olvidado, que existen diferentes clases de labios y de modos de besar, que hay besos que no admiten parangón con otros.

Comenzado con un leve contacto, el beso se prolongaba como un

encadenamiento, como una interminable fusión a la que no había modo de poner fin ni existía motivo para ello. Podían seguir eternamente así, con los labios palpitantes cohesionados.

Pero con el transcurso del tiempo, al cabo de dos siglos, los labios acabaron por separarse y Oleg por primera vez miró a Zoya y oyó que esta le preguntaba:

—¿Por qué cierras los ojos cuando besas?

¿Había cerrado los ojos? ¡No lo sabía! No se había percatado de ello.

—¿Intentas ver la imagen de alguien?…

No se había dado cuenta de que los había cerrado.

Como los buscadores de perlas, que apenas recobrado el aliento se zambullen de nuevo en el fondo para buscar en los abismos el agazapado aljófar, así volvieron ellos a juntar sus labios. Esta vez él se dio cuenta de que cerraba los ojos y los abrió inmediatamente. Y vio de soslayo, cerca, increíblemente cerca, los ojos castaños dorados de ella, que se le antojaron rapaces. Con cada uno de sus ojos miraba los suyos por separado. Seguía besándole con la firme disposición, con el ímpetu de sus labios avezados e imperiosos, que no despegaba. Se balanceaba ligeramente, y le miraba con fijeza, como queriendo comprobar por sus ojos lo que ocurriría después de la primera, de la segunda y de la tercera eternidad. Pero desvió la mirada a un lado, se apartó bruscamente de él y gritó:

—¡El grifo!

¡Dios mío, el grifo! Él llevó la mano a la espita y la cerró rápidamente.

¡Era un milagro que no hubiera estallado la almohadilla!

—¡Estas cosas ocurren por culpa de los besos! —manifestó Zoya dando un suspiro, con la respiración aún entrecortada.

Su flequillo estaba revuelto, y el gorrito, desplazado de su sitio.

Y aunque no le faltaba razón, sus bocas volvieron a juntarse en un mutuo anhelo de embebecimiento. Como si cada uno quisiera chupar algo del otro y hacérselo suyo.

El pasillo tenía las puertas de cristales y quizá fueran visibles para alguien los alzados codos de ella, que sobresalían del saliente de la pared. Bueno, ¡que se fueran todos al diablo!

Cuando el aire retornó, a pesar de todo, a los pulmones de Oleg, la tomó por la nuca, contemplándola:

—¡Ranúnculo! Así es como te llamas. ¡Ranúnculo!

Ella repitió, con un mohín juguetón en los labios:

—¿Ranúnculo?… ¿Botón de oro?

Sí. No estaba mal.

—¿No te atemoriza que sea un desterrado, un delincuente?

—No —negó, moviendo la cabeza con frivolidad.

—¿Ni que sea viejo?

—¡Qué vas a ser viejo!

—¿Ni que esté enfermo?

Recostó la frente en su pecho y permaneció quieta.

Él la atrajo hacia sí, aproximando más a su cuerpo los tibios y ovalados soportes sobre los que aún seguía sin saber si se sostendría una regla pesada. Le preguntó:

—En serio, ¿estás dispuesta a ir a Ush-Terek?… Nos casaríamos… Construiríamos una casita.

Tenía aspecto de ser una proposición firme, la que ella necesitaba por su temperamento de abejita. Estrechada contra él y sintiéndole con todo su cuerpo, anhelaba de todo corazón acertar: ¿sería él?

Se empinó y cruzó las manos alrededor de su cuello.

—¡Oleg, querido! —exclamó—. ¿Sabes lo que representan esas inyecciones?

—¿Qué? —la restregó con su mejilla.

—Esas inyecciones… ¿Cómo te lo explicaría?… Su nombre científico es hormonoterapia… Se ponen de manera inversa: a las mujeres les inyectan hormonas masculinas, y a los hombres femeninas… Se considera que así se frena la metástasis… Pero lo que en primer lugar se suprime es… ¿Comprendes?

—¿Qué? ¡No, no comprendo del todo! —dijo inquieta y bruscamente. Su actitud había cambiado. Ahora la sujetaba por los hombros de otro modo, como si quisiera arrancarle cuanto antes la verdad—. ¡Explícate! ¡Explícate!

—Por lo general, suprimen la capacidad sexual… Pueden provocar incluso la aparición de indicios del sexo contrario. Cuando se inyectan grandes dosis, a las mujeres suele salirles barba, y a los hombres, pechos…

—¡Aguarda un instante! ¿Qué significa todo esto? —rugió Oleg, que empezaba a ver claro—. ¿Y esas son las mismas inyecciones que me ponen a mí? ¿Y lo suprimen *todo*?

—Bueno… No todo. Durante un tiempo prolongado se conserva la libido.

—¿Qué es eso de la libido?

Ella le miraba rectamente a los ojos y le sacudió cariñosamente un mechón de pelo.

—Pues lo que ahora sientes por mí… El deseo…

—¿Y el deseo subsiste, pero la capacidad no? ¿Es eso? —la interrogaba aturdido.

—Debilitan mucho la capacidad y, progresivamente, también el deseo. ¿Entiendes? —pasó los dedos por su cicatriz y le acarició la mejilla, que hoy llevaba rasurada—. Por eso no quiero que te pongas esas inyecciones.

—¡Es fantástico! —volvió en sí y se enderezó—. ¡Es realmente fantástico! Me lo decía el corazón. Esperaba que me jugaran una mala pasada. ¡Y así ha sido!

Sintió rabiosos deseos de denostar groseramente a los médicos, a todos los médicos en general, por disponer arbitrariamente de las vidas ajenas. Pero de súbito

recordó el radiante y sereno rostro de Gángart cuando ayer, mirándole con caluroso afecto, le decía: «¡Muy importantes para su existencia! ¡Debe salvar su vida!».

¡Conque esas tenemos, Vega! ¿Y deseaba su bien? ¿Y para ello se valía del engaño y quería reducirle a tal condición?

—¿También tú te comportarás así? —y la miró de reojo.

Pero no. ¿Por qué arremeter contra ella? Ella interpretaba la vida como él: *sin aquello*, ¿de qué servía la vida? Con sus solos labios rojos, encendidos, le había arrastrado hoy por la cordillera del Cáucaso. ¡Y seguía allí, ante él, con aquellos mismos labios! Y mientras esa libido fluyera por sus piernas, por su cintura, debía apresurarse a besar.

—¿No podrías inyectarme algo con efecto *opuesto*?

—Me expulsarían de aquí…

—Pero ¿existen tales inyecciones?

—Esas mismas, pero inyectando hormonas del mismo sexo…

—¡Escucha, Botón de Oro! ¡Vámonos a cualquier parte!

—Ya hemos ido y ya hemos llegado. Ahora hay que regresar…

—¡Vayamos a la sala de los médicos!…

—No es posible. Por allí anda siempre una sanitaria y otras personas. No debemos precipitamos, Oleg. De lo contrario, no habrá *mañana* para nosotros…

—¿Qué «mañana» quieres que haya sin libido? ¿O tendré la suerte de conservarla? ¡Discurre algo! ¡Vamos a cualquier sitio!

—Oleg, querido, hay que dejar algo para el futuro… Debo llevar la almohadilla.

—Sí, tienes razón. Hay que llevar la almohadilla. Ahora la llevaremos…

—…

—… Ahora la llevaremos…

—…

—La lle-va-re-mos… A-ho-ra…

Subían la escalera sin agarrarse de las manos, sosteniendo ambos la almohadilla, hinchada como un balón de fútbol. A través de esta se transmitían los movimientos que ambos ejecutaban al andar.

Y era como si fueran cogidos de la mano.

En el rellano de la escalera, por donde día y noche iban y venían incesantemente enfermos y sanos, ocupados en sus asuntos, seguía sentado en el catre, recostado en almohadas, el paciente de color cadavérico, el hombre consumido del pecho enfermo. Ya no tosía; se golpeaba la cabeza contra las encogidas rodillas, aquella cabeza en la que aún se apreciaban restos de un minucioso peinado a raya. Quizá su frente tuviera la sensación de que las rodillas eran una pared circular.

Todavía vivía, pero no había seres vivos a su alrededor.

Tal vez muriera hoy mismo aquel hermano, aquel semejante de Oleg, abandonado

y hambriento de compasión. Y tal vez si se sentara junto a su cama y pasara la noche a su lado, Oleg pudiera aliviar con algo sus postreras horas.

Pero siguieron adelante en cuanto le colocaron la bolsa de oxígeno. Sus últimos centímetros cúbicos de aire —la almohadilla de un moribundo— sólo habían sido para ellos el pretexto para ocultarse en un rincón y saborear sus besos.

Oleg ascendía por la escalera como si fuera encadenado a Zoya. No pensaba en el moribundo que dejaba a la espalda, sumido en la misma situación en que había estado él medio mes atrás o en que quizás estaría dentro de medio año. Sólo pensaba en aquella muchacha, en aquella mujer, en aquella hembra y en cómo convencerla para aislarse los dos.

Algo que tenía completamente olvidado, más olvidado aún que la inesperada y cantarina sensación en los labios, estrujados por los besos hasta el encono y la hinchazón, se le propagaba como savia rejuvenecedora por todo el cuerpo.

19

No todo el mundo llama a su madre «mamá», particularmente en presencia de extraños. Los muchachos mayores de quince años y menores de treinta se avergüenzan de hacerlo. Pero Vadim, Borís y Yuri Zatsyrko nunca se azoraron de su mamá. La amaron sin reservas en vida de su padre y más entrañablemente aún después del fusilamiento de este. Con diferencia de pocos años, los tres crecieron como si fueran de la misma edad. Siempre se mostraron dinámicos y activos, tanto en la escuela como en casa y, como no estuvieron expuestos al correteo callejero, jamás dieron motivo de disgustos a su madre viuda. Desde que se hicieron la primera foto infantil, la madre tomó la costumbre de llevarlos a fotografiarse cada dos años para poder apreciar y comparar sus transformaciones (más adelante usaban su propia cámara). De este modo, en el álbum familiar, iba acumulándose retrato tras retrato: el de la madre con sus tres hijos, el de la madre con sus tres hijos. Ella era rubia y ellos tres morenos; seguramente heredaron este tono de aquel prisionero turco que llegó a casarse con la joven cosaca de Zaporozhie, su bisabuela. Las personas extrañas no siempre acertaban a diferenciarlos en las fotos. De una a otra saltaba a la vista cómo crecían, cómo se robustecían y aventajaban a la madre que, imperceptiblemente, iba envejeciendo, pero que se erguía ante la cámara, orgullosa de aquel vivo testimonio de su existencia. Era una doctora muy acreditada en la ciudad donde residía. Había cosechado numerosas pruebas de gratitud —ramos de flores, pasteles—; aunque no hubiera realizado otra cosa de provecho que educar y criar a tres hijos como los suyos, eso habría sido sobrada justificación para su vida de mujer. Los tres se matricularon en el mismo Instituto Politécnico. El primogénito terminó la carrera de geólogo, el mediano la de ingeniero electrónico y el más joven finalizaría próximamente la de ingeniero de la construcción. La madre vivía en compañía de este último.

Mejor dicho, vivió con él hasta que se enteró de la enfermedad de Vadim. El jueves estuvo a punto de presentarse de improviso en la clínica. El sábado recibió un telegrama de Dontsova, exponiéndole la necesidad de un oro coloidal. El domingo le respondió con otro telegrama anunciándole que salía para Moscú para conseguirlo. Desde el lunes se encontraba, pues, en la capital; y los días de ayer y de hoy se los habría pasado gestionando entrevistas con ministros y otras personalidades para que

de las reservas del Estado le facilitaran aquel oro para su hijo, aunque fuera en consideración a la memoria del padre desaparecido. (A este se le encomendó la misión de quedarse en la ciudad ocupada, haciéndose pasar por un intelectual vejado por el poder soviético. Los alemanes le fusilaron al descubrir sus contactos con los guerrilleros y por esconder a nuestros soldados heridos).

Tales gestiones repugnaban y ofendían a Vadim, incluso a distancia. No podía soportar el valerse de influencias de ninguna clase, ni aprovecharse de los méritos contraídos, ni de las relaciones. Hasta le incomodó el telegrama que su madre envió a Dontsova advirtiéndole de su llegada. Por muy importante que fuera para él recobrar la salud, no quería gozar de ningún privilegio, ni siquiera ante la torva faz de la muerte por cáncer. Ciertamente que, al observar a Dontsova, Vadim comprendió enseguida que Liudmila Afanásievna no le hubiera dedicado menos tiempo ni menos atenciones si no hubiera recibido el telegrama de su madre. Salvo telegrafiarle sobre la necesidad del oro coloidal.

Si su madre consigue ese oro, volará aquí con él, naturalmente. Y si no lo consigue, volará de todos modos. Él ya le había escrito una carta desde la clínica contándole lo de la *chaga*; no es que tuviera una fe firme en ella, pero así proporcionaba a su madre un afán más por la salvación, la mantenía esperanzada. Si su desaliento llegaba al límite, a pesar de sus conocimientos médicos y de sus convicciones, iría incluso hasta las montañas en busca del curandero y de la raíz del *issyk-kul* (Ayer Oleg Kostoglótov le visitó y le confesó que por complacer a una mujer había tirado la infusión hecha con la raíz; pero que, de todos modos, la cantidad desperdiciada era pequeña. Le proporcionó la dirección del anciano, asegurándole que, si en realidad le habían encarcelado, estaba dispuesto a ceder a Vadim parte de su reserva).

Para su madre la vida ya no tendría objeto si sobre Vadim gravitaba un peligro serio. Por él haría todo, y más aún que todo, hasta lo innecesario. Le seguiría a la expedición, aunque allí ya tenía él a Galka. Al fin y al cabo, como Vadim alcanzara a comprender y por lo que había leído y oído sobre su enfermedad, el tumor le había brotado por un exceso de desvelo y precaución de su madre. Desde la infancia tuvo en la pierna una mancha pigmentaria; su madre, como médico, conocía el peligro de que se convirtiera en algo maligno. Siempre encontraba razón para palpar dicha mancha, y cierta vez insistió para que un buen cirujano le efectuara una operación preventiva. Resultó que, por lo visto, en modo alguno tendrían que haberle operado.

Pero aunque su madre fuera la responsable de su actual agonía, no podía reprochárselo, ni a espaldas suyas ni en su misma cara. Era injusto ser pragmático hasta el extremo de juzgar a la gente por los resultados de sus acciones; las acciones humanas deben juzgarse por las intenciones. Sería inicuo indignarse ahora por la culpabilidad de ella a la vista del trabajo no finalizado, del empeño interrumpido y de

las oportunidades desaprovechadas. Pues ese empeño, esas oportunidades y ese interés por su labor no habrían existido sin haber existido él mismo, Vadim. Y él vino al mundo gracias a su madre.

El hombre tiene dientes y con ellos muerde, roe, aprieta. Pero mirad las plantas, carecen de ellos y qué tranquilamente crecen y qué placenteramente mueren.

Pero al disculpar a su madre, Vadim no podía perdonar al conjunto de circunstancias adversas. No estaba dispuesto a concederles ni un centímetro cuadrado de su epitelio. Y no pudo evitar el encajar los dientes.

¡Esta maldita enfermedad le había partido por medio! ¡Se había abatido sobre él en un momento crucial!

Ya desde la niñez se comportó siempre como si presintiera que al final le faltaría el tiempo. Se ponía nervioso si se presentaba en casa alguna visita o entrabá una vecina a charlar, haciéndoles perder el tiempo a su madre y a él. Se exasperaba cuando en la escuela o en el instituto convocaban a los estudiantes —para algún trabajo, excursión, velada o manifestación— una o dos horas antes de la señalada porque consideraban de antemano que la gente no sería puntual. Jamás soportó Vadim los noticiarios de media hora de duración de la radio. Opinaba que lo importante y necesario podía decirse en cinco minutos, que el resto era paja. Le enfurecía tener que ir a cualquier comercio porque había un uno por ciento de probabilidades de hallarlo cerrado por estar de balance, de inventario o renovando el género, lo cual no era posible prever. Cualquier soviet rural, cualquier oficina de correos rural, podía tener sus puertas cerradas en cualquier día laborable, lo cual era igualmente imprevisible a veinticinco kilómetros de distancia.

Ese afán por aprovechar el tiempo le venía posiblemente de su padre, a quien tampoco le gustaba permanecer inactivo. Vadim recordaba que cierta vez le dijo, mientras le zarandeaba entre sus rodillas: «Vadka, si no sabes aprovechar el minuto, es inútil que te afanes una hora, un día o toda la vida».

Pero no. Ese demonio, esa sed insaciable de tiempo, sin la presencia del padre formaba parte de su ser desde sus más tiernos años. Apenas iniciado el juego con los chavales, ya le aburría; no ganduleaba con ellos a la puerta de casa, sino que se retiraba en el acto haciendo caso omiso de sus burlas. En cuanto un libro le parecía insulso, no seguía leyéndolo, lo abandonaba y buscaba otro más enjundioso. Si las primeras escenas de una película eran de una necedad evidente (y de antemano nunca se sabe nada sobre las películas, pues se debe a un proceder deliberado), desdeñaba el dinero malgastado, se levantaba ruidosamente de su localidad y huía para evitar más pérdida de tiempo y salvaguardar su incontaminado cerebro. Le irritaban los maestros que hastiaban a los alumnos con sermones de diez minutos, que luego no explicaban debidamente el tema, extendiéndose en detalles superfluos o sintetizando para, finalmente, asignar las tareas para casa después del toque del timbre. No conciben

que el alumno pueda tener el recreo planificado con más precisión que ellos sus lecciones.

¿Acaso en la niñez, sin conocer ese peligro, ya lo presentía en sí? ¡La amenaza que entrañaba esa mancha pigmentaria pendió sobre él desde los primeros años de su vida, desde que era un ser totalmente inocente! Cuando de chiquillo economizaba tanto el tiempo que llegó a transmitir a sus hermanos el afán de aprovecharlo; cuando leía libros para adultos antes de ser alumno de la primera clase, y cuando montó un laboratorio químico en su casa siendo estudiante de sexto curso, ya había entablado una porfiada competición con el futuro tumor para demostrar quién llegaba antes a su meta. Pero era una pugna a ciegas por su parte, pues desconocía el emplazamiento del enemigo. Pero ¡el enemigo lo veía todo e irrumpió haciendo presa en él en el momento más trascendental de su vida! No era una enfermedad, era una serpiente. Hasta su nombre era de reptil: melanoblastoma.

Vadim no reparó en sus primeras manifestaciones. Estas se produjeron en la expedición a la cordillera del Altai. Empezó con un endurecimiento seguido de dolor; luego reventó y sintió cierto alivio. Volvió a endurecerse de nuevo y el roce de la ropa le producía tal dolor que se le hacía insoportable caminar. Pero no escribió a su madre notificándole lo que le ocurría ni abandonó el trabajo, porque estaba recopilando la primera serie de materiales básicos para presentarlos en Moscú.

Su expedición investigaba únicamente las aguas radiactivas y no era de su incumbencia ninguna clase de yacimientos mineros. Pero Vadim, que había leído más de lo frecuente para su edad y que estaba muy versado en química, materia en la que no todos los geólogos se sienten fuertes, tuvo el presentimiento o la intuición de que allí podía abrirse paso un nuevo método para el descubrimiento de minas. El jefe de la expedición no veía con buenos ojos el rumbo innovador de su trabajo; para él lo esencial era el rendimiento con arreglo al plan.

Vadim solicitó ser enviado a Moscú en misión de servicio, pero el jefe no consintió en el viaje porque conocía sus proyectos. En vista de ello, Vadim exhibió su tumor, tomó la baja de enfermo y se presentó en el dispensario. Confirmaron el diagnóstico y le hospitalizaron en el acto, pues, como le dijeron, su caso no admitía demora. Con la hoja de hospitalización en el bolsillo se fue a Moscú en avión. Precisamente se celebraba en la capital una conferencia en la que Vadim confiaba en entrevistarse con Cheregoródtsev, a quien no conocía en persona, sólo a través de su libro de texto y de otras obras. Le advirtieron que Cheregoródtsev atendería sólo a su primera frase: por esa primera frase tenía la costumbre de decidir si merecía la pena o no seguir hablando con la gente. En el trayecto hasta Moscú Vadim compuso esa frase. Le presentaron a Cheregoródtsev en la entrada del bar, en uno de los descansos de las sesiones. Vadim le disparó su frase, Cheregoródtsev dio la espalda al bar, le tomó del brazo más arriba del codo y le apartó de allí. La dificultad de aquella charla

de cinco minutos, que Vadim se imaginaba enormemente embarazosa, residía en la precipitación con que debía tener lugar, en que tenía que captar las respuestas sin omitir detalle y dar muestras de su erudición, pero sin exponer su idea punto por punto, reservándose lo más valioso de sus trabajos iniciales. Cheregoródtsev le lanzó de golpe sus objeciones y argumentos, demostrando que las aguas radiactivas constituían un indicio indirecto, pero en modo alguno el básico, por lo que carecía de sentido pretender localizar los yacimientos sirviéndose de ellas. Esta fue su opinión, aunque dejó entrever que habría aceptado gustosamente que el joven intentara persuadirle; esperó infructuosamente un minuto a que Vadim se lanzara a ello y luego se despidió de él. Oyéndole, Vadim sospechó que también todo el Instituto de Moscú brujuleaba alrededor de lo mismo que él, en solitario, rastreaba entre los guijarros de las montañas del Altai.

¡De momento, nada mejor hubiera podido esperar! ¡Era ahora cuando debería dedicarse al trabajo con denuedo!

Pero no le quedaba otro remedio que ingresar en la clínica… Y sincerarse con mamá. Podría haberse ido a Novocherkassk, pero aquel sitio le gustó y estaba más cerca de sus montañas.

En Moscú no sólo se informó de asuntos relacionados con las aguas radiactivas y los yacimientos. También se enteró de que el melanoma es mortal, que raramente viven un año quienes lo padecen, y lo más frecuente es que no pasen de los ocho meses.

Pues bien: como les ocurre a los cuerpos que alcanzan velocidades cercanas a la de la luz, su *tiempo* y su *masa* ya no eran como las de los otros cuerpos, como las del resto de la gente; su tiempo había aumentado en capacidad y su masa en penetración. Para él los años se habían reducido a semanas y los días a minutos. ¡Él, que había vivido constantemente apresurado, ahora tendría que darse prisa de verdad! Disfrutando de sesenta años de vida tranquila, hasta un tonto puede llegar a ser doctor en ciencias. Pero con apenas veintisiete, ¿qué hacer?

Veintisiete años fueron los que vivió Lérmontov[15]. Lérmontov tampoco quería morirse (Vadim sabía que su aspecto exterior se parecía ligeramente al del poeta: como él, era de estatura mediana, de cabellos negros como la pez, de figura bien proporcionada y de manos pequeñas; con la sola diferencia de que Vadim no usaba bigote). Sin embargo, Lérmontov logró grabarse en nuestra memoria, y no únicamente para cien años, sino ¡para siempre!

Ante la muerte —ante esa muerte que ya movía su negro cuerpo y agitaba su rabo de pantera acurrucada a su lado, en su mismo lecho—, Vadim, como hombre intelectivo, tenía que hallar el modo de vivir teniéndola muy próxima. ¿Cómo hacerlo lo más fructuosamente posible los meses que le restaban de vida, si de meses se trataba? Debía analizar la muerte como un nuevo factor inesperado en su existencia.

Y después de analizarlo advirtió que, al parecer, empezaba a familiarizarse con él y casi a asimilarlo.

La línea de razonamiento más errónea hubiera sido partir de aquello que perdía: de lo feliz que hubiera llegado a ser, los lugares que podría haber visitado y lo que habría podido realizar si hubiera gozado de larga vida. Lo correcto era aceptar las estadísticas que establecen que alguien debe morir joven. En compensación, el difunto joven perdura en la memoria de las gentes como un hombre eternamente joven. Y quien se enfrenta a la muerte con ardimiento resplandece para siempre jamás. En esto se revelaba una importante faceta, a primera vista paradójica, que Vadim consideró en sus meditaciones de las últimas semanas: que la persona con talento comprende y acepta la muerte más fácilmente que la que carece de él. ¡Y eso a pesar de que el individuo inteligente pierde muchísimo más con la muerte que el inepto! El hombre falto de talento exige una existencia prolongada.

Era natural que sintiera amargura al pensar que si pudiera resistir tres o cuatro años a lo sumo, en este siglo nuestro de los inventos, de universal auge en los descubrimientos científicos, ya habrían hallado para entonces el remedio para curar el melanoma. Pero Vadim resolvió no caer en la ilusión de una prolongación de la vida, en la ilusión de una curación, y no malgastar ni siquiera los minutos nocturnos en tan vanas especulaciones. Por el contrario, debía concentrarse, trabajar y legar a las gentes a su muerte un nuevo método de localización de yacimientos mineros.

De este modo, en compensación a su muerte prematura, confiaba en acabar sus días reconfortado.

En sus veintiséis años de existencia no había experimentado sensación más satisfactoria, desbordante y grata que la conciencia del tiempo provechosamente empleado. Y lo más razonable era vivir sus últimos meses de la misma forma.

Y con este ímpetu creador, y con sus libros bajo el brazo, es como Vadim hizo su entrada en la sala.

El primer enemigo que esperaba encontrar allí era la radio, el altavoz. Estaba dispuesto a luchar contra él con todos los medios, legales e ilegales. Primero utilizaría el método persuasivo con sus vecinos, luego organizaría un corto circuito con una aguja y, en caso extremo, incluso llegaría a arrancar el aparato de la pared. La ineludible y ruidosa radiodifusión, inexplicablemente considerada por doquier en nuestro país como signo de amplia cultura, es, por el contrario, indicio de atraso cultural y un incentivo para la pereza mental. Pero Vadim casi nunca consiguió convencer a nadie de ello. Esa constante machaconería, ese ciclo alternativo de información no requerida por uno y de música no elegida por uno era un robo de tiempo y una entropía para el espíritu, muy conveniente y amena para los apáticos e insoportable para las personas con iniciativa. Ese necio, al obtener la eternidad, seguramente no podría vivirla de otra guisa que escuchando la radio.

Pero Vadim, al entrar en la sala, vio con grata sorpresa que ¡allí no había radio! No la había en todo el primer piso (esta omisión se explicaba por el hecho de que se esperaba que de un año para otro trasladarían la clínica a un nuevo edificio mejor equipado, en el que no faltaría la instalación de una red de radiorreceptores).

El segundo enemigo esperado por Vadim era la oscuridad. Temía que en la clínica apagaran pronto las luces y que las encendieran tarde, o que le acomodaran alejado de las ventanas. Pero el generoso Diomka le había concedido el sitio de la ventana y Vadim resolvió desde el primer día adaptarse a las circunstancias: se acostaría temprano como los otros pacientes, y se despertaría al amanecer, para dedicar al estudio las mejores y más tranquilas horas del día.

El tercer posible enemigo era el parloteo desmedido en la sala. Y resultó que este no faltaba. Pero a Vadim le agradaron, en conjunto, los pacientes que la ocupaban. Sobre todo, le satisfizo la tranquilidad que en ella reinaba.

Yeguenberdíev fue el que más simpático le cayó: permanecía casi siempre callado, prodigaba a todos su sonrisa de héroe legendario, dilatando sus gruesos labios y sus mofletudas mejillas.

Mursalímov y Ajmadzhán no pecaban de inoportunos, eran excelentes personas y no molestaban a Vadim cuando hablaban en uzbeko durante sus charlas tranquilas y juiciosas. Mursalímov parecía un anciano lleno de sabiduría; Vadim se había tropezado en las montañas con individuos como él. Sólo una vez les oyó discrepar y discutir acaloradamente. Vadim les pidió que le tradujeran el motivo de su desacuerdo. Al parecer, a Mursalímov le disgustaban las recientes innovaciones en los nombres, que se unieran varias palabras para formar uno. Él aseguraba que sólo existían cuarenta nombres originales, legados por el Profeta, y que los demás son incorrectos.

Ajmadzhán era un muchacho sin malas intenciones. Si le rogaban no hacer ruido, complacía al instante. En cierta ocasión, cuando Vadim le describió la vida de los *evenkos*[16], se enardeció su imaginación. Varios días estuvo cavilando en aquel género de existencia difícilmente concebible, y le hacía a Vadim preguntas inesperadas:

—Dime, ¿qué tipo de vestidos tienen esos *evenkos*?

Vadim le respondía presta y concisamente; y Ajmadzhán volvía a sumirse en sus cavilaciones unas horas más, hasta que, renqueando, se acercaba nuevamente a preguntarle:

—Y esos *evenkos*, ¿por qué ordenanzas se rigen?

A la mañana siguiente aún quiso saber:

—Dime, ¿qué objetivo tienen en la vida?

No aceptaba la explicación de que los *evenkos* «viven sencillamente, sin complicaciones».

También Sibgátov era apacible, cortés. Entraba con frecuencia en la sala a jugar a las damas con Ajmadzhán. Saltaba a la vista que era un hombre inculto, pero con intuición para comprender que es vulgar e innecesario hablar a gritos. Cuando discutía con Ajmadzhán también adoptaba un tono atemperante:

—¿Acaso son verdaderas uvas y verdaderos melones los que se dan aquí?

—¿Dónde se cosechan los mejores? —se acaloraba Ajmadzhán.

—En Crimea. ¿Dónde, sino? Si hubieses visto…

Diomka era, asimismo, un magnífico muchacho. Vadim observó que no le gustaba gastar saliva en balde. Diomka reflexionaba y estudiaba. Su rostro, ciertamente, no reflejaba la radiante huella del talento; adquiría un aire hosco cuando captaba una idea repentina. El camino del estudio y de las actividades intelectuales sería arduo para él; pero, a veces, de sujetos pacientes y perseverantes suelen forjarse hombres recios y eficaces.

Vadim tampoco tenía nada que objetar contra Rusánov. Había sido toda su vida un trabajador honesto aunque no llegara a descubrir la pólvora. Sus apreciaciones eran correctas en lo fundamental, pero no sabía expresarlas con flexibilidad; las exponía como fórmulas aprendidas de memoria.

Al principio Vadim no sintió simpatía por Kostoglótov y le calificó de buscarruidos sin educación. Pero luego advirtió que sólo lo era en apariencia, que carecía de petulancia y que sabía transigir; que si daba muestras de irritabilidad era debido a que su vida se había complicado desastrosamente. Dado su carácter endiablado, tal vez fuera él mismo el culpable de sus desdichas. Su enfermedad iba en franca mejoría y aún podría enderezar su vida si fuera más circunspecto y supiera lo que quería. En primer lugar, no sabía concentrarse, abstraerse, lo que era fehaciente por su modo de malgastar el tiempo, por su continua excitación que le impelía a vagar sin objeto por el patio, a fumar sus pitillos o a coger un libro para abandonarlo enseguida. Además, iba demasiado tras las faldas.

Vadim por nada del mundo se interesaría por las chicas estando al borde de la muerte. Galka le esperaba en la expedición y soñaba en casarse con él. Y él ya no tenía derecho a ser su marido; ya poco podía ofrecerle.

Ya no podía ofrecer nada a nadie.

Tal era el precio, que debía ser pagado íntegramente. Cuando una pasión se adueña de nosotros, desplaza a todas las demás.

De los pacientes de la sala, quien verdaderamente irritaba a Vadim era Poddúyev. Era un sujeto curtido, fuerte, y de la noche a la mañana se había desplomado bajo la influencia de melifluas necedades idealistas. Vadim se enfurecía, incapaz de soportar esas enternecedoras fabulillas sobre la resignación y el amor al prójimo, que predican la transigencia y exhortan al hombre a sacrificarse, a permanecer como un pazguato a la expectativa para ver dónde y con qué prestar ayuda a todo bicho viviente. Y este

bicho viviente puede ser un vago redomado o un pillo desvergonzado. Tamaña perogrullada, tan manida e infundada, entraba en contradicción con la juvenil energía y la fogosa vehemencia de Vadim, con su urgencia por desprenderse como un disparo, por consagrar su vida a algo. Estaba resuelto a darse sin cobrar ningún tributo, a entregarse, pero no a nimiedades y poco a poco, sino con el arrebato de la heroicidad: por entero y en beneficio de toda la humanidad.

Se alegró cuando Poddúyev fue dado de alta y el albino Federau ocupó su cama abandonando la del rincón. Este sí que era tranquilo, no había en la sala otro más callado que él. Podía pasarse el día sin pronunciar palabra, tendido y mirando con tristeza. Como vecino era ideal para Vadim, aunque pasado mañana, el viernes, le operarían.

Sí, se habían mantenido silenciosos, pero hoy empezaron a hablar de enfermedades, y Federau manifestó que había estado enfermo y a punto de morirse de meningitis.

—¡Oh! ¿Te diste un golpe?

—No, me resfrié. Estando muy sofocado, me llevaron en un coche desde la fábrica a mi casa y se me enfrió la cabeza. Se me declaró la meningitis y perdí la vista.

Lo relataba serenamente, sonriéndose incluso, sin recalcar que la tragedia fue horrible.

—¿Por qué estabas sofocado? —le preguntó Vadim, sin apartar la vista del libro, pues el tiempo volaba.

Pero la conversación acerca de las enfermedades siempre encuentra oyentes en la sala de un hospital. Federau vio que Rusánov, desde la pared opuesta, fijaba la vista en él. Hoy estaba bastante aplacado y, en parte, también lo relataba para Pável Nikoláyevich.

—Se averió una caldera y había que repararla con una soldadura complicada. Si se sacaba todo el vapor de ella y se la dejaba enfriar, se necesitarían veinticuatro horas para ponerla de nuevo en funcionamiento. Por la noche, el director mandó a buscarme en un coche y me dijo: «Federau, para no interrumpir el trabajo, vístete el traje protector y entra en el vapor, ¿eh?». «Bien», le contesté, «si es preciso, lo haré». Estábamos en vísperas de la guerra y andábamos apretados con el plan. Había que hacerlo. Me introduje en la caldera y efectué el trabajo en hora y media… ¿Cómo podía negarme? Mi nombre encabezaba siempre el cuadro de honor de la fábrica.

Rusánov le escuchaba mirándole con aprobación.

—Su proceder hubiera podido enorgullecer hasta a un miembro del Partido —le elogió.

—Soy miembro del Partido —le aclaró Federau con mayor modestia y con sonrisa aún más apacible.

—*Era*, querrá decir —le corrigió Rusánov. («Apláudeles algo y enseguida se lo toman en serio»).

—Y lo sigo siendo —aseguró Federau, sumamente quedo.

Hoy Rusánov no tenía el ánimo muy propicio para meditar en las circunstancias de las vidas ajenas, para discutir ni para parar los pies a nadie. Su propia situación era ya lo suficientemente trágica. Pero no podía inhibirse ante tan evidente disparate. El geólogo se hallaba otra vez embebido en su libro. Con voz débil, con lenta precisión (sabía que los otros se esforzarían en oírle), Rusánov manifestó:

—Eso no puede ser. Porque usted es alemán, ¿verdad?

—Sí —afirmó Federau, y pareció afligido por tal hecho.

—¿Entonces? Cuando los deportaron, tuvieron que quitarles los carnets del Partido.

—No, no nos los quitaron —negó Federau con la cabeza.

Rusánov crispó el rostro; tenía dificultad para hablar.

—Fue una omisión, sencillamente. Con las prisas y el ajetreo se harían un lío. Pero, en tal caso, ustedes mismos debieron entregarlos.

—¡No sé por qué! —insistió Federau, que siendo un hombre extremadamente apocado no daba su brazo a torcer—. ¡Qué error puede haber! ¡Va a hacer catorce años que tengo mi carnet! Nos reunieron en el comité del distrito y nos explicaron: «Seguirán siendo miembros del Partido. No los confundimos con el conjunto de la masa. Una cosa es tener que registrarse en la comandancia y otra la obligación de abonar las cuotas del Partido. No podrán ejercer cargos directivos, pero tendrán que trabajar con ejemplaridad en los trabajos ordinarios». Y eso fue todo.

—Pues no lo comprendo —suspiró Rusánov.

Los párpados querían cerrársele y hablaba con gran dificultad.

La segunda inyección, la de anteayer no le produjo mejoría alguna. El tumor no disminuyó ni se ablandó, seguía presionándole bajo la mandíbula como si fuera una bola de hierro. Hoy, enervado y temeroso de que le acometiera otro delirio atormentador, yacía en espera del tercer pinchazo. Convino con Kapa que después de esa tercera inyección se iría a Moscú. Pero Pável Nikoláyevich había perdido su ardor combativo; ahora sabía ya lo que era sentirse irremediablemente perdido. La tercera inyección o la décima, aquí o en Moscú, ¿qué más daba?, pues si el tumor se resiste a la medicación, no cederá. Cierto que el tumor no era todavía la muerte; podía perdurar, convirtiéndole en un inválido, en un contrahecho, en un enfermo. Hasta el día de ayer, Pável Nikoláyevich no había relacionado directamente el tumor con la muerte, hasta que oyó al Roedor, atiborrado por la lectura de libros de medicina, explicarle a otro paciente que el tumor esparce veneno por todo el cuerpo, y que por eso el organismo no puede aguantar su presencia.

Pável Nikoláyevich sentía los pellizcos retorcidos del suyo y comprendió que no

ganaría nada con volver la espalda a la muerte. Ayer, en la planta baja, vio con sus propios ojos cómo estiraban una sábana sobre la cabeza de un recién operado. Sólo entonces se le reveló el sentido de la frase que oyera decir a las sanitarias: «A este pronto habrá que *cubrirle con la sábana*». O sea que se nos representa a la muerte como algo negro; pero, en realidad, eso negro no son más que los accesos a ella, pues ella misma es blanca.

Es obvio que Rusánov supo de siempre que, puesto que los seres humanos son mortales, él también tendría algún día que liar el petate. Pero «algún día» y no inmediatamente. El tener que morirse «algún día» no le horrorizaba; lo espantoso era morirse ahora.

La muerte, nívea e indiferente, con la apariencia de una sábana que no envolvía figura alguna, sino al vacío, se acercaba sigilosa a él, sin ruido, en pantuflas. Y Rusánov, cogido de sorpresa por ese abordaje furtivo de la muerte, no sólo no podía presentarle batalla, sino ni siquiera reflexionar sobre ella, tomar decisiones ni expresar nada. Había llegado arbitrariamente y no existía reglamento u ordenanza que defendiera a Pável Nikoláyevich.

Sentía compasión de sí mismo. Era penoso imaginarse una vida como la suya, tan perfectamente orientada a un determinado fin, tan plena y laboriosa y podría decirse que hasta tan bella, truncada ahora por el peñasco de aquel extraño tumor, que su mente se negaba a reconocer como mortal de necesidad.

Y era tal la compasión que sentía por sí mismo que las lágrimas acudieron a sus ojos, nublándole la vista. De día las ocultó tras las gafas o las disimuló aparentando estar constipado o tapándose con la toalla. Pero esta noche lloró silenciosa y largamente sin avergonzarse en absoluto. No había llorado desde la infancia, tenía olvidado cómo se lloraba y, más aún, no se acordaba ya de que las lágrimas desahogaban. Estas no alejaron de él los peligros ni los infortunios —la muerte por cáncer, la revisión judicial de los antiguos procesos, la inyección de mañana y el nuevo delirio—; sin embargo, tuvo la impresión de que le habían elevado un peldaño más arriba de dichas amenazas. Se le figuraba verlo todo con más lucidez.

Además, se había debilitado enormemente, apenas se movía y comía sin apetito. Hallaba algo placentero en ese estado de debilidad; pero era una placidez dañina: como la de la persona que se está helando y no tiene fuerzas para moverse. O como si se viera atacado de parálisis o recubierto con espeso algodón su habitual ardor cívico, que siempre le incitó a no conformarse con cuanto anómalo o incorrecto apreciara a su alrededor. Ayer el Roedor, con sonrisa burlona, mintió al médico jefe diciéndole que era un colono de las tierras vírgenes; Pável Nikoláyevich no hubiera tenido más que abrir la boca y proferir dos palabras y ya no quedaría allí ni rastro del Roedor.

Sin embargo, no dijo nada, guardó silencio. No actuó con honradez desde el punto de vista cívico; su deber era desenmascarar la falsedad. Pável Nikoláyevich no

intervino y ni él mismo se explicaba el motivo. No fue porque le faltaran alientos para destrabar la lengua ni porque temiera la venganza del Roedor. No. En cierto modo, no tenía ganas de hablar, como si cuanto acaecía en la sala no le incumbiera. Por otro lado, le asaltó el extraño pensamiento de que aquel alborotador, aquel grosero que unas veces se oponía a que apagaran la luz, que abría la ventanita sin preguntar a nadie o que se desvivía por ser el primero en coger el periódico era, a fin de cuentas, una persona adulta con su propio destino, no muy feliz quizás, y que por él podía vivir como tuviera a bien.

Hoy el Roedor había vuelto a pasarse de la raya. Se presentó en la sala una joven del laboratorio para formar el censo electoral (también allí los preparaban para las elecciones), para lo cual reclamó la documentación de cada uno de los pacientes. Todos le entregaron su pasaporte o el certificado del koljós, excepto Kostoglótov, que no tenía documentación alguna. La joven del laboratorio se sorprendió, naturalmente, y volvió a exigirle el pasaporte. Kostoglótov se insolentó con ella diciéndole que, si conociera mejor la instrucción política más elemental, debería saber que hay diversas categorías de deportados. Le dio cierto número de teléfono para que llamara y luego le aseguró que él gozaba de derecho al voto, pero que, en último caso, podía pasarse muy bien sin votar.

Así de turbulento y envilecido era su vecino de lecho. ¡Qué acertadamente lo había presentido el corazón de Pável Nikoláyevich! Pero ahora, en vez de horrorizarse por haber ido a caer en tal antro y verse rodeado de semejantes personas, Rusánov se rindió a la indiferencia que le anegaba. No le interesaba Kostoglótov, ni Federau, ni Sibgátov. Que sanen todos ellos, que vivan, con tal de que él, Pável Nikoláyevich, salvara también su vida.

Vislumbró el capuchón de la sábana.

Que vivan. Pável Nikoláyevich no les pediría cuentas ni los controlaría. Pero que a él tampoco se las pidieran, que nadie se pusiera a remover el remoto pasado. Lo ocurrido era cosa relegada al olvido, desvanecida. Sería injusto intentar averiguar ahora quiénes se equivocaron hace dieciocho años y en qué consistió su error.

Desde el vestíbulo llegó la aguda voz de la sanitaria Nelia, sin par en toda la clínica. A veinte metros de distancia, sin forzar el grito, preguntaba a alguien:

—Oye, ¿cuánto valen esos zapatos de charol?

No pudo oírse lo que la otra contestó, y volvió a sonar el vozarrón de Nelia:

—¡Oh! ¡Si yo pudiera ir con unos así, tendría un rebaño de amantes!

La otra le objetó algo y Nelia convino en parte:

—¡Oh, sí! Cuando me puse por primera vez las medias de nailon me sentía tan ufana. Pero Serguéi tiró una cerilla y me las quemó. ¡Valiente cochino!

En aquel preciso instante hizo su entrada en la sala con el cepillo, y preguntó:

—Qué, muchachos, ¿dicen que ayer lo fregaron y lo relimpiaron todo? Así hoy lo

haremos por encima… ¡Ah, sí! ¡Una noticia! —recordó algo y señalando a Federau, prosiguió jovial—: Aquel de ahí ya se ha esfumado. Ha salido de este mundo.

Por muy dueño de sí mismo que fuera, Guenrij Yakóbovich no pudo evitar un estremecimiento de hombros. Se sintió mal.

No comprendieron lo que quería decir Nelia y ella se explicó:

—¡El picado de viruela! ¡El que iba envuelto en vendas! Ayer, en la estación, junto a la taquilla. Ahora le han traído para hacerle la autopsia.

—¡Dios mío! —exclamó Rusánov sacando fuerzas de flaqueza—. ¿Cómo es posible que tenga usted tan poco tacto, camarada sanitaria? ¿Por qué se hace eco de tan espantosas noticias?

En la sala todos se quedaron cavilosos. Mucho había hablado Yefrem sobre la muerte, y verdad era que él parecía estar condenado sin remisión. Solía pararse en medio del pasillo e intentaba convencerlos hablando entre dientes:

—¡Te-rri-ble situación la nuestra!

Sin embargo ellos no fueron testigos de los últimos pasos de Yefrem. Con su marcha hizo que quedara en la memoria de los demás con su imagen de hombre vivo. Ahora tendrían que forjarse la idea de que él, que anteayer aún pisoteaba la tarima por la que todos caminaban, yacía en el depósito de cadáveres, seccionado por la línea axial delantera como una salchicha reventada.

—Tendrías que explicamos alguna cosa alegre —le pidió Ajmadzhán.

—También puedo contaros algo divertido y os moriréis de risa. Pero es algo subido de tono…

—¡No importa! ¡Cuenta, cuenta!

—¡Ah, sí! —recordó Nelia—. A ti, buen mozo, te esperan en rayos. ¡A ti, a ti! —y señaló a Vadim.

Vadim dejó el libro en el alféizar de la ventana con mucha precaución y con ayuda de las manos bajó la pierna enferma de la cama. Luego colocó el otro pie en el suelo. Con su figura de bailarín de ballet, afeada por la deforme pierna que siempre procuraba proteger, se dirigió a la salida.

Había oído lo que decían de Poddúyev, pero no le inspiró compasión. Poddúyev no fue un hombre valioso para la sociedad, así como tampoco lo era aquella descocada sanitaria. Pese a todo, lo eficaz para la humanidad no es la cantidad de individuos que se multiplican, sino la calidad de los que llegan a madurar.

Entró la asistenta del laboratorio con el periódico.

Detrás de ella entraba el Roedor, que se lanzó sobre el papel.

—¡A mí! ¡Démelo a mí! —reclamó débilmente Pável Nikoláyevich tendiendo la mano.

Fue él quien lo consiguió.

Aunque estaba sin gafas, pudo distinguir que en primera plana aparecían grandes

fotografías y amplios titulares. Incorporándose, se caló las gafas lentamente y vio, como había supuesto, que se refería a la clausura de la sesión del Soviet Supremo. Las fotografías eran la del Presidium y una vista de la sala, y los gruesos titulares resaltaban las últimas decisiones importantes.

Destacaban tanto que no era menester hojear el periódico para buscar cualquier noticia pequeña pero significativa.

—¡Qué! ¿Cómo? —Pável Nikoláyevich no pudo contenerse, a pesar de que no se dirigía a nadie de la sala, pues hubiera sido inconveniente exteriorizar tal asombro y preguntar algo sobre el periódico.

En la primera columna, a grandes titulares, anunciábase que el presidente del Consejo de Ministros, G. M. Malenkov, había expresado el deseo de que se le eximiera de su cargo, y que el Soviet Supremo había accedido por unanimidad a su petición.

¡Así terminó la sesión de la que Rusánov sólo esperaba la aprobación del presupuesto!…

Se sintió desfallecer y sus manos dejaron caer el periódico. No tenía fuerzas para seguir leyendo.

No podía comprender a qué conduciría todo aquello. Ya no podía interpretar los principios difundidos, que estaban al alcance del entendimiento de cualquiera. Pero sí comprendía que era un cambio brusco, demasiado repentino.

Como si en algún punto de las profundidades abismales hubiesen empezado a bullir los estratos geológicos removiéndose ligeramente en su lecho y hubieran provocado una sacudida en toda la ciudad, en el hospital y en la cama de Pável Nikoláyevich.

Pero sin notar cómo oscilaban la habitación y el suelo, desde la puerta, con paso firme y tranquilo, la doctora Gángart se dirigía hacia él con su bata recientemente planchada, su sonrisa alentadora en el rostro y la jeringa en la mano.

—Bien, ya es hora de ponerse la inyección —le invitó afectuosa.

Kostoglótov tomó el periódico de los pies de Rusánov e inmediatamente vio la noticia y empezó a leerla.

Después se levantó. No podía permanecer sentado.

Él tampoco alcanzaba a comprender exactamente el completo significado de la noticia.

Pero si anteayer destituyeron al Tribunal Supremo en pleno y hoy al primer ministro, eran ya unos pasos en la marcha de la Historia.

Unos pasos en la marcha de la Historia. Y era inconcebible pensar y creer que fuesen a peor.

¡Todavía anteayer se sujetaba el corazón con las manos porque quería salírsele del pecho, y se prohibió a sí mismo creer, abrigar esperanzas!

Pero pasaron los días y los cuatro mismos acordes conmemorativos de Beethoven retumbaron en el cielo como en una membrana.

¡Y los otros pacientes yacían tranquilamente en sus camas sin oírlos!

Y Vera Gángart introducía imperturbable la ambiquina en la vena de Rusánov.

Oleg salió apresuradamente de la sala, ¡a pasear!

¡Al aire libre!

20

No. ¡Hacía tiempo que se había prohibido confiar! ¡No osaba confortarse con ningún optimismo!

Solamente en los primeros años de su condena el preso novato confía en que cada invitación a salir de la celda con sus bártulos sea una llamada a la libertad; cree en cada rumor sobre la amnistía como en las trompetas de los arcángeles. Pero le hacen salir de la celda, le leen cualquier repugnante papelucho y le empujan a otra celda del piso inferior, más oscura, a una atmósfera igualmente viciada. Y la amnistía se pospone del aniversario de la Victoria al aniversario de la Revolución; del aniversario de la Revolución a la sesión del Soviet Supremo, y esa amnistía queda finalmente en agua de borrajas o se concede exclusivamente a los ladrones, a los estafadores o a los desertores en vez de a quienes lucharon y sufrieron.

Y esas células del corazón que la naturaleza ha creado en nosotros para la alegría, al no usarse, se atrofian. Y esos minúsculos recintos del pecho en los que anida la fe se agostan porque durante años están vacíos.

Había confiado hasta la saciedad. Le dolía el alma de imaginarse su retorno a la libertad, su regreso a casa. Y, finalmente, sólo anhelaba volver a su bello destierro, a su querido Ush-Terek. ¡Sí, *querido*!, por muy extraño que pareciese. Porque era justamente así como se le revelaba su retirado lugar de destierro visto desde aquí, desde el hospital, desde esta ciudad importante, desde este mundo complicadamente reglamentado, para adaptarse al cual sentíase Oleg desprovisto de habilidad y posiblemente también de deseo.

Ush-Terek quiere decir «Tres Alamos». Se le denomina así por los tres vetustos álamos, visibles en la estepa a diez o más kilómetros de distancia. Se alzan uno al lado de otro y no tienen la esbeltez peculiar en los álamos, están incluso algo alabeados. Quizá tengan unos cuatrocientos años. Al alcanzar su altura no crecieron más; se ensancharon a los lados entretejiendo una magnífica sombra sobre el principal canal de riego. Se decía que en la aldea existieron otros árboles como ellos, pero que los talaron el año 1931 cuando Budionny[17] aplastaba a los cosacos. Y ya no han vuelto a crecer otros semejantes. Cuantos plantaron los pioneros[18] fueron ramoneados por las cabras antes que pudieran prender. Únicamente arraigaron arces

americanos en la calle principal, frente al comité regional del Partido.

¿Qué lugar de la tierra es más digno de amarse: aquel por el que te arrastraste siendo un bebé llorón sin discernimiento alguno, ni aun de lo que entraba por tus ojos y oídos, o aquel donde por primera vez te dijeron: «Bien, puede irse sin escolta. Puede irse *solo*»?

¡Por sus propios pies! «¡Coge tu petate y vete!».

¡La primera noche de semilibertad! La comandancia aún no te pierde de vista, no te autorizan a entrar en el poblado, pero sí te dejan que duermas a tus anchas bajo el cobertizo del henil del patio de la Policía de Seguridad. En dicho cobertizo los imperturbables caballos se pasan la noche entera ronzando tranquilamente el heno. ¡No es posible imaginar sonido más dulce!

Pero Oleg se pasó media noche sin poder dormir. El firme suelo del patio aparecía enteramente blanco por la luz de la luna. Salió a pasear como un poseso de una esquina a otra del patio. Allí no había torres de vigilancia ni nadie que le observara. Feliz, tropezando con las desigualdades del terreno, caminaba con la cabeza echada hacia atrás, con el rostro dirigido al pálido firmamento. Daba vueltas sin cesar, como temiendo llegar tarde a algún lugar, como si al día siguiente no tuviera que partir hacia una mezquina y remota aldea, sino hacia un mundo vasto y triunfal. En el tibio ambiente de la temprana primavera meridional no reinaba un silencio absoluto. Así como en una dilatada estación de ferrocarril no cesan en la noche de emplazarse las locomotoras, de igual modo, desde todos los extremos del poblado, de la noche a la madrugada, los asnos y los camellos, desde sus cercados y corrales, ininterrumpidamente, con sonidos de trompetas, porfiada y solemnemente, expresaron su conyugal pasión, su lealtad a la continuidad de la vida. Y a ese bramido nupcial venía a aunarse lo que rugía en el pecho de Oleg.

¿Era posible, pues, que existiera lugar más grato que aquel en el que se ha pasado semejante noche?

Y aquella noche recobró la confianza y la fe a pesar de que infinidad de veces trató de desarraigarlas con ahínco.

Después del campo no podía considerar cruel el mundo del destierro, a pesar de que los nativos luchaban por el agua para el riego y se mataban por ella. El mundo del exilio era más amplio, más soportable y más diverso, aunque tampoco carecía de dureza. Allí no era fácil para la raíz abrirse paso a través de la tierra ni alimentar el tallo. Por otro lado, había que saber arreglárselas para que el comandante no te enviara a más de ciento cincuenta kilómetros, a la profundidad del desierto. También debía proporcionarse un techo de arcilla y paja sobre la cabeza y pagar a la patrona, y por el momento no tenía con qué. Debía comprar el pan de cada día y alguna otra cosa para comer. Tenía que hallar una colocación, pero después de siete años de manejar la azada, no quería, pese a todo, trabajar en el sistema de irrigación. Aunque

en el poblado residían mujeres viudas, propietarias de cabañas de adobes, de huertos y hasta de vacas, predispuestas a tomar por esposo a un desterrado solitario, consideraba que era demasiado pronto para venderse como marido. La vida no había terminado. Al contrario, comenzaba ahora.

Antes, en el campo de prisioneros, al calcular la cantidad de hombres privados de libertad, los presos daban por hecho que en cuanto la escolta se despegara de ti, sería tuya la primera mujer con la que te encontraras. Imaginaban a las mujeres solas, suspirando por los hombres sin otro desvelo que las inquietara. Pero en el poblado había una enorme cantidad de niños, y las mujeres se comportaban como si estuvieran satisfechas de sus vidas. Ni las que vivían solas, ni las muchachas solteras querían, por nada del mundo, convivir simplemente con un hombre; aspiraban a un matrimonio honorable y a construirse su casita a la vista del poblado. Las costumbres de Ush-Terek se remontaban al siglo pasado.

Hacía ya tiempo que los guardianes se habían despegado de Oleg y este seguía viviendo tan distanciado de las mujeres como en los años que estuvo tras la alambrada de espinos, pese a que en el poblado había bellas griegas morenas y laboriosas alemanas rubias.

En su documento de desterrado se decía: «A perpetuidad», y el sentido común de Oleg se resignó por completo a considerarlo así, ya que no cabía presumir otra cosa. Pero casarse allí era algo que su corazón no quería admitir, bien porque con el desencumbramiento de Beria, con el estrépito de un ídolo hueco de hojalata, todos alimentaron esperanzas de repentinos cambios, que eran insignificantes y llegaban a paso de tortuga; bien porque Oleg localizara a su antigua amiga —que conoció en el exilio, en Krasnoyarsk— y mantuvo correspondencia con ella; bien porque tuvo la ocurrencia de escribir a una vieja conocida de Leningrado y en su pecho alentó durante varios meses la ilusión de que acudiría a su lado. (Pero ¿quién sería capaz de abandonar un piso en Leningrado para ir a vivir con él a un rincón perdido?). Por entonces le apareció el tumor, descabalándolo todo con su incesante e insuperable dolor. Las mujeres perdieron para él todo su atractivo, convirtiéndose simplemente en personas caritativas.

Como Oleg apreció, el destierro tenía no sólo un carácter deprimente que todo el mundo conoce aunque sólo sea por la literatura (no resides en los lugares que amas, no te rodean las personas que serian de tu agrado), sino también una cualidad liberadora poco conocida: el exilio te libera de incertidumbres y responsabilidades. Los infortunados no eran los condenados a deportación, sino los que recibían el pasaporte condicionado al asqueroso artículo 39. Al salir del campo tenían que comportarse con cautela para no reprocharse después cualquier paso en falso; salían con la preocupación de tener que dirigirse a algún lugar, de hallar un sitio donde fijar su residencia y un puesto de trabajo, y ver que son rechazados dondequiera que

vayan. Por el contrario, el preso que llega al destierro goza de todos los derechos: ¡él no ha proyectado instalarse en aquel lugar y nadie podría expulsarle de allí! Las autoridades lo habían planeado por él y él ya no temía desperdiciar un acomodo mejor en cualquier otro sitio, no tenía que afanarse en busca de la mejor combinación para organizar su vida. Sabía que se deslizaba por el único camino que podía seguir y eso le daba fortaleza de ánimo.

Ahora, al recobrar la salud y al enfrentarse de nuevo con la compleja e indescifrable vida, Oleg se alegraba por la existencia del beatífico lugarejo de Ush-Terek, donde se tomaban el trabajo de cavilar por él, donde todo era diáfano, donde era considerado como un ciudadano íntegro y adonde pronto regresaría como a su *propia casa*. Ciertos lazos de afinidad tiraban de él hacia allí y deseaba decir: «A mi pueblo».

Tres cuartas partes del año que Oleg vivió en Ush-Terek se las pasó enfermo; reparó poco en los detalles de la naturaleza y de la vida y apenas gozó de lo que podían ofrecerle. Para la persona enferma la estepa se presentaba excesivamente polvorienta; el sol, caluroso en demasía; los huertos, socarrados al límite, y terriblemente pesada la argamasa de adobes.

Mas ahora, cuando la vida clarineaba de nuevo en su interior, como en aquellos pollinos primaverales, Oleg se paseaba por las avenidas del centro médico, donde abundaban los árboles, las personas, el colorido y los edificios de piedra, y con enternecimiento reconstruía en su imaginación cada rasgo del mundo de Ush-Terek por modesto o prosaico que fuese. Y aquel mundo modesto le era más amado porque era el suyo, suyo hasta la tumba, suyo *a perpetuidad*, y este era temporal, provisional.

Rememoró la esteparia *zhusan* de acre olor, ¡pero tan familiar para él! Volvió a acordarse del *zhantak*, de punzantes espinas, y del *dzhinguil*, más espinoso aún, que se encarama a lo largo de los cercados y que en mayo se adorna con flores violáceas tan fragantes como las lilas; y del embriagador *dzhid*, con flores de olor sumamente excitante, como el de la mujer que ha rebasado la medida del deseo y se ha perfumado pródigamente.

¿No era sorprendente que siendo ruso de nacimiento, ligado por ciertos lazos espirituales a los calveros de los bosques y a los prados rusos, a la serena circunspección de la naturaleza de Rusia central, y habiendo sido enviado allí para siempre y prescindiendo de su voluntad, se hubiera ya encariñado con esas pobres vastedades, ya calurosas, ya demasiado venteadas, donde un suave día anubarrado se acoge como un alivio y la lluvia como una fiesta, y se hubiera resignado totalmente a vivir allí hasta la muerte? Por su trato con hombres como Sarymbétov, Teleguénov, Maukéyev y los hermanos Skókov, juzgaba, pese a que no dominaba aún su idioma, que ya había tomado afecto a aquel pueblo. Bajo la influencia de sentimientos fortuitos, cuando se confunde lo falso con lo real bajo la ingenua devoción a las *razas*

antiguas, consideraba a aquel pueblo como fundamentalmente simple y predispuesto a responder siempre a la sinceridad con la sinceridad y a la simpatía con la simpatía.

Oleg tenía treinta y cuatro años. Los centros de enseñanza superior cierran su admisión a los treinta y cinco. Ya no podría estudiar una carrera. Bueno, ¡qué se le iba a hacer! Recientemente se dio maña para erigirse de fabricante de adobes en ayudante del especialista de organización agrícola (no en especialista, como mintiera a Zoya sino en su ayudante, con un sueldo de 350 rublos mensuales). Su jefe, el técnico especialista de la región, conocía mal el valor de las divisiones de la escuadra de agrimensor. Por eso a Oleg el trabajo le vino a pedir de boca, aunque apenas si tenía que hacer. En virtud de las actas adjudicadas a los *koljoses* para el disfrute de la tierra a perpetuidad (también a perpetuidad), sólo ocasionalmente debía cercenar un tanto la propiedad de los *koljoses* en beneficio de los poblados en desarrollo. Pero él no podía compararse con el *mirab*, el jefe del sistema de riegos, que por su notable experiencia percibía la más ligera inclinación del suelo. Con los años, probablemente Oleg sabría situarse mejor. Pero, aun así, ¿por qué recordaba Ush-Terek con tal entusiasmo y aguardaba el final del tratamiento con la sola intención de regresar allí, de volver aunque fuera a medio curar?

¿No hubiera sido más natural exasperarse por su lugar de destierro, odiarlo y maldecirlo? No. Porque hasta lo que está pidiendo a gritos la fusta de la sátira, Oleg lo acogía como una simple anécdota digna tan sólo de una sonrisa. Así como, por ejemplo, la acción del nuevo director de la escuela, Abén Berdénov, que arrancó de la pared una reproducción de *Los grajos*, del pintor Savrásov, y la arrojó detrás de un armario (porque en la pintura vio una iglesia y la estimó propaganda religiosa). O como la encargada de la sanidad del distrito, una rusa despabilada, que subía a la tribuna a dar conferencias a la intelectualidad local, y que bajo mano vendía a las damas del lugar crespón de China a doble precio antes de que se pusiera a la venta en el comercio. O como la ambulancia, que corría entre nubes de polvo, las más de las veces sin enfermos, y que era utilizada como automóvil para necesidades del comité del distrito, o para el reparto de harina y mantequilla por las casas de las autoridades. O como el «comercio al por mayor» del pequeño detallista Orembáyev. En su tienda de comestibles nunca había nada, pero en el tejado se veían montañas de cajones vacíos de mercancías liquidadas. Le habían premiado por sobrepasar el plan de ventas, aunque invariablemente se le podía ver dormitando reposadamente a la puerta de su comercio. Le daba pereza utilizar las pesas, verter la mercancía y empaquetarla. Una vez que suministraba a las personas influyentes, tenía en cuenta a las, en su opinión, honradas, insinuándoles sigilosamente: «Llévate un cajón de macarrones, pero tendrá que ser entero», o «Llévate un saco de azúcar, pero lleno». El saco o el cajón se enviaban directamente desde el depósito a la vivienda y figuraban como que Orembáyev los tenía en venta al por menor. Y, en fin, cómo el tercer secretario del

Comité Regional, que anhelaba examinarse como alumno externo en la escuela media, pero que siendo un ignorante en cuanto a las ramas de las matemáticas se refería, visitó subrepticiamente de noche al profesor (un desterrado) y le obsequió con una piel de astracán.

Después de la existencia lobuna en el campo, todo esto se admitía con la sonrisa en los labios. Porque, en realidad, después del campo, ¿qué no parecería una broma? Todo era como un respiro.

En el anochecer era un deleite vestirse la camisa blanca (la única que tenía, con el cuello ya deshilachado; y del estado de sus pantalones y zapatos, mejor es no hablar) y salir a dar un paseo por la calle principal de la aldea. Y ver junto al club, bajo un tejadillo de juncos, la cartelera anunciando: nuevo filme trofeo[19], y al simplón de Vasia invitando a todo el mundo a entrar en el cine. Oleg procuraba adquirir la localidad más barata, que valía dos rublos, en la primera fila y rodeado de chavales. Y una vez al mes irse de juerga, gastándose dos rublos y cincuenta *kopeks* en el salón de té para beberse una pinta de cerveza con los chóferes chechenes.

Esta aceptación optimista de la vida de destierro, que desde un principio acogió con alegría, Oleg se la debía, ante todo, a los esposos Kadmin: al ginecólogo Nikolái Ivánovich y a su esposa Yelena Alexándrovna. Fuera lo que fuese lo que a los Kadmin les sucediera en el destierro, entre ellos siempre repetían:

—¡Es estupendo! ¡Cuánto mejor es esto que lo que hemos pasado! ¡Qué suerte hemos tenido al caer en este encantador lugar!

Si conseguían una hogaza de pan blanco, era una alegría. Si hoy proyectaban en el club una buena película, ¡era una alegría! Si en la librería se recibían dos tomos de las obras de Paustovski, ¡era una alegría! Si llegaba el técnico dental a colocar prótesis, ¡era una alegría! Cuando enviaron un nuevo ginecólogo, una mujer también desterrada, ¡maravilloso! Que ella se ocupara de la ginecología, de los abortos ilegales; Nikolái Ivánovich se encargaría de la terapéutica en general. Ganaría menos dinero, pero gozaría de más tranquilidad. La puesta de sol en la estepa, anaranjada, rosácea, bermejo-purpúrea, ¡era una delicia! El pequeño y fino Nikolái Ivánovich, canoso ya, tomaba del brazo a Yelena Alexándrovna, algo gruesa y pesada y no libre de achaques, y con paso solemne se dirigían más allá de las últimas casas del pueblo a contemplar la puesta de sol.

Para ellos la existencia se convirtió en una ininterrumpida guirnalda de florecientes alegrías desde el día en que compraron su cabaña semiderruida con su huertecillo que, como comprendían muy bien, era el último refugio de su vida, el último cobijo en el que pasarían el resto de sus días hasta la llegada de la muerte. (Habían resuelto morir juntos: si uno de los dos moría, el otro le seguiría, pues ¿qué objeto tenía el permanecer en este mundo?). No tenían mueble alguno. Encargaron al viejo Jomrátovich, otro exiliado, que formara en un rincón un poyo rectangular con

adobes, que luego resultó ser el lecho conyugal. ¡Qué amplio! ¡Qué cómodo! ¡Qué alegría! Cosieron una ancha tela de colchón y lo rellenaron de paja. El siguiente encargo que le hicieron a Jomrátovich fue una mesa con la expresa indicación de que tenía que ser redonda. Jomrátovich se quedó perplejo. Andaba por este mundo hacía cerca de setenta años y nunca había visto una mesa redonda. «¿Por qué tiene que ser precisamente redonda?». «¡Oh, por favor!», respondió Nikolái Ivánovich, trazando un círculo con sus blancas y hábiles manos de ginecólogo. «¡Tiene que ser redonda indispensablemente!». Otro problema fue el de la adquisición de una lámpara de petróleo. Esta no tenía que ser de hojalata, sino de cristal; con alto soporte y no de mecha corta, sino larga, y provista, además, de pantalla. En Ush-Terek no existía lámpara parecida. Fueron juntando las piezas poco a poco, traídas desde lugares lejanos por personas amables, hasta que, por fin, sobre la redonda mesa pudo lucir una lámpara así, adornada además con una tulipa de confección casera. Y allí, en Ush-Terek, en el año 1954, cuando en las capitales se desviven por las lámparas estereotipadas y se ha inventado la bomba de hidrógeno, aquella lámpara brillando sobre la redonda y tosca mesa transformó la casucha de adobes en un lujoso salón de dos siglos atrás. ¡Todo un triunfo! Sentados los tres alrededor de la mesa, Yelena Alexándrovna exclamó convencida:

—¡Ay, Oleg, qué bien vivimos ahora! Ha de saber usted que, exceptuando la niñez, este es el período más feliz de mi vida.

¡Era obvio que tenía razón! No es, en absoluto, el nivel de prosperidad lo que hace felices a los hombres, sino la afinidad entre los corazones y el punto de vista que adoptemos frente a la vida. Tanto lo uno como lo otro está a nuestro alcance, y significa que se puede ser dichoso si uno lo desea y sin que nadie pueda impedirlo.

Antes de la guerra residían en las cercanías de Moscú con la madre de él. Esta era una mujer intransigente y muy atenta a los detalles triviales, y su hijo tan sumamente reverente con ella que Yelena Alexándrovna, ya entrada en años, de naturaleza independiente y que había estado casada con anterioridad, se sentía de continuo deprimida. Ahora calificaba aquellos años de su «Edad Media». Tuvo que ocurrirles una gran desgracia para que se ventilara la atmósfera en su familia.

La desgracia cayó abrumadora sobre ellos, y fue la suegra quien la provocó. Durante el primer año de la guerra se presentó en la casa un individuo indocumentado rogando que le ocultaran. Simultaneando su despotismo con los familiares con los generales principios cristianos, la suegra dio refugio al desertor sin aconsejarse siquiera de su hijo y de su nuera. Después de pasar dos noches en la casa, el desertor se fue. Fue capturado en algún lugar y en el interrogatorio reveló el domicilio donde estuvo cobijado. La madre de Nikolái Ivánovich rondaba los ochenta años y no la importunaron, pero creyeron conveniente arrestar al hijo, de cincuenta años, y a la nuera, de cuarenta. En la encuesta investigaron si el desertor era familiar de ellos, en

cuyo caso contarían con un atenuante de peso: lo habrían juzgado como un acto de egoísta conveniencia familiar, perfectamente comprensible e incluso excusable. Pero se puso de relieve que el desertor era un extraño, un transeúnte, y los Kadmin fueron condenados a diez años cada uno, no como cómplices del desertor, sino como enemigos de la patria que deliberadamente trataban de minar el poderío del Ejército Rojo. Finalizó la guerra y el desertor fue puesto en libertad en virtud de la gran amnistía estaliniana del año 1945 (los historiadores se devanarán los sesos y no llegarán a comprender por qué perdonaron precisamente a los desertores antes que a nadie y, además, sin limitaciones), y se olvidó que había pernoctado en cierto domicilio y que arrastró consigo a la prisión a otras personas. Esta amnistía no afectó en nada a los Kadmin: no eran desertores, eran enemigos. Cumplieron los diez años de condena y no les remitieron a su hogar. No actuaron individualmente, sino *en grupo, organizados*. ¡El esposo y la esposa! Por tanto, les correspondía la deportación a perpetuidad. Previendo tal desenlace, los Kadmin solicitaron con antelación ser enviados al mismo punto de destierro. Por lo visto, nadie opuso una objeción concreta y la petición era sobradamente justificada. Sin embargo, el marido fue destinado al sur del Kazajstán y la esposa a la región de Krasnoyarsk. ¿Acaso deseaban mantenerlos separados como miembros de una misma organización?… No, no se debió a una medida punitiva ni malintencionada. Simplemente, que en el Ministerio de Asuntos Interiores no existía el funcionario cuya misión concreta fuera la de reunir a los esposos con las esposas. Y no los reunieron. La esposa, con casi cincuenta años, con las manos y los pies tumefactos, fue a parar a la taiga, donde no había otro trabajo que la tala de árboles, la cual ya le era familiar desde el campo. (También ahora recordaba la taiga en las orillas del Yeniséi: «¡Qué prodigiosos paisajes!»). Se pasaron un año enviando petición tras petición a Moscú hasta que una guardia especial condujo a Yelena Alexándrovna a Ush-Terek.

¡Cómo no iban a congratularse ahora de la vida! ¡Cómo no sentir cariño por Ush-Terek y por su cabaña de arcilla! ¿Qué otro devenir más lisonjero podían anhelar?

¿Que estaban condenados al destierro eterno? ¡Carecía de importancia! En esa eternidad se podía muy bien llegar a conocer el clima de Ush-Terek. Nikolái Ivánovich colgó tres termómetros en su casa, colocó un recipiente para medir las precipitaciones atmosféricas e iba a consultar la fuerza del viento con Inna Strom, alumna del décimo curso que dirigía la estación meteorológica oficial. Aparte de lo que registraba la estación, Nikolái Ivánovich llevaba un diario meteorológico con envidiable minuciosidad estadística.

Su padre había sido ingeniero de comunicaciones y fue quien le inspiró en la niñez el afán de constante actividad y la afición a la exactitud y al orden. Fuera o no un pedante, Korolenko indicó (y Nikolái Ivánovich lo citaba) que «el orden en todas las empresas mantiene nuestra paz espiritual». Otro proverbio favorito del doctor

Kadmin era: «Las cosas conocen sus sitios». Las cosas los conocen por sí mismas; nosotros lo único que tenemos que hacer es no embrollarlas.

Nikolái Ivánovich tenía una afición predilecta con la que entretenía el ocio de las veladas invernales: la de encuadernador. Le gustaba restituir a los libros astrosos, descosidos, desmantelados, su ufano empaque. Hasta allí, en Ush-Terek, le montaron una prensa de encuadernar y una pequeña y tajante guillotina.

En cuanto compraron la casucha, los Kadmin empezaron a economizar mes tras mes, siguieron vistiendo sus ajadas ropas y ahorraban dinero para comprar un aparato de radio con pilas. Debían ponerse también de acuerdo con el dependiente kurdo del comercio de artículos culturales para que les reservara baterías cuando las recibiera, pues no siempre las había y se ponían a la venta por separado. También tenían que superar el mudo terror de todos los exiliados por los radiorreceptores. ¿Qué pensará el oficial de seguridad? ¿Creerá que lo hemos adquirido para escuchar la BBC? Pero el miedo ya ha sido superado, las baterías conseguidas, el aparato conectado y la música, esa música divina para el oído del prisionero, suena limpia y modulada por la utilización de las pilas. Cada día se elegían los programas y en la choza de los Kadmin se escuchaba a Puccini, a Sibelius, a Bortnianski. Con eso ya tienen repleto, colmado su mundo; ya no precisan tomar nada del exterior; al contrario, pueden repartir con creces.

Con la llegada de la primavera, las tardes dedicadas a la radio se acortan. En cambio, el huerto reclama más atención. Nikolái Ivánovich distribuía los cien metros cuadrados de su huerto con tal esmero y energía que a su lado no tendría nada que hacer el anciano príncipe Bolkonski[20] con su Lysye Góry y su arquitecto privado. A sus sesenta años, Nikolái Ivánovich trabajaba activamente en el hospital, hacía jornada y media y por la noche siempre andaba presto para correr al lado de cualquier parturienta. No andaba, sino que volaba por las calles del poblado sin que le contuviera su canosa barbilla, haciendo flotar los faldones de la chaqueta de lona que le había confeccionado Yelena Alexándrovna. Para lo que ya le quedaban pocas energías era para manejar la pala; trabajaba con ella media hora por la mañana y enseguida se sofocaba. Sin embargo, aunque los brazos y el corazón se fatigaran, los planes eran magistrales y concertados a la perfección. Conducía a Oleg por su pelada huerta, bien delimitada en el lindero posterior por dos arbolillos, y le decía ufano:

—Aquí, Oleg, atravesando toda la parcela, irá una avenida. A la izquierda podrá usted ver algún día tres albaricoqueros, que ya están plantados. A la derecha medrará una parra, que arraigará, no cabe duda. El final de la avenida desembocará en un cenador, ¡un cenador auténtico, como jamás se haya visto en Ush-Terek! Sus cimientos ya están colocados, aquí mismo. Son este semicírculo de adobes —también los había puesto Jomrátovich que, como siempre, había preguntado: «¿Por qué en semicírculo?»—. Y por estas varas se encaramará el lúpulo. Al lado exhalarán un

buen aroma las plantas de tabaco. Durante el día nos guareceremos aquí del calor abrasador y por las tardes tomaremos el té del samovar, ¡al que será usted bien venido! —Pero todavía no tenían samovar.

Lo que en el futuro crecería en su huerto era aún una incógnita, pero en el presente carecían de muchas cosas de las que sus vecinos ya disfrutaban: patatas, repollos, pepinos, tomates y calabazas. «Todo eso se puede comprar», alegaban los Kadmin. Los colonos de Ush-Terek eran gente emprendedora; tenían vacas, cerdos, ovejas y gallinas. Pero los Kadmin no sentían apego por la ganadería; por su espíritu poco práctico sólo les gustaban los perros y los gatos. Su razonamiento era este: la leche y la carne podían adquirirse en el mercado; pero ¿es que se podía comprar la fidelidad canina? ¿Se podían tener, acaso, por dinero los retozones saltos que daban sobre ti el orejudo y pardo oscuro *Escarabajo*, enorme como un oso, y el pequeño *Tóbik*, travieso y marrullero, todo él blanco, excepto sus inquietas orejillas, que eran negras?

Actualmente no concedemos ningún valor al amor de las personas por los animales y nos reímos del cariño por los gatos. Pero si empezamos por perder el afecto por los animales, ¿no será inevitable que después perdamos también el amor a los seres humanos?

Los Kadmin quieren a cada uno de sus animales no por su pellejo, sino por su carácter. La bondad que irradian ambos esposos la asimilan casi instantáneamente sus perros, sin adiestramiento alguno. Aprecian altamente cuando los Kadmin les hablan, y los escuchan con atención durante largo rato. Conceden gran valor a la compañía de sus amos y se enorgullecen de escoltarlos adondequiera que vayan. Si *Tóbik* está tumbado en la habitación (no se prohíbe a los perros el acceso a ella) y ve que Yelena Alexándrovna se pone el abrigo y toma la bolsa, no solamente comprende en el acto que se avecina un paseo por el poblado, sino que se levanta como un rayo del suelo y corre al huerto en busca de *Escarabajo*, con el que regresa inmediatamente. En su lenguaje canino le informaría del paseo y *Escarabajo* acude presto y excitado, dispuesto para la marcha.

Escarabajo calcula perfectamente la marcha del tiempo. Tras acompañar a los Kadmin al cine, no se queda tumbado a la puerta del club; se marcha, pero regresa justamente hacia el final de la sesión. Cierta vez, la película resultó ser muy corta y se retrasó. ¡Cuánto desconsuelo sintió primero y cuántos saltos de alegría dio después!

Al único lugar donde los perros no acompañaban a Nikolái Ivánovich era al trabajo, por comprender que hubiera sido poco delicado. Si al atardecer el doctor traspasaba el portón con ligero y juvenil paso, los perros sabían inequívocamente por ciertas ondas telepáticas si iba a visitar a una parturienta (y entonces no le seguían) o si iba a bañarse, en cuyo caso le acompañaban. Para bañarse tenía que ir lejos, hasta el río Chu, a cinco kilómetros de distancia. Ni los nativos, ni los desterrados, ni los

jóvenes, ni las personas de mediana edad, iban allí a diario, porque estaba alejado. Sólo acudían los chiquillos y el doctor Kadmin con sus perros. En realidad, era el único paseo que no proporcionaba a los canes verdadera satisfacción: el sendero a través de la estepa era áspero y espinoso; *Escarabajo* sufría cortes dolorosos en las patas y *Tóbik*, después del primer baño que se dio, temía una nueva zambullida. Pero como el sentido del deber estaba por encima de todo, seguían recorriendo el trayecto con el doctor. A unos trescientos metros del río, distancia en la que se creía a seguro, *Tóbik* se rezagaba para que no le echaran mano y, presentando sus excusas con las orejas y el rabo, se tumbaba. *Escarabajo* llegaba hasta el mismo talud de la orilla, donde depositaba su descomunal cuerpo y como un monumento contemplaba desde la altura cómo se bañaba la gente.

Tóbik se creyó en el deber de hacer también de escolta para Oleg, quien visitaba con frecuencia a los Kadmin. (Sus visitas llegaron a ser tan asiduas que intrigaron al oficial de seguridad, que en diversas ocasiones le preguntó: «¿Por qué son tan íntimos? ¿Qué tienen en común? ¿De qué hablan?»). *Escarabajo* podía abstenerse de acompañar a Oleg, pero para *Tóbik* era una obligación independientemente del tiempo que hiciera. Cuando llovía y las calles se enfangaban, *Tóbik* no desearía salir, porque sentía frío y humedad en las patas. Se estiraba a sus anchas sobre las extremidades delanteras y luego sobre las traseras, pero siempre acababa por salir en pos de Oleg. Además, *Tóbik* era el correo entre los Kadmin y Oleg. Si tenían que comunicarle que hoy proyectaban una película interesante, o que se radiaba un buen programa musical, o que en la tienda de comestibles o en el almacén general vendían algo que merecía la pena, ponían a *Tóbik* un collar de tela, introducían en él una nota, le indicaban con el dedo la dirección y le decían con firmeza: «¡A casa de Oleg!». Y allá se encaminaba, hiciera el tiempo que hiciera, obediente y presuroso, saltando sobre sus finas y largas patas; si al llegar no le encontraba en casa, le aguardaba junto a la puerta. Lo más asombroso es que nadie le había enseñado a hacerlo, nadie Jo había adiestrado. La primera vez intuyó por las citadas ondas telepáticas lo que se quería de él y siguió haciéndolo. (Cierto también que a cada trayecto postal Oleg le proporcionaba un estímulo material, confortando así su firmeza ideológica).

Por su estatura y complexión *Escarabajo* parecía un mastín alemán, pero no se apreciaba en él la astuta prevención ni la malignidad de esa raza canina. Le anegaba la mansedumbre peculiar de los seres vigorosos y corpulentos. Contaba ya bastantes años y había conocido muchos amos, pero a los Kadmin los había elegido él mismo. Antes había pertenecido al tabernero (el gerente del salón de té). Este lo mantenía sujeto con una cadena para que vigilara los cajones con envases vacíos. A veces, por puro entretenimiento, lo soltaba, azuzándole contra los otros perros de la vecindad. *Escarabajo* peleaba intrépidamente, infundiendo el terror entre aquellos pajizos y fláccidos chuchos. En una de esas ocasiones en que lo soltaron asistió a una boda

canina cerca de la casa de los Kadmin, en la que husmeó algo amistoso y cordial, y se acostumbró a merodear por allí, a pesar de que no le daban de comer. El tabernero abandonó el pueblo y regaló *Escarabajo* a Emilia, su amiga de exilio. Esta lo alimentaba bien, lo cual no evitaba que se escapara igualmente a la casa de los Kadmin. Emilia se enfadó con los Kadmin, se llevó a *Escarabajo* a casa y lo ató con una cadena; pero la arrancó de nuevo y se fue. Entonces Emilia lo trabó con una cadena a la rueda de un automóvil. Un día, desde el patio, *Escarabajo* divisó a Yelena Alexándrovna, que pasaba por la calle y que deliberadamente le dio la espalda. Se lanzó impetuoso y como un caballo de tiro, jadeando, arrastró la rueda con la fuerza de su cuello a unos cien metros, hasta que cayó desplomado. Después de esto Emilia renunció a *Escarabajo*. En casa de sus nuevos amos adoptó rápidamente la bondad como principal norma de conducta. Y ya todos los perros dejaron de temerle. Con los transeúntes se mostraba amigable, pero no obsequioso.

En Ush-Terek había también aficionados a disparar contra los animales. No encontrando mejor caza, vagaban borrachos por las calles matando perros. Ya habían disparado dos veces sobre *Escarabajo*, por lo que ahora le causaba miedo cualquier orificio dirigido a él, como el objetivo de la cámara fotográfica. Por eso no se dejaba fotografiar.

Los Kadmin tenían además gatos, unos mininos consentidos, caprichosos, con buen arte para la marrullería. Pero Oleg, paseándose por los senderos del centro médico, sólo se acordaba de *Escarabajo*, de la enorme y bondadosa cabeza de *Escarabajo*. No se lo representaba cuando iba por la calle, sino tras el cristal de su ventana, donde inesperadamente solía aparecer su cabeza, porque se empinaba sobre sus patas traseras para echar un vistazo al interior como si fuera un ser humano. Eso significaba que a su lado brincaba *Tóbik* y que Nikolái Ivánovich se acercaba.

Y Oleg se sentía emocionado y absolutamente satisfecho de su suerte, resignado del todo con el destierro. Lo único que pedía al cielo era salud, no grandes milagros.

Poder vivir como vivían los Kadmin, contentándose con lo que tenían. Sabio es aquel que se conforma con poco.

¿Quién es optimista? Aquel que dice: «Todo es malo, todo anda mal en el resto del mundo. Nosotros no podemos quejarnos, hemos tenido suerte». Y es feliz con lo que posee sin atormentarse. ¿Quién es pesimista? Aquel que dice: «Todo es maravilloso, todo es mejor en el resto del mundo. Sólo nosotros vivimos mal».

De momento lo fundamental era aguantar como fuera el tratamiento, escapar de cualquier modo de aquellas tenazas —de la radioterapia y de la hormonoterapia— antes de quedar convertido en un monstruo. ¡Debía preservar su libido a cualquier precio y, en conjunto, todo lo que implicaba! Porque sin ello…

Tenía que regresar a Ush-Terek y no prolongar más su celibato. ¡Debía casarse!

Era poco probable que Zoya quisiera trasladarse allí. Aunque se decidiera, no

podría hacerlo antes de año y medio. ¡Otra vez a esperar! ¡A esperar de nuevo, a pasarse la vida esperando!

Podría casarse con Ksana. ¡Era una excelente ama de casa! Hasta los platos más modestos los limpiaba y restregaba, con el paño de la vajilla al hombro, con los aires de una reina. ¡Daba gusto mirarla! Con ella tendría una vida estable y segura en un hogar maravilloso y rodeado de hijos.

También podría hacerlo con Inna Strom, aunque le resultaba un poco violento, porque sólo contaba dieciocho años. Eso era justamente lo que le atraía, aparte de que también le cautivaba su sonrisa abstraída e insolente, soñadoramente provocativa.

No debía dar crédito a ninguna acometida, a ningún acorde beethoveniano. Todo eran irisadas pompas de jabón. Debía reprimir su corazón y no hacerse ilusiones. Lo mejor era no esperar nada del futuro.

¡Contentarse con lo que poseía!

A perpetuidad. Pues a perpetuidad.

21

Por azar Oleg se tropezó con ella en la misma entrada de la clínica. Se hizo a un lado, sujetando la puerta para que ella pasara. Pero si no se hubiera apartado posiblemente le habría derribado, pues caminaba impetuosa y con el busto ligeramente adelantado.

De una rápida ojeada captó su aspecto: los cabellos castaños tocados con una boina azul; la cabeza firme, como si se opusiera a la dirección del viento; el abrigo de corte harto extravagante, con un sobrecuello inverosímilmente largo, prendido a la garganta.

Si hubiera sabido que era la hija de Rusánov, seguramente habría vuelto a la sala; pero como no tenía noción de ello, se encaminó con paso cadencioso hacia su infrecuentada vereda.

Avieta no tuvo grandes dificultades para recibir el permiso de subida a la sala porque su padre estaba muy débil y porque era jueves, día de visita. Se despojó del abrigo y sobre su jersey color rojo Burdeos echaron una bata blanca de tan exiguo tamaño que sólo en su niñez le habrían podido entrar las mangas.

Después de la tercera inyección que le pusieron ayer, Pável Nikoláyevich se debilitó mucho más y, sin una necesidad extrema, no asomaba los pies de debajo de la manta. Se movía poco, no se ponía las gafas ni se inmiscuía en las conversaciones. Su fuerza de voluntad se había desmoronado, rindiéndose al desaliento. El tumor, que al principio le enojó y luego le amedrentó, se alzaba ahora con todos sus derechos. Ya no era él, sino el tumor el que decidiría lo que habría de ocurrir.

Pável Nikoláyevich sabía que aquella misma mañana Avieta había llegado en avión desde Moscú y la esperaba. Como siempre, la aguardaba con alegría, empañada hoy por cierta aprensión. Habían acordado que Kapa le pondría al corriente de la carta de Minái y que le relataría verazmente todo lo relativo a Ródichev y Guzún. Hasta entonces no hubo motivo para que lo supiera, pero ahora necesitaban recurrir a su cordura y consejo. Avieta era una joven sensata; su lucidez nunca fue menor que la de sus padres, sino mayor. No obstante, él estaba algo intranquilo. ¿Cómo interpretaría ella esa historia? ¿Sabría situarse en el tiempo y en las circunstancias en que se produjo y podría comprender? ¿No les afearía su conducta con despreocupada inconsideración?

Avieta también entró en la sala con ímpetu, como si se encarara a la acción del viento, a pesar de que en una mano portaba una pesada bolsa y con la otra se sujetaba la bata a los hombros. Su joven y lozano rostro resplandecía sin que se vislumbrara en él esa tierna conmiseración con la que la gente suele acercarse al lecho de los enfermos graves, expresión que a Pável Nikoláyevich le habría apenado ver en la cara de su hija.

—¿Qué hay, padre? ¿Cómo estás? —saludó con viveza, sentándose en la cama y besándole espontánea y efusivamente en las mejillas fláccidas y sin rasurar, primero en la derecha y luego en la izquierda—. Bien, ¿cómo te sientes hoy? ¡Cuéntame!

Su estampa saludable y su animoso requerimiento transmitieron algún brío a Pável Nikoláyevich, reanimándole algo.

—Ya ves, ¿qué puedo decirte? —dijo con lentitud y desfallecimiento, como si hablara consigo mismo—. No creo que haya disminuido, no. Pero me da la impresión de que puedo mover la cabeza con un poquito más de soltura. Sí, con un poco más; parece que me molesta menos.

Sin consultarle, pero también sin lastimarle, la hija le desabrochó el cuello del pijama y contempló atentamente el tumor como el médico que diariamente puede efectuar un examen comparativo.

—No es nada alarmante —diagnosticó—. Simplemente, una glándula inflamada. Mamá me escribió en tales términos que pensé encontrarme aquí con algo espantoso. Y ya ves: tú mismo dices que has mejorado, ¿no? Lo cual quiere decir que las inyecciones te han ayudado, que irá reduciéndose y cuando sea dos veces menor ni siquiera te molestará y podrás abandonar el hospital.

—Sí, en efecto —suspiró Pável Nikoláyevich—; si se hiciera dos veces más pequeño, podría seguir viviendo.

—¡Y continuar el tratamiento en casa!

—¿Crees que podría ponerme las inyecciones en casa?

—¿Por qué no? Cuando te acostumbres a ellas podrás seguir el tratamiento en casa. ¡Ya lo pensaremos y lo decidiremos!

Pável Nikoláyevich se sintió contento. No sabía si le autorizarían o no a seguir inyectándose en su domicilio, pero la sola determinación de su hija de lanzarse al ataque para lograrlo le colmaba de orgullo. Avieta se inclinaba hacia él, que, sin gafas, podía distinguir bien su sincero, abierto y honesto rostro, tan enérgico y lleno de vida, de palpitantes membranas nasales y trémulas cejas que temblaban sensitivamente ante cualquier injusticia. ¿No fue Gorki quien dijo: «Si tus hijos no son mejores que tú, en vano los has traído al mundo y vana ha sido tu existencia»? Pável Nikoláyevich no había vivido en vano.

A pesar de todo, estaba preocupado. ¿Se habría enterado de *aquello*? ¿Qué diría ahora?

Pero ella no se apresuraba a abordar el tema y siguió interrogándole acerca de su tratamiento y de la clase de médicos que había en la clínica; inspeccionó después su mesilla, comprobó lo que había comido y retiró los alimentos echados a perder para sustituirlos por otros recientes.

—Te he traído un vino reconstituyente del que puedes tomar una copita de vez en cuando. Y también caviar rojo, el que te gusta, ¿no?

Y naranjas de Moscú.

—Está bien, sí.

Luego ella dirigió una mirada analítica a la sala y a las personas que la ocupaban. Con un significativo fruncimiento de la frente le dio a entender que el sitio era de una intolerable y lastimosa mezquindad, pero que había que afrontarlo con filosofía.

Aunque al parecer nadie los escuchaba, se acercó más a su padre, inclinándose, y continuaron hablando aparte, para ellos solos.

—¡Sí, papá, es terrible! —Avieta abordó directamente el tema fundamental—. En Moscú ya no es una novedad y se habla mucho de ello. Se ha iniciado una revisión casi masiva de los procesos.

—¿Masiva?

—Sí, masiva, como suena. Es como si se hubiera desencadenado una epidemia. ¡Una conmoción! ¡Como si se pudiera volver atrás la rueda de la historia! ¿Quién puede hacerlo? ¿Quién se atrevería? Está bien, justa o injustamente se les condenó en determinada época; pero ¿a santo de qué se permite el regreso de esos deportados? Trasplantarlos ahora a sus antiguas vidas sería un proceso doloroso, atormentador; sería cruel para los propios exiliados en primer lugar. Por otro lado, algunos ya han muerto. ¿Para qué inquietar, pues, a los espectros? ¿Para qué suscitar en los familiares esperanzas infundadas y sentimientos de desquite?… Además, ¿qué significa en sí la palabra «rehabilitado»? ¡Porque en modo alguno puede expresar que el condenado fuera totalmente inocente! De algo tendría que ser culpable, por trivial que fuese.

¡Oh, qué inteligente! ¡Con qué ecuánime apasionamiento se explicaba! Antes de referirse a su asunto particular, Pável Nikoláyevich ya sabía que contaría con el apoyo de su hija. Que Alia no le abandonaría.

—¿Conoces casos concretos de regresos? ¿También regresan a Moscú?

—Sí, también a Moscú. Precisamente acuden a Moscú como las moscas a la miel. ¡Y qué hechos tan trágicos se originan! ¿Te imaginas a un hombre que viva absolutamente tranquilo y que inesperadamente le citen *allí*… a un careo? ¿Te lo imaginas?

Pável Nikoláyevich hizo una mueca, como si deglutiera algo agrio. Avieta reparó en ella, pero siempre exponía su idea hasta el final sin poderse contener.

—Y allí le invitan a repetir lo que dijo hace veinte años. ¿Te lo imaginas? ¿Quién

es capaz de recordarlo? ¿Y quién se beneficia con ello? Está bien; si tanto les urge rehabilitarlos, que lo hagan, pero ¡sin careos! ¡Sin sacar de quicio a la gente! ¡Un individuo estuvo a punto de ahorcarse cuando regresó a su casa!

Pável Nikoláyevich yacía inundado de sudor. Hasta ahora no se le había ocurrido la idea de que pudieran exigirle una confrontación con Ródichev, con Yelchanski o con alguien más, de que tuviera que verse *cara a cara* con ellos.

—¿Quién obligó a esos imbéciles a firmar sus confesiones con tales patrañas? ¡Qué se hubieran negado! —La ágil mente de Alia abordaba todas las facetas de la cuestión—. Y, en suma, ¿cómo se atreven a remover ese veneno sin miramientos hacia quienes entonces *trabajaron*? ¡Tendrían que pensar precisamente en ellos! ¡En cómo van a superar estos cambios repentinos!

—¿Te ha contado tu madre…?

—Sí, papaíto, me lo ha dicho. Y eso no debe preocuparte en absoluto —con sus dedos seguros y fuertes tomó a su padre por los hombros—. Te explicaré, si quieres, mi modo de comprenderlo. El hombre que avanza «señalizando» es un hombre de vanguardia, consciente; trabaja impulsado por las mejores intenciones en pro de la sociedad. El pueblo lo comprende y se lo agradece. Ese hombre puede equivocarse en casos aislados, ya que el único que no se equivoca es quien no hace nada. Generalmente se guía por su instinto de clase, que nunca engaña.

—Bien, Alia, ¡gracias, gracias! —Pável Nikoláyevich sintió que las lágrimas se le subían a la garganta, unas lágrimas saludables, liberadoras—. Has dicho muy bien que el pueblo lo comprende, que el pueblo lo agradece. Pero hay el estúpido hábito de ir a buscar al pueblo *al fondo*. —Con su mano sudorosa acarició la mano fría de su hija—: Es de suma importancia que la gente joven nos comprenda, que no nos condene. Pero dime, ¿crees que pueden encontrar en el código algún artículo que ahora los faculte a proceder contra nosotros, contra mí, por… por falsos testimonios?

—Escucha —le replicó Alia con ardor—, en Moscú fui casualmente testigo de una conversación en la que se referían… a recelos análogos. Estaba presente un jurista que explicó que el artículo relativo a los así llamados falsos testimonios establece tan sólo una pena de dos años; pero, además, ya ha sido afectado dos veces por sendas amnistías. Por tanto, queda, completamente excluido que se pueda llevar a nadie ante la justicia por exposiciones equívocas. Así es que Ródichev no dirá ni pío, ¡puedes estar seguro de ello!

A Pável Nikoláyevich le pareció incluso que su tumor se le hacía más llevadero.

—¡Ah, mi juiciosa pequeña! —exclamó aliviado y feliz—. ¡Siempre estás enterada de todo! ¡Siempre das muestras de entendimiento por dondequiera que vayas! ¡Cuánto me has confortado!

Y tomando las dos manos de su hija entre las suyas, se las besó con veneración. Pável Nikoláyevich era un hombre abnegado. Los intereses de sus hijos estaban para

él por encima de los suyos propios. Sabía que no gozaba de cualidades brillantes, aparte de su fidelidad a sus deberes, de su esmero y perseverancia. Pero su hija encarnaba su deslumbrante victoria y se tonificaba a su resplandor.

Alia se cansó de sujetarse a los hombros la simbólica batita blanca, que se le deslizaba constantemente hacia abajo. En ese momento, riéndose, la tiró sobre la barra de los pies de la cama, encima del gráfico de la temperatura de su padre. A aquella hora del día no solían pasar por la sala los médicos ni las enfermeras.

Se quedó, pues, con su jersey nuevo de color rojo Burdeos, que su padre no le había visto nunca. Desde el puño de las mangas hasta cruzarle el pecho, subía un ancho, alegre y blanco zigzag que compaginaba a la perfección con los enérgicos movimientos de Avieta.

Su padre jamás rezongaba si se gastaba el dinero para que Alia fuera bien vestida. Adquirían la ropa en el mercado negro o la compraban de importación y vestía primorosamente, con ostentación, lo que realzaba su enorme y notorio atractivo, al que se unía una inteligencia firme y aguda.

—Escucha —le preguntó quedamente su padre—, ¿recuerdas que te pedí que te enteraras de si esa extraña expresión que a veces se pronuncia en los discursos o aparece en los artículos, «el culto a la personalidad», hace alusión a…?

A Pável Nikoláyevich le faltó aliento para pronunciar una palabra más.

—Temo que así sea, papá… Temo que sí… En el congreso de los escritores, por ejemplo, la pronunciaron varias veces. Pero lo más inquietante es que nadie habla claro, aunque todos den a entender que están al cabo de la calle.

—Pero ¡eso es una blasfemia! ¡Cómo se atreven!, ¿eh?

—¡Es una vergüenza y una ignominia! Alguien la ha difundido y ahora se esparce por doquier. Cierto que se habla del «culto a la personalidad», pero también se menciona al mismo tiempo a un «gran continuador». De modo que no hay que desviarse en una u otra dirección… En resumen, papá, hay que saber ser flexible y adecuarse a las exigencias de los tiempos. Te estoy afligiendo, papá; pero, nos guste o no, ¡debemos estar en consonancia con cada nuevo período! En Moscú me he podido percatar de muchas cosas. He frecuentado no poco los círculos literarios, ¿y crees que en estos dos años les ha resultado fácil a los escritores reajustarse a las nuevas concepciones? ¡Es algo muy complicado! Pero ¡qué gente tan experimentada es! ¡Con cuánto tacto! ¡Se aprende tanto a su lado!

En el cuarto de hora que Avieta se hallaba sentada frente a él abatiendo los sombríos monstruos del pasado con sus vivas y acertadas réplicas y despejando las perspectivas para el futuro, Pável Nikoláyevich se recobró visiblemente, se reanimó. No deseaba en modo alguno hablar en ese momento de su fastidioso tumor, ni creía ya necesario gestionar su traslado a otra clínica. Únicamente quería seguir escuchando las divertidas historias de su hija y respirar el fresco soplo de aire que

emanaba de ella.

—Cuéntame, cuéntame —le pedía—. ¿Qué hay de nuevo en Moscú? ¿Cómo te ha ido el viaje?

—¡Ah! —Avieta movió la cabeza como el caballo para liberarse del tábano—. ¿Es que Moscú puede ser descrita? ¡Moscú es para vivir en ella! ¡Moscú es otro mundo! ¡Cuando llegas a Moscú es como si te internaras cincuenta años en el futuro! En primer lugar, allí todo el mundo se sienta ante el televisor…

—También nosotros lo tendremos pronto.

—¡Pronto!… Pero no con los programas de Moscú. ¡La diferencia será notable! La vida allí es exactamente como la concebía Wells[21]: ¡todo el mundo sentado ante los aparatos de televisión! Te diré aún más: ¡tengo la impresión de que se avecina una revolución total en el género de vida! No me refiero ya a los refrigeradores y a las máquinas de lavar; los cambios son mucho más radicales. Por doquier pueden verse vestíbulos enteramente de cristal. En los hoteles hay mesas bajas, bajitas, como las que usan los americanos. Al principio no sabes cómo acomodarte ante ellas. Las pantallas de las lámparas son de tela, como las que tenemos en casa; las de vidrio se consideran vulgares, de mal gusto. Las camas de cabezales altos ya no las quiere nadie, se prefieren los sofás bajos y espaciosos o las camas turcas… Las habitaciones adquieren un aspecto totalmente diferente. Se está transformando, en general, el estilo de vida en su conjunto. No te lo puedes imaginar. Mamá y yo ya hemos hablado de que tendremos que efectuar reformas radicales en casa, aunque aquí no podremos comprar muchas cosas, y traerlas desde Moscú… Claro, también existen modas realmente perniciosas, dignas de repulsa, como los enmarañados peinados. Sí, se enredan el cabello deliberadamente y parece que se acaban de levantar de la cama.

—Todo eso es influencia de Occidente, que quiere corrompernos.

—Desde luego. Ejercen rápida influencia en la esfera cultural, en la poesía, por ejemplo.

Según iba pasando de los asuntos privados a los temas generales, Avieta fue alzando la voz sin recatarse y en la sala todos podían oírla. Pero sólo Diomka abandonó su ocupación para escucharla con atención y distraerse así del sordo dolor que irrevocablemente tiraba de él hacia la mesa de operaciones. Los demás no prestaban atención o estaban ausentes de la sala. Únicamente Vadim Zatsyrko levantaba de cuando en cuando la vista del libro y miraba a la espalda de Avieta, curvada como un sólido puente y estrechamente ceñida por el jersey nuevo. Toda ella ofrecía un vivo y uniforme color grana y sólo uno de los hombros, en el que iba a caer el reflejo del sol que entraba por la ventana, presentaba un tono llamativamente carmesí.

—¡Háblame más de tus cosas! —le rogó su padre.

—Mi viaje ha sido un éxito, papá. ¡Me han prometido incluir mi colección de

poemas en el plan de publicaciones! Pero no para este año, sino para el próximo. Antes no es posible. ¡Ni tampoco me imaginaba que pudiera serlo!

—¿Qué dices, Alia? ¿Será verdad que para dentro de un año podamos tener en la mano tu libro de poesías?…

Su hija había vertido sobre él un aluvión de alegrías. Sabía que se llevó consigo a Moscú unos poemas, pero desde aquellos folios mecanografiados hasta el libro con la firma de *Alia Rusánova* la parecía que mediaba una distancia larga e impracticable.

—¿Cómo lo conseguiste?

Avieta sonrió segura, satisfecha de sí misma.

—Claro, si se acude sencillamente a la editorial ofreciendo unos poemas, ¿quién prestaría la menor atención? Pero Anna Yevguénievna me presentó a M*** y a S***. Les leí dos o tres poesías que gustaron a ambos. Luego telefonearon a alguien, enviaron una nota a alguien más y ya todo fue simple.

—¡Estupendo!

Pável Nikoláyevich estaba radiante. Buscó a tientas las gafas en la mesilla y se las caló como si en aquel preciso instante fuera a echar una mirada al entrañable libro.

Era la primera vez en la vida que Diomka veía a un poeta de carne y hueso. Mejor dicho, no exactamente un poeta, sino ¡una poetisa! Y se quedó con la boca abierta.

—He observado con atención la vida de los literatos. ¡Qué sencillos son en el trato! Algunos son laureados, pero se llaman mutuamente por el nombre. ¡Qué espontáneos son! ¡No tienen ni pizca de arrogancia! Nos figuramos que el escritor habita en las nubes, que tiene una frente pálida y que es inaccesible. Y no es así. Disfrutan de todas las alegrías de la vida; les gusta beber, comer y divertirse, pero siempre en compañía. Se gastan bromas unos a otros, ¡y cómo se regocijan! Diría que su existencia es realmente *alegre*. Pero cuando llega el momento de escribir una novela se encierran en su casa de campo y, a los dos o tres meses, ¡ahí tienen, señores, una nueva obra! ¡Pondré en juego todas mis energías para ingresar en la Unión!

—¿No trabajarás entonces en tu profesión? —Pável Nikoláyevich se alarmó un poco.

—¡Papá! —Avieta bajó la voz—. ¿Qué vida es la de un periodista? Míralo como quieras, pero hace un trabajo de lacayos. Le asignan una tarea y le indican que debe realizarla de esta o de la otra manera, privándole así de toda iniciativa. Le envían a entrevistar a diversas… personalidades ilustres. ¿Puede haber comparación?…

—No obstante, Alia, tengo mis dudas. Suponte que no se te dé bien ese trabajo…

—¡Cómo no se me va a dar bien! Eres un ingenuo. Ya dijo Gorki que cualquiera puede ser escritor. ¡Trabajando se puede conseguir todo! En el peor de los casos, seré una escritora de libros infantiles.

—¡Eso está muy bien! —consideró Pável Nikoláyevich—. ¡Formidable! Porque

es preciso que la literatura la tomen en sus manos personas moralmente sanas.

—Y mi apellido es bonito. No adoptaré un seudónimo. Además, poseo unas cualidades externas excepcionales para la literatura.

Existía un peligro que la hija en su entusiasmo no podía valorar lo suficiente.

—Pero figúrate que la crítica te sea adversa. Ya sabes que entre nosotros la crítica es como una censura pública, ¡y eso es peligroso!

No obstante, Avieta, con los mechones de su cabello castaño sobre la espalda, contemplaba el futuro con audacia.

—En realidad, nunca me criticarán *muy* seriamente, ¡porque me cuidaré de no tener nunca desviaciones ideológicas! En cuanto al aspecto artístico, que critiquen. Es uno de esos delicados virajes de los que está repleta la vida. Un ejemplo: antes decían que no deben existir conflictos. Ahora dicen: «Es falsa la teoría de la ausencia de conflictos». Pero si hubiera una división de opiniones, si unos se pronunciaran por lo viejo y otros por lo nuevo, sería obvio que algo habría cambiado. Pero como todos a una, sin transición, se identifican con lo nuevo, no se advierte que se haya operado cambio alguno. Sostengo que lo fundamental es tener tacto y perspicacia para adaptarse a la evolución del tiempo. Así se evita caer bajo el vapuleo de la crítica… ¡Ah, sí! Habías pedido libros y te los he traído, papaíto. ¿Qué mejor ocasión que la de ahora para que te dediques a leer?

Y empezó a sacar libros de la bolsa.

—Aquí tienes *Ya amanece a nuestro alrededor, Luz sobre la Tierra, Los paladines de la paz, Las montañas en flor*…

—¡Un momento! Me parece que *Las montañas en flor* ya lo he leído…

—Has leído *La tierra en flor*; ese se titula *Las montañas en flor*. Aquí tienes otro: *La juventud está con nosotros*. No dejes de leerlo, empieza por él. Los títulos son sugestivos y los he elegido a propósito.

—Está bien —aprobó Pável Nikoláyevich—. ¿No me has traído algo sentimental?

—¿Sentimental? No, papá. Pensé que tendrías un… estado de ánimo que…

—Todo eso ya lo conozco —y Pável Nikoláyevich señaló con dos dedos la pila de libros—. Búscame algo que llegue al corazón, ¿de acuerdo?

Ella ya se disponía a irse.

Pero Diomka, que largo rato estuvo en su rincón atormentado y con el rostro contraído, ya fuera por los incesantes dolores en la pierna, ya por su timidez para mediar en la conversación con una joven brillante y por añadidura poetisa, en el último instante cobró coraje y, sin aclararse la garganta, carraspeando entre frase y frase, preguntó:

—Dígame, por favor, ¿qué opina usted sobre la exigencia de sinceridad en la literatura?

—¿Cómo? ¿Qué dice? —Avieta se volvió vivamente en su dirección, otorgándole

una semisonrisa condescendiente porque el carraspeo de Diomka denunciaba sobradamente su simpleza—. ¿También aquí se preocupan por esa «sinceridad»?. ¿Han disuelto toda una editorial por culpa de esa «sinceridad» y volvemos a las andadas con ella?

Avieta miraba el rostro de Diomka, comprendiendo que era el de un muchacho poco instruido y de escasa inteligencia. Tenía el tiempo justo, pero no convenía dejar a aquel chico bajo una mala influencia.

—¡Escuche, joven! —proclamó sonora y reciamente, como si hablara desde una tribuna—. La sinceridad no puede ser nunca el criterio básico de un libro. Si el autor sustenta ideas erróneas o actitudes extrañas, la sinceridad no hace sino reforzar los efectos nocivos de la producción literaria. *¡La sinceridad es perniciosa!* La sinceridad subjetiva puede contender perjudicialmente contra la presentación veraz de la vida. Creo que esta dialéctica será comprensible para usted.

Diomka asimilaba lentamente las ideas y su frente se cubrió de arrugas.

—No del todo —admitió.

—Bien, se lo explicaré —Avieta tenía los brazos ampliamente abiertos y el blanco zigzag de su jersey atravesaba como un rayo su pecho, pasando de manga a manga—. Nada más fácil que tomar un hecho desmoralizador y describirlo tal cual es. Pero hay que cavar muy hondo para sacar a la luz esos gérmenes del porvenir que están ocultos.

—Los gérmenes…

—¿Sí?

—Los gérmenes deben brotar por sí mismos —Diomka se apresuró a opinar—. Si se los remueve con el arado, no se desarrollan.

—Está bien, muchacho, pero no nos referimos a la agricultura. Decir la verdad al pueblo no significa en modo alguno hablarle de lo execrable, hacer hincapié en los defectos. ¡Deben resaltarse las cosas positivas con decisión para que lleguen a ser mejores! ¿De dónde proviene esa falsa demanda de la llamada «verdad rigurosa»? ¿Por qué, de pronto, la verdad debe ser rigurosa? ¿Por qué no ha de ser radiante, cautivadora, optimista? ¡Nuestra literatura, en su conjunto, debe adquirir un aire festivo! Al fin y al cabo, la gente se ofende cuando se habla de su vida con tintes sombríos. Le satisface cuando se la presentan con embellecimiento.

—En líneas generales, se puede estar de acuerdo con eso —sonó a sus espaldas una agradable y clara voz masculina—. ¿Por qué, verdaderamente, se ha de infundir el desánimo?

Avieta, por supuesto, no necesitaba aliados. Pero sabía que si por fortuna alguien emitía una opinión, sería en apoyo de su actitud. Se volvió hacia la ventana, encarándose al reflejo del sol y descomponiendo el blanco zigzag. Un joven de faz expresiva, de su misma edad, se daba golpecitos en los dientes con la contera de un

negro y brillante lápiz estilográfico.

—¿Qué objeto tiene la literatura? —razonaba, bien dirigiéndose a Diomka, bien respondiendo a Alia—. La literatura existe para distraernos cuando estamos de mal talante.

—La literatura es el mentor de la vida —masculló Diomka, ruborizándose por lo que había dicho.

Vadim echó la cabeza hacia atrás.

—¡El mentor! No exageres —objetó—. Sabremos componérnoslas de algún modo prescindiendo de ella. ¿Acaso los escritores son más inteligentes que nosotros, los que realizamos un trabajo práctico?

Él y Alia se midieron con la mirada. Reconocieron que eran del mismo paño: aunque de edad semejante y de aspecto que no podía dejar de gustar a cada uno de ellos, marchaban ambos tan ajustados a la senda que habían establecido en la vida que no podían buscar el inicio de una aventura en cualquier mirada circunstancial.

—Generalmente alaban demasiado el papel de la literatura —argumentaba Vadim —. Encomian libros sin merecimiento alguno. Por ejemplo, *Gargantúa y Pantagruel*; antes de leerlo crees que será algo grandioso, pero cuando lo lees ves que no es más que una sarta de obscenidades, una pérdida de tiempo.

—También los autores contemporáneos recurren al matiz erótico. No está de más —rebatió severamente Avieta—. Combinado con la ideología realmente progresista.

—Es superfluo —replicó Vadim, convencido—. No es función de la palabra impresa el enardecimiento de las pasiones. Los estimulantes los venden en las farmacias.

Y sin mirar más al jersey color rojo Burdeos y sin esperar a que ella intentara convencerle de lo contrario, inclinó la cabeza sobre el libro.

A Avieta siempre le disgustaba que las ideas de las personas no se dividieran en dos categorías estrictas: la de argumentos axiomáticos y la de argumentos inexactos. Y no que se diluyeran en imprevistos tonos vagos que sólo acarreaban la confusión ideológica. Tal y como ocurría ahora, que no alcanzaba a comprender si ese joven le daba la razón o impugnaba su manera de pensar. ¿Discutiría con él o dejaría la cosa tal como estaba?

La dejó tal como estaba y volvió a la carga con Diomka:

—Así es que, muchacho, debes comprender que describir lo que existe es mucho más fácil que describir lo que aún no existe, pero que sabes que existirá en el *futuro*. Lo que hoy vemos a simple vista no ha de ser necesariamente la verdad. Lo verdadero es lo que ha de producirse, lo que acontecerá mañana. ¡Y ese maravilloso «mañana» nuestro es el que debemos describir!…

—Entonces, ¿qué describirán mañana? —preguntó el torpe jovenzuelo plegando la frente.

—¿Mañana?… Pues mañana relatarán lo que ha de ocurrir pasado mañana.

Avieta ya se había levantado y permanecía en pie en el pasillito entre las camas. Era fuerte, de armoniosas proporciones, como la recia casta de los Rusánov. Pável Nikoláyevich escuchó con satisfacción el discurso que le había endosado a Diomka.

Después de besar a su padre, Alia volvió a recomendarle, alzando briosamente la mano con los dedos extendidos:

—Bien, padre, ¡lucha por tu salud! ¡Lucha, cúrate, desembarázate del tumor y no te preocupes *por nada*! ¡Todo, todo, todo irá perfectamente!

Segunda parte

22

3 de marzo de 1955

Queridos Yelena Alexándrovna y Nikolái Ivánovich:

Ahí les ofrezco un enigmático cuadro. ¿Qué es y dónde ocurre? Hay rejas en las ventanas, pero sólo en el piso bajo, como protección contra los ladrones; son, además, de hierro forjado con figuras que parten como rayos del mismo ángulo; por cierto, no hay «bozales» que impidan hablar. En las habitaciones, camas con equipo completo de ropa, y en cada cama un hombrecillo aterrorizado. Por la mañana, bollo, azúcar y té (el exceso consiste en que después viene el desayuno). En las primeras horas del día, reconcentrado silencio, nadie desea hablar con nadie; por la tarde, en cambio, alboroto y discusión general y animada: disputas por abrir o cerrar las ventanitas, debates acerca de a quién aguarda lo más halagüeño y a quién lo peor, o sobre la cantidad de ladrillos que tiene la mezquita de Samarcanda. Durante el día nos «sacan» de uno en uno para conversar con los superiores, para tratamiento, o para recibir a los familiares que llegan de visita. Ajedrez, libros. Paquetes que llegan y destinatarios que revientan de gozo con ellos. A algunos les vale de dieta complementaria que, ciertamente, no está de más (lo digo con conocimiento de causa porque yo también la recibo). A veces efectúan registros y te despojan de tus pertenencias personales, viéndote obligado a ocultarlas y a luchar por el derecho a pasearte. El baño, gran acontecimiento y, al mismo tiempo, una calamidad. ¿Estará caldeado? ¿Habrá agua suficiente? ¿Qué ropa interior te darán? Nada tan divertido como la llegada de un novato, con sus absurdas preguntas y su absoluto desconocimiento de lo que le espera…

Qué, ¿han adivinado? Objetarán, naturalmente, que miento más que un sacamuelas: Si se trata de una cárcel de tránsito, ¿dónde se ha visto que haya en ellas equipos completos de ropa de cama? Si es una prisión preventiva, ¿cómo no menciona los interrogatorios nocturnos? Me imagino que esta carta será controlada en la oficina de Correos de Ush-Terek, por lo cual no me aventuro en más analogías.

Este es el género de vida que desde hace cinco semanas aguanto en el pabellón de

cancerosos. Hay momentos en que me parece haber retornado a la antigua vida sin que pueda vislumbrar su fin. Lo más desesperante es que estoy aquí por plazo indefinido, *hasta que tengan a bien soltarme* (y el permiso de la comandancia sólo tiene vigencia para tres semanas que, de hecho, ya han expirado y podrían juzgarme por delito de evasión). Nada me dicen sobre cuándo me darán el alta, nada me prometen. Por lo visto, según las reglas de la medicina, deben exprimir del paciente todo lo exprimible, para dejarle ir únicamente cuando su sangre ya no pueda asimilar nada.

Y ahí tienen los resultados: aquella mejoría que ustedes, en su anterior carta, calificaron de «estado eufórico», que yo gocé a las dos semanas de tratamiento cuando, efectivamente volví dichoso a la vida, se ha esfumado sin dejar rastro. Ha sido una verdadera pena que entonces no insistiera en darme de alta. Todo lo beneficioso de mi tratamiento ha terminado; ahora empieza lo perjudicial.

Me están acribillando con irradiaciones: dos sesiones diarias de 20 minutos cada una, 300 *rad* cada veinte minutos. Y aunque hace mucho que he olvidado los dolores con los que llegué de Ush-Terek, ¡ahora conozco las náuseas producidas por la radioterapia!, (aunque las inyecciones que me dan quizá no sean ajenas a ella, quizá todo el tratamiento contribuya a provocarla). ¡Se afinca en mi pecho y puede durar horas enteras! Como pueden suponer, he dejado de fumar y, además, de modo espontáneo. Me siento a disgusto, sin ganas de pasear, sin deseos de permanecer sentado; he descubierto la única postura en la que me encuentro bien (en ella les escribo ahora, por eso lo hago con lápiz y con letra harto irregular): tumbado de espalda, sin almohada, las piernas un poco alzadas y la cabeza colgando ligeramente de la cama. Cuando me llaman para la correspondiente sesión y entro en el departamento, en el que se aprecia un denso olor «a rayos», temo ponerme a vomitar. El remedio contra estas náuseas son los pepinillos y la col en salmuera. Naturalmente, no se pueden adquirir en la clínica ni en el centro médico y, por otro lado, tampoco se autoriza a los enfermos a franquear las puertas de la calle. «Que se los traigan sus familiares», te dicen. ¡Los familiares! ¡Seguro que nuestros familiares corren a cuatro patas por la taiga de Krasnoyarsk! ¿Qué otra salida le queda, pues, al pobre prisionero? Me calzo mis botas, me ajusto bien mi bata con el cinturón del Ejército y a paso de lobo me encamino a un punto en el que la tapia del centro médico está medio derruida. La salto, atravieso la vía del tren y en cinco minutos me planto en el mercado. Ni en las callejuelas de las cercanías, ni en el mercado, provoca mi facha el asombro ni la risa de nadie. En mi opinión, ello es un indicio de la salud espiritual de nuestro pueblo, que está acostumbrado a todo. Recorro el mercado regateando con aire ceñudo. Como sólo los viejos prisioneros saben hacerlo (y ante una bien cebada y amarillenta gallina, preguntan: «Tía, ¿cuánto pides por este pollito tuberculoso?»). Mas ¿de cuántos rublos puedo disponer yo? ¿Con cuántos esfuerzos los he ganado?

Mi abuelo decía: «El kopek es la salvaguardia del rublo; y el rublo, de la cabeza». Era muy inteligente mi abuelo.

Sólo los pepinillos me ayudan a ir tirando, no tengo ganas de comer nada. Me duele la cabeza y he padecido en una ocasión verdaderos mareos. Cierto es que el tumor no abulta ya ni la mitad que antes, y sus bordes se han reblandecido; ya no es fácil localizarlo con los dedos. Pero, por otro lado, mi sangre se va descomponiendo gradualmente y me dan unas medicinas específicas que deben incrementar el porcentaje de leucocitos (y que al propio tiempo, destruirán algo); y a fin de «provocar la leucocitosis» (así lo denominan en su jerga) quieren ponerme… unas inyecciones de leche. ¡Una verdadera salvajada! Yo les digo que me den a beber un buen jarro de leche fresca. Por nada del mundo me dejaré inyectar.

También me amenazan con una transfusión de sangre, a la cual me resisto igualmente. Me salva el hecho de que mi sangre pertenece al grupo primero, del que raramente disponen.

En resumidas cuentas, mis relaciones con la doctora que dirige el departamento de radioterapia son algo tirantes; en cada encuentro con ella, se arma la discusión. Es una mujer muy severa. La última vez se puso a auscultarme el pecho, asegurando que no se notaba «reacción al sinestrol»; que, por tanto, yo rehuía las inyecciones y la estaba engañando. Como es natural, me indigné. (En realidad, la estoy engañando).

Sin embargo, me cuesta más trabajo mostrarme intransigente con la doctora encargada de mi tratamiento. ¿Por qué? Pues porque es sumamente gentil. (Usted, Nikolái Ivánovich, prometió explicarme en cierta ocasión el origen del dicho: «Una palabra suave, hasta los huesos quiebra». Recuérdelo ahora, por favor). No solamente es incapaz de proferir un grito, sino ni siquiera de fruncir las cejas como es debido. Si ha de prescribirme algo que no es de mi agrado, baja la vista con turbación. Y yo, sin explicarme la razón, cedo. Pero hay ciertos detalles que es embarazoso discutirlos entre los dos: aún es joven, más joven que yo, y me contraría preguntarle para llegar al fondo del asunto. De paso les diré que es una mujer atractiva.

Hay también en ella algo de escolasticismo; tiene una fe inquebrantable en los métodos de cura instituidos y me veo impotente para hacerla titubear. En general, nadie condesciende a discutir conmigo sobre dichos métodos, nadie quiere formar conmigo una alianza razonable. Me veo obligado a aplicar el oído a las conversaciones de los médicos, a meterme en conjeturas, a completar lo omitido y a procurarme libros de medicina para adquirir una idea clara de mi situación.

A pesar de todo me es igualmente difícil decidirme. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo obrar acertadamente? Por ejemplo, me examinan con frecuencia la base de las clavículas. ¿Hasta qué punto es cierto que pueden manifestarse en ella las metástasis? ¿Qué objeto persiguen al ametrallarme con miles y miles de irradiaciones? ¿El de evitar, en efecto, el resurgimiento del tumor? ¿O sólo tratan de prevenir cualquier

contingencia, de contar, como los constructores de puentes, con una garantía de solidez cinco o diez veces mayor? ¿O, simplemente, por cumplir de modo rutinario e indiferente las instrucciones, pues, en caso contrario, perderían su puesto de trabajo? Pero ¡esas instrucciones me tienen a mí sin cuidado, puedo ignorarlas! Si me dijeran francamente la verdad, podría romper este cerco… Pero no me la dicen.

Ni un solo minuto habría vacilado, me habría peleado con ellos y hace tiempo que me habría marchado de aquí, de no ser porque me vería privado de su *certificado*, ¡del santo certificado!, que tan necesario le es al exiliado. Si el comandante o el jefe de seguridad quisieran enviarme mañana a trescientos kilómetros, en pleno desierto, yo podría avalarme con mi certificado: «¡Un momento, por favor, ciudadano jefe! ¡Aquí se dice que debo estar en permanente observación, en tratamiento médico!». ¿Cómo va a renunciar un ex prisionero al certificado médico? ¡Sería inconcebible!

Así pues, a usar astucias de nuevo, a fingir, a engañar, a ir dando largas al asunto, ¡de lo que ya estoy harto, harto para toda la vida! (Por cierto, a veces uno se rinde ante tanta marrullería y comete errores. Yo mismo me he ido de la lengua sobre la carta de la asistenta del laboratorio de Omsk, la misma que les rogué a ustedes me enviaran. La he entregado, se han quedado con ella y la han incluido en mi historia clínica. He comprendido demasiado tarde que la jefa del departamento me ha hecho caer en el lazo: sin la carta posiblemente habría titubeado en aplicarme la hormonoterapia; pero ahora me la aplicará con toda seguridad). El certificado, me hace falta el certificado, e irme de aquí por las buenas y sin discusiones.

Cuando vuelva a Ush-Terek remataré al tumor con la raíz del *issyk-kul* para que no deje a su paso rastro alguno de metástasis. Hay algo noble en la medicación con un fuerte veneno: este no pretende hacerse pasar por medicina inocua, sino que proclama abiertamente: «¡Soy veneno! ¡Ojo! De lo contrario…». Y sabemos perfectamente a lo que nos exponemos.

¡No pido una larga vida! ¿Qué me puede ofrecer el futuro?… He vivido, primero, bajo la constante vigilancia de la escolta; después, siempre martirizado por los dolores. Ahora aspiro a una corta existencia, pero libre de la escolta y de los dolores, sin lo uno y sin lo otro a un tiempo. Esta es toda mi ilusión. No pretendo Leningrado ni Río de Janeiro; me conformo con regresar a nuestro rincón perdido, a nuestro humilde Ush-Terek. Se aproxima el verano y durante él quiero dormir en mi petate bajo las estrellas, para saber, al despertarme de noche, la hora que es guiándome por la posición de Cisne y Pegaso. Vivir así un solo verano, poder contemplar las estrellas no deslumbradas por los aletargados faroles; y después nada me importaría no despertarme más. ¡Ah, sí! También quiero, Nikolái Ivánovich, ir con usted (y con *Escarabajo* y con *Tóbik*, naturalmente) cuando los calores amainen, por el senderillo de la estepa hasta el río Chu, y allí, en el lugar más profundo, donde el agua cubre más arriba de las rodillas, sentarme en el fondo arenoso con las piernas en dirección a

la corriente y continuar en esta postura largo, largo rato, emulando en inmovilidad a las garzas reales de la orilla opuesta.

Nuestro Chu no alcanza ningún mar, ni lago, ni extensión considerable de agua. ¡Es un río que acaba su vida entre las arenas! Un río que no desemboca en ningún sitio, que de paso y fortuitamente va ofrendando el don de sus mejores aguas y de sus mejores energías. Amigos míos, ¿no es, pues, imagen fiel de nuestras vidas de prisioneros? Nada se nos permite realizar, estamos condenados a extinguirnos en la ignominia; lo mejor que poseemos es el espacio entre dos meandros de un río en el que aún no hemos languidecido, y todo el recuerdo que quedará de nosotros será aquello que, como el agua que cabe en el cuenco de las manos, nos ofrezcamos unos a otros en nuestros contactos humanos, en nuestras conversaciones, en nuestra solidaridad.

¡Un río que vierte sus aguas en las arenas…! Pero los doctores quieren privarme de este último meandro. En virtud de no sé qué derecho (y no se les pasa por las mientes preguntarse si tal derecho les asiste) deciden, prescindiendo de mí y a mis espaldas, someterme a tan terrible tratamiento como la hormonoterapia. Es como si te aplicaran un hierro candente: con una sola vez basta para que te conviertas en un inválido para toda la vida. ¡Y esto se conceptúa como cosa trivial en la rutina de la actividad cotidiana de la clínica!

Tiempo atrás ya había reflexionado, ahora con mayor motivo aún, acerca de cuál es, en resumidas cuentas, el precio supremo de la vida. ¿Cuánto debe pagarse por ella? ¿Cuánto no debe pagarse? En la actualidad enseñan en las escuelas que «lo más precioso que posee el hombre es la vida, la cual se le concede una sola vez». O sea, que uno debe aferrarse a la vida al precio que sea… A muchos de nosotros, el campo de concentración nos ha ayudado a comprobar que la traición, que causar la ruina de excelentes e indefensas personas, representa un precio demasiado elevado, que nuestra vida no lo vale. En cuanto a la adulación y al servilismo, las voces del campo se dividían; había quienes opinaban que tal precio era tolerable. Quizá tuvieran razón.

Pero ¿y a este precio? ¿Conservar la vida a cambio de cuanto le confiere colorido, fragancia y emoción? ¿Aceptar una vida meramente digestiva, respiratoria y de actividad muscular y cerebral, y nada más? Ser un esquema ambulante, ¿no sería pagar un precio excesivamente caro por ella? ¿No constituiría una burla? ¿Deberé pagarlo? Después de siete años de Ejército y de otros siete de campo de concentración —dos veces siete, plazo doblemente fantástico o doblemente bíblico —, ¿no sería un precio vilmente abusivo la pérdida de la facultad de discernimiento entre un hombre y una mujer?

Su última carta (que ha llegado con rapidez, en tan sólo cinco días) ha tenido la virtud de excitarme. ¿Dicen que ha llegado a nuestro distrito una expedición geodésica? ¡Qué alegría sería para mí situarme ante el teodolito y trabajar, aunque no

fuera más que un año, como un ser humano! Pero ¿me admitirían? Porque forzosamente tendría que traspasar los límites de la zona de destierro. Por otro lado, esos trabajos suelen ser altamente secretos, sin excepción, y yo soy un hombre marcado.

Ya no tendré ocasión de ver los filmes *El puente de Waterbo* y *Roma, ciudad abierta*, que encomian en su carta. En Ush-Terek no los proyectarán por segunda vez y aquí únicamente podría ir al cine después de que me dieran el alta, y, además, tendré que pasar la noche en algún sitio. Pero ¿dónde? Aunque cualquiera sabe si, cuando salga de aquí, no tendré que andar a cuatro patas.

Me ofrecen Ustedes girarme algún dinerillo. Gracias. En un principio tuve la intención de rehusarlo, pues toda mi vida he procurado evitar las deudas y lo he conseguido. Mas he recordado que a mi muerte puedo dejar alguna herencia: ¡el chaquetón de piel de cordero de Ush-Terek es una prenda de valor! ¿Y los dos metros de paño negro que hacen las veces de manta? ¿Y la almohada de pluma, regalo de Melchuk? ¿Y los tres cajones convertidos en cama? ¿Y las dos cazuelas? ¿Y la escudilla del campo? ¿Y la cuchara? ¡Eso sin mencionar el cubo, ni la madera de *saksaúl*, ni el hacha! Y por último, ¡la lámpara de petróleo! En fin, que he sido un negligente al no hacer testamento.

En suma, les agradecería me enviaran ciento cincuenta rublos (no más). Tendré en cuenta su encargo del permanganato, el bicarbonato y la canela. Piensen si necesitan alguna cosa más y comuníquenmelo. ¿Tal vez una plancha más ligera? No tengan inconveniente en pedirme lo que sea, pues no dejaré piedra sin remover para conseguirlo.

Veo, Nikolái Ivánovich, que, según su boletín meteorológico, por ahí aún hace frío y que la nieve no ha desaparecido todavía. Aquí, por el contrario, la primavera es tal que casi resulta desmesurada e incomprensible.

A propósito de la meteorología. Si ven a Inna Strom, transmítanle mis más calurosos saludos. Díganle que aquí me acuerdo mucho…

Pero no. Tal vez sea preferible que no le digan nada…

En mi interior cantan ciertos vagos sentimientos; yo mismo no sé lo que deseo, ni si tengo derecho a desear algo. Mas cuando recuerdo nuestra gran consoladora, la estupenda sentencia: «Tiempos pasados fueron peores», me reanimo inmediatamente. Quizás otros tengan más motivos para humillar la cabeza, pero nosotros hemos de proseguir firmes. ¡Hemos de continuar en la brecha!

Yelena Alexándrovna comenta que en dos tardes ha escrito diez cartas. Y he pensado: ¿Quién en estos tiempos es capaz de recordar a los amigos lejanos y dedicarles una tarde tras otra? Esta es la razón de que me complazca escribirles extensas cartas, porque sé cómo las leerán en voz alta, cómo las releerán y revisarán frase tras frase para responder a cada cuestión.

¡Que sigan, amigos míos, tan felices y gozosos!
Suyo,

Oleg.

23

El 5 de marzo el día amaneció encapotado, con llovizna menuda y fría. Pero en la sala había animación: Diomka se trasladaba a la sala de cirugía del piso de abajo porque la víspera había firmado su consentimiento para la operación, y habían llegado dos pacientes nuevos.

El primero de ellos ocupó precisamente la cama de Diomka, la del rincón próximo a la puerta. Era un hombre alto, muy encorvado, con la espalda torcida y el rostro consumido hasta la senilidad. Tenía los ojos tan edematosos y los párpados inferiores tan caídos que el óvalo horizontal, que en el resto de la gente forma cada ojo, a él se le había transformado en un círculo cuya superficie blanca ofrecía un enrojecimiento malsano. El disco castaño claro del iris parecía también mayor de lo corriente, a causa de la dilatación de los párpados inferiores.

Y daba la impresión de que el anciano, con aquellos enormes y redondos ojos, los examinaba a todos con molesta y tenaz atención.

Durante la última semana Diomka no pareció el mismo: sufrió molestias y dolores persistentes en la pierna, no podía dormir ni distraerse con nada y se esforzaba para no gritar e incomodar a sus vecinos. Este estado le produjo tal desaliento que la pierna perdió para él todo su valor, convirtiéndose en un maldito lastre del que debía desembarazarse y cuanto antes lo hiciera, mejor. La operación, que un mes antes se le antojaba el fin de la vida, la aceptaba ahora como la única salvación posible.

Diomka reclamó el consejo de todos los de la sala antes de firmar su conformidad. No obstante, hoy, mientras hacía su petate y se disponía a despedirse, volvió a conducir la conversación por derroteros que indujeran a los demás pacientes a tranquilizarle y convencerle.

Y Vadim tuvo que repetirle lo que ya le dijera en otras ocasiones: que podía considerarse feliz por poderse salvar tan fácilmente; que él, Vadim, se cambiaría por él a ojos cerrados.

Pero Diomka aún encontraba algo que objetar:

—Sí, pero cortan el hueso con una sierra, lo aserruchan como si talmente fuera un tronco. Y, según dicen, se siente bajo cualquier anestesia.

—¿Y qué? No eres el primero, y si otros lo han soportado también tú lo

soportarás.

En este caso, como en todos, Vadim era justo y recto. No pedía consuelo para él ni lo aceptaría si se lo ofrecieran. En todo consuelo hay un algo de debilidad de espíritu, de misticismo.

Seguía tan concentrado en sí mismo, tan grave y tan cortés como en los primeros días de su ingreso en la clínica. La única diferencia que se apreciaba en él era que al color bronceado adquirido en las montañas lo iba sustituyendo un tono amarillento. A veces le temblaban los labios a causa de los dolores y se le contraía la frente de zozobra y consternación. En realidad, cuando decía que estaba condenado a ocho meses de vida, pero aún podía cabalgar y se vio con ánimos para volar a Moscú y entrevistarse con Cheregoródtsev, estaba convencido de que tendría escapatoria. Pero ya llevaba un mes en la clínica, un mes de aquellos ocho, que tal vez no fuera el único, sino que podían llegar a ser tres o cuatro de aquel plazo de ocho meses. Y cada día que transcurría sentía mayores dolores al andar, y le era más difícil soñar con volver a montar a caballo y cabalgar por el campo. Los dolores se habían extendido a la ingle. Ya se había leído tres de los libros que trajo consigo, pero se había debilitado su convicción en la posibilidad de localizar los yacimientos por las aguas radiactivas, que era la idea que llenaba su vida, lo único que contaba para él. Por eso no leía ya con tanto ahínco, no trazaba tantos signos de interrogación y admiración. Vadim opinó siempre que la característica más óptima de una vida es la de la constante actividad, cuando se está tan ocupado que las horas del día resultan insuficientes. Pero, de pronto, las horas del día venían a ser suficientes para él, y aún le sobraban. Lo que le faltaba era vida. Flaqueó su consistente capacidad para el trabajo. Ya no se despertaba con tanta frecuencia por la mañana para estudiar aprovechando el silencio. A veces permanecía tumbado, tapado hasta la cabeza, donde le vagaba la idea de que quizá fuera más fácil rendirse y acabar de una vez que seguir luchando. Era para él irracional y espantoso verse en aquel miserable ambiente escuchando aquellas necias conversaciones y le entraban ganas, haciendo estallar su afectado autodominio, de ponerse a dar alaridos contra el cepo como un animal atrapado: «¡Ya está bien! ¡Deja de bromear y suelta mi pierna!».

Su madre no había conseguido el oro coloidal en ninguno de los cuatro altos organismos que visitó. Llegó del centro de Rusia con una remesa de *chaga* y se puso de acuerdo con una auxiliar sanitaria para que, cada dos días, preparara para Vadim una taza de infusión. Y regresó nuevamente a Moscú para perseverar en la búsqueda del oro, para gestionar nuevas entrevistas. No podía resignarse a que las metástasis se propagaran a la ingle de su hijo existiendo en algún sitio ese oro radiactivo.

Diomka se acercó a Kostoglótov para decirle, o para oír de él, la última palabra. Kostoglótov estaba tumbado diagonalmente en la cama, las piernas alzadas sobre los barrotes y la cabeza pendiéndole de lado fuera del colchón. De este modo, visto del

revés por Diomka, al que también veía subvertido, Oleg le tendió la mano y le despidió quedamente (encontraba dificultad para hablar en voz alta, pues algo le resonaba en los pulmones):

—No te acobardes, Diomka. Ya ha regresado Lev Leonídovich, le he visto yo mismo. El te operará con rapidez.

—¿Qué dices? —a Diomka se le iluminó el rostro—. ¿Le has visto tú mismo?

—Sí.

—¡Sería formidable…! ¡Qué bien que he ido posponiendo la operación!

En efecto, en cuanto este gigantón cirujano de brazos colgantes y excesivamente largos aparecía por los pasillos de la clínica, los pacientes recobraban inmediatamente los ánimos, como si de repente cayeran en la cuenta de que lo que en realidad habían echado en falta durante todo el mes había sido a aquel hombre alto y desvaído. Si previamente hicieran desfilar a los cirujanos ante los pacientes y luego les dieran opción a elegir, es muy posible que todos ellos mostraran preferencia por Lev Leonídovich. Él, por su parte, iba y venía por la clínica con aire de sempiterno aburrimiento, pero tal expresión se interpretaba como indicio de que no era día de operaciones.

Aunque la frágil Yevguenia Ustínovna era una excelente cirujana y Diomka nada tenía que reprocharle, se entregaba uno con disposición de ánimo totalmente diferente en las peludas y simiescas manos de Lev Leonídovich. Cualquiera que fuese el resultado, lograra salvarle o no, él no cometería un fallo. Diomka, sin saber por qué, estaba convencido de ello.

El enfermo, por breve tiempo, se familiariza con el cirujano, y esa intimidad es más entrañable que si se tratara del propio padre.

—¿Es buen cirujano? —preguntó apagadamente, desde la antigua cama de Diomka, el nuevo de los ojos tumefactos.

Ofrecía un aspecto distraído, como pillado por sorpresa. Por lo visto sentía frío y encima del pijama, incluso dentro de la sala, llevaba puesta una bata de fustán que no se ceñía. Este anciano miraba a su alrededor como si un ruido nocturno le hubiese despertado en una casa solitaria y, al saltar de la cama, no supiera de dónde provenía la amenaza.

—¡Uh-uh! —gruñó Diomka, aclarándosele más el semblante. Daba la impresión de haber superado ya la mitad de la operación. Continuó—: ¡Es un as! ¿También a usted tienen que operarle? ¿Qué tiene?

—Sí, también —respondió escuetamente el nuevo, como si no hubiera oído la pregunta completa.

Su rostro no reflejó el alivio que sentía Diomka, y sus redondos ojos, enormes y fijos, siguieron inalterables, ya intensamente avizores, ya del todo ciegos.

Diomka se fue. Prepararon la cama para el nuevo, que se sentó en ella, apoyando

la espalda en la pared. Dentro del mayor silencio, sus dilatados ojos volvieron a adquirir su extraña fijeza. No paseaba la mirada alrededor, sino que la clavaba en cualquiera de la sala, a quien observaba largo rato. Luego imprimía un giro a su cabeza y sus ojos se detenían en otro aunque, tal vez, no concentrara la vista en él. Ni se movía ni reaccionaba ante los ruidos de la sala. No hablaba, no respondía ni preguntaba nada. A la hora de su llegada sólo pudieron arrancarle que procedía de Ferganá. También sabían, por habérselo oído decir a la enfermera, que se apellidaba Shulubin.

«Una lechuza, eso es lo que es», sentenció Rusánov al reparar en sus ojos fijos, redondos e inmóviles. Sin él la sala ya era harto triste, de modo que aquella lechuza había ido a dar allí inoportunamente. Su mirada se inmovilizó taciturna en Rusánov, y tanto se prolongó que este se sintió molesto. A todos los fue examinando con igual persistencia, como si todos los presentes fueran ante él culpables de algo. La vida en la sala ya no podía transcurrir con esa misma espontaneidad de antes.

La víspera le pusieron a Pável Nikoláyevich la duodécima inyección. Se había habituado a ellas y las soportaba sin padecer delirios, pero le originaban frecuentes dolores de cabeza y debilidad. Lo fundamental estaba claro: no le amenazaba un peligro de muerte. No fue todo más que pánico familiar. Su tumor se había reducido a la mitad y lo que de él aún restaba era más fláccido y, aunque todavía le molestaba algo —muchísimo menos que antes—, su cabeza había recobrado la libertad de movimientos. En resumen, lo único que continuaba padeciendo era la debilitación de su organismo. Y en esa debilidad soportable hallaba cierto agrado: podía estar acostado leyendo las revistas *Ogoniok* y *Krokodil*; podía también tomar bebidas reconstituyentes y elegir las comidas apetitosas que le placieran. Le hubiera gustado charlar con personas amenas y escuchar la radio; pero eso ya lo haría cuando regresara a su casa. Sólo habría notado flojedad si cada vez que Dontsova le palpaba, presionándole con los dedos bajo las axilas, no sintiese un ramalazo de dolor, como si le introdujera una estaca. Algo rastreaba la doctora y él, después de un mes de la clínica, podía suponer que sería un nuevo tumor. Le había llamado también a su gabinete, en el que le hizo acostar para examinarle la ingle mediante fuertes apretones dolorosos.

—¿Qué sucede? ¿Es que puede propagarse? —inquirió Pável Nikoláyevich, alarmado. Su alegría por la merma del tumor se eclipsó enteramente.

—Para eso le estamos curando, para que no ocurra —Dontsova agitó la cabeza—. Pero todavía ha de aguantar muchas inyecciones más.

—¿Cuántas? —Rusánov se aterró.

—Ya veremos.

(Los médicos jamás hablan con exactitud).

Después de la duodécima inyección era evidente su estado de debilidad; ante los

análisis de sangre los doctores movían desalentadoramente la cabeza, ¿y aún debía soportar otras tantas? De un modo u otro, la enfermedad se alzaba con lo suyo. El tumor decrecía, pero ello no le deparaba una alegría real. Pável Nikoláyevich pasaba los días descorazonado, acostado la mayor parte del tiempo. De manera imprevista, también el Roedor se apaciguó, cesó de vociferar y de enseñar los dientes. Era indudable que ahora no fingía, que el mal también hacía presa en él. Cada vez con mayor frecuencia se tumbaba con la cabeza colgando de la cama y, con los ojos entornados, pasaba así largo tiempo. Pável Nikoláyevich tomaba unos polvos contra el dolor de cabeza, se aplicaba a la frente un paño húmedo y se cubría los ojos para preservarlos de la luz. Y así yacían, uno al lado de otro, en completa paz y sin tirarse los trastos a la cabeza, durante horas y horas.

Sobre el espacioso rellano de la escalera (del que fue trasladado al depósito de cadáveres el chico que succionaba sin cesar la bolsa de oxígeno) habían colgado una consigna que, como es costumbre, estaba escrita en letras blancas sobre un largo lienzo colorado:

«¡Pacientes, no comenten unos con otros sus enfermedades!».

En verdad que en ese lienzo colorado, y en lugar tan destacado, hubiera sido más digno colgar una de las consignas relativas a las fiestas de Octubre o del Primero de Mayo. Pero no era menos cierto que dicha consigna era también de suma importancia en su vida de hospitalizados. Apoyándose en ella, Pável Nikoláyevich tuvo que tirar varias veces del freno a algunos pacientes para que no sembraran el desánimo.

(Aunque, en general, y en una visión de ámbito estatal, lo más correcto sería no concentrar a los enfermos con tumores en un mismo sitio, sino distribuirlos por los hospitales corrientes. Así no tendrían ocasión de asustarse unos de otros y se les podía ocultar la verdad, lo cual sería mucho más humano).

La gente de la sala se renovaba, pero nunca llegaban personas alegres, sino abatidas, agotadas. Únicamente Ajmadzhán, que ya había abandonado la muleta y pronto le darían el alta, reía enseñando sus blancos dientes, aunque no conseguía divertir a nadie, salvo a sí mismo. Probablemente sólo provocaba envidia.

Y he ahí que hoy, unas dos horas después de la llegada del nuevo de aire taciturno, en medio del grisáceo y depresivo día y cuando todos yacían en sus lechos (los cristales de las ventanas, lavados por la lluvia, dejaban pasar tan poca claridad que ya antes de la hora de la comida hubieran deseado encender la luz eléctrica y que llegara cuanto antes el anochecer), precediendo a la enfermera con un paso enérgico y firme, entró en la sala un hombre de baja estatura y extremadamente vivaz. Más exacto sería decir que irrumpió en ella con tal prisa como si todos se hubiesen formado en posición de firmes para darle la bienvenida y estuvieran cansados de esperarle. Se detuvo, asombrado de hallarlos mohínos en sus lechos. Incluso silbó. Y con un airado reproche y arrogancia dijo:

—¡Ay, ay, hermanos! ¿Cómo estáis tan alicaídos? ¿Qué hacéis ahí con las piernecitas encogidas?

Y pese a que no los halló preparados para darle la bienvenida, él los cumplimentó con un gesto semimilitar, a modo de saludo:

—¡Chály, Maxim Petróvich! ¡Ruego ser bien acogido! ¡En su lugar des-can-sen!

No se apreciaba en su semblante la extenuación del cáncer, sino que mostraba una confiada sonrisa de amor a la vida. A esta sonrisa suya correspondieron algunos pacientes con otra, entre ellos Pável Nikoláyevich. Luego de verse rodeado todo un mes de individuos quejicas le pareció que aquel era el primer hombre normal.

—Bien, bien.

No hizo ninguna pregunta. Contempló con ojos agudos la cama que le habían destinado y con paso firme se dirigió hacia ella. Era la inmediata a la de Pável Nikoláyevich, la que antes ocupara Mursalímov. El recién llegado se acercó a ella por el lado de Pável Nikoláyevich, se sentó encima y dio algunos rebotes que hicieron rechinar los muelles. Luego precisó:

—Un sesenta por ciento de amortiguación. Por lo que se ve, el médico jefe no está a la caza de ratones.

Empezó a descargar sus pertenencias, pero resultó que apenas tenía de qué aligerarse. No llevaba nada en las manos. De uno de los bolsillos extrajo una maquinilla de afeitar, y de otro un paquete. No era una cajetilla de cigarrillos, como hubiera podido pensarse, sino un juego de naipes casi nuevo. Sacó las cartas, las hizo restallar con los dedos y preguntó a Pável Nikoláyevich, mirándole con sus ojillos sagaces:

—¿Juega?

—Sí, a veces —admitió Pável Nikoláyevich con amabilidad.

—*¿Préférence?*

—Muy poco. Juego mejor al *nadkidnói*.

—Ese no es un juego —afirmó seriamente Chály—. ¿Y al *whist*? ¿Al *vint*? ¿Al póquer?

—¡Menos aún! —se disculpó, embarazado, Rusánov—. No he tenido ocasión de aprender.

—Aquí le enseñaremos, ¿qué mejor sitio para aprender? —dijo Chály, entusiasmado—. Como suele decirse: «¡Si no sabes, te enseñaremos; si no quieres, te obligaremos!».

Y se echó a reír. En su rostro resaltaba una enorme nariz esponjosa, voluminosa, rubicunda. Y era precisamente esa nariz la que confería a su cara la apariencia bonachona y franca.

—¡No hay juego como el póquer! —declaró con aires de entendido—. ¡Y con los envites a ciegas!

Y no dudando de la participación de Pável Nikoláyevich, miró a su alrededor en busca de otros compañeros de juego. Pero nadie le hizo concebir esperanzas.

—¡Yo! ¡Yo también quiero aprender! —exclamó a sus espaldas Ajmadzhán.

—¡De acuerdo! —accedió Chály—. Busca algo que podamos colocar entre las dos camas y que nos sirva de mesa.

Volvió a pasar la vista con más atención por la sala y su mirada tropezó con la inmóvil de Shulubin. Descubrió también a un uzbeko con turbante rosado y bigotes lacios, finos, como elaborados con hilos de plata. En ese preciso instante entró Nelia en la sala, con la bayeta y el cubo para efectuar la inoportuna limpieza de los suelos.

—¡Oh-o-oh! —Chály apreció al momento—. ¡Vaya una moza de buena planta! Oye, ¿de dónde has salido? ¡No estaría mal balanceamos juntos en el mismo columpio!

Nelia ahuecó sus abultados labios, que era su manera de sonreír:

—No tengo inconveniente, aún estamos a tiempo. Pero, estando achacoso como estás, ¿no crees que será demasiado para ti?

—Todo se cura con las barriguitas juntas —respondió Chály—. ¿O es que te sientes tímida conmigo?

—¿Te queda, acaso, mucho de hombre? —adujo Nelia.

—¡Lo suficiente para ti! ¡No temas! —agregó Chály—. Pero ¡hala, hala, empieza a fregar pronto el suelo, que quiero inspeccionar la fachada!

—Contémplala, que no se cobra nada por ello —accedió Nelia, magnánima. Y arrojando la bayeta bajo la primera cama, se agachó para limpiar el suelo.

Ese hombre tal vez no padeciera dolencia alguna. No ofrecía signo externo alguno de enfermedad, ni se revelaban en su semblante los dolores internos. ¿O era su voluntad la que le ordenaba conducirse como lo hacía, dando un ejemplo, improcedente en la sala, del comportamiento que debe observar el hombre de nuestra época? Pável Nikoláyevich miraba con envidia a Chály.

—Y usted, ¿qué padece? —le preguntó quedamente, de modo que la conversación transcurría sólo entre los dos.

—¿Yo? —se sobresaltó Chály—. ¡Pólipos!

Ningún paciente sabía exactamente lo que eran los pólipos, aunque ya a uno, ya a otro, se los localizaban con frecuencia.

—¿No tiene dolores?

—En cuanto he sentido los primeros, he venido aquí. ¿Qué tienen que operarme? Que me operen. ¿Para qué demorarlo?

—¿Y dónde tiene el mal? —siguió preguntándole Rusánov, cuyo respeto iba en aumento.

—En el estómago, según parece —contestó Chály despreocupadamente y sonriéndose además—. Me tendrán que rebanar el estómago. Cortarán unas tres

cuartas partes de él.

Entrecerrando los ojos remedó un corte en su estómago con el canto de la mano.

—¿Y cómo se arreglará después? —se asombró Rusánov.

—¡Bah! Me acostumbraré. ¡Con tal de que quede sitio para el vodka!

—¡Goza usted de una presencia de ánimo formidable!

—Estimado vecino —repuso Chály con repetidos movimientos de su bondadosa cabeza de ojos sinceros y enorme nariz bermeja—, para no hundirse hay que dejar a un lado las aflicciones. El que menos se rompe los cascos es el que menos sufre. ¡Eso mismo le aconsejo a usted!

Entonces llegó Ajmadzhán con una tabla de madera chapada. Colocáronla entre las camas de Rusánov y de Chály. Quedó perfectamente acoplada.

—Ahora está más decente —se alegró Ajmadzhán.

—¡Que enciendan la luz! —ordenó Chály.

La encendieron, y la sala pareció más alegre.

—Bien, ¿quién será el cuarto?

Pero, por lo visto, nadie deseaba hacer de cuarto jugador.

—No importa. De momento puede empezar por las explicaciones. —Rusánov se sentía eufórico. Se había sentado con los pies en el suelo, como si estuviese sano. Cuando movía la cabeza el dolor del cuello era mucho más apagado que antes. El trozo de madera entre las camas no le parecía tal, sino una mesita de juego iluminada por la viva y alegre luz que descendía del techo. De la blanca y satinada superficie de los naipes, se destacaban, intensos y precisos, los chispeantes signos rojos y negros de los diferentes palos de la baraja. Posiblemente Chály tuviera razón; tal vez había que adoptar esa actitud hacia la enfermedad, para que ella fuera gradualmente desentendiéndose de uno. ¿Para qué desalentarse? ¿Para qué estar continuamente rumiando negros pensamientos?

—¿A qué esperamos? —apremió Ajmadzhán.

—Bien —dijo Chály, mientras con la velocidad de una película cinematográfica sus diestros dedos barajaban las cartas. Puso a un lado las que no necesitaba y se quedó con las otras—. Las cartas que intervienen son desde el nueve hasta el as. Los palos de categoría superior son los tréboles, luego los rombos, después los corazones, y, por último, las picas. —Mostró los diversos palos a Ajmadzhán—. ¿Has comprendido?

—¡Sí, entiendo! —afirmó Ajmadzhán muy satisfecho.

Combinando los naipes elegidos y haciéndolos crujir, o barajándolos ligeramente, Maxim Petróvich prosiguió su explicación:

—A cada jugador se le entregan cinco cartas y las restantes forman el montón para las apuestas. Ahora deben comprender el valor de las jugadas. Las combinaciones son estas: Una *pareja* —y la mostró—. Dos *parejas. Escalera,* o sea

una runfla de cinco naipes de cualquier palo de valor correlativo. Como estas, o como esas. Después, el *trío*. El *full*, que…

—¿Quién es Cháli? —preguntaron desde la puerta.

—Yo soy Cháli.

—¡En la entrada le espera su mujer!

—¿Has visto si, por ventura, trae consigo el portamonedas?… Bueno, muchachos, haremos un descanso.

Y viva y despreocupadamente se encaminó a la salida.

En la sala reinó de súbito el silencio. Las lámparas siguieron encendidas como si fuera de noche. Ajmadzhán se retiró a su sitio. Nelia iba acercándose y esparcía vigorosamente el agua por el piso, por lo cual todos debían colocar los pies encima de las camas.

Pável Nikoláyevich también se acostó. Sentía fija en sí la mirada que desde el rincón le enfilaba aquella lechuza, haciéndole el efecto físico de una porfiada y reprobadora presión en el lateral de su cabeza. A fin de mitigar dicha presión, le preguntó:

—Y usted, camarada, ¿qué tiene?

Pero el ensimismado anciano no hizo ni un gesto cortés en respuesta a su pregunta, como si esta no fuera dirigida a él. Sus grandes ojos castaño-rojizos parecían mirar más allá de la cabeza de Rusánov. Pável Nikoláyevich se cansó de esperar la contestación y se puso a manipular las charoladas cartas. Entonces oyó una voz profunda.

—Lo mismo.

¿Qué era eso de «lo mismo»? ¡Vaya un grosero! Pável Nikoláyevich desvió la mirada de él y se tumbó de espaldas. Permaneció acostado y caviloso.

Se había distraído con la llegada de Cháli y con las cartas, pero en el fondo esperaba el periódico. Hoy, segundo aniversario de la muerte de Stalin, era un día sumamente memorable, un día importante y significativo. Por el periódico podría deducirse fácilmente lo que reservaba el porvenir. Y el futuro del país era el futuro de uno mismo. ¿Saldría todo el periódico enmarcado en una franja de luto? ¿O sólo la primera página? ¿Publicarán el retrato a toda plana o solamente ocupando un cuarto de la misma? ¿Cómo enunciarán los títulos y el editorial? Después de las destituciones de febrero, todo ello era de particular importancia. En su trabajo, Pável Nikoláyevich habría podido enterarse con antelación por alguna amistad, pero allí no contaba más que con el diario.

Nelia chocaba y se removía entre las camas, cuyos espacios de separación eran estrechos para ella. No obstante, realizaba la limpieza con rapidez y la finalizó en un periquete. Luego extendió la alfombra del pasillo.

Andando sobre esa misma alfombra, entró Vadim, que regresaba de la sesión de

rayos. Movía cuidadosamente la pierna enferma y contraía los labios de dolor.

Traía consigo el periódico.

Pável Nikoláyevich le hizo una señal para que se aproximara:

—Vadim, venga; siéntese aquí.

Vadim se detuvo titubeante y luego se dio la vuelta hacia el pasillito de la cama de Rusánov. Tomó asiento en ella, sujetándose la pernera de los pantalones para evitar su roce.

Se notaba que Vadim ya había desplegado el periódico, pues no presentaba el aspecto impecable del que aún no ha sido abierto. En cuanto lo tomó en las manos, Pável Nikoláyevich vio que no estaba bordeado por la franja negra y que no insertaba el retrato en primera plana. Fue pasando precipitadamente una página tras otra, lo examinó más de cerca, pero no halló en ningún sitio el retrato, ni la franja negra, ni título alguno en grandes caracteres. ¡Ni siquiera publicaba un artículo conmemorativo!

—¿No dice nada? ¿Nada? —preguntó a Vadim, asustado y olvidándose de precisar qué era *lo que* creía que faltaba.

Apenas si conocía a Vadim. Aunque pertenecía al Partido, era todavía demasiado joven; tampoco era un dirigente político, sino un estricto especialista. Imposible conjeturar lo que tenía inculcado en la cabeza, aunque en una ocasión dio pie a Pável Nikoláyevich para confiar en él. En la sala se referían a las nacionalidades desterradas. Vadim, levantando la cabeza de su geología, miró a Rusánov, se alzó de hombros y, en voz tan baja que sólo él le pudo oír, dijo:

—Por algo habrá sido. En nuestro país no se destierra a nadie sin motivo.

Y así, con esa correcta frase, Vadim se reveló a los ojos de Rusánov como persona inteligente y de firmes principios.

Y, al parecer, Pável Nikoláyevich no se había equivocado. Ahora, sin que tuviese necesidad de precisar más, Vadim también empezó a buscar lo mismo que él, y enseguida le indicó una pequeña reseña en la que no había reparado por la excitación que le dominaba.

Era un artículo corriente, sin nada que lo hiciera resaltar, sin retrato alguno. Simplemente, el artículo de un académico. Y no se refería en él al segundo aniversario de su muerte, ni mencionaba la aflicción de todo el pueblo. Ni tampoco decía que «vive y vivirá eternamente». Su título: «Stalin y los problemas de la construcción comunista».

¿Eso era todo? ¿Simplemente «y los problemas»? ¿Los problemas de la construcción? ¿Por qué precisamente de la construcción? ¡Del mismo modo podía escribirse acerca de las franjas forestales protectoras! ¿Dónde estaban las victorias militares? ¿Dónde el genio filosófico? ¿Dónde el corifeo de las ciencias? ¿Dónde el amor de todo el pueblo?

Con la frente arrugada, afligido, Pável Nikoláyevich miró a través de sus lentes al atezado rostro de Vadim.

—¿Cómo es posible, eh?… —Por encima del hombro, echó una cautelosa mirada a Kostoglótov, que al parecer dormía. Tenía los ojos cerrados y seguía con la cabeza colgando de la cama—. ¡Si hace dos meses, sólo dos meses, que se conmemoró el setenta y cinco aniversario de su nacimiento! ¿Lo recuerda? Fue como en años anteriores. Se publicó una enorme fotografía suya con titulares también enormes: «El Gran Continuador». ¿Qué le parece? ¿Eh?…

No era el peligro, no. No era el peligro que emanaba de ello y que amenazaba a los que quedaban con vida. Era la *ingratitud* la que, por encima de todo, hería a Rusánov de tal modo que parecía que sus propios méritos, su irreprochable hoja de servicios, eran escupidos y pisoteados. Si a la Gloria que resuena en la Eternidad se la ha reducido al cabo de dos años, si al Más Dilecto, al Más Sabio, al que se subordinaban tus dirigentes y los dirigentes de tus dirigentes, le han desencumbrado corriendo un velo sobre él a los veinticuatro meses, ¿qué subsiste, entonces? ¿En qué apoyarse? ¿Cómo recobrar la salud en tales circunstancias?

—Observe —repuso Vadim muy quedo— que recientemente se ha publicado una disposición oficial suprimiendo la conmemoración de los aniversarios de las muertes, autorizando únicamente la de los nacimientos. Aunque, claro, a juzgar por este artículo…

Y movió la cabeza apesadumbrado.

También se sentía ofendido, sobre todo por su difunto padre. Recordaba su veneración por Stalin, a quien, sin duda, quería más que a sí mismo (jamás se esforzó en beneficio propio), y más, incluso, que a Lenin. Y, con toda seguridad, le amó más que a su mujer y a sus hijos. Podía hablar de su familia con calma y en tono jocoso, pero nunca lo hacía al referirse a Stalin. Cuando le mencionaba, su voz se conmovía. En el gabinete del padre había un retrato de Stalin, otro en el comedor y otro más en la habitación de los niños. Desde que los muchachos tuvieron uso de razón, siempre recordaron haber visto sobre ellos aquellas pobladas cejas y aquellos tupidos bigotes, aquel rostro severo que parecía inaccesible al miedo y a la frívola jovialidad, y cuyas emociones se concentraban en el fulgor de sus negros ojos aterciopelados. Además, cada discurso de Stalin lo leía el padre primero para sí y luego releía algunos fragmentos a los chicos, explicándoles la profundidad de pensamiento que encerraba, la sutileza de expresión y el ruso tan maravilloso en que estaba escrito. Más tarde, cuando el padre ya no vivía y Vadim se hizo hombre, este fue descubriendo que el lenguaje de tales discursos era vulgar, que estaba lejos de centralizar en ellos las ideas, que habría podido exponerlas con más concisión y, dada la dimensión de los discursos, podría haberlo aprovechado mejor. Esta era su opinión, pero jamás se le habría ocurrido revelarla en público. Y pese a estas consideraciones, se sentía más

perfecto e irreprochable profesándole la admiración infundida en él desde la niñez.

Aún conservaba fresco en la memoria el día de su muerte. Lloraban los viejos, los jóvenes y los niños; sollozaban las muchachas bañadas en lágrimas y los muchachos se enjugaban los ojos. Hubiera podido pensarse que aquel llanto colectivo era motivado por el resquebrajamiento del universo entero más que por la muerte de una persona. Parecía que, si la Humanidad sobrevivía aquel día, no sería por mucho tiempo.

Sin embargo, dos años después, ni siquiera gastaban tinta negra de imprenta en un borde de luto; no habían sabido hallar unas sencillas y cálidas palabras: «Se cumplen dos años de la muerte…» del hombre con cuyo nombre en los labios, como si no quedara más palabra en el mundo, dieron los soldados el último traspié cayendo en la Guerra Patria.

Mas, en el caso de Vadim, la cuestión no radicaba en que le hubiesen educado así, educación de la que siempre hubiera podido despojarse. De hecho, todas las consideraciones de su raciocinio le exigían respeto para el Gran Desaparecido. De él provenía la luz, de él irradiaba la seguridad de que el día siguiente no diferiría del anterior, sino que transcurriría por los mismos cauces. Él ensalzó a la ciencia, él enalteció a los científicos liberándolos de sus mezquinas apetencias remunerativas y de vivienda. La propia ciencia necesitaba su estabilidad y su permanencia para evitar futuras catástrofes que obligaran a los científicos a distraerse, a apartarse de su elevada misión, habida cuenta de su interés y utilidad para los problemas de la estructuración de la sociedad, para la educación de los insuficientemente desarrollados, para el convencimiento de los necios.

Vadim, atribulado, arrastró su dañada pierna hasta el lecho.

Fue en este momento cuando regresó Cháli, que volvía contentísimo con una bolsa rebosante de alimentos. Mientras los iba trasladando a su mesilla, situada al otro lado del pasillito que formaba la cama de Rusánov, sonrió con timidez:

—¡Comeré, por lo menos, los últimos días que me quedan! ¡Después, sólo con las tripas, cualquiera sabe cómo lo pasaré!

Rusánov no podía dejar de admirar a Cháli. ¡Era todo un optimista! ¡Un sujeto excelente!

—Tomatitos en adobo… —prosiguió Cháli, extrayendo uno directamente con los dedos. Se lo tragó y, contrayendo los ojos—: ¡Oh, están deliciosos!… Y ternera jugosamente asada, que no está reseca —la probó y se chupó los dedos—. ¡Manos de oro femeninas!

Silenciosamente y ocultándolo con su cuerpo al resto de la sala, aunque no pasó inadvertido para Rusánov, metió en la mesilla medio litro de vodka. Guiñó uno ojo a Pável Nikoláyevich:

—Por lo que veo, es usted de aquí, ¿verdad? —dijo Pável Nikoláyevich.

—No, no soy de aquí. Frecuento esta ciudad de paso, cuando viajo en misiones de servicio.

—Entonces, ¿se halla aquí su mujer?

Pero Chály ya no le oyó y se fue a devolver la bolsa yacía.

Cuando volvió abrió la mesilla. Entornó los ojos, cayó en la tentación, ingirió otro tomate y la cerró nuevamente. Movió la cabeza con delectación:

—Y bien, ¿en qué habíamos quedado? Prosigamos.

Entretanto, Ajmadzhán había encontrado un cuarto jugador, el joven *kazajo* instalado en la escalera. Sentados en su cama, le estuvo relatando en ruso, subrayando sus palabras con gesticulaciones, cómo nuestros muchachos rusos batieron a los turcos. (La víspera por la tarde había ido a otro pabellón a presenciar el filme *La conquista de Plevná)*[22]. Ambos se acercaron a los otros dos jugadores, tendieron un puente entre las dos camas con el trozo de madera y Chály, más radiante que nunca, esparció las cartas con rápidos y ágiles dedos, enseñándoles las diferentes jugadas:

—Quedamos, pues, en el *full*, ¿no es así? Es la combinación de un trío y una pareja de distinto palo. ¿Has comprendido, *chechmek*?[§]

—Yo no soy un *chechmek* —recusó sin ofenderse Ajmadzhán, moviendo la cabeza—. Lo fui hasta ingresar en el Ejército.

—Está bien… Después el *color*, o sea cuando se logran cinco cartas del mismo palo. Después, el *repóquer*, que son cuatro cartas del mismo valor y un comodín. Luego tenemos la *escalera de color*, o sea, una serie de cartas del mismo color, del nueve al rey. Como estas… o como estas… Y la combinación aún más valiosa, la *escalera real*…

No es que en el acto lo vieran todo con claridad, pero Maxim Petróvich les prometió que en el curso del juego lo comprenderían perfectamente. Lo fundamental era que hablaba con tal camaradería, con voz tan precisa y sincera, que a Pável Nikoláyevich se le inundó el corazón de cierta tibieza al escucharle. En modo alguno había confiado en encontrar en un hospital público a un hombre tan simpático y afable. Y he ahí que en ese instante se sentaban formando un grupo unido y amigable que en adelante podrían alternar igualmente hora tras hora, a diario. ¿Para qué pensar, pues, en la enfermedad? ¿Para qué cavilar en otras contrariedades? ¡Tenía razón Maxim Petróvich!

Rusánov se disponía a proponer que de momento no deberían jugar como es de rigor, es decir, apostando dinero, cuando súbitamente preguntaron desde la puerta:

—¿Quién de ustedes es Chály?

—Yo soy Chály.

—Vaya a la entrada. Ha llegado su mujer.

—¡Oh! ¡Qué puta! —escupió sin malicia Maxim Petróvich—. Ya le dije que no viniera el sábado, sino el domingo. ¡No sé cómo no se ha tropezado con la otra…!

Discúlpenme, amigos.

El juego volvió a interrumpirse. Maxim Petróvich salió de la sala y Ajmadzhán se fue con el *kazajo* para seguir entrenándose con las cartas.

Pável Nikoláyevich recordó de nuevo su tumor y la fecha del 5 de marzo. Sintió sobre sí la mirada obstinada y desaprobadora de la lechuza y, al darse la vuelta, tropezó con los ojos abiertos del Roedor, que no dormía en absoluto.

No, Kostoglótov no había dormido un instante. Cuando Rusánov y Vadim hacían crujir las hojas del periódico y cuchicheaban, escuchó cada una de sus palabras con los ojos deliberadamente cerrados. Tenía interés por saber lo que decían, lo que opinaba Vadim. Ya no necesitaba tender las manos al periódico ni desplegarlo. Todo estaba claro para él.

Nuevamente percibía el golpeteo. Era su corazón que palpitaba, que aporreaba la férrea puerta que jamás debió abrirse, pero que, por alguna razón, rechinaba y se movía. De sus goznes caía ya la primera herrumbre.

Para Kostoglótov era inconcebible lo que le había contado la gente que por entonces gozaba de libertad: que dos años atrás, en tal día como hoy, lloraron los ancianos y los jóvenes como si el mundo se hubiese quedado huérfano. Lo consideraba absurdo, pues recordaba muy bien lo que sucedió en el campo. Sorprendentemente, no los condujeron al trabajo, ni abrieron las puertas de las barracas, si no que los mantuvieron recluidos en ellas. Desconectaron el altavoz de la radio, emplazado fuera de la zona del campo y que habitualmente sonaba sin interrupción. Todo esto en su conjunto evidenciaba que los jefes habían perdido la cabeza por algo, que sufrían algún terrible contratiempo. Y la desgracia que pudiera sucederles a los jefes representaba una alegría para los penados. ¡No había que ir al trabajo, podían descansar tumbados en sus camastros y, además, les enviaban allí el rancho! En primer lugar, durmieron para compensar el sueño atrasado; después se extrañaron de todo aquello; luego empezaron a tocar las guitarras y las bandurrias y, finalmente, fueron de litera en litera intentando descifrar lo que sucedía. Por muy aislado que sea el rincón en que se recluya a los presos, la verdad siempre termina por infiltrarse hasta ellos, ya a través de la sección de distribución del pan, ya del departamento de calderas, ya de la cocina. Y la noticia se fue propagando, propagando. Al principio, sin confirmar del todo, pero al deambular por la barraca o al sentarse en un catre, se oía decir: «¡Eh, muchachos! Parece que el Caníbal la ha palmado…», «¿Qué dices?», «¡Jamás lo creeré!», «¡Ya era hora!». A lo que seguía un coro de risas. ¡Que rasgueen más alto las guitarras! ¡Que suenen más alto las balalaikas! Las puertas de las barracas estuvieron cerradas veinticuatro horas. A la mañana siguiente, en la Siberia aún helada, hicieron formar al campo entero. Todo el mundo estaba allí, el comandante, los dos capitanes y los tenientes. Con voz velada por el dolor, el comandante empezó diciendo.

—Con profundo pesar… debo comunicarles… que ayer en Moscú…

Y aquellas caras de pómulos salientes, rugosas, rudas y foscas de presidiarios empezaron a hacer muecas enseñando los dientes, sin atreverse aún a exteriorizar su exultación. Al advertir el comandante aquel asomo de sonrisas, ordenó fuera de sí:

—¡Fuera los gorros!

Centenares de hombres vacilaron y pusieron su juicio en la balanza: no estaban aún en condiciones de negarse a cumplir la orden, pero si se descubrían se sentirían vejados. Adelantándose a todos, el bufón del campo, un humorista nato, se arrancó de la cabeza la gorra —que entre ellos denominaban *stalinka* y era de piel artificial— y la lanzó al aire. ¡Y la orden quedó cumplida!

¡Centenares de presos le vieron! ¡Y todos arrojaron sus gorros a lo alto!

El comandante se ahogaba.

Y después de aquello, Kostoglótov se enteraba ahora de que los viejos lloraron, de que las muchachas lloraron y de que el mundo pareció quedarse huérfano…

Chály entró en la sala mucho más contento que antes, cargado con otra bolsa llena de provisiones. Pero la bolsa era diferente a la anterior. Alguien esbozó una sonrisa y Chály fue el primero en reírse sin reservas:

—Y bien, ¿qué puede hacerse con las mujeres? Si esto les satisface, ¿por qué no complacerlas? ¿A quién se perjudica con ello?

Tal como sea la señora, señorita puede ser
¡que también la he de…!

Y prorrumpió en carcajadas, contagiando a cuantos le escuchaban, agitando una mano ante el ataque de risa que le dominaba. También Rusánov se reía con ganas del ingenio dicharachero de Maxim Petróvich.

—¿Cuál de las dos es, pues, tu verdadera esposa? —Ajmadzhán se ahogaba con la risa.

—No preguntes eso, hermano —suspiró Maxim Petróvich, que ya estaba colocando los alimentos en su mesilla—. Se impone una reforma legislativa. Los musulmanes tienen a este respecto unas leyes mucho más humanas. A partir de agosto están permitidos los abortos, con lo cual se simplifica enormemente la vida. ¿Por qué ha de vivir la mujer en soledad? Que pueda recibir una vez al año, por lo menos, la visita de un hombre. Para quienes viajan en misiones de servicio también resulta beneficioso: en cada ciudad disfrutan de alojamiento fijo y de un caldito de pollo con fideos.

Entre las provisiones relució otro oscuro frasco. Chály cerró la mesilla y salió a devolver la bolsa vacía. Era obvio que con aquella mujer no tuvo muchas atenciones, pues retornó al instante. Se detuvo en el pasillo formado por las dos hileras de camas,

en el que solía pasearse Yefrem, y mirando a Rusánov y rascándose el cogote a través de sus rizos (tenía el pelo bastante crecido y de un color entre el lino y el de la paja de avena):

—¿Comemos algo, vecino?

Pável Nikoláyevich le dedicó una sonrisa amable. La comida común del hospital se retrasaba y, en verdad, tampoco le apetecía después de ver los alimentos que Maxim Petróvich, entre risas, fue colocando en la mesilla. Por otro lado, en el propio Maxim Petróvich, en la sonrisa de sus gruesos labios, se advertía algo agradable, concupiscente, que le incitaba a aceptarle como compañero de mesa.

—De acuerdo —y Rusánov le invitó a acercarse a su mesilla—. Yo también tengo aquí algunas cositas…

—¿Y vasos? —Chály se inclinó sobre él, el tiempo que sus diligentes manos trasladaban tarros y paquetes a la mesita de noche de Rusánov.

—¡Si no podemos beber! —Pável Nikoláyevich movió la cabeza—. Con nuestras enfermedades, tenemos absolutamente prohibido…

En el mes que llevaba allí nadie de la sala se había atrevido ni a pensar siquiera en ello, pero Chály lo encontraba natural e inexcusable.

—¿Cómo te llamas? —y ya se había dado la vuelta y se hallaba en el pasillito de Pável Nikoláyevich.

Se sentó frente a él, pegando sus rodillas a las suyas.

—Pável Nikoláyevich.

—¡Pasha! —y Chály asentó su amistosa mano en el hombro de Rusánov—. ¡No hagas caso de los médicos! Ellos tratan de curarte, pero de igual modo pueden conducirte a la tumba. ¡Y nosotros lo que necesitamos es vivir, mantenernos erguidos como el rabo de la zanahoria!

El rostro vulgar de Maxim Chály irradiaba cordialidad y firme convicción. Era sábado y en la clínica los tratamientos estaban aplazados hasta el próximo lunes. Tras la grisácea ventana caía una cortina de agua que aislaba a Rusánov de sus familiares y amigos. En el periódico no habían publicado la nota necrológica y en su alma se concentraba un turbio resentimiento. Las lámparas alumbraban resplandecientes, adelantándose algo a la larga, dilatada tarde. En compañía de ese hombre realmente agradable podía muy bien echar un trago, comer alguna cosilla y jugar luego al póquer. (¡El póquer! ¡Una novedad que Pável Nikoláyevich podría referir a sus amigos!).

El expeditivo Chály tenía ya la botella al alcance de la mano, bajo la almohada. La descorchó con los dedos, apoyó los vasos en las rodillas y los escanció hasta la mitad. Y, sin más, entrechocaron los vasos, brindando.

Pável Nikoláyevich, con espíritu genuinamente ruso, desdeñó los recientes temores, prohibiciones y promesas; deseaba únicamente expulsar de su alma la

tristeza y disfrutar de una tibia placidez.

—¡Viviremos, Pasha, viviremos! —trataba de inculcarle Chály, mientras su rostro adquiría una expresión severa y hasta feroz—: ¡Qué reviente quien tenga gusto en ello! ¡Tú y yo seguiremos viviendo!

Y bebieron. Durante el mes transcurrido, Rusánov se había debilitado notablemente, y no había bebido nada, excepto aquel suave vino tinto. Ahora sintió inmediatamente que la bebida le abrasaba, que se esparcía y fluctuaba por todo su cuerpo, exhortándole a no bajar la cabeza, persuadiéndole de que incluso en el pabellón de cáncer la gente vivía, y de que también de él era posible salir vivo.

—¿Te duelen mucho esos… pólipos? —preguntó.

—Sí, de cuando en cuando. Pero ¡yo no me amilano! Pasha, es imposible que el vodka nos perjudique. ¡Compréndelo! El vodka cura todas las enfermedades. Cuando vayan a operarme beberé alcohol puro. ¿Qué te creías? Ahí lo tengo, en ese frasco… ¿Y sabes por qué beberé alcohol? Porque se absorbe al instante sin dejar rastro de agua. El cirujano me dará la vuelta al estómago y no hallará nada, lo encontrará limpio. ¡Y yo estaré borracho!… Bueno, has estado en el frente y lo sabrás: en cuanto había que lanzarse al ataque, nos daban vodka… ¿Te hirieron? —No.

—¡Tuviste suerte!… A mí, dos veces. Mira, aquí y aquí…

Los dos vasos volvían a estar llenos.

—No deberíamos beber más —se resistió blandamente Pável Nikoláyevich—. Es peligroso.

—¿Peligroso? ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?… Coge unos tomatitos. ¡Qué tomates tan ricos!

Verdaderamente, ¿qué diferencia existía entre un vaso o dos, si ya se había extralimitado? ¿O qué más daba otro más, si había muerto un gran hombre y ni siquiera le mencionaban, le ignoraban?

Pável Nikoláyevich vació el siguiente vaso a la memoria del Amo. Lo ingirió como se suele beber en un convite posfunerario, curvando tristemente los labios. En ellos fue depositando, al igual que Maxim, pequeños tomates mientras le escuchaba con simpatía sentado frente a él.

—¡Qué buenos son los colorados! —opinaba Maxim—. Aquí un kilo cuesta un rublo y si se llevan a Karagandá se pueden sacar treinta. ¡Y qué modo de quitártelos de las manos! Pero no está permitido llevarlos, no los admiten en la facturación de equipajes. Y no sé por qué no se puede. ¿Me querrías decir qué motivo tendrán para prohibirlo? —Maxim Petróvich estaba excitado. Sus ojos se dilataron y en ellos se descubría una inmensa interpretación del ¡sentido! El sentido de la existencia—. Si un hombrecillo con vieja americana se acerca al jefe de estación y le dice: «¿Quieres vivir, jefe?», este echará inmediatamente mano al teléfono pensando que van a matarle… Pero si el hombre pone sobre su mesa tres billetes, dirá: «¿Por qué? No

puedo». «¿Cómo que no puede?», argüirá el hombre. «Tú deseas vivir y yo también. Ordena que facturen mis cestas». ¡Y la vida triunfa, Pasha! El tren que se denomina «de pasajeros», corre cargado de tomates: cestas en los portaequipajes, cestas bajo las literas… Se le unta al jefe de vagón, se le unta al revisor, y se les unta también a los otros revisores que puedan presentarse antes de finalizar el viaje.

A Rusánov todo le daba vueltas, se sentía ardoroso y más fuerte que su enfermedad. Pero algo, al parecer, había dicho Chály con lo cual no podía estar de acuerdo… de acuerdo… Que iba contra…

—¡Eso infringe las reglas establecidas! —objetó Pável Nikoláyevich—. ¿Por qué ha de hacerse? Está mal…

—¿Qué es lo que está malo? —asombróse Chály—. ¡Pues coge otro que esté menos salado! O, si no, toma pasta de berenjenas… En Karagandá está escrito en piedra sobre piedra: «El carbón es pan». Pan para la industria, naturalmente. Pero los tomatitos son alimento para la gente y no los hay. Y si no los llevan personas con sentido práctico, seguirá sin haberlos. Los arrebatan de las manos a veinticinco rublos el kilo y encima dan las gracias. Que por lo menos puedan contemplar los tomates, pues de otro modo no sabrían ni del color que son. ¡No te puedes imaginar lo cerrados de mollera que son en Karagandá! Reclutan patrullas de guardas que son unos bravucones, y en lugar de enviarlos a cosechar manzanas para que regresen a la ciudad con cuarenta vagones llenos de ellas, les sitúan estratégicamente en todos los caminos de la estepa para que intercepten el paso a los que intentan entrar con manzanas en Karagandá. ¡No permitirles la entrada! Y ellos, los mentecatos, montan la guardia.

—¿Y a eso te dedicas tú? ¿Tú? —Pável Nikoláyevich estaba afligido.

—¿Por qué yo? Yo, Pasha, no viajo con cestos. Viajo con mi cartera y mi maletita. Los comandantes y los tenientes coroneles llaman a la taquilla: «El plazo de servicio se termina». Pero no hay billetes… Yo no llamo y siempre cojo el tren. Sé muy bien a quién hay que dirigirse en cada estación: en unas, al encargado del agua hirviente[§]; en otras, al encargado de consigna. ¡Recuérdalo, Pasha! ¡La vida siempre triunfa!

—A todo esto, ¿en qué trabajas exactamente?

—¿Yo? Trabajo de técnico, aunque no he finalizado los estudios de la Escuela Técnica. Además, Pasha, tengo otra ocupación como agente intermediario. Me afano mucho para que nunca me falte dinero en el bolsillo. Y de donde dejan de pagarme me voy. ¿Comprendes?

A Pável Nikoláyevich se le antojó aquello algo raro, fuera de lugar, descaminado y hasta tortuoso. Pero Maxim Petróvich era el primer hombre bueno y jovial con el que congeniaba en el curso de un mes, y le faltó valor para ofenderle.

—¿Y te va bien? —fue lo único que preguntó.

—¡Bien, muy bien! —Maxim le tranquilizó—. Come también carne de ternera y enseguida nos zamparemos tu zumo. En este mundo, Pasha, vivimos una sola vez. ¿Y por qué hemos de vivir mal? ¡Hay que hacer lo posible por vivir bien!

Pável Nikoláyevich no podía estar en desacuerdo con esto. Era verdad. Vivimos una sola vez, ¿por qué hemos de vivirla de mala manera? Sólo que…

—Pero ya sabes, Maxim, que eso se censura… —le expresó con suavidad.

—Sí, Pasha, sí —replicó Maxim con tono igualmente amistoso, sujetándole por el hombro—. Pero depende de cómo se mire. En unos sitios se ve de una manera, en otros de otra.

Una mota de polvo en el ojo
produce escozor,
y una estaca en ciertos lugares
causa…

Y Chály soltó una carcajada y palmeó las rodillas de Rusánov que no pudo contenerse y se vio sacudido por la risa.

—¡Oh, con tus graciosos versos…! ¡Eres todo un poeta, Maxim!

—Y tú, ¿qué eres? ¿En qué trabajas? —inquirió el nuevo amigo.

Pável Nikoláyevich adoptó un aire circunspecto, pese a la llaneza que hasta ese instante observaran ambos en su conversación.

—Pues… en la selección de personal —contestó, modesto.

Claro que su empleo era de mayor responsabilidad.

—¿Dónde?

Pável Nikoláyevich se lo dijo.

—¡Oye! —exclamó Maxim, radiante—. ¡Podrías colocar a un sujeto excelente! No te preocupes por la «cuota de entrada», se te abonará como está mandado.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo puedes pensar semejante cosa? —se ofendió Pável Nikoláyevich.

—¿Y qué tiene de particular? —Chály se asombró. De nuevo la revelación del sentido de la vida fulguró en sus ojos, aunque de modo algo impreciso por causa de las libaciones—. ¿De qué iban a vivir los que trabajan en la sección de personal, si no aceptasen la «cuota de entrada»? ¿Cómo sacarían adelante a sus hijos? ¿Cuántos hijos tienes?

—¿Han acabado de leer el periódico? —sonó sobre ellos una voz sorda y desagradable.

Era el Lechuza, que desde su rincón se había acercado despacito a ellos, con sus ojos implacables, tumefactos, y con su bata abierta. Resultó que Pável Nikoláyevich se hallaba sentado sobre el diario y lo había arrugado.

—Sí, sí. ¡Tómelo! —le respondió impulsivamente Chály, mientras intentaba sacar el periódico de debajo de Rusánov—. ¡Levántate, Pasha! Aquí lo tiene, padrecito. Si no quiere más que esto, puede llevárselo.

Shulubin tomó el periódico con aire entristecido y ya se disponía a alejarse de allí cuando le detuvo Kostoglótov. En cuanto notó que Shulubin miraba persistente y silenciosamente a todos, Kostoglótov se dedicó a observarle. Ahora podía hacerlo particularmente de cerca y a placer. ¿Quién sería ese hombre con semblante tan insólito?

Con el desenfado de los encuentros en las prisiones de tránsito, donde desde el primer momento se dirigen las preguntas sin importar qué persona aparezca en ellas, Kostoglótov, desde su yacente postura, semitumbado, preguntó:

—Abuelo, ¿de qué trabaja usted?

Shulubin no desvió la vista hacia Kostoglótov, sino que volvió toda la cabeza en su dirección. Le miró unos instantes sin pestañear, ejecutando luego un extraño movimiento circular con el cuello, como si le apretara el cuello de la camisa. Pero este no podía estorbarle, porque la abertura de su camisa de noche era amplia. No ignoró la pregunta, y de repente respondió:

—De bibliotecario.

—¿Dónde? —no perdió Kostoglótov la ocasión de lanzarle la segunda pregunta.

—En la Escuela Técnica de Agricultura.

Sin que se supiera la razón, quizá por la gravedad de su mirada o por el silencio de lechuza sombría que guardaba en su rincón, Rusánov tenía ganas de humillarle de algún modo, de apabullarle. Posiblemente el vodka hablara por él, pues con voz más alta de lo necesario y con más inconsideración de la debida, le increpó:

—No será usted miembro del Partido, ¿verdad?

El Lechuza le contempló largamente con sus ojos color tabaco. Pestañeó, como si no creyera en la pregunta. Volvió a pestañear y, de repente, abrió el pico.

—Al contrario.

Y atravesó la sala.

Andaba con cierta falta de naturalidad. Algo debía de rozarle, en algún sitio debía de padecer un dolor punzante. Renqueaba, más bien, con los faldones de la bata ondeando a los lados, ladeándose desmañadamente con la apariencia de un enorme pájaro al que hubiesen cortado desigualmente las alas para impedirle alzar el vuelo.

24

En una piedra, a nivel inferior al del banco de jardín, Kostoglótov estaba sentado al calorcillo del sol. Embutidas en sus botas, tenía las piernas incómodamente encogidas, con las rodillas rozando casi el suelo. Los brazos le pendían exánimes hasta tocar la tierra y la cabeza le colgaba sin gorra. En tal postura, y con la bata gris desceñida, se caldeaba bajo los rayos solares, tan estático y anguloso como una roca plomiza. Tomaba el sol de marzo, que ya había calentado sus negros cabellos y su encorvada espalda, sin moverse, sin hacer nada y sin pensar en nada. Podía seguir sentado de esta forma por tiempo indefinido y en igual grado de abstracción, acopiando del calor solar lo que anteriormente no le fuera suministrado por el pan y la sopa.

Incluso era imperceptible a cierta distancia si sus hombros ascendían y descendían al respirar. Sin embargo, se sostenía derecho, sin derrumbarse de costado.

La gruesa y corpulenta auxiliar sanitaria de la planta baja, que una vez quiso arrojarle del pasillo para no vulnerar las reglas de esterilización, la misma tan aficionada a las pipas de girasol, que ahora también venía mordisqueando algunas aprovechando la feliz circunstancia de hallarse en el jardín, se aproximó a Kostoglótov y le dijo con voz estentórea y displicente:

—¡Eh, oiga! ¿Me escucha, hombre?

Kostoglótov alzó la cabeza y contrajo el rostro, que expuso directamente al sol. La miró con un deformador entornamiento de ojos.

—Vete a la sala de curas. La doctora te llama.

Estaba sumido en su cálida petrificación, con muy pocas ganas de moverse y levantarse, y sintió como si le reclamaran para un trabajo odioso.

—¿Qué doctora? —rezongó.

—¡La que necesita verte! ¡Esa misma te llama! —la sanitaria alzó la voz—. No tengo por qué andar recogiéndoos por el jardín. Así que, ¡andando!

—No tengo que hacerme ninguna cura. Seguramente no es a mí a quien llaman —siguió porfiando Kostoglótov.

—¡A ti, a ti es! —afirmó la sanitaria, sin dejar de comer pipas—. ¿Se te puede, acaso, confundir con otro, grulla zanquilarga? No hay aquí otro como tú, amiguito.

Kostoglótov soltó un suspiro, estiró las piernas, se apoyó para ponerse en pie y,

gruñendo, empezó a levantarse.

La sanitaria le contemplaba, desaprobadora:

—No has hecho más que pasear, sin ahorrar fuerzas. Tendrías que haber estado acostado.

—¡Oh, sanitaria! —suspiró Kostoglótov. Y se fue a lo largo del sendero, caminando despacio. No llevaba el cinturón y ya no quedaba en él resto alguno de porte militar. Su espalda se había encorvado.

Se dirigía a la sala de curas barruntando un nuevo disgusto y con el ánimo de resistirse, sin saber aún lo que debía afrontar.

En la sala no le aguardaba Ela Rafáilovna, que desde hacía diez días sustituía a Vera Kornílievna, sino una mujer joven, gruesa y coloradota —de purpúreas mejillas, mejor dicho— que rebosaba salud. Él la veía por primera vez.

—¿Su apellido? —espetó inmediatamente, apenas hubo pisado Oleg el umbral de la puerta.

Aunque el sol no le pegaba ahora en los ojos, Kostoglótov seguía entrecerrándolos con enfurruñada expresión. Se puso a conjeturar con rapidez para qué requerirían su presencia, intentando formarse una idea de la situación. Por eso no se dio prisa en contestar. A veces es preciso ocultar el apellido o mentir. Pero no sabía lo que en ese instante sería lo acertado.

—¿Y bien? ¿Cuál es su apellido? —intentó averiguar la doctora de rollizas manos.

—Kostoglótov —confesó de mala gana.

—¿Dónde se había metido? ¡Desnúdese rápidamente! Acérquese aquí y tiéndase en la mesa.

Kostoglótov recordó, vio y comprendió repentinamente: ¡Iban a hacerle una transfusión de sangre! Se había olvidado de que las efectuaban en la sala de curas. Por un lado, seguía manteniendo el principio: «No quiero sangre ajena, ni tampoco daré la mía». Por otro, aquella mujer joven, vivaracha y resuelta, con el aspecto de haber apagado su sed con la sangre de los donantes, no le inspiraba confianza. Vega se había ido. Ahora tenían un nuevo doctor, otras costumbres y nuevos errores. ¿Por qué diablos tenían que dar vueltas a aquel tiovivo? ¿Por qué no existía nada permanente?

Adusto, se quitó la bata y buscó dónde colgarla. La enfermera le indicó el lugar. Mientras intentaba buscar un pretexto al que aferrarse para no ceder. Colgó la bata. Se quitó la chaqueta y también la colgó. Empujó las botas a un rincón y por el limpio linóleo del piso se encaminó descalzo a la alta y mullida camilla para tumbarse en ella. No se le ocurría ninguna evasiva, aunque estaba seguro de que daría inmediatamente con alguna.

El aparato de la transfusión, con sus tubos de goma y las cánulas de cristal, en una

de las cuales había agua, colgaba sobre la mesa suspendido de un reluciente soporte de acero. Fijas a él se veían varias anillas para las ampollas de diferente capacidad: para las de medio litro, para las de cuarto de litro y para las de octavo de litro. Sujeta al aparato había ahora una ampolla de octavo de litro. La parduzca sangre que contenía estaba parcialmente oculta por una etiqueta en la que se indicaba el grupo de sangre, el apellido del donante y la fecha de donación.

Siguiendo su costumbre de registrarlo todo para que nada le pasara inadvertido, Kostoglótov, mientras se encaminaba a la mesa, consiguió leer la etiqueta. No había aún recostado su cabeza, cuando anunció:

—¡Vaya, vaya! ¡28 de febrero! Es sangre vieja, no apta para la transfusión.

—¿Qué comentarios son esos? —se indignó la doctora—. ¿Qué entiende usted de la conservación de la sangre, de si es nueva o vieja? ¡La sangre puede conservarse más de un mes!

El enojo volvía carmesí su semblante coloradote. Sus brazos, desnudos hasta el codo, eran rollizos y rosados y de piel llena de granitos. Los granitos diminutos no se debían al frío, eran naturales. Y fue esa «piel de gallina» la que disuadió definitivamente a Kostoglótov de que se entregara en sus manos.

—Súbase la manga y relaje el brazo —le ordenó la doctora.

Era ya el segundo año que trabajaba en las transfusiones de sangre y no recordaba un solo paciente libre de aprensiones. Todos se conducían como si por sus venas manara sangre aristocrática y temiesen que fueran a adulterársela. Indefectiblemente, observaban de reojo para asegurarse de que la sangre que les ponían era del color debido, de que el grupo sanguíneo era el mismo, de si la temperatura era excesivamente fría o caliente, o de si se había coagulado. Algunos preguntaban con aplomo: «¿Es que me van a poner sangre mala?». «¿Qué le hace a usted pensar que sea mala?». «Porque lleva la inscripción de *No tocar*». «Sí, estuvo destinada a otro paciente, pero luego no ha sido necesaria». Entonces el enfermo se dejaba pinchar, aunque seguía refunfuñando por lo bajo: «Lo cual significa que no es de buena calidad». Sólo la firmeza le permitía vencer esas estúpidas suspicacias. Además, la doctora siempre andaba con prisas porque tenía fijadas de antemano las transfusiones a realizar cada día en diversos establecimientos.

Kostoglótov, por su parte, había visto en la clínica no pocas inflamaciones sanguinolentas y convulsiones que seguían a la transfusión. En modo alguno deseaba confiarse a aquellas manos impacientes, rosadas, nervudas y miliares. Su sangre propia —floja, empobrecida y torturada por los rayos— le era, pese a todo, mucho más cara que la nueva adicional. Su sangre legítima ya se recuperaría más tarde de un modo u otro. Y si seguía con la sangre enfermiza, tanto mejor. Así suspenderían antes el tratamiento.

—No —rehusó sombríamente, desatendiendo la orden de enrollarse la manga y

relajar el brazo—. Esa sangre es vieja. Además, hoy me siento mal.

Sabía bien que nunca se debían exponer dos excusas al mismo tiempo, sino sólo una. Pero ambas le salieron impensadamente.

—Ahora le comprobaremos la presión —repuso la doctora sin inmutarse. La enfermera le ofrecía ya el instrumento.

La doctora era completamente nueva, pero la enfermera pertenecía al personal de la clínica y trabajaba en la sala de curas. Hasta entonces no había tenido Oleg relación con ella. Todavía era una muchachita muy joven, aunque de elevada estatura; tenía un color atezado y ojos de corte japonés. Lucía en la cabeza un peinado tan complicado que ni el gorro ni el pañuelo hubieran podido cubrirlo. Por eso, llevaba cada mechón pacientemente envuelto entre innumerables vendas. Sin duda, para ponérselas debía llegar al trabajo con quince minutos de antelación.

Todo aquello no le interesaba en absoluto a Oleg, pero observaba extrañado la blanca corona, tratando de imaginarse el peinado de la joven cuando su cabello estuviese libre de vendajes. Allí la persona de peso era la doctora, y con ella tenía que luchar sin demora, resistirse y exponer un pretexto. Y estaba allí, perdiendo el ritmo de los argumentos, contemplando a la chica de los ojos achinados. Como cada jovencita, por el mero hecho de ser joven, implicaba un enigma, que llevaba en sí a cada paso que daba. Tenía conciencia de ello y lo evidenciaba con todos y cada uno de los giros de su cabeza.

Entretanto, oprimieron el brazo de Kostoglótov con la negra sierpe y le dijeron que su presión era la idónea.

Abrió la boca para seguir objetando y explicar el fundamento de su negativa, cuando, desde la puerta, reclamaron a la doctora porque la llamaban por teléfono.

Esta hizo un movimiento brusco y se encaminó hacia la salida. La enfermera guardó los negros tubos en el estuche y Oleg continuó acostado boca arriba.

—¿De dónde procede esa doctora, eh? —preguntó.

El tono melódico de la voz también forma parte del enigma intrínseco de las jovencitas. Ella lo sabía y habló, escuchando atentamente su propia fonación:

—Del Centro de Transfusiones de Sangre.

—¿Por qué trae sangre vieja? —Oleg quiso cerciorarse por mediación de la chica.

—No es vieja —la chica volvió con soltura y gracia la cabeza, paseando su corona por la habitación.

Aquella muchacha estaba absolutamente segura de saber cuanto necesitaba. Tal vez fuera así.

El sol dio un viraje hacia la sala de curas. Aunque sus rayos no daban directamente en ella, dos de las ventanas centellearon con viveza y en una zona del techo apareció una mancha luminosa, reflejada de algún sitio. Reinó una cegadora claridad, una gran pureza y una total quietud.

Era agradable estar allí.

Se abrió la puerta, oculta a la vista de Oleg, y entró una mujer. Pero no la que había salido.

Entró sin apenas producir ruido con sus zapatos, sin transmitir su identidad con el taconeo.

Y Oleg adivinó quién era.

Nadie andaba como ella. Ella, solamente ella, era la que él necesitaba en aquella estancia.

¡Vega!

En efecto, era ella. Apareció en su campo visual de modo tan simple como si sólo hiciera unos instantes que se hubiesen ausentado.

—¿Dónde ha estado usted, Vera Kornílievna?… —Oleg se sonrió.

No hizo la pregunta con tono exclamatorio; se lo preguntó quedamente, lleno de felicidad. Tampoco se incorporó con intención de sentarse, pese a no estar sujeto a la camilla.

Imposible que en la sala pudiera haber mayor quietud, esplendor y bienestar.

Vera también tenía una pregunta que hacerle e igualmente le sonrió:

—¿Qué? ¿Se rebela?

Con su propósito de resistirse atenuado, gozoso de hallarse tumbado en aquella mesa, de la que ya no le arrojarían tan fácilmente, Oleg respondió:

—¿Yo? No. Ya he acabado con las rebeliones… ¿Dónde ha estado usted? No se la ha visto en toda una semana.

De pie a su lado como si dictara unas palabras nuevas no acostumbradas a un ingenuo, articuló:

—He estado de viaje, organizando centros oncológicos y realizando propaganda anticancerosa.

—¿En algún lugar del *interior*?

—Sí.

—¿Volverá a irse?

—Por ahora no. Pero, usted, ¿se siente mal?

¿Qué expresaban sus ojos? Serenidad. Solicitud. La primera alarma injustificada. Eran los ojos de un doctor.

Pero, aparte de todo eso, tenían un color castaño claro, como el color del café de un vaso cuando se le agregan dos dedos de leche. Hacía mucho tiempo que Oleg no cataba el café, pero aquellos ojos fueron para él francamente amistosos. ¡Auténticos ojos de viejo amigo!

—¡Oh, no! ¡Nada de importancia! Es probable que me haya expuesto excesivamente al sol. Estuve sentado en el jardín largo rato, hasta que casi me quedé dormido.

—¡Como si pudiera tomar el sol! ¿En el tiempo que lleva aquí no ha comprendido todavía que se prohíbe terminantemente exponer los tumores al calor?

—Yo creía que esa prohibición se refería a las bolsas de agua caliente.

—Al sol, con mayor razón.

—¿O sea que están vedadas para mí las playas del mar Negro?

Ella afirmó con la cabeza.

—¡Qué vida!… Es como para trasladar mi exilio a Norilsk[23]…

Vera Kornílievna alzó los hombros y los bajó de nuevo. Aquello no sólo era superior a sus fuerzas, sino superior a su entendimiento.

Ahora bien podía preguntarle: «¿Por qué me dijo que estaba casada? ¿Acaso es humillante estar soltera?». Preguntó:

—¿Por qué ha sido desleal?

—¿A qué?

—A nuestro convenio. Me prometió que usted misma me haría la transfusión, que no me entregaría en manos de un médico practicante.

—La doctora no está en período de prácticas. Al contrario, es una especialista. Cuando ella está aquí, nosotros no tenemos derecho a realizar transfusiones. Pero ya se ha ido.

—¿Qué se ha ido?

—Sí, la han reclamado de fuera.

¡Oh, el carrusel! Ni aun dentro de un carrusel había protección contra otro carrusel.

—Entonces, ¿me la hará usted?

—Sí, yo. Pero ¿qué sangre decía usted que era vieja?

Él se la indicó con la cabeza.

—No es vieja, y tampoco era para usted. A usted le pondremos doscientos cincuenta gramos. ¡De esta! —y Vera Kornílievna, tomando otra ampolla de una mesita, se la mostró—. Lea y convénzase.

—Lo sé, Vera Kornílievna. Es mi vida miserable la que me induce a no confiar en nada, a comprobarlo todo. ¿Cree usted que no me siento dichoso cuando puedo prescindir de comprobaciones?

Lo dijo con voz tan cascada como si estuviera muriéndose. No obstante, no pudo negar a sus avizores ojos que se cercioraran. Y ellos atraparon al vuelo: «Grupo A: Yaroslávtseva, I. L., 5 de marzo».

—¡Ah! Del 5 de marzo. Esta nos viene de maravilla. ¡Justamente lo que necesitábamos! —se animó Oleg.

—Por fin ha comprendido que la necesita. Pero ¡cuántas objeciones ha puesto!

Y eso era lo incomprensible para ella, era mejor dejarlo correr.

Él se enrolló la manga de la camisa hasta más arriba del codo y relajó el brazo

derecho tendiéndolo a lo largo del cuerpo.

Ciertamente, el mayor placer para su espíritu vigilante, eternamente suspicaz, consistía en confiarse, en poder depositar su fe en alguien. En ese instante sabía que esta mujer cariñosa, esta criatura casi etérea, que se movía despacio y meditaba cada acción, no cometería yerro alguno.

Y ahí estaba acostado, como si reposara.

El gran retazo de tenue sol afiligranado formaba en el techo un círculo desigual. Y este retazo, reflejado por algo ignorado, también le sugestionaba porque contribuía a ornar la limpia y silenciosa sala.

Vera Kornílievna, que arteramente había extraído con la aguja un poquito de sangre de su vena, la removió con el centrifugador y la echó en un platillo dividido en cuatro departamentos.

—¿Para qué son esas cuatro casillas? —Se lo preguntó movido por su inveterada costumbre de preguntar en todo momento y lugar. En aquel instante le era indiferente enterarse del objeto de tales casillas.

—Uno de los departamentos, para comprobar la compatibilidad; los otros tres, para que el centro de distribución verifique con exactitud el grupo sanguíneo. Para estar más seguros.

—Pero si el grupo es el mismo, ¿qué incompatibilidad puede haber?

—Hay que cerciorarse de que el suero del paciente no se coagula al entrar en contacto con la sangre del donante. Puede ocurrir, aunque en raras ocasiones.

—Comprendo. ¿Y para qué la agita?

—Para separar los eritrocitos. Tiene que estar al tanto de todo, ¿eh?

Podía prescindir de saberlo, ciertamente. Oleg contempló la mancha que se extendía por el cielo raso. Es imposible conocerlo todo en este mundo y, de todos modos, uno morirá ignorante.

La enfermera de la corona blanca encajó en un borne del soporte la botellita con fecha del 5 de marzo, poniéndola con el gollete invertido. Acto seguido puso una almohadilla bajo el brazo de Oleg y se lo ciñó, más arriba del codo, con un rodete de goma roja, que empezó a retorcer. Sus ojos achinados observaban atentos, calculando el momento de dar fin a esta operación.

Ahora le extrañaba haber visto en aquella chica cierto enigma. No encarnaba ninguno. Era una muchacha como otra cualquiera.

Vera Gángart se acercó a él con la jeringuilla, una jeringuilla corriente, repleta de un líquido translúcido. Pero la aguja era insólita. Más que una aguja parecía una cánula de punta triangular. La cánula en sí nada tenía de particular, siempre y cuando no proyectaran introducirla en la carne de uno.

—Se le aprecia muy bien la vena —comentó Vera Kornílievna, al tiempo que, contrayendo una ceja, intentaba localizarla. Con ímpetu, horadando casi

imperceptiblemente la piel, introdujo la monstruosa aguja. Y eso fue todo.

Para Oleg todavía quedaban muchas cosas imprecisas: ¿Con qué objeto retorcían la goma sobre el codo? ¿Por qué la jeringa contenía un líquido que parecía agua? Naturalmente, podía preguntarlo; pero también podía devanarse los sesos para hallar la explicación: probablemente, para evitar que el aire se precipitara en la vena y para que la sangre no entrara de golpe en la jeringuilla.

Mientras tanto, allí quedó la aguja clavada en su vena. Aflojaron y luego libraron a su brazo de la goma, desprendieron hábilmente la jeringa de la aguja, y la enfermera sacudió el extremo del aparato en una palangana, vaciándolo de la primera sangre. En lugar de la jeringa, Gángart aplicó inmediatamente dicho extremo a la aguja, sosteniéndolo mientras soltaba una rosca en la parte superior.

En el ensanchado tubo de cristal del aparato y a través del líquido transparente empezaron a emerger paulatinamente, una a una, diáfanas burbujas.

Según iban subiendo a la superficie esas burbujas, las preguntas le surgían una tras otra. ¿Por qué tendrá que ser tan gruesa la aguja? ¿Para qué agitarán la sangre? ¿Por qué se producirán las burbujas? Pero sólo un tonto hace tal cantidad de preguntas, a las que serían incapaces de responder cien hombres inteligentes.

Si de indagar se trataba, había otras cosas que le interesaban más que esa.

En la estancia todo tenía un aire de fiesta, especialmente la mancha de pálido sol del techo.

Debía permanecer largo rato con la aguja clavada. El nivel de la sangre en la ampolla apenas había disminuido, no disminuía en absoluto.

—¿Me necesita, Vera Kornílievna? —preguntó afectadamente la enfermera japonesa, escuchando su propia voz.

—No, no la necesito —contestó, queda, Gángart.

—Estaré por aquí… ¿Puedo disponer de media hora?

—Sí, no la necesito.

La enfermera de la corona blanca salió casi corriendo.

Se quedaron solos.

Las burbujitas emergían lentamente. Vera Kornílievna tocó la rosca y dejaron de subir a la superficie. No apareció ninguna más.

—¿Ha cerrado?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿También tiene que saberlo? —y le brindó una sonrisa, una sonrisa alentadora.

En la sala de curas, de viejas paredes y sólidas puertas, la quietud era completa. En ella se podía hablar en tono un poquito más alto que un susurro, sin esforzarse, como el que expele el aire de los pulmones. Tal y como le apetecía charlar.

—Sí, es mi maldito carácter. Siempre quiero saber más de lo permitido.

—No está mal sentir inquietudes, desea saber… —observó ella. Sus labios nunca quedaban impasibles ante lo que pronunciaban. Con movimientos leves, con inflexiones distintas en ambos ángulos de la boca, con un pequeño mohín, con una ligera contracción, daban énfasis a la idea y la aclaraban—. Después de los primeros veinticinco centímetros cúbicos debe hacerse una larga pausa para comprobar el estado del paciente.

Seguía sosteniendo con una mano el extremo del aparato insertado en la aguja. Con suave despliegue de su sonrisa, inclinada sobre él, miraba cordial y atenta a los ojos de Oleg.

—¿Cómo se siente?

—En este preciso momento, maravillosamente.

—¿No exagerará usted al decir «maravillosamente»?

—No, en realidad mi estado es excelente. Muy superior al «bueno».

—¿Tiene escalofríos o un sabor desagradable en la boca?

—No.

La ampolla, la aguja y la transfusión constituían un afán común, solidario, que concernía a una tercera persona a quien ambos en armonía curaban y ansiaban sanar.

—¿No «en este preciso momento»?

—No en este preciso momento. —Era admirable estar así, minuto tras minuto, mirándose mutuamente a los ojos y existiendo un motivo razonable para mirar sin necesidad de apartar la vista—. Pero, en general, no me siento nada bien.

—¿Qué le sucede concretamente? ¿Qué?…

Le interrogaba con interés, preocupada, como lo haría un amigo. Pero se había hecho merecedora de un estacazo. Y Oleg presintió que estaba a punto de asestárselo, y que ella no podría esquivarlo por muy suaves que fueran sus ojos ambarinos.

—No ando nada bien de moral. Estoy convencido de que pago un precio excesivamente elevado por mi vida. Y, además, de que usted contribuye a ello y me está engañando.

—¿Yo?

Cuando se intercambia una mirada ininterrumpida los ojos adquieren una cualidad completamente nueva: descubren lo que en una ojeada superficial no es posible ver. Da la impresión de que pierden la pigmentada envoltura protectora de la retina y de que expulsan al exterior, muda e irrefrenablemente, toda la verdad.

—¿Cómo ha sido capaz de asegurarme con tal vehemencia que las inyecciones eran imprescindibles para mí, y que no estaba en condiciones de comprender su alcance? ¿Qué tienen de incomprensible? ¿Qué encierra de inexplicable la hormonoterapia?

Era deshonesto, por supuesto, provocar tal desconcierto en los indefensos ojos castaño claro. Algo tembló en ellos, invadidos por la perplejidad. Pero sólo así podría

indagar a fondo.

La doctora Gángart… (no, Vega)… apartó los ojos.

Como retiran del campo de batalla a una compañía no derrotada por completo.

Los fijó en la ampolla, sin embargo ¿para qué la miraba si la sangre no tenía acceso a ella? Después dirigió la vista a las burbujas, pero estas tampoco emergían ya.

Hizo girar la rosca y aparecieron nuevamente. Había que proseguir.

Deslizó los dedos por el tubo de goma que colgaba del aparato e iba hasta la aguja, como si quisiera ayudarle a librarse de las retenciones que pudiera contener; puso algodón bajo la contera del tubo para que este no se combase, tomó inmediatamente un rollo de esparadrapo y, con una tira, adhirió la contera a la mano de Oleg. Después metió el tubo de goma entre los dedos de la misma mano, que laxamente se extendían hacia arriba, como ganchos. Así, el tubo conservaba una posición fija.

Ahora Vega no precisaba sostenerlo, ni seguir a su lado, ni mirarle a los ojos.

Con semblante apesadumbrado, serio, reguló la salida de las burbujas para que fluyeran algo más rápidas, y manifestó:

—Así está bien. No se mueva.

Y se retiró.

No abandonó la habitación. Desapareció, simplemente, de su campo visual. Y como no podía moverse, dentro de su área quedaron únicamente el soporte con los instrumentos, la ampolla con la parduzca sangre, las brillantes burbujas, la parte superior de las soleadas ventanas, los reflejos de los seis cristales de estas en el globo esmerilado de la lámpara y todo el extenso techo con el jirón de mortecino y débil sol.

Y Vega se desvaneció de este cuadro.

Su pregunta había caído como un objeto desestimado transmitido con desmaño a otras manos.

Y ella no lo recogió.

A Oleg no le quedaba más remedio que seguir con el empeño de obtener respuesta a su pregunta.

Con la mirada en el techo, se puso a pensar en voz alta:

—Si mi vida ya está totalmente perdida, si tengo introducido hasta en los huesos el recuerdo de que soy un prisionero a perpetuidad, un «anti» a perpetuidad, si el destino tampoco me augura perspectivas más halagüeñas, y si encima de todo esto, consciente y artificialmente, se mata en mí *esa* aptitud, ¿para qué salvar vida semejante? ¿Para qué?

Vega lo escuchaba todo, pero estaba fuera de su vista. Quizá fuera mejor así, pues entonces podía hablar con mayor espontaneidad.

—Primeramente me despojaron de mi propia vida. Ahora me privan del derecho a… la propagación de mí mismo. ¿Quién va a necesitarme ahora? ¿Y para qué, siendo el peor de los lisiados? ¿Quizá me acepten por piedad, por caridad?

Vega callaba.

La mancha del techo se estremecía de vez en cuando y contraía sus bordes, o la cruzaba una arruga, como si también cavilara sin conseguir comprender. Luego volvía a quedarse inmóvil.

Gorgoteaban las transparentes y alegres burbujitas. La sangre de la ampolla iba descendiendo de nivel, habiéndose transvasado una cuarta parte de ella. Era sangre femenina; la sangre de Irina Yaroslávtseva. ¿De una joven? ¿De una vieja? ¿De una estudiante? ¿De una vendedora del mercado?

—Una limosna…

De pronto, Vega, que seguía invisible para él, no le rebatió, sino más bien estalló impetuosa:

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¿Es posible que usted piense así? ¡Me niego a creer que opine de ese modo! ¡Contrólese! Todo eso no es más que una comedia y no una disposición de ánimo personal.

Se expresaba con una energía que él no percibiera nunca en su voz, y con tal sentimiento de ofensa como nunca hubiera esperado de ella.

Se interrumpió de repente y guardó silencio.

—¿Y *cómo* debo pensar? —probó cautamente Oleg a provocarla de nuevo.

¡Oh, qué silencio! Hasta las pequeñas burbujas tintineaban en el cerrado tubo.

A ella le era penoso hablar. Su voz se había quebrado. Con supremo esfuerzo logró expulsarla nuevamente al exterior.

—¡Tiene que haber quien piense de modo diferente! ¡Aunque sea un grupo, un puñado de hombres! Si todos opinaran *así*, ¿entre *quién* se viviría, entonces? ¿Y qué objeto tendría la vida?… ¿Acaso sería posible vivirla?…

Sus últimas palabras, tensas, volvió a gritarlas con desesperación. Con el grito de protesta, y pese a sus exiguas fuerzas, parecía querer impulsarle para que él, ruborizado, gravoso, surcara los aires en busca de la posible salvación.

Como un guijarro lanzado de la certera honda de tallos de girasol, tensada por la mano de un chaval, o más bien, como el proyectil de una pieza de artillería de largo cañón de las que se vieron en el último año de la guerra, que, ululante, estruendoso y ensordecedor ascendía a la atmósfera, Oleg se vio proyectado por los aires en la loca parábola, despegándose de sus recuerdos y apartando cuantas reminiscencias pudiera evocar. Voló sobre un desierto de su vida, voló sobre otro desierto de su vida y se vio trasladado a un remoto país.

¡Al reino de su infancia!, que de momento no supo reconocer. Pero tuvo conciencia, todavía con los ojos parpadeantes y velados, de que había sido

avergonzado. Y como pensaba de niño, también ahora creía que no era él, sino ella, quien debía dar paso a la primera revelación.

Había algo que insistentemente quería aflorar a su memoria y que venía muy a propósito para el caso. Tenía que recordarlo cuanto antes. ¡Y lo recordó!

Lo recordó enseguida, pero empezó a hablar con cautela, eligiendo las palabras:

—En los años veinte fueron de resonante éxito las obras de cierto venereólogo, él doctor Friedland. Por aquel entonces se estimaba altamente eficaz *abrir los ojos* al pueblo, a la juventud. Fue una especie de propaganda sanitaria sobre los más indecibles problemas. Probablemente fuera necesaria o preferible, en todo caso, a un silencio hipócrita. Había un libro titulado *Tras la puerta cerrada* y otro *Sobre los sufrimientos del amor*. ¿No tuvo usted ocasión de leerlos? Quizá más tarde, en su calidad de doctor…

Gorgoteaban las extrañas burbujas, y posiblemente se oyera la respiración de más allá de su campo visual.

—Debo reconocer que lo leí demasiado pronto, cuando tenía doce años aproximadamente. Como es natural, lo hice a escondidas de los mayores. Fue una lectura impresionante, demoledora. Su daño consistía en que le quitaba a uno hasta las ganas de vivir…

—Lo he leído —dijo ella de repente, con voz inexpresiva.

—¡Ah, sí! ¿Lo ha leído usted? —exclamó alborozado. Y pronunció el «usted» como si hubiera sido el primero en sugerírselo—. Es de un materialismo tan consecuente, lógico e irrefutable que, en suma, ¿qué objeto tiene la vida? Esos minuciosos cálculos aritméticos y esos exactos porcentajes de mujeres que no experimentan nada y de las que experimentan éxtasis; esas historias de mujeres que al tratar de encontrarse a sí mismas pasan de una categoría a otra… —al ir haciendo memoria de lo expuesto en el libro aspiró profundamente, como si se hubiese golpeado o quemado—. Esa despiadada certeza de que toda psicología es de importancia secundaria en el matrimonio, intentando demostrar el autor que cualquier «incompatibilidad de caracteres» tiene su origen en la fisiología… Pero usted, seguramente, recordará todo eso. ¿Cuándo lo leyó?

No obtuvo respuesta.

No tenía que haberle preguntado nada. Y, por otro lado, tal vez se había expresado con demasiada crudeza, sin andar con rodeos. Estaba visto que tenía una total falta de experiencia para hablar con las mujeres.

La extraña mancha de desvaído sol en el techo se descompuso súbitamente en ondas. Resplandecieron vivos puntitos de plata y las ondas emprendieron la huida. Y por esas ondas rizadas, fugitivas y diminutas, Oleg pudo columbrar, por fin, que la misteriosa vaguedad repechada en el techo no era más que el simple reflejo de un charco que, más allá de las ventanas y la tapia, seguía sin secarse. La metamorfosis

de un mero charco de agua. Había comenzado a soplar un ligero vientecillo.

Vega seguía silenciosa.

—¡Perdóneme, por favor! —se disculpó Oleg, a quien le complacía y agradaba incluso excusarse ante ella—. Me he expresado indebidamente… —e intentaba torcer la cabeza en su dirección, pero no consiguió divisarla—. Pero es que semejante concepto destruye las cualidades humanas que existen en la Tierra. Si caemos bajo su influencia, si lo aceptamos totalmente… —¡Se abandonaba jubiloso a su antigua fe y trataba de convencerla a ella!

¡Y Vega regresó! Volvió a entrar en su marco visual y él no halló en su rostro ni la desesperación ni la dureza que creyó detectar en su voz, sino su habitual sonrisa benévola.

—Ese es mi deseo, que usted no lo acepte. Estaba segura de que no lo aceptaría.

Su semblante resplandecía radiante.

¡Sí, era la chiquilla de su infancia, la compañera de escuela! ¿Cómo no la habría reconocido?

Deseó decirle algo amistoso, intrascendente, algo parecido a «¡Choca esos cinco!», y, al estrechar su mano, manifestarle: «¡Ha sido maravilloso que hayamos conversado!».

Pero su mano derecha estaba bajo la aguja.

¡Con cuánto placer la habría llamado Vega! O Vera.

Pero no era posible.

Entretanto, la sangre de la botella había descendido más de la mitad. Esa sangre aún fluía días atrás por un cuerpo desconocido, con carácter e ideas propias, particulares. Y ahora esa savia rojioscura estaba transvasándose al suyo. ¿Propagaría en él algunas de sus particularidades?

Oleg vigilaba las revoloteadoras manos de Vega cuando arregló la almohadilla bajo su codo y el algodón en que se apoyaba la contera del tubo; cuando pasó los dedos por la goma y cuando elevó un poco la parte delantera superior del soporte que sostenía la ampolla.

No sólo ansiaba estrechar esa mano; se la habría besado gustoso.

25

Ella abandonó la clínica con un ánimo festivo. Tarareaba quedamente, con la boca cerrada, y sólo ella podía oírse. Con su abrigo gris claro de entretiempo y sin las botas, pues las calles ya se habían secado, se sentía ingrávida, en particular los pies. Andaba con ligereza, dispuesta a atravesar la ciudad de un extremo a otro.

La tarde era tan soleada como lo había sido el día, aunque algo más fresca, y en el ambiente se respiraba el profundo perfume de la primavera. Hubiera sido absurdo subirse a un autobús para asfixiarse. La seducía mucho más caminar.

Y se fue andando.

Lo más bello en su ciudad era el albaricoquero en flor. De repente tuvo el deseo, adelantándose a la primavera, de contemplar un albaricoquero florido, uno, no más, que la feliz casualidad le deparara tras alguna valla o tapia, o verlo de lejos, pues su etéreo rosado no podía confundirse con nada.

Pero era muy pronto para ello. El tono ceniciento de los árboles sólo se había cubierto levemente de verde. Era la época en que, a pesar de ese color verde, todavía predomina en él el gris; la época en que, al vislumbrar un trozo de jardín a través de una valla, un trozo de jardín salvaguardado del adoquinado de la ciudad, se aprecia que en él la tierra sigue aún seca, rojiza, removida por el primer golpe de azada.

Era temprano.

Vera siempre tomaba un autobús como acuciada por la prisa; se arrellanaba en los desquiciados muelles del asiento o alargaba los dedos hasta suspenderse de la barra y efectuaba el viaje pensativa, sin deseos de hacer nada. Pero, a despecho de todo argumento, debía esforzarse por matar las horas de la tarde para volver a la mañana siguiente al trabajo en otro autobús como aquel y con la misma prisa.

No obstante, ¡hoy caminaba sin apresurarse y dispuesta a hacerlo todo, todo! De golpe se le ofrecieron infinidad de quehaceres: tareas domésticas, ir de compras o a la biblioteca, costura u otras gratas ocupaciones que no tenía vedadas ni eran inasequibles para ella, pero que por alguna razón las había eludido hasta entonces. Ahora quería realizarlas todas y sin pérdida de tiempo, aunque, contradictoriamente, no se daba prisa alguna por llegar a su casa para efectuar alguna de las faenas, sino que caminaba reposadamente, deleitándose cada vez que su pequeño zapato pisaba en el reseco asfalto.

Iba pasando ante comercios aún abiertos, pero no entró en ninguno para comprar los alimentos o los objetos de uso doméstico que le hacían falta. Pasó de largo junto a las carteleras de los teatros sin pararse a leerlas, a pesar de que la atraían.

Simplemente caminaba. Caminó largo rato y halló en ello verdadero placer.

De cuando en cuando asomaba la sonrisa a sus labios.

Ayer fue día festivo y ella se sintió deprimida y despreciada. Y hoy, un día corriente de trabajo, gozaba de un estado de ánimo aligerado y feliz.

Y ese talante festivo se debe a que uno se siente cabal. Las razones tácitas, los perseverantes argumentos, desestimados y escarnecidos, el tenue hilo del que uno ha prendido hasta ahora en solitario, de repente ha resultado ser un cable de acero. Y su solidez la reconoce el hombre versado, escéptico e inflexible que ahora también se suspende aferrado a él con confianza plena.

Y como en el vagoncillo de un teleférico se deslizarán ambos en perfecta armonía sobre el inconcebible abismo de la incomprensión humana, confiando uno en otro.

¡Y eso era lo que la maravillaba! Porque no es suficiente saber que se es un ser normal no atacado por la demencia. Se necesita oírselo corroborar a alguien. ¡Y de boca de quién lo había oído ella! Quería, sencillamente, expresarle su agradecimiento por sus palabras, por su forma de pensar y por haberse conservado como era después de haber sufrido todos los fracasos de la vida.

Tenía bien merecida su gratitud. Pero, de momento, lo primero que debía hacer era disculparse, justificarse ante él por la hormonoterapia. Él rechazaba a Friedland y también la hormonoterapia. La contradicción se evidenciaba. Mas no es del paciente de quien se espera que razone con lógica, sino del médico.

Con contradicción y sin ella, urgía convencerle para que accediera a dicho tratamiento. No podía entregar, restituir a aquel hombre al tumor. Su entusiasmo se enardecía más y más. ¡A aquel hombre en particular, a aquel paciente, debía convencerle, superarle en testarudez para lograr su curación! Y ella debía tener fe en esa curación para ser capaz de meter en razón una y otra vez a tozudo tan cáustico. Cuando él le lanzó su reproche, Vera recordó instantáneamente que la hormonoterapia se había incorporado a la clínica en virtud de una instrucción de alcance en toda la Unión para tratamiento de tumores de índole muy amplia y de génesis demasiado común. No recordó en ese instante ningún artículo científico de actualidad sobre la justificación de la hormonoterapia en su lucha contra el seminoma, aunque tal vez habría varios sobre el tema o podría hallarlos en las revistas científicas extranjeras. Y para conseguir convencerle debía leer todo lo que pudiera, y más aún, teniendo en cuenta que nunca había dispuesto de mucho tiempo libre para la lectura…

¡Pero ahora, ahora buscaría tiempo para todo! Sin falta, leería cuanto fuese preciso.

En cierta ocasión Kostoglótov le había dicho sin contemplaciones que no veía la razón para que se considerara peor médico a su curandero, el de la raíz, puesto que la medicina tampoco brindaba porcentajes de curaciones muy satisfactorios. Vera, entonces, estuvo a punto de enfadarse, pero luego de reflexionar reconoció que, en parte, tenía razón. ¿Sabían, por ventura, aunque no fuese más que aproximadamente, qué tanto por ciento de irradiaciones destructivas incidía en las células sanas y qué cantidad en las enfermas? ¿Hasta qué punto este método era más correcto que el usado por el curandero cuando dosificaba la raicita desecada por puñados, prescindiendo del peso?… ¿Quién había dado la explicación de las antiguas y sencillas cataplasmas? O, por citar otro ejemplo, todos se lanzaban a recetar penicilina y más penicilina porque, al parecer, daba resultados; sin embargo, ¿quién, en el campo de la medicina, había especificado concluyentemente la trascendencia de la penicilina? ¿No venía a ser como si se actuara en la oscuridad? Tenía que estar pendiente de las revistas médicas, leerlas y reflexionar.

¡Ahora tendría tiempo para todo!

Ya había llegado —¡qué inadvertidamente, qué pronto!— al patio de su casa. Subió varios peldaños hacia la espaciosa terraza comunal, cercada por un antepecho del que colgaban las alfombras y felpudos de los vecinos. Cruzó el desigual piso de cemento y, sin sentirse deprimida, abrió la puerta del piso colectivo, en la que se veían desprendidos algunos trozos de la tapicería. Pasó al oscuro pasillo en el que no podía encenderse cualquier bombilla porque correspondían a diversos contadores.

Con la segunda llave abrió la puerta de su habitación. Ya no se le antojó inhospitalaria aquella celda con ventana enrejada contra los ladrones, como todas las ventanas de los pisos bajos de la ciudad. En ella reinaba la media luz crepuscular, pues el brillante sol sólo se asomaba allí por la mañana. Vera se detuvo en la puerta y, sin despojarse del abrigo, contempló asombrada su habitación como si fuera nueva para ella. ¡Cuán dichosa y divinamente se podría vivir allí! Posiblemente no habría necesidad más que de cambiar el mantel, limpiar el polvo en algunos sitios y mudar tal vez de lugar el cuadro de la fortaleza Petropávlovskaya en una noche blanca y el de los negros cipreses de Alupka[24].

Después de quitarse el abrigo y ponerse el delantal se dirigió a la cocina donde, según una vaga idea, debía empezar por algo. ¡Ah, sí! Tenía que encender el hornillo de petróleo y prepararse algún alimento.

El hijo de la vecina, un muchacho sanote que había abandonado la escuela, obstruía completamente la cocina con su motocicleta. Mientras silbaba, iba desmontándola y depositando las piezas en el suelo que presentaba manchas de grasa. En la cocina entraba el sol vespertino inundándola de claridad. Vera habría podido abrirse paso hasta su mesa, pero de repente perdió el deseo de ponerse a trajinar allí. Prefería permanecer en su habitación, a solas.

Además, no tenía ningunas ganas de comer.

Volvió a su cuarto y cerró la puerta, aliviada y satisfecha. No había razón que la obligara a salir hoy de él. En un tarrito tenía unos bombones que podría ir mordisqueando poco a poco…

Se agachó ante la cómoda, que perteneciera a su madre y abrió un pesado cajón en el que guardaba otro mantel.

Pero no. Antes debía limpiar el polvo.

Y antes aún, vestirse otra ropa más corriente.

Y Vera realizaba todas aquellas evoluciones como si ejecutara los variables pasos de una danza. Cada evolución la deleitaba como las mudanzas del baile.

¿No sería mejor empezar por cambiar de lugar los cuadros de la fortaleza y de los cipreses? No, porque necesitaría un martillo y clavos; además, le desagradaba encargarse de un trabajo masculino. De momento, que siguieran donde estaban.

Cogió un trapo y, con él en la mano, fue moviéndose por el cuarto, canturreando sutilmente.

Casi en el acto se topó con una tarjeta postal en colores, apoyada en un ventrudo frasquito de perfume, que había recibido la víspera. En el anverso resaltaban unas rosas rojas, unos lazos verdes y el guarismo ocho en color azul celeste. En el reverso, escrito a máquina, el Comité Local la felicitaba con motivo del Día Internacional de la Mujer.

Para la persona que vive solitaria, cualquier festividad colectiva resulta penosa; pero el Día de la Mujer es sencillamente insoportable para la mujer que vive sola y ve cómo transcurren los años. Las viudas y las que no tienen marido suelen reunirse para beber unas copas de vino y entonar unas canciones, pretendiendo así estar muy alegres. Precisamente el día anterior se había reunido en su patio un grupo semejante. Las acompañaba el marido de una de ellas, y todas, ya alegres, fueron besándole por turno.

El Comité Local le deseaba, sin asomo de burla, grandes éxitos en su trabajo y felicidad en su vida privada.

¡Su vida privada!… Era como una máscara en cierto modo *caída*. Como una larva muerta y abandonada.

Desgarró la tarjeta postal en cuatro trozos y la tiró al cesto.

Siguió adelante en su faena. Fue limpiando los frascos de perfume, la pequeña pirámide de cristal con vistas de Crimea, la caja de los discos situada junto al aparato de radio y la maletita de bruñido plástico de la gramola.

Ahora ya podía escuchar sin dolor cualquier disco, incluso el que hasta entonces no pudiera soportar:

Y en estos días, al igual que antes,

me hallo solo…

Pero era otro el que buscaba. Lo colocó en el tocadiscos, conectó este a la radio y fue a sentarse en el profundo sillón que perteneció a su madre. Encogió las piernas, enfundadas sólo en las medias, y las acomodó también en el asiento del sillón.

La bayeta del polvo siguió sujeta por un borde a su distraída mano y le colgaba como una banderola hacia el suelo.

En la estancia todo era ya completamente gris; sólo brillaba el verde sintonizador de la radio.

Sonaba la *suite* de *La Bella Durmiente*. Primero el *adagio*, seguido de «La aparición de las hadas».

Vera escuchaba, pero no pensaba en sí misma. Se esforzaba por imaginarse cómo habría escuchado este *adagio*, desde el paraíso del teatro de la ópera, un hombre empapado hasta los huesos por la lluvia, doblado por el dolor y condenado a muerte, un hombre que jamás había conocido la felicidad.

Volvió a poner el mismo disco.

Y otra vez más.

Inició una *conversación* muda. Hablaba imaginariamente con él como si estuviese sentado frente a ella, al otro lado de la mesa redonda, y dentro de esa luminiscencia verdosa. Le decía cuanto precisaba decirle y, a su vez, le escuchaba con interés, atento el oído a lo que él pudiera replicarle. Era sumamente difícil prever sus reacciones, pero ella iba ya percatándose de su modo de ser.

Le dijo lo que en su conversación de hoy no pudo expresarle porque, dado el cariz de sus relaciones, lo creyó improcedente. Pero ahora podía hacerlo. Le expuso, pues, su teoría sobre las mujeres y los hombres. Que los superhombres de Hemingway eran entes que no habían alcanzado el nivel de hombres; que Hemingway era una medianía. (Sin ningún género de dudas, Oleg mascullaría que no conocía a ningún Hemingway y, alardeando, alegaría: «Ni en el Ejército ni en el campo teníamos esos libros»). No es eso, en absoluto, lo que las mujeres reclaman de los hombres. Precisan de estos una atenta delicadeza y la sensación de que a su lado gozan de seguridad, de protección, de amparo.

Y justamente con Oleg, el hombre sin derechos, privado de toda significación cívica, experimentaba Vega, inexplicablemente, esa sensación de seguridad.

En relación con las mujeres, los conceptos estaban más embrollados aún. Se tenía a Carmen por el prototipo de la feminidad. Y le atribuían esa feminidad porque buscaba afanosamente el placer. Pero no era más que una pseudomujer, un hombre disfrazado de mujer.

Mucho habría que decir sobre esto, pero no estaba prevenido para discutir esta idea: le había cogido por sorpresa. Quedó cavilando.

Ella puso de nuevo el mismo disco.

Ya había oscurecido por completo y no volvió a acordarse de la limpieza. El luminoso sintonizador esparcía más profusa y vivamente su resplandor verdoso por la habitación.

No quería, no tenía ningún deseo de encender la luz, pero forzosamente tenía que contemplar la foto.

En la semioscuridad, con mano segura, halló en la pared el pequeño marco. Lo descolgó cariñosamente y lo acercó al cuadro del sintonizador. Si este no hubiera prodigado su estelar verdor o si ahora se apagara, Vera, de todos modos, continuaría distinguiendo cada detalle de la fotografía: el despejado rostro juvenil; la vulnerable transparencia de los inexpertos ojos; la corbata, la primera que se puso en su vida, sobre la camisa blanca; el primer traje que vistieron sus hombros y, sin conmiseración para la solapa, una severa insignia incrustada en ella: un círculo blanco en el que resaltaba un negro perfil. La fotografía era de tamaño de 6 por 9, y la insignia diminuta: de día se veía perfectamente (y Vera la contemplaba ahora con los ojos de la memoria) que era el perfil de Lenin.

«No necesito otras condecoraciones», se sonreía el muchacho.

Él fue quien tuvo la ocurrencia de llamarla «Vega».

El agave florece una sola vez en la vida y en seguida muere.

Algo semejante ocurrió con el amor de Vera Gángart. Amó siendo poco más que una niña, cuando todavía se sentaba tras el pupitre de la escuela.

Pero a él le mataron en el frente.

En adelante para Vera fue indiferente el carácter que la guerra tuviera, que fuera justa, heroica, patriótica o sagrada. Para Vera Gángart representó la *última* guerra en la que al mismo tiempo que a su novio la aniquilaron a ella.

¡Cómo anheló entonces que también acabaran con su vida! Inmediatamente abandonó el Instituto e intentó marchar al frente, pero no la admitieron por su procedencia alemana.

En el primer verano de la guerra estuvieron juntos dos o tres meses. Para ellos era obvio que él se incorporaría muy pronto al Ejército.

Y ahora, pasada una generación, sería difícil explicar a nadie por qué no se casaron entonces. Ni cómo pudieron, sin necesidad de casarse, desperdiciar aquellos últimos meses, los únicos meses. ¿Acaso podía alzarse alguna barrera entre ellos cuando todo se resquebrajaba, se venía abajo a su alrededor?

Sí, se alzaba.

Y ahora eso no tenía justificación ante nadie, ni siquiera para ella misma.

«¡Vega, Vega mía!», clamaba él desde el frente. «No puedo morir sin que me

hayas pertenecido. Estoy considerando la posibilidad de escabullirme, aunque no fuera más que con tres días de permiso. O de caer en un hospital. ¡Nos casaríamos! ¿Verdad que sí?».

«Eso no debe inquietarte. Jamás seré de nadie. Sólo tuya».

Así, tan convencida, se dirigía entonces ¡a un ser vivo!

No le hirieron, ni fue a parar a un hospital, ni consiguió el permiso. Le mataron en el acto.

Murió, pero su estrella resplandecía. Y siguió resplandeciendo…

Mas su luz derramábase en vano.

No cuenta ya la luz de la estrella extinguida. Cuenta la de la estrella que brilla, que relumbra con todo su esplendor, aunque nadie se percate aún de ella ni la necesite.

A ella no la aceptaron para ir también al encuentro de la muerte. Tuvo que seguir viviendo y estudiando en el Instituto. Llegó a ser la responsable de su grupo de estudios. Era la primera en brindarse voluntaria para la recogida y selección de la cosecha, la primera en inscribirse para los trabajos dominicales. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se graduó con calificación de sobresaliente. El doctor Oreschenkov, con quien efectuó su período de prácticas, quedó altamente satisfecho de ella. Y luego se la recomendó a Dontsova. Lo único importante que le quedó en la vida fue el ejercicio de su profesión, los pacientes. Fue su tabla de salvación.

Naturalmente, si se razonaba siguiendo a Friedland, constituía un absurdo, una anomalía y una locura vivir con el recuerdo de un difunto sin buscar la compañía de otro ser vivo. Sería una situación imposible, porque las leyes de los tejidos, las de las hormonas y las de la edad son indubitables.

¿Imposible? ¡Pero Vega sabía perfectamente que todas esas leyes se habían invalidado en ella!

No es que se considerara eternamente ligada a la promesa de «sólo tuya». Había algo más. Una persona profundamente entrañable nunca muere consumadamente para nosotros. Es decir, puede ver algo, puede oír algo; está presente, existe. E, impotente y muda, contempla cómo se la traiciona.

¿Qué importancia se les puede conceder, pues, a las leyes del desarrollo de las células, de reacción y secreción, y para qué servían si no existía *otro* hombre como él? ¡No, no había otro como él! Entonces, ¿qué tenían que ver allí las células? ¿Qué tenían que ver allí las reacciones?

Lo que sucede simplemente es que el paso de los años nos va embotando, cansando. Que no poseemos verdadero talento ni para la desgracia ni para la lealtad. Las traicionamos al tiempo. Para lo que sí somos verdaderamente deferentes y tenaces es para devorar cada día el alimento y chuparnos los dedos. Que nos priven

dos días del yantar y no tardaremos en ponernos fuera de nosotros, en subirnos por las paredes.

¡Pues sí que ha avanzado la humanidad!

Vega no cambió exteriormente, pero en su interior estaba afligida, desolada. Falleció también su madre, que vivía con ella. Y murió a consecuencia de un rudo golpe: su hijo, el hermano mayor de Vera, ingeniero de profesión, fue arrestado en 1940. Durante varios años recibieron cartas suyas y podían enviarle paquetes a cierto punto de Buryat-Mongolia[25]. Pero cierto día les enviaron por correo una ambigua notificación y devolvieron a la madre el último paquete que le había enviado, embadurnado con diversas tachaduras y membretes. La madre llegó a casa con el paquete en las manos como si llevara en ellas un pequeño ataúd. En aquella cajita casi habría cabido su hijo recién nacido.

Fue un golpe tremendo para la madre de Vera. Su aflicción aumento cuando su nuera volvió a casarse inmediatamente. No pudo comprenderlo. A quien comprendía era a Vera.

Y Vera se quedó sola.

No exactamente sola, pues no era la única. Era una entre millones.

Había en el país tantas mujeres solitarias que sentía impulsos de calcular, guiándose por los casos conocidos, si su número no sería superior al de las mujeres casadas. Y esas mujeres solitarias venían a ser de la misma edad, nacidas en la misma década. De la misma edad que los hombres que cayeron en la guerra.

Aquella guerra fue misericordiosa con los hombres. Se los llevó consigo y se desentendió de las mujeres para que se pudrieran de pena.

Y los hombres que pudieron salir indemnes de las ruinas de la guerra, y regresaron solteros, no elegían a mujeres de su edad, ponían los ojos en otras más jóvenes. Y los que eran más jóvenes, separados de ellas por toda una generación, eran unos niños: la guerra no se había arrastrado sobre ellos.

Y así vivían millones de mujeres que jamás habían sido reunidas en divisiones, que vinieron al mundo para nada. Un fallo de la historia.

Entre ellas, algunas aún no habían sido consideradas: eran las que habían sido capaces de tomarse la vida *auf die leichte Shulter*[§]

Se sucedieron largos años de prosaica y pacífica existencia. Vera vivió y actuó como encerrada permanentemente en una máscara antigás, con la cabeza siempre ceñida por la engorrosa goma. Dentro de ella no hizo más que aturdirse, anquilosarse. Y terminó por arrancársela.

Vislumbró que su vida tomaba un rumbo mucho más humano. Se permitió ser más agradable, vistió con mayor esmero y dejó de esquivar el trato de la gente.

La fidelidad proporciona un inusitado deleite. Tal vez el más sublime, aun en el caso de que esa fidelidad sea ignorada o desestimada.

¡Pero ha de producir, por lo menos, alguna consecuencia!

¿Y si no la produce? ¿Y si esa lealtad a nadie es menester?…

Por muy grandes que sean las anteojeras de la máscara antigás, a través de ellas se ve poco y mal. Luego, cuando ya no velaban sus ojos, Vera hubiera podido ver con mayor claridad.

Pero no fue así. Su inexperiencia le propinó un doloroso golpe. Y, desprevenida, dio un paso en falso. Aquella breve e impropia intimidad no alivió ni reanimó su vida. Tampoco la mancilló ni la humilló, pero violó su integridad e hizo añicos su armonía.

Relegarlo al olvido ya no era posible. Enmendarlo, tampoco.

No, no era su destino marchar por la vida con los hombros ligeros. Cuanto más frágil es el individuo, más imprescindibles son decenas y hasta centenares de preponderantes coincidencias para que intime con otro semejante a él. Cada nueva coincidencia va incrementando paulatinamente esa intimidad. En cambio, basta una simple discrepancia para reducirlo todo a escombros en un solo instante. Y dicha discrepancia suele presentarse tan pronto, despuntar tan claramente, que no da lugar a hallar paradigma que indique qué hacer, cómo vivir.

En realidad, en la vida hay tantos caminos como personas existen.

Le habían aconsejado con insistencia que adoptara a un niño. Habló larga y detalladamente de ello con diversas mujeres que llegaron a convencerla. Se ilusionó con la idea y hasta visitó algunos orfanatos.

Sin embargo, renunció. No habría podido, de la noche a la mañana, tomar cariño a una criatura por el simple hecho de proponérselo o porque las circunstancias se lo imponían. O acaso sucedería algo más peligroso aún: que dejara de quererla más adelante. O algo todavía peor: que fuera creciendo siendo una extraña para ella.

¡Cuán distinto sería si tuviera una hija suya, una hija propia! (Una hija precisamente, porque la criaría a su imagen y semejanza, lo cual no sería factible con un hijo).

Se sintió incapaz de recorrer de nuevo este trascendental camino acompañada de un ser extraño.

Continuó sentada en la butaca hasta la medianoche, sin hacer nada de cuanto había proyectado por la tarde y sin encender siquiera la luz. Le bastaba la claridad que desprendía el sintonizador; los pensamientos le fluían ágiles contemplando aquel resplandor verdoso y aquellos trazos negros.

Escuchó numerosos discos, oyendo con completa serenidad los más penosamente evocadores. También escuchó marchas, que surgiendo del fondo de la oscuridad fueron desfilando como un triunfo ante ella, sentada victoriosa con las finas piernas encogidas en el viejo sillón de alto y solemne respaldo.

Había atravesado catorce desiertos, pero llegaba, por fin, a su destino. ¡Había

recorrido catorce años de locura y ahora veía que no fue en vano!

Justamente hoy su lealtad de largos años adquiría un nuevo y concluyente significado.

Su semilealtad, que podía admitirse como lealtad plena, pues fundamentalmente lo era.

Ahora precisamente consideraba al difunto un muchacho, no un hombre que en la actualidad tendría su misma edad, no un hombre de tajante entidad masculina en la que las mujeres hallan su refugio. Él no vivió toda la guerra ni conoció su fin, ni tampoco padeció los largos años de dificultades. Siguió siendo un adolescente de indefensos ojos diáfanos.

Se acostó, pero tardó en dormirse sin que le preocupara el poco tiempo que aquella noche dedicaba al sueño. Y cuando por fin se quedó dormida, volvió a despertarse. Luego tuvo numerosos sueños, demasiados para una sola noche; algunos sin sentido y otros que ella se esforzó por retener en su mente hasta la mañana.

Al despertarse al día siguiente, lo hizo con una sonrisa.

En el autobús la apretujaron, la oprimieron, la empujaron y le pisaron los pies. Pero ella soportó todo sin ofenderse.

Después de ponerse la bata y cuando se dirigía a la reunión relámpago diaria, en el pasillo del otro lado del vestíbulo divisó de lejos, con alegría, la corpulenta, vigorosa y entrañablemente ridícula figura, parecida a la de un gorila, de Lev Leonídovich. No le había visto después de su regreso de Moscú. Sus brazos, desmesuradamente pesados y excesivamente largos, pendían de sus hombros a los que casi vencían. Aunque daban la impresión de ser un defecto, en realidad constituían su ornato. Sobre su escalonada cabeza, de vasta moldura y de cúpula desviada hacia atrás, llevaba un gorrito de corte militar. Como siempre, lo llevaba con descuido, con indiferencia; por atrás sobresalían de él unas tiras de tela y la parte superior estaba hueca, hundida. Su tórax, comprimido por la bata sin abertura por delante, semejaba el morro de un tanque cubierto de nieve. Iba caminando, como era habitual en él, con los ojos entornados y con inquietante expresión severa. Pero Vera sabía que una leve mutación de sus rasgos convertiría dicha expresión en una burlona sonrisa.

Y así se transmutaron cuando Vera y Lev Leonídovich salieron simultáneamente de ambos pasillos y se encontraron cara a cara al pie de la escalera.

—¡Cuánto me alegro de que hayas regresado! ¡No sabes lo que te hemos echado en falta! —fue Vera la primera en saludar.

Él la recibió con una dilatada sonrisa y su suspendida mano asió el codo de ella y la condujo hacia la escalera.

—¿Por qué estás tan contenta? Cuéntamelo, proporcióname una alegría.

—¡Oh, no es por nada concreto! ¿Cómo ha ido el viaje?

Lev Leonídovich suspiró:

—Por un lado, bien; por otro, un trastorno. Moscú perturba a cualquiera.

—Bueno, ya me lo contarás con detalle.

—Te he traído los discos. Tres.

—¿Qué dices? ¿Cuáles?

—Ya sabes que me hago un lío con todos esos Saint-Saéns… Ahora en los Grandes Almacenes Estatales hay una sección de discos microsurcos. Di tu relación a la dependienta y me hizo un paquete con los tres. Mañana te los traeré. Verusia, ¿qué te parece si fuéramos hoy al juicio?

—¿A qué juicio?

—¿No estás enterada? Van a juzgar a un cirujano del hospital número tres.

—¿Un juicio oficial?

—No, de momento le juzgarán sus compañeros de trabajo. Pero la investigación se ha prolongado ocho meses.

—¿Y de qué se le inculpa?

La enfermera Zoya, que acababa de ser relevada de su turno de noche, bajaba por la escalera y dio los buenos días a ambos, haciendo brillar netamente sus doradas pestañas.

—Un niño falleció después de la operación… Estoy muy atareado después del viaje a Moscú, pero iré sin falta y organizaré una trifulca de todos los diablos. No debemos inhibirnos en casos así, ni hacernos a un lado. ¿Iremos?

Pero Vera no tuvo tiempo de responderle ni de decidirse. Habían llegado a la entrada de la sala de conferencias, la de las butaquitas enfundadas y del deslumbrante tapete azul celeste en la mesa.

Vera tenía en gran estima sus relaciones con Lev. Él y Liudmila Afanásievna eran las personas más allegadas que tenía en la clínica. Lo más valioso de esas relaciones, que casi nunca acontece entre un hombre y una mujer solteros, era el hecho de que Lev jamás la había mirado de modo peculiar, insinuante, ni se la había comido con la mirada. Y ella, menos aún. Su amistad era inocente y exenta de tiranteces; una amistad de excelentes camaradas. El único tema que eludían en todo momento en sus conversaciones era el del amor, el del matrimonio, como si tal cosa no existiera en el mundo. Era muy probable que Lev Leonídovich intuyera que las relaciones que mantenían eran justamente las que Vera necesitaba. Él estuvo casado anteriormente, luego vivió solo y más tarde cultivó el trato de alguna «amiga». El sector femenino de la clínica (prácticamente la clínica entera), se complacía en discutir sobre él. En el momento actual se sospechaba que tenía relaciones amorosas con la enfermera del quirófano. Una de las jóvenes cirujanas, Angelina, aseguraba que era cierto, pero la gente presumía que ella también se esforzaba por atrapar a Lev.

Liudmila Afanásievna se pasó la reunión esbozando figuras angulares en una hoja

de papel, que llegó a horadar con la pluma. Vera, por el contrario, estuvo sentada más tranquila que nunca. Notaba en su interior un equilibrio inusitado.

Finalizada la reunión, inició la visita a los pacientes, comenzando por la sala grande de mujeres. Vera Kornílievna tenía allí numerosas enfermas a las que consagraba mucho tiempo. Se sentaba en cada cama, examinaba a la paciente o charlaba en voz baja, sin pretender que la sala guardara mientras tanto silencio, pues la ronda se haría interminable. No había manera de contener la locuacidad de las mujeres. (En las salas de mujeres había que proceder con mayor tacto y circunspección que en las de hombres. En ellas no se aceptaba tan incondicionalmente su jerarquía y su distinción de médico. Bastaba aparecer en la sala con humor algo mejor del acostumbrado, o excederse en confortadoras aseveraciones de que todo acabaría bien —como exigía la psicoterapia—, para que enseguida notase sobre sí alguna mirada indirecta o velada por la envidia que parecía manifestarle: «¡Qué otra cosa puedes decir! Tú estás sana y nada puedes comprender». Según esa misma psicoterapia, también debía aconsejar a las mujeres enfermas, amedrentadas por su estado, que no descuidaran su arreglo personal, que se preocuparan de su peinado, de maquillarse un poco. Pero si ella hubiera sido aficionada a acicalarse, la habrían recibido con hostilidad).

Y hoy iba pasando de cama en cama con el mayor comedimiento y con deferencia, ignorando la barahúnda general que se oía en la sala, con la atención concentrada en la paciente que examinaba. De repente llegó hasta ella, desde la pared opuesta, una voz de singular ordinariez y desenfado:

—¡Valientes enfermos hay aquí! ¡Algunos andan tras las enaguas que da gusto! Como ese desgreñado que va tan fajado con el cinturón. ¡En cuanto empieza el turno de noche, ya está achuchando a la enfermera Zoya!

—¿Cómo? ¿Qué dice? —volvió a preguntar Gángart a la enferma que estaba auscultando—. ¡Repítamelo, por favor!

Y la mujer se lo repitió.

(¡Zoya había hecho guardia aquella noche! La pasada noche, mientras el sintonizador de la radio verdeaba…).

—¡Discúlpeme! Le ruego me lo repita una vez más, desde el comienzo. ¡Y con todo detalle!

26

Cuando un cirujano se siente nervioso, ¿no será porque es un novato? No durante las operaciones. En la operación se trabaja honesta y abiertamente, con plena conciencia de lo que se hace, y sólo hay que esmerarse por extirpar de raíz lo que haya que suprimir para no tener que lamentarse después de un trabajo mal rematado. Bueno, quizá cuando surgen súbitas complicaciones, cuando brota la sangre o cuando se recuerda que Rutherford murió durante una operación de hernia. Pero las inquietudes del cirujano vienen *después* de la operación, cuando, sin razón aparente, se mantiene alta la temperatura del paciente; cuando la hinchazón del vientre no cede y cuando, después del tiempo transcurrido, se impone sajarle imaginativamente, sin bisturí, para intentar ver, comprender y rectificar.

Por eso Lev Leonídovich tenía la costumbre de ir a echar una ojeada a sus casos recién operados antes de entrar en la reunión diaria.

Como se le presentaba una ronda general prolongada a las salas, visita que siempre realizaba la víspera de su día de operaciones, no podía dejar pasar otra hora y media sin saber cómo se encontraban su operado del estómago y Diomka. Echó un vistazo al primero y se convenció de que su estado era satisfactorio. Indicó a la enfermera lo que debía tomar y la dosis precisa. Luego pasó a la siguiente habitación, una estancia reducidísima para dos personas, a ver a Diomka.

El otro paciente gozaba de franca mejoría, estaba en vías de curación, pero Diomka yacía de espaldas, con el rostro ceniciento y tapado hasta el pecho. Miraba al cielo raso, no con apacibilidad, sino con inquietud. Los músculos que rodeaban sus ojos aparecían tensamente contraídos, como si tratara de distinguir en el techo algo diminuto sin lograrlo.

Lev Leonídovich se detuvo en silencio junto a Diomka, con las piernas algo separadas y los brazos colgantes. Con el brazo derecho ligeramente apartado, le miró de reojo como calculando lo que sería de Diomka si en aquel instante le propinara desde abajo un derechazo a la mandíbula.

Diomka volvió la cabeza y, al verle, se echó a reír.

La expresión inquietante y severa del cirujano se distendió también en una carcajada. Lev Leonídovich le guiñó un ojo, como si se hallara ante un igual, ante un hombre cabal.

—Qué, ¿todo marcha bien?

—¿Qué es lo que tiene que ir bien?

Diomka podía formular muchas quejas, pero, en verdad, de hombre a hombre no había de qué lamentarse.

—¿Te duele?

—Sí…

—¿En el mismo sitio?

—Sí…

—Y te seguirá doliendo por mucho tiempo, Diomka. Dentro de un año todavía echarás impulsivamente la mano al miembro que te falta. Pero cuando te duela debes recordar: «¡Si no existe!», y sentirás alivio. De momento, lo fundamental es que podrás seguir *viviendo,* ¿comprendes? La pierna, *¡qué se vaya al diablo!*

Lev Leonídovich lo dijo tan convencida y alentadoramente que el muchacho también pensó: «Tiene razón, ¡que el diablo cargue con esa atormentadora carroña! Estoy mejor sin ella».

—Bien, volveré otra vez por aquí.

Se fue presuroso a la reunión, hendiendo vigorosamente el aire a su paso. Llegaba retrasado, el último (Nizamutdín reprobaba las demoras). Iba con la bata completamente estirada y tirante por delante, pero sus dos mitades no lograban acoplarse ni juntarse por detrás y se desmontaban tortuosamente por la espalda de su chaqueta. Cuando dentro de la clínica no le acompañaba nadie, andaba siempre corriendo y subía los peldaños de la escalera de dos en dos, moviendo brazos y piernas con desenvoltura y naturalidad. Por esa diligente movilidad juzgaban los pacientes que no permanecía ocioso, que no estaba allí para matar el tiempo.

Empezó la reunión relámpago, que se prolongó media hora. Nizamutdín entró en la sala con dignidad (así le pareció a Nizamutdín), saludó con dignidad (así le pareció) y se dispuso a dirigir la reunión por cauces reposados y con complacencia (así le pareció). Era evidente que prestaba atención a su propia voz. Ante cada gesto o viraje creía verse con los ojos de los demás, quienes pensarían: «¡Qué hombre tan influyente, tan grave, tan culto y tan inteligente!». En su aldea natal se contaban leyendas sobre él; en la ciudad era un sujeto acreditado y ocasionalmente se le mencionaba en el periódico.

Lev Leonídovich se sentó en una silla apartada de la mesa. Cruzó sus largas piernas e introdujo sus manazas bajo el blanco cinturón de la bata, anudado sobre el vientre. Frunció hoscamente el entrecejo bajo su gorrito, pero como en presencia de sus superiores adoptaba en general ese gesto ceñudo, el médico jefe no podía tomarlo en cuenta.

Para el médico jefe, su posición no entrañaba una obligación firme, exhaustiva y abnegada, sino que la consideraba una oportunidad para descollar constantemente,

para obtener galardones y para pulsar el teclado de los privilegios. Como se le denominaba «médico jefe», abrigaba la creencia de que era el médico más importante, que entendía más que el resto de los médicos (aparte de insignificantes detalles), y que estaba cabalmente al tanto del trabajo de sus subordinados, a quienes eximía de errores gracias a sus orientaciones y correcciones. Por esta razón prolongaba indebidamente un cambio de impresiones que debía durar cinco minutos, aunque la reunión parecía ser del agrado de todos.

Y puesto que sus privilegios de médico jefe prevalecían tan relevante y satisfactoriamente sobre sus obligaciones, se permitía recibir con comodidad en su despacho de la clínica a funcionarios de Sanidad, médicos o enfermeras que, mediante una llamada de teléfono, le habían recomendado del servicio de Sanidad regional, del Comité del Partido de la ciudad o del Instituto de Medicina, donde en breve confiaba defender su tesis doctoral. Recibía, asimismo, a gentes a quienes prometiera atenderlas durante el momento efusivo de una cena, o a individuos de la misma rama de la ancestral tribu a la que él pertenecía. Si los jefes de los departamentos de la clínica objetaban que el nuevo empleado era un incapaz que no entendía de nada, Nizamutdín Bajrámovich mostrábase aún más sorprendido que ellos, y les replicaba: «¡Pues enséñenle, camaradas! ¿Para qué están ustedes aquí?».

Y con ese cabello plateado que en determinada edad aureola fría y distinguidamente la testa de los genios y de los necios, de los abnegados y de los vividores, de los diligentes y de los gandules; con esa imponencia e impavidez con las que la naturaleza nos premia por no haber padecido las torturas del intelecto; con ese terso y uniforme bronceado que tan bien sienta al cabello blanco, Nizamutdín Bajrámovich señalaba a su personal médico los fallos de su trabajo, indicándole el modo de intensificar su esfuerzo en la salvación de preciosas vidas humanas. Y sentados en los vulgares divanes de respaldo recto, en los sillones y en las sillas ante el tapete de un azul de pluma de pavo real, escuchaban a Nizamutdín con aparente atención aquellos a quienes él no había decidido todavía despedir, y aquellos a quienes ya había admitido.

Desde su sitio, Lev Leonídovich podía observar a gusto a Jalmujamédov. Este, por su traza, parecía salido de una ilustración de los viajes del capitán Cook, daba la impresión de recién venido de la jungla. Enmarañábase en su cabeza una pelambrera; pecas negras como el carbón moteaban su denegrida faz, y su risa, salvaje y jubilosa, descubría unos dientes blancos espléndidos. Lo único que no ostentaba —y su aspecto lo reclamaba a gritos— era un aro en la nariz. Pero, naturalmente, no se trataba de su aspecto, ni de su impecable diploma del Instituto de Medicina, sino de que era incapaz de realizar una intervención quirúrgica sin malograrla. Lev Leonídovich le había consentido operar dos veces y juró no volver a permitírselo jamás. Tampoco se le podía expulsar, pues hubiera sido un descrédito para los

especialistas nativos. Así, hacía ya cuatro años que Jalmujamédov se encargaba de las historias clínicas menos complicadas, que pasaba visita a las salas acompañando a otros médicos con aires de importancia; que asistía a las curas y que hacía guardias nocturnas (durmiendo). En los últimos tiempos cobraba sueldo y medio, pese a que abandonaba el hospital al finalizar la jornada ordinaria de trabajo.

También estaban presentes en la reunión dos mujeres con título de cirujanos. Una era Pantiójina, extremadamente gruesa, de unos cuarenta años de edad y eternamente preocupada. Su enorme preocupación se debía a que criaba seis hijos de dos padres, y a que siempre andaba escasa de dinero y de tiempo para sus asuntos domésticos. Estas inquietudes no se borraban de su rostro ni siquiera en las llamadas horas de servicio, es decir en las horas en que, para ganarse el sueldo, debía permanecer en la clínica. La otra era Angelina, muy joven, apenas hacía tres años que había salido del Instituto, de pequeña estatura, pelirroja y de innegable atractivo. Detestaba a Lev Leonídovich porque la ignoraba y era responsable de la mayoría de las intrigas que contra él se urdían en el departamento de cirugía. Ambas mujeres no estaban capacitadas para trabajo más competente que el de atender a los pacientes externos. No se podía confiar un bisturí a sus manos. Pero existían razones de peso por las que ni el actual jefe médico ni ningún otro podría despedirlas nunca.

De este modo, en el departamento figuraban cinco cirujanos, y sobre la base de este número calculábanse las operaciones que sólo dos de ellos eran capaces de efectuar.

Asistían también varias enfermeras, algunas de las cuales corrían parejas con las antedichas médicos; pero, como las había admitido Nizamutdín Bajrámovich, estaban bajo su protección.

A veces, todo esto hastiaba tanto a Lev Leonídovich que creía haber llegado al límite, que no podría trabajar un día más y que la única salida aceptable era romper con todo y abandonar la clínica. Pero ¿adónde ir? En cualquier lugar nuevo habría un jefe médico que quizá sería peor, mentecatos petulantes y haraganes detentando el puesto de probos trabajadores. Muy distinto sería si pudiera tener una clínica bajo su mando, que organizaría sobre bases innovadoras y eficientes: trabajaría activamente todo el personal de la plantilla, en la que incluiría a los realmente indispensables. Pero Lev Leonídovich no gozaba de la posición propicia para que le encomendaran un puesto dirigente. Y si por azar se lo confiaban, sería con destino a algún apartado lugar. Y ya había ido a parar bastante lejos de Moscú al establecerse allí.

Por otro lado, no tenía ambiciones personales que le hicieran desear un cargo directivo. Sabía que en su profesión un puesto administrativo implica un impedimento para el progreso en la especialidad. Hubo, además, un período en su vida en que tuvo ocasión de conocer a hombres caídos en desgracia que habían sido relevantes personajes, cuyo ejemplo le aleccionó sobre la versatilidad del poder. Vio a

comandantes de división que se hubieran sentido dichosos siendo simples ordenanzas; se encontró allí con su primer maestro en práctica operatoria, el cirujano Koriákov, al que sacó del basurero.

Otras veces los ánimos de Lev Leonídovich se calmaban, se mitigaban, y se creía con fuerzas para soportarlo todo sin necesidad de irse. Entonces caía en el extremo opuesto. Sospechaba que tanto a él como a Dontsova y Gángart intentaban desplazarles, que era eso lo que tramaban, que la situación, con los años, no mejoraría, sino que se complicaría más. Temía que no le sería fácil resistir un cambio brusco a su edad: estaba rozando los cuarenta y su organismo le exigía ya sosiego y estabilidad.

En cuanto a su vida privada, se sentía irresoluto. No sabía si le convenía efectuar una arrancada heroica o seguir nadando plácidamente a favor de la corriente. Su trabajo fundamental no había tenido aquellos comienzos ni se inició en aquella clínica. En principio fue de extraordinaria importancia, y en determinado año estuvo a un paso del Premio Stalin. Pero, inesperadamente, su instituto, abrumado por la acumulación de trabajo, dio un estallido por la premura que se exigía en las investigaciones. A él le sorprendió sin haber defendido su tesis doctoral. En parte fue Koriákov quien entonces le insistía: «¡Usted trabaje, trabaje, que siempre tendrá tiempo de escribir la tesis de su licenciatura!». Pero, después, ¿tuvo acaso tiempo para escribirla?

Y, a fin de cuentas, ¿de qué le habría servido?…

Sin que su rostro exteriorizara su desaprobación, Lev Leonídovich, entornando los ojos, aparentaba prestar atención al jefe médico. Tenía una razón poderosa para no entrar en discordia: en el mes entrante se le ofrecía la oportunidad de efectuar la primera operación de tórax.

Pero todo llega a su fin, y la corta reunión también acabó. Los cirujanos fueron abandonando gradualmente la sala de conferencias para volver a reunirse en el descansillo del vestíbulo del piso alto. Lev Leonídovich, en la misma postura de antes, es decir, con sus enormes manos descansando en el vientre bajo el cinturón de la bata, condujo tras de sí a la visita general, cual hosco y abstraído estratega, a la canosa, afable y sencilla Yevguenia Ustínovna, al rizoso Jalmujamédov de exuberante cabello, a la gruesa Pantiójina, a la pelirroja Angelina y a dos enfermeras más.

A veces, cuando el trabajo les acuciaba, las visitas a las salas eran rápidas. Hoy también deberían darse prisa, pero el orden del día establecía una general y detenida visita a cada cama, sin excepción, del departamento. Y los siete fueron entrando calmosamente en todas las salas, zambulléndose en la atmósfera viciada por la mezcolanza de olores medicinales y por la escasa ventilación, a la que eran reacios los propios pacientes. Se apretujaban a un lado de los estrechos espacios que separaban las camas, se cedían el paso unos a otros y se miraban por encima de los

hombros. Luego formaban un círculo ante cada cama, y en uno, tres o cinco minutos debían compenetrarse con los dolores de cada enfermo lo mismo que antes habían penetrado en su común y recargada atmósfera. Tenían que identificarse con sus sufrimientos, con sus emociones, con su anamnesia, con su historia clínica, con el curso del tratamiento, con su estado actual y con todo cuanto la teoría y la práctica les permitía seguir intentando.

Si ellos, los doctores, fuesen menos de los que eran; si cada uno fuese el mejor de su especialidad; si cada doctor no tuviese a su cargo unos treinta enfermos; si no se les aturdiera la cabeza con indicaciones sobre el modo y lo que debían incluir en la historia clínica (que por su minuciosidad más bien parecía un documento fiscal); si ellos no fueran personas humanas, es decir, seres firmemente apegados a su piel y a sus huesos, a su recuerdo y a sus designios, y si experimentaran el enorme alivio de saber que no estaban expuestos a estos dolores, entonces no se habría podido discurrir, probablemente, mejor recurso que semejante ronda de médicos.

Pero, como Lev Leonídovich sabía, no se daba tal conjunto de requisitos y, por tanto, la visita no era cancelable ni reemplazable. Y por eso él, entrecerrando los ojos, uno más que otro, llevaba a cabo la visita según estaba establecido. Escuchaba con paciencia el informe del médico responsable de la sala (que no se expresaba de memoria, sino guiándose por sus anotaciones) sobre cada paciente: de dónde procedía, la fecha de su ingreso (la cual Lev Leonídovich sabía perfectamente, si el enfermo era antiguo), el motivo de su hospitalización, el tratamiento que recibía, su medicación, su tipo de sangre, si estaba pendiente de operación, si había causa que la impedía o si aún no se había decidido. Él escuchaba, tomando asiento en la mayoría de las camas de los enfermos. A algunos de estos les pedía que le mostraran la zona dañada, se la examinaba, se la palpaba y luego él mismo tapaba al enfermo con la manta o invitaba a los otros médicos a reconocerle.

Los casos realmente difíciles no podían resolverse en la visita. El paciente en cuestión era reclamado al gabinete y se ocupaba de él en privado. Durante la visita era imposible expresarse claramente y llamar a las cosas por su nombre. Ni siquiera se podía decir ante un paciente que su estado había empeorado; a lo sumo se indicaba: «el proceso registra cierta agudización». Todo se designaba mediante alusiones veladas, eufemismos (a veces reiterados), o con absoluta antítesis de la verdad. Nadie pronunciaba jamás la palabra «cáncer» o «sarcoma», tampoco los sinónimos que habían llegado a ser casi comprensibles para los pacientes, como «carcinoma», «CR» o «SR». En su lugar usaban términos innocuos, como «úlcera», «gastritis», «inflamación» o «pólipos». Lo que cada doctor entendiera por dichas palabras ya se esclarecería totalmente después de la visita a las salas. No obstante, para comprenderse mejor entre sí, los doctores se permitían expresiones como «dilatación del espectro del mediastino», *timponit*, «no es un caso para resección»,

«no se excluye un letal desenlace» (lo que quería decir que el paciente estaba expuesto a morir en la mesa de operaciones). Y cuando no encontraban las palabras adecuadas, Lev Leonídovich indicaba:

—«Aparten la historia clínica».

Y seguían adelante.

Cuanto menos averiguaban de la dolencia del enfermo en el curso de la ronda y cuanto menos se entendían y concertaban entre ellos, mayor importancia concedía Lev Leonídovich al confortamiento de los pacientes. Empezaba a ver en esta acción alentadora el designio fundamental de tal visita.

—*Status idem* le decían (indicando que el estado del enfermo seguía inalterable).

—¿Sí? —exclamaba él con tono regocijado.

E inmediatamente se dirigía a la paciente, como si quisiera cerciorarse de ello:

—Se siente algo mejor, ¿verdad?

—Sí, tal vez.

Algo asombrada, la enferma asentía. Ella no había notado esa mejoría, pero si los médicos la veían, no había duda de que existía.

—¿Ve usted? —añadía él—. Poco a poco se irá restableciendo.

Otra enferma le preguntó alarmada:

—¡Dígame! ¿Por qué me duele tanto la columna vertebral? ¿Tendré ahí otro tumor?

—Es una proliferación secundaria.

(Y no decía más que la verdad: la metástasis no es más que eso, una reproducción secundaria del mal).

A la pregunta que Lev Leonídovich había formulado refiriéndose a un anciano espantosamente consumido, de rostro cadavérico, grisáceo, que apenas si podía mover los labios, le contestaron:

—El paciente recibe reconstituyentes eficaces y analgésicos.

O sea, que era el fin, que era tarde para medicarle, que todo sería inútil y que lo único que podían hacer era tratar de paliar sus sufrimientos.

Entonces Lev Leonídovich, separando sus recargadas cejas, y como si se dicidiera a afrontar una difícil explicación, manifestó:

—¡Abuelo! Hablemos sinceramente, con franqueza. Lo que usted siente ahora es la reacción al tratamiento anterior. No nos apremie y permanezca acostado tranquilamente. Nosotros le curaremos. Esté ahí tumbado, aunque le parezca que no hacen nada por usted, que el organismo, con nuestra ayuda, ya se irá defendiendo.

Y el condenado a muerte asintió. ¡La franqueza del médico no fue en absoluto dañosa! Le hizo concebir esperanzas.

—Como puede observar, en la región ilíaca existe una formación tumorosa de tal tipo —informaron a Lev Leonídovich presentándole una radiografía.

Examinó al trasluz la negruzca, brumosa y transparente lámina y movió aprobadoramente la cabeza:

—¡Excelente radiografía! ¡Muy buena! En este momento la operación no es necesaria.

Y la enferma se animó. Las cosas para ella no sólo iban bien, sino muy bien.

Pero la radiografía era excelente por el hecho de que no precisaba repetición; mostraba con meridiana claridad las dimensiones y los perfiles del tumor. La operación ya no era practicable, debía haberse hecho antes.

De este modo, en la hora y media de visita a las salas el jefe del departamento de cirugía no decía lo que pensaba y vigilaba su tono para que no denunciara sus verdaderos sentimientos. Al mismo tiempo se esforzaba por hacerse entender por los médicos a su cargo a fin de que estos hicieran sus anotaciones correctas en las historias clínicas, en esa serie de hojas de papel semicartulina cosidas y escritas a mano y trazadas con pluma, por las cuales cualquiera de ellos podría dictaminar. Ni una sola vez volvió bruscamente la cabeza, ni una sola vez miró con inquietud; por su benevolente y aburrida actitud juzgaban los enfermos que sus dolencias eran leves, sin gravedad alguna y conocidas hacía tiempo.

Aquella hora y media de farsa combinada con un análisis científico dejó exhausto a Lev Leonídovich. Desarrugó la frente, aliviado.

Pero aún tuvo que escuchar a una anciana quejosa de que hacía tiempo que no la auscultaban. Él le dio los consabidos golpecitos en el pecho.

Un viejo le manifestó:

—¡Mire, se lo voy a explicar en pocas palabras!

Y embrolladamente le expuso su interpretación del origen y desarrollo de su dolencia. Lev Leonídovich le escuchó pacientemente y hasta convino con él mediante aquiescentes movimientos de cabeza.

—Dígame ahora su opinión —le concedió la palabra el viejo.

El cirujano se sonrió.

—¿Qué quiere que le diga? Nuestros intereses coinciden. Usted desea ser una persona sana y nosotros deseamos curarle. Sigamos, pues, actuando de común acuerdo.

A los uzbekos sabía decirles en su idioma las palabras más corrientes. A una mujer con gafas, de aspecto sumamente intelectual, que desconcertaba verla en la sala ataviada con aquella bata, decidió no examinarla ante las otras pacientes. A un chiquillo de pocos años, acompañado de su madre, le ofreció gravemente la mano. A otro de siete años le dio un amistoso empellón en la barriga y ambos soltaron la carcajada al unísono.

Tan sólo respondió con cierta descortesía a una maestra que exigía la consulta de un neuropatólogo.

Aquella sala era ya la última. Salió de ella agotado, como después de una larga operación.

—Pausa para fumar —anunció.

Él y Yevguenia Ustínovna humearon como dos chimeneas, chupando con fruición los cigarrillos, como si fuera la culminación de la visita. (¡Lo que no les impedía recalcar severamente a los enfermos que el tabaco es un cancerígeno absolutamente contraindicado!).

Luego pasaron todos a un reducido gabinete y se sentaron a una misma mesa. Barajaron los mismos nombres que en la visita, pero el cuadro general de mejorías y curas, que cualquier extraño se habría formado al presenciar la ronda, se descompuso y se desintegró. Una de las pacientes era un caso *status idem* inoperable y le aplicaban la radioterapia sintomática, es decir, para acallarle los dolores intensos, pero sin esperanzas de curarla. El pequeño al que Lev Leonídovich ofreciera la mano era otro caso incurable. Padecía un proceso generalizado y sólo por insistencia de los padres se le mantenía en el hospital más tiempo del preciso; le aplicaban unas sesiones de radioterapia simuladas, sin corriente en el tubo. Sobre la anciana que le instó a auscultarla y a la que le dio cariñosos golpecitos, Lev Leonídovich dijo:

—Tiene sesenta y ocho años. Si la tratamos con rayos quizá la hagamos llegar a los setenta, pero si la operamos no vivirá ni un año. ¿Qué opina usted, Yevguenia Ustínovna?

Si un entusiasta del bisturí como Lev Leonídovich renuncia a él, Yevguenia Ustínovna aprobaba aún con mayor complacencia la decisión.

Pero él no era un incondicional del bisturí. Era un escéptico. Sabía que con ningún aparato se puede ver con más claridad que con el propio ojo, y que no hay nada que extirpe más radicalmente que el bisturí.

Respecto a un enfermo que, poco decidido a dejarse operar, les había rogado que lo consultaran con los suyos, Lev Leonídovich manifestó:

—Sus familiares residen en un lugar lejano. Mientras establecemos contacto con ellos, se desplazan aquí y toman una determinación, puede morirse. Hay que convencerle y llevarle al quirófano, si no mañana, el próximo día de operaciones. Existe un gran riesgo, naturalmente. Le reconoceremos bien y tal vez logremos coserle la incisión.

—¿Y si muere en la intervención? —preguntó gravemente Jalmujamédov con tanta fatuidad como si fuera él quien tuviera que afrontar el riesgo.

Lev Leonídovich movió sus largas e intrincadas cejas de enrevesada forma.

—El «si» es una posibilidad, pero sabemos a ciencia cierta que morirá si no le operamos. —Se quedó un instante pensativo, y agregó—: Actualmente contamos con un índice de mortalidad satisfactorio y podemos arriesgarnos.

Después de estudiar cada caso, preguntaba:

—¿Tienen alguna objeción?

Aunque a él la única opinión que le interesaba era la de Yevguenia Ustínovna. Con experiencia, edad y conceptos diferentes, casi siempre coincidían al enfocar los problemas, demostrando así cuán fácil es el entendimiento entre personas razonables.

—Y esa rubia —se interesó Lev Leonídovich— ¿no podemos hacer nada más por ella, Yevguenia Ustínovna? ¿Es inevitable la amputación?

—Ineludible —le contestó Yevguenia Ustínovna curvando sus labios sinuosamente pintados—. Y después habrá que aplicarle una buena dosis de radioterapia.

—¡Es una pena! —suspiró repentinamente Lev Leonídovich, abatiendo su aristada cabeza de desplazada cúpula sobre la que se asentaba el ridículo gorrito. Como si se examinara las uñas, pasando el dedo pulgar, de tamaño considerable, a lo largo de los otros cuatro continuó—: La mano se resiste cuando debe amputar a gente tan joven. Da la sensación de estar actuando contra la naturaleza. —Y bordeó la uña de su dedo gordo con la yema del índice. De todos modos, nada podía hacer para remediarlo. Alzó la cabeza y dijo—: ¡Bien camaradas! ¿Han comprendido el caso del paciente Shulubin?

—¿Un CR de recto? —aventuró Pantiójina.

—Sí, un CR de recto. Pero ¿cómo ha sido localizado? Este caso es una demostración de la eficacia de nuestra propaganda anticancerosa y de nuestros centros oncológicos. Tenía razón Oreschenkov cuando dijo en una conferencia: «El doctor que tiene repugnancia a meter el dedo en el ano del enfermo nada tiene de médico». ¡Cuánto abandono hay por doquier! Shulubin ha recorrido diversos consultorios quejándose de frecuentes deposiciones, de que evacuaba sangre y, posteriormente, de dolores. Le efectuaron toda clase de análisis, menos el más simple: ¡el de palparle con el dedo! Le han tratado de disentería y hemorroides sin necesidad. En una policlínica vio colgado en la pared un cartel de la lucha contra el cáncer. Como hombre instruido que es, al leerlo sospechó lo que padecía. ¡Y *él mismo*, con *su dedo*, se palpó el tumor! ¿Acaso no podían habérselo localizado los médicos seis meses antes?

—¿A qué profundidad se ubica?

—A unos siete centímetros. Superado el esfínter exactamente. Se le habría podido salvar el músculo compresor y seguiría siendo una persona normal. Pero ahora, afectado el esfínter, la amputación ha de ser retrogresiva y, por tanto, la defecación será incontrolada y se le deberá desviar el ano a un costado. ¿Qué vida será la suya en esas condiciones?… y parece un buen sujeto…

Luego planearon las operaciones del día siguiente. Señalaron los enfermos que precisarían vigorización antes de llevarlos al quirófano y con qué los vigorizarían; a los que no lo necesitaban y, en general, fijaron los preparativos adecuados para cada

paciente.

—Chály apenas si necesita vigorización —dijo Lev Leonídovich—. Tiene cáncer en el estómago, pero su estado de ánimo es extraordinario.

(¡Si hubiera sabido que a la mañana siguiente Chály se vigorizaría él mismo con la botella!).

Se distribuyeron el trabajo, designando a los asistentes del cirujano y a los encargados de la sangre. Inevitablemente, una vez más Angelina sería la asistenta de Lev Leonídovich. Así pues, mañana volvería a tenerla frente a él mientras la enfermera del quirófano se afanaría a su lado. En lugar de concentrarse en el trabajo, Angelina se dedicaría a acecharlos todo el tiempo para descubrir si la enfermera y él se traían algo entre manos. La enfermera, por su parte, también era un tanto neurótica y enseñaba los dientes a pocos lances. ¿Quién se atrevería a comprobar si tenía la seda debidamente esterilizada o no?

Y de ello podía depender la operación… ¡Malditas mujeres! Desconocen esta sencilla regla masculina: allí donde uno trabaja no debe andarse con…

Al nacer la niña, los inadvertidos padres se equivocaron. No tenían noción del demonio que sería al hacerse mujer, y la llamaron Angelina. Lev Leonídovich miró de soslayo su bello aunque vulpino rostro, y deseó decirle con intención conciliadora: «Escuche, Angelina. O Angela, si es más de su agrado. Usted no está privada de facultades. Si en vez de emplearlas en la búsqueda de marido las aplicase a la cirugía, su trabajo sería bastante satisfactorio. Créame, no podemos enemistarnos, porque ambos estamos ante la misma mesa de operaciones…».

Pero ella interpretaría sus palabras como una rendición, creyéndole cansado de su campaña.

También le habría gustado relatar detalladamente el juicio de ayer. Ya había empezado a contárselo a Yevguenia Ustínovna mientras filmaban, pero a estos otros colegas no tenía ganas de explicarles nada.

Apenas finalizada la reunión, Lev Leonídovich se levantó, encendió un cigarrillo y, con amplios movimientos de sus brazos, excesivamente largos, hendiendo el aire con su blanco y ajustado pecho y con paso apresurado, se fue por el pasillo hacia el departamento de radioterapia. Quería contárselo todo a Vera Gángart precisamente. La halló en una sala de radiología sentada a la mesa con Dontsova, ocupadas con unos papeles.

—¡Ya es hora de que se tomen el descanso para la comida! —anunció al entrar—. ¡Denme una silla!

Cogió una silla y se sentó. Llegaba con ánimos de charlar alegre y amistosamente, pero advirtió:

—¿Qué les ocurre, que las veo tan poco afables conmigo?

Dontsova sonrió débilmente, haciendo girar alrededor de su dedo las grandes

gafas con montura de hueso.

—Todo lo contrario. No sé si le agradará esto: ¿está dispuesto a operarme?

—¿A usted? ¡Por nada del mundo!

—¿Por qué? .

—Porque si la degüello dirán que fue por envidia, porque su departamento ha superado al mío en éxitos.

—Bromas aparte, Lev Leonídovich. Se lo pregunto en serio.

Era difícil, ciertamente, imaginarse a Liudmila Afanásievna bromeando.

Vera estaba triste, algo acurrucada y con los hombros encogidos como si tuviese frío.

—Dentro de unos días reconoceremos a Liudmila Afanásievna. El caso es que hace tiempo que le duele el estómago y se lo ha callado. ¡Y se considera oncólogo!

—Y ustedes, naturalmente, ya han reunido todas las evidencias reveladoras de cáncer, ¿no es así?

Lev Leonídovich arqueó sus singulares cejas, que le cruzaban de sien a sien. En la conversación más corriente y exenta de toda comicidad, su expresión naturalmente parecía burlarse de alguien.

—No, no todas —admitió Dontsova.

—¿Cuáles, por ejemplo?

Ella se las nombró.

—¡No bastan! —sentenció Lev Leonídovich irónicamente—. ¡No bastan! Cuando Vérochka firme el diagnóstico, hablaremos. Pronto me darán el mando de una clínica, y entonces me llevaré a Vérochka conmigo. ¿Me la cederá?

—¿A Vera? ¡Ni soñarlo! Elija a otra cualquiera.

—¡No quiero a otra, sólo a Vérochka! ¿A cambio de qué cree usted que he de operarla?

Mientras consumía el cigarrillo hasta el final, bromeaba y charlaba con ellas en tono burlón, pero sus pensamientos estaban lejos de ser divertidos. Como aquel mismo Koriákov dijera: «El joven carece de experiencia y el viejo de fuerzas». Pero tanto Gángart como él se hallaban actualmente en el pináculo de la vida, en la edad en que la espiga de la experiencia ha madurado ya y el tallo de la energía aún es firme. De jovencísima internista de un hospital, la había visto convertirse en una doctora tan perspicaz en sus diagnósticos que le infundía igual fe que la propia Dontsova. Con especialistas como ellas, el cirujano, aun siendo un escéptico, podía trabajar sin zozobras. La única excepción residía en que ese período fecundo de la vida es más breve en las mujeres que en los hombres.

—¿Tienes desayuno? —preguntó a Vera—. Como de todos modos no lo comerás y volverás a llevártelo para casa, ¡dámelo, que yo me lo comeré!

Entre risas y bromas aparecieron unos bocadillos de queso. Él se puso a comer,

invitándolas:

—¡Coman ustedes también…! Ayer estuve en el juicio. ¡Deberían haber acudido! ¡Fue algo aleccionador! Se celebró en el edificio de la escuela y se reunieron unas cuatrocientas personas. ¡Muy interesante!… El caso era el siguiente: se había operado a un niño de oclusión aguda intestinal, de íleo. La operación fue normal. Después de ella, el pequeño vivió varios días y llegó a interesarse incluso por el juego. Este es un hecho indudable. Pero inesperadamente se presentó una oclusión parcial que le causó la muerte. Al desventurado cirujano le han molestado durante ocho meses, lo que han durado las investigaciones. ¿Cómo habrá operado a lo largo de esos ocho meses? Estuvieron presentes en el juicio representantes del servicio de Sanidad de la ciudad, el jefe de cirugía de la ciudad y el fiscal público, un miembro del Instituto Médico. ¿Se imaginan? Este fulmina al cirujano acusándole de actitud negligente y criminal. Presentaron a los padres como testigos. ¡Valientes testigos! Aludieron a no sé qué manta indebidamente estirada y a otras necedades por el estilo. Y la masa, nuestros ciudadanos, allí sentada como embobada, estaría comentando: «¡Qué canallas son los médicos!».

Y entre el público había médicos que comprendíamos aquella falta de sentido común y veíamos aquella vorágine ineludible que terminará por envolvernos a todos, hoy a ti y mañana a mí. Pero nadie se atrevía a abrir la boca. Si yo no hubiese acabado de llegar de Moscú, probablemente también habría callado. Pero después de dos tonificantes meses en la capital, las proporciones varían, tanto las de uno mismo como las del ambiente que nos rodea, y las barreras de hierro se tornan de madera carcomida. Y me levanté para hablar.

—¿Se podía intervenir?

—Claro que sí. Era una especie de debate. Y dije: «¿No les da vergüenza organizar y representar esta comedia?». (¡Así arremetí contra ellos! Me llamaron al orden, amenazándome con retirarme el uso de la palabra). Seguí: «¿Están seguros de que no es tan factible cometer un error judicial como uno médico? Este caso debe ser objeto de investigación *científica* exclusivamente. En modo alguno incumbe a los tribunales de justicia. Tenían que haber reunido sólo a doctores para que realizaran un calificado análisis científico. ¡Nosotros, los cirujanos, cada martes y cada viernes corremos un enorme riesgo, nos internamos en un campo minado! Nuestro trabajo se basa enteramente en la confianza. ¡La madre debe confiamos a su hijo, y no intervenir de testigo en el juicio!». —También ahora Lev Leonídovich denotaba gran excitación y algo se estremecía en su garganta. Se había olvidado de los bocadillos a medio comer. Desgarró el paquete semivacío de cigarrillos, y se puso a fumar—. ¡Y no olviden que es un cirujano ruso! Si hubiera sido alemán o, digamos, judío —y sacando los labios pronunció dilatada y tranquilamente la «j»—, hubiesen reclamado que se le colgara en el acto. ¿Para qué esperar?… ¡Me aplaudieron! ¿Cómo es posible

callar? Si te ponen la soga al cuello hay que arrancarla, ¿a qué esperar?

Vera, impresionada, movía sin cesar la cabeza de un lado a otro según iba él relatando su historia. Sus atentos ojos tenían una expresión inteligente y comprensiva. Por eso le gustaba a Lev Leonídovich contárselo todo. Liudmila Afanásievna le escuchó perpleja y movió su voluminosa cabeza de cortos cabellos cenicientos:

—¡Pues no estoy de acuerdo! ¿Qué otra conducta han de observar con nosotros, los médicos? Recuerden al cirujano que cosió el abdomen de un paciente dejándole dentro una servilleta. O al que inyectó una solución fisiológica en lugar de novocaína. O al que inutilizó el pie de un enfermo con un escayolado defectuoso. O las equivocaciones en que incurrimos decenas de veces con las dosis. O cuando en las transfusiones ponemos sangre de distinto grupo. O cuando causamos quemaduras. ¿Qué tendrían que hacer en tales casos con nosotros? ¡Arrastramos de los cabellos como a críos!

—¡Me mata usted, Liudmila Afanásievna! —exclamó Lev Leonídovich, llevándose las manazas a la cabeza como para protegerse de algo—. ¿Cómo puede hablar así? ¡Usted! Este es un problema que desborda incluso los límites de la medicina. ¡Concierne a la lucha por el perfeccionamiento conjunto de la sociedad!

—¡Lo que hace falta, lo que hace falta…! —intentaba apaciguarlos Gángart, asiendo las manos de ambos para evitar sus manoteos—. Sí, lo que a todas luces hace falta es incrementar la responsabilidad de los doctores disminuyendo, al mismo tiempo, su cupo de pacientes en dos o tres veces. ¿Es racional que el dispensario tenga que atender a nueve enfermos en una hora? Debe dársenos la posibilidad de conversar tranquilamente con los pacientes, de pensar con serenidad. En cuanto a las operaciones, cada cirujano no debería realizar más que una diaria, ¡no tres!

Pero Liudmila Afanásievna y Lev Leonídovich siguieron gritándose largo rato, sin ponerse de acuerdo. Vera consiguió por fin tranquilizarlos, y preguntó:

—¿En qué acabó el juicio?

Lev Leonídovich sonrió:

—¡Nos defendimos con éxito! Pero el juicio fue un completo fracaso. Lo único que se reconoció fue que la historia clínica había sido incorrectamente enfocada. Pero ¡esperen, que no es todo! Después del veredicto intervino el director del servicio municipal de Sanidad. Dijo cosas tales como que formamos mal a los médicos, que educamos mal a los pacientes y que celebramos pocas reuniones sindicales. A modo de conclusión habló el jefe de la sección de cirugía de la ciudad. ¿Qué había sacado en limpio de todo ello? ¿Qué había asimilado? Sus palabras fueron estas: «Camaradas, censurar a los médicos es una *buena iniciativa*, una iniciativa excelente…».

27

Era un día corriente, como otro cualquiera, y debía realizarse la habitual visita a las salas. Vera Kornílievna se dirigía sola a ver a sus pacientes de radioterapia y en el vestíbulo de arriba la enfermera se reunió con ella.

Esta enfermera era Zoya.

Se detuvieron poco rato ante Sibgátov, le dejaron enseguida para entrar en la sala, porque cada nueva variación en su tratamiento la decidía personalmente Liudmila Afanásievna.

Tenían casi la misma estatura: sus labios, sus ojos y sus gorros alcanzaban el mismo nivel. Pero Zoya era más robusta y aparentaba mayor estatura. Era presumible que dentro de dos años, cuando fuese médico, su aspecto sería más imponente que el de Vera Kornílievna.

Comenzaron por la hilera de camas opuesta a la de Oleg. Este sólo podía ver sus espaldas, el negro rodete de cabellos que se escapaba del gorro de Vera Kornílievna y los dorados ricitos que sobresalían del de Zoya.

Él había dejado de acechar aquellos rizos las dos últimas noches que Zoya había estado de servicio. Oleg se dio cuenta de que si Zoya le daba siempre largas de un modo obstinado, cosa que le ofendía, no era por hacerse la coqueta, sino por el temor a pasar la línea de la temporalidad a la perpetuidad. Él era un deportado *a perpetuidad*. Y con un deportado *a perpetuidad*, ¿qué clase de juego puede haber?

Y en esta línea Oleg se difuminaba rápidamente: el asunto estaba claro.

Avanzaban despacio porque en aquella fila todos los casos eran de radioterapia. Vera Kornílievna se sentaba junto a cada enfermo, le examinaba y hablaba con él.

Tras reconocer la piel de Ajmadzhán, de revisar detalladamente los datos de su historia clínica y del último análisis de sangre, Vera Kornílievna dijo:

—Bien. Pronto acabaremos con las irradiaciones y podrás irte a casa.

Ajmadzhán mostró sus brillantes dientes.

—¿Dónde vives?

—En Karabaír.

—Pues podrás volver allí.

—¿Me he curado? —preguntó Ajmadzhán radiante de alegría.

—Sí, te has curado.

—¿Del todo?

—De momento, sí. Del todo.

—O sea, ¿que ya no tendré que venir más?

—Tendrás que volver dentro de seis meses.

—¿Para qué, si estoy completamente curado?

—A reconocimiento.

Y así recorrió toda la hilera de camas, sin mirar una sola vez hacia Oleg, a quien durante todo el tiempo dio la espalda. Zoya fue la que dirigió una única mirada fugaz a su rincón.

Una ojeada particularmente tranquila, de una tranquilidad aprendida practicándola de un tiempo a esta parte.

En las visitas a la sala, ella encontraba siempre el momento en que sólo él podría observar sus ojos, con los que le transmitía, cual señales en morse, breves fulgores de alborozo y salutación, fulgores-raya, fulgores-punto.

Por la aparición de la tranquilidad actual, Oleg había intuido desde hacía días que la rueda había dejado de rodar hacia adelante, y no por ligereza, sino porque era muy difícil, por voluntad propia era imposible dar el paso decisivo.

Estaba claro. Si aquella tribu de personas libres no puede renunciar al apartamento de Leningrado, ¿por qué aquí ha de ser diferente? Desde luego la felicidad no depende del lugar, sino de la persona, siempre que la persona viva en una gran ciudad…

Vera Kornílievna estuvo un buen rato junto a Vadim. Inspeccionó su pierna, tanteó sus ingles, su vientre y su zona ilíaca, preguntándole insistentemente lo que sentía. Le hizo una pregunta nueva para él: qué experimentaba después de las comidas, después de ingerir una u otra clase de alimentos.

Vadim tenía sus cinco sentidos alerta. Ella le preguntaba quedamente y él respondía de igual modo. Cuando finalizó el reconocimiento de su cavidad subdiafragmal derecha, que él no se esperaba, y las preguntas sobre sus digestiones, inquirió:

—¿Se preocupa por mi hígado?

Había recordado que su madre, antes de partir del hospital, también le auscultó allí mismo sin aparentar mayor interés.

—¡Todo tiene que saberlo! —exclamó Vera Kornílievna agitando la cabeza—. Los pacientes son ya tan eruditos que no precisan más que la bata blanca.

Desde la almohada blanca, en la que descansaba su cabeza de cabellos negros como la pez y piel atezada amarillenta, Vadim miraba a la doctora con la grave clarividencia de adolescente de icono.

—Es que comprendo —replicó calladamente—. He leído cuanto se refiere a mi enfermedad.

En la inflexión de su voz no había porfía ni exigencia, sino cierta súplica para que Gángart conviniera con él o le brindara al momento toda suerte de explicaciones sobre su estado. Ella se turbó, no supo qué responderle y siguió sentada frente a él, en la cama, con la actitud de un reo. Era apuesto, joven y, probablemente, inteligente y capaz. Le recordaba a otro joven de una familia amiga que padeció una muerte lenta, prolongada, con la clara consciencia de su fin, sin que los médicos pudieran hacer nada por ayudarle. Por él, precisamente, Vera —que entonces era una colegiala de octava curso— cambió de idea: en vez de ingeniero, decidió hacerse médico.

Y ahora estaba ante otro caso en el que tampoco podía prestar su ayuda.

En el alféizar de la ventana Vadim tenía un frasquito con la oscura y turbia infusión de *chaga*, que los otros pacientes solían mirar con envidia.

—¿Toma eso?

—Sí.

Gángart no tenía ninguna fe en la *chaga*. Sencillamente, se había desconocido su existencia hasta entonces, nunca se había hablado de ella. Pero, en todo caso, era inofensiva, no como la raíz del *issyk-kul*.

Y si el enfermo confiaba en su eficacia, más que perjudicarle le beneficiaba.

—¿Cómo va el asunto del oro radiactivo? —le preguntó.

—Por fin lo han prometido. Quizás un día de estos se consiga —y siguió expresándose con preocupación y melancolía—. Pero, según parece, no lo entregarán en mano, sino que lo enviarán por conductos oficiales. ¡Dígame…! —y miró conminatoriamente a los ojos de Gángart—. Si tarda en llegar dos semanas, ya se habrán producido las metástasis en el hígado, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué cosas dice! ¡Claro que no! —mintió Gángart viva y decididamente y, al parecer, le convenció—. Ha de saber que ese proceso requiere meses.

(¿Para qué, entonces, había explorado las cavidades entre las costillas y el vientre? ¿Con qué objeto le había preguntado cómo digería las comidas?…).

Vadim se sintió inclinado a creerla.

Así resultaba más fácil sobrellevarlo.

Mientras Gángart estaba sentada en la cama de Vadim, Zoya, falta de ocupación, giró la cabeza alrededor y vio con el rabillo del ojo el libro que tenía Oleg encima de la ventana. Luego desvió la mirada hacia él y con los ojos le rogó algo que no pudo comprender. Sus inquiridores ojos y sus finas cejas eran realmente bellos, pero Oleg siguió imperturbable y sin réplica.

Y ahora Oleg, lleno como estaba de irradiaciones, no comprendía lo que pretendía con el juego de ojos. Aunque para otros lances no, para estos pasatiempos sí se consideraba suficientemente viejo.

Se preparó para sufrir un minucioso reconocimiento, como los anteriores pacientes. Se quitó la chaqueta del pijama y se dispuso a despojarse también de la

camiseta.

Vera Kornílievna finalizó con Zatsyrko. Se limpió las manos y volvió su rostro hacia Kostoglótov. Pero no sólo no le brindó una sonrisa, ni le invitó a charlar, ni se sentó a su lado en la cama, sino que le dirigió una simple y fugaz mirada, la precisa para indicarle que había llegado su turno. Pese a la brevedad de esa mirada, Kostoglótov distinguió en ella un sentimiento de indiferencia. El singular resplandor y alegría que refluían de sus ojos el día de la transfusión de sangre, la cariñosa amabilidad de días anteriores y la atenta simpatía que en todo momento le dispensara, habían desaparecido repentinamente de ellos. Se quedaron vacíos.

—Kostoglótov —indicó Gángart, mirando más bien hacia Rusánov— el mismo tratamiento. Aunque es extraño… —y miró a Zoya—. La reacción a la hormonoterapia se manifiesta débilmente.

Zoya se encogió de hombros:

—Quizá se deba a alguna peculiaridad del organismo.

Creyó, evidentemente, que la doctora Gángart recurría a su concurso —al de una estudiante en el penúltimo curso de su carrera— como al de una colega.

Pero Gángart, ignorando la insinuación de Zoya, le preguntó con tono que descartaba todo posible asesoramiento:

—¿Hasta qué punto es seguro que se le ponen las inyecciones con regularidad?

Despierta de entendimiento, Zoya echó levemente la cabeza hacia atrás, dilató un tanto los ojos —ambarinos, saltones y virtuosamente sorprendidos en aquel instante — y miró a la doctora fija y abiertamente.

—¿Qué duda puede haber? ¡Todos los tratamientos prescritos se efectúan como está mandado! —poco faltó para que se considerara ofendida—. Por lo menos, en mis horas de guardia…

Era obvio que no podían responsabilizarla de lo que ocurriera durante las otras guardias. Las palabras «por lo menos» las arrojó en un golpe, y precisamente ese desbordamiento de sonidos precipitados convenció a Gángart, sin saber por qué, de que Zoya mentía. Si las inyecciones no producían un efecto completo, quería decir que alguien omitía administrarlas. No podía tratarse de Maria. Tampoco de Olimpiada Vladislávovna. Y, como ya sabía, durante las horas nocturnas, Zoya…

Por la resuelta mirada de esta, determinada a hacerle frente a todo trance, Vera Kornílievna comprendió la imposibilidad de demostrarlo, y la seguridad de Zoya era tal que no nada podría contra ella. Su firmeza y su osadía en negarlo eran tales que Vera Kornílievna no pudo afrontarlas y bajó los ojos.

Era un gesto habitual en ella: siempre bajaba los ojos ante personas de las que pensaba algo desagradable.

Bajó, pues, los ojos con aire culpable, mientras Zoya, triunfante, siguió escrutándola con recta y ultrajada mirada.

Zoya ganó la partida, pero comprendió en el acto que no debía exponerse a semejantes riesgos. Si Dontsova iniciaba una investigación, si hacía preguntas, y si cualquier paciente, Rusánov, por ejemplo, corroboraba que no le ponía ninguna clase de inyecciones a Kostoglótov, podría perder su empleo en la clínica y ganarse una calificación desfavorable en el Instituto.

¿Y en aras de qué se exponía? La rueda del juego no podía seguir girando. Zoya envió a Oleg una mirada que revocaba su pacto de pasar por alto las inyecciones.

Oleg notó claramente que Vera no quería ni siquiera mirarle, aunque no hallaba explicación plausible a su repentino cambio de actitud. Nada había ocurrido, al parecer, que lo motivara. Cierto que ayer, al verle en el vestíbulo, le volvió la espalda, pero entonces pensó que fue por algo casual.

¡Muy propio del carácter femenino, y él lo había olvidado por completo! Las mujeres son como veletas, al menor soplo cambian de rumbo. Sólo entre hombres pueden mantenerse relaciones normales, regulares y perdurables.

Por añadidura, ahí estaba Zoya, también agitando sus pestañas en un mensaje de reproche. Se había acobardado. Y si empezaban a ponerle las inyecciones, ¿qué quedaría entre los dos? ¿Qué secreto compartirían?

¿Qué pretendía Gángart? ¿Que a todo trance se pusiera las inyecciones? ¿Por qué ese interés por ellas? ¿No sería un precio muy alto acceder para granjearse su simpatía? ¡Que se fuera al… Infierno!

Entretanto, Vera Kornílievna hablaba solícita y cordialmente con Rusánov. Esta cordialidad contrastaba con la indiferencia de que hizo alarde ante Oleg.

—Ya se ha acostumbrado usted a las inyecciones. Las soporta tan bien que hasta es probable que no desee terminarlas —bromeó.

(¡Dale coba! ¿Qué me decís?).

Mientras esperaba a que la doctora se acercara a su cama, Rusánov presenció el choque entre Gángart y Zoya. Como vecino de Oleg, sabía perfectamente que la joven mentía en favor de su galán, que el Roedor y ella actuaban de común acuerdo. Si el hecho hubiera concernido sólo al Roedor, no cabe duda que Pável Nikoláyevich habría ido con el cuento a los médicos, no públicamente ante todos los de la sala, sino que habría ido a contárselo a su departamento. Pero no se atrevía a perjudicar a Zoya, porque, por extraño que pareciera, en el mes que llevaba allí había observado que hasta la más insignificante de las enfermeras estaba en condiciones de ocasionar un doloroso disgusto, de vengarse. Allí, en el hospital, regía un sistema propio de subordinación y mientras estuviese en él no le convenía incomodarse con ninguna enfermera, y menos aún, por simplezas ajenas.

Si la estupidez del Roedor le inducía a rehusar las inyecciones, peor para él. Por su parte, podía morirse si era su gusto.

En cuanto a su estado, Rusánov tenía el convencimiento de que no moriría. El

tumor disminuía con rapidez y cada día aguardaba contento la visita de los médicos para que le dieran fe de su mejoría. Vera Kornílievna ya le había asegurado hoy que su tumor seguía decreciendo, que el tratamiento daba resultados positivos y que con el tiempo lograría superar la debilidad que padecía y le desaparecerían los dolores de cabeza. También le haría una transfusión de sangre.

Para Pável Nikoláyevich ahora era inestimable el testimonio de los pacientes que habían visto la evolución de su tumor desde el principio. Exceptuando al Roedor, uno de ellos era Ajmadzhán y otro Federau, quien días atrás volvió a la sala procedente del departamento de cirugía. La cicatrización de su cuello progresaba satisfactoriamente, al contrario de lo que le ocurriera a Poddúyev, y el enrollado de vendas disminuía de cura en cura. Federau ocupó la cama de Chály, convirtiéndose de este modo en el segundo vecino de Pável Nikoláyevich.

El hecho en sí constituía para Rusánov una vejación y una burla del destino: él, Rusánov, acostado entre dos deportados. Si en el fondo hubiese seguido siendo el Pável Nikoláyevich de antes de hospitalizarse, habría acudido a donde correspondía para plantear el problema como cuestión de principios: ¿cómo admitir la promiscuidad de funcionarios dirigentes y elementos sospechosos y socialmente dañinos? Pero en esas cinco semanas, cogido por el tumor como por un anzuelo, Pável Nikoláyevich se había humanizado, había ganado en sencillez. En cuanto al Roedor, podía darle la espalda, especialmente ahora que metía poco ruido, casi siempre acostado y sin moverse apenas. Federau, si se le trataba con condescendencia, podía ser un vecino tolerable. Al volver a la sala se asombró, sobre todo, de la merma del tumor de Pável Nikoláyevich, que abultaba un tercio de su tamaño anterior. A requerimiento de Pável Nikoláyevich, lo inspeccionaba una y otra vez. Como era paciente y ajeno a toda insolencia, estaba dispuesto en cualquier momento a escuchar a Rusánov sin contradecirle. Por razones obvias, este no podía extenderse en detalles sobre su trabajo. Pero ¿qué le impedía describir minuciosamente su vivienda, de la que en su fuero interno tan orgulloso se sentía y a la que pronto había de retornar? Era un tema sin secretos y, sin duda, a Federau le gustaría enterarse de lo bien que puede vivir la gente (como algún día vivirían todos). Se consigue perfectamente calibrar a un hombre de cuarenta años y figurarse los méritos que ha contraído en su vida por la vivienda que ocupa. Y Pável Nikoláyevich le contó a Federau, a lo largo de varias charlas, la disposición y decoración de una habitación de su casa, de la segunda y de la tercera; le describió el balcón que tenía y cómo estaba acondicionado. Pável Nikoláyevich disfrutaba de excelente memoria y recordaba con todo lujo de detalles todo lo referente a cada armario o diván: dónde y cuándo se habían comprado, su precio y sus respectivas cualidades. Habló a su vecino del cuarto de baño extendiéndose aún en más detalles. Describió a Federau las baldosas que cubrían el suelo y los azulejos de las paredes, el zócalo de cerámica, el

minúsculo anaquel para el jabón, la ducha, el grifo del agua caliente, el modo de maniobrarlo para ducharse y los dispositivos para las toallas. Esas menudencias no carecían en absoluto de sentido. Constituían lo cotidiano; la existencia, como se dice, determina la conciencia, y hace falta que la existencia sea buena y agradable para que entonces la conciencia sea buena. Como ya dijera Gorki: «En cuerpo sano, espíritu sano».

El blondo y desvaído Federau escuchaba las historias de Rusánov con la boca abierta, asintiendo a veces con la cabeza cuanto le permitía su vendado cuello.

Aunque era alemán y deportado, se trataba de un tipo tranquilo y bastante decente; no había inconveniente en estar acostado a su lado, y se podía congeniar con él. Además, formalmente, era comunista. Con su habitual espontaneidad, Pável Nikoláyevich le dijo sin rodeos:

—Federau, el hecho de que los exiliaran constituyó una medida gubernamental necesaria. ¿Lo comprende usted así?

—Sí, sí, lo comprendo —Federau ladeó su inflexible cuello.

—En aquella situación no se podía actuar de otro modo.

—Claro, claro.

—Deben interpretarse justamente las disposiciones oficiales y, entre ellas, la del destierro. Y ha de considerar que, pese a todo, puede decirse que les dejaron seguir en el Partido.

—¡Cómo no! Naturalmente…

—Antes del exilio, tampoco tendría usted cargos responsables, ¿verdad?

—No, nunca.

—¿Ha sido estrictamente obrero siempre?

—Mecánico toda mi vida.

—Hubo un tiempo en que yo también fui un simple obrero, ¡y fíjese cómo he logrado destacar!

También hablaron largo y tendido de los hijos. Resultó que la hija de Federau, Henrietta, estudiaba el segundo curso en el Instituto Pedagógico provincial.

—¡Formidable! —exclamó Pável Nikoláyevich, realmente impresionado—. Eso es digno de aprecio. ¡Usted, un exiliado, y su hija, a punto de graduarse en el Instituto! ¿Quién hubiera podido soñar con algo semejante en la Rusia zarista? ¡Sin limitaciones de ningún género!

Guenrij Yakóbovich le objetó por primera vez:

—Este es el primer año que vivimos sin limitaciones. Antes necesitábamos el permiso de la comandancia y, de todos modos, los institutos nos devolvían los documentos requeridos con el pretexto de que el examen de ingreso del estudiante en ciernes no había sido satisfactorio. ¡Como para ir a comprobarlo!

—Lo cual no ha sido obstáculo para que su hija estudie el segundo curso.

—Bueno, eso se explica porque ella juega bien al baloncesto. Por eso la admitieron.

—La admitieron por la razón que fuera, hay que ser ecuánimes, Federau. Lo que cuenta es que, a partir de este año, se acabaron todas las limitaciones.

Al fin y al cabo, Federau era un trabajador del campo y, en buena lógica, Rusánov, trabajador de la industria, debía tomarle bajo su tutela.

—De ahora en adelante las cosas irán mucho mejor con las decisiones del pleno de enero —le explicó benévolamente Pável Nikoláyevich.

—¡Oh, sí! ¡Cierto!

—Porque la creación de grupos de instrucciones en las zonas en que existen estaciones de máquinas y tractores representará un paso decisivo. Un impulso total.

—Sí, sí.

Pero no bastaba con decir «sí, sí». Lo importante era comprenderlo.

Y Pável Nikoláyevich explicó punto por punto a su tratable vecino por qué las estaciones de máquinas y tractores se convertirían, después de que se crearan los grupos de instructores, en auténticas fortalezas. También discutió con él el llamamiento del Comité Central de las Juventudes Comunistas sobre el cultivo del maíz, en virtud del cual la juventud, como era de esperar, tomaría este año en sus manos el problema del maíz y contribuiría a cambiar radicalmente el cuadro general de la agricultura. Por el periódico del día anterior se habían enterado de las modificaciones en la planificación de la agricultura. ¡Tenían, pues, mucho de qué hablar en sus futuras conversaciones!

En general, Federau fue para él un vecino conveniente. A veces, Pável Nikoláyevich le leía el periódico en voz alta, incluso los temas que él, sin el tiempo libre que gozaba en el hospital, no habría leído: la declaración oficial explicando la imposibilidad de un tratado con Austria sin un previo tratado de paz con Alemania; el discurso de Rakosi en Budapest; un artículo sobre la agudización de la lucha contra los infames acuerdos de París y otro acerca de los escasos y liberales procesos que tenían lugar en Alemania occidental contra los responsables de los campos de concentración. De cuando en cuando, ante la abundancia de comida que tenía, convidaba a Federau y le daba una parte de la ración del hospital.

Pero, por muy quedamente que conversaran, Rusánov sentía cierto desasosiego, porque seguramente Shulubin oía siempre cuanto decían. Aquella lechuza ocupaba la cama inmediata a la de Federau. Desde que el sujeto apareció en la sala, no había manera de olvidar su presencia inmóvil y silenciosa, ni la mirada de sus ojos recargados, ni la posibilidad de que lo escuchara todo, ni de que con su pestañeo acaso expresara su desaprobación. Su presencia era, pues, una perpetua coacción para Pável Nikoláyevich. Intentó hacerle entrar en conversación para saber lo que ocultaba en su interior o para conocer, aunque no fuera más, la enfermedad que sufría. No

obstante, Shulubin sólo pronunciaba escasas y desagradables palabras y no consideraba necesario hablar de su tumor.

Cuando estaba sentado no se notaba en él la laxitud con que reposaba cualquier otro paciente, sino que adoptaba una postura forzada, como si el asiento le produjera malestar. Y por ese modo antinatural de sentarse daba la impresión de estar en guardia, al acecho. Algunas veces, cuando se cansaba de estar sentado, se levantaba, aunque el caminar le era igualmente penoso. Renqueaba un poco y luego se quedaba envarado, inmóvil, durante media hora o más. Este raro estatismo deprimía igualmente a Rusánov. Además, Shulubin no podía plantarse ante su lecho porque habría obstaculizado la puerta, ni en el pasillo, porque habría impedido el paso: eligió el tabique que separaba las ventanas de Kostoglótov y Zatsyrko, y se aficionó a arrimarse a él. Allí se enriscaba, cual centinela enemigo, espiando cuanto Pável Nikoláyevich comía, hacía y decía. Con la espalda levemente apoyada en la pared, resistía mucho tiempo.

Hoy, transcurrida la visita, se atalayó en dicho lugar, resaltando en la pared como un alto relieve, y presenció el trueque de argumentos entre Oleg y Vadim.

Estos, por la disposición de sus camas, cruzaban con frecuencia sus miradas, pero se hablaban poco. En primer lugar, porque ambos padecían náuseas y les molestaba pronunciar más palabras de las precisas. En segundo lugar, porque hacía días que Vadim les refrenó a todos al manifestar:

—Camaradas, se requieren dos mil años para caldear un vaso de agua con la energía que se invierte en hablar quedamente. Y si se habla a gritos, se necesitarían setecientos cinco años. Consideren, pues el provecho del parloteo.

Además, habían intercambiado algunas palabras enojosas, quizá sin intención. Vadim había dicho a Oleg:

—¡Tenían que haber *luchado*! No comprendo por qué no lucharon «allí».

(Eso era correcto. Pero Oleg no osaba aún abrir la boca para explicar cómo, pese a todo, batallaban). Y Oleg le respondió:

—¿Para quién reservan ese oro? Tu padre dio la vida por la patria. ¿Por qué no te lo proporcionan a ti?

Esto era igualmente irrefutable. Vadim se hacía esa misma pregunta cada vez con mayor frecuencia. Empero, le ofendía en boca de un extraño. Un mes antes podía juzgar innecesarias las gestiones de su madre y embarazoso apelar a la memoria de su padre. Pero ahora, con la pierna en el aprisionador cepo, su impaciencia iba en aumento mientras esperaba el dichoso telegrama de su madre, y pensaba, lleno de esperanza: «¡Si mamá lo consiguiera!». No parecía justo obtener la salvación gracias a los méritos de su padre. En cambio, hubiera sido triplemente equitativo lograr esa salvación en deferencia a su propio valer, a su propio talento, del que, en verdad, nada sabían los distribuidores del oro. Representaba un tormento y una

responsabilidad ser portador de talento, de un talento aún no celebrado, pero ya desbordante, y morir con él cuando todavía no ha interrumpido ni se ha proyectado. Su muerte supondría una tragedia infinitamente mayor que la de cualquiera de los de la sala.

La soledad de Vadim no vibraba ni se agitaba porque nadie le visitase ni por no tener a su lado a su madre o a Galka, sino porque ni los que le rodeaban, ni los médicos, ni los personajes oficiales en cuya mano estaba su salvación sospechaban hasta qué punto sobrevivir era para él más importante que para todos los demás.

Estos pensamientos martilleaban insistentemente en su cabeza; unas veces concebía esperanzas, y otras caía en un pesimismo tal que le ofuscaba el entendimiento, impidiéndole entender lo que leía. Leyó una página entera y se dio cuenta de que no había comprendido nada, de que se sentía torpe y de que ya no podía triscar por las ideas de otros hombres como la cabra por los montes. Se quedó aturdido ante el libro y, aunque aparentemente seguía leyendo, en realidad no era así.

Su pierna estaba atenazada en la trampa y con ella su vida entera.

Siguió sentado de esta manera y sobre él, recostado en el tabique entre las dos ventanas, se hallaba Shulubin en pie, absorto en su dolor y en su mutismo. Kostoglótov, tumbado con la cabeza fuera de la cama, también guardaba silencio.

Y así, como las tres garzas reales de la fábula, los tres podían continuar callados por tiempo indefinido.

Lo extraño fue que precisamente Shulubin, el silencioso más pertinaz de ellos, preguntara inesperadamente a Vadim:

—¿Está usted seguro de no engañarse a sí mismo? ¿De que todo eso sea tan esencial para usted? ¿Eso concretamente?

Vadim alzó la cabeza. Miró al anciano con ojos oscuros, casi negros, como si no creyera que le hubiese hecho una pregunta tan larga, o extrañado, quizá, por la índole de la pregunta.

Pero nada indicaba que la extravagante pregunta no hubiese sido formulada por el anciano, quien con sus ojos dilatados y rojizos miraba a Vadim con leve estrabismo y curiosidad.

Debía responderle. Sabía perfectamente cuál sería la contestación adecuada, pero Vadim, por alguna razón, no encontraba en sí el habitual y flexible impulso que la réplica requería. Contestó con el mismo tono apacible y significativo con que el anciano le interpelara:

—Esto es lo que me interesa. No conozco en el mundo nada de mayor interés.

A despecho de sus íntimas mortificaciones, de las molestias de la pierna y de la inexorable y paulatina consunción de los ocho meses fatídicos, Vadim se complacía en mantenerse firme, en conservar su entereza, como si la desgracia no pendiera sobre nadie y él y todos sus compañeros de sala se hallaran en un balneario y no en

un hospital de cancerosos.

Shulubin posó su triste mirada en el suelo. Después, con el torso inmóvil, efectuó un raro movimiento circular con la cabeza y otro giro en espiral con el cuello, como si intentara destrabar la cabeza y no lo lograra. Contestó:

—No es un argumento de peso el que sea interesante. El comercio también es interesante, así como hacer dinero, contarlo, adquirir propiedades, establecerse convenientemente y rodearse de comodidades. Con esa explicación la ciencia no aventaja a una larga serie de ocupaciones egoístas y totalmente inmorales.

Curioso punto de vista. Vadim se encogió de hombros.

—¿Y si en realidad es interesante? ¿Y si para mí no hay nada más interesante?

Shulubin se estiró los dedos de una mano, que emitieron un chasquido.

—Con semejante criterio, jamás creará usted nada éticamente útil.

Aquella expresión era ya excéntrica del todo.

—La ciencia no debe crear valores morales —le explicó Vadim—. La ciencia produce valores materiales y por eso la sostienen. Y, a propósito, ¿qué valores considera usted como éticos?

Shulubin parpadeó una vez prolongadamente; volvió a parpadear, y dijo reposadamente:

—Los valores orientados a la mutua iluminación de las almas humanas.

—La ciencia también las ilumina, ¿no? —sonrió Vadim.

—¡No a las almas! —Shulubin negó con el dedo—. Si para ello usa usted la palabra «interesante». ¿Ha tenido ocasión de entrar alguna vez cinco minutos en el corral avícola de un koljós?

—No.

—Pues imagínese un largo y bajísimo cobertizo. Oscuro, porque las ventanas son como rendijas y cubiertas, además, con tela metálica para que no escapen las gallinas. Cada mujer que cuida de las aves tiene a su cargo dos mil quinientas gallinas. El suelo es de tierra y las gallinas escarban en él constantemente. La atmósfera es polvorienta, tanto que habría que llevar puesta una máscara antigás. Por otro lado, la encargada del gallinero está escaldando sin cesar en una caldera abierta boquerones pasados para alimento de las aves. Podrá figurarse fácilmente el hedor que se respira. Y no hay relevos para el personal. En verano la jornada de trabajo se prolonga desde las tres de la mañana hasta el anochecer. A los treinta años, la mujer que trabaja en el corral representa tener cincuenta. ¿Cree usted que su trabajo le resultará a ella *interesante*?

Vadim se quedó sorprendido. Movió las cejas:

—¿Por qué he de plantearme esa pregunta?

Shulubin blandió un dedo ante sus narices.

—Es así como razona el comerciante.

—Ella sufre, justamente, por causa del desarrollo insuficiente de la ciencia —Vadim encontró un argumento de peso—. Con los avances científicos los corrales llegarán a estar debidamente acondicionados.

—Pero mientras esos progresos de la ciencia no se produzcan, usted seguirá cada mañana friendo en la sartén tres huevos, ¿no es así? —Shulubin cerró un ojo y la mirada del otro se hizo más desabrida—. ¿A que no le gustaría ir a trabajar a una granja avícola en tanto llegan esos adelantos de la ciencia?

—¡No sería *interesante* para él! —intervino Kostoglótov con ruda voz desde su colgante posición.

Ya con anterioridad, Rusánov se había percatado de la autoridad con que Shulubin abordaba los temas agrarios. En cierta ocasión en que Pável Nikoláyevich explicaba algo relacionado con los cereales, Shulubin metió baza para corregirle. A la sazón, Pável Nikoláyevich trató de sonsacarle:

—¿No se habrá graduado usted, por casualidad, en la Academia Timiriázev?[26]

Shulubin se estremeció y volvió la cabeza hacia Rusánov.

—Sí, en la Timiriázev —afirmó sorprendido.

De repente se encorvó y, encogido y mohíno, con movimientos tan torpes, precipitados y vacilantes como los de las aves, se fue cojeando hacia su cama.

—¿Por qué, entonces, trabaja de bibliotecario? —insistió Rusánov a su espalda, exultante por su triunfo.

Pero Shulubin ya había cerrado la boca, refugiándose en el silencio. Y seguiría en silencio como una roca.

Pável Nikoláyevich no sentía ninguna lástima por los hombres que, en vez de ascender en la vida, descendían.

28

Desde el primer momento en que Kostoglótov vio aparecer a Lev Leonídovich en la clínica, le catalogó como individuo eficiente. Cuando los médicos hacían la visita, Oleg, sin nada que hacer, le observaba atentamente. Ese gorrito eternamente posado en su cabeza era obvio que no se lo colocaba ante el espejo; aquellos brazos desmesuradamente largos, con los puños introducidos a veces en los bolsillos delanteros de la bata cerrada; ese fruncimiento de la comisura de los labios como si se dispusiera a emitir un silbido; esa jocosidad en departir con los pacientes simultaneada con su recio y rudo aspecto, todo ello, en su conjunto, atraía a Kostoglótov, que deseaba conversar con él para plantearle varias preguntas a las que ninguna de las doctoras de la clínica podía o quería responder.

Pero no se presentaba ocasión propicia para ello. En las visitas, Lev Leonídovich no reparaba en nadie, excepto en sus casos de cirugía; pasaba ante los pacientes de radioterapia como ante camas vacías; en los pasillos o en la escalera correspondía someramente a quienes le saludaban; su rostro nunca estaba libre de preocupaciones, y siempre iba con prisa.

Refiriéndose cierto día a un enfermo que había negado algo, y que después había reconocido su error, Lev Leonídovich, entre risas, exclamó: «¡Vaya, por fin se *rajó*!», lo que contribuyó a que la curiosidad de Oleg creciera aún más. Porque muy pocos estaban en condiciones de conocer y utilizar dicha palabra con la acepción que él le confirió.

En los últimos tiempos, Kostoglótov vagaba menos por la clínica, por lo que sus encuentros con el cirujano jefe eran más raros. Pero un día se presentó la oportunidad. Oleg estaba junto a una pequeña habitación inmediata a la sala de operaciones. Llegó Lev Leonídovich, abrió la puerta que estaba cerrada con llave, y entró en ella. Evidentemente, se encontraba solo en la pequeña estancia. Kostoglótov, tras llamar a la puerta de cristales pintados, la abrió.

Lev Leonídovich se había sentado en un taburete ante la única mesa que ocupaba el centro de la habitación. Sentado de lado, como suele hacerse cuando uno toma asiento por poco tiempo, escribía algo.

—¿Sí? —Levantó la cabeza sin expresar mayor sorpresa, pero ocupado aún en lo que debía seguir escribiendo.

¡Todo el mundo andaba siempre atareado! Vidas enteras se decidían en un minuto.

—Discúlpeme, Lev Leonídovich —Kostoglótov se esmeró por mostrarse tan cortés como podía—. Ya sé que no dispone de tiempo, pero nadie en absoluto, excepto usted… ¿Podría concederme un par de minutos?

El cirujano asintió. Saltaba a la vista que seguía pensando en sus problemas.

—Me están tratando con hormonoterapia a causa de… Me ponen inyecciones de sinestrol en dosis… —(A Kostoglótov le halagaba su habilidad para hablar con los doctores en su lenguaje y con su precisión. Con ello pretendía ser correspondido con franqueza)—. Así pues, me interesaría saber si la acción de la hormonoterapia es acumulativa o no.

En adelante, los segundos ya no dependerían de él. Se quedó de pie, en silencio, mirando desde su altura al otro hombre que seguía sentado. En esa posición, y con su desgarbada estatura, parecía cargado de espaldas.

Lev Leonídovich arrugó la frente y los rasgos de su semblante se alteraron.

—Pues no. Se estima que no debe serlo —le contestó. Pero sus palabras no sonaron categóricas.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que en mí su acción es acumulativa —insistió Oleg, como empeñado en que así fuese o sin creer del todo a Lev Leonídovich.

—No, no puede ser —volvió a negar el cirujano con igual ambigüedad, ya porque el asunto no le concernía directamente, ya por continuar abstraído en su trabajo.

—Es muy importante para mí —prosiguió Kostoglótov con mirada y tono conminatorios— comprender si después de este tratamiento perderé completamente la aptitud para, bueno, para lo relativo a las mujeres, o sólo por un determinado período. ¿Desaparecerán de mi organismo las hormonas inyectadas? ¿Se quedarán para siempre en él? ¿O hay la posibilidad de que, pasado cierto plazo, se pueda contrarrestar esta hormonoterapia con inyecciones antitéticas?

—No. Eso no se lo aconsejo. No es posible.

Lev Leonídovich observaba a aquel paciente de negro pelo crespo, pero fundamentalmente llamaba su atención la curiosa cicatriz de su cara. Se imaginaba ese tajo recién asestado, como si acabaran de traérselo a la sala de operaciones, y se preguntara lo que debía hacer con él.

—¿Para qué necesita esas inyecciones? No lo entiendo.

—¿Cómo que no lo entiende?

Era Kostoglótov el que no comprendía lo que allí pudiera haber de incomprensible. ¿O es que aquel hombre eficiente y sensato sólo pretendía, fiel a su profesión, inducir al enfermo a la resignación?

—¿No lo entiende?

Aquello rebasaba ya los dos minutos y las relaciones entre doctor y paciente. Pero Lev Leonídovich, con la sencillez que Kostoglótov apreciara y valorara a la primera ojeada en él, de pronto preguntó bajando la voz y dejando a un lado el tono oficial, como si se hallara ante un viejo amigo:

—Oiga, ¿acaso se concentra en las mujeres la flor de la vida?… ¡Si llegan a ser un horrible engorro…! Un estorbo cuando se anhela realizar algo serio.

Hablaba con rigurosa sinceridad a la vez que con cierto desaliento. Recordó que en el momento crucial de su vida le faltó perseverancia y energía para llegar al final por causa, quizá, de ese sustractor de fuerzas que son las mujeres.

¡Pero Kostoglótov no podía comprenderle! Para él era inconcebible que ese sentimiento llegara a ser tedioso. Su cabeza se movía vacía de izquierda a derecha y sus ojos miraban también vacíos.

—No ha quedado en mi vida nada más *serio* que eso.

¡Pero esta conversación no estaba planificada en el gráfico de la clínica oncológica! No se permitían deliberaciones consultivas sobre el sentido de la vida, especialmente con un médico de otro departamento. La menuda y frágil cirujana que calzaba tacones altos y que contoneaba toda la figura al andar se asomó a la habitación y, sin solicitar permiso, entró. Sin detenerse, cruzó la estancia hacia la mesa de Lev Leonídovich. Se acercó mucho a él, le ofreció un impreso del laboratorio y se recostó en la mesa. (Desde donde estaba, a Oleg le pareció que se pegaba a Lev Leonídovich). Sin pronunciar su nombre, le dijo:

—Escuche, Ovdienko tiene diez mil leucocitos.

La dispersa y rojiza lanosidad de su vaporoso cabello fluctuaba ante la misma cara de Lev Leonídovich.

—¿Y qué? —El cirujano encogió los hombros—. No revela una aceptable leucocitosis. Padece, simplemente, un proceso inflamatorio que deberá ser tratado con radioterapia.

Entonces ella dio rienda suelta a la lengua y habló un buen rato. (En efecto, ¡se había recostado con el hombro en el brazo de Lev Leonídovich!). El papel en el que este había empezado a escribir yacía olvidado y la inactiva pluma iba pasando entre sus dedos.

Era evidente que Oleg debía retirarse. Y así, aquella conversación largamente proyectada se interrumpiría en su punto más interesante.

Angelina se volvió y mostró su sorpresa al ver que Kostoglótov aún seguía allí. Por encima de la cabeza de ella, Lev Leonídovich dirigió a Oleg una mirada en la que bullía un comedido humorismo. Su faz exhibía algo indefinible que decidió a Kostoglótov a proseguir:

—Lev Leonídovich, también quisiera preguntarle si ha oído hablar del hongo del abedul, de la *chaga*.

—Sí —repuso con marcada deferencia.

—¿Y qué opinión le merece?

—No es fácil decirlo. Se admite que ciertos tipos específicos de tumores reaccionan ante ese hongo. Los de estómago, por ejemplo. Actualmente, en Moscú se han vuelto locos con él. Dicen que en un radio de doscientos kilómetros han arrancado la totalidad del hongo y que no hay bosque en los alrededores en que pueda encontrarse.

Angelina se apartó de la mesa, cogió su papel y, con aire desdeñoso, salió de la habitación con el mismo desembarazado balanceo, el cual, por otro lado, era sumamente atrayente.

Se fue, pero, por desgracia, la conversación inicial quedaba frustrada. Ciertamente, había oído la respuesta a algunas de sus preguntas, pero sería inoportuno retornar al tema de la contribución de las mujeres a la vida.

No obstante, la momentánea mirada humorística de Lev Leonídovich y su comunicativo trato animaron a Oleg a plantearle la tercera pregunta preparada, que también tenía su importancia.

—¡Lev Leonídovich! Perdone mi indiscreción —y movió torcidamente la cabeza —. Si me equivoco, olvide mis palabras. ¿No ha estado usted allí… —él también bajó la voz y entornó un ojo—… allí «donde eternamente se canta y se baila»?

Lev Leonídovich se animó.

—Sí, he estado.

—¿De veras? —se alegró Kostoglótov. ¡Ambos, pues, tenían algo en común!—. ¿Por qué causa?

—Por ninguna. Yo era libre, trabajaba allí.

—¡Ah, era uno de los libres! —se decepcionó Kostoglótov.

La afinidad entre ellos había desaparecido.

—¿Cómo lo ha adivinado usted? —El cirujano sintió avivarse su curiosidad.

—Por una simple palabrita: «rajado». Y porque creo haberle oído decir también esta otra: «cerrojazo».

Lev Leonídovich se rio.

—No he podido perder la costumbre.

Afines o no, estaban ahora mucho más próximos que un momento antes.

—¿Pasó mucho tiempo allí? —siguió preguntando Oleg sin cumplidos. Incluso había enderezado los hombros, perdiendo su aspecto achacoso.

—Unos tres años. Me enviaron cuando me desmovilizaron y luego no fue nada fácil librarme de aquel trabajo.

Las últimas palabras podía haberlas omitido, pero el caso es que las dijo. Era un empleo como otro cualquiera, honorable, respetable. ¿Por qué, entonces, las personas decentes consideraban necesario justificarse por él? Pese a todo, el hombre debe tener

en algún lugar de su interior un indicador arraigado.

—¿Qué puesto ocupó?

—El de médico jefe.

¡Qué casualidad! El mismo cargo que *Madame* Duvínskaya, el de señor de la vida y la muerte. Pero ella jamás intentaría justificarse, mientras que este abandonó dicho trabajo.

—O sea, ¿qué le dio tiempo a terminar los estudios de medicina antes que empezara la guerra?

Kostoglótov se aferraba a nuevas preguntas como a un clavo ardiendo. En realidad, no tenía por qué hacerlo; simplemente se dejaba arrastrar por el hábito adquirido en las prisiones de tránsito, donde entre golpetazo y golpetazo de la puerta de la celda se intentaba averiguar la vida entera de cualquier individuo que pasara por allí.

—¿En qué año terminó los estudios?

—No, no llegué a graduarme. Tras acabar el cuarto curso me fui voluntario al frente como médico auxiliar. —Lev Leonídovich se levantó, abandonando el papel que no había acabado de escribir, y acercóse, curioso, a Oleg. Le pasó los dedos a lo largo de la cicatriz—: ¿Se lo hicieron *allí*?

—Sí.

—Un cosido perfecto, sí, perfecto. ¿Algún doctor prisionero?

—Sí.

—¿No recuerda su apellido? ¿Koriákov, tal vez?

—No lo sé. Sucedió en una cárcel de tránsito. Ese Koriákov, ¿por qué estaba detenido?

Oleg se asió ahora a Koriákov, impaciente por descubrir su historia.

—Le encerraron porque su padre había sido coronel del Ejército zarista.

En ese instante entró la enfermera de ojos achinados y corona blanca en busca de Lev Leonídovich, reclamado en la sala de curas. (El cirujano examinaba siempre él mismo las primeras curas de los enfermos que operaba).

Kostoglótov recobró su cargazón de espalda y avanzó pasillo adelante arrastrando los pies.

He ahí el esbozo de una biografía más. De dos, mejor dicho. Los detalles podía imaginárselos. Los diversos motivos por los que la gente es conducida *allí*… Pero no se centraron en eso sus pensamientos. Meditaba en que tanto en la sala, como yendo por el pasillo o paseando por el jardín, podía tener a su vera o venirle de frente un hombre como otro cualquiera, sin que a ninguno de los dos se les ocurriera decir: «¡A ver, date la vuelta a la solapa!». Y, en efecto, ¡allí estaba el distintivo de la orden secreta! ¡Había estado allí, formó parte de ello, lo conoció! ¿Cuántos hombres lo conocerían? Pero a todos los dominaba la mudez. Y como por la apariencia externa

era imposible descubrirlo, todo ello quedaba encubierto.

¡Qué absurdo! ¡Llegar en la vida a considerar a las mujeres un estorbo! ¿Será posible que el hombre pueda empacharse a tal extremo? Era algo inconcebible.

En resumidas cuentas, de nada podía congratularse. Aunque Lev Leonídovich lo había negado con tal insistencia que se hacía digno de crédito.

Pero su intuición le advertía que todo estaba perdido.

Todo…

Como si a Kostoglótov le hubiesen conmutado la pena capital por la de cadena perpetua. Había sobrevivido, pero ignoraba para qué.

Olvidó adonde se dirigía. Titubeó al encontrarse en el corredor del piso bajo y se quedó en él para matar el tiempo.

De una de las puertas, la tercera desde donde se hallaba, surgió una bata blanca de cintura muy estrecha que le fue familiar en el acto.

¡Vega!

¡Iba hacia él! En línea recta la distancia era corta, pero debía sortear dos camas arrimadas a la pared. Oleg no fue a su encuentro y tuvo un segundo, dos segundos, tres segundos para reflexionar.

Desde aquella visita a la sala hacía tres días, ella persistía adusta, grave, sin enviarle una simple mirada amistosa.

En un principio pensó: «¡Que se vaya al diablo! Seguiré su mismo proceder». No tenía por qué darle explicaciones, ni arrojarse a sus pies…

Pero ¡era una lástima! Le dolía ofenderla y, al mismo tiempo, lo sentía por él mismo. Ahora se cruzarían como dos extraños.

¿Por culpa de él? No, por culpa de ella. Le había engañado con las inyecciones, le tenía antipatía. ¡Y eso él no podía perdonárselo!

Sin mirarle (sin verle), llegó hasta él. Y Oleg, en contra de sus propósitos, le dirigió la palabra con voz de reservada súplica:

—Vera Kornílievna…

(Ridículo tono, pero el más atrayente).

Ella, entonces, alzó sus fríos ojos y le vio.

(En verdad, no sabía por qué la perdonaba).

—… Vera Kornílievna… ¿No querría usted… hacerme otra transfusión de sangre?

(Tenía visos de humillación, pero él lo encontraba agradable).

—¿No se oponía a ellas?

Y le miró con inexorable severidad, aunque en sus ojos, en sus lindos ojos de color café, se vislumbró cierta vacilación.

(De acuerdo. Desde su punto de vista, ella no era culpable; nada podía achacarle. Tampoco resultaba fácil conservar un ostracismo total dentro de una clínica, rehuir el

trato de la gente).

—Es que *entonces* me gustó y quisiera repetirla.

Sonrió, acortándose la línea de su cicatriz, que se hizo más tortuosa.

(Ahora la perdonaría, luego ya tendrían ocasión de entrar en explicaciones).

En los ojos de ella se agitó, no obstante, algo semejante al arrepentimiento.

—Quizá mañana traigan sangre.

Continuaba apoyándose en un pilar invisible que se desmoronaba o cedía bajo su mano.

—Pero ¡ha de ser usted quien me la haga! ¡Sólo usted! —reclamó vehementemente Oleg—. De lo contrario, no me dejaré.

Dejando a un lado sus palabras, evitando su mirada, ella movió la cabeza:

—Dependerá de la marcha del trabajo.

Y siguió su camino.

Era amable, amable pese a todo.

¿Qué perseguía él con tal empeño? Condenado *a perpetuo destierro*, ¿qué propósito abrigaba?

Oleg, plantado en el pasillo y perplejo, se esforzaba en recordar el motivo que le condujo allí.

—¡Ah, sí! Iba a hacer una visita a Diomka.

Este se hallaba en una reducida salita de dos camas. A su vecino ya le habían dado de alta y se esperaba que mañana ocuparía su puesto un nuevo enfermo procedente del quirófano. De momento, Diomka estaba solo.

Había transcurrido una semana y con ella se fueron las primeras angustias por su pierna amputada. La operación ya era cosa del pasado, aunque el miembro se hacía sentir como antes; le seguía torturando como si no se lo hubiesen cortado. Tenía la impresión de sentir cada dedo del pie amputado.

Diomka se alegró de la visita de Oleg igual que si se hubiera tratado de un hermano mayor. Los amigos de la sala anterior eran sus únicos allegados, así como algunas mujeres que le expresaban su afecto: sobre la mesilla había algo cubierto con una servilleta. Ningún paciente nuevo iría a visitarle ni a ofrecerle nada.

Diomka yacía de espaldas con la pierna en reposo (con lo que restaba de ella, más corto que el muslo, liado en un abultado vendaje). Pero movía la cabeza y las manos con soltura.

—¡Hola, Oleg! —exclamó, tomando la mano que Oleg le tendía—. ¡Siéntate y dime lo que pasa en la sala!

La sala de arriba, la que había dejado recientemente, constituía para él su mundo familiar. Aquí, en el piso inferior, las enfermeras y sanitarias eran otras, y el orden que regía, distinto. Se sucedían constantes discusiones sobre quién debía hacer esto o aquello.

—¿En la sala? —Oleg miró la afilada y amarillenta cara de Diomka. Surcaban sus mejillas una serie de estrías que acentuaban sus sobrecejas, su nariz y su mentón—. Todo sigue igual.

—¿Continúa allí el *dirigente*?

—Sí, aún tenemos allí al *dirigente*.

—¿Y Vadim?

—A Vadim las cosas no le van bien. Todavía no han obtenido el oro y temen que se le presenten las metástasis.

Diomka arrugó la frente y se refirió a Vadim como si fuese más joven que él:

—¡Pobre muchacho!

—Así pues, Diomka, debes felicitarte de que te hayan cortado la pierna a tiempo.

—Aún pueden surgirme las metástasis.

—No es muy probable.

¿Había alguien capaz, incluidos los médicos, de detectar si esas solitarias y nefastas celulillas navegaban ya, como lanchas de desembarco, en la oscuridad, y dónde irían a atracar?

—¿Te ponen rayos?

—Sí, me llevan en un carrito.

—Ahora, amigo, tu camino está despejado. Sólo tienes que restablecerte del todo y acostumbrarte a la muleta.

—A las muletas. Me harán falta dos.

El desdichado huérfano había pensado en todo. Si antes frunció la frente como un hombre, ahora parecía más viejo.

—¿Dónde te las harán? ¿Aquí en la clínica?

—Sí, en el departamento ortopédico.

—Te las facilitarán gratis, ¿no?

—He escrito una solicitud. Si no, ¿cómo las pagaría?

Ambos suspiran con la fácil tendencia al suspiro de quienes no gozan, año tras año, de nada halagüeño.

—¿Cómo te vas a arreglar el próximo año para acabar la décima clase?

—La acabaré aunque reviente.

—¿De qué vivirás? Porque no podrás trabajar ante un torno.

—Me prometen la invalidez. Lo que no sé es si me concederán el segundo o el tercer grado.

—¿Cuánto cobrarías por el tercero?

Kostoglótov no entendía nada de grados de invalidez, así como tampoco de derechos civiles.

—Lo mínimo. Me bastaría para pan, pero no me llegaría para azúcar.

Como hombre hecho y derecho, Diomka lo tenía todo previsto. El tumor destrozó

su vida, pero él se empeñaba en seguir la senda trazada.

—¿Irás luego a la universidad?

—Lo intentaré.

—¿A la facultad de literatura?

—Sí.

—Escúchame, Diomka, te hablo en serio. Será un fracaso para ti. Es mejor que te ocupes de los aparatos de radio; vivirás más tranquilo y ganarás más.

—¡Me importan un bledo los receptores! —Diomka parpadeó—. ¡Amo la verdad!

—¡Eso es, so tonto! ¡Repararás receptores y podrás decir libremente la verdad!

No se pusieron de acuerdo en este punto. Luego siguieron charlando de otros asuntos. Hablaron de los problemas de Oleg, pues una cualidad más de Diomka, muestra de su madurez, era el interés por los demás. Normalmente, la juventud sólo se preocupa de sí misma. Oleg, por su parte, le explicó la situación como a un adulto.

—¡Es lamentable…! —gruñó Diomka.

—En resumen, que no te cambiarías por mí, ¿verdad?

—¡Cualquiera sabe…!

Al final resultaba que, entre las sesiones de rayos y las muletas, Diomka aún seguiría otro mes y medio dando vueltas por la clínica. Le darían de alta en mayo.

—¿Adónde irás en cuanto salgas?

—¡Al parque zoológico!

Diomka se animó. En más de una ocasión había charlado con Oleg del zoo. Cierta vez, desde el porche de la clínica, Diomka le señaló el lugar exacto donde se ocultaba tras los tupidos árboles de la otra orilla del río. Hacía años que leía y escuchaba por la radio temas de la fauna, pero nunca había visto una zorra, un oso, una culebra ni, menos aún, un tigre o un elefante. Su existencia transcurrió en lugares que no tenían casa de fieras, ni circo, ni bosques. Su sueño más íntimo era conocer los animales, ilusión que la edad no debilitó. Intuía y esperaba algo extraordinario de ese encuentro con el mundo animal. El día en que, con su pierna dolorida, llegó a la ciudad para ingresar en la clínica, lo primero que hizo fue ir al parque zoológico. Pero estaba cerrado por ser día de descanso.

—¿Sabes una cosa, Oleg? Pronto te darán de alta, ¿cierto?

Oleg se sentaba con la espalda encorvada.

—Sí, eso espero. La sangre ya se resiente y las náuseas me han hecho polvo.

—¿Y serás capaz de no pasar por el zoo?

Diomka no podía admitirlo, pues su concepto de Oleg se vería sensiblemente depreciado.

—Quizá lo visite.

—¡No! ¡Debes ir sin falta! ¡Te lo ruego! ¿Y sabes qué? Después me escribes una tarjeta postal, ¿eh? No te costará nada y yo tendré aquí una gran alegría. Me dirás qué

animales hay ahora en él y cuál es el más interesante. Así me enteraré con un mes de anticipación. ¿Irás? ¿Me escribirás? Dicen que hay cocodrilos, leones…

Oleg se lo prometió.

Luego se fue a la sala a acostarse, y Diomka se quedó otra vez solo en la reducida habitación con la puerta cerrada. Sin acordarse de sus libros, estuvo largo rato mirando pensativamente al techo o a la ventana. A través de esta, nada podía ver. La cubría una reja cuyos barrotes convergían, como rayos, en un ángulo, y daba a un rincón del edificio, frente a la tapia del centro médico. En ese momento el sol no se reflejaba en el muro, pese a que el día no era sombrío. La claridad velada, jironada, de un sol a medio cubrir, tenía resplandores difusos. Era un típico día, carente de luz y calor, en que la primavera trabajaba activa aunque silenciosamente.

Diomka siguió inmóvil, tumbado, pensando en cosas agradables: en que poco a poco dejaría de sentir la pierna amputada; en que aprendería a andar deprisa y con agilidad con las muletas; en que la víspera del primero de mayo amanecería un día de verdadero verano e iría de excursión al parque zoológico desde por la mañana hasta la salida del último tren de la tarde; en que en adelante dispondría de mucho tiempo y podría concluir pronto y felizmente los estudios de la escuela secundaria y, además, leería muchos libros útiles y que hasta la fecha no había podido leer. Se acabaron definitivamente aquellas tardes perdidas, cuando los chicos se iban al baile y él se atormentaba porque no sabía bailar y le habría gustado ir con ellos. Eso ya no ocurriría más. No le quedaba más opción que encender la lámpara y trabajar con sus libros.

Llamaron a la puerta.

—¡Entre! —invitó Diomka.

(Pronunció el «entre» con verdadera satisfacción. Nunca hasta entonces habían llamado a su puerta antes de entrar).

Se abrió la puerta de par en par y entró Asia.

La joven irrumpió violenta, apresuradamente, como si la persiguieran. Pero, después de cerrar la puerta tras de sí, se quedó parada junto a la jamba, con una mano en el pomo y con la otra sobre las solapas de la bata.

No era ya la misma Asia que llegó al hospital para «estar tres días en observación», la que, por aquellos días, aguardaban sus amigos en las pistas de invierno del campo de deportes. Se había marchitado, enflaquecido, y hasta sus dorados cabellos —imposible creer que hubiesen cambiado tan rápidamente— colgaban de modo lastimoso.

Vestía la misma bata repelente, sin botones, que tantos hombros habría cubierto y que cualquiera sabía en las calderas en que había sido lavada. Ahora le sentaba mejor que tiempo atrás.

Asia se quedó mirando a Diomka con leve temblor de cejas. ¿Era este el lugar que

buscaba? ¿Correría mejor hacia cualquier otro?

Con su actual aspecto, completamente quebrantada, ya no aparentaba ser mayor que Diomka en un grado de la escuela, pese a sus tres largos viajes y a su consumada experiencia de la vida, y Diomka la sentía más cercana, más entrañable. Se alegró al verla.

—¡Asia! ¡Siéntate! ¿Qué te ocurre?

En el tiempo transcurrido habían charlado más de una vez. Discutieron sobre la pierna de Diomka, y ella se opuso tenazmente a la operación. Después de ser intervenido, le visitó dos veces y le llevó manzanas y galletas. Si desde la primera tarde sus relaciones amistosas brotaron espontáneamente, luego creció la confianza. Asia no le confesó enseguida su enfermedad, pero terminó por hablarle con franqueza: le dolía el pecho derecho, en el cual tenía una especie de bultitos. La curaban con rayos y con unas tabletas que tomaba colocándolas bajo la lengua.

—¡Siéntate, Asia, siéntate!

Soltó el pomo de la puerta y su mano fue deslizándose por esta y por la pared, como si se apoyara en ellas o las palpara. Dio un paso hacia el taburete que había junto a la cabecera de la cama de Diomka.

Se sentó.

Se sentó, rehuyendo los ojos de Diomka. Miró a un lado, a la manta. No se situó frente a él, que tampoco podía volverse.

—Vamos a ver, ¿qué te pasa?

Debía comportarse como un hombre. Desde las almohadas torció la cabeza hacia ella, sólo la cabeza, manteniendo horizontal el resto del cuerpo.

El labio de Asia tembló y sus párpados se agitaron.

—¡Asienka! —tuvo el tiempo justo de exclamar (y la había llamado por el diminutivo movido por la compasión, pues de otro modo no se habría atrevido), porque ella se arrojó súbitamente sobre su almohada, colocando la cabeza junto a la suya y cosquilleándole la oreja con un mechón de sus cabellos.

—¡Ya basta, Asienka! —suplicó, tanteando la manta en busca de sus manos, que no halló porque se ocultaban a su vista.

Ella, sobre su almohada, sollozaba acongojada.

—Pero, bueno, ¿qué te ocurre? ¡Dímelo!

La verdad era que casi lo había adivinado.

—¡Me lo cortarán!…

Y siguió llorando, llorando a lágrima viva. Finalmente emitió un prolongado gemido: «¡Ay, ay, ay!», tan desgarrador e insólito como Diomka no lo había oído jamás.

—Quizá no sea necesario —la tranquilizó—. Tal vez puedan aún evitar la operación.

Pero presintió que no la consolaría fácilmente de ese «¡Ay, ay, ay!».

Continuaba llorando, derramando lágrimas sobre su almohada, en la que notó una zona húmeda próxima a su cabeza.

Él atinó con la mano de la joven y empezó a acariciársela.

—¡Asienka! A lo mejor todo se arregla sin necesidad de operar.

—¡Nooo!… Me están preparando para el viernes…

Y profirió otro atormentado sollozo que a Diomka le traspasó el corazón.

No veía su faz llorosa; sólo sentía los mechones de su pelo que se le metían por los ojos. Y eran suaves, cosquilleantes.

Buscaba algo más que decirle, pero no se le ocurría nada apropiado. Estrechó, pues, su mano, con fuerza, deseando infundirle ánimos y que cesara en su llanto. Sentía más lástima por ella que por sí mismo.

—¿Para qué seguir viviendo? —dijo llorando—. ¿Para qué?

Diomka le habría dado una respuesta dictada por su propia y harto penosa experiencia. Pero seguramente no la expresaría con exactitud. Y aun en el caso de expresarla con claridad, los gemidos de Asia le hacían pensar que ni él, ni nadie, ni nada, lograrían confortarla. La experiencia que *ella* poseía la conducía a una sola conclusión: que la vida ya no tenía objeto.

—¿A quién-voy-a-ser-ú-til-ahora? —balbucía inconsolable—. ¿Quién?…

Y volvió a hundir el rostro en la almohada. Las mejillas de Diomka también estaban húmedas.

—¡Vaya una contrariedad! —intentó consolarla sin dejar de estrechar su mano—. Ya sabes por qué se casa la gente… Por coincidencia de opiniones… de caracteres…

—¿Es que hay algún tonto que llegue a amar a una chica por su carácter? —se incorporó irritada, como caballo encabritado, y retiró bruscamente su mano de la de él.

Entonces Diomka pudo contemplar su rostro húmedo, encendido, empañado, lastimero y enojado al mismo tiempo.

—¿Quién va a querer a una chica con un solo pecho? ¿Quién? ¡Y a los diecisiete años! —le gritaba, como si fuese el culpable de todo.

Y Diomka no sabía cómo consolarla.

—¿Cómo iré ahora a la *playa*? —chilló, trastornada por esta nueva idea—. ¡A la playa! ¿Cómo podré bañarme? —Esta idea la barrenaba como un sacacorchos, la consumía.

Con la cabeza entre las manos se apartó de Diomka y su cuerpo fue deslizándose hacia abajo, hacia el suelo.

Por la mente de Asia, insufriblemente dolorida, fueron desfilando los más variados modelos de traje de baño: con tirantes y sin ellos; los de una pieza y los de dos; las modas actuales y las venideras; los bañadores anaranjados y los azules; los de

color frambuesa y los del color de las olas marinas; los de un tono y los rayados, los ribeteados con cenefa, que nunca había llevado pero que se había probado ante el espejo, y todos cuantos trajes de baño ya no compraría ni vestiría jamás. ¡Justamente esa limitación que se imponía a su existencia, esa imposibilidad de volver a pasear por una playa, constituía para ella en aquel momento lo más punzante, lo más afrentoso! La única razón por la cual la vida perdía todo sentido.

Diomka, desde las empinadas almohadas, murmuró algunas palabras torpes, fuera de lugar:

—Pues mira, si no te quiere nadie… Aunque comprendo, naturalmente, que mi situación actual… Pero quiero que sepas que yo siempre me casaría contigo de muy buena gana…

—¡Escúchame, Diomka! —y estimulada por una idea repentina Asia se levantó, se encaró a él y le miró con ojos dilatados, inexpresivos—. ¡Oyeme! ¡Tú eres el último! Sí. ¡El último que aún puede verlo y besarlo! ¡Y ya nadie lo besará más! ¡Diomka, bésalo tú por lo menos! ¡Tú por lo menos!

Se abrió más la bata, ya bastante desajustada y, rompiendo otra vez a llorar y a sollozar, separó el amplio cuello del camisón y por él se abrió paso su seno sentenciado, el derecho.

¡Relumbró como el sol que hubiese entrado de lleno en la estancia! Esta se inundó por completo de luz y esplendor. ¡El rosetón del pezón —mayor de lo que Diomka se figuraba— brotó ante él, y sus ojos se rindieron ante su rosado cegador!

Asia, inclinada sobre su cabeza, sostenía el pecho muy próximo a su cara.

—¡Bésalo! ¡Bésalo! —exigía, esperando que lo hiciera.

Y él, deseando el seno que le ofrecían, se puso a hociquear como un lechoncillo, con agradecimiento y admiración. Sus labios ávidos recorrían la abombada superficie que se derramaba sobre él, de forma inmutable y de armonía y belleza tales que ni la pintura ni la escultura habrían podido superar.

—¿Lo recordarás?… ¿Te acordarás de que ha existido? ¿De cómo era?…

Las lágrimas de Asia caían en su cabeza rapada.

Ella no guardó ni retiró su pecho, y él volvió al sonrosado pezón con el delicado mohín con el que jamás se acercaría a ese pecho un futuro hijo de ella. No entró nadie, y Diomka siguió cubriendo de besos ese prodigio que se suspendía sobre él.

Hoy un prodigio, pero mañana al cesto.

29

Al regreso de su misión oficial, Yura fue inmediatamente a visitar a su padre y pasó con él dos horas. Pável Nikoláyevich había telefoneado antes a su casa para que su hijo le llevara unos zapatos de invierno, el gabán y el sombrero. Se sentía hastiado de la repulsiva sala en cuyas camas sólo reposaban zoquetes y donde no se oía más que conversaciones idiotas. El vestíbulo de la clínica no le era menos odioso y, aunque estaba muy débil, ansiaba salir a tomar el aire del exterior.

Así lo hicieron. La bufanda cubría perfectamente el tumor. Rusánov no podía encontrar a nadie conocido por las avenidas del centro médico, pero tampoco le habrían reconocido por el disparejo atuendo que vestía. Así pues, fue a pasear sin ninguna inquietud. Yura sostenía a su padre por el brazo y Pável Nikoláyevich se apoyaba firmemente en él. Era un placer dar un paso tras otro sobre el limpio y seco asfalto, lo cual presagiaba un pronto retorno a su amada casa, primero, y a su activo y querido trabajo, después, cuando hubiese disfrutado de una temporada de descanso. Pável Nikoláyevich estaba extenuado no sólo por el tratamiento, sino también por la entontecedora inactividad del hospital, porque había dejado de ser el vital y valioso engranaje de un magno e importante mecanismo. Y además tenía la impresión de haber perdido todo poder e influencia. Quería volver cuanto antes allí donde le apreciaban, donde era imprescindible.

Esa semana habían arreciado el frío y las lluvias, pero hoy la temperatura era ya más templada. A la sombra de los edificios todavía se sentía fresco y la tierra continuaba húmeda, pero los rayos de sol caldeaban tanto que Pável Nikoláyevich apenas resistía su abrigo de entretiempo. Se lo fue desabrochando botón a botón.

La ocasión se presentaba particularmente oportuna para conversar razonadamente con su hijo. Hoy, sábado, era el último día de la misión oficial de Yura, y no tendría prisa porque no tenía que presentarse en el trabajo. Pável Nikoláyevich, por su parte, podía disponer del tiempo que quisiera. Su corazón, paternal, presentía que los asuntos de su hijo no iban bien, que atravesaban una situación algo peligrosa. Se notaba claramente que no traía la conciencia limpia de su viaje: por algún motivo desviaba la mirada, evitando contemplar a su padre cara a cara. Yura se comportaba en la niñez de modo diferente, siempre fue un chiquillo franco, abierto. Sus maneras evasivas, en particular con su padre, las adquirió durante sus años estudiantiles. Este

retraimiento y esa cortedad irritaban a Pável Nikoláyevich que, a veces, solía gritarle: «¡A ver, levanta esa cabeza!».

Sin embargo, hoy estaba decidido a dominarse para no caer en asperezas. Hablaría con él, pero lo haría con sumo tacto. Le pidió que le contara minuciosamente cómo se había comportado y distinguido en su primera misión a las lejanas ciudades como delegado de la inspección fiscal de la república.

Yura inició su narración sin entusiasmo. Relató un caso, luego otro, sin que sus ojos dejaran de rehuir los de su padre.

—¡Sigue, sigue contando!

Se sentaron al sol en un banco seco. Yura vestía una chaqueta de cuero y una gorra de paño de lana (no habían podido convencerle para que usara sombrero). Su apariencia exterior era seria y viril, pero su debilidad interior lo echaba todo a perder.

—En uno de los casos estaba complicado un conductor… —prosiguió Yura con la vista en el suelo.

—¿Qué le sucedió a ese conductor?

—En invierno, cuando transportaba productos alimenticios de una cooperativa de consumo, le sorprendió una ventisca en mitad del camino, cuando ya había recorrido setenta kilómetros. El suelo se cubrió completamente de nieve, las ruedas del vehículo patinaban, el frío era intenso y no se veía un alma por los alrededores. La ventisca remolinó durante más de veinticuatro horas y el conductor no pudo aguantarla dentro de la cabina. Abandonó el camión tal como estaba, cargado de comestibles, y se fue en busca de refugio donde pasar la noche. A la mañana siguiente amainó la tormenta de nieve y el conductor regresó con un tractor. Llegó a su destino y resultó que faltaba un cajón de macarrones.

—¿Y el expedidor de mercancías?

—Se dio la circunstancia de que el conductor hacía también las veces de expedidor. Iba solo.

—¡Qué negligencia!

—Sí, en efecto.

—Ahí tienes, por querer hacer su agosto.

—¡Papá, a un precio demasiado caro! —Yura alzó por fin los ojos, apareciendo en su rostro una expresión porfiada, desagradable—. Por ese cajón se ha buscado cinco años de cárcel. El camión llevaba también vodka y la remesa llegó intacta a su destino.

—¡No hay que ser tan crédulo ni tan ingenuo, Yura! ¿Quién, aparte de él, hubiera podido robar el cajón de macarrones en medio de la tempestad?

—Pues alguien que pasara por allí a caballo. ¡Cualquiera sabe! Por la mañana habrían desaparecido las huellas.

—Bien. Admitamos que no fue él. Pero, de todos modos, desertó de su puesto.

¿Acaso puede uno largarse y abandonar las propiedades del Estado?

El delito era innegable; la sentencia, correcta a todas luces. Benigna, en todo caso; tenían que haberle condenado a más años. A Pável Nikoláyevich le irritaba que su hijo no viera el asunto con igual claridad, que se hiciera menester metérselo en la cabeza. Era blandengue y, al mismo tiempo, más obstinado que una mula cuando pretendía demostrar cualquier tontería.

—Ten en cuenta, papá, que azotaba la ventisca y que la temperatura era de diez grados bajo cero. ¿Habría resistido la noche dentro del camión en esas circunstancias? Se exponía a morir.

—¿Qué quiere decir que hubiera muerto? ¿Y los centinelas en el Ejército?

—Los centinelas se relevan cada dos horas.

—¿Y si no hay tal relevo? ¿Y en el frente? ¡Haga el tiempo que haga, se mantienen firmes en su puesto, mueren si es preciso, pero no lo abandonan! —Pável Nikoláyevich señaló con el dedo un determinado lugar, como indicando el sitio exacto donde los hombres dan el pecho sin desertar—. ¡Reflexiona un poco en lo que dices! Basta con que se perdone a uno de ellos para que todos los conductores empiecen a desatender sus puestos y para que los robos afecten al Estado entero. ¿Es que no lo comprendes?

¡No, Yura no lo comprendía! Por su estúpido silencio se veía que no le entraba en la mollera.

—Bien. No es más que una pueril opinión tuya, achacable a tu juventud. Quizá la hayas comentado con alguien, pero confío en que no habrás dejado constancia de ella en ningún documento oficial, ¿no es así?

Yura movió sus agrietados labios. Los movió de nuevo.

—He… He interpuesto recurso y he suspendido el cumplimiento de la sentencia.

—¿Que la has suspendido? ¿Y habrá una revisión? ¡Oh, no! ¡Oh, no!

Pável Nikoláyevich se cubrió medio rostro con la mano. ¡Lo que él se temía! Yura lo había echado todo a rodar, había labrado su propio desprestigio y había empañado la reputación de su padre. Pável Nikoláyevich estaba fuera de sí: su enfado no podía inculcar en su hijo el ingenio y la habilidad que él tenía.

Se levantó y Yura siguió su ejemplo. Caminaron de nuevo, y Yura trató de sostener nuevamente a su padre por el codo. Pero a Pável Nikoláyevich no le bastaban los dos brazos para clavar en la mente de su hijo la comprensión del error cometido.

En primer lugar, le dio sus explicaciones sobre la ley, la legalidad, y sus fundamentos inmutables, que no deben ser quebrantados por tamaña volubilidad, y menos aún si se proponía trabajar de inspector en el Ministerio Fiscal. Luego especificó que toda verdad es concreta y, en consecuencia, la ley es la ley; que, además, debe comprenderse cada momento concreto, cada situación específica y las

exigencias del instante. Tuvo especial empeño en que Yura se percatara de la correlación orgánica que existe entre todos los grados jurisdiccionales y entre todas las ramas del aparato del Estado. Por eso, ni aun en las regiones más apartadas en las que actuase con su mandato de inspector de la Fiscalía de la República, debía adoptar una actitud arrogante. Al contrario, debía considerar prudentemente las condiciones locales y no enfrentarse sin necesidad con los funcionarios de determinado lugar, los cuales conocen mejor que él dichas condiciones y lo que demandan. Si al citado conductor le condenaron a cinco años, sería porque en la zona en cuestión era forzoso hacerlo.

Y así fueron entrando y saliendo de las sombras proyectadas por los pabellones, cruzando y caminando a lo largo de los senderos y paseándose por la orilla del río. Yura escuchó todo, pero su única respuesta fue:

—¿No estás cansado, papá? ¿No será mejor que volvamos a sentamos?

En verdad, Pável Nikoláyevich sentía cansancio, y el abrigo le daba demasiado calor. Tomaron asiento en otro banco rodeado de espesos arbustos; mejor dicho, de arbustos con las ramas todavía desnudas, por los que pasaba el aire, pues sólo empezaban a despuntar los vértices de las primeras hojas que brotarían de las yemas. El sol calentaba sensiblemente. Pável Nikoláyevich no llevaba las gafas. Su rostro se relajó y sus ojos descansaron. Entornó los párpados para evitar la luz y continuó sentado, en silencio, bajo la caricia del sol. Allá en el fondo, bajo la escarpadura, rugía el río como un torrente de montaña. Pável Nikoláyevich lo escuchaba, se calentaba y pensaba en lo grato que era, pese a todo, retornar a la vida, saber con certeza que todo volvería a reverdecer, que seguiría viviendo y que conocería también la próxima primavera.

Ahora se arrepentía de su excesivo enojo ante Yura. Debía reprimirse y evitar enfadarse para que el muchacho no se amedrentara. Dio un suspiro y le rogó que le contara más incidentes de su viaje.

Yura, pese a su retraimiento, sabía perfectamente qué cosas podían motivar el elogio o la reprensión de su padre. Y Pável Nikoláyevich no tuvo más remedio que dar su beneplácito al siguiente caso que le relató. Pero Yura continuaba mirando a otra parte. Su padre presintió que ocultaba un nuevo desaguisado.

—¡Dímelo todo, sin rodeos! Lo único que puedo hacer por ti es darte un consejo sensato. Sólo deseo tu bien; no quiero que cometas equivocaciones.

Yura suspiró y, a continuación, le explicó el siguiente caso. En su inspección tuvo que revisar viejos documentos y registros judiciales con más de cinco años de antigüedad. Fue advirtiendo que los lugares donde tenían que ir pegadas pólizas de uno y de tres rublos estaban vacíos. Es decir, existían señales de que dichas pólizas habían sido pegadas y que después las habían arrancado. ¿Qué había sido de ellas? Yura pensó en el asunto e hizo investigaciones. En documentos recientes descubrió

pólizas estropeadas, algo desgarradas. Adivinó entonces que una de las dos jóvenes que tenían acceso a los archivos, Katia o Nina, ponía pólizas usadas en lugar de nuevas, embolsándose el dinero de los clientes.

—¡Inaudito! —bufó Pável Nikoláyevich, juntando las manos con asombro—. ¡Cuántos trucos! ¡La de trucos que se buscan para expoliar al Estado! ¡Qué derroche de ingenio!

Yura condujo cautelosamente la investigación, sin participárselo a nadie. Decidió llevarla hasta el fin para descubrir cuál de las dos chicas era la desfalcadora. Elaboró un plan. Simular un galanteo con Katia y después con Nina. A ambas las llevaría al cine y las acompañaría luego a sus respectivos domicilios. La que viviese en un ambiente más lujoso, con alfombras y parecidos signos de vida holgada, sería la ladrona.

—¡Bien proyectado! —Pável Nikoláyevich le dio una palmada y se sonrió—. ¡Con inteligencia! Aparentemente, te divertirías; pero, de hecho, te ocupabas de tu caso. ¡Bravo!

Yura averiguó que ambas vivían modestamente; la una, en compañía de sus padres; la otra, con una hermanita menor. No sólo carecían de alfombras, sino de otras muchas cosas sin las cuales, según opinión de Yura, era sorprendente que pudieran vivir. Después de reflexionar, dio parte del hecho al juez con el que las jóvenes trabajaban, suplicándolé que no actuara contra ellas por vía judicial y se conformara con una simple amonestación. El juez agradeció a Yura su determinación de resolver la cuestión en privado, ya que su divulgación habría menoscabado su prestigio. Llamaron ante la presencia de ambos a las dos chicas, primero a una y luego a otra, y durante varias horas las sermonearon duramente. Las dos confesaron. Se puso en claro que cada una sacaba una ganancia de unos cien rublos mensuales con sus amaños.

—¡Teníais que *haber llevado* el caso a los tribunales! —Pável Nikoláyevich lamentó, como si fuera él quien errara, aunque, evidentemente, no merecía la pena colocar al juez en incómoda situación. A este respecto, Yura actuó con tacto—. ¡Por lo menos, se las tenía que obligar a reintegrar la suma escamoteada!

Yura refirió el final de este hecho con evidente desgana. No lograba interpretar su sentido. Cuando se presentó al juez y le propuso que no incoara causa judicial, tenía el convencimiento de obrar con magnanimidad, y se enorgulleció de su arbitraje. Imaginó la alegría de ambas jóvenes, que tras la penosa confesión aguardaban indudablemente el castigo, al ver que de modo inesperado se las trataba con indulgencia. A porfía con el juez, Yura las avergonzó, censuró su acción como una deshonestidad y una ratería, y con la rigurosidad de su propio tono de voz les citó ejemplos, extraídos de su experiencia de veintitrés años, de personas que él conocía y que se mantenían honradas sin caer en el robo, pese a las oportunidades de que

disponían para hacerlo. Yura flageló a las muchachas con palabras duras, pues sabía que luego esas palabras se suavizarían con el perdón. Las perdonaron y se fueron en paz. Sin embargo, cuando en los días subsiguientes se encontraban con Yura, sus rostros no revelaban alegría alguna. No sólo no se acercaron a él para agradecerle su acción noble, sino que hacían lo posible por ignorarle. Esto le aturdió; ¡en modo alguno podía entenderlo! No es que desconocieran la amenaza que había pendido sobre ellas y de la cual se habían librado, pues trabajando como trabajaban en un juzgado no pecaban de ignorancia. Yura no pudo contenerse y abordó a Nina. Le preguntó si estaba contenta del modo en que la cuestión había quedado zanjada. Nina respondió: «¿Contenta? ¿Por qué? Tendré que cambiar de trabajo, pues con el sueldo que gano aquí no podré vivir». A Katia, la más linda de las dos, volvió a invitarla al cine. Katia rehusó: «No, yo me divierto honestamente. Este no es mi modo».

Y con este enigma regresó del viaje y aún seguía cavilando en él. El desagradecimiento de las chicas le hirió profundamente. Sabía que la vida es más complicada de lo que su recto y sincero padre creía: Pero ahora se le antojaba más complicada aún. ¿Qué tendría que haber hecho? ¿No perdonarlas? ¿Silenciar lo de las pólizas repegadas, pasar por alto el fraude? ¿Qué objeto tenía, entonces, todo su trabajo?

Su padre desistió de hacerle más preguntas; y Yura, de muy buena gana, puso punto en boca.

A juzgar también por esta otra historia, que en manos inexpertas se convirtió en agua de borrajas, Pável Nikoláyevich dedujo que, en definitiva, si en la niñez el individuo está desprovisto de columna vertebral, no la tendría ya en toda su vida. Le apenaba enfadarse con su hijo, pero su inquietud por él le irritaba.

Al parecer estuvieron sentados más tiempo del aconsejable. Pável Nikoláyevich sintió frío en las piernas y le entraron enormes deseos de acostarse. Dejó que Yura le besara, le despidió y se encaminó a la sala.

En ella tenía lugar una animada conversación general. El orador principal, que por cierto no tenía voz, era aquel mismo filósofo de buen porte, como un ministro, que solía ir de visita a la sala. Después de operarle la laringe le trasladaron días atrás a la sala de rayos del primer piso. En la parte más visible, en el centro de la garganta, llevaba engastado un aparatito metálico, parecido al broche del pañuelo de los pioneros. El profesor era hombre educado, amable, y Pável Nikoláyevich evitaba por todos los medios ofenderle, ocultarle los escalofríos que provocaba en él el broche de su garganta. Cada vez que hablaba, el filósofo se aplicaba un dedo al aparatito; su voz sonaba amortiguada, semiaudible. Pero era amante del discurso, estaba habituado a él, y después de la intervención se aprovechaba de la facultad que le habían restituido.

Ahora estaba en medio de la sala y con voz sorda, algo más alta que un susurro,

relataba que un antiguo e importante intendente militar tenía la casa llena de vajillas, estatuas, jarrones y espejos recogidos desde hacía tiempo por Europa, objetos a los que más tarde añadió compras hechas en una tienda de antigüedades a una vendedora con la que se había casado.

—Se retiró a los cuarenta y dos años. ¡Tiene una frente ancha como para cortar leña! Pone una mano bajo la solapa del capote y anda como un mariscal. Diréis, ¿está contento con su suerte? Pues no, no lo está. Hay algo que le molesta, y es que el comandante general del Ejército que había tenido vive en una casa en Kislovodsk de diez habitaciones, un fogonero propio y dos automóviles.

Pável Nikoláyevich no halló la historia divertida ni oportuna.

Shulubin tampoco se rio. Miraba a los otros como si le estuviesen robando el sueño.

—Tiene gracia, sí… —opinó Kostoglótov desde su postrada posición—. Pero ¿cómo…?

—¿Y qué les parece esto? Hace unos días el periódico local publicó un artículo —recordó alguien en la sala— acerca de un sujeto que se construyó una casa con fondos del Estado y no se le puso en la picota. Reconoció su «error», entregó el edificio a una institución infantil y se ganó una reprimenda. Y no lo juzgaron.

—¡Camaradas! —explicó Rusánov—. Si se arrepintió, reconoció su error y, además, entregó el edificio a un jardín infantil, ¿para qué adoptar medidas extremas?

—Tiene gracia, sí —arrastrando las palabras, Kostoglótov insistió en su idea—, pero ¿cómo se explica el caso, desde el punto de vista filosófico?

El filósofo hizo un amplio gesto con la mano (con la otra se tocaba la garganta):

—Por desgracia, son vestigios de mentalidad burguesa.

—¿Por qué, precisamente, de «mentalidad burguesa»? —gritó Kostoglótov.

—¿De qué otra pueden ser? —se puso en guardia Vadim. Hoy, que tenía muchas ganas de leer, tenían que haber tramado aquella discusión en la que participaba toda la sala.

Kostoglótov se incorporó de su postrada posición y se recostó en la almohada para ver mejor a Vadim y a los otros.

—Puede tratarse, sencillamente, de codicia humana y no de mentalidad burguesa. *Antes* de la burguesía hubo gentes codiciosas y *después* de la burguesía seguirán existiendo gentes codiciosas.

Rusánov no había llegado a acostarse. Desde su altura, contestó solemne a Kostoglótov.

—Si en tales casos se escarba a fondo, siempre se descubre un origen social burgués.

Kostoglótov movió la cabeza y le espetó.

—¡Todo eso del origen social son pamplinas!

—¡Pamplinas! ¿Qué dice? —Pável Nikoláyevich se echó mano a un costado atacado de dolor punzante. Ni siquiera del Roedor habría esperado tan cínico exabrupto.

—¿Qué pretende insinuar con eso de «pamplinas»? —preguntó también Vadim, curvando sus negras cejas con perplejidad.

—Lo que han oído —rezongó Kostoglótov, y se alzó más sobre la almohada hasta quedar casi sentado—. Necedades que les han embutido en la cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso de que nos han «embutido»? ¿Se hace usted responsable de sus palabras? —gritó estridentemente Rusánov, sin saber de dónde le provenían las fuerzas.

—¿A quién se refiere cuando dice «les»? —preguntó Vadim, que enderezó la espalda y conservó el libro sobre la pierna—. ¡Nosotros no somos *robots*! No aceptamos nada a ciegas.

—¿Y quiénes son esos «nosotros»? —preguntó Kostoglótov con un rictus burlón en su semblante, sobre el que caía un mechón de pelo.

—¡Nosotros! ¡Nuestra generación!

—¿Por qué, entonces, han aceptado como artículo de fe lo del origen social? Eso no es marxismo, sino racismo.

—¿Oyen lo que dice? —Rusánov casi rugió de dolor.

—Sí, y lo repito —añadió, tajante, Kostoglótov.

—¿Le oyen? ¿Le oyen? —Rusánov se tambaleó levemente y, con un movimiento de brazos que abarcó toda la sala, requirió la atención de todos los presentes—. ¡Reclamo testigos! ¡Reclamo testigos! ¡Esto es un sabotaje ideológico!

Entonces Kostoglótov, impetuoso, bajó los pies de la cama. Con un movimiento de ambos codos hizo ante Rusánov un gesto de los más indecentes acompañándolo del juramento más obsceno que suele verse escrito en la mayoría de las tapias:

—¡No es un sabotaje ideológico! ¡Simplemente os…! ¡Hijos de… estáis acostumbrados a tildar de saboteador ideológico a quien discrepa lo más mínimo de vosotros!

Ofendido, ultrajado por aquella chulería rufianesca, por aquella abominable gesticulación y aquel sucio lenguaje, Rusánov se asfixiaba esforzándose por ajustarse las gafas, que se le habían deslizado de su sitio. Kostoglótov continuaba profiriendo gritos que retumbaban en la sala e incluso se oían desde el pasillo (Zoya llegó a acercarse a la puerta para ver si sucedía algo).

—¿Por qué cloquea usted como un charlatán «el origen social», «el origen social»? ¿Sabe lo que se decía en los años veinte? «¡Muéstreme sus callos! ¿Cuál es el motivo de que sus manos estén tan blanquitas y tan suaves?».

—¡Yo he trabajado! ¡He trabajado! —vociferó Rusánov, que distinguía con dificultad a su denostador porque no lograba ajustarse las gafas.

—Le ere… o —berreó execrablemente Kostoglótov—. Le ere… o. Seguro que hasta habrá participado en algún trabajo colectivo voluntario, habrá levantado alguna viga, pero habrá abandonado la faena a mitad de jornada. Pero yo, que quizá sea hijo de un comerciante de tercera categoría, he arrimado el hombro toda mi vida. ¡Mire mis callos! ¿Qué? ¿Soy un burgués? ¿Qué he heredado de mi padre? ¿Acaso diferente clase de eritrocitos o leucocitos? Por eso le digo que su punto de vista no es clasista, sino racista. ¡Y usted es un racista!

Rusánov, injustamente ultrajado, dio un agudo chillido, dijo algo a Vadim expresando su viva indignación, pero no se levantó. El filósofo movía con desaprobación su voluminosa cabeza bien modelada y peinada con sumo esmero. ¿Quién iba a escuchar su quebrantada voz?

No obstante, se acercó a Kostoglótov y, mientras este recuperaba el aliento, tuvo tiempo de susurrarle:

—¿Conoce usted la expresión «proletario de origen»?

—Sí, ¡pero aunque diez abuelos suyos hayan sido proletarios, si él no trabaja, deja de ser proletario! —se desgañitó Kostoglótov—. ¡Y se convierte en una alimaña, no en un proletario!, pendiente sólo de que le concedan la pensión personal. Se lo he oído decir —y al ver que Rusánov abría la boca, siguió atizándole sin compasión—: ¡Usted no siente amor por la patria, sólo por la pensión! Quiere recibirla cuanto antes, ¡a los cuarenta y cinco años! ¡Y yo que fui herido en los combates de Vorónezh, que nada poseo aparte de mis botas remendadas, amo de verdad a mi patria! ¡Yo, que por estos dos meses de baja no cobraré nada, seguiré amándola igual!

Gesticulaba con sus largos brazos y casi tocaba a Rusánov. De repente, el ardor de la disputa era el mismo que había mostrado en las discusiones que se suscitaban en la prisión. De ellas rebotaban ahora hacia él las frases y argumentos oídos en otra época a personas que probablemente ya no estarían vivas. En su arranque de cólera, su mente se ofuscó, y la estrecha sala cerrada, repleta de lechos y de personas, le pareció la celda de una cárcel. Por eso los juramentos acudían prestos a su boca; por eso estaba dispuesto a pelearse allí mismo si fuese necesario.

Comprendiendo esto, sabiendo que Kostoglótov era muy capaz de asentarle la mano en pleno rostro, ante su ira e impetuosidad, Rusánov se retuvo aunque sus ojos reflejaban una cólera arrebatada.

—¡La pensión para mí está de más! ¡No la necesito! —vociferaba Kostoglótov como fin de su alegato—. ¡Soy más pobre que las ratas y me enorgullezco de serlo! ¡No tengo ambiciones! ¡Ni siquiera anhelo un salario elevado! ¡Lo desdeño!

—¡Eh, eh! —interrumpió el filósofo—. El socialismo estipula un sistema diferencial de salarios.

—¡Váyase al cuerno con su sistema diferencial! —Kostoglótov se enfureció—. Entonces, ¿qué? En el camino hacia el comunismo, ¿deben los privilegios de unos

incrementarse frente a los privilegios de otros? ¿Es que para llegar a ser iguales hay que establecer antes la desigualdad? ¿Y a eso llaman ustedes dialéctica?

Gritaba y sus gritos le producían dolor más arriba del estómago y endurecían su voz.

Vadim pretendió intervenir varias veces, pero Kostoglótov no le dejó meter baza, pues sacaba a relucir más y más argumentos, lanzándolos como la esfera que derriba los palos en el juego de bolos.

—¡Oleg! —Vadim intentó detenerle de nuevo—. ¡Oleg! Nada más fácil que criticar a una sociedad que acaba de fundarse. No hay que olvidar que sólo tiene cuarenta años de existencia no cumplidos.

—¡Tampoco yo tengo más años! —respondió con viveza Kostoglótov—. ¡Y siempre seré más joven que esta sociedad! ¿Se espera por ello que guarde silencio toda mi vida?

Deteniéndole con un gesto de la mano, suplicando compasión para su laringe, el filósofo murmuró frases persuasivas sobre la diferente aportación en el trabajo de quienes friegan el suelo de la clínica y de las personas que dirigen los servicios de Sanidad.

A estas palabras aún habría vociferado Kostoglótov algo descabellado, pero, inesperadamente, desde su retirado rincón de la puerta, se destacó Shulubin, olvidado de todos. Se arrastró hacia ellos con pasos torpes, con su aspecto desaliñado y la bata zarrapastrosa, como quien accidentalmente se levanta de la cama por la noche. Todos se asombraron al verle. Ante el filósofo, alzó un dedo y, en medio del silencio de la sala, le preguntó:

—¿Recuerda usted lo que prometían las «tesis de abril»? El director de Sanidad no debería cobrar más que Nelia.

Y cojeando volvió a su rincón.

—¡Ajá! ¡Ajá! —exclamó con regocijo Kostoglótov por el inesperado apoyo. ¡El viejo le había echado una manita!

Rusánov se había sentado dándoles la espalda. Le era imposible seguir mirando a Kostoglótov. En cuanto a la repulsiva lechuza del rincón, no en vano había sentido Pável Nikoláyevich inquina contra él desde un principio. No podía haber expresado una idea más brillante. ¡Equiparar al director de Sanidad con una fregona!

Todos se dispersaron de golpe y Kostoglótov ya no halló con quién proseguir la discusión.

Vio que Vadim, que no había abandonado la cama durante la disputa, le hacía una seña para que se aproximara a él. Le invitó a sentarse a su lado y, sin alzar la voz, trató de hacerle comprender:

—Su sistema de evaluación es erróneo, Oleg. Y se equivoca porque compara el presente con el futuro ideal. Compárelo con las llagas y la podredumbre que

constituyeron la historia de la Rusia predecesora al año 17.

—Yo entonces no vivía y lo desconozco —Oleg bostezó.

—No es preciso haber vivido para estar perfectamente enterado. Lea a Saltykov-Shedrín[27] y no precisará otros manuales.

Kostoglótov volvió a bostezar, no quiso discutir más. El ejercicio de sus pulmones había dañado su estómago o su tumor. Eso representaba que no podía hablar a gritos.

—¿Ha servido en el Ejército, Vadim?

—No. ¿Por qué?

—¿Cuál fue el motivo?

—En nuestro Instituto se efectuaba un adiestramiento militar superior.

—¡Ah!… Pues yo serví siete años como sargento. Nuestro Ejército se denominaba entonces «de Obreros y Campesinos». El jefe de sección cobraba veinte rublos y el comandante de compañía seiscientos, ¿entendido? En el frente, los oficiales recibían una ración extra: galletas, mantequilla, conservas. Y se ocultaban de nosotros cuando comían, ¿entendido? Se avergonzaban. Y nosotros construíamos sus blindajes antes que los nuestros. Yo entonces era sargento, lo repito.

Vadim frunció el ceño.

—¿Con qué finalidad me cuenta todo eso?

—Para que se dé cuenta de dónde se encuentra entre nosotros la mentalidad burguesa, ¿*Quién* cree que la tiene?

Aparte de lo que acababa de decir, Oleg ya había despotricado hoy en demasía, lo suficiente para serle aplicado un artículo del Código Penal. Pero sentía cierto amargo desahogo, pues muy poco podía perder.

Bostezó sonoramente una vez más y se dirigió a su lecho. Dio otro bostezo y otro.

¿Por cansancio o por causa de la enfermedad? ¿O porque aquellas disputas y controversias, aquellas palabras intercambiadas, aquellos ojos sañudos y malignos se le antojaron de pronto el chapoteo en una ciénaga, que no admitía en absoluto parangón con sus enfermedades, con su expectación ante la inminencia de la muerte?

Le habría gustado abordar algo completamente distinto, algo puro, inquebrantable.

Pero Oleg no tenía idea de dónde existiría tal cosa.

Aquella mañana recibió otra carta de los Kadmin. Entre otros asuntos, el doctor Nikolái Ivánovich aludía al origen del dicho «Una palabra suave quiebra hasta los huesos». En el siglo XV existía en Rusia el llamado *Compendio razonado*, especie de colección de crónicas manuscritas. Narrábase en él la historia de un tal Kitovrás (Nikolái Ivánovich era versado en temas antiguos). Kitovrás vivía en un remoto desierto y sólo podía caminar en línea recta. El rey Salomón le atrajo con engaños y le aprisionó con cadenas. Le llevaron a tallar piedras. Pero Kitovrás únicamente

caminaba en línea recta y cuando le conducían por las calles de Jerusalén derribaban las casas para despejar el camino. Se topó con la casucha de una viuda. Esta rompió en llanto, implorando a Kitovrás que no destruyeran su mísera casita. Su ruego fue escuchado. Kitovrás empezó a doblarse, a encogerse, a contorsionarse, procurando evitar la casita, y se quebró una costilla. Pero dejó la casa intacta y fue entonces cuando dijo: «Una palabra suave quiebra hasta los huesos, pero una palabra dura suscita la ira».

Y Oleg ahora reflexionaba: «Comparados con el tal Kitovrás y con los cronistas del siglo XV, por rudos que fuesen, nosotros somos unos lobos».

¿Quién, en nuestros tiempos, sacrificaría una costilla en respuesta a una palabra suave?…

Los Kadmin no daban comienzo a su carta con esta historia. (Oleg la sacó a tientas de la mesilla). Le escribían:

«Querido Oleg:

Sufrimos una pena muy grande.

Han matado a *Escarabajo*.

El consejo municipal ha contratado a dos cazadores para que recorran las calles y rematen a los perros. Y han andado por ahí disparando contra ellos. Ocultamos a *Tóbik*, pero *Escarabajo* se soltó y se puso a ladrarles. ¡Él, como si lo presintiera, siempre había temido hasta el objetivo de la cámara fotográfica! Le dispararon en un ojo y cayó al borde de la acequia, quedando su cabeza suspendida sobre ella. Cuando nos acercamos a él aún se convulsionaba. ¡Era espantoso ver su enorme corpachón crispado por los espasmos!

Nos parece que la casa ha quedado vacía. Y en nuestro interior late un sentimiento de culpabilidad ante *Escarabajo* por no haberlo sabido retener, por no haberlo ocultado.

Le hemos dado sepultura en un rincón del jardín, próximo al cenador…».

Oleg, acostado, se imaginaba a *Escarabajo*. No era precisamente muerto como se lo representaba, con el ojo sanguinolento y la cabeza colgando del bordillo de la acequia. Veía sus dos patas y su descomunal, bondadosa y entrañable cabeza de orejas ursinas obstruyendo la ventana de su casucha cuando iba a verle y le pedía que le abriese la puerta.

30

En sus setenta y cinco años de vida, y en el medio siglo que llevaba curando enfermos, el doctor Oreschenkov no llegó a edificarse una mansión de piedra, pero sí se compró, allá por los años veinte, una casita de madera de un solo piso con jardincillo. Y desde entonces vivía en ella. La casita se alzaba en una calle tranquila que no sólo era una espaciosa avenida, sino que tenía también anchas aceras que separaban las casas de la calzada unos buenos quince metros. En el siglo pasado plantaron en las aceras árboles de tronco grueso cuyas copas formaban en estío una continuada techumbre verde. La base de cada árbol se veía esmeradamente cavada, limpia y protegida con una rejilla de hierro. En los días de mucho calor, la gente caminaba por allí sin sentir la rigurosidad del sol. Además, al borde de la acera corría el agua fresca del canal de riego, cubierto con losas. Esta calle circunvalatoria abarcaba la zona más bella de la ciudad y constituía, al propio tiempo, uno de sus mejores ornatos. (Sin embargo, en el consejo municipal se murmuraba que aquellas casitas de un solo piso estaban demasiado espaciadas unas de otras, que las líneas de comunicación resultaban gravosas y que había llegado el momento de derribarlas para construir en su lugar edificios de cinco pisos).

La parada del autobús quedaba lejos de la casa de Oreschenkov. Por eso Liudmila Afanásievna se dirigía caminando hacia ella. Era una tarde sumamente templada, seca. Aún no había anochecido y se apreciaba cómo los árboles, en los inicios de su tierna renovación —en unos más acentuada que en otros—, se disponían a pasar la noche. Los álamos, como cirios, no ofrecían aún signo alguno de verdor. Pero Dontsova iba mirando al suelo, no a las alturas. Esta primavera no le deparaba alegrías, sólo incertidumbre. Era una incógnita lo que sería de Liudmila Afanásievna en el plazo de tiempo que esos árboles precisaban para cubrirse de hojas, para que estas amarillearan y cayeran de las ramas. Antes también, había vivido tan ajetreada que nunca pudo detenerse, alzar la cabeza y entornar los ojos para contemplar lo que la rodeaba.

La pequeña casa de Oreschenkov tenía una portezuela y, junto a ella, la puerta principal con agarradero de cobre y resistentes entrepaños piramidales de madera a la vieja usanza. En casas como aquella era frecuente que las antiguas puertas estuviesen condenadas, y es preciso entrar por la portezuela lateral. Pero en esta los escalones de

piedra que conducían a la puerta de la casa no se veían cubiertos de hierba y musgo. Como en épocas pasadas, la placa de cobre estaba pulcramente limpia y, grabado en sesgada caligrafía, se leía en ella: «*Doctor D. T. Oreschenkov*». Tampoco el dispositivo del timbre estaba inservible por el abandono.

Liudmila Afanásievna presionó el botón. Se oyeron pasos y Oreschenkov mismo franqueó la entrada. Vestía un traje color castaño, usado (que en algún tiempo fue bueno), y llevaba desabrochado el cuello de la camisa.

—¡Ah, Liúdochka! —exclamó con sutil elevación de las comisuras de los labios, que en él significaba la más amplia de las sonrisas—. ¡La esperaba, la esperaba! Pase. Me alegro de verla. Bueno, me alegro y no me alegro, porque un motivo grato no la induciría a visitar a un anciano.

Ella le había telefoneado solicitando su permiso para visitarle. Habría podido exponerle su ruego por teléfono, pero hubiese sido descortés. Con aire culpable intentaba ahora convencerle de que igualmente habría ido a verle sin mediar ningún hecho desgraciado. Él no consintió que se despojara ella sola del abrigo.

—¡Permítame, permítame! Todavía no soy una ruina.

Colgó el abrigo en el clavo de madera de la larga, oscura y bruñida percha dispuesta para recibir a numerosos visitantes o invitados, y la condujo por el piso de tersa madera. Atravesando un pasillo pasaron de largo junto a la mejor y más clara estancia de la casa, en la que había un piano con la tapa levantada y las partituras abiertas, lo cual daba al ambiente un aire alegre. Allí vivía la nieta mayor de Oreschenkov. Cruzaron el comedor, cuyas ventanas, que daban al patio, estaban obstruidas a la sazón por el ramaje sarmentoso y todavía seco de una parra. Había en él una costosa radiogramola de considerable tamaño. Después pasaron al gabinete, rodeado en su totalidad por estanterías para libros y amueblado con una antigua y maciza mesa-escritorio, un viejo sofá y cómodos sillones.

—Me parece, Dormidont Tíjonovich —Dontsova recorrió las paredes con entornados ojos—, que tiene más libros que antes.

—No, no —Oreschenkov movió imperceptiblemente su voluminosa cabeza, que parecía moldeada en bronce—. Aunque, en verdad, recientemente he comprado un par de decenas. ¿Y sabe a quién? —miró con alborozo—. A Aznachéyev. Se ha jubilado, ¿sabe?, pues ya tiene sesenta años. El mismo día de su jubilación se puso en claro que nunca fue radiólogo de vocación, que no deseaba relacionarse ni un día más con la medicina. Dijo que siempre había sido un inveterado apicultor y que en adelante sólo se ocuparía de las abejas. ¿Cómo explicarse eso, eh? Si te sientes apicultor, ¿por qué has desperdiciado los mejores años de tu vida?… Bien, ¿dónde quiere sentarse, Liúdochka? —preguntó a la canosa Dontsova, abuela ya. Y él mismo decidió por ella—. Aquí, en este sillón, estará cómoda.

—No quisiera prolongar la visita, Dormidont Tíjonovich. Sólo he venido por

breves instantes —explicó Dontsova, aunque se dejó caer hondamente en la blanda butaca.

En el acto la invadió la tranquilidad y casi la certidumbre de que la decisión más acertada posible sería adoptada allí, en aquel momento. La carga de permanente responsabilidad, la carga de sus deberes directivos en el trabajo y la carga de la elección que debía hacer con su propia vida se habían desprendido de sus hombros cuando se vio en el pasillo junto a la percha. Pero ese sobrepeso se desvaneció por completo en el instante mismo en que se hundió en el sillón. Y ahora, totalmente sosegada, paseaba sus ojos serenos por el gabinete, que ya le era conocido, mirando enternecida el viejo lavabo de mármol del rincón, que no era moderno, sino un simple aguamanil con la jofaina debajo para recoger las aguas. Pero todo estaba cubierto y muy limpio.

Luego miró directamente a Oreschenkov, congratulándose de que viviera, de que existiera, porque tomaría sobre sí la inquietud que a ella la embargaba. Él continuaba de pie, erguido, sin que se apreciara en él tendencia alguna a encorvarse. Sus hombros y su cabeza conservaban la misma disposición firme y gallarda. Siempre aparentó ese aplomo, como si curando a sus semejantes estuviera absolutamente inmune a las enfermedades. Del centro del mentón le caía, como chorrito de plata, una pequeña y recortada barbita. Todavía no estaba calvo ni había encanecido del todo, y sus cabellos, peinados con raya y casi lisos, parecían haber cambiado poco al paso de los años. Su rostro era de los que no se alteran por las emociones, que se mantienen inmutables, tranquilos, cada uno de sus rasgos en su lugar. Tan sólo las cejas, enhiestas como arcos abovedados, expresaban la totalidad de sus emociones mediante imperceptibles y leves mudanzas.

—Liúdochka, ha de disculparme, pues me sentaré a mi mesa. No se considere en consulta formal. Sencillamente, estoy habituado a este sitio.

¡Cómo no iba a estar habituado a él! Hubo tiempo en que frecuentemente, casi a diario, acudían los enfermos a consultarle a aquel gabinete. Después, con menos frecuencia. No obstante, aún en la actualidad recibía visitas de enfermos. En él tuvieron lugar, a veces, penosas y largas conversaciones de las que dependía el futuro. En el transcurso de la conversación podían quedar grabados para toda la vida en la memoria el verde paño de la mesa bordeado por un marco de roble castaño oscuro, o el antiguo cortapapeles de madera, o la espátula niquelada para examinar la garganta, o el calendario de hojas movibles, o el tintero de tapa de cobre, o el fortísimo té de oscuro color almagrado que iba enfriándose en el vaso. El doctor se sentaba tras el escritorio y ocasionalmente se levantaba para dirigirse al lavabo o a las estanterías de libros, a fin de dar una tregua al paciente, de librarle de su mirada, dándole ocasión para reflexionar. El doctor Oreschenkov jamás desviaba la vista sin razón justificada. Sus ojos reflejaban constante admiración hacia el paciente o el

visitante; no desperdiciaban un momento de observación y nunca se distraían mirando a la mesa o a los papeles. Eran el instrumento fundamental con que estudiaba a los pacientes y alumnos, con que les transmitía sus decisiones y su voluntad.

Dormidont Tíjonovich sufrió innumerables persecuciones a lo largo de su vida: en 1902 (fue encarcelado una semana, junto con otros estudiantes), por actividades revolucionarias; después, porque su difunto padre había sido sacerdote; luego, porque fue médico de brigada del ejército zarista durante la primera guerra imperialista. En verdad, no sólo porque fue oficial del ejército zarista, sino porque, como certificaron los testigos, en un momento de pánico en que su regimiento huía a la desbandada, saltó al caballo, contuvo a los que huían y los condujo de nuevo a aquella pelea imperialista, a la lucha contra los obreros alemanes. De todas las persecuciones de que fue víctima, la más persistente e inflexible la sufrió por defender con tesón su derecho a la práctica privada de la medicina, pese a la rigurosa prohibición, que entonces se consideraba empresa particular y fuente de enriquecimiento, así como actividad divorciada de todo trabajo honesto, susceptible en todo momento de contribuir al resurgimiento de la burguesía. Largos años tuvo que prescindir de su placa y rechazar a los enfermos en la puerta de su casa por mucho que le imploraran y por mal que se encontrasen: en las inmediaciones se apostaban espías de la sección de Hacienda, voluntarios unos y pagados otros, y porque, además, ni los mismos pacientes eran capaces de guardar la debida discreción. El doctor se exponía a perder toda posibilidad de empleo y quizá también su vivienda.

Precisamente lo que en más estima tenía era el derecho al libre ejercicio de su profesión. Sin aquella placa grabada en la puerta vivió como en la ilegalidad, como bajo nombre supuesto. Fiel al principio que sustentaba, no había defendido las tesis de licenciatura y doctorado, alegando que las disertaciones más doctas no presuponen en modo alguno garantía de éxito en la terapéutica cotidiana, que el paciente se siente más violento si su médico es profesor y que el tiempo que se invertía en la elaboración de la tesis era preferible emplearlo en el estudio de alguna otra rama de la medicina. Durante los treinta años que Oreschenkov colaboró en el Instituto de Medicina local, prestó servicios en las clínicas de medicina general, de pediatría, de cirugía, de enfermedades infecciosas, de urología e incluso en la de oftalmología. Sólo después de pasar por todas ellas se convirtió en médico radiólogo y oncólogo. Con un milimétrico encogimiento de labios exponía su opinión sobre los «eméritos hombres de ciencia». Solía decir que si a un individuo le proclaman en vida «científico» y «emérito» por añadidura, acaban con él como médico. El honor y la gloria, que de por sí son una traba en la práctica de la medicina, dificultan los movimientos como una vestimenta excesivamente suntuosa. El científico emérito va siempre acompañado de un séquito, y se ve desprovisto del derecho a equivocarse,

del derecho a desconocer algo, del derecho, incluso, a meditar cuando se halla indeciso. Tal vez esté hastiado, o se haya rezagado de su tiempo y lo oculte, lo cual no es óbice para que todos esperen milagros de él.

Oreschenkov no ambicionaba nada de eso. Sólo quería su plaquita de cobre en la puerta y el timbre al alcance del que se acercara a ella.

Se dio la feliz circunstancia para Oreschenkov de que pudo salvar la vida del agonizante hijo de una destacada personalidad local. En otra ocasión salvó a otra encumbrada personalidad, y varias veces más curó a miembros de relevantes familias. Todo ello en la misma ciudad, pues nunca se desplazó. Como resultado, se creó una reputación favorable en los círculos influyentes y cierta aureola protectora a su alrededor. Quizás en una ciudad netamente rusa eso no hubiera paliado en nada la situación; pero en el Oriente, más tolerante, sabían hacer la vista gorda, y él colgó de nuevo su placa y volvió a recibir a algunos pacientes. Después de la guerra dejó de trabajar en un empleo estable, aunque siguió participando en las consultas de varias clínicas y asistiendo a las conferencias de las sociedades científicas. De este modo, desde que cumplió los sesenta y cinco años, hacía resueltamente la vida que él consideraba cabal en un médico.

—Pues bien, Dormidont Tíjonovich, he venido a rogarle que, si le es posible, vaya a hacerme un examen del aparato digestivo. Podemos señalar el día que más le convenga…

Su aspecto era macilento, su voz apagada. Oreschenkov la contemplaba firme, fijamente.

—¡No faltaba más! Ya nos pondremos de acuerdo respecto al día. De todos modos, explíqueme ahora los síntomas y dígame su propia opinión.

—Los síntomas se los diré al instante. En cuanto a mi opinión, ¿qué puedo decirle? Procuro *no pensar* en ello, lo cual quiere decir que cavilo demasiado y me paso las noches sin dormir. ¡Cuánto mejor hubiera sido no saber nada! ¡En serio! Decida usted, y si es preciso hospitalizarme, me hospitalizaré sin querer saber nada más. Si tuviera que operarme preferiría no conocer el diagnóstico. Así, en la intervención, no estaría en condiciones de comprender lo que harán conmigo ni de apreciar lo que me extirpen. ¿Me comprende?

Ya fuera por las grandes dimensiones del sillón o por la postración de sus hombros, no aparentaba en aquel momento ser la mujer corpulenta y de elevada estatura que en realidad era. Se había encogido.

—Sí, quizá la comprenda, Liúdochka. Mas no comparto su opinión. ¿Por qué motivo menciona usted de buenas a primeras la operación?

—Bueno, debo estar prevenida para todo…

—¿Y puede saberse por qué no ha venido antes? Usted, mejor que nadie, comprende que las enfermedades no deben abandonarse.

—¡Lo sé, Dormidont Tíjonovich! —suspiró Dontsova—. Pero esta vida tan ocupada, tan ajetreada siempre… ¡Claro que debería haber venido antes…! Pero no crea que he dejado pasar tanto tiempo —objetó ella misma a sus anteriores palabras. Recobró sus modales dinámicos—. ¿Por qué tamaña injusticia? ¿Por qué precisamente a mí, a una oncóloga, ha tenido que atraparme una enfermedad oncológica, conociendo como las conozco todas, cuando sé los efectos, sus consecuencias y complicaciones?…

—No hay tal injusticia —su voz de bajo sonó mesurada y persuasiva—. Todo lo contrario. Es justo en sumo grado. La mejor prueba a que puede ser sometido un médico es el padecimiento de las enfermedades en que está especializado.

(¿Dónde estaba ahí la justicia? ¿Dónde la mejor de las pruebas? Razonaba así porque no era él quien había enfermado).

—¿Recuerda usted a la enfermera Pania Fiódorovna? Solía decir: «¡Oh, me estoy volviendo poco amable con los pacientes! Ya es hora de que me hospitalice otra vez…».

—¡Jamás imaginé que sufrieran así! —Dontsova hizo crujir sus entrelazados dedos.

Y eso que en este momento su angustia era menor que en los últimos tiempos.

—Y bien, ¿qué síntomas se observa?

Comenzó a explicárselos en líneas generales y él la conminó a hablar con precisión.

—¡Dormidont Tíjonovich, no pretendía ocuparle la tarde entera del sábado! Si de todas maneras ha de ir a reconocerme por rayos…

—¿Olvida lo hereje que soy? ¿Que cuando se inventaron los rayos X ya llevaba veinte años trabajando? ¡Y qué diagnósticos establecíamos! Muy sencillos: no despreciar ningún síntoma, ordenarlos por orden de aparición. Buscar el diagnóstico en el cual encajen todos los síntomas. ¡Oh, querida! ¡Aquellos sí que eran diagnósticos! Sucede como con el exposímetro de la cámara fotográfica o con el reloj: cuando se dispone de ellos se pierde totalmente la costumbre de fijar a ojo la exposición o de conocer la hora por intuición. Pero cuando se está desprovisto de ellos, uno pronto se habitúa a prescindir de sus servicios. Si se hicieran menos análisis, los médicos lo tendrían más difícil, pero los enfermos más fácil.

Dontsova le expuso los síntomas, agrupándolos y diferenciándolos, forzándose a sí misma a no omitir los pormenores susceptibles de inducir a un diagnóstico grave (aunque le habría gustado pasar involuntariamente algo por alto y oírle decir: «No es nada serio, Liúdochka, nada serio»). Se refirió a la composición de su sangre, poco satisfactoria, y a la velocidad de sedimentación, harto elevada. La escuchó sin interrumpirla y le hizo otras preguntas. A veces asentía con la cabeza, como indicando que lo que le contaba era fácilmente comprensible, natural, que tales

síntomas podía tenerlos cualquiera, sin embargo no dijo: «No es nada serio». A Dontsova le asaltó la idea de que si el diagnóstico fuese malo él se comportaría de modo muy distinto y que podía aventurarse a preguntarle inmediatamente su parecer sin esperar a que la mirara por rayos. Pero, aparte de que fuera o no correcto reclamar de él una respuesta un tanto prematura, la aterrorizaba conocer de improviso cualquier probabilidad. ¡Necesitaba una moratoria, unos días de espera para serenarse!

Por muy amistosamente que charlaran siempre al encontrarse en las conferencias científicas, había ido allí a confesarle su enfermedad como si se tratase de un delito: ¡el nexo de igualdad que los unía saltó bruscamente! No, no era justamente igualdad lo que existía entre ambos, pues no puede haberla entre mentor y alumno, sino algo más incisivo. Con su confesión se excluía del ilustre gremio de los médicos y pasaba al mísero y supeditado gremio de los pacientes. Cierto que Oreschenkov no la instó a someterse en el acto a un reconocimiento. Prosiguió conversando con ella como con un invitado. Parecía proponerle que fuese miembro de ambos gremios a la vez. Pero estaba demasiado maltrecha para conservar su anterior firmeza.

—En realidad, Vérochka Gángart es en la actualidad una patóloga tan competente que podría confiar plenamente en ella —Dontsova lanzó las palabras con la rapidez adquirida en su densa jornada de trabajo—. Pero, puesto que puedo contar con usted, Dormidont Tíjonovich, he decidido…

Oreschenkov la miraba sin quitar los ojos de ella. Ahora Dontsova no le apreciaba bien, pero ya hacía unos dos años que venía advirtiendo en su firme mirada cierta vislumbre de renunciación. Había aparecido justo después de la muerte de su esposa.

—Así, si se ve en la precisión de tomar la baja en el trabajo, ¿será Vérochka la que ocupe su puesto?

(«¡Tomar la baja en el trabajo!». ¡Había encontrado la frase más benigna! ¿Querría significar con ella que nada grave padecía?).

—Sí. Tiene la preparación que se requiere y la suficiente capacidad para dirigir el departamento.

Oreschenkov asintió y echó mano a su fluida barbita:

—Sí, es competente, en efecto, pero ¿no se casa?

Dontsova denegó con la cabeza.

—Lo mismo que mi nieta —y pasó innecesariamente a hablar en un susurro—. No encuentra a ninguno de su agrado. La empresa no es nada fácil.

Los ángulos de sus cejas reflejaron, mediante sus mutaciones, la preocupación que sentía.

Hizo hincapié en que el reconocimiento de Dontsova no debía diferirse y decidieron efectuarlo el lunes.

(¿Por qué se apresuraba tanto?…).

Adivinó esa pausa, ese instante oportuno, tal vez, de levantarse, dar las gracias y despedirse. Y Dontsova se levantó. Pero Oreschenkov se obstinó en que tomara un vaso de té con él.

—No, no me apetece. ¡De verdad! —afirmó Liudmila Afanásievna.

—¡Pues a mí, sí! Es la hora exacta de mi té.

¡Y así tiró, tiró de ella sacándola de la categoría de los pacientes-infractores e introduciéndola en la de los sanos-desesperanzados!

—¿Sus jóvenes están en casa?

Esos «jóvenes» tenían tantos años como Liudmila Afanásievna.

—No. Mi nieta tampoco. Estoy solo.

—¿Y encima va a andar usted cocinando para mí? ¡No puedo consentirlo!

—No, no tengo necesidad de preparar nada. El termo está lleno y, en cuanto a esas pastas y demás platitos que hay en el aparador, usted se encargará de sacarlos.

Pasaron al comedor y empezaron a tomar el té en una esquina de la mesa cuadrada de roble, en la que podía danzar con holgura un elefante y que, quizá, no cabría por ninguna de las puertas. El reloj de pared, también antiguo, marcaba una hora todavía temprana.

Dormidont Tíjonovich se puso a hablar de su nieta, su preferida. Acababa de terminar los estudios en el conservatorio, tocaba maravillosamente y era inteligente (poco frecuente en los músicos) y atractiva. Enseñó a Liudmila Afanásievna una fotografía reciente de ella y siguió charlando sin caer en la locuacidad, sin pretender ocupar la atención de Liudmila Afanásievna con el tema de su nieta. Esa atención no estaba en condiciones de prestársela íntegramente a nada porque estaba hecha pedazos y no se podía acoplar en un todo indivisible. Le causaba extrañeza estar allí sentada tomando despreocupadamente el té en compañía del hombre que tenía ya noción de la magnitud del peligro en que se hallaba, que quizá preveía el ulterior curso de la enfermedad y que, sin embargo, no soltaba palabras sobre el particular. Su afán se centraba en ofrecerle pastas.

Tenía un motivo más para explayarse con él. No atañía a su divorciada hija —causa de demasiados sinsabores—, sino a su hijo. Al concluir la octava clase de la escuela secundaria, llegó a la conclusión de que no tenía sentido seguir estudiando. Y así se lo comunicó a sus padres, quienes no hallaron argumentos que influyeran en él. Todos rebotaban en su cabeza. «¡Hay que ser una persona instruida!». «¿Para qué?». «La educación y la cultura son de suma importancia en la vida». «Lo más importante en la vida es divertirse». «Pero ¡sin instrucción no obtendrás una buena especialización!». «No la necesito». «Entonces, ¿te conformas con ser simple obrero?». «No, no pienso trabajar como un burro». «¿Y de qué vivirás?». «Siempre encontraré algo. Sólo se precisa maña». Alternaba con amigos nada recomendables y Liudmila Afanásievna estaba alarmada.

Por la expresión de su semblante, podía decirse que no era la primera vez que Oreschenkov escuchaba historia semejante, aunque nadie se la hubiese contado.

—El caso es —respondió— que, aparte de otros, hemos privado a la juventud de un preceptor de primordial importancia. ¡Del médico de cabecera! Es de vital necesidad que las chiquillas de catorce años y los muchachos de dieciséis charlen con el médico. Pero no desde los pupitres de las aulas, ante unas cuarenta personas (que ni aun así lo hacen), ni en el gabinete médico de la escuela, donde la consulta de cada alumno dura tres minutos. Deben hablar con el doctor de su confianza, al que casi consideran un «tío», porque están acostumbrados desde la niñez a mostrarle la garganta, a verle sentado a su mesa tomando el té. ¿Qué ocurriría si, de pronto, ese ecuánime tío-médico, bondadoso y severo, imposible de sobornar con caprichos ni marrullerías como los padres, se encerrase con ellos en el departamento y entablara con cautela una insólita conversación, a la vez embarazosa e interesante, en la que el médico, sin necesidad de interrogarles, fuera acertando inexplicablemente todo y les brindara la respuesta y la solución a las cuestiones más trascendentales y difíciles? ¿Y luego, tal vez, los invitara a una segunda conversación como aquella? Seguramente no sólo los pondría en guardia contra posibles errores, contra falsos impulsos, contra la ruina de sus cuerpos, sino que gracias a él obtendrían una visión más límpida y moderada del mundo y de la vida. En cuanto sean comprendidos en su principal inquietud y en su principal búsqueda, dejarán de considerarse tan desesperadamente incomprendidos en otros aspectos. Desde ese momento, cualquier argumento de sus padres será para ellos mucho más convincente.

Oreschenkov platicaba con voz sonora y agradable, no cascada aún por la edad. Miraba con ojos perspicaces, cuya viva expresividad convencía anticipándose a las palabras. Pero Dontsova fue advirtiendo que gradualmente la iba abandonando la dulce calma que había atemperado su ánimo en el instante de tomar asiento en el sillón del gabinete; que una especie de lupia, de algo angustioso, se le subía al pecho causándole una sensación de extravío, de que perdía algo mientras oía la sensata plática del doctor, y que la instigaba a levantarse, a irse y a apresurarse, aunque ignoraba por qué, adonde ni para qué.

—Tiene razón —admitió Dontsova—. Hemos descuidado la educación sexual.

Oreschenkov se había percatado de la momentánea ambigüedad, del inquieto desasosiego reflejados en el rostro de Dontsova. Sin embargo, para que el próximo lunes pudiera situarse tras la pantalla de rayos no había que hablarle de los síntomas de su enfermedad, una y otra vez, en ese sábado por la tarde. Ella tampoco lo deseaba, sino distraerse con la charla.

—En general, la figura del médico de cabecera es de lo más consolador en la vida, pero ha sido desarraigada. La búsqueda del médico es algo íntimo, como la búsqueda del marido o la mujer. Hoy día es incluso más fácil encontrar una buena

esposa que un médico.

Liudmila Afanásievna arrugó la frente.

—Sí, desde luego. Pero ¿cuántos médicos de cabecera se necesitarían? No encajan en nuestro sistema nacional de asistencia médica pública y gratuita.

—Asistencia médica pública, tal vez. Pero no gratuita —refutó Oreschenkov, convencido de sus palabras.

—Precisamente su carácter gratuito constituye nuestro más sustancial logro.

—¿Es, en realidad, un logro? ¿Qué significa «gratuita»? La diferencia reside en que no reciben sus honorarios de mano del paciente, sino que proceden del presupuesto nacional. Pero este presupuesto es aportado por los mismos pacientes. De este modo, la asistencia médica no es gratuita, sino despersonalizada. Actualmente no conocemos la cantidad que los enfermos estarían dispuestos a pagar por una acogida cordial. Las normas de rendimiento y el reloj reinan por todas partes y ¡que pase el siguiente! ¿Por qué va la gente al médico? A por un certificado, a por una baja en el trabajo, a la búsqueda de una pensión de invalidez, y el médico ha de adivinar la intención. El enfermo y el médico son como enemigos. ¿Acaso eso es medicina?

Los síntomas, siempre los mismos, se acumulaban en su cabeza y se colocaban para formar una hilera con los peores…

—No digo que la asistencia médica en su totalidad deba ser de pago; pero la primaria, la del médico de cabecera, sin ningún género de dudas. Ahora bien, cuando al enfermo se le prescriba hospitalización y tratamiento con aparatos complicados, es justo que entonces se le cure gratuitamente. Considere también otro aspecto de la cuestión, que ocurre en cada clínica. ¿Por qué las operaciones están a cargo de un par de cirujanos, mientras los otros los miran boquiabiertos? ¿Por qué, de todos modos, cobran su salario aunque no arrimen el hombro? Si recibiesen los honorarios de manos de los pacientes, ni uno solo de estos reclamaría sus servicios. Su Jalmujamédov y su Pantiójina tendrían que liar el hato. De un modo u otro, Liúdochka, el doctor debe depender de la impresión que produzca en los enfermos. De su popularidad.

—¡No permita Dios que tengamos que depender de todos los pacientes! De cualquier liante…

—¿Es preferible depender del médico jefe? ¿Por qué ha de estimarse más honesto recibir el salario en caja, como un funcionario?

—Hay enfermos meticulosos que importunan con sus preguntas teóricas, ¿hay que contestarlas todas?

—Sí. Se les debe responder a todo.

—¿De dónde sacaría tiempo para cumplir todas mis obligaciones? —replicó Dontsova, excitada e interesada en la conversación. Él estaba allí muy bien, paseándose en pantuflas por la estancia—. ¿Tiene una idea del ritmo de trabajo que

hoy predomina en las instituciones médicas? Usted no ha llegado a conocerlos.

Oreschenkov percibió por el fatigado semblante y el parpadeo de los ojos de Liudmila Afanásievna que la charla que le daba no le era útil. Se abrió la puerta de la terraza y surgió de ella algo parecido a un perro, pero tan grande, cálido y fantástico como una criatura que, incomprensiblemente, se hubiese colocado a cuatro patas. El primer impulso de Liudmila Afanásievna fue de miedo ante una posible dentellada, pero se desvaneció al momento, porque no cabía el temor ante aquellos ojos tristones e inteligentes de persona sensata.

Con aire soñador, se movió blandamente por la habitación, sin barruntar que su irrupción hubiese sorprendido a alguien. Enderezó su blando y espléndido rabo semejante a un plumero, lo balanceó una sola vez, como formulando una frase de saludo, y volvió a bajarlo. Aparte de sus negras orejas colgantes, todo él era blanco y rojizo, y estos dos colores alternaban en su pelaje formando un complicado arabesco. Su espinazo parecía ir arropado con un blanco telliz; sus costados eran de un rojizo encendido y su trasero casi anaranjado. Su comportamiento nada tuvo de impertinente, aunque se acercó a Liudmila Afanásievna y le olfateó las rodillas. No se acomodó sobre sus anaranjadas asentaderas cerca de la mesa, como se hubiera esperado de cualquier perro, ni exteriorizó un interés especial por la comida que había encima de ella, la cual excedía muy poco en altura a su cabeza. Se quedó allí, sobre sus cuatro patas, mirando más arriba de la mesa con sus acuosos grandes ojos castaños que expresaban la renuncia más trascendente.

—¿De qué raza es? —preguntó asombrada Liudmila Afanásievna, olvidándose por primera vez en toda la tarde de sí misma y de su enfermedad.

—Es un San Bernardo —Oreschenkov miró complacido al can—. Sería perfecto si no tuviera las orejas tan largas. Se le caen en el plato.

Liudmila Afanásievna lo contemplaba con admiración. Un perro así no podía sacarse al tráfago callejero, ni lo admitirían en ningún medio de transporte urbano. Como al abominable hombre de las nieves no le quedaba otra residencia que las montañas del Himalaya, a un perro semejante únicamente le restaba una casita individual con jardín.

Oreschenkov cortó un trocito de pastel y se lo ofreció al can. No se lo lanzó, le ofreció el pastel como a un igual y el animal, como un igual, lo tomó calmosamente con los dientes, de la palma de la mano del doctor, lo mismo que lo tomaría de un plato. Quizá no tuviera hambre y lo aceptaba por simple delicadeza.

De modo inexplicable, la aparición de aquel perro cachazudo y meditabundo sosegó y despertó el buen humor de Liudmila Afanásievna. Cuando se levantó tuvo el pensamiento de que su estado, en resumidas cuentas, no era tan grave aunque tuvieran que operarla. Pero no había prestado la atención debida a Dormidont Tíjonovich.

—¡Me estoy conduciendo con absoluta descortesía! He venido a importunarle con mis achaques y aún no le he preguntado por *su* salud. ¿Cómo se siente?

Estaba de pie frente a ella, tieso, corpulento; con sus ojos aún no llorosos y con sus oídos de perfecta audición. Costaba creer que tuviera veinticinco años más que ella.

—Por ahora, bien. Estoy decidido a no enfermar antes de que la muerte me llegue. Como suele decirse, moriré de muerte repentina.

La acompañó a la salida. De regreso al comedor se desplomó en la combada mecedora de madera negra y respaldo de rejilla pajiza, rozada por el uso de largos años. Al sentarse le imprimió un suave balanceo que no repitió cuando volvió a pararse. En esa peculiar posición que brinda la mecedora, confortablemente semiacostado, permaneció estático largo rato, sin moverse.

Ahora necesitaba con frecuencia estos descansos. Su cuerpo reclamaba esta recuperación de energías y su estado interior demandaba con igual urgencia un ensimismamiento silencioso, libre del ruido exterior, de conversaciones, de pensamientos relacionados con su trabajo y de sus preocupaciones como médico. Particularmente después de la muerte de su esposa, parecía que su espíritu requería una mayor pureza y nitidez.

En esos momentos, sólo meditaba en la suprema razón de la existencia —de la suya durante el largo pasado y el parvo futuro, de la de su esposa, de la de su joven nieta y de la de todos los humanos en general— y no la veía encamada en la actividad fundamental que ocupaba sus vidas por entero, a la que dedicaban toda su atención y por la que se daban a conocer al resto de la gente. La razón suprema se centraba en la aptitud de cada cual para conservar límpida, inmutable e inalterable la imagen de la eternidad que reverbera en la mente de cada individuo.

Como la luna plateada en un tranquilo estanque.

31

Había notado, y persistía en él, cierta tensión interna, que no le molestaba; más bien le producía optimismo. Apreciaba incluso el punto exacto de su ubicación: en la parte delantera del pecho bajo los huesos. Esta tensión le causaba una ligera dilatación, como si le insuflaran aire templado, y una agradable astricción. Y también le parecía que le sonaba dentro, aunque no con los sonidos terrenales que nuestros oídos captan.

Era un sentimiento distinto al que en las noches de las pasadas semanas le empujara hacia Zoya, y que no lo percibía en el pecho.

Llevaba esa tensión dentro de sí, la cuidaba y la escuchaba sin cesar. Entonces recordó que ya la había conocido en su juventud y que la había olvidado por completo. ¿Qué clase de sentimiento era? ¿Hasta qué extremo sería invariable? ¿No sería engañoso? ¿Dependería por entero de la mujer que lo había suscitado o dependía, además, del enigma consustancial a la ausencia de intimidad con dicha mujer que no había sido suya y luego se desvanecería?

Aunque ahora la expresión «ausencia de intimidad» carecía para él de todo sentido.

¿O lo tenía, pese a todo?… El sentimiento que albergaba su pecho era la única esperanza que le quedaba. Por eso, Oleg lo guardaba con tanta solicitud, porque era el principal aliciente, el mejor ornato de su vida. Estaba asombrado de lo que le acontecía: la presencia de Vega era suficiente para prestar interés y color al pabellón de cáncer, el cual, gracias a la amistad que los unía, perdía por completo su índole desoladora. Oleg la veía poco, a veces sólo de pasada. Pocos días antes, le habían hecho otra transfusión de sangre. Volvieron a charlar con agrado, aunque sin espontaneidad porque, además, se hallaba presente la enfermera.

Después de haber anhelado tanto abandonar la clínica, ahora que estaba próximo el momento de la partida, el corazón se le cubría de pesadumbre. Vega quedaba fuera del mundo de Ush-Terek; no volvería a verla. ¿Podría soportarlo?

Hoy, domingo, no tenía esperanzas de verla. El día era templado, soleado; el aire en calma y el ambiente sumido en un beatífico letargo que invitaba a templarse, a calentarse al sol. Oleg salió a pasear al jardín. Respirando con fruición aquella sedativa atmósfera cuyo calor iba en aumento, intentaba imaginarse cómo pasaría *ella*

esta jornada dominical, qué haría.

Ahora se movía con flojedad, no como antes; ya no caminaba con pasos recios y seguros por la trazada recta, a cuyos extremos se daba la vuelta con resolución. Andaba con pasos laxos y precavidos, y se tomaba breves descansos sentándose en cualquier banco o tumbándose en él si estaba libre.

Así se paseaba hoy: arrastrando los pies, la espalda arqueada y la bata suelta, sin ajustar. Se detenía a menudo y alzaba la cabeza para contemplar los árboles. Unos ya aparecían semiverdes, otros tenían sólo una cuarta parte de verdor y los robles eran los únicos que todavía no ofrecían indicio alguno de follaje. ¡Todo era agradable!

La hierba había crecido de un modo suave e imperceptible, verdeando aquí y allá tan alta que podría tomársela por hierba del año anterior si no fuera por su vivo color esmeralda.

En una despejada senda expuesta a la solana, Oleg divisó a Shulubin. Estaba sentado en un destartalado banco sin respaldo y de estrechas tablas por asiento. Descansaba sobre los muslos, colgando un poco por detrás y otro poco por delante, con los brazos extendidos y las manos entrelazadas entre las rodillas. En esa actitud y con la cabeza gacha, sentado en el apartado banco en medio de vivas claridades y acusadas sombras, semejaba la estatua del abatimiento.

Oleg no habría tenido inconveniente en sentarse al lado de Shulubin. Todavía no había hallado el momento oportuno para hablar con él a sus anchas, aunque tenía verdaderos deseos de hacerlo, porque el campo de concentración le había enseñado que quienes sellan los labios algo ocultan. Por otro lado, Shulubin despertó la simpatía y el interés de Oleg desde que intervino en la discusión prestándole su apoyo.

No obstante, resolvió pasar de largo porque en el campo también había aprendido a comprender y a reconocer el sagrado derecho de todo individuo a la soledad.

Pasó, pues, por su lado pausadamente, arrastrando las botas por la grava, aunque no hubiera sido impropio que se detuviera. Shulubin reparó en sus botas, fue izando la vista por ellas hasta quedar con la cabeza alzada. Miró a Oleg con indiferencia que implicaba, quizá, simple reconocimiento. «¡Ah, sí. Somos de la misma sala!». Oleg dio dos pasos más antes que Shulubin le sugiriese con una semipregunta:

—¿Se sienta?

Tampoco Shulubin iba calzado con las vulgares zapatillas de la clínica, sino con unos zapatos caseros de altos bordes, completamente aptos para salir al exterior a pasear o a sentarse allí. Llevaba la cabeza descubierta y en sus escasos mechones resaltaba el cabello blanco.

Oleg retrocedió y se sentó con displicencia, como si le diese igual sentarse que seguir adelante, aunque optó por el banco.

Si iniciaran la conversación, él podía arreglárselas para lanzar a Shulubin la

pregunta cardinal cuya respuesta era la clave para conocer a fondo al individuo. Pero sólo le preguntó:

—¿Qué, Alexéi Filíppovich, pasado mañana?

Sabía ya perfectamente que sería pasado mañana. Toda la sala estaba al corriente de que la operación de Shulubin se efectuaría pasado mañana.

Pero lo más significativo fue el haberle llamado «Alexéi Filíppovich», como ninguno de la sala lo había hecho hasta entonces. Se lo dijo como un veterano a otro veterano.

—He salido a calentarme por última vez al sol —asintió Shulubin.

—¡No será la última vez, hombre! —replicó Kostoglótov con profunda voz de bajo.

Pero al observar de soslayo a Shulubin pensó que, en efecto, podía ser la última. Shulubin comía poco, menos de lo que su apetito le demandaba, lo cual mermaba sus energías. Y no comía a fin de preservarse de posteriores dolores, para evitarlos en lo posible. Kostoglótov, que ya sabía la enfermedad que sufría, le preguntó:

—¿Qué han resuelto definitivamente? ¿Hacerle una salida lateral?

Shulubin frunció los labios como si se dispusiera a emitir un sonido y asintió de nuevo.

Guardaron silencio por unos instantes.

—De todas maneras, no todos los cánceres son iguales —manifestó Shulubin, con la vista delante de sí, sin mirar a Oleg—. Unos son peores que otros. A cada situación mala siempre se puede encontrar otra peor. Mi caso es de tal naturaleza que no admite ser discutido ni aconsejado por nadie.

—Creo que el mío tampoco.

—¡Oh, no! ¡El mío es mucho peor! Esta enfermedad mía tiene algo particularmente humillante y ofensivo. Y sus consecuencias son horribles. Si sobrevivo (y este «si» es bastante optimista) molestará estar junto a mí, sentarse a mi lado como está usted ahora. Todo el mundo procurará mantenerse a dos pasos de mi persona, pero si alguien se aproxima más, entonces seré yo quien inevitablemente pensará: «Apenas lo soporta. Debe de estar maldiciéndome». Queda, pues, descartada toda relación con la gente.

Kostoglótov permaneció pensativo, silbando suavemente, no con los labios, sino con los dientes, a través de los cuales expulsaba distraídamente el aire.

—En general —habló—, no es fácil calibrar quién soporta un sufrimiento mayor. Es más difícil establecerlo que emular en el logro de éxitos. Para cada cual sus desgracias son las más dolorosas. Yo, por ejemplo, podría sacar la conclusión de que he vivido una existencia excepcionalmente infortunada. Pero ¿puedo colegir, acaso, si la suya ha sido menos amarga? ¿Cómo afirmarlo sin conocerla?

—No, no lo afirme. Se equivocaría. —Shulubin volvió por fin la cabeza hacia

Oleg y le miró de cerca con sus redondos ojos sumamente expresivos y de esclerótica con ramificaciones sanguíneas—. La gente que naufraga en el mar, la que excava la tierra o la que busca agua en los desiertos no es, en modo alguno, la que padece la vida más dura. La vida más despiadada la sufre quien diariamente, al salir de su casa, se golpea la cabeza contra el dintel porque es demasiado bajo… ¿Y usted?… Por lo que he podido comprender, luchó en el frente y luego ha estado preso, ¿no?

—Así es. Pero hay más: no he podido obtener una instrucción superior, no me aceptaron como oficial y ahora estoy desterrado a perpetuidad —enumeró Oleg meditabundo, sin lamentarse—. Y por si fuera poco, el cáncer.

—Bueno, de los cánceres ya nos recobraremos. En cuanto al resto, joven…

—¡Qué diablos voy a ser joven! ¿O se supone que lo soy porque llevo sobre los hombros mi cabeza original y porque no han dado vuelta a mi pellejo?

—… En cuanto al resto he de decirle que, en compensación, ha mentido menos, ¿comprende?, ha doblado menos la cerviz. ¡Y eso tiene su valor! A ustedes les arrestaron mientras a nosotros nos llevaban en hato a las reuniones para darnos un rapapolvo. A ustedes les vejaron, a nosotros nos obligaron a ponernos en pie para aplaudir las sentencias dictadas. Y no sólo a aplaudirlas, sino a exigir que se les pasase por las armas. Sí, ¡a *exigirlo*! Recuerde lo que escribían los periódicos: «Todo el pueblo soviético, como un solo hombre, se ha indignado al conocer los inauditos e infames crímenes…». Y ese «como un solo hombre», ¿sabe usted lo que supone? ¡Todos, todos somos individuos de condición diversa! Pero, de repente, «¡como un solo hombre!». Había que aplaudir con las manos bien alzadas para que se percataran cuantos te rodeaban y te viera la presidencia. ¿Hay alguien que no desee vivir? ¿Y los que salieron en su defensa? ¿Y los que opusieron alguna objeción? ¿Qué ha sido de ellos?… Alguien se abstuvo (¡de pronunciarse en contra ni pensarlo!), se *abstuvo* al ponerse en votación el fusilamiento de miembros del Partido Industrial. «¡Que se explique!», le gritaron. «¡Que se explique!». Él se levantó con la garganta seca y dijo: «Considero que en el duodécimo año de la Revolución pueden hallarse otros métodos de represión». Y le denostaron: «¡Ah, canalla! ¡Cómplice! ¡Agente del enemigo!». A la mañana siguiente recibió una citación de la GPU[28] y fue a parar a la cárcel para el resto de su vida.

Shulubin hizo un extraño gesto en espiral de su cuello, seguido del movimiento circular con la cabeza. Suspendido por delante y por detrás, se sentaba en el banco como una enorme ave inquieta en una rama.

Kostoglótov trató de no mostrarse halagado con las palabras del anciano:

—Depende, Alexéi Filíppovich, del número que te haya caído en suerte. En nuestro lugar, ustedes habrían sido tan mártires como nosotros. Y nosotros, en el suyo, habríamos sido igualmente contemporizadores. Pero hay algo más. Para quienes, como usted, comprendieron en seguida, ha sido un infierno. Para quienes

conservaron la fe, todo ha ido sobre ruedas. Tienen las manos tintas en sangre, pero si no las tuvieran no se habrían explicado la situación.

El viejo fulguró con torcida y ardiente mirada.

—¿Es que hubo alguien que pudo conservar la fe?

—Yo, por ejemplo. Hasta la guerra con Finlandia.

—Pero ¿cuántos eran los que aún creían? ¿Cuántos los que no comprendían? Sin tomar en consideración a los chavales, naturalmente. Y, por otro lado, reconocer que la mentalidad de todo un pueblo se degeneró de repente, ¡me es imposible!, ¡me niego a admitirlo! En otros tiempos ocurría que por mucho que el señor perorara desde la terraza de su mansión, los *mujiks* se limitaban a sonreír burlonamente tras sus barbas. Y el señor lo veía, y el capataz que estaba al lado lo advertía. Pero cuando llegaba el momento de la reverencia, todos la hacían «como un solo hombre». ¿Denotaba eso, acaso, que los campesinos confiaban en su señor? ¿Qué clase de personas tenían que ser para confiar en él? —La excitación de Shulubin aumentaba gradualmente. Su semblante era de los que se alteran, transforman y descomponen bajo una fuerte emoción, sin que un solo rasgo de él quede inmutable—. De pronto, todos los profesores o todos los ingenieros son unos saboteadores. ¿Y el pueblo lo cree? O los mejores comandantes de la división de la guerra civil se convierten en espías alemanes y japoneses. ¿Y el pueblo lo cree? O que la vieja guardia leninista en pleno resulta ser un hatajo de viles renegados. ¿Y lo cree? O que todos sus amigos y conocidos sean enemigos del pueblo. ¿Y lo cree? O que millones de soldados rusos traicionaron a la patria. ¿Cree todo eso? ¿Cree también que nacionalidades enteras, desde los ancianos a los niños de pecho, deben ser totalmente desarraigadas? Entonces, ¿qué clase de pueblo es? ¿Está *idiotizado*? ¡Discúlpeme! Pero ¿puede un pueblo entero componerse de idiotas? No. El pueblo es inteligente, pero quiere vivir. Los grandes pueblos observan esta ley: «¡Aguantarlo todo y sobrevivir!», y cuando la Historia pregunte sobre la tumba de cada uno de nosotros «¿Quién fue?», podrá hacer esta elección, según Pushkin:

> Llevamos dentro un siglo vil…
> ¡En todo ambiente, el hombre es
> un tirano, un traidor o un cautivo!

Oleg se estremeció. No conocía esos versos, pero captó en ellos esa penetrante certidumbre que denota cuán cerca estaba el poeta de la realidad.

Shulubin le conminó con un grueso dedo:

—Como ve, el poeta no halló en sus líneas lugar para el «idiota», aunque sabía que también existen. No, en realidad, sólo se nos ofrecen tres opciones. Y cuando recapacito en que no he estado en la cárcel, en que sé positivamente que no he sido

un tirano, entonces… —sonrió levemente y tosió—, entonces quiere decir que… —Su tos le obligó a balancearse sobre los muslos adelante y atrás—. Ya ve qué clase de vida. ¿Opina que ha sido más fácil que la de usted? A todo lo largo de ella he estado atenazado por el miedo. Ahora la trocaría gustoso por la suya.

Al igual que Shulubin, Kostoglótov, también encogido y meciéndose hacia adelante y hacia atrás, se apoyaba en el estrecho banco como un ave encrestada en un varal.

Ante ellos, oscuras se veían claramente las sesgadas sombras de sus cuerpos con las piernas encogidas.

—No, Alexéi Filíppovich, eso es censurarse con harta rigidez. En mi opinión, los traidores fueron quienes escribieron denuncias, quienes actuaron como testigos. Que también suman millones. ¿Sería exagerado calcular un delator por cada dos o, digamos, por cada tres presos? Y ahí tiene, millones. Pero calificar a todos en general de traidores sería dejarse llevar por la indignación. Pushkin también se dejó llevar por un arrebato de cólera. Durante la tempestad los árboles caen derribados, pero la hierba se comba. ¿Puede decirse por eso que la hierba traiciona a los árboles? Cada uno vive su vida. Y usted mismo ha dicho que la ley del pueblo es la de la supervivencia.

Shulubin arrugó la cara de tal modo que la desfiguró por completo, desapareciendo sus grandes y redondos ojos. Sólo quedó la ciega y plegada piel.

Su rostro volvió a alisarse y resurgió el iris color tabaco de sus ojos, rodeados de la membrana blanquecina con ramificaciones sanguinolentas. Pero su mirada era límpida:

—Bien. En ese caso, se trata de un sublime espíritu gregario; del temor a quedarse solo, *al margen de la colectividad*. De hecho, no es nada nuevo. Francis Bacon expuso su doctrina sobre los *ídolos* ya en el siglo XVI. Decía que las gentes no sienten inclinación a vivir sólo con la experiencia, que les es más cómodo enlodarla con prejuicios. Y esos prejuicios son los ídolos. Los ídolos de la tribu, los llamaba Bacon. Los ídolos de la caverna…

Al decir «los ídolos de la caverna», Oleg se imaginó una cueva con una hoguera en medio, llena de humo, de salvajes asando carne y con un ídolo azulado casi invisible en el fondo.

—… Los ídolos del teatro…

¿Dónde está aquí el ídolo? ¿En el vestíbulo? ¿En el telón? No, en lugar más apropiado, claro. En la plazoleta en la que se alza el teatro, en el centro del jardín.

—¿Y qué son los ídolos del teatro?

—Los ídolos del teatro son las opiniones ajenas que gozan de autoridad, por las que el hombre se deja guiar gustosamente cuando interpreta algo que él mismo no ha experimentado.

—¡Oh, con cuánta frecuencia ocurre eso!

—A veces lo ha experimentado, pero le conviene más no creer en sí mismo.

—También he conocido casos semejantes…

—Otro ídolo del teatro es la inmoderada aceptación de todos los argumentos científicos. En una palabra, la aceptación voluntaria de los yerros ajenos.

—¡Estupendo! —exclamó Oleg, encantado con la idea—. ¡La aceptación voluntaria de los yerros cometidos por otros! ¡Sí!

—Y, finalmente, los ídolos del mercado.

¡Oh! ¡Eso se lo imaginaba con mayor facilidad aún!: un abigarrado y compacto pulular de muchedumbre en el recinto del mercado y encima, dominándolo todo, un ídolo de alabastro.

—Los ídolos del mercado son los equívocos dimanantes de la mutua dependencia y confabulación entre los hombres. Estos equívocos involucran, confunden a las personas por el uso establecido de fórmulas y conceptos coercitivos del raciocinio. Por ejemplo: «Enemigo del pueblo», «No es de los nuestros», «Traidor», y ya todo el mundo se aparta del apostrofado.

Shulubin recalcaba sus exclamaciones con nerviosos gestos de una u otra mano, semejantes a los dislocados y torpes esfuerzos por remontar el vuelo de un ave cuyas alas hubiesen pasado por aceradas tijeras.

Quemaba sus espaldas un sol ardiente, impropio de la primavera. Las ramas de los árboles, no entrelazadas aún, separadas unas de otras en su incipiente verdor, no brindaban sombra alguna. El cielo meridional, todavía no candente, conservaba su fondo azul, moteado por blancos núcleos de nubes esporádicos. Pero Shulubin, sin verlo o sin creer en su existencia, elevó un dedo por encima de su cabeza y lo agitó.

—¡Y sobre todos los ídolos, un cielo terrorífico! ¡Un bajo cielo de terror cubierto de negros nubarrones! Conocerá usted esos atardeceres en los que, sin asomo de tormenta, suelen amontonarse muy bajas las nubes, plomizas, negras, amazacotadas, y oscurece en un anochecer prematuro. El mundo entero se torna desolador y lo único que uno desea es guarecerse en una casa de piedra, cobijarse bajo techado al amor de la lumbre en compañía de sus familiares. Veinticinco años he vivido yo bajo un cielo así, y me he salvado porque me he doblegado y he guardado silencio. He mantenido la boca cerrada durante veinticinco años, tal vez durante veintiocho, calcúlelo usted mismo. Y he callado, unas veces, por consideración a mi mujer; otras por mis hijos y, otras, por salvar mi pecador pellejo. Pero mi esposa murió y mi pellejo es un saco lleno de heces al que practicarán un agujero en un costado. ¡Y mis hijos han crecido insensibles, inexplicablemente duros! Si mi hija ha empezado de repente a escribirme (ya he tenido tres cartas de ella, pero no aquí, sino en mi domicilio, y en el curso de dos años), se debe a que la organización del Partido le ha exigido que *normalice* las relaciones con su padre. ¿Se da cuenta? A mi hijo ni siquiera le han planteado esa

exigencia…

Shulubin desvió hacia Oleg los ojos de hirsutas cejas totalmente erizadas. Oleg pensó: «He ahí lo que has sido. El loco molinero de *La ondina*[29] "¿Yo, un molinero? ¡Yo soy un cuervo!"».

—Ya ni siquiera sé si mis hijos no serán producto de un sueño. ¿Habrán existido alguna vez?… Dígame, ¿acaso el hombre es un leño al que le da igual yacer en solitario que junto a otros leños? Vivo de tal forma que, si caigo al suelo desvanecido y fallezco, mis vecinos tardarían varios días en descubrirlo. Pero, con todo, ¿me oye, me oye? —y aferró el hombro de Oleg como si temiera que no le prestara atención—, ¡sigo, como antes, guardando precauciones, obrando con cautela! Eso mismo que dije en la sala con audacia no osaría decirlo en Ferganá ni en el trabajo. Y lo que ahora me está oyendo, se lo digo porque ya están trayendo hacia mí la mesa de operaciones. ¡Y más aún! ¡Tampoco hablaría así en presencia de un tercero! ¡No, no hablaría! Ahí tiene, adonde me han conducido… Me gradué en la Academia de Agricultura y finalicé los cursos superiores de materialismo histórico y materialismo dialéctico. He pronunciado conferencias sobre diversas especialidades, todo ello en Moscú. Pero los robles empezaron a venirse abajo. En la Academia de Agricultura cayó Murátov y barrieron a decenas de profesores. ¿Hubo que reconocer las *equivocaciones*? ¡Pues yo las reconocí! ¿Fue preciso retractarse? ¡Pues yo me retracté! Un determinado porcentaje ha logrado salvarse, ¿cierto? Pues yo estoy incluido en ese porcentaje. ¡Me dediqué al estudio de la biología pura, hallando en ella un tranquilo puerto!… Pero también a él llegó la purga, ¡y qué purga! Barrieron las cátedras de biología. ¿Había que abandonar las conferencias? Bien, yo las abandoné. Me coloqué como auxiliar de cátedra. ¡Acepté convertirme en un ser anodino!

Él, el silencioso de la sala, ¡con qué facilidad hablaba! Le fluían fácilmente las palabras, como si la oratoria fuese su ocupación usual.

—Se destruyeron manuales de eminentes sabios, se variaron los programas. Bien, ¡yo, de acuerdo! Enseñaremos con otros nuevos. Propusieron reformar la enseñanza de la anatomía, de la microbiología y de la neuropatología según las teorías de un agrónomo ignorante, de un rutinario horticultor. ¡Bravo! ¡Soy de la misma opinión! ¡Voto a favor! «No, debe ceder también su plaza de auxiliar de cátedra». Bien, bien; no tengo nada que argüir. Trabajaré de metodólogo en los centros de enseñanza. El sacrificio, empero, no es aceptado, y, de todos modos, me relevan de ese puesto. ¡De acuerdo! Seré bibliotecario, ¡bibliotecario en el remoto Kokand! ¡A cuántas renuncias me he avenido! Pese a todo, conservo la vida y mis hijos son graduados universitarios. Pero los bibliotecarios reciben instrucciones secretas: destruir las obras de genética seudocientífica; destruir personalmente tales y cuales libros. ¿Podríamos amoldarnos a ello? ¿Acaso un cuarto de siglo atrás no había proclamado yo mismo, desde la cátedra de materialismo dialéctico, que la teoría de la relatividad era

oscurantista y contrarrevolucionaria? Levanté acta, me la firmaron el secretario del Partido y el representante de la sección especial, y ¡al fuego de la estufa la genética, la estética desviacionista, la ética, la cibernética, la aritmética…!

¡Y todavía se reía el cuervo demente!

—… ¿Para qué formar hogueras en las calles? Habría sido de innecesario dramatismo. ¡Efectuábamos la quema en un rinconcito aislado, lanzábamos los libros a la estufa y de la estufa se desprendía calor! Ya ve usted adonde me acorralaron, de espaldas contra una estufa… A cambio, he sacado a mí familia adelante. Mi hija, que es redactora del periódico provincial, ha escrito estos versos líricos:

¡No, no quiero batirme en retirada!
No sé pedir clemencia.
Si es preciso luchar, ¡lucho!
Y hasta a mi padre presentaría batalla.

Su bata colgaba como unas imponentes alas.

—Sí… —fue lo único que pudo articular Kostoglótov—. De acuerdo. Su vida no ha sido más fácil que la mía.

—¡Ya lo ve! —Shulubin recobró el aliento, se relajó en su asiento y, ya más calmado, agregó—: Dígame, ¿cuál será el enigma de la alternación de estos períodos de la Historia? Un mismo pueblo, en el transcurso de unos diez años, pierde totalmente su vitalidad social, y sus impulsos valerosos son sustituidos por los de signo contrario, por los impulsos cobardes. Ha de saber que soy bolchevique desde el 17. Recuerdo el coraje con que dispersé a la Duma socialrevolucionaria y menchevique de Tambov, pese a que sólo contábamos con dos dedos y la boca para silbar. Tomé parte en la guerra civil y, créame, ¡nos importaba un ardite nuestra vida! Habríamos sido felices sacrificándola en aras de la revolución mundial. ¿Qué nos sucedió luego? ¿Cómo pudimos someternos? ¿Y a qué nos sometimos en mayor grado? ¿Al miedo? ¿A los ídolos del mercado? ¿A los ídolos del teatro? Está bien. Yo soy un individuo insignificante. Pero ¿qué me dice de Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya?[30] ¿Es que no comprendía ni se percataba de lo que estaba sucediendo? ¿Por qué no alzó *ella* su voz? ¡Cuán valiosa hubiese sido para todos nosotros una sola intervención suya, aunque le hubiera costado la vida! Quizá todos hubiésemos cambiado, hubiésemos opuesto resistencia y, quizá, tal estado de cosas no habría seguido adelante. ¿Y Ordzhonikidze?[31] ¿Y él, que había sido una verdadera águila, que ni la prisión, ni la fortaleza de Schlisselburg, ni los trabajos forzados de Siberia pudieron quebrantar? ¿Qué le hizo inhibirse, qué le contuvo de pronunciarse abiertamente contra Stalin una vez, una sola vez? Prefirieron morir misteriosamente o terminar suicidándose. ¿Es eso valentía? ¿Tendría usted la bondad de aclarármelo?

—¿Que se lo aclare yo? ¡A usted, Alexéi Filíppovich…! Es usted el que me lo está aclarando a mí.

Shulubin suspiró y trató de cambiar de postura en el banco, pero cualquier posición que adoptara le causaba dolor.

—Hay otra cosa que me interesa. Ha nacido usted después de la Revolución. Sin embargo, ha estado preso. ¿Le ha decepcionado el socialismo? ¿O no?

Kostoglótov esbozó una vaga sonrisa.

Shulubin soltó la mano con la que se agarraba al banco y posó esa mano débil, enfermiza, en el hombro de Oleg:

—¡Joven! ¡No cometa en modo alguno esa equivocación! No culpe al socialismo de sus sufrimientos ni de los años crueles que ha vivido. Aparte de la opinión que usted pueda tener, el capitalismo, de todas maneras, ha sido ya repudiado definitivamente por la Historia.

—Allí, en el campo, había quien decía que la empresa privada proporciona innumerables ventajas. Que facilita la vida, que siempre hay abundancia de todo, que siempre sabe uno dónde encontrar lo que necesita.

—¡Óigame! Eso es un razonamiento pequeñoburgués. La empresa privada es, en efecto, extremadamente flexible, pero sólo es buena dentro de límites estrechos. Si no se la aprisiona con tenazas de hierro, engendrará hombres-fieras, gente de la bolsa, incapaces de dominar sus apetitos y su codicia. El capitalismo ya estaba condenado éticamente antes que económicamente. ¡Mucho antes!

—Sí, pero hablando con honradez —rebatió Oleg plegando la frente—, he observado que también entre nosotros hay gentes que no ponen freno a sus apetitos. Y esas gentes no están en absoluto entre los artesanos que trabajan con licencia oficial[32].

—¡Muy cierto! —admitió Shulubin, y su mano aprisionó más el hombro de Oleg —. ¿A qué se debe? ¿A que el socialismo no es como debiera ser? Efectuamos un brusco viraje pensando que bastaba con modificar el modo de producción para que en el acto cambiase la mentalidad de la gente. ¡Un cuerno! No ha cambiado en absoluto. ¡El hombre es un ser biológico! ¡Sólo el correr de miles de años le hará cambiar!

—¿Y cómo debería ser el socialismo?

—¿Cómo? ¿Es un enigma? Se dice que el socialismo debe ser «democrático». Pero esto no es más que una denominación superficial que no concierne a la esencia del socialismo, sino tan sólo a su forma introductiva, al tipo de su estructura estatal. Es simplemente una declaración que hace saber que las cabezas no rodarán por el suelo, pero que nada dice sobre la base en que se ha de construir ese socialismo. Y no es en la abundancia de bienes materiales en lo que ha de cimentarse el socialismo, porque si las gentes se conducen como búfalos, patearán y destruirán esos bienes materiales. Tampoco es recomendable el socialismo que incansablemente predica el

odio, porque la vida social no puede basarse en el odio. Y quien año tras año se ha abrasado en odio, no puede proclamar de golpe: «¡Se acabó! Desde hoy he dejado de odiar. Ahora lo único que siento es amor». No, conservará su inquina y siempre tendrá a mano un ser en quien descargarla. No conocerá usted este poema de Herwehgh: *Wir haben lang genug geliebt*[§]…

Oleg cogió el hilo:

—*Und wollen endlich bassen*[§]. ¿Cómo no iba a saberlo? ¡Nos lo enseñaban en la escuela!

—Cierto, cierto, ¡se lo enseñaban en la escuela! ¡Pero es terrible! Debieran haberles enseñado justamente lo contrario:

Wir haben lang genug gehasst
und wollen endlich lieben![§]

«¡Id al diablo con vuestro odio, que nosotros, por fin, anhelamos amar!». Así debe ser el socialismo.

—Un socialismo cristiano, ¿no? —precisó Oleg.

—Llamarlo «cristiano» sería demasiado concluyente. Los partidos políticos que así se llamaron, en las sociedades que emergieron después de Hitler y Mussolini, no me imagino a partir de quién ni con quién proyectan construir este socialismo. Cuando en las postrimerías del siglo pasado Tolstói decidió implantar prácticamente el cristianismo en la sociedad, sus vestidos resultaron intolerables a sus contemporáneos, su prédica estaba totalmente divorciada de la realidad. Pero yo me atrevería a decir que, precisamente para Rusia, con nuestros arrepentimientos, confesiones y rebeliones, con nuestros Dostoyevski, Tolstói y Kropotkin[33], sólo existe un socialismo verdadero: ¡el socialismo *moral*, que, por añadidura, es absolutamente factible!

Kostoglótov entornó los párpados.

—¿Y cómo habría que comprender e imaginarse ese «socialismo moral»?

—¡Nada más fácil!

Shulubin volvió a exaltarse, aunque ya sin la conturbada expresión del molinero-cuervo. Su reanimación era más serena y, evidentemente, deseaba convencer a Kostoglótov. Hablaba articuladamente, como explicando la lección:

—Habría que ofrecer al mundo una sociedad en la cual todas las relaciones, principios y leyes dimanasen de la moral. *¡Sólo de ella!* En la que todas las previsiones: cómo educar a los niños, cómo prepararlos para el futuro, hacia qué orientar el trabajo de los adultos y con qué ocupar sus ratos de ocio, estarían determinadas por las exigencias éticas. En cuanto a las investigaciones científicas, solamente se efectuarían aquellas que no dañaran la moral y, en primer lugar, la moral

de los propios hombres de ciencia. ¡En política exterior se seguirían las mismas normas! Así, al conflicto en cualquier frontera se le daría solución sin pensar en si esta nos enriquecía tanto o cuanto, nos fortalecía o elevaba nuestro prestigio. Nos guiaría una sola y exclusiva consideración: ¿hasta qué punto es ética tal solución?

—¡Dudo mucho que eso sea factible! ¡Quizá dentro de doscientos años! Pero aguarde un momento. Hay algo que no entiendo —Kostoglótov frunció la frente—. ¿Dónde sitúa usted la base material? ¿No debe ser la economía lo… lo primordial?

—¿Lo primordial? Depende… Vladímir Soloviov[34], por ejemplo, explica muy convincentemente que la economía puede y debe construirse sobre una base moral.

—¿Cómo?… ¿La moral primero y la economía después? —Kostoglótov le miró estupefacto.

—¡Sí! ¡Escúcheme! Usted, aunque es ruso, no habrá leído, naturalmente, ni una sola línea de Vladímir Soloviov, ¿cierto?

Kostoglótov plegó los labios denegando.

—Pero ¿sí habrá oído, por lo menos, su nombre?

—Sí, en la prisión.

—Espero que de Kropotkin habrá leído alguna página. ¿Tal vez de su *Ayuda mutua entre los hombres*?

Kostoglótov volvió a plegar sus labios.

—¡Entiendo! ¿Para qué leerle si sus puntos de vista son erróneos? ¿Y a Mijailovski?[35] Tampoco naturalmente. Es un repudiado y, por consiguiente, sus obras no se venden porque están prohibidas.

—¿Cree que he tenido tiempo para la lectura? ¿Sabía, además, qué libros leer? —se indignó Kostoglótov—. Me he pasado la vida encorvado, y machaconamente me repiten por doquier: «¿Has leído esto? ¿Has leído aquello?». En el Ejército no solté la pala de las manos, y otro tanto me ocurrió en el campo de concentración. Y ahora, en el destierro, exactamente igual: no me separo del azadón. ¿Cuándo he dispuesto de tiempo para leer?

En el rostro de Shulubin, de redondos ojos y pobladas cejas, se manifestó la sobreexcitación del cogido por sorpresa.

—¡Así debe ser, pues, el socialismo moral! Al pueblo no se le debe orientar hacia la felicidad, porque la felicidad es otro ídolo de mercado. Hay que orientarle hacia la amistad mutua. Porque feliz también lo es la fiera que clava los dientes en su presa. ¡Sólo los seres humanos son aptos para amarse los unos a los otros! ¡Y la amistad, ese amor, es el más sublime logro a que puedan aspirar!

—¡Oh, no! ¡No me quite la felicidad! ¡Déjeme disfrutar de ella —insistió vivamente Oleg— por lo menos los meses que me resten de vida! De lo contrario, ¿para qué diablos…?

—La felicidad es un espejismo —se obstinó Shulubin, sacando fuerzas de

flaqueza. Había palidecido—. Ya ve usted, yo fui feliz educando a mis hijos, pero ellos han escupido en mi corazón. Por esta felicidad quemé en la estufa los libros que contenían la verdad, y, en mayor grado aún, lo hice por la así llamada «felicidad de las generaciones venideras». Pero ¿sabe alguien qué será motivo de dicha para esas generaciones? ¿Sabe a qué otros ídolos venerarán aún? El concepto de «felicidad» ha variado demasiado en el curso de los siglos para osar proyectarla con antelación. El que podamos pisotear las barras de pan blanco y atragantarnos de leche no presupone en absoluto que seremos felices. Pero, repartiéndonos lo que escasea, ¡hasta hoy seríamos felices! Si nos desvelamos sólo por conseguir la felicidad y por la reproducción de la especie, colmaríamos insensatamente el mundo y crearíamos una sociedad pavorosa… Sabe, me siento mal… Ahora debo ir a acostarme…

Oleg ya había notado que el semblante de Shulubin, de por sí exangüe, ofrecía ahora una palidez cadavérica.

—¡Permítame, Alexéi Filíppovich! Apóyese en mi brazo.

A Shulubin no le fue fácil levantarse de la posición en que se hallaba. Luego, los dos se alejaron de allí muy despacio. Envueltos en una ligereza primaveral, les dominaba el abatimiento y la angustia; sus huesos y la carne que aun les quedaba indemne, y su ropa, y su calzado, y hasta el torrente de sol que incidía en ellos, los abrumaba y anonadaba.

Cansados de hablar, caminaron silenciosos.

Sólo ante los escalones del porche del pabellón de cáncer, ya en la sombra del edificio, Shulubin, recostándose en Oleg, alzó la cabeza hacia los álamos y, deteniendo la mirada en el jirón de radiante cielo, dijo:

—No quisiera morir bajo el bisturí. Es horrible… Por mucho que vivas, y aunque su existencia sea la de un perro, nadie desea, de todos modos, acabar…

Entraron en el vestíbulo, que los acogió con su atmósfera cargada y una bocanada de calor. Lentamente, peldaño a peldaño, fueron superando la vasta escalera.

Oleg preguntó:

—Dígame, en sus veinticinco años de sometimiento y renunciación, ¿pensaba usted en todo eso?

—Sí. Renunciaba y meditaba —respondió Shulubin con acento vacío, inexpresivo y cada vez más débil—. Arrojaba los libros al fuego de la estufa, y pensaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Es que mi suplicio y también mi traición no merecían una pizca, aunque no fuera más, de capacidad razonadora?…

32

En modo alguno Dontsova pudo imaginarse que algo conocido hasta la saciedad, reiterado, resabido de cabo a rabo, pudiera dar la vuelta y ofrecer un viso radicalmente nuevo y extraño. Desde hacía treinta años venía ocupándose de las enfermedades de otras personas y ya se habían cumplido veinte que se sentaba frente a las pantalla de rayos X, que leía en ella, que leía en las radiografías, que leía en los ojos descompuestos e implorantes, que confrontaba análisis, que extraía conocimientos de los libros, que escribía artículos, que discutía con sus colegas y con los pacientes. Todo esto contribuyó tan sólo a que su empirismo y su elaborado punto de vista adquiriesen un carácter más inamovible y a que su compenetración con la teoría médica fuese mayor. Para ella existían la etiología y los patógenos, los síntomas, el diagnóstico, el curso de la enfermedad, los tratamientos, la profiláctica y el pronóstico; pero la resistencia, las dudas y los temores de los enfermos —aunque comprensibles como debilidades humanas y capaces de inspirar la compasión del médico—, puestos en balanza con los métodos no eran sino ceros a la izquierda para los que no había cabida en la cuadratura lógica.

Hasta entonces los cuerpos humanos tuvieron idéntica estructuración: un mismo atlas anatómico los representaba a todos. Estos cuerpos tenían en sus procesos vitales la misma fisiología, y sus sensaciones igual génesis. Todo lo que era normal, así como cuanto divergía de la norma, lo explicaban razonadamente las competentísimas autoridades en la materia.

Pero, de repente, en sólo unos días, su propio cuerpo se había desprendido de este armonioso y magno sistema golpeándose contra el duro suelo, quedando convertido en un inerme saco repleto de órganos, cada uno de los cuales era propenso a enfermar en cualquier instante y a levantar la voz.

En esos días todo se volvió del revés para Dontsova; lo anterior, configurado con elementos conocidos, se transformó en algo ignoto y horrible.

Cuando su hijo todavía era un chiquillo, solían mirar juntos sus dibujos. Los objetos caseros más comunes y corrientes —una tetera, una cuchara, una silla—, diseñados con insólitos trazos, resultaban irreconocibles.

Así de irreconocible se le mostraba ahora el curso de su propia enfermedad y el nuevo lugar que habría de ocupar dentro del tratamiento, donde ella no sería ya la

fuerza analítica orientadora, sino un impotente ovillo aturdido. La primera revelación de su dolencia la dejó tan aplastada como una rana. Sus primeros momentos de adecuación a la enfermedad le fueron insoportables: el mundo se había trastornado por completo, desquiciándose totalmente el orden de cosas del universo. Sin estar aún muerta se veía obligada a abandonarlo todo: a su marido, a su hijo, a su hija, a su nieto y su trabajo, aunque en este trabajo se esforzaría ahora con ahínco por ella y para ella. En un solo día debía renunciar a cuanto representaba su vida y, en adelante, convertida en demudada y cetrina sombra, se atormentaría sin saber, durante un plazo prolongado, si todo ello culminaría con su muerte o con el retorno a la existencia.

En su vida, al parecer, no concurrían ni ornatos, ni alegrías, ni festejos, sólo trabajo e inquietud, inquietud y trabajo; era una existencia que daba la impresión de no encerrar nada notable. Sin embargo, ¡cuán inadmisible y atroz resultaba despedirse de ella!

El domingo no fue para Dontsova un día de asueto, sino una jornada preparatoria de sus vísceras que al día siguiente pasarían por los rayos.

Como convinieron, el lunes a las nueve y cuarto de la mañana, Dormidont Tíjonovich, Vera Gángart y una de las doctoras internas de la clínica se hallaban en el gabinete de rayos esperando adaptarse a la oscuridad después de haber apagado las luces. Liudmila Afanásievna se desnudó y se colocó tras la pantalla. Tomando de manos de una auxiliar sanitaria el primer vaso de papilla de bario, la derramó torpemente porque su mano, enfundada en un guante de goma que tantas veces macerara abdómenes allí mismo, temblaba ahora.

Sus colegas repitieron con ella los consabidos procedimientos: las palpaduras, los sondeos, los virajes, el levantamiento de brazos, las aspiraciones y exhalaciones. Después extendieron el montante, la tendieron en él y le hicieron varias radiografías en diferentes proyecciones. Luego tuvieron que dar tiempo a la masa contrastante a difundirse más allá del tracto digestivo. Entretanto, el mecanismo de rayos no podía quedar inactivo y la doctora interna hizo pasar a sus pacientes de tumo. Liudmila Afanásievna tenía intención de ayudarla, pero tuvo que desistir porque no podía concentrarse. Llegó el momento de situarse de nuevo tras la pantalla, de beber el bario y de acostarse bajo el aparato de radiogramas.

La única diferencia consistía en que este reconocimiento no se efectuaba con el habitual y diligente silencio sólo violado por tajantes órdenes. Oreschenkov gastaba incesantes bromas a sus jóvenes auxiliares, a Liudmila Afanásievna o se reía de sí mismo. Relató que en sus tiempos de estudiante le expulsaron cierta vez por escandalizar al entonces flamante Teatro de Arte Académico de Moscú. Se estrenaba *El poder de las tinieblas*[36] y en ella Akim se limpiaba los mocos y se desenrollaba los calcetines con tal realismo que Dormidont y sus amigos empezaron a sisear y a armar barullo. Desde entonces, manifestó, siempre que volvía al Teatro de Arte temía

ser reconocido y expulsado de nuevo. Todos procuraban que no decayese la conversación para que no fuesen tan angustiosas las pausas entre las silenciosas exploraciones. No obstante, Dontsova captó netamente que Gángart hablaba sobreponiéndose a sus fuerzas, con la garganta seca. ¡Si la conocería ella!

Pero Liudmila Afanásievna así lo había querido. Limpiándose la boca tras ingerir la papilla de bario, reiteró su modo de pensar.

—¡No! ¡El paciente no debe enterarse de todo! Siempre lo he considerado así y ahora lo mantengo. Cuando deban deliberar, saldré del gabinete.

No tuvieron nada que alegar y Liudmila Afanásievna salió dispuesta a hallar algo que hacer entre los ayudantes de radiología o con las historias clínicas. Trabajo, había de sobra. Pero se sintió incapaz de concentrarse en faena alguna. Volvieron a reclamar su presencia en el departamento y hacia él se dirigió con el corazón palpitante, con la vaga esperanza de ser recibida con palabras regocijantes, de verse abrazada y felicitada por Vérochka Gángart. Empero, nada de esto ocurrió. Se repitieron los reconocimientos, las órdenes, los virajes.

Sometiéndose a cada una de esas órdenes, Liudmila Afanásievna podía evitar pensar en ellas y tratar de interpretarlas.

—A juzgar por su metodología, creo advertir lo que rastrean en mí —dijo impensadamente.

Según creía comprender, recelaban un tumor en su estómago, pero no en el orificio de salida, sino en el de acceso. Y este era uno de los casos más graves, pues al ser operado exigía una incisión parcial del tórax.

—Pero ¡Liúdochka! —reprochó Oreschenkov en la oscuridad—. Si reclama de nosotros un diagnóstico precoz, la metodología ya no puede ser la misma. Si quisiera esperar unos tres meses, le diríamos entonces en el acto lo que padece.

—¡Oh, no! Le agradezco esos tres meses.

También se negó a mirar la extensa radiografía obtenida al final del día. Perdidos sus característicos y enérgicos ademanes masculinos, se desplomó en una silla bajo la brillante lámpara del techo, en espera de las concluyentes palabras de Oreschenkov. Palabras resolutivas, ¡pero que no representaban un diagnóstico!

—Pues bien, respetable colega —con afectuosidad Oreschenkov alargaba las palabras—, la opinión de las eminencias está dividida.

Y por debajo de sus arqueadas cejas observaba y observaba su desconcierto. Parecía que de la resuelta y tenaz Dontsova se hubiese podido esperar más fortaleza en esta prueba. Su imprevisto decaimiento corroboraba, una vez más, la idea de Oreschenkov de que el hombre contemporáneo está incapacitado para enfrentarse a la muerte, que no está armado con nada para recibirla.

—¿Y quién conjetura lo peor? —inquirió Dontsova, esforzándose por sonreír.

(¡Cómo anhelaba que no fuese él!).

Oreschenkov extendió los dedos respondiendo:

—Las más pesimistas son sus *hijas*. Ya ve cómo las ha educado. Sin embargo, mi juicio sobre usted es mejor.

Las comisuras de sus labios se plegaron en minúscula aunque afectuosísima sinuosidad.

Gángart estaba sentada, pálida, como si la decisión que iba a tomarse le atañese personalmente a ella.

—¡Gracias! —articuló Dontsova, algo más aliviada—. Y… ¿qué tiene que decirme?

Infinidad de veces, después de esa exigua tregua, los pacientes esperaron su decisión, una decisión basada siempre en el raciocinio, en cifras, y que constituía una deducción lógicamente concebida y comprobada. Pero, en verdad, ¡cuánto horror contenía esa corta tregua!

—Pues verá, Liúdochka —Oreschenkov tronó con tranquilizadora voz—. Vivimos en un mundo injusto. Si usted no fuera de las *nuestras*, la transferiríamos inmediatamente a los cirujanos con un diagnóstico alternativo; ellos la seccionarían en determinado lugar y, de paso, le extirparían algo. Conoce lo ruines que son y nunca abandonan la cavidad abdominal sin quedarse con un *souvenir*. La operarían y se esclarecería quién de nosotros estaba en lo cierto. Pero usted es de las *nuestras* y, como en Moscú, en el Instituto de Radiología, trabajan Lénochka y Seriozha, que también son de los *nuestros*, hemos decidido que vaya allí a curarse. ¿Qué le parece? ¿Eh? Leerán los datos que les enviemos y le efectuarán otro reconocimiento. Así tendremos más opiniones. Si la operación fuese necesaria, allí se la harían con más garantías. En general, ellos cuentan con todo lo mejor, ¿no?

(Había dicho: «Si la operación fuese necesaria…». ¿Quería indicar con ello que acaso no sería precisa? O, quizá…, ¿quizá algo peor…?).

—¿Desea darme a entender que la operación sería tan complicada que no se atreven a hacérmela aquí? —conjeturó Dontsova.

—¡No! ¡En modo alguno! —Oreschenkov alzó la voz con el ceño fosco—. No busque en mis palabras un doble sentido. Queremos, sencillamente, conseguir para usted un, ¿cómo se dice?, un enchufe. Si no me cree, ahí tiene la radiografía —se la indicó con la cabeza—. Mírela usted misma.

Sí, ¡nada más fácil! No tenía más que tender la mano y someterla a su estudio.

—No, no —se apartó Dontsova de la radiografía—. No quiero.

Y en eso quedaron. Discutieron lo fundamental y luego Dontsova se fue al Ministerio de Sanidad de la República donde, inexplicablemente, no dieron largas al asunto. Sin pérdida de tiempo autorizaron su marcha y firmaron la carta credencial. E inesperadamente resultó que ya nada la retenía en la ciudad donde trabajara veinte años.

Cuando ocultaba a todo el mundo el dolor que sufría, Dontsova sabía muy bien que, con sólo participárselo a una persona, el mecanismo se pondría inconteniblemente en marcha y ya nada dependería de ella. Todos los inmutables nexos vitales, tan sólidos, tan perdurables, se habían desatado, se habían roto, no ya en el curso de días, sino de horas. Y he ahí que ella, que tanto en la clínica como en su hogar parecía serlo todo, insustituible, ya había sido reemplazada.

¡Tan apegados como estamos a la tierra y la verdad es que no nos mantenemos firmes en ella!…

¿Qué objeto tenía ahora andar con aplazamientos? Aquel mismo miércoles hizo su última visita a las salas acompañada de Gángart, a la que entregaba la dirección del departamento de rayos.

Iniciaron su recorrido muy de mañana, pero se prolongó casi hasta la hora de la comida. Pese a que Dontsova tenía plena confianza en Vérochka Gángart, que conocía a los pacientes hospitalizados como ella misma, al aproximarse a los lechos de los enfermos consciente de que no volvería a ellos antes de un mes, o acaso nunca, sintió, por primera vez en varios días, que se serenaba y cobraba fuerzas. Recuperó el interés y la facultad de pensar con lógica. El propósito que, muy de mañana, abrigara de entregar cuanto antes todos sus asuntos, de formalizar rápidamente los últimos documentos para marcharse a casa y comenzar los preparativos para el viaje, se resquebrajó. Tan habituada estaba a dirigirlo todo personalmente, y bajo su única responsabilidad, que hoy no podía apartarse de ningún paciente sin tener, por lo menos, una noción del pronóstico previsible para un mes: el curso que tomaría la enfermedad, los nuevos remedios que requeriría el tratamiento, las medidas imprevistas a que habría que recurrir en caso de necesidad. Pasaba por las salas casi como antes, como siempre. Eran sus primeras horas de alivio después del torbellino de preocupaciones de los pasados días.

Iba acostumbrándose a su desgracia.

Pero, al mismo tiempo, pasaba por las salas sintiéndose privada de sus derechos de médico, como descalificada por alguna acción imperdonable que, afortunadamente, no había sido aún notificada a los pacientes. Auscultaba, prescribía, daba instrucciones y observaba al enfermo con mirada falsamente sagaz, mientras el frío le recorría la espalda porque ya no le estaba permitido dictaminar sobre la vida y la muerte de los demás, pues al cabo de varios días yacería en la cama de un hospital tan desvalida y trastornada como aquellas enfermas, sin cuidarse apenas de su aspecto exterior y aguardando el fallo de colegas más aventajados y experimentados, amedrentada por el dolor y deplorando quizás haber estado desacertada en la elección de la clínica. Tal vez desconfiaría también del tratamiento a que la someterían y soñaría con el prosaico derecho a verse libre del pijama del hospital y a poderse marchar por las tardes a su casa, como si en ello residiera la mayor de las dichas.

Estos pensamientos que la embargaban le impedían pensar y discernir con la precisión habitual.

Vera Kornílievna, por su parte, aceptaba sin alegría las responsabilidades que de ningún modo deseaba a tal precio. En realidad, no las ambicionaba en absoluto.

La palabra «mamá» con que la designaban no representaba para Vera una palabra vacía. Entre los diagnósticos de los tres médicos, el suyo fue el más grave. Temía que la operación sería agotadora para Liudmila Afanásievna porque su debilidad ya era mucha por las radiaciones que recibía. Yendo hoy a su lado se le ocurrió pensar que quizá fuese la última vez que pasaban visita juntas, que durante muchos años tendría que andar por entre aquellas camas y cada día recordaría con el corazón oprimido a la mujer que hizo de ella una doctora.

Y, disimuladamente, se limpiaba con el dedo alguna lágrima que se desprendía de sus ojos.

Y hoy, más que nunca, Vera debía preverlo todo con exactitud, sin omitir ninguna pregunta importante, porque por primera vez recaía enteramente sobre ella la responsabilidad de ese medio centenar de vidas y porque, en adelante, ya no tendría a quien pedir consejo.

Así, la inquieta visita de los médicos a las salas se prolongó medio día. Pasaron primero por las de mujeres. Luego atendieron a los pacientes instalados en el vestíbulo y en el pasillo. Se detuvieron, naturalmente, ante Sibgátov.

¡Cuántos esfuerzos invertidos en este tártaro apacible para no ganar más que una moratoria de varios meses! ¡Y qué meses de miserable existencia en un rincón del vestíbulo carente de luz y ventilación! El hueso sacro ya no sostenía a Sibgátov, que mantenía su verticalidad gracias a sus dos recias manos, que apuntalaban ambos lados de su espalda. Su único ejercicio consistía en pasar a la sala vecina para sentarse en ella a escuchar las conversaciones. El único aire que respiraba era el que dejaba pasar el distante ventanuco. El único firmamento que veía era el techo del vestíbulo.

Pero incluso por esta vida miserable que nada contenía aparte de las curas, las riñas de las sanitarias, la comida del hospital y las partidas de dominó, incluso por esta vida que soportaba con la espalda hendida, se iluminaban sus ojos de gratitud, sus doloridos ojos, a cada visita de los doctores.

Y Dontsova pensó que, comparándose con Sibgátov, aún podía considerarse dichosa.

Sibgátov ya se había enterado de algún modo que hoy era el último día en que Liudmila Afanásievna trabajaba.

Vencidos, pero fieles aliados, se miraron mutuamente en silencio antes de que el látigo del vencedor los dispersara en diferentes direcciones.

«Ya ves, Sharaf», decían los ojos de Dontsova, «he hecho todo cuanto he podido. Pero estoy herida y también yo sucumbo».

«Ya lo sé, madre», le respondían los ojos del tártaro. «Ni quien me dio la vida ha hecho tanto por mí, pero no puedo salvarte».

Con Ajmadzhán el desenlace fue brillante. Su caso no había estado abandonado, el tratamiento se ajustó exactamente a la teoría y los resultados justificaron esa teoría. Hicieron un cálculo de las irradiaciones que había recibido y Liudmila Afanásievna le anunció:

—Te daremos el alta.

Tendrían que habérselo comunicado por la mañana para que la enfermera jefe hubiera pedido con tiempo suficiente su ropa al depósito. Pero Ajmadzhán, libre de muletas, se lanzó como una exhalación al piso inferior en busca de Mita. Sin necesidad de ello, no podría soportar una noche más en la clínica. Tenía amigos que aquella misma tarde le esperaban en la Ciudad Antigua.

Vadim también sabía ya que Dontsova entregaba su sección y partía para Moscú. Lo supo de la siguiente manera. El día anterior por la tarde, se recibió un telegrama de su madre dirigido a Liudmila Afanásievna y a él, en el que anunciaba que el oro coloidal se expedía a la clínica. En el acto Vadim fue renqueando al piso de abajo. Dontsova se había ido al Ministerio de Sanidad y Vera Kornílievna, al leer el telegrama, le felicitó y le presentó allí mismo a Ela Rafáilovna, su radióloga, que en adelante estaría encargada de su tratamiento en cuanto el oro llegara al departamento radiológico. En ese momento llegó la fatigada Dontsova, leyó el telegrama y, a través de su anonadamiento, trató de asentir animosamente ante Vadim.

La víspera invadió a Vadim una alegría irrefrenable que le quitó el sueño. Pero hoy por la mañana le asaltaron varios pensamientos. ¿Cuándo llegaría el oro? Si se lo hubiesen entregado en mano a su madre ya lo tendría allí. ¿Llegaría en tres días? ¿O tardaría una semana? Con estos interrogantes en su mente recibió a las doctoras que se aproximaban a él.

—¡Dentro de unos días, naturalmente! —le dijo Liudmila Afanásievna.

Pero ella sabía bien lo que podían prolongarse esos *días*. Conocía un caso de un instituto de Moscú que debía expedir un preparado medicinal a una clínica de Riazán. La encargada de la oficina de envíos escribió en el albarán: «Con destino a tal clínica de “Kazán”». En el Ministerio —pues asuntos tales no pueden solucionarse sin intervención del Ministerio— leyeron «Kazajstán» y enviaron el medicamento a Almá-Atá, la capital de esa república.

¡Cuánto puede influir una grata noticia en el hombre! Los negros ojos de Vadim, tan sombríos en los últimos tiempos, irradiaban ahora un destello de esperanza; sus labios algo abultados, que habían adquirido una persistente y torva doblez, se enderezaron y rejuvenecieron de nuevo. Todo él —pulcramente afeitado, aseado, optimista y cortés— resplandecía como quien celebra su onomástica y se ve, desde por la mañana, rodeado de regalos.

¿Cómo pudo decaer tanto su espíritu, desmayar tanto su voluntad en las dos últimas semanas? ¡Si en la voluntad estaba la salvación, si todo depende de la voluntad! ¡Ahora todo se reducía a una carrera de velocidad! Urgía que el oro recorriera los tres mil kilómetros del trayecto a más velocidad que las metástasis los treinta centímetros del suyo. En ese caso, el oro limpiaría su ingle y preservaría el resto de su cuerpo. En cuanto a la pierna, nada le importaba sacrificarla. ¿Y si por azar, el oro, en progresión racional, curaba también la pierna? Al fin y al cabo, ¿qué ciencia puede prohibirnos tener fe?

¡Sería justo y razonable que él, justamente él, salvara la vida! Resignarse a la muerte, rendirse uno a la pantera negra para que le destroce a dentelladas sería estúpido, cobarde e indigno. Con toda la brillantez de su talento, se confortaba con la idea de que sanaría, de que escaparía a la muerte. Se pasó media noche sin dormir a causa de la excitación jubilosa que le dominaba. Se esforzó por hacerse una idea de lo que en esos momentos sería del pequeño recipiente de plomo que contenía el oro. ¿Iría ya en ruta en un vagón de equipajes? ¿Lo llevarían ahora camino del aeropuerto? ¿O se hallaría ya en el avión? Con los ojos de su fantasía se elevaba a tres mil kilómetros de altura en el oscuro espacio nocturno y metía prisa, apremiaba, para que le proporcionasen cuanto antes el oro coloidal. Si existiesen, hasta de los ángeles habría invocado ayuda.

Ahora vigilaba suspicaz el proceder de los médicos. Estos no dijeron nada inquietante y tampoco lo reflejaron en sus rostros, pero le inspeccionaron a conciencia. No sólo le palparon el hígado, sino también varios lugares del cuerpo, al tiempo que intercambiaban observaciones sin importancia. Vadim estaba atento para ver si prestaban más vigilancia a su hígado que a otras zonas de su organismo.

(Los médicos, ante un paciente tan expectante y alertado, pasaron innecesariamente los dedos por el bazo, aunque el verdadero objetivo de su sensitivo tacto era comprobar el grado de alteración del hígado).

Los médicos no pudieron escapar pronto de Rusánov. Este esperaba su ración extra de atención. En los últimos tiempos se mostraba más indulgente con ellos, pues aunque no eran científicos eméritos ni profesores, le habían curado. Esto era un hecho innegable. El tumor de su cuello estaba ya totalmente suelto, allanado, reducido. Es probable que desde el principio no tuviera la peligrosidad que exageradamente le atribuyeron.

—Debo decirles, camaradas —comunicó a los médicos—, que estoy cansado de las inyecciones. Me han puesto más de veinte. ¿No creen que serán suficientes? ¿O que podría finalizar el tratamiento en casa?

En verdad, el estado de su sangre no era satisfactorio aunque le habían hecho cuatro transfusiones. Tenía un aspecto marchito, extenuado, y un color amarillento. Hasta el bonete uzbeko parecía venirle grande a su cabeza.

—Quiero darle las gracias, doctora. Sé que al principio no tuve razón —declaró honestamente Rusánov dirigiéndose a Dontsova. Le complacía reconocer sus errores —. Usted me ha curado y se lo agradezco.

Dontsova asintió vagamente con la cabeza. No se comportaba así por modestia o turbación, sino porque él estaba desacertado en lo que decía, se engañaba. Aún le aguardaban erupciones de tumores en numerosas glándulas, y de la rapidez del proceso dependía que el próximo año siguiera con vida.

Ella, de hecho, estaba en idéntica situación.

Las dos doctoras, Dontsova y Gángart, le reconocieron las axilas y la zona clavicular. Presionaron tanto en ellas que Rusánov se encogía.

—¡Si ahí no tengo nada! —aseveraba.

Ahora veía patentemente que no habían hecho más que asustarle con la enfermedad. Pero él era resistente y la había superado. Y esa resistencia descubierta en sí le enorgullecía de modo particular.

—Tanto mejor. Pero debe vigilarse mucho, camarada Rusánov —le aconsejó Dontsova—. Le pondremos un par de inyecciones más y probablemente le daremos el alta. Todos los meses deberá comparecer a reconocimiento y si advierte algo, venga antes, inmediatamente.

Sin embargo, el regocijado Rusánov creía saber por propia experiencia que esas presentaciones obligatorias a reconocimiento no suponían más que meros recursos para llenar el gráfico. Se fue en el acto a telefonear a su familia para comunicarle la buena nueva.

Le llegó el turno a Kostoglótov. Aguardaba a las doctoras con encontrados sentimientos: por un lado, al parecer, le habían salvado; por otro, habían causado su ruina. La miel y el alquitrán se mezclaban en el barril en iguales proporciones, pero la mezcla no servía ya para alimento ni para las ruedas.

Cuando Vera Kornílievna se acercaba a él sola, para Kostoglótov era Vega, y fuera lo que fuese lo que le preguntara relacionado con sus obligaciones y le recetara lo que le recetara, él se limitaba a contemplarla satisfecho. Sin saber por qué, en la última semana le perdonó sin reservas el deterioro que ella causaba a su organismo. Por lo visto, empezó a reconocerle cierto derecho sobre ese cuerpo suyo, lo cual le reconfortaba. Cuando en las visitas se acercaba a él, habría besado de buena gana sus menudas y delicadas manos o, como un perro, habría restregado su hocico en ellas.

Sin embargo, ahora eran dos las que estaban con él, dos doctoras aherrojadas por sus normas de conducta, y Oleg no pudo librarse de su ofuscación y de su agravio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Dontsova, sentándose a su lado en la cama.

Vega, de pie a su espalda, le sonreía sutilmente. Había recobrado la propensión o acaso la inevitable necesidad de sonreírle, aunque fuese levemente, cada vez que se encontraban. Hoy su sonrisa parecía estar velada por algo.

—Nada bien —contestó Kostoglótov desalentado, incorporando la cabeza de su colgante postura y posándola en la almohada—. Siento aquí, en el diafragma, una especie de crispación cuando hago movimientos bruscos. En resumen, me parece que han abusado del tratamiento. Les ruego que pongan fin a todo esto.

No expuso su exigencia con la fogosidad de antes, sino con cierta indiferencia, como si se refiriese a un asunto ajeno lo suficientemente claro para no seguir insistiendo.

Tampoco Dontsova parecía dispuesta a discutir. Estaba cansada.

—Como quiera, la decisión es suya. Pero el tratamiento no ha terminado.

Le examinó la piel de las zonas irradiadas. Su aspecto, indudablemente, pedía a gritos que se concluyese. Además, la reacción superficial, las manifestaciones secundarias producidas por los rayos en la epidermis, todavía podían agudizarse más después de la suspensión de la radioterapia.

—No recibe ya dos sesiones diarias, ¿verdad? —insinuó Dontsova.

—No, sólo una —respondió Gángart.

(Estas simples palabras, «sólo una», las pronunció alargando un poco su fina garganta. ¡Fue como si articulara algo delicado capaz de enternecer el corazón!).

Extraños y vivos hilos, como largo cabello femenino, la habían atrapado enredándola con este paciente. Ella era la única que sentía dolor cuando se tensaban demasiado y se rompían. A él no le dolía y nadie de alrededor lo advertía. El día en que se enteró de los devaneos nocturnos con Zoya fue como si le arrancaran todo un mechón. Quizá hubiese sido mejor poner punto final entonces. Con ese tirón, recordó que los hombres no quieren a las mujeres de su edad, que las prefieren más jóvenes. No tendría que haber olvidado que su edad ya había pasado, que no podría recuperar el tiempo perdido.

Pero él se hizo después el encontradizo de modo tan manifiesto, suspiró tanto por sus palabras, se dirigió a ella con tan buen sentido y la miraba con tal devoción, que los hilos-cabellos empezaron a salir uno a uno y a enmarañarse de nuevo.

¿Qué representaban esos hilos? Algo inexplicable y disparatado. No tardaría mucho en irse a donde le retendría una garra vigorosa. Y solamente regresaría cuando se sintiera grave, cuando la muerte le doblegase. Si gozara de salud, más improbable sería su regreso; entonces jamás regresaría.

—¿Cuánto sinestrol le hemos administrado? —preguntó Liudmila Afanásievna.

—Más del necesario —contestó con agresividad Kostoglótov, adelantándose a Vera Kornílievna y lanzando una mirada vacía—. El suficiente para el resto de mi vida.

En cualquier otro momento, Liudmila Afanásievna no habría pasado por alto esta insolente réplica y le habría calentado las orejas sin compasión. Pero en ese instante su voluntad era nula y apenas si le restaban fuerzas para finalizar la visita. Fuera de

sus funciones, despidiéndose ya de ellas, no podía, en realidad, ni siquiera objetar a Kostoglótov. El tratamiento, desde luego, era bárbaro.

—Mi consejo es este —dijo con tono conciliador y de modo que los otros pacientes no la oyeran—: No ha de aspirar a la felicidad familiar. Ha de vivir todavía muchos años sin formar una familia como es debido.

Vera Kornílievna bajó la mirada.

—Y no olvide que su caso estaba muy abandonado, que acudió tarde a nosotros.

Kostoglótov sabía que las cosas no iban bien, pero se quedó boquiabierto al oírselo confirmar a Dontsova.

—Sí… —gruñó al tiempo que le asaltaba una idea consoladora: «Bueno, de todos modos las autoridades se ocuparán de que así sea».

—Vera Kornílievna, seguirá usted dándole tezán y pentaxil. Pero habrá que dejar que se marche para que descanse. Haremos lo siguiente, Kostoglótov: le extenderemos una receta para que disponga de una reserva de sinestrol para tres meses. Ahora está de venta en las farmacias y podrá adquirirlo. Y no deje de seguir el tratamiento en su domicilio. Si en su lugar de residencia no hay quien le ponga las inyecciones, compre la medicina en comprimidos.

Kostoglótov movió los labios con la intención de hacerle saber que, en primer lugar, no tenía casa; que, en segundo, no disponía de dinero y que, en tercero, no era tan tonto como para suicidarse lentamente.

Cambió, no obstante, de idea y no dijo nada porque había advertido su palidez gris-verdosa y su fatiga.

Y así dio fin al recorrido a la sala.

Ajmadzhán entró impetuoso en la sala. Todo estaba arreglado y ya habían ido en busca de su uniforme. ¡Hoy bebería en compañía de un amiguete! Ya recogería mañana los certificados y demás papeles. Estaba tan alterado, hablaba con tal rapidez y en tono tan chillón, que los asombró, pues nunca le habían visto así con anterioridad. Se movía con tal vivacidad y seguridad que parecía inverosímil que hubiera estado dos meses enfermo compartiendo la sala con ellos. Bajo su negro y espeso pelo cortado a cepillo, bajo sus cejas negras como el alquitrán, le ardían los ojos como los de un borracho y su espalda se estremecía barruntando la vida, que le aguardaba tras las puertas del hospital. Empezó a recoger sus cosas, pero abandonó esta tarea para ir corriendo a solicitar que le sirvieran la comida con los pacientes de la planta baja.

Reclamaron a Kostoglótov para la sesión de rayos. Esperó turno ante el gabinete, después pasó un rato tumbado bajo los aparatos y después salió al porche para ver la causa del anubarrado día.

En el cielo se arremolinaban raudas nubes plomizas tras las que serpeaba otra de intenso matiz violáceo, prometiendo abundantes precipitaciones. Pero la atmósfera

era sofocante y la lluvia quedaría reducida a un chaparrón de primavera.

Como el tiempo no invitaba a pasear, regresó a la sala. Ya desde el pasillo oyó al excitado Ajmadzhán que relataba a gritos:

—¡Los alimentan mejor que a los soldados! ¡Que me corten la lengua si miento! ¡Bueno, en todo caso, no peor! ¡Su ración diaria de pan es de un kilo y doscientos gramos, cuando deberían darle de comer mierda! ¿Creen que trabajan? ¡Ca! ¡En cuanto los conducimos a la zona de trabajo, se desperdigan, se esconden y se pasan el día durmiendo!

Kostoglótov se plantó silenciosamente en el vano de la puerta. Ajmadzhán, ante su cama despojada ya de sábanas y almohadones, con su petate dispuesto, agitaba una mano y mostraba sus brillantes dientes blancos, finalizaba con todo aplomo su última historia ante el auditorio de la sala.

Esta había variado totalmente. En su composición ya no entraba Federau, ni el filósofo, ni Shulubin. Cuando la integraban otros hombres, nunca oyó Oleg que Ajmadzhán se pronunciara como acababa de hacerlo.

—En ese caso, ¿no construirán nada? —preguntó Kostoglótov con calma—. No habrá en la zona ninguna edificación levantada por ellos, ¿verdad?

—Sí… construyen —Ajmadzhán se desconcertó un poco—, pero de mala manera.

—Ustedes habrían podido… ayudarlos —insistió Kostoglótov bajando más la voz, como si perdiera fuerzas.

—¡Nuestra obligación es sostener el fusil, la de ellos manejar la pala! —replicó Ajmadzhán con viveza.

Oleg miraba la cara de su compañero de sala como si la viera por primera vez; mejor dicho, como si durante muchos años le hubiese visto tras el cuello de la zamarra y armado con el fusil automático. Ajmadzhán, con la inteligencia justa para el juego del dominó, era sincero, sencillo.

Si durante decenas y decenas de años se prohíbe llamar a las cosas por su nombre, las mentes humanas caerán irremediablemente en aberraciones y será más arduo comprender a un compatriota que a un marciano.

—¿Tienes noción de lo que has dicho? —Kostoglótov insistió—. ¿Hablas de seres humanos y dices que deben ser alimentados con mierda? ¿Bromeas acaso?

—¡No, no bromeo! ¡Esa gente no son personas! ¡No son seres humanos! —afirmó Ajmadzhán, convencido y excitado.

Confiaba en que convencería a Kostoglótov como a los otros oyentes de la sala. Sabía que Oleg era un deportado, pero desconocía su peregrinación por los campos de trabajo.

Kostoglótov desvió la vista al lecho de Rusánov, pues no se explicaba que no hubiera intervenido ya en apoyo de Ajmadzhán. Simplemente, porque estaba ausente

de la sala.

—Siempre creí que eras soldado del Ejército. Pero ¡vaya, vaya, en qué cuerpo armado has prestado tus servicios! —Kostoglótov arrastró las palabras—. Has estado a las órdenes de Beria, ¿no es así?

—¡No conozco a ningún Beria! —replicó Ajmadzhán enfadado, con el rostro enrojecido—. No es asunto mío preocuparme por quiénes están en la cumbre. Presté un juramento y cumplí con mi obligación. Si te vieses forzado a ello, también tú lo cumplirías…

33

Ese mismo día rompió a llover. Toda la noche cayó agua acompañada de viento, y descendió la temperatura. En la madrugada del jueves la lluvia cayó mezclada con nieve y todos los que en la clínica pronosticaron que la primavera había llegado y abrieron las ventanas —entre ellos Kostoglótov— se despertaron mojados. Pero a partir del mediodía del mismo jueves dejó de caer nieve, cesó la lluvia y amainó el viento, quedando el tiempo en calma, nublado y frío.

A la hora del crepúsculo, una estrecha banda dorada iluminó el confín occidental del cielo.

Y el viernes, fecha en que Rusánov abandonaba la clínica, amaneció un cielo sin nubes y el sol temprano fue secando los grandes charcos de asfalto y los terrosos senderos que cruzaban el césped.

Todos presintieron que con ello comenzaba la verdadera e irrevocable primavera. Arrancaron el papel que tapaba las rendijas de las ventanas, giraron las fallebas y las abrieron de par en par, yéndose al suelo la seca masilla que las sanitarias se encargarían de barrer.

Pável Nikoláyevich, que no había hecho entrega de sus pertenencias en el depósito y que tampoco había usado nada de la clínica, era libre de marcharse a cualquier hora del día. Inmediatamente después del desayuno llegaron a recogerle.

¡Qué sorpresa! ¡Venía Lávrik conduciendo el coche! La víspera había obtenido su carnet de conducir. Esa misma víspera comenzaron las vacaciones escolares, que Lávrik disfrutaría en veladas y tertulias con los amigos y Maika saliendo de paseo con sus amigas. Por eso sus hijos menores estaban tan jubilosos. Con ellos dos, sin los mayores, llegó también Kapitolina Matvéyevna. Lávrik había advertido a su madre que después de recoger a su padre llevaría a los amigos a dar una vuelta en el coche. Debía demostrar su pericia como conductor, su seguridad ante al volante sin la ayuda de Yura.

Como una película que giraba hacia atrás, se repitió todo el proceso en sentido inverso, pero ¡cuánto más grato! Pável Nikoláyevich entró en el cuartucho de la enfermera jefe en pijama y salió de él ataviado con su traje gris. El ufano Lávrik, un agraciado y avispado muchacho, lucía un impecable traje azul marino que le daba apariencia de hombre hecho y derecho. Cuando no armaba jaleo con Maika, en el

vestíbulo se entretenía sin parar haciendo girar orgullosamente en su dedo la correa de la que colgaba la llave del coche.

—¿Has cerrado todas las puertas? —le preguntó Maika.

—Todas.

—¿Y has subido los cristales?

—Vete y compruébalo.

Maika salió corriendo, haciendo temblar sus oscuros rizos, y al regresar informó:

—Todo está en orden —y, en el acto, con expresión alarmada, dijo—: ¿Has cerrado el portaequipajes?

—Vete y compruébalo.

Y volvió a salir corriendo.

En el vestíbulo de entrada, igual que el día de su ingreso, se veía gente con tarritos que contenían un líquido amarillento con destino al laboratorio. Había, asimismo, personas de semblante inexpresivo que, sentadas con desánimo en los bancos, aguardaban la concesión de una plaza para hospitalizarse. También había alguno tendido en los asientos. Pável Nikoláyevich contemplaba el cuadro con benévola condescendencia. Él había demostrado ser hombre de coraje, más fuerte que las circunstancias.

Lávrik cargó con la maleta de su padre. Kapa, con abrigo de entretiempo color albaricoque y de muchos botones de gran tamaño, con su melena cobriza y rejuvenecida por la alegría, dirigió a la enfermera jefe un cabeceo de despedida y salió del brazo de su esposo. Maika se colgó del otro brazo de su padre.

—Pero ¡mírala, mírala qué gorro lleva! ¡Es nuevo, a rayas!

—¡Pasha! ¡Pasha! —gritaron a su espalda.

Se volvieron.

Era Chály, que salía del pasillo del departamento de cirugía. Ofrecía un aspecto magnífico, animoso, y ya no tenía la palidez de antes. El pijama y las zapatillas de la clínica eran lo único que le delataban como paciente.

Pável Nikoláyevich le estrechó gozosamente la mano y luego dijo:

—Kapa, te presento al héroe del frente clínico. ¡Le han achicado el estómago y ahí le tienes tan risueño!

Al ser presentado a Kapitolina Matvéyevna y saludarla, Chály chocó con cierta elegancia sus talones e inclinó la cabeza a un lado, en parte con deferencia, en parte con teatralidad.

—¡Tu teléfono, Pasha! ¡Dame el número! —Chály insistió.

Pável Nikoláyevich simuló aturullarse al traspasar la puerta y no haberle oído. Chály era un buen sujeto, pero, de todos modos, pertenecía a otro círculo, tenía otros conceptos de la vida y quizá no fuera muy respetable relacionarse con él. Rusánov buscaba el modo más diplomático de negárselo.

Salieron al porche y Cháli reparó inmediatamente en el Moskvich, que Lávrik ya tenía preparado para arrancar. Cháli lo miró con aprecio y, sin preguntarle si era suyo, le espetó:

—¿Cuántos miles lleva recorridos?

—No ha llegado aún a los quince.

—¿Cómo tiene, pues, las cubiertas tan gastadas?

—Han resultado malas… Así trabajan los chapuceros que las fabrican.

—¿Quieres que te consiga otras?

—¿Puedes hacerlo? ¡Te lo agradecería, Maxim!

—¡Naturalmente! ¡Sin esfuerzo alguno! Escribe, escribe mi número de teléfono —le incitaba, empotrando su dedo en el pecho de Rusánov—. Te garantizo que las tendrás en una semana a partir del día que salga de aquí.

¡No tuvo ya necesidad de inventar excusas! Pável Nikoláyevich arrancó una hoja de su librito de notas y escribió en ella el número de teléfono de su oficina y el de su casa.

—Está bien. ¡Ya nos comunicaremos por teléfono! —se despidió Maxim.

Maika saltó a la delantera del coche y sus padres se sentaron atrás.

—¡Seguiremos siendo amigos! —les exhortó Maxim como último adiós.

Las portezuelas se cerraron de golpe.

—¡Seguiremos disfrutando de la vida! —les gritó finalmente Maxim, con el brazo en alto como si hiciese el saludo del «Frente Rojo».

—¿Qué? —Lávrik examinaba a Maika—. ¿Qué hay que hacer ahora? ¿Meter la marcha?

—¡No! Primero debes asegurarte de que no hay ninguna marcha puesta —cotorreó Maika.

Partieron salpicando el agua de algunos charcos y dieron vuelta a la esquina del pabellón ortopédico. Ante ellos, justo por en medio de la calzada asfaltada, un alto y desvaído paciente con bata gris y botas paseaba sin prisas.

—¡Dale un buen bocinazo a ese! —indicó Pável Nikoláyevich a su hijo en cuanto le reconoció.

Lávrik dio un bocinazo corto y penetrante. El larguirucho se echó bruscamente a un lado y se volvió a mirarlos. Lávrik pasó a todo gas a diez centímetros de él.

—Le puse el apodo de Roedor. ¡Si supierais lo envidioso y desagradable que llega a ser ese tipo! Tú ya le conocías, ¿verdad, Kapa?

—¡No sé de qué te asombras, Pásik! —suspiró Kapa—. Junto a la dicha está la envidia. Si deseas ser feliz, no te verás libre de envidiosos.

—Es un enemigo de clase —gruñó Rusánov—. En otras circunstancias…

—Entonces tendría que haberle atropellado. ¿Para qué me has dicho que tocara? —rio Lávrik, y por un instante volvió la cabeza.

—¡Haz el favor de no mirar para atrás! —Kapitolina Matvéyevna se asustó.

Y tenía razón. El coche dio un brusco bandazo.

—¡No oses volver la cabeza! —remedó Maika con sonora sonrisa—. Yo sí puedo hacerlo, ¿verdad, mamá?

Y echaba su cabecita hacia el respaldo, ladeándola ya a la derecha, ya a la izquierda.

—No le daré permiso para pasear a sus amigas en el coche. ¡Así aprenderá!

Cuando salían del centro médico, Kapa bajó el cristal y arrojó por la ventanilla algo menudo, diciendo:

—¡Que no regresemos nunca a este maldito lugar! ¡No os volváis ninguno para mirar atrás!

Kostoglótov soltó en pos de ellos una larga sarta de tacos.

Sacó en conclusión que era lo mejor que también podía hacer él: pedir el alta mañana, a primera hora, sin falta, porque no le convenía irse a mitad del día, como acostumbraban los pacientes que dejaban la clínica, pues no tendría tiempo para nada.

Le habían prometido que al día siguiente le darían de alta.

Hoy el tiempo era delicioso, soleado. El ambiente se caldeaba con rapidez y la humedad desaparecía. Quizás en Ush-Terek también hacía buen tiempo, y estarían ya cavando los huertos y limpiando los canales de riego.

Paseaba dando rienda suelta a su fantasía. ¡Qué felicidad! Había partido de Ush-Terek con fríos gélidos y sin esperanzas de sobrevivir, y ahora regresaría con la primavera en todo su esplendor. Podría plantar su huerta, lo cual le depararía un enorme gozo: introducir algo en la tierra y ver luego cómo brotaba.

Aunque en todas las huertas trabajan en parejas y él estaría solo.

Y mientras paseaba tuvo una idea: dirigirse a la enfermera jefe. Ya había pasado la época en que Mita le rechazaba insistentemente con su «No hay vacantes» en la clínica. Eran ya viejos conocidos.

La halló sentada en su cuchitril del vano de la escalera. Como no tenía ventana, Mita se alumbraba con luz eléctrica en su tarea de clasificar en montones las fichas del registro. Después del paseo al aire libre, el ambiente que allí se respiraba resultó intolerable para los ojos y los pulmones de Oleg.

Kostoglótov, encorvándose, se coló por la exigua puertecilla y dijo:

—¡Mita! Tengo que pedirle un favor. Es de suma importancia.

Mita alzó el rostro alargado, anguloso, desproporcionado de nacimiento. Hasta los cuarenta años ningún hombre había sentido deseos de besarlo, de acariciarlo con la mano, de modo que jamás se reflejó en él ninguna ternura que hubiera podido suavizarlo. Y Mita quedó convertida en una acémila laboriosa.

—¿De qué se trata?

—Mañana me dan el alta.

—¡Me alegro muchísimo por usted!

En el fondo era una mujer de corazón sensible, sólo a primera vista parecía adusta.

—El problema no es ese, sino que tengo que resolver muchos asuntos en la ciudad durante el día y ponerme en ruta la misma noche. Como tardan tanto en devolver la ropa del depósito, ¿no habría manera, Mítochka, de hacer lo siguiente? Sacar hoy mis bártulos, guardarlos en cualquier sitio, y así mañana por la mañana me mudaría enseguida de ropa y me marcharía temprano.

—¡Oh, temo que no sea posible! —suspiró Mita—. Si Nizamutdín se enterara…

—¡No se enterará! Comprendo que es una infracción de las reglas, pero, Mítochka, ¡el hombre sólo puede vivir entre infracciones!

—¿Y si mañana, inesperadamente, no le diesen el alta?

—Vera Kornílievna me lo ha asegurado.

—De todos modos, debe cerciorarse y preguntárselo de nuevo.

—De acuerdo. Ahora mismo iré a verla.

—Qué, ¿no conoce la noticia?

—No. ¿Qué noticia?

—Dicen que hacia final de año nos habrán liberado a todos. ¡Lo aseguran como cosa decidida!

Su cara sin atractivos se agració al referirse a este rumor.

—¿A quién? ¿A nosotros? ¿A ustedes?

Quería decir a los deportados *por motivo personal*, a los deportados por motivos de nacionalidad.

—Por lo visto, a nosotros y a ustedes. ¿No lo cree? —Y esperaba recelosa su opinión.

Oleg se rascó la coronilla, contrajo el rostro y cerró completamente un ojo.

—Es posible. No está descartado. Pero he oído en mi vida tantos *rumores* falsos que mis oídos ya se niegan a escucharlos.

—¡Pero ahora se comenta como cosa hecha!

Deseaba tanto creer en ello que no podía decepcionarla.

Oleg acopló el labio inferior sobre el superior, quedando unos instantes pensativo. Algo, ciertamente, se estaba fraguando. El Tribunal Supremo había saltado, pero los acontecimientos no se precipitaban; hacía un mes y nada había vuelto a ocurrir. El escepticismo se apoderó nuevamente de él. La Historia es demasiado lenta para nuestras vidas, para nuestro corazón.

—Pues que Dios lo quiera —dijo en consideración a ella—. ¿Y qué hará usted en ese caso? ¿Se irá de aquí?

—No lo sé —declaró Mita casi sin voz, extendiendo sus dedos de grandes uñas sobre las fastidiosas y manoseadas fichas.

—Es usted de por los alrededores de Salsk, ¿no?

—Sí, de allí.

—¿Y cree que viviría mejor?

—Significaría la li-ber-tad —musitó ella.

¿No sería más exacto que aún alimentaba esperanzas de casarse en su tierra?

Oleg fue en busca de Vera Kornílievna. No pudo localizarla enseguida. O estaba ocupada en el departamento de rayos o con los cirujanos. Por fin la divisó cuando iba por el pasillo acompañada de Lev Leonídovich, y corrió a darles alcance.

—¡Vera Kornílievna! ¿Podría concederme un minuto?

Le agradaba dirigirse a ella, decir algo especialmente para ella. Notó que su voz no era la misma que cuando hablaba con otras personas.

Ella se volvió. La inercia de su constante ajetreo se manifestaba claramente en su inclinado busto, en la postura de sus manos, en la preocupación de su semblante. Pero, fiel a la inalterable atención hacia todos, se detuvo en el acto.

—Sí…

No agregó «Kostoglótov». Sólo pronunciaba su apellido cuando hablaban ante terceras personas, médicos o enfermeras. Directamente no le nombraba de ningún modo.

—Vera Kornílievna, tengo que pedirle un gran favor. ¿Podría asegurarle a Mita que mañana me marcho?

—¿Para qué?

—Es necesario. Es que mañana mismo por la noche debo tomar el tren, pero antes…

—Oye, Lev, puedes irte. Ahora iré para allá.

Y Lev Leonídovich se fue con paso balanceante, el cuerpo arqueado, las manos hundidas en los bolsillos delanteros de la bata y la espalda ceñida por las cintas. Entretanto, Vera Kornílievna le decía a Oleg:

—Venga a mi despacho.

Y abrió la marcha delante de él, grácil en sus armónicas formas.

Le condujo al gabinete de rayos, al mismo en el que había discutido tan porfiadamente en cierta ocasión con Dontsova. Se instaló ante la misma mesa mal cepillada y le invitó a tomar asiento allí mismo. Pero él prefirió seguir de pie.

Estaban solos. El sol entraba oblicuamente en la habitación formando una columna de oro de danzarinas partículas de polvo y arrancaba reflejos en las piezas niqueladas de los aparatos. Aunque se entornaran los párpados y el ambiente era grato, hería la claridad.

—¿Y si mañana no dispusiera de tiempo para formalizarle el alta? No olvide que debo escribir también la epicrisis.

No alcanzaba a comprender si sus palabras eran estrictamente oficiales o

encerraban cierta picardía.

—Epi… ¿qué?

—Epicrisis, o sea, una síntesis del curso y consecuencias de su tratamiento. Y mientras la epicrisis no esté redactada, no podrá irse.

¡Cuántos quehaceres se acumulaban sobre tan delicados hombros! De todas partes reclamaban su presencia, la esperaban, y él estaba importunándola cuando todavía tenía que escribir esa epicrisis.

Estaba resplandeciente. No sólo su cuerpo, abarcado por los dispersos abanicos de brillante luz, sino también su mirada resplandecía en un sentimiento de bondadosa amistad, de ternura incluso.

—¿Acaso quiere ponerse en camino inmediatamente?

—No es que lo quiera, al contrario. Con gusto me quedaría, pero no tengo dónde dormir y no tengo ningún deseo de pasar una noche en la estación.

—Sí, ya sé que no puede irse a un hotel —movió la cabeza y frunció el entrecejo —: Es una mala suerte que la sanitaria que suele hospedar a los pacientes no haya venido al trabajo. ¿Qué podríamos hacer?… —y estirándose, mordiscándose el labio superior con la hilera inferior de dientes, se puso a dibujar en un papel que tenía ante sí algo semejante a esos bollitos en forma de ocho—. ¿Sabe usted…? En realidad… podría quedarse a pasar la noche en… en mi casa.

¿Qué? ¿Le había dicho ella eso? ¿No sería una ilusión de sus oídos? ¿Cómo hacérselo repetir?

Sus mejillas se sonrosaron visiblemente y siguió rehuyendo la mirada de él. Lo había dicho con toda sencillez, como si el hecho de que un enfermo pasara la noche en casa de su doctor fuese la cosa más corriente del mundo.

—Precisamente mañana será un día excepcional para mí. Vendré a la clínica pronto y sólo estaré aquí un par de horas. Iré a casa y después de la comida volveré a salir… No tendré dificultad en pasar la noche en el domicilio de unos amigos…

Por fin le miró. Tenía las mejillas ardientes, pero sus ojos eran límpidos, inocentes. ¿La comprendía bien? ¿Era digno de lo que le ofrecía?

Oleg, sencillamente, no sabía interpretarlo. ¿Acaso uno puede comprender cuando una mujer habla así?… Su oferta podía entrañar mucho o nada. Pero él no reflexionó, no tenía tiempo para ello. Ella continuaba aguardando, fija en él su complacida mirada.

—Gracias… —articuló él—. Sería… desde luego maravilloso —había olvidado del todo, según le enseñaron cien años atrás, en su infancia, a comportarse con galantería, a responder con gentileza—. Sería espléndido… Pero ¿cómo voy a privarla de su…? Mi conciencia no lo consentiría.

—No se preocupe —dijo Vega con persuasiva sonrisa—. Y si quiere quedarse dos o tres días más, también hallaríamos el modo de arreglarlo. Le entristece abandonar la

ciudad, ¿verdad?

—Sí, claro que me entristece… Pero, en ese caso, el certificado de alta tendría que llevar la fecha de pasado mañana en lugar de la de mañana, pues la Comandancia me importunaría por no haberme ido.

Y hasta me encarcelarían de nuevo.

—Bien, bien. Haremos trampa. Vamos a ver, diremos a Mita que se va hoy, el alta se la daremos mañana y en el certificado escribiremos la fecha de pasado mañana, ¿exacto? ¡Es usted un hombre realmente complicado!

Pero las complicaciones no impresionaban a sus ojos que sonreían.

—¿Que soy complicado, Vera Kornílievna? Lo complicado es el sistema. Necesito dos certificados, no puedo pasarme con uno como el resto de la gente.

—¿Por qué?

—Con uno se queda la Comandancia como justificante de mi viaje. El otro es para mí.

(Aunque, quizá, no entregaría ninguno a la Comandancia, donde alegaría que sólo tenía uno y necesitaba quedarse con él. Después de cuanto había sufrido por hacerse con el certificado, ¿iba a desprenderse de él?).

—Necesitará otro para la estación —y anotó algunas palabras en la hoja de papel —. Aquí tiene mi dirección. ¿Le explico cómo hallarla?

—Ya la encontraré, Vera Kornílievna.

(¿Lo pensaría en serio? ¿Le invitaba verdaderamente?).

—Y… aquí —al papel con su dirección unió varias hojas alargadas que ya tenía escritas—, aquí tiene las recetas de que le habló Liudmila Afanásievna. Son todas iguales, para que pueda adquirir la medicina en varias veces.

¡Oh! ¡Aquellas recetas!

Y ella se las ofrecía como algo fútil, como una insignificante adición a las señas. En los dos meses que le estuvo tratando se las ingenió a la perfección para no tocar ni una sola vez *el tema*.

Lo cual, seguramente, era obrar con tacto.

Ella se levantó y se encaminó a la puerta.

La aguardaban sus obligaciones. Y Lev esperaba…

De repente la vio inmersa en los dispersos abanicos de luz que inundaban la sala: toda blanca, frágil, de menguado talle, le impresionó como si la viera por primera vez. ¡Y, además, tan comprensiva, tan afectuosa y tan imprescindible! ¡Como si la viera, justamente, por primera vez!

El corazón se le colmó de una gran alegría y de anhelos de sincerarse:

—Vera Kornílievna, ¿por qué ha estado disgustada conmigo durante tanto tiempo?

Desde el cerco de luz que la enmarcaba, le miró con una sonrisa que a él se le

antojó omnisciente.

—¿Es que no ha sido culpable en nada?

—No.

—¿En nada?

—¡Absolutamente en nada!

—Intente hacer memoria.

—No puedo recordar… Insinúeme algo.

—Debo irme…

Tenía la llave en la mano. Era el momento de salir, cerrar la puerta e irse. ¡Con lo bien que estaba a su lado! ¡Las veinticuatro horas del día se las pasaría de pie junto a ella!

Menudita, se alejó pasillo adelante, y él, allí plantado, la siguió con la mirada.

Luego salió directamente a reanudar sus paseos. La primavera se presentaba exuberante y no se cansaba de admirarla. Deambuló dos horas sin meta fija, haciendo acopio de aire y de calor. Le entristecía abandonar ese jardín, en el que no era más que un interno. Le apenaba que las acacias japonesas florecieran en su ausencia y también que las tardías hojas de los robles despuntaran cuando él estuviera lejos de allí.

Hoy, incomprensiblemente, no le atacaban las náuseas ni la debilidad. De buena gana se hubiera puesto a cavar la tierra. Ansiaba algo, algo. Pero ignoraba qué. Reparó en que su dedo pulgar tanteaba el índice demandando el cigarrillo. ¡De ninguna manera! ¡No volvería a fumar aunque soñara con el tabaco! Había dejado el vicio, ¡y se acabó!

Cansado de andar se fue hacia Mita. ¡Esta Mita era estupenda! Ya había retirado del depósito el macuto de Oleg y lo tenía escondido en el baño. La llave del baño estaría en poder de la anciana auxiliar sanitaria que entraría a trabajar en el turno de la tarde. Al final del día debería pasar por el registro de admisión para recoger los certificados.

Su salida del hospital parecía ya inminente.

Inició el ascenso de la escalera. No sería la última vez que subía por ella, pero sí una de las últimas.

Arriba se encontró con Zoya.

—¿Qué hay, Oleg? ¿Cómo van las cosas? —le preguntó con desenvoltura.

Se comportaba con absoluta naturalidad; hablaba con el tono sincero que presta la sencillez, como si nada hubiese ocurrido entre ellos; ni cariñosos apelativos, ni el baile de *El vagabundo*, ni el balón de oxígeno.

Y, tal vez, tuviera razón. ¿Para qué conservarlo permanentemente en la memoria? ¿Para qué mencionarlo? ¿Para qué enfadarse?

Cierta noche de su guardia nocturna, él no acudió a su lado a matar el tiempo; se

acostó. Otra noche ella, como si no hubiera pasado nada, se acercó a él con la jeringuilla; y él se colocó en la postura adecuada para que le pusiera la inyección. Y lo que brotó entre ellos, tan tenso como la almohadilla de oxígeno que en una ocasión portaron entre los dos, empezó repentinamente a remitir hasta quedar convertido en nada. Sólo perduró el amistoso saludo:

—¿Qué hay, Oleg? ¿Cómo van las cosas?

Él apoyó en el respaldo de la silla sus proporcionadas y largas manos, agachó su negra pelambrera:

—Glóbulos blancos, dos mil ochocientos. Dos días sin aplicarme rayos. Mañana me dan de alta.

—¿Mañana ya? —ella revoloteó sus doradas pestañas—. ¡Mi enhorabuena! ¡Le felicito!

—¿Hay motivo para felicitarme?

—¡Es usted un desagradecido! —Zoya agitó la cabeza—. Recuerde bien el día en que llegó, cuando le instalaron en el rellano. ¿Pensaba entonces que viviría más de una semana?

También era cierto.

Zoya, sin ningún género de dudas, era una excelente chica: alegre, trabajadora, sincera, que decía lo que pensaba. Si eliminaba cierta incomodidad que reinaba entre los dos, la sensación de recíproco engaño, y si partían de terreno despejado, ¿qué les impediría ser amigos?

—Sí, es verdad —sonrió él.

—Sí, es verdad —repitió ella con otra sonrisa.

No volvió a recordarle el *moulinet*.

Y eso era todo. Seguiría haciendo guardias de noche en la clínica cuatro veces por semana. Estudiaría los libros de texto y bordaría de vez en cuando. Y allá en la ciudad buscaría, después de los bailes, la oscuridad, acompañada de alguien…

No podía enfadarse con ella porque tuviese veintitrés años, porque estuviese sana, sana hasta la última célula y la última gota de sangre.

—¡Buena suerte! —le deseó sin el menor resentimiento.

Y se fue. De repente, con idéntica volubilidad y sencillez, le llamó:

—¡Eh, Oleg!

Él se dio la vuelta.

—¿Quizá no tenga usted dónde pasar la noche? Anote la dirección de mi casa.

(¿Cómo? ¿También ella?).

Oleg estaba perplejo. Aquello rebasaba los límites de su entendimiento.

—Tiene la ventaja de estar muy cerca de la parada del tranvía. Mi abuela y yo vivimos solas, pero tenemos dos habitaciones.

—¡Muchas, muchísimas gracias! —le agradeció, tomando confuso el trocito de

papel que le tendía—. Pero, no es probable que vaya… Bueno, si no tuviese más remedio…

—¿Quién sabe? —ella se sonrió.

En resumen, era más fácil orientarse en la taiga que comprender a las mujeres.

Dio dos pasos más y vio a Sibgátov, que yacía muy triste, tumbado de espaldas en el duro catre del rincón del vestíbulo donde olía a humedad. Incluso hoy, día extremadamente soleado, sólo penetraban en él débiles reverberaciones.

Sibgátov miraba al techo sin apartar la vista de él.

En los dos meses últimos había adelgazado mucho.

Kostoglótov tomó asiento a su lado en el borde del jergón.

—Sharaf, corren insistentes rumores de que pronto amnistiarán a todos los desterrados. A los «especiales» y a los «administrativos».

Sharaf, sin mover la cabeza, desvió la vista en dirección a Oleg. Daba la impresión de no haber captado lo que Oleg le decía, de haber oído sólo su voz.

—¿Me oyes? A vosotros y a nosotros. Lo aseguran con certidumbre.

Pero él no lo entendía.

—¿No lo crees? ¿No confías en que podrás irte a tu casa?

Sibgátov retornó los ojos a su techo. Entreabrió los indiferentes labios:

—En lo que a mí respecta, tendría que haber ocurrido antes.

Oleg depositó su mano sobre una de las suyas, que descansaba encima de su pecho, como la de un muerto.

Nelia pasó junto a ellos y entró garbosa en la sala.

—¿Ha quedado algún plato? —miró a su alrededor—: ¡Eh, tú! ¡El del tupé! ¿Por qué no comes? ¡Venga, vacía el plato! ¿Piensas que vamos a esperar por ti?

¡Inaudito! Kostoglótov había dejado pasar inadvertidamente la hora de la comida. Se le había ido el santo al cielo. Empero, algo no entendía:

—¿Y tú qué tienes que ver con eso?

—¿Cómo que qué? ¡Ahora soy repartidora de la comida! —declaró orgullosamente Nelia—. ¿No ves qué bata tan limpita llevo?

Oleg se levantó para ir a tomar el último almuerzo que comería en la clínica. Insidiosos, invisibles y silenciosos, los rayos X habían extinguido en él todo apetito. Pero el código de los penados prohibía dejar nada en la escudilla.

—¡Venga, venga, acaba pronto! —le ordenó Nelia.

No sólo vestía distinta bata, sino también llevaba sus bucles rizados de manera diferente.

—¡Vaya! ¡Cómo has cambiado! —se asombró Kostoglótov.

—¡Pues qué te creías! ¡Tendría que ser tonta para seguir arrastrándome por los suelos por trescientos cincuenta rublos! Y, encima, no comer lo suficiente…

34

«Ya es hora, ya es hora de que me vaya», pensará seguramente el anciano que, habiendo sobrevivido a sus contemporáneos, se ve rodeado de melancólico vacío. Algo parecido a eso era aquella tarde el estado de ánimo de Kostoglótov, que se sentía como alma en pena en la sala, aunque todas las camas estaban ocupadas y los pacientes se planteaban, como si fuesen nuevas, las mismas preguntas que con anterioridad se hicieron otros: «¿Será cáncer o no?». «¿Me curarán o no?». «¿Qué otros remedios podrán ayudarme?».

Vadim fue el último que dejó la sala hacia el final del día. El oro había llegado, y a él le trasladaban a la sala de radiología.

Lo único que podía hacer Oleg era pasar revista a las camas, recordar a sus antiguos ocupantes y contar cuántos de ellos habían muerto. Resultó que los fallecidos eran escasos.

En la sala se respiraba una atmósfera asfixiante y la temperatura del exterior era calurosa. Oleg se acostó dejando la ventana entreabierta. El aire primaveral salvaba el alféizar y caía sobre él. Hasta ahí llegaba el bullicio que la estación florida despertaba en los patios pequeños de las vetustas casuchas que se apretujaban agolpándose al lado externo del muro del centro médico. No se divisaba la vida de esos patios, obstruidos por el muro de ladrillo, pero ahora se oían perfectamente ya el golpetazo de la puerta, ya el grito de un niño, ya las vociferaciones de un borracho o el gangoso disco de gramófono. A hora más avanzada, después de apagadas las luces, llegó una potente y profunda voz de mujer que cantaba con sentimiento, con congoja o placer:

A un mineeero jovenciiito
admití en miii casa…

Todas las canciones versaban sobre lo mismo. Pero Oleg necesitaba pensar en algo distinto.

Y precisamente esta noche en que debía descansar porque a la mañana siguiente se levantaría temprano, no conseguía sumirse en el sueño. Su mente era un hormiguero de un sinfín de ideas, fútiles unas e importantes otras, como los

argumentos que no había llegado a exponer ante Rusánov; como lo que había dejado de decir a Shulubin; como varias opiniones que tendría que haber formulado ante Vadim; como la cabeza del asesinado *Escarabajo*; como los emocionados rostros de los Kadmin cuando, ante la amarillenta luz de la lámpara de petróleo, les contara el millón de impresiones que llevaba de la ciudad, y cuando le participaran a él las novedades del poblado y los conciertos musicales que en este tiempo escucharon por la radio; y cómo entonces la achatada casita les parecería a ellos tres el pletórico universo. Evocó luego el rostro, entre arrogante y abstraído, de Inna Strom con sus dieciocho años, a la que ya no osaría aproximarse. Y, a continuación, especuló acerca de las dos invitaciones, de esas dos invitaciones femeninas para pasar la noche, estrujándose el cerebro por interpretarlas sin caer en equivocaciones.

En el gélido mundo en que el alma de Oleg se modeló, se troqueló, no existía el fenómeno, el concepto de «bondad desinteresada».

Y Oleg simplemente se había olvidado de su existencia. A la sazón, era propenso a atribuirles cualquier motivación antes que la de la estricta bondad.

¿Qué intenciones abrigaban al invitarle? ¿Cuál debía ser su línea de conducta? No tenía la menor idea.

Daba incesantes vueltas en la cama y sus dedos manoseaban un invisible pitillo…

Oleg se levantó y se fue a dar una vuelta arrastrando parsimoniosamente los pies.

En la semipenumbra del vestíbulo, al lado mismo de la puerta, Sibgátov estaba sentado en su habitual recipiente, perseverando hasta el final en la salvación de su hueso sacro. No lo hacía ya con la paciente esperanza de antes, sino con alucinante desesperanza.

Sentada a la mesa de la enfermera de guardia, de espaldas a Sibgátov, se inclinaba frente a la lámpara una mujer con bata blanca, de estrechos hombros y corta estatura. Pero no era ninguna de las enfermeras, porque hoy el turno de noche correspondía a Turgun, quien probablemente ya estaría durmiendo en la sala de conferencias. Era Yelizaveta Anatólievna, la sanitaria con gafas, de tan singular educación. Había cumplido ya sus obligaciones y estaba allí sentada, leyendo.

En los dos meses que Oleg había pasado en la clínica, esta diligente sanitaria de viva expresión se había arrastrado más de una vez bajo las camas para limpiar el suelo mientras ellos, los pacientes, permanecían tumbados en ellas. Removía allá en lo hondo las clandestinas botas de Oleg, pero nunca le increpó por ocultarlas allí. Limpiaba con trapos los paneles de la pared, vaciaba las escupideras y las fregaba con esmero hasta que quedaban brillantes; distribuía los frascos con etiquetas a los enfermos y traía y llevaba cuanto de pesado, inconveniente o sucio no corría a cargo de las enfermeras.

Cuanto más incansable y rendidamente trabajaba, menos reparaban en ella en el pabellón. Hace ya dos mil años que se dijera que el tener ojos no implica ver.

Pero una existencia penosa agudiza la vista. Y allí, en el pabellón, algunos se reconocían en el acto. Pese a que no se los distinguía del resto de la gente, porque no estaba establecido que llevaran uniforme, charreteras o banda en la manga, ellos se identificaban tan fácilmente como si ostentaran un signo luminoso en la frente o estigmas en los huesos y en las palmas de las manos. (En realidad, existían infinidad de indicios: una palabra dicha al descuido, el tono con que se pronunciaba, el fruncimiento de labios entre palabra y palabra, la sonrisa cuando los demás están serios, y la seriedad cuando los otros ríen). Así como los uzbekos y los *karakalpakos* reconocían sin dificultad a sus compatriotas de la clínica, también ellos sabían distinguir a aquel sobre el que había caído, aunque no fuese más que una vez, la sombra del alambre de espino.

Kostoglótov y Yelizaveta Anatólievna hacía tiempo que se habían reconocido mutuamente y se saludaban sabiéndose afines. Sin embargo, no se les brindó nunca la ocasión de charlar.

Ahora Oleg se acercó a su mesa pisando ruidosamente con las pantuflas, anunciándose, para no sobresaltarla:

—¡Buenas noches, Yelizaveta Anatólievna!

Leía sin gafas. Volvió la cabeza con un giro indefinible, distinto al invariablemente solícito con que respondía a la llamada de sus obligaciones.

—Buenas noches.

Le sonrió con la dignidad de una dama entrada en años dando la bienvenida en su propia mansión a un invitado distinguido.

Se miraron afectuosamente, sin premura.

Con ella mostraban su resolución de ayudarse en todo momento.

Pero nada podían hacer para prestarse la ayuda que ambos necesitaban.

Oleg inclinó su greñuda cabeza para ver mejor el libro.

—¿Está leyendo otro libro francés? ¿Cuál es?

—Uno de Claude Farrére[37] —respondió la extraña sanitaria pronunciando suavemente la ele.

—¿Dónde consigue usted estos libros franceses?

—En la ciudad hay una biblioteca de obras extranjeras. También me los presta una anciana.

Kostoglótov miraba el libro de soslayo, como un perro a un pájaro disecado.

—¿Y por qué lee siempre obras francesas?

Las arrugas que confluían en sus ojos y en las comisuras de sus labios revelaban su edad, su sufrimiento y su inteligencia.

—No me lastiman tanto —respondió. Siempre hablaba con tenue voz y acento suave.

—¿Por qué temer al dolor? —objetó Oleg. Le era penoso resistir de pie largo rato.

Ella lo advirtió y le acercó una silla—. ¿Cuánta gente hay en Rusia que desde hace doscientos años no hacen más que suspirar: ¡París! ¡París!? Han llegado a ensordecernos los oídos —gruñó—. Nos han hecho conocer de memoria cada una de sus calles, cada cafetín. Yo, por el contrario, no tengo ningún deseo de ir a París.

—¿Ninguno? —se rio, y él con ella—. ¿Está mejor bajo la vigilancia de las autoridades?

Tenían idéntica risa: brotaba, pero no progresaba.

—Ninguno, en serio —refunfuñó Kostoglótov—. Este parloteo frívolo de los franceses hace que entren ganas de soltarles: «¡Eh, amigos! ¿Cómo se os da sin hincar el tajo? ¿Cómo lo pasaríais con pan y agua y sin comida caliente que la acompañara?, ¿eh?».

—Eso es injusto. Si han podido sustraerse al pan y agua será porque lo han merecido.

—Puede ser. Y yo tal vez lo diga por envidia. Pero, de todos modos, me gustaría decirles cuatro cosas.

Kostoglótov, sentado en la silla, se inclinaba ya a un lado, ya a otro, como si su largo torso fuese una carga para él. Sin transición alguna, le preguntó directa y llanamente:

—¿Por qué fue usted…? ¿Por su marido o por usted misma?

Ella le respondió también con naturalidad, sin andar con rodeos, como si le hubiese preguntado algo relacionado con su trabajo:

—Nos incluyeron a toda la familia. No hay manera de entender quién se complicó por causa de quién.

—¿Ahora están todos juntos?

—¡Oh, no! Mi hija murió en el destierro. Después de la guerra nos trasladamos aquí. Aquí arrestaron por segunda vez a mi esposo y le llevaron a un campo de trabajo.

—Y, actualmente, ¿vive sola?

—Con mi hijito de ocho años.

Oleg observaba su cara, que la pena no hizo temblar.

¿Y por qué iba a temblar? Trataban un asunto corriente.

—La segunda vez que le detuvieron, ¿fue en el 49?

—Sí.

—¡Ya! ¿A qué campo le enviaron?

—A la estación de Taishet.

—Entiendo —asintió Oleg—. Oziorlag, que tal vez se halle en las mismas orillas del río Lena, aunque su dirección postal sea Taishet.

—¿Acaso ha estado usted allí? —preguntó con irrefrenables esperanzas.

—No, pero he oído hablar de él. Siempre se tropieza uno con algún trasladado de

campo.

—¿Se ha encontrado alguna vez con alguien llamado Durzarski? ¿Ha oído nombrarle en algún sitio?

Seguía alimentando esperanzas. Si se había encontrado con él… ahora le contaría…

—¿Duzarski?… —Los labios de Oleg emitieron un sonido. No, no se había topado con él. No es posible conocer a todos.

—¡Sólo autorizan dos cartas al año! —lamentó ella.

Oleg agitó la cabeza comprensivamente. ¡La vieja historia!

—El año pasado sólo recibí una, en el mes de mayo. Desde entonces sigo sin noticias…

Ahora sí veía temblar en ella una fibra, la fibra de su esperanza. ¡Mujer, al fin y al cabo!

—No conceda importancia a eso —y Kostoglótov le explicó convincentemente —: Si cada preso escribe dos cartas anuales, ¿se da cuenta de los miles que suman? Y la censura es lenta en su trabajo. El prisionero encargado de las estufas en el campo de Spasski, al revisarlas en verano, encontró en la de la sección de censura unos dos centenares de cartas que no habían sido expedidas. Los censores se olvidaron de quemarlas.

Pese a la circunspección de sus comentarios, y pese a que ella debía de estar acostumbrada a todo hacía tiempo, se le quedó mirando terriblemente impresionada.

¿Está constituida de tal modo la naturaleza humana que es imposible hacer perder al hombre el hábito de sorprenderse?

—¿Su hijito ha nacido, entonces, en el destierro?

Ella asintió.

—¿Y ha de sacarle adelante con su sueldo? ¿Porque no la admiten en otros trabajos más remunerados y responsables? ¿Y se verá execrada por doquier? ¿Y vivirá en cualquier chamizo?

Aparentemente la interrogaba, pero sus palabras no entrañaban interrogación alguna. Todo estaba claro, como teniendo un gusto amargo en la boca.

Las menudas manos de Yelizaveta Anatólievna, estropeadas, magulladas y agrietadas de tanto fregar, retorcer bayetas y manipular con agua caliente, reposaban sobre el grueso librito de pequeño y elegante formato, impreso en papel extranjero, con su encuadernación original y los bordes ligeramente almenados por el remoto corte de las páginas.

—¡Si todo se redujera a vivir en un chamizo! —dijo ella—. La mayor dificultad consiste en que no sé cómo educarle. Es un chiquillo vivo, inteligente, que se interesa por todo. ¿Debo echar sobre él la carga de la verdad absoluta? ¡Si esa verdad hunde hasta a los adultos! ¡Si quiebra sus costillas! ¿O debo ocultársela y dejar que la vida

transcurra normalmente para él? ¿Sería esto lo más acertado? ¿Qué diría su padre? Eso, suponiendo que pudiera. ¡El chico tiene ojos para ver y comprender!

—¡Eche sobre él todo el peso de la verdad! —opinó Oleg tajante, golpeando con la palma de la mano el cristal que cubría la mesa.

Lo dijo como si él hubiese dado la vida al pequeño, como si jamás se hubiese equivocado.

Ella introdujo ambas manos bajo el pañuelo de la cabeza y apoyó sus sienes en ellas. Miró sobresaltada a Oleg. ¡Habían hurgado en sus nervios!

—¡Es tan difícil educar a un hijo en ausencia del padre! Para una tarea tan ardua se necesita una aguja indicadora, y permanente, una brújula que guíe tu vida. ¿Dónde echar mano de ella? De lo contrario, una da tumbos de acá para allá…

Oleg guardó silencio. Ya conocía ese punto de vista, y no podía comprenderlo.

—Ese es el motivo que me induce a leer viejas novelas francesas, a las que, por otro lado, sólo puedo dedicarles las horas de guardia nocturna. No sé si sus autores silenciaron o no hechos más trascendentales, ni si en su época la vida transcurría con la misma crueldad. Como lo desconozco, los leo tranquilamente.

—¿Cómo un narcótico?

—Como algo sedante —volvió la cabeza que, tocada con el pañuelo blanco, semejaba la de una monja—. Los libros que están más a mi alcance siempre me han irritado. En unos se da por sentado que el lector es un idiota. En otros, se estima que la mentira no existe y los autores se sienten tan orgullosos de sí mismos… Investigan sesudamente por qué camino vecinal pasó el gran poeta en el año 1800 y pico o a qué dama se refería en la página tal. Puede ser que no les haya sido fácil esclarecer estos datos, pero ¡qué seguro es! ¡No supone el menor riesgo! Han elegido el camino menos enojoso; se han desentendido de sus contemporáneos, de los seres que hoy viven y padecen.

En su juventud bien pudieron llamarla «Lilia». En el puente de su nariz no se imprimían aún las huellas de las gafas. Era una chica que habría coqueteado, bromeado y reído. En su vida habría habido lilas, encajes y poesías de los simbolistas; pero ninguna gitana le hubiera pronosticado que al final de su vida trabajaría de fregona en cierto lugar de Asia.

—Todas las tragedias literarias me parecen irrisorias en comparación con lo que nosotros fuimos —insistió Yelizaveta Anatólievna—. A Aida le fue permitido descender a la tumba con el hombre amado para morir junto a él. A nosotros ni siquiera nos autorizan a tener noticias suyas.

Y si me marcho a Oziorlag…

—¡No vaya! Sería inútil.

—… Los niños en las escuelas escriben ejercicios de redacción sobre la vida desgraciada, trágicamente arruinada y no sé cuántas cosas más de Anna Karénina.

Pero, Anna, ¿fue en realidad desdichada? Se sintió poseída por el amor, defendió su pasión y pagó por ella. ¡Lo cual es una felicidad! Era un ser libre, orgulloso. Pero si en tiempos de paz, en el hogar donde uno vive desde que nació, irrumpen individuos con capotes y gorras militares ordenando que en veinticuatro horas la familia entera debe abandonar ese hogar y esa ciudad, llevándose únicamente lo que las débiles manos puedan transportar…

Sus ojos tenían ya agotada su capacidad de llanto; era poco probable que de ellos pudiera manar algo más. Quizá solamente se encendiese en ellos una tensa y seca lucecilla en el instante de la postrera maldición.

—… Y si abres las puertas de par en par y llamas a los transeúntes que pasan por la calle para que te compren alguno de tus enseres, sólo te arrojarán escasas monedas para pan. Acuden especuladores que han olfateado el negocio, gentes que están al corriente de todo, excepto que sobre su cabeza también ha de descargar la tormenta. Por el piano de tu madre ofrecen sin escrúpulos cien veces menos de lo que vale. Y, por última vez, su hija, con un lazo en la cabeza, se sienta ante el piano a interpretar a Mozart. Pero la acomete el llanto y sale corriendo de la estancia. ¿Qué necesidad tengo, pues, de releer *Anna Karénina*? ¿No me sobra con mi propia experiencia? ¿Dónde leer sobre nosotros? ¡Sobre nosotros! ¿Dentro de cien años quizás?

Y aunque casi gritaba, su adiestramiento de muchos años de miedo no la traicionó. En realidad no gritaba, su grito no salía al exterior. Sólo la oía Kostoglótov.

Tal vez también Sibgátov desde su palangana.

En su relato no había muchos puntos de referencia, aunque tampoco podía decirse que fuesen escasos.

—¿En Leningrado? —conjeturó Oleg—. ¿En el 35?

—¡Lo ha adivinado!

—¿En qué calle vivía?

—En la Furshtádtskaya —contestó Yelizaveta Anatólievna con acento a la vez placentero y quejumbroso—. ¿Y usted?

—En la Zajárievskaya. ¡Muy cerca!

—Sí, al lado… ¿Cuántos años tenía usted por entonces?

—Catorce.

—¿Se acuerda de algo?

—De muy poco —reconoció él.

—¿No lo recuerda bien? Fue como si se hubiese producido un terremoto. Casas abiertas, abandonadas, gente que entraba en ellas llevándose algo y que se iba sin que nadie se preocupara. Deportaron a una cuarta parte de la población de la ciudad. ¿Y dice que no lo recuerda?

—Sí, retengo el hecho en la memoria. Pero lo denigrante es que entonces no le concediéramos la importancia que tenía. En las escuelas nos dieron una serie de

explicaciones sobre su necesidad y conveniencia.

Como una yegüecilla fuertemente embridada, la avejentada sanitaria movía la cabeza de arriba abajo.

—¡Todos hablarán del bloqueo! ¡Escriben poemas acerca de él! Está permitido. Pero, por lo visto, antes del bloqueo no sucedieron acontecimientos dignos de mención.

«¡Ah, sí!», rememoró Oleg. Sibgátov, agachado en la consabida palanganilla, tomaba sus abluciones igual que ahora; Zoya se había sentado allí mismo y Oleg ocupaba la misma silla. Y ante la misma mesa y la misma lámpara charlaron del bloqueo. ¿Y de qué más?…

Antes del bloqueo, en aquella ciudad no había pasado nada. Oleg suspiró, acodó un brazo en la mesa y apoyó la cabeza en él, mirando consternado a Yelizaveta Anatólievna.

—¡Es bochornoso! —susurró—. ¿Cuál es la razón que nos mantiene impasibles en tanto los golpes no caen sobre nosotros o sobre nuestros allegados? ¿Por qué es así la naturaleza humana?

También se avergonzaba de haber exagerado demasiado sus propias cuitas, de haber puesto por encima de los picos del Pamir la cuestión de: ¿Qué demanda la mujer del hombre? ¿Cuál es el mínimo de sus pretensiones?, como si en ello se polarizara la vida, como si en su patria no existiesen, fuera de ese problema, penalidades ni felicidad.

Se sintió avergonzado y, a la vez, más sereno. Las desdichas ajenas lavaron, eliminaron las suyas.

—Algunos años antes —hizo memoria Yelizaveta Anatólievna— expulsaron de Leningrado a los nobles. Unos cien mil, aproximadamente. ¿Cree que reparamos mucho en ellos? ¿Y qué aristócratas eran los que quedaban? Gente anciana, niños, seres desvalidos. Nosotros lo sabíamos, lo veíamos, pero no nos incumbía, no éramos las víctimas.

—Pero ¿les compraron sus pianos?

—Quizá. Sí, se los compraron, naturalmente.

Al observarla de cerca, Oleg se percató de que esta mujer aún no habría cumplido los cincuenta años, aunque andaba por la calle como una anciana. Del pañuelo blanco se le escapaba un mechón de pelo lacio, senil, en el que resultarían vanos los intentos por rizarlo.

—Y, a usted, ¿por qué la mandaron al destierro? ¿Bajo qué acusación?

—¿De qué iban a acusarme? Pues de «elemento socialmente nocivo», o de «elemento socialmente peligroso». Acusación muy cómoda: no se celebra juicio, sólo te presentan la hoja de ruta.

—¿Qué era su esposo?

—Nada. Flautista de la Filarmónica. En estado de embriaguez le gustaba soltar la lengua.

A Oleg le recordaba a su difunta madre. Como ella, era una mujer prematuramente envejecida, con inquietudes intelectuales, desamparada y sin marido.

Si residiesen en la misma ciudad él podría ayudar a esta mujer en algo; encarrilaría a su hijo.

Pero como los insectos, cuando los clavan en compartimientos separados, ellos tenían designados sus respectivos lugares de residencia.

—Conocíamos una familia con hijos ya mayores, una muchacha y un muchacho, fervientes comunistas los dos —prosiguió la pobre mujer; había guardado un silencio tan prolongado que, una vez roto, no se cansaba de hablar—. Inopinadamente, toda la familia fue condenada al destierro. Los hijos acudieron presurosos al comité de distrito de la Juventud Comunista pidiendo: «¡Defendednos!». «Os defenderemos», les contestaron. «Ahí tenéis papel, escribid: “Solicito que, a partir de hoy, no se me considere hijo o hija de tal padre y tal madre. Los repudio como elementos socialmente nocivos y prometo que no tendré en el futuro vínculos ni relación alguna con ellos”».

Oleg se encorvó más. Sus hombros huesudos se hundieron y su cabeza se humilló.

—Muchos firmaron…

—Sí. Pero los dos hermanos a que me refiero contestaron: «Lo pensaremos». En cuanto llegaron a casa arrojaron al fuego sus carnés de jóvenes comunistas e iniciaron los preparativos para partir al destierro.

Sibgátov se removió. Agarrado a la cama, se levantaba de la palanganilla.

Yelizaveta se acercó prontamente a él para hacerse cargo de la vasija y vaciarla.

Oleg también se levantó. Antes de acostarse, descendió al piso inferior por la inevitable escalera.

En el corredor pasó ante la puerta de la habitación donde estaba Diomka. Su segundo ocupante, un caso postoperatorio, había fallecido el lunes. En su lugar instalaron a Shulubin después de ser intervenido.

Esa puerta, habitualmente cerrada, estaba ahora entreabierta. En la salita no había luz y desde su oscuridad partía un penoso estertor. No se veía a ninguna enfermera por las inmediaciones; estarían atendiendo a otros pacientes o durmiendo.

Oleg abrió un poco más la puerta y se asomó al interior.

Diomka dormía. Era Shulubin quien gemía roncamente.

Oleg entró. Por la puerta pasaba cierta claridad del pasillo.

—¡Alexéi Filíppovich!… —El ronquido cesó—. ¡Alexéi Filíppovich! ¿Se encuentra mal?

—¿Qué? —articuló como si emitiese otro ronquido.

—¿Se siente mal? ¿Quiere que le dé algo? ¿Enciendo la luz?

—¿Quién es? —preguntó en un sobresaltado susurro seguido de un ataque de tos.

Tosía entre quejidos porque la tos le producía dolores.

—Soy Kostoglótov —Oleg estaba ya junto a él, inclinado sobre su cabecera, y empezaba a distinguir la voluminosa cabeza de Shulubin que descansaba en la almohada—. ¿Necesita algo? ¿Quiere que llame a la enfermera?

—No, no quiero nada —Shulubin aspiró.

No volvió a toser ni a quejarse. Oleg fue distinguiendo más detalles, algunos rizos de sus cabellos que se perfilaban sobre la almohada.

—No moriré del todo —murmuró Shulubin—. No moriré…

Seguramente deliraba.

Kostoglótov encontró a tientas su mano que reposaba ardiente encima de la manta, y se la presionó con suavidad.

—¡Alexéi Filíppovich, vivirá! ¡Animo, Alexéi Filíppovich!

—Un minúsculo fragmento; ¿verdad?… ¿un minúsculo fragmento? —susurró el enfermo.

Entonces comprendió Oleg que no deliraba, que le había reconocido y que aludía a la última conversación que habían sostenido antes de la operación. Entonces le había dicho: «A veces siento claramente que en mí no sólo reside mi yo. Que existe también algo más, algo indestructible, sublime. Cierto minúsculo fragmento del Espíritu Universal. ¿No tiene usted esa misma sensación?».

35

Por la mañana temprano, cuando todos dormían aún, Oleg se levantó sigiloso, hizo la cama a conciencia, doblando los cuatro ángulos del cobertor de la manta, como se exigía y, de puntillas, con sus pesadas botas, salió de la sala.

Turgun dormía en la mesa de la enfermera de guardia con la cabeza de tupidos cabellos negros sobre los brazos cruzados, que apoyaba en el libro de texto.

La vieja auxiliar sanitaria de la planta baja abrió a Oleg la puerta del baño. Ahí se mudó de ropa. Al vestirse la suya al cabo de dos meses, le pareció extraña. Se había deshabituado a los viejos pantalones afollados del Ejército, a la guerrera de lana con mezclilla de algodón y al capote. Estas prendas las dejaba siempre en los depósitos de los campos y pudo conservarlas sin que se llegaran a estropear del todo. Su gorro de invierno era civil; lo había adquirido en Ush-Terek, y le venía demasiado pequeño, le apretaba un poco. Como el día prometía ser templado, Oleg resolvió prescindir de él, pues le hacía parecer un espantajo. No se ciñó el abrigo con el cinturón, sino la guerrera que llevaba debajo. En la calle le tomarían por un recién salido de la cárcel o por un soldado fugado del cuerpo de guardia. El gorro, pues, fue a parar al macuto, al viejo macuto con manchas grasientas, chamuscado por el fuego de las hogueras y remendado donde fuera agujereado por la metralla. Este macuto, que había pasado por la línea del frente, se lo llevó su tía a la cárcel un día de recepción de paquetes. Le había pedido que no le enviase nada al campo en buen uso.

Pero aquella ropa deslucida que sustituía a la del hospital le confería prestancia y ánimos. Y también salud.

Kostoglótov se dio prisa para irse cuanto antes, no fuera a retenerle algo imprevisto. La sanitaria descorrió la barra que atrancaba la puerta de la calle y le cedió el paso.

Al salir al porche se detuvo. Aspiró el aire, un aire puro no alterado ni enturbiado aún con nada. Echó una mirada descubriendo un mundo flamante y reverdeciente. Dirigió la cabeza a lo alto. El cielo se desgarraba entre tonos rosáceos por la paulatina e inadvertida salida del sol. Alzó más la cabeza. Esponjosas nubes en forma de huso de minuciosa y secular ejecución, cubrían el cielo, pero sólo varios minutos antes de dispersarse; sólo para unas pocas cabezas alzadas, quizá, de entre todos los habitantes de la ciudad, únicamente para Oleg Kostoglótov.

A través de una cisura en la blonda, en el plumaje, en la espuma de esas nubes, navegó el brillante y hemicicloidal bajel de la luna en su cuarto menguante, todavía perfectamente visible.

¡Era la mañana de la creación! El mundo se creaba de nuevo con el señero objeto de devolverlo a Oleg: «¡Anda y vive!».

Sólo la pura y cristalina luna no era joven, no era la misma que ilumina a los enamorados.

Con la faz radiante de felicidad, con sonrisa que no iba dirigida a nadie, sino al cielo y a los árboles, con la alegría que infunde a ancianos y enfermos la naciente primavera y la mañana temprana, Oleg se fue por las conocidas veredas sin toparse con nadie, excepto con el viejo barrendero.

Se volvió de cara al pabellón de cáncer. Semioculto por las largas escobas de los álamos piramidales, su edificio se elevaba como un conglomerado de ladrillos grisáceos, superpuestos, sin apariencia caduca tras setenta años de existencia.

Oleg mientras caminaba, se despedía de los árboles del centro médico. De los arces pendían ya racimitos como zarcillos, y las ayugas lucían su primera flor, una flor blanca que, junto al verde de las hojas, daban al árbol un tono bicolor: blanquiverde.

Sin embargo, no se veía por allí un solo albaricoquero de los que había oído decir que ya estaban en flor. Podría contemplarlo a placer en la Ciudad Antigua.

¿Quién, en la primera mañana de la creación, era capaz de proceder razonablemente? Rompiendo todos sus planes, Oleg proyectó algo descabellado: dirigirse inmediatamente a la Ciudad Antigua en aquella hora temprana para poder admirar el albaricoquero en flor.

Al franquear las puertas prohibidas de la verja, divisó la plazoleta terminal del tranvía, semidesierta, desde la que, calado por la lluvia de enero, abatido y desesperado, se había encaminado en dirección a aquellas mismas puertas para entrar a morir allí.

Esta salida por la cancela del hospital, ¿se diferenciaba en algo de la salida por el portón de la cárcel?

En enero, cuando gestionaba con ahínco el ingreso en la clínica, le dejaban reventado los chirriantes y rebotantes tranvías atestados de gente. Pero ahora, cómodamente sentado junto a la ventanilla, le agradaba incluso la trepidación del vehículo. Viajar en un tranvía es un símbolo de vida, de libertad.

El tranvía se deslizaba por el puente sobre el río. Allá, al fondo, se inclinaban los endebles sauces, y su ramaje, caído sobre la rápida y turbia corriente, se veía efusivamente verde.

También los árboles en las aceras se hallaban cubiertos de verdor, pero sólo lo necesario para no ocultar las sólidas casitas de piedra de una planta, construidas por

gentes que tenían tiempo. Oleg las miraba con envidia. ¡Felices mortales los que vivían en ellas! Tras el cristal de la ventanilla iban desfilando asombrosas barriadas de avenidas espaciosas y amplias aceras. ¿Qué ciudad no deleita al contemplarla temprano, en la rosada mañana?

El panorama fue cambiando gradualmente. Las avenidas desaparecieron, los flancos de las calles se distanciaban menos y las casas eran construcciones hechas con precipitación, sin pretender la belleza ni la solidez. Seguramente fueron edificadas poco antes de la guerra. Oleg leyó el nombre de una calle y le pareció familiar.

Enseguida supo el motivo. ¡Era la calle en la que vivía Zoya!

Sacó su cuadernillo de notas de basto papel para buscar el número de la casa. Volvió a mirar por la ventanilla; y cuando el tranvía aminoró la marcha pudo localizar la casa. Tenía dos pisos, ventanas irregulares y el portón permanentemente abierto o, tal vez, estropeado. Dentro del patio se veían otras construcciones.

Allí estaba la vivienda de Zoya. Podía apearse.

No estaba desprovisto de cobijo en aquella ciudad. Le habían invitado, ¡y la invitación procedía de una joven!

Continuó sentado, recibiendo casi con delectación las sacudidas y el estrépito del tranvía. Este no iba lleno. Frente a Oleg tomó asiento un anciano uzbeko con lentes, de aspecto nada vulgar, sino de sabio de la Antigüedad. La cobradora le entregó el billete, él lo enrolló y se lo encajó en la oreja. Así hizo el viaje con el rollito rosado despuntando por encima de su oreja. Ante aquella acción natural, Oleg se sintió más alegre y aligerado al enfilar la entrada a la Ciudad Antigua.

Las calles se angostaron más, las pequeñas casuchas se apretaban unas a otras, ensambladas hombro con hombro. Luego desaparecieron las ventanas ocultas por altas y consistentes tapias de arcilla que se elevaban a lo largo de las calles. Si las casas descollaban por encima de ellas, ofrecían solamente sus espaldas sin ventanas, rasas, embarradas con arcilla. En las tapias se abrían unos portillos, o bajos y reducidos pasadizos en los que había que encorvarse para entrar. Del estribo del tranvía a la acera mediaba un salto y las aceras eran muy estrechas, de un solo paso de anchura. El tranvía se enseñoreaba de la calle.

Seguramente había llegado ya a la Ciudad Antigua. Pero en sus desnudas calles no se alzaba ningún árbol y menos aún el florido albaricoquero.

Si quería verlo todo, tenía que apearse. Y Oleg bajó del tranvía.

Podía contemplarlo todo igualmente, pero con la tranquilidad de su andar reposado. Libre de la trepidación del tranvía, su oído captó unos golpes sobre hierro. No tardó en descubrir a un uzbeko con casquete blanco y negro, bata acolchada de algodón negro y con un chal rosado enrollado a la cintura. Sentado en cuclillas en medio de la calle, el uzbeko enderezaba el borde de un azadón a golpes de martillo

sobre el raíl del tranvía de vía única.

Oleg se detuvo impresionado. ¡He ahí la era atómica! Allí, como en Ush-Terek, el metal seguía siendo tan poco corriente en las economías domésticas que aquel hombre no había hallado yunque mejor que el raíl del tranvía. Oleg vigilaba expectante para ver si finalizaba su tarea antes de que el tranvía reapareciera. Pero el uzbeko no se apresuraba; machacaba a conciencia. Cuando el tranvía hizo sonar de lejos su campanilla, se apartó unos palmos a un lado, esperó a que pasara y se colocó nuevamente en cuclillas.

Oleg se quedó mirando la paciente espalda del uzbeko y la faja rosada de su cintura (se había apropiado íntegramente del color rosa del cielo, que ahora ofrecía tonalidad azulada). No tuvo ocasión de intercambiar dos palabras con aquel hombre, pero reconoció en él a un hermano en el trabajo.

Rectificar un azadón en una mañana primaveral, ¿no suponía acaso un retorno a la vida?

¡Maravilloso!…

Caminaba a paso lento, asombrándose de no ver ventanas. Tuvo el deseo de echar una ojeada al otro lado de las tapias, de atisbar en el interior. Pero las portezuelas eran de madera maciza, y colarse de rondón le pareció improcedente. Un portillo abierto le iluminó de repente. Se agachó, atravesó el húmedo tunelillo y se encontró en un patio.

Este no había despertado todavía, pero podía verse que ahí transcurría la vida de sus habitantes. Bajo un árbol había un banco clavado en el suelo y una mesa. Juguetes de niños, de fabricación totalmente moderna, se veían esparcidos por allí, y la bomba del agua que les proveía del líquido vital, así como la tina para la colada de la ropa. Todas las ventanas de la casa, que eran numerosas, daban al patio. Ninguna se asomaba al exterior.

Siguió caminando por la calle y entró en otro patio atravesando otro pasadizo semejante. Se encontró con un cuadro idéntico y, además, con una joven uzbeka que se ocupaba de unos niños. Llevaba una pañoleta lila y el pelo entretejido en numerosas, finas y largas trencillas que alcanzaban su cadera. Vio a Oleg, pero hizo caso omiso de él. Oleg se fue.

Aquello difería radicalmente de todo lo ruso. En las aldeas y ciudades rusas las ventanas de las estancias donde se hace la vida son las que precisamente miran a la calle. Y a través de las macetas con flores y de las cortinas, las amas de casa acechan, como soldados emboscados en una floresta, si pasa algún forastero, quién visita a quién y para qué le visita. Pero Oleg penetró inmediatamente en la idea oriental y la aprobó: «No quiero saber cómo vives, pero tampoco metas las narices en mis asuntos».

Después de los años de campo, constantemente a la vista, sondeado, observado y

bajo perpetua vigilancia, ¿podría elegir el ex prisionero mejor género de vida que ese?

Cuanto más veía en la Ciudad Antigua, más le iba gustando.

Por el espacio abierto entre dos casas había divisado un desierto salón de té, cuyo dependiente estaba todavía medio adormilado. Acertó a dar con otro, instalado en una terraza sobre la calle. Oleg subió a él. Acomodados en los asientos había varios hombres con bonetes bermejos, granates, azules y un viejo con turbante blanco bordado en diversos colores. No había una sola mujer. A Oleg le vino a las mientes que tampoco antes había visto salones de té frecuentados por mujeres. No se colgaban avisos prohibiéndolo, pero tampoco eran invitadas.

Oleg meditó en ello. Todo resultaba nuevo para él en este primer día de su naciente existencia, todo debía interpretarlo. ¿Acaso reuniéndose a solas estos hombres pretendían demostrar que la parte esencial de su vida transcurría sin el concurso de las mujeres?

Tomó asiento junto a la balaustrada de la terraza. Desde allí se observaba la calle a las mil maravillas. Esta empezaba a cobrar vida, aunque los transeúntes no se ajetreaban como los habitantes de la ciudad; se movían con paso mesurado. Los hombres del salón de té se sentaban con una calma infinita.

Podría decirse que el sargento Kostoglótov, el prisionero Kostoglótov, habiendo cumplido con la obligación y con el castigo que la sociedad tuvo a bien imponerle, y habiendo padecido los tormentos que la enfermedad quiso aplicarle, había muerto en enero. Y, a la sazón, tambaleándose sobre sus vacilantes piernas, había salido de la clínica un Kostoglótov nuevo —«sutil, vibrátil y translúcido», como se decía en el campo—, pero no para vivir una vida completa y colmada, sino una fracción de vida, análoga al trozo de pan que se añade para completar el peso y que se clava al pedazo mayor con una ramita de pino; forma parte de esa ración, pero no deja de ser un trozo suelto.

Oleg anhelaba que esa parva vida adicional que, a partir de hoy, se le ofrendaba no se pareciese en nada a la parte fundamental ya vivida. No quería cometer más equivocaciones.

Pero ya se había equivocado al elegir el té. En vez de andar con sutileza y encargar, en un prurito de exotismo, *kok*, o sea té verde, tendría que haber pedido el corriente té negro que ya conocía. El té verde no era fuerte ni tonificante y no tenía gusto a té. No le apetecía beber la infusión que llenaba la taza, y de buena gana lo habría tirado.

A todo esto, el día iba caldeándose y el sol lucía en lo alto. Oleg no tenía inconveniente en tomarse un bocado, pero allí no servían nada aparte de las dos clases de té caliente y, además, sin azúcar.

Sin embargo, adoptando los flemáticos modales autóctonos, no se levantó, no fue

en busca de la comida; continuó sentado, cambiando la posición de la silla. Entonces, desde la terraza de la casa de té, se hizo visible una especie de diente de león rosado, transparente, de unos seis metros de diámetro, semejante a un ingrávido globo enclavado en un recoleto patio vecino. Jamás había visto otro de tan vivo color rosa y de tamaño tan colosal.

¿Un albaricoquero?

Oleg aprendió la lección. Era el premio a su falta de precipitación. Lo cual quiere decir que uno nunca debe precipitarse, no hay que avanzar sin fijarse en lo que le rodea.

Se acercó a la barandilla y desde allí, desde lo alto, no se cansaba de admirar el rosado prodigio.

Se lo ofrendó a sí mismo como presente en el día de la creación.

De igual modo que el abeto adornado con velas se alza en el salón de una casa norteña, así se elevaba aquel único y florido albaricoquero en el pequeño patio cerrado por muros de arcilla, abierto únicamente al cielo. Bajo él gateaban unos niñitos y una mujer, con pañuelo negro rameado de verde, cavaba la tierra.

Oleg lo miraba atentamente. El tono rosáceo era la impresión de conjunto, aunque distinguía en él yemas granates como bujías. En el punto de su abertura, las florecillas tenían un colorido rosa, pero los pétalos ya desplegados eran blancos como los de los manzanos o los de los cerezos. El efecto, en general, era de una delicadeza rosácea, increíble. Oleg procuraba absorberlo con los ojos para guardar un perenne recuerdo de él y poder describírselo a los Kadmin.

Había pensado en un milagro y este milagro se había producido.

¡En el mundo recién nacido todavía le aguardan hoy muchas y variadas alegrías! …

El bajel de la luna se había eclipsado por completo.

Oleg descendió los escalones que le separaban de la calle. Su cabeza destocada acusaba ya los efectos de los rayos del sol. Compraría cuatrocientos gramos de pan negro y se lo engulliría a secas, y luego se dirigiría al centro de la ciudad. Bien fuese porque su indumentaria de hombre libre le confería nuevos bríos o porque estaba hoy alegre, el caso era que no sentía náuseas y caminaba con desenvoltura.

Vio un puestecillo enclavado en el recodo de una tapia, sin romper la línea de la calle. El toldo que partía del tejadillo extendíase como una visera, sujeto por dos puntales inclinados. De debajo de la visera fluía un humillo gris azulado. Oleg tuvo que agachar bastante la cabeza para introducirse bajo el toldo y cuando estuvo dentro se vio obligado a seguir con la cabeza encogida.

Un largo asador de hierro ocupaba todo el mostrador. En una parte de él ardía un fuego vivo y el resto estaba lleno de blanca ceniza. Puestas sobre el asador al fuego había una decena y media de largas y puntiagudas varillas de aluminio con trocitos de

carne insertados en ellas.

Oleg acertó al suponer: «¡Deben ser *shashlyks*! ¡Un descubrimiento más en el recién creado mundo!». Sí, eran los mismos *shashlyks* tantas veces mencionados en las conversaciones gastronómicas de la prisión. En sus treinta y cuatro años de existencia, Oleg nunca había tenido ocasión de verlos con sus propios ojos, pues jamás estuvo en el Cáucaso ni puso los pies en un restaurante, y en las cantinas populares de antes de la guerra solamente servían col rellena con carne y gachas de cebada perlada.

¡Shashlyks!

Despedían un incitante tufillo mezcla de carne y humo. La carne de las varillas no estaba carbonizada ni tampoco tostada. Tenía un delicado tono gris rosado que indicaba su punto cabal de asado. El parsimonioso vendedor, de cara redonda y adiposa, daba vueltas a unas varillas y apartaba otras del fuego colocándolas en el espacio del asador en que sólo había ceniza.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó Kostoglótov.

—Tres —contestó el amodorrado vendedor.

Oleg no comprendió. Tres ¿qué? Tres *kopeks* era muy poco y tres rublos le parecía mucho. ¿O quiso decir tres varillas por un rublo? Desde que había dejado el campo por doquier se daba de bruces con esta dificultad: no le entraba en la cabeza la proporcionalidad de los precios.

—¿Y cuántos da por tres rublos? —se le ocurrió preguntar para poner las cosas en claro.

El hombre del quiosco tuvo pereza de abrir la boca. Agarró una varilla por el extremo, la alzó, la agitó ante Oleg como si este fuera un niño y la puso a asar nuevamente.

¿Tres rublos una varilla?… Oleg movió la cabeza. Eso se quedaba para bolsillos de otra capacidad. El sólo disponía de cinco rublos para todo el día. Pero ¡cómo le gustaría probarlos! Sus ojos examinaron cada trocito de carne y eligió uno de los pinchos, aunque cada uno de ellos le ofrecía una atracción especial.

Cerca de él aguardaban tres conductores que habían aparcado los camiones allí mismo, en la calle. Se aproximó una mujer y el del chiringuito le dijo algo en uzbeko. Ella se alejó con evidente disgusto. De repente, el vendedor echó todas las varillas en un plato, esparció por encima, con los dedos, cebolla picada sobre la que roció líquido de una botella. Oleg cayó en la cuenta de que todos los *shashlyks* eran para los conductores, cinco pinchitos para cada uno.

Un ejemplo más de la inexplicable estructura de dos pisos en los precios y salarios que prevalecía por todas partes. Oleg no podía concebir este segundo piso y menos aún trepar a él. Aquellos camioneros se gastaban sin pestañear quince rublos cada uno en tomar un bocado que, seguramente, no sería su almuerzo principal. No

era posible que sus salarios soportaran tal género de vida. Por otro lado, los *sbash-fyks* no se ponían a la venta para quienes devengaban un sueldo normal y corriente.

—Se han acabado —comunicó el del quiosco a Oleg.

—¿Qué se han acabado? —repitió Oleg profundamente contrariado.

¡Por qué lo pensaría tanto! ¡Quizá fuese la primera y la última oportunidad que se le había presentado en la vida!

—Hoy no me han abastecido —explicó el vendedor mientras iba recogiendo los residuos de su trabajo, dispuesto, al parecer, a bajar el toldo.

Entonces Oleg mendigó a los conductores:

—¡Eh, muchachos! ¡Cédanme una varilla! ¡Sólo una!

Uno de ellos, un jovencito de rostro muy bronceado y de cabellos como el lino, condescendió:

—Bueno, cójala.

Los conductores no habían pagado aún. Oleg extrajo del bolsillo un billete verde que guardaba clavado con un imperdible, y lo puso sobre el mostrador. El vendedor, sin tomarlo en la mano, lo impulsó directamente al cajón con el mismo gesto con que rebañaba las migajas y los desperdicios.

¡Ya tenía Oleg su varilla! Dejó su macuto de soldado en el suelo polvoriento y asió la varilla con las dos manos. Contó los trocitos de carne —cinco y la mitad del sexto— y se puso a hincarles el diente sin sacarlos del pincho. Los iba sacando con los dientes, pero no enteros, sino mordiscándolos poquito a poco. Comía ensimismado, como el perro su tajada después de llevarla a un rincón seguro, y meditaba sobre la facilidad con que se suscitan las apetencias humanas y en lo difícil que es dar satisfacción a los deseos despertados. ¿Cuántos años una rebanada de pan negro constituyó para él el más preciado de los dones terrenales? Sólo hacía un instante que se disponía a comprarlo como desayuno, pero había bastado sentirse atraído por el humo azulenco del asado, que le diesen a roer un pincho, para experimentar un incipiente menosprecio hacia el pan.

Los conductores dieron buena cuenta de sus cinco *shashlyks* por barba, pusieron en marcha los camiones y partieron, mientras Oleg seguía relamiéndose con su pincho. Saboreaba cada trocito con los labios y la lengua, sentía con fruición la jugosidad de la tierna carne, su olor, su perfecto asado. Y se asombraba del primitivo atractivo que quedaba en cada uno de los pedacitos, y cuanto más ahondaba en su *shashlyk*, mayor era su deleite y más se iba enfriando su interés en visitar a Zoya. El tranvía pasaría en seguida por delante de su casa y él no se apearía. Mientras se comía el *shashlyk* lo intuyó con absoluta claridad.

El tranvía le condujo al centro de la ciudad por la misma ruta que antes, pero ahora iba de bote en bote. Oleg reconoció la parada de Zoya y siguió adelante otras dos más. No sabía dónde le convendría bajarse. Inesperadamente, vio a una mujer

que, desde abajo, vendía periódicos a los pasajeros a través de la ventanilla del tranvía. Oleg la observó con interés porque no había vuelto a ver vendedores callejeros de prensa desde su infancia. (La última vez, cuando Mayakovski se suicidó de un tiro y los chavales corrían por las calles voceando la edición extraordinaria). En esta ocasión, la vendedora era una mujer rusa entrada en años, nada avispada y lenta en la devolución del cambio. Pero a pesar de su parsimonia, le daba tiempo a vender varios ejemplares en cada tranvía que pasaba. Oleg se plantó cerca de ella para ver cómo se desenvolvía.

—¿No la persiguen los policías? —le preguntó.

—No se han dado cuenta de que ando por aquí —la vendedora se enjugó el rostro.

No se veía a sí mismo, se olvidaba de su facha. Si un policía le echaba la vista encima, reclamaría su documentación antes que la de la mujer.

Un reloj eléctrico de la calle marcaba solamente las nueve de la mañana, pero ya apretaba el calor y Oleg desenganchó los corchetes superiores del abrigo. Sin apresurarse, permitiendo que los transeúntes le empujaran y le adelantaran, caminó por la zona soleada cercana a la plaza, entrecerrando los ojos y sonriendo al sol.

¡Aún le esperaban muchas alegrías en el día de hoy!…

Había creído que no volvería a ver el sol de primavera. Y aunque alrededor nadie se alegraba del retorno de Oleg a la vida, y nadie tenía noción de ello, el sol sí lo sabía. Por eso su sonrisa iba dirigida al sol. Aunque la próxima primavera no llegara nunca para él, aunque la actual fuese la última, esta era, de todos modos, una primavera *de propina* a la que estaba muy agradecido.

Ninguno de los peatones se congratulaba de la presencia de Oleg; él, en cambio, se alegraba de la de ellos. Estaba contento de volver a sumarse a ellos, de volver a ser testigo de los sucesos callejeros. ¡En este mundo recién fundado, nada carecería de interés, nada podría parecerle sórdido o feo! Meses enteros, años enteros de vida no admitían parangón con el sin par y culminante día de hoy.

Por la calle vendían helados en vasitos de papel. Oleg no recordaba cuándo había visto por última vez vasitos como aquellos. ¡Otro rublo y medio al aire! Y con la mochila, chamuscada y atravesada por los tiros, a la espalda y con ambas manos libres, Oleg caminó más despacio que antes, mientras con la diminuta cucharilla de madera iba tomando capitas de helado.

Acertó a pasar junto a un estudio fotográfico con vitrina resguardada del sol. Se acodó en la barra metálica que tenía delante y contempló largo rato aquella vida depurada y aquellos idealizados rostros que se exponían a la vista, particularmente los de las chicas, como era natural, que eran mayoría. Cada una de ellas se habría peripuesto con lo mejor de su ropero; el fotógrafo habría hecho girar su cabeza buscando la postura adecuada y habría variado una decena de veces la disposición de

la luz; tras varias pruebas, habría elegido la más satisfactoria, procediendo después a su retoque. Por último, entre decenas de fotografías de chicas, seleccionaría las más apropiadas hasta componer su vitrina. Y aunque Oleg lo sabía, se complacía en mirar y en imaginarse que la vida se componía de jóvenes como aquellas. Por todos los años perdidos, por todos los que no llegaría a vivir y por todo lo que en la actualidad se veía desposeído, se desojaba ante la vitrina, se la comía con la vista sin recato alguno.

Acabó el helado y debía tirar el vasito. Pero era tan primoroso, tan terso, que Oleg juzgó que le serviría para beber en el viaje y lo metió en el macuto. A él fue igualmente a parar la cucharilla de madera. También la emplearía para algo.

Más adelante halló una farmacia. La farmacia es también un establecimiento sumamente interesante, y Oleg entró en ella sin dudar. Al ver los rectángulos de sus pulcros mostradores, Oleg pensó que podía pasarse el día entero observándolos. Los objetos que en ellos se exhibían constituían una rareza para la mirada acostumbrada al campo de concentración, a cuyo ámbito no llegaron en decenas de años. Y los que ya conocía, por haberlos visto alguna vez en su existencia de hombre libre, no atinaba a darles nombre ni recordaba su utilidad. Con la veneración de un salvaje miraba los envases niquelados, de cristal y de plástico. Luego se fijó en las hierbas, empaquetadas en sobrecitos que llevaban escritas sus propiedades. Oleg tenía mucha fe en las hierbas. Pero ¿dónde estaría *la* que él precisaba? ¿Dónde?… Después venían los departamentos de comprimidos con innumerables nombres nuevos que jamás había oído. En resumen, esa sola farmacia abría ante Oleg todo un universo de observaciones y reflexiones. Pero se limitó a pasar de un mostrador a otro para pedir un termómetro para el agua, bicarbonato y permanganato, que le habían encargado los Kadmin. No tenían el termómetro ni el bicarbonato; en cuanto al permanganato, le indicaron que pagase en caja tres *kopeks* por él.

Luego se situó en la cola del despacho de recetas, en la que estuvo unos veinte minutos. Aligeró su espalda de la molestia del macuto, pero siguió agobiándole el calor. Ahora se hallaba indeciso. «¿Y si comprase mi medicina?», cavilaba. Al llegarle el turno depositó en la ventanilla una de las tres recetas iguales que Vega le entregó la víspera. Confiaba en que la farmacia no dispusiera de tal medicamento, en cuyo caso el problema quedaba relegado de momento. Pero disponían de él. Al otro lado de la ventanilla calcularon el precio y le extendieron una factura de 58 rublos y algunos *kopeks*.

Oleg se echó a reír y se apartó aliviado de la ventanilla. No le producía el menor asombro el hecho de que a cada paso le persiguiera en su vida el número 58[38]. Pero tener que desembolsar 175 rublos por las tres recetas era demasiado. Con ese dinero podía comer todo un mes. Tuvo deseos de romper las recetas y tirarlas a una escupidera, pero quizá Vega le preguntara por ellas, y se las guardó.

Le apenaba abandonar las cristalinas superficies de la farmacia, mas el día avanzaba y su día de alegrías le reclamaba.

¡Aún le esperaban muchas alegrías en el día de hoy!

No se apresuraba. Iba de escaparate en escaparate, pegándose como una lapa a cuantos veía. Sabía que las sorpresas le aguardaban a cada instante.

En efecto. Tenía delante una oficina de Correos con este anuncio en una ventana: «¡Sírvanse de la fototelegrafía!». ¡Fantástico! Lo que hacía diez años se escribía en las novelas de ciencia ficción se brindaba ya a los transeúntes. Oleg entró. Vio colgada una lista con unas tres decenas de ciudades a las que se podían enviar fototelegramas. Empezó a repasarla para ver adonde y a quién hubiese podido enviar uno, pero en ninguna de aquellas grandes ciudades, dispersas por la sexta parte de tierra firme del planeta, consiguió recordar que existiera una sola persona a la que su letra proporcionase alegría.

No obstante, para enterarse más a fondo, se fue a la ventanilla y pidió una hoja impresa, rogando también que le señalaran el tamaño que debían tener las letras.

—Acaba de averiarse —le comunicó la mujer—. No funciona.

¡Ah, conque no funcionaba! ¡Que se fuese al infierno! Eso ya era más común y frecuente y, en cierto modo, más tranquilizador.

Prosiguió su camino y leyó algunos anuncios: un circo y varias salas de cine. En todas ellas había función matinal, pero no podía desperdiciar en el cine el día que le había sido ofrecido para explorar el universo. Si se quedaba en la ciudad por breve plazo no tendría inconveniente en ir al circo incluso. Después de todo, se podía considerar un niño, pues acababa de nacer.

A juzgar por la hora que era, tal vez fuese el momento oportuno para encaminarse a casa de Vega.

En caso de que resolviese ir…

¿Y cómo no iba a ir? Era su amiga. Le había invitado de todo corazón, algo confusa. En toda la ciudad era el único ser allegado que tenía, ¿y aún dudaba en ir a verla?

En lo más recóndito de su interior ocultábase este único deseo: visitarla, ir hacia ella aunque fuera a costa de no inspeccionar el universo de la ciudad.

Pero algo le retenía saliéndole al paso con argumentaciones: Quizá sea temprano. Tal vez no haya tenido tiempo de regresar. O de ordenar su casa.

Bueno, más tarde…

En cada cruce deteníase a considerar: «¿No me equivocaré? ¿Cuál será la dirección acertada?». No preguntaba a nadie y elegía las calles a capricho.

Así, fue a dar con un modesto puesto de vinos. No era una tienda con exposición de botellas, sino una bodega con barriles, penumbrosa, semihúmeda y de atmósfera avinagrada. ¡Una taberna de tiempos antiguos! Servían el vino directamente de los

barriles a los vasos. Y el vaso de vino más barato costaba dos rublos. En comparación con los *shashlyks*, era un precio realmente barato. Kostoglótov extrajo del profundo bolsillo otro billete de 10 rublos.

No encontró al vino ningún gusto especial, pero su debilitada cabeza empezó a darle vueltas antes de apurar el vaso. Y cuando salió de la taberna, la vida se le antojó más llevadera aunque desde el comienzo del día había sido próvida con él. Tan aliviado y encantado se sentía que no creía en la existencia de nada que pudiera disgustarle. Porque ya había experimentado y purgado cuanto de malo encierra la vida; lo que en adelante le deparase sería, indudablemente, mejor.

¡Aún le esperaban muchas alegrías en el día de hoy!

Si encontrara otro puesto de vinos no le vendría mal tomarse otro vaso.

Pero no vio ninguno.

En cambio, fue a dar con una densa muchedumbre estacionada en la acera. Para eludirla había que rodearla y bajar a la calzada. «Aquí ha pasado algo», pensó Oleg. Pero no. La gente sólo esperaba, vuelta hacia unos espaciosos escalones y unas amplias puertas. Kostoglótov estiró el cuello y consiguió leer: «Grandes Almacenes Centrales». Ahora lo comprendió del todo. Algo interesante debían vender en ellos. ¿Qué, exactamente? Preguntó a un hombre, luego a una mujer y después a otra, pero todos se encogían dubitativos y nadie le respondió con claridad. Lo único que sacó en limpio fue que se acercaba la hora de apertura. Bien, puesto que el azar le había conducido allí… Oleg se arrimó al gentío.

Al cabo de varios minutos dos hombres abrieron las anchas puertas y, con tímido ademán, intentaron refrenar el impulso de la primera fila. Pero tuvieron que apartarse rápidamente a ambos lados de las puertas como ante la carga de un escuadrón de caballería. Los hombres y las mujeres de las primeras filas, en su mayoría gente joven, cruzaron las puertas y se abalanzaron hacia la escalera que conducía al piso de arriba con el ímpetu y la velocidad que imprimirían a sus piernas si tuvieran que huir del edificio en llamas. Otros corrieron escaleras arriba con la diligencia que a cada cual permitían sus fuerzas y su edad. Un afluente se deslizó por la planta baja, pero la corriente principal siguió su curso hacia el piso superior. Envuelto en aquel arremetedor torbellino era imposible subir la escalera con calma. Y el negruzco y desgreñado Oleg, con su mochila a la espalda, también corría. Hubo entre el tropel de gente quien le apresuró llamándole despectivamente «soldado».

Ya arriba, la riada se dividió, lanzándose en tres direcciones distintas por el resbaladizo parquet. Oleg sólo tenía un instante para decidirse, pero ¿qué dirección tomar? Siguió la carrera al azar siguiendo a los más esforzados corredores.

Fue a parar a una crecida cola, próxima a la sección de géneros de punto. Las dependientas, ataviadas con batas azul celeste, bostezaban y se movían con tal parsimonia que parecían no tener conocimiento de aquella barahúnda, como si las

aguardara en su faena un día inactivo, aburrido.

Una vez recobrado el aliento, Oleg se enteró de que pondrían a la venta chaquetas o jerseys de mujer. Lanzó un juramento por lo bajo y se alejó de allí.

¿Hacia dónde derivaron las otras dos corrientes? Ya no pudo localizarlas. El movimiento era general en todas direcciones y la gente se agolpaba ante todos los mostradores. En uno de ellos vio que la aglomeración era más densa y resolvió acercarse. Iban a despachar platos soperos a un precio módico. Ya estaban desembalando los cajones que los contenían. Asunto interesante. En Ush-Terek no había platos soperos; los Kadmin comían en unos desportillados. ¡No estaría mal llevarse a Ush-Terek una docena de aquellos platos! Pero no llegarían allí más que fragmentos.

Oleg se dedicó luego a deambular desahogadamente por las dos plantas del almacén. Recorrió la sección de fotografía. Las cámaras, inasequibles antes de la guerra, y todos sus accesorios se apilaban en los estantes chanceándose de él, reclamando dinero. Uno de los idealizados sueños infantiles de Oleg fue hacer fotografías.

Le gustaron mucho las gabardinas. Después de la guerra deseó vivamente comprarse una; en su opinión, era la prenda que más favorecía al hombre. Pero ahora tendría que desprenderse de 350 rublos, del sueldo íntegro del mes. Continuó adelante.

No había comprado nada. Sin embargo, se sentía como si tuviese el bolsillo bien repleto y estuviera libre de necesidades. Además, las vaporaciones del vino le ponían de un humor festivo.

Vendían camisas de tejido de fibra artificial. Oleg conocía la existencia de ese tejido por las mujeres de Ush-Terek, que corrían como locas al almacén del distrito cuando llegaba una remesa. Oleg miró las camisas, las palpó y le gustaron. Mentalmente se quedó con una verde a rayas blancas. Como costaba 60 rublos, no podía adquirirla.

Mientras hacía cábalas acerca de las camisas se aproximó un individuo luciendo un magnífico abrigo. No prestó atención a las camisas que ocupaban a Oleg, sino a las de seda. Muy cortésmente, preguntó a la dependienta:

—Dígame, por favor, ¿tienen la talla cincuenta con cuello del número treinta y nueve?

Oleg dio un respingo, como si a un mismo tiempo le hubiesen desgarrado con una lima ambos costados del cuerpo. Giró en redondo y se quedó mirando a aquel hombre esmeradamente rasurado, sin rasguño alguno, tocado con sombrero de fieltro de calidad y luciendo corbata sobre su blanca camisa. Le miraba como si el otro le hubiese abofeteado y fuese inevitable que ahora alguien bajara las escaleras rodando.

¿Podía concebirse aquello? La gente se había podrido en las trincheras, fue

amontonada en fosas comunes, sepultada en someros hoyos en la congelada tierra del norte; hubo otra gente que había sido internada en campos una, dos y tres veces, constantemente trasladada de prisión a prisión en vagones de mercancías; hubo quien echó el bofe con el azadón para ganar un chaquetón remendado, ¡y este figurín no sólo recordaba el número de su camisa, sino también el del cuello!

El detalle del número del cuello fue lo que irritó a Oleg. En modo alguno se hubiese figurado que el tal cuello tuviera un número especial. Sofocando un dolorido lamento, dejó a un lado la camisa y se alejó de allí. ¡Encima, el numerito del cuello! ¿A qué conducía tan refinada vida? ¿Tendría objeto retornar a ella? Si se ha de vivir con la preocupación de recordar el cuello de la camisa, por fuerza olvidarán asuntos de mayor relieve.

El malhadado número del cuello logró enervarle…

Al pasar por la sección de menaje, Oleg recordó que Yelena Alexándrovna, aunque no se lo había encargado, soñaba con poseer una plancha de vapor ligera. Confiaba que no venderían una de esas características, como casi siempre sucedía cuando uno necesitaba algo concreto, en cuyo caso su conciencia y sus hombros se librarían simultáneamente de un peso. Pero la dependienta le puso en el mostrador una plancha del tipo pedido.

—Oiga, ¿es realmente un modelo ligero? —Kostoglótov, desconfiado, la sopesó.

—¿Por qué he de engañarle? —la dependienta curvó los labios.

Había en ella cierto aire metafísico. Daba la impresión de estar sumida en algo distante, lejano, como si para ella los clientes que pasaban por delante no fuesen personas reales, sino vagas sombras.

—No he querido decir que trate de engañarme, sino que pueda usted equivocarse —puntualizó Oleg.

Regresando contra su voluntad a esta mortal vida y efectuando el insoportable esfuerzo de mudar de sitio un objeto material, la dependienta colocó otra plancha ante él, sin que le restaran energías para ser más explícita oralmente. Y se remontó otra vez a las regiones metafísicas.

Bien. La comparación de una idea viva y eficaz revela la verdad. En efecto, la primera plancha era más ligera, pesaba casi un kilo menos. El deber le conminaba a comprarla.

Por mucho que se hubiese agotado portando la plancha, la chica tuvo aún que escribirle la factura con sus cansados dedos y pronunciar después con exangües labios: «Al control». (¿De qué control hablaba? ¿A quién había que controlar? Oleg estaba desmemoriado del todo. ¡Oh, cuán difícil era reintegrarse a este mundo!). ¿No era obligación de ella posar los pies en el suelo y entregar en el control la plancha ligera? Oleg se sintió culpable por haber distraído a la dependienta de sus soñolientas meditaciones.

Cuando la plancha estuvo en el macuto, los hombros acusaron inmediatamente su peso. Le sofocaba el abrigo y debía salir cuanto antes del almacén.

En esto se vio reflejado en un enorme espejo que llegaba del suelo al techo. No es propio de hombres detenerse a contemplar su figura en un espejo; pero en Ush-Terek no había espejos de ese tamaño y hacía diez años que no se miraba en uno como aquel. Así pues, desdeñando lo que pudieran pensar de él, se contempló primero de lejos, después de cerca y, finalmente, de muy cerca.

Nada quedaba en su exterior de militar, como se consideraba a sí mismo. Sólo su capote y sus botas recordaban remotamente al capote y a las botas del Ejército. Por añadidura, tenía los hombros encorvados desde hacía tiempo y la figura era incapaz de mantenerse enhiesta. Desprovisto, además, de gorro y de cinturón, no parecía un soldado, sino más bien un fugitivo de presidio o un gañán de aldea venido a la ciudad a vender sus productos y a efectuar compras. Y aun para este menester también se requería cierto plante y desenvoltura, y Kostoglótov mostraba una apariencia atormentada, desfallecida, desvalida.

Hubiese sido preferible no verse, pues mientras no se vio se creía con aire resuelto y porte castrense, miraba con condescendencia a cuantos pasaban por su lado y observaba a las mujeres desde un plano de igualdad. Pero, ahora, colgado además a su espalda el horrible macuto que hacía tiempo había perdido su aspecto militar y que más bien parecía el zurrón de un mendigo, si se plantaba en la calle y tendía la mano, a buen seguro que la gente le socorrería con unos *kopeks*.

Y tenía que ir… Pero ¿cómo presentarse ante Vega con esta traza?

Dio unos pasos más allá y fue a parar a la sección de mercería, de objetos de regalo. En una palabra, a la de aderezos femeninos.

Y al verse entre mujeres parlanchinas que elegían objetos, se los probaban y los rechazaban, este semisoldado con una cicatriz bajo la mejilla, este semimendigo, se detuvo embobado mirando.

La dependienta esbozó una sonrisa. ¿Qué querría comprar para su rústica amada? Y, al mismo tiempo, no apartaba los ojos de él, no fuera a hurtarle algo.

Pero él no pidió que le mostraran nada, ni nada tomó en sus manos. Se quedó allí de pie y miraba con aire estúpido.

Esta sección resplandeciente de cristales, gemas, metales y plásticos, apareció ante su frente baja y hosca como un muro de contención pintado con fósforo. Y la frente de Kostoglótov no pudo resquebrajar ese muro.

Se dio cuenta, comprendió lo maravilloso que es comprar cosas bellas para una mujer, prendérselas en el pecho, colgárselas al cuello. Mientras no lo supo, mientras no recapacitó en ello, no era culpable de omisión alguna. Pero ahora lo había comprendido con clarividencia tal que a partir de ese momento no podría visitar a Vega sin llevarle un obsequio.

Pero ni contaba con medios ni se atrevía a hacerle un regalo. Era inútil detenerse ante los objetos caros. ¿Y qué entendía él de los baratos? Aquellos broches, por ejemplo —que no eran broches—, aquellos colgantes de arabescos y, en particular, aquel prendedor hexagonal con tantos cristalillos chispeantes, ¿no eran ciertamente bellos?

¿O, tal vez, vulgares y chabacanos…? Quizá una mujer con gusto se avergonzara de tomarlos en la mano… O, acaso, no se llevasen ya desde hacía tiempo, porque habían pasado de moda. ¿Cómo iba a saber él lo que llevan o lo que no llevan las mujeres?

Y luego, ¿hasta qué punto resultaría correcto ir a pasar la noche a su casa y de buenas a primeras, entre confundido y abochornado, ofrecerle un broche?

Las indecisiones le abatían en oleadas sucesivas como las bolas en el juego de bochas.

Ante él se condensaba toda la complejidad de este mundo en el que debe tenerse noción de las modas femeninas, y gusto para elegir los adornos de las mujeres, y presentar ante el espejo aspecto decoroso, y recordar el número del cuello… Sin embargo, Vega vivía en este mismo mundo, lo sabía todo y se desenvolvía perfectamente en él.

La turbación y el decaimiento se adueñaron de él. Si resolvía ir a su casa, era el momento oportuno, el instante preciso.

Mas no podía. Había perdido el impulso y estaba amedrentado.

Los habían distanciado los Grandes Almacenes…

Y de aquel maldito templo pagano, en el que hacía poco entrara con tan zafia avidez venerando a los ídolos del mercado, Oleg salió totalmente deprimido, tan exhausto como si hubiese cargado con compras por valor de mil rublos, como si en cada sección se hubiese probado algo y le hubieran hecho dar vueltas y más vueltas, y como si su espalda doblada soportara una montaña de maletas y bultos.

Pero lo único que llevaba era la plancha.

Estaba tan fatigado como si hubiese empleado horas y horas en la adquisición de vanos objetos. ¿Dónde había ido a parar la pura y rosada mañana prometedora de una vida completamente nueva, bella? ¿Y los cirros de eterno diseño? ¿Y el fluctuante bajel de la luna?…

Por la mañana tenía el ánimo entero. ¿Dónde se le había quebrado? En los Grandes Almacenes… Antes, cuando lo impregnó de vino… Antes aún. Cuando lo ratoneó con el *shashlyk*.

Lo más acertado hubiera sido admirar el albaricoquero en flor e irse volando a casa de Vega.

Se le hizo repugnante no sólo embelesarse ante los escaparates y los rótulos, sino también apretujarse entre el cada vez más denso enjambre de gente, preocupada o

alegre, que llenaba las calles. Con gusto se habría tumbado en algún lugar a la sombra, a la orilla de un río, para permanecer allí acostado hasta purificarse. El único sitio que en la ciudad podía visitar aún era el zoo, tal y como Diomka le rogara.

A Oleg le dio la sensación de que el mundo animal era más comprensible, que estaba más a su nivel.

Parte de su molestia se la ocasionaba el abrigo; le hacía sudar, pero no quería llevar un bulto entre las manos. Preguntó por el camino al parque zoológico. Hacia él le condujeron magníficas calles, espaciosas y tranquilas, con aceras pavimentadas con losas y orilladas de frondosos árboles. En ellas no se veían comercios, ni fotografías, ni teatros, ni puestos de vino. El retumbar de los tranvías llegaba allí desde un punto lejano. Por aquellos parajes el día era delicioso, plácido, soleado por los rayos del sol que caldeaban el ambiente a través del follaje de los árboles. En las aceras, las niñas jugaban a la rayuela. En los jardincillos de las casas, las dueñas plantaban algo o colocaban varas a las plantas trepadoras.

Las inmediaciones de la entrada al zoo eran el reino de la chiquillería. ¡Cómo no, si disfrutaban de vacaciones y de un día como el de hoy!

Lo primero que vio Oleg al entrar en el parque zoológico fue un macho cabrío de cornamenta espiriforme. En el recinto que ocupaba, se alzaba una roca cuyo escarpado declive moría en un profundo tajo. Justo allí, con las patas delanteras en el fondo, se ofrecía a las miradas, inmóvil y orgulloso. Sus patas eran finas y fuertes y sus cuernos asombrosamente largos, retorcidos, semejantes a un listón de hueso enrollado en espiral. Más que barbilla, le colgaba una opulenta melena que descendía por ambos lados hasta las rodillas, como la cabellera de una sirena. Sin embargo, su dignidad era tal que dicha crin no le confería apariencia afeminada ni ridícula.

Quienes esperaban ante el recinto del macho cabrío desesperaban ya de presenciar cualquier movimiento de sus seguras pezuñas sobre la lisa roca. Hacía rato que estaba inmóvil como una estatua; parecía la continuación de la roca. Y, sin el menor soplo de aire que agitara sus mechones, era imposible probar que estuviese vivo, que no fuese un engaño.

Oleg pasó allí cinco minutos y se apartó admirado. ¡No había salido de su inacción pese a ser una cabra! ¡Con un carácter así podría sobrellevarse esta vida!

Al cruzar hacia el comienzo de otra vereda, Oleg vio a un bullicioso gentío, especialmente niños, apiñados ante una jaula. En su interior había algo que giraba a gran velocidad alrededor de un mismo punto. Y resultó ser «una ardilla en una rueda», exactamente como la ardilla del refrán. Pero la idea que daba el refrán era imprecisa, no se captaba en el acto porque tenía que expresarse valiéndose de una ardilla y de una rueda. Pero allí dicha idea se expresaba prácticamente. Dentro de la jaula había un tronco de árbol con las ramas dispersas a lo alto. Y también, suspendido pérfidamente, se veía una rueda, una especie de tambor con el círculo

abierto al espectador. Entre cerco y cerco de dicho tambor iban encajadas unas traviesas que convertían el aro en una infinita y orbicular escalera. Y he ahí que, desdeñando el árbol y sus finas ramas extendidas a las alturas, la ardilla, incomprensiblemente, estaba en la rueda sin ser obligada por nadie ni seducida por la comida. La atraía únicamente la ilusión de falsa actividad y de falso movimiento. Es probable que comenzase con moderado paso de travesaño a travesaño movida por la curiosidad, sin tener noción de lo cruel y obsesionante que era aquel artefacto (la primera vez no lo sabría, pero después se enteró miles de veces y reincidía). ¡Había adquirido una velocidad circular vertiginosa! El cuerpo rojizo y espigado de la ardilla, y su rabo entre gris azulado y bermejo, corrían por la rueda en loca carrera. Los travesaños de la escalera circular se divisaban borrosamente hasta llegar a fusionarse por completo. El animal se aplicaba con empeño, pero no conseguía avanzar un solo peldaño con sus patas delanteras.

Los espectadores que habían llegado antes que Oleg ya la habían sorprendido en desenfrenada carrera. Oleg estuvo allí algunos minutos y el animal siguió con su juego. No existía en la jaula fuerza externa que pudiese detener la rueda o rescatar de ella a la ardilla, que tampoco tenía entendimiento que le advirtiera: «¡Detente! ¡Te esfuerzas en vano!». La única salida inevitable y clara era la muerte de la propia ardilla. Oleg no quiso permanecer allí hasta el final, siguió adelante.

De ese modo, el parque zoológico acogía a sus visitantes grandes y chicos, con dos ejemplos altamente significativos en la entrada —uno a la derecha y otro a la izquierda—, con dos modos de existencia igualmente verosímiles.

Oleg pasó junto a un faisán plateado, dorado, de plumas bermejas y azules. Admiró el indescriptible turquesa de su cuello y su larga cola, de un metro, con flecos rosa y oro. Después del monocromo destierro y de la monocroma clínica, su vista se estaba dando un festín de coloridos.

Allí se sentía el calor. El zoo era espacioso y los árboles brindaban ya su primera sombra. Notándose cada vez más descansado, dejó atrás toda una granja avícola con gallinas de Andalucía y gansos de Toulouse y Jolmogory, y ascendió a un cerro en el que habían instalado las grullas, los azores y los cóndores. Finalmente, en una enorme jaula parecida a una tienda de campaña desplegada sobre una prominente roca que dominaba todo el zoo, vivían los buitres de cabeza blanca. De no ser por el rótulo, se los hubiese podido tomar por águilas. Los habían situado a la mayor altura posible, pero el techo de la jaula era bajo y las enormes y sombrías aves se atormentaban extendiendo sus alas y batiéndolas sin hallar espacio para remontar el vuelo.

Oleg, observando la tortura de los buitres, movió sus propias paletillas, enderezándolas. (¿Sería la plancha que presionaba su espalda?).

Todo lo que le rodeaba le sugería una interpretación. En una de las jaulas rezaba

esta inscripción: «Las lechuzas blancas soportan mal el cautiverio». ¡Lo saben! ¡Y a pesar de ello, las encierran!

¿Acaso existe un tipo degenerado de lechuza que soporte bien la reclusión?

En otro cartel leyó: «El puerco espín es animal de vida nocturna». Sabemos de sobra lo que significa: a las nueve y media de la noche te llaman y a las cuatro de la mañana te sueltan.

En otro se decía: «El tejón vive en profundas y complicadas madrigueras». ¡Lo mismito que nosotros! ¡Bravo, tejón! ¿Qué otra cosa puedes hacer? Y tiene el hocico a rayas, como la tela de un colchón. ¡Todo un presidiario!

Así, tergiversadamente, lo captaba todo Oleg. La idea de ir allí no había sido ciertamente oportuna, como no lo fue la de entrar en los Grandes Almacenes.

Gran parte del día había transcurrido ya y las prometidas alegrías no parecían manifestarse.

Oleg se acercó a los osos. Uno negro con blanca corbata metía el hocico por la red metálica que unía los barrotes. De súbito, dando un corto salto, se colgó de la alambrada con las zarpas delanteras. No era una corbata blanca lo que tenía; más bien semejaba una cadena con la cruz pectoral de los sacerdotes. ¡Un saltito y había quedado suspendido! ¿De qué otra manera podía exteriorizarse su desesperación?

En la celda vecina estaba recluida su osa con el osezno.

Y en la siguiente se torturaba un oso pardo. Pateaba sin descanso, ansioso de pasearse por la celda, en la que disponía del espacio justo para revolverse, pues, de pared a pared, apenas si mediaba la distancia equivalente a tres cuerpos como el suyo.

Así es que, conforme a la escala mensural ursina, aquel recinto ni siquiera era un calabozo, sino una celda de castigo.

Los niños, a los que divertía el espectáculo, se decían unos a otros: «Oye, ¿por qué no le tiramos piedras? Creerá que son caramelos».

Oleg no advirtió que los chiquillos también le observaban a él, como a un bicho extra que se ofrecía gratis. Él no se veía.

Una alameda conducía al río en el que estaban los blancos osos polares. Estos, por lo menos, vivían en parejas. A su alberca confluían varias acequias que formaban un surtidor helado, al cual se lanzaban de vez en cuando para refrescarse. Luego salían a la terraza de cemento, se sacudían el agua del hocico con las garras e iniciaban interminables paseos por el borde de la terraza circundada de agua. ¿Cómo soportarían los osos polares los 40 grados de calor que hacía allí en verano? Pues, más o menos, como nosotros las temperaturas gélidas de las regiones polares.

Lo que más confundía a Oleg del encierro de los animales era que, incluso en el caso de ponerse de su lado y de contar con atribuciones para ello, no se atrevería a destruir sus jaulas para liberarlos. Porque habían perdido simultáneamente la patria y la idea de la libertad racional. Para ellos la liberación inesperada sería mucho más

terrible que la reclusión.

Tan disparatado era el razonamiento de Kostoglótov. Su mente retorcida ya no era capaz de interpretar los hechos de modo simple y desapasionado. Cuanto presenciara en la vida, siempre lo vería velado por el espectro gris, desentonado por el fragor subterráneo.

Sin detenerse ante el atribulado elefante, el más privado allí de espacio para correr, ni ante el sagrado cebú de la India, ni ante la dorada liebre agutí, subió de nuevo por la alameda con dirección a las jaulas de los monos.

Ante ellas se divertían chicos y grandes dando de comer a los simios. Kostoglótov pasó delante de ellos sin que le provocaran una mera sonrisa. Sin cabello, como si a todos los hubiesen rapado al cero, tristones, subidos a sus andamiajes y embebecidos en sus alegrías y aflicciones primarias, le recordaron tan intensamente a muchos antiguos compañeros suyos que hasta llegó a reconocer en ellos a algunos que aún seguían en prisión.

Un solitario y meditabundo chimpancé con los ojos tumefactos y los brazos colgándole entre las rodillas, le trajo a la memoria a Shulubin, que solía adoptar idéntica postura.

Y en este día de hoy, relumbrante y caluroso, Shulubin estaría en su lecho luchando entre la vida y la muerte.

Kostoglótov no esperaba hallar nada interesante en la sección de los monos. Ya se disponía a torcer hacia otro lado, cuando advirtió que varias personas leían un anuncio fijado en una de las jaulas más distantes.

Se encaminó a ella. Estaba vacía, pero en la tablilla habitual figuraba: *Macaco-Rhesus*. En el anuncio, escrito precipitadamente y clavado a la tablilla, se decía:

«El pequeño mono que vivía aquí se quedó ciego por la absurda brutalidad de un visitante. Este individuo cruel arrojó tabaco a los ojos del *Macaco-Rhesus*».

Oleg se conmocionó como si le hubiesen asestado un trallazo. Hasta entonces se había paseado con la sonrisa del indulgente sabelotodo en los labios, pero ahora le dieron ganas de vociferar, de lanzar alaridos que se oyesen en todo el zoológico como si hubieran arrojado tabaco a sus propios ojos.

¿Por qué? ¿Por qué *sencillamente* esto? Por necedad. ¿Por qué?

Lo que allí estaba escrito conmovió más su corazón que todo el candor de un niño. De aquel sujeto desconocido, cuya acción quedó impune, no se decía que era un ser inhumano, ni que era agente del imperialismo americano. Sólo se decía de él que era *cruel*. Y esto era lo sorprendente. ¿Por qué se calificaba a aquel hombre simplemente de *cruel*? ¡Niños, no seáis crueles! ¡Niños, no exterminéis a los seres indefensos!

El anuncio había sido leído y releído, pero tanto las personas mayores como los niños continuaban allí de pie, mirando la jaula vacía.

Oleg, cargado con el mugriento, chamuscado y ametrallado macuto con la plancha, se dirigió al reino de los reptiles, de las víboras y de los animales de rapiña.

Los lagartos, como piedras escamosas, yacían en la arena apoyados unos sobre otros. ¿Qué impulso de movimiento había perdido su voluntad?

Había también un enorme caimán de la China, de tonalidad plomiza oscura, fauces planas y garras que daban la impresión de estar torcidas, deformadas. En un cartelito se explicaba que en la época de calor no engullía carne todos los días.

¿Quizá le vendría a maravilla este ordenado mundo del parque zoológico en el que vivía a mesa puesta?

Una vigorosa pitón asida a un árbol semejaba una gruesa rama seca. Su inmovilidad era absoluta; sólo su menuda y afilada lengüecilla titilaba sin cesar.

La venenosa *efa* se arrastraba bajo una campana de cristal.

Había también diversas especies de reptiles vulgares.

Pero Oleg no quería perder el tiempo con ellos. Estaba obsesionado en imaginarse la cara del macaco ciego.

Se hallaba al comienzo de la sección de animales de presa. Allí estaban, soberbios, diferenciándose unos de otros por su rica piel, el lince, la pantera, el puma marrón-ceniciento y el pelirrojo jaguar con pintas negras. Eran prisioneros, padecían por falta de libertad. Pero Oleg sentía por ellos la misma aversión que por los depravados forajidos del campo. Después de todo, en este mundo se puede diferenciar claramente al verdadero culpable. Un cartel especificaba que el jaguar comía 140 kilos de carne al mes. ¡Esto superaba su facultad imaginativa! ¡De carne pura y roja! En el campo no daban ese tipo de carne. En el campo, sólo tripa y tendones. Un kilo por brigada.

Oleg rememoró a los prisioneros que trabajaban en las cuadras del campo, libres de la vigilancia de la escolta. Robaban a los caballos comiéndose su avena y así podían sobrevivir.

Más adelante divisó al «señor tigre». ¡En sus bigotes, justamente en sus bigotes, se concentraba la expresión de su naturaleza sanguinaria! Tenía los ojos amarillos… La mente de Oleg se hizo un embrollo y siguió de pie, mirando al tigre con odio.

Un viejo prisionero político que en tiempos pasados padeció destierro en Turujansk[39] y más recientemente coincidió con Oleg en un campo de trabajo, le relató que sus ojos no eran negros aterciopelados, sino amarillentos.

Inmovilizado por el odio, Oleg seguía clavado ante la jaula del tigre.

De todos modos, *por necedad*… Pero ¿para qué?

Sentía náuseas. Ya estaba harto del zoo y deseaba huir de él. Ni siquiera le interesó el león. Se fue al azar en busca de la salida.

Vislumbró una cebra, la miró de reojo y siguió andando.

¡Y, de repente! Se detuvo ante…

Ante el milagro de la espiritualidad después de haber contemplado la monstruosidad de la ruda fiereza. Tenía ante sí un antílope nilgó castaño claro, de esbeltas piernas ligeras y alertada cabeza, aunque sin mostrar temor alguno. Estaba de pie, muy cerca de la tela metálica, y miraba a Oleg con enormes, confiados y… dulces, sí, dulces ojos.

Su semejanza era tan extraordinaria que se le hacía insoportable. No apartaba de él su mirada afable y reprobadora a la vez. Preguntaba a Kostoglótov: «¿Por qué no vienes a visitarme? Ya es más de mediodía, ¿por qué no vienes?».

Debía de tratarse de una alucinación, o de una transmigración de las almas, porque, evidentemente, había estado allí en espera de Oleg. Apenas se hubo acercado, le había preguntado con mirada entre reprensiva e indulgente: «¿No vendrás? ¿Será posible que no vengas?

Y yo que te esperaba…».

Sí. ¿Por qué no había ido? ¿Por qué no había ido a verla?

Oleg sacudió su aturdimiento y se apresuró hacia la salida.

¡Aún podía encontrarla en casa!

36

En ese instante no podía pensar en ella con concupiscencia ni con pasión. Pero sería un placer ir a posarse a sus pies como un perro, como un miserable perro apaleado; ir a tumbarse a respirar junto a sus pies constituiría para él la dicha más colmada que podía imaginar.

Pero esta simple afectuosidad animal —llegar y posarse lisamente a sus pies— no podía, naturalmente, permitírsela. Estaría obligado a pronunciar algunas palabras corteses y a presentarle sus excusas, y ella, a su vez, le contestaría con otras similares, porque el paso de muchos miles de años lo había complicado todo.

Aún veía el rubor que ayer había teñido sus mejillas cuando le dijo: «Pienso que, en realidad, podría quedarse en… en mi casa». Debía pagar por ese sonrojo, ahuyentarlo, superarlo con la risa. No debía permitir que se turbara de nuevo. Por eso tenía que meditar las primeras frases. Debían ser lo suficientemente educadas y humorísticas para que mitigaran la situación insólita que se creaba al presentarse él en casa de su médico —mujer joven que vivía sola— con el extraño propósito de pasar la noche. Pero acaso fuese mejor no discurrir ninguna frase, sino presentarse a la puerta de su casa, mirarla y decirle sin disimulo, llanamente: «¡Vega! ¡Aquí me tienes!».

De un modo u otro, sería una incontenible felicidad encontrarse con ella, no en la sala o en el gabinete de curas de la clínica, sino en la vulgar habitación de una vivienda para poder platicar a solas de cualquier cosa insospechada. Probablemente él cometería no pocas equivocaciones y diría bastantes desatinos, pues había perdido totalmente el hábito de vivir entre el género humano. Pero sus ojos sabrían expresarle: «¡Ten piedad de mí! ¡Por favor, ten piedad de mí! ¡Soy tan desdichado sin ti!».

¿Cómo había podido desperdiciar tanto tiempo, demorar hasta ahora la visita a Vega? Antes, mucho antes, tendría que haber ido. Y ahora marchaba con premura, sin vacilaciones, temiendo solamente que se frustrara la ocasión de verla. Después de haber deambulado medio día por la ciudad, tenía noción de la disposición de las calles y sabía cómo orientarse. Él caminaba.

Si sentían una mutua simpatía, si les era grato estar juntos y conversar, si él pudiese alguna vez tomar sus manos, rodear sus hombros con sus brazos y mirarla a

los ojos de cerca, con ternura, ¿se daría por satisfecho? Y si sucediera algo más, mucho más que eso, ¿lo consideraría suficiente?

Tratándose de Zoya, no cabe duda de que sería poco. ¿Y tratándose de Vega?… ¿Del antílope nilgó?

Porque con el simple pensamiento de poder cobijar sus manos en las suyas se habían tensado unas cuerdas en el interior de su pecho, al tiempo que le embargaba la emoción al figurarse la escena.

No obstante, ¿se conformaría con ello?…

A medida que se aproximaba a su casa la excitación de Oleg iba en aumento. En realidad, estaba poseído de verdadero temor, de un temor que le hacía feliz y de un gozo mitigador. Ese temor le bastaba en ese momento para sentirse dichoso.

Iba andando pendiente de los nombres de las calles; ignoraba la existencia de comercios, escaparates, tranvías y personas. De repente, al volver una esquina, el tumulto le impidió eludir a una anciana. Volvió a la realidad y vio que vendía ramilletes de pequeñas flores de color lila.

Ni en el más remoto rincón de su desmedrada, perturbada y readaptada memoria, había quedado la menor sombra de la costumbre de llevar flores cuando se visita a una mujer. Tenía esta gentileza tan absolutamente olvidada como algo inexistente en este mundo. Había caminado tranquilamente con su ajada, remendada y molesta mochila al hombro, sin incertidumbre que hiciera vacilar sus pasos.

Pero se fijó en las flores. Y esas flores se vendían a la gente, y la gente las compraba para algo. Arrugó la frente. Los reacios recuerdos fueron emergiendo en ella, como el ahogado emerge de las aguas revueltas. ¡Justo! ¡Eso es! ¡En el arcaico, en el casi quimérico mundo de su juventud se solía obsequiar a las mujeres con flores!…

—¿Qué flores son estas? —preguntó con timidez a la florista.

—Violetas, ¿no lo ve? —contestó, casi ofendida—. A rublo el ramillete.

¿Violetas?… ¿Esas mismas violetas poéticas?… No sabía por qué razón, pero las recordaba diferentes. Tenían los tallecitos más esbeltos, más largos, y las florecillas más acampanilladas. Pero, seguramente, su memoria le fallaba. O acaso fuera una variedad local de violetas. En todo caso, allí no ofrecían otras. Una vez que su memoria se lo hubo recordado, no sólo no podía presentarse a Vega sin flores, sino que se avergonzaba de haber pretendido ir a verla sin ellas.

¿Cuántos ramilletes compraría? ¿Uno? Parecía demasiado poco. ¿Dos? Una insignificancia también. ¿Tres? ¿Cuatro? Excesivamente caro. La aguda sagacidad del campo tintineaba en algún escondrijo de su cerebro como un aritmómetro al girar, indicándole que podía regatear y conseguir dos ramitos por rublo y medio o cinco ramitos por cuatro rublos. Pero el preciso tintineo no sonaba, al parecer, para Oleg. Sacó dos rublos y los entregó sin chistar.

Cogió los dos ramilletes. Tenían su perfume, pero tampoco olían como deben oler las violetas, como las violetas de su juventud.

Mientras iba oliéndolas podía llevarlas sin sentirse violento, pero sostenerlas simplemente en la mano le hacía parecer ridículo. ¡Un soldado desmovilizado, enfermo, sin gorro, con macuto y un ramillete de violetas en la mano! No sabía qué hacer con ellas, y no discurrió nada mejor que encoger el brazo y ocultarlas con la manga para que pasaran inadvertidas.

¡Aquel era el número de la casa de Vega!…

Ella le había dicho que se entraba por el patio. Entró, pues, al patio y luego torció a la izquierda.

(¡Algo se le removía en su pecho!).

A lo largo de la casa discurría una terraza abierta de cemento, pero techada, de uso común para todos los inquilinos. Los bajos de la barandilla estaban cubiertos con una rejilla de varas entrelazadas. Encima había mantas, colchones, almohadas expuestas al aire, y en las cuerdas, atadas de pilar a pilar, ropa de la colada.

El espectáculo se le antojó impropio como lugar de residencia de Vega. Sus accesos eran harto desmoralizadores. De cualquier modo, eso era un asunto que sólo la incumbía a ella. Un poco más allá, tras los trapos colgados, estaba la puerta con su número, y al otro lado de la puerta el mundo privado de Vega…

Pasó bajo las sábanas y localizó la puerta. Era una puerta como otra cualquiera, pintada de color canela, desconchada a trozos y con el verde cajetín de la correspondencia.

Oleg sacó las violetas de la manga y se atusó el cabello. Estaba emocionado y se congratulaba de estarlo. ¿Cómo imaginársela sin la bata de doctor, con su atuendo casero?…

¡No, no había arrastrado sus pesadas botas por unas cuantas manzanas para trasladarse desde el zoo hasta allí! Había recorrido los vastos caminos del país dos veces, cada una de siete años de duración, y allí estaba, desmovilizado por fin, ante la puerta tras la cual le estuvo esperando silenciosamente una mujer aquellos catorce años.

Tocó la puerta con el nudillo de su dedo medio.

Sin que, en realidad, le diese tiempo a llamar, la puerta empezó a abrirse. (¿Le habría divisado *ella* desde la ventana?). Y al abrirse del todo, apareció un malcarado muchachote de nariz tumefacta y achatada, que empujaba directamente hacia Oleg una motocicleta de un rojo chillón, de considerable tamaño para pretender sacarla por la estrecha puerta. Ni siquiera preguntó a Oleg lo que se le ofrecía y a quién buscaba. Enfiló la moto directamente a la salida (por lo visto no estaba acostumbrado a ceder el paso) y Oleg tuvo que echarse a un lado.

Se quedó perplejo, confundido, y se anticipó a conjeturar. ¿Qué tenía que ver ese

chico con Vega, que vivía sola? ¿Por qué salía de su casa? Pese a los años transcurridos, ¿había olvidado de modo tan absoluto que generalmente la gente no disfrutaba de una vivienda independiente, que tenía que habitar en pisos comunales? No pudo haberlo olvidado, aunque tampoco tenía la obligación de acordarse de ello. En la barraca del campo, la estampa que uno se forja del *mundo libre* es la diametralmente opuesta a esa barraca, y, en modo alguno, la de un piso comunal. Incluso en Ush-Terek todo el mundo vivía en su casa particular, no se conocían viviendas colectivas.

—¡Oiga! —se dirigió al muchacho. Pero este, después de empujar la moto por debajo de una sábana tendida, la bajaba ya por los escalones, golpeando ruidosamente las ruedas contra los peldaños.

Y la puerta la había dejado abierta.

Oleg, indeciso, entró. Al fondo del corredor mal iluminado vio una, dos, tres puertas. ¿Cuál de ellas sería? De la semipenumbra surgió una mujer que no se molestó en encender la luz. Inmediatamente le preguntó con tono agresivo:

—¿Por quién pregunta?

—Por Vera Kornílievna —contestó Oleg con timidez desusada en él.

—No está —le informó la mujer con hostil y tajante brusquedad y sin llamar a la puerta de Vera para cerciorarse. Se fue en línea recta hacia Oleg, forzándole a retroceder.

—¿Quiere hacer el favor de llamar? —Kostoglótov recobró su inveterado modo de ser. Su anterior circunspección se debía a que esperó encontrarse con Vega, pero a los ladridos de la vecina podía responder con los suyos—. Hoy no trabaja.

—Lo sé, pero no está. Ha estado aquí, pero luego se ha ido —la mujer, de frente baja y abultados carrillos, le observaba con detenimiento.

Ya había visto las violetas, por lo cual era inútil ocultarlas.

Si no hubiese sido por aquellas violetas que sostenía en la mano, él habría sido el de siempre. Habría llamado a la puerta, habría hablado con desenvoltura y habría insistido para enterarse si hacía mucho que se había ido, si volvería pronto y hasta le habría dejado un mensaje. (¿Le habría dejado ella alguna nota?).

Pero las violetas le conferían cierto aire suplicante, obsequioso, de tonto enamorado…

Y ante el resuelto ataque de la mujer de carrillos abultados, retrocedió hasta la terraza.

Y ella, mientras le hacía recular de su campo de operaciones, no le quitaba ojo, no fuera que aquel vagabundo, en cuyo zurrón ya se notaba un bulto, tramase escamotearles algo.

En el patio, la moto, sin tubo de escape, emitía fuertes e impúdicos estallidos. El motor se paraba, volvía a crepitar y se atascaba de nuevo.

Oleg se quedó indeciso.

La mujer seguía mirándole irritada.

¿Cómo Vega no estaba en casa si se lo había prometido? Sí, pero él le dio a entender que podía esperar antes su visita y, al no presentarse, se habría ido a cualquier sitio. ¡Qué desgracia! Porque no era una mala suerte ni una contrariedad, sino una verdadera desgracia.

Oleg introdujo la mano con las violetas en la manga del abrigo como si la tuviese amputada.

—Dígame, ¿volverá o se ha ido ya al trabajo?

—Se ha ido —recalcó la mujer.

No era una respuesta concreta, pero sería absurdo continuar de pie ante ella y esperar.

La motocicleta se convulsionó, escupió, dio un estallido y se ahogó de nuevo.

En la barandilla se aireaban al sol pesadas almohadas, colchones, mantas y cobertores de edredones.

—Bien, ¿qué es lo que espera, ciudadano? —oyó.

Aquellos voluminosos baluartes de ropa camera contribuían a dejar en blanco la mente de Oleg.

La mujer, que le examinaba de pies a cabeza, le impedía pensar.

Por otro lado, la maldita moto le hacía trizas, no acababa de arrancar.

Oleg retrocedió ante los baluartes de almohadas y se batió en retirada escaleras abajo, hacia adonde había venido. Le habían obligado a replegarse.

De no ser por aquellas almohadas —con una punta chafada, con dos de ellas colgando cual ubres de vaca, y con la tercera erecta como un obelisco—, habría ideado algo, habría tomado alguna determinación. No debía irse así, apresuradamente. Vega quizá regresara. Y tal vez pronto. Entonces también lo lamentaría, ¡claro que lo lamentaría!

Pero las almohadas, los colchones, los edredones con sus cobertores y las sábanas estandartes implicaban esa experiencia inconmovible, comprobada por los siglos, que él no estaba en condiciones de arrostrar porque carecía de fuerzas. No le asistía ningún derecho.

Especialmente ahora. Especialmente a él.

Un hombre solitario puede dormir sobre tablas o en el entarimado mientras anide en su corazón la fe o la ambición. También el prisionero duerme en un desnudo catre de madera porque no se le ofrece otra alternativa, así como la esposa del prisionero se ve separada de él por la fuerza.

Pero cuando un hombre y una mujer conciertan unirse, esas almohadas, necesarias y blandas, esperan confiadas su tributo. Y saben que no se equivocan.

Así pues, desde la inaccesible fortaleza que sobreexcedía a sus fuerzas, con el

férreo mazacote de la plancha a su espalda y con una mano amputada, Oleg se dirigió, arrastrando penosamente los pies, hacia el portón del patio. Y los bastiones de almohadas ametrallaron gozosamente su espalda.

¡La maldita motocicleta no terminaba de arrancar!

Fuera del patio, sus explosiones sonaban más amortiguadas. Oleg se detuvo para esperar un poco más.

Aún podía aguardar la llegada de Vega. Si volvía, no tendría más remedio que pasar por allí. Se sonreirían y ambos se alegrarían de verse: «¡Hola…! ¿Sabe usted…? Ha sido graciosísimo…».

¿No sería entonces el momento oportuno de brindarle las estrujadas, lacias y marchitas violetas que ocultaba en la manga?

Podía esperar su regreso y entrar nuevamente en el patio, ¡pero ni ella ni él podrían ya eludir los blandos y ufanos baluartes!

Juntos, no los eludirían.

Si no hoy, cualquier otro día. Vega, la de pies ligeros, la etérea, la de claros ojos castaños, la mujer completamente ajena a las inmundicias del mundo, también tenderá al aire en aquella terraza todo lo sutil, delicado y embriagador de su lecho.

Ni el pájaro vive sin nido, ni la mujer sin lecho.

Por muy íntegra, por muy elevada que te mantengas, no podrás evadirte de esas inevitables ocho horas nocturnas.

Ni de los adormecimientos.

Ni de los despertares.

¡Arrancó! La motocicleta purpúrea se había puesto en marcha rematando, de paso, a Kostoglótov, dándole el tiro de gracia. El muchacho de la nariz chata miró triunfante la calle.

Kostoglótov, derrotado, se alejó de allí.

A su encuentro caminaban dos escolares uzbekas con idéntico peinado, con el cabello entrelazado en innumerables trencillas negras, tan estrechas como el cordón eléctrico[40]. Oleg les tendió ambas manos ofreciéndoles un ramillete en cada una:

—¡Tomad, chicas!

Ellas, sorprendidas, se miraron entre sí. Luego le miraron a él y se dijeron algo en uzbeko. Comprendieron que no estaba borracho ni abrigaba la intención de importunarlas. Quizá comprendieron también que el infortunio impelía a aquel soldado veterano a regalar las flores.

Una de las chicas las aceptó, asintiendo agradecida.

La otra también las tomó, con un movimiento de cabeza.

Y se alejaron rápidas, unidos los hombros y hablando con excitación.

Y ya sólo le quedó a él el mugriento y resudado macuto colgado a la espalda.

Tendría que pensar de nuevo dónde pasaría la noche.

No podía dirigirse a los hoteles.

Ni a casa de Zoya.

Ni a casa de Vega.

Pero sí, sí podía. Estaría contenta, aunque nunca lo dejaría entrever.

Pero eso estaba más que vedado para él.

Y sin Vega, aquella magnífica y exuberante ciudad con su millón de habitantes se le hacía tan onerosa como un pesado saco sobre las costillas. Ahora le extrañaba que por la mañana le agradara tanto y deseara prolongar su estancia en ella.

Y, lo que era aún más raro, ¿por qué se había sentido tan gozoso al comenzar el día? De repente, su curación dejó de antojársele una singular ofrenda.

Antes de recorrer la primera manzana de casas, Oleg se percató de lo hambriento que estaba, del cansancio de sus pies, de su agotamiento físico y de que en su interior se movía el no rematado tumor. Sólo anhelaba ponerse en viaje lo antes posible.

Pero el retorno a Ush-Terek, ahora completamente expedito, tampoco le atraía ya. Intuyó que, en adelante, la tristeza le consumiría todavía más.

En ese instante no se imaginaba lugar o hecho capaces de ponerle de buen humor.

Excepto si regresaba al domicilio de Vega.

Se arrojaría sin falta a sus pies: «¡No me rechaces, no me rechaces! ¡No tengo yo la culpa!».

Pero eso estaba más que vedado para él.

Miró al sol. Empezaba a descender. Debían de ser casi las tres. Tenía que tomar alguna decisión.

Vio un tranvía con el número que iba hacia la zona de la Comandancia. Buscó su parada más próxima.

Y rechinando sobre todo en las curvas, el tranvía, renqueando como un enfermo grave, le llevó por angostas y adoquinadas calles. Oleg, agarrado al suspensor de cuero, se agachaba para ver por la ventanilla los sitios por los que pasaba. Pero por allí no había verdor, ni avenidas. Únicamente calles empedradas y desnudas casas. Vislumbró el cartel de un cine al aire libre. Hubiese sido interesante saber cómo funcionaba, pero había algo que frenaba su curiosidad por las novedades del mundo.

Ella se enorgullecía de haber resistido catorce años de soledad. Pero no tenía la menor idea de lo que puede suponer medio año de vivir juntos, pero sin intimidad…

Reconoció la parada y se apeó. Tenía ahora kilómetro y medio que andar por una calle ancha y desanimada de una barriada fabril. Por su calzada rodaban, incesantes y estrepitosos, camiones y tractores en ambas direcciones. La acera se extendía a lo largo de un prolongado muro de piedra. Luego cruzó los raíles del ferrocarril de la factoría y un terraplén de carbonilla; pasó junto a un solar surcado de zanjas, volvió a cruzar los raíles, se encontró otra vez con el muro y, finalmente, ante un conglomerado de barracas de madera de un solo piso, de las llamadas oficialmente

«viviendas populares provisionales», que perduran, sin embargo, diez, veinte y hasta treinta años. Hoy, por lo menos, no había el barro de enero, cuando Kostoglótov, bajo la lluvia, iba en busca de la Comandancia por primera vez. De todos modos, aquella calle era deprimente, larga, y resultaba difícil creer que formara parte de la misma ciudad de amplias avenidas circulares, inmensos robles, boyantes álamos y del rosado prodigio de albaricoquero.

… Por mucho que ella tratase de convencerse a sí misma de que así convenía, de que era lo correcto y lo mejor, cuando le viniera el decaimiento se le desgarraría el corazón.

¿Qué propósito persiguieron al instalar en paraje tan escondido de las afueras la Comandancia regidora del destino de todos los desterrados de la villa? Ahí estaba, en medio de barracas, sucios callejones, ventanas rotas cegadas con chapas de madera y ropa y más ropa tendida. Sí, ahí estaba.

Oleg recordó la repulsiva expresión del rostro del comandante, aquel que se ausentaba de la oficina en horas de trabajo, y el recibimiento que le dispensó. Y ahora, ya en el pasillo de la barraca de la Comandancia, Kostoglótov se demoraba para componer su rostro, para prestarle una apariencia independiente y hermética. Nunca se había permitido sonreír a los carceleros, aunque ellos le sonriesen. Consideraba un deber recordarles que él lo recordaba todo.

Llamó a la puerta y entró. La primera habitación estaba absolutamente desnuda y vacía: sólo había dos largos bancos paticojos sin respaldo y una mesa, aislada por una barandilla, ante la que probablemente se verificaba dos veces al mes el sagrado rito del control de los desterrados locales.

En ese momento no había nadie en ella. En la puerta del fondo, abierta de par en par, había un rótulo que decía: «Comandante». Oleg se acercó hasta el umbral y preguntó secamente:

—¿Se puede?

—¡Pase, pase, por favor! —le invitó una voz complaciente y cordial.

¡Increíble! Jamás escuchó Oleg tono semejante en el NKVD[41]. Entró. El comandante se hallaba solo, sentado a su mesa. No era el mismo que el de la vez anterior, no se trataba de aquel idiota abstruso con aires de pozo de ciencia. Ocupaba su lugar un armenio de fisonomía afable, de rostro inteligente, exento de toda arrogancia. No vestía uniforme, sino un traje de impecable corte que desentonaba en aquella barriada de chabolas. El armenio le recibió con tal placer como si su trabajo consistiera en expender entradas de teatro y se alegrara porque Oleg llegaba con un buen pedido de ellas.

Después de sus años de campo, Oleg no podía tener a los armenios en alto aprecio. Allí eran poco numerosos, pero se favorecían, se sacaban de apuros unos a otros con denodada solidaridad y siempre se situaban en puestos privilegiados, en los

almacenes de víveres, en el del pan o en el de grasas. Pero, si se razonaba con sensatez, eso no era motivo para tenerles ojeriza, pues ni los campos de trabajo ni Siberia eran invención suya. Después de todo, ¿en aras de qué ideal tendrían que haber evitado socorrerse mutuamente, esquivar el trapicheo y, por el contrario, aplicarse a cavar la tierra con el azadón?

A la vista de ese armenio jovial, predispuesto a su favor, que se sentaba tras una mesa oficial, Oleg brindó un pensamiento efusivo a la frivolidad y al espíritu emprendedor de los armenios.

El comandante, tras oír el apellido de Oleg y de enterarse de que estaba inscrito en el registro provisional, se levantó deferente y presto, pese a su corpulencia, y se puso a repasar unas fichas en uno de los archivos. Al mismo tiempo, como si quisiera proporcionar distracción a Oleg, articulaba incesantemente algo en voz alta, bien interjecciones triviales, bien apellidos que no estaba autorizado a pronunciar por prohibírselo las severísimas instrucciones:

—Bien… Veamos… Aquí están los Kalifotidi…, los Konstantinidi… Pero, siéntese, por favor… Kuláyev… Karanuríev. ¡Vaya, he roto una esquina!… Kazymagomáyev… ¡Kostoglótov!

Y nuevamente, para mayor detrimento de todas las reglas del NKVD, adelantó su nombre y su patronímico en vez de preguntárselo a él:

—¿Oleg Filimónovich?

—Sí.

—O sea… que desde el 23 de enero ha estado en tratamiento en la clínica oncológica… —y levantó del papel sus vivaces y humanos ojos—. ¿Y qué? ¿Se encuentra mejor?

Oleg, realmente conmovido, se notó cierto atenazamiento en la garganta. ¡Qué poco se necesitaba! Situar a hombres humanitarios tras aquellos enfadosos escritorios y la vida sería completamente distinta. Perdió su retraimiento y respondió con naturalidad:

—Pues no sé qué decirle… En un aspecto, me encuentro mejor; en otro, peor… —(¿Peor? ¡Cuán desagradecido es el hombre! ¿Hay algo que pueda ser peor que yacer en el suelo de la clínica ansiando la muerte?)—… En general, mi estado es más satisfactorio.

—¡Me alegro! —se congratuló el comandante—. Pero ¿por qué no toma asiento?

¡Cumplir las formalidades que requerían las entradas del teatro exigía también su tiempo! Estampar un sello en determinado lugar, escribir la fecha con tinta, inscribirle en un libro y darle de alta de otro. El armenio hizo todas aquellas operaciones de buen talante, sin desabrimiento, y despachó el certificado de Oleg autorizándole el viaje. Al ofrecérselo, le miró de modo significativo y le dijo con tono no oficial y en voz más baja:

—Procure no afligirse más… Pronto acabará todo esto.

—¿A qué se refiere? —Oleg se sorprendió.

—¿Cómo que a qué? A los registros, al destierro, ¡a los co-man-dan-tes! —le sonrió despreocupado. (Por lo visto, les esperaba un trabajo más agradable).

—¿Qué dice? ¿Ya hay alguna… disposición al respecto?

Oleg quería a todo trance arrancarle información.

—No, no hay disposiciones —suspiró—, aunque sí ciertos indicios. Puede creerme, ya verá como acabará todo. No desmaye, recobre la salud y aún podrá volver a la vida normal.

Oleg se sonrió torcidamente:

—Yo ya estoy de vuelta.

—¿Cuál es su profesión?

—No tengo ninguna.

—¿Está casado?

—No.

—¡Mejor! —opinó, convencido, el comandante—. Los que se casan en el destierro generalmente se divorcian luego de sus mujeres. ¡Todo un lío! Cuando recobre la libertad volverá usted a su tierra y se casará.

Se casará…

—Bueno, si es como dice, muchas gracias —Oleg se levantó.

El comandante le despidió con un amable movimiento de cabeza, sin ofrecerle, no obstante, la mano.

Al cruzar los dos despachos camino de la calle, Oleg iba cavilando. ¿Por qué se había comportado el comandante de aquella manera? ¿Por su índole natural, o porque soplaban otros vientos? Su destino allí, ¿sería permanente o temporal? ¿O ahora designaban deliberadamente para ese cargo a personas como él? Habría sido importante conocer la respuesta, pero no era cuestión de volver para preguntárselo.

Volvió a pasar junto a las barracas, cruzó de nuevo los raíles y el terraplén de carbonilla y recorrió la larga calle de la zona fabril lleno de entusiasmo, con andar más rápido, con paso más uniforme. El calor le obligó en seguida a desembarazarse del abrigo. El cubo colmado de alegría que el comandante había vertido sobre él fue paulatinamente esparciéndose, difundiéndose por su interior.

A Oleg, el entendimiento le había hecho perder la fe en los hombres que ocupaban aquellos escritorios. ¿Podía olvidar las falsedades deliberadamente propaladas por personajes oficiales, capitanes y comandantes, para hacerles creer en los años de la posguerra que se proyectaba una amplia amnistía para los presos políticos? Y cómo los creían: «¡Me lo ha comunicado el mismo capitán!». A dichos oficiales se les había ordenado, simplemente, infundir ánimos a los desmoralizados prisioneros, a fin de que siguieran aguantando, de que cumplieran las normas de

trabajo, de que tuviesen una ilusión por seguir viviendo.

En cuanto al armenio, si en algo se hacía sospechoso era que parecía estar más informado de lo que podía esperarse por el cargo que ocupaba. Aunque, bien mirado, ¿acaso el propio Oleg no aguardaba eso mismo basándose únicamente en detalles captados en la prensa?

¡Ya era hora, Dios mío! ¡Hacía tiempo, mucho tiempo que debieron haberlo hecho! Si el hombre muere por causa de un tumor, ¿cómo puede vivir un país infestado de campos de trabajo y destierros?

Oleg volvió a sentirse feliz. Al fin y al cabo, no había muerto.

Y pronto podría tomar un billete para Leningrado. ¡Leningrado!… ¿Le sería posible algún día acercarse a la catedral de San Isaac y pasar la mano por una de sus columnas?

Pero ¿qué importancia tenía San Isaac? Ahora todo adquiría un nuevo cariz entre Vega y él. La cabeza le daba vueltas vertiginosas. Sí, en efecto, si era cierto… ¡porque no era una fantasía más! Él podría vivir aquí, con ella.

¡Vivir con Vega! ¡Juntos! Con sólo imaginárselo su pecho amenazaba estallar.

¡Qué contenta se pondría si ahora iba a contárselo todo! ¿Y por qué no notificárselo? ¿Qué le impedía dirigirse a su casa? ¿Acaso aparte de ella tenía en el mundo otro ser con quien compartir su alegría? ¿A quién más le interesaba su libertad?

Llegó a la parada del tranvía. Debía decidirse: ¿qué número tomar? ¿El de la estación? ¿El que conduciría al domicilio de Vega? Y debía apresurarse, de lo contrario ya no la hallaría en casa. El sol ya no estaba en lo alto.

De nuevo se sintió excitado y deseó otra vez ir en busca de Vega. Los convincentes argumentos que fue acumulando camino de la Comandancia se disiparon sin dejar rastro.

¿Por qué se creía obligado a eludirla como si fuera culpable o estuviera infecto? ¿En qué pensaba cuando le aplicaba el tratamiento?

¿Por qué se callaba y se metía en su concha cuando él le planteaba ciertas preguntas y le rogaba suspender ese tratamiento?

¿Qué razón había para no ir a verla? ¿Por qué no intentaban ambos situarse a nivel más elevado? ¿Es que no eran capaces de superarse? ¿Es que no eran seres humanos? ¡Vega, sí! ¡En todo caso, Vega sí lo era!

Forcejeó para abrirse paso hacia el tranvía. En la parada se agolpaba un numeroso gentío la mayor parte del cual se precipitó, precisamente, hacia el mismo tranvía. ¡Todo el mundo al mismo! Oleg llevaba una mano ocupada con el abrigo y, la otra, con el macuto, y se veía imposibilitado para agarrarse a la barra. Le estrujaron, le zarandearon y terminaron por izarle a la plataforma y empujarle dentro del vagón.

Bárbaramente apretujado por todos los lados, se halló tras dos muchachas con

pinta de estudiantes. Las dos, una rubia y la otra morena, estaban tan próximas a él que seguramente percibían su respiración. Tenía los brazos tan maniatados que no sólo no podía pagar a la enfurecida cobradora, sino ni siquiera moverlos. Con el izquierdo, en el que sostenía el abrigo, daba la impresión de abrazar a la joven morena. Su cuerpo lo tenía por entero aplastado contra el de la rubia, cuya anatomía, desde la barbilla a las rodillas, percibía netamente y era imposible que ella no sintiese también la suya. La mayor de las pasiones no habría podido unirlos tan estrechamente como la muchedumbre que los rodeaba. Su cuello, sus orejas, y los ricitos de su cabello los tenía más próximos de lo imaginable. A través del raído paño de su guerrera absorbía su tibieza, su suavidad, su juventud. La morenita continuaba hablándole de algún asunto del instituto, pero la rubia dejó de contestarle.

En Ush-Terek no había tranvías. Solamente había visto apretujarse así a las personas en los hoyos dejados por los obuses o las bombas. Pero no siempre se mezclaban en ellos hombres y mujeres. La sensación que experimentaba ahora hacía decenas de años que no le excitaba ni le reconfortaba. ¡Y cuanto más prístina era, con mayor pujanza se manifestaba!

Representaba una dicha y, al mismo tiempo, un dolor. En esa sensación había un umbral que él no estaba en condiciones de franquear ni siquiera con la autosugestión.

¡Ya se lo habían advertido! Conservaría la libido. ¡Sólo la libido!

Así viajaron dos paradas. Después, aunque no cesaron las apreturas, la gente de atrás aminoró su presión y Oleg hubiese podido apartarse un poco. Pero no lo hizo, falto de voluntad para separarse y finalizar con aquella deleitosa tortura. En ese momento no tenía mayor deseo que el de seguir como estaba. Aunque el tranvía tomara el rumbo de la Ciudad Antigua, aunque se volviera loco y corriese chirriante sin parar de dar vueltas hasta la noche, aunque se aventurase en un viaje alrededor del mundo, Oleg carecía de voluntad para despegarse el primero. Prolongando esa dicha, la más alta a la que a la sazón podía aspirar, grabó con gratitud en su memoria los ricitos de la nunca de la joven (a la que no llegó a ver la cara).

La rubia se apartó de él y se fue hacia adelante.

Enderezando sus rodillas debilitadas y temblorosas, Oleg vio claro que, yendo hacia Vega, iba al encuentro de la tortura y el engaño.

Que él iba a exigirle a ella más de lo que podía exigirse a sí mismo. Se habían identificado de modo tan sublime que su comunión espiritual venía a ser más valiosa que cualquiera otra. Sus manos y las de ella habían tendido un elevado puente; pero él intuía que las de ella empezaban a ceder. Se dirigía a ella para convencerla a toda costa de algo mientras pensaba angustiosamente en otra cosa distinta. Y cuando le dejara solo en su habitación, él suspiraría afligido sobre su ropa, sobre cada bagatela.

No. Debía dar muestra de más prudencia que una mentecata muchacha. Su ruta era la de la estación.

Se abrió paso hacia la plataforma posterior, no hacia la de delante, para no pasar junto a las dos estudiantes, y saltó del tranvía al tiempo que alguien lanzaba un reniego.

Por las inmediaciones de la parada también vendían violetas…

El sol declinaba ya. Oleg se puso el abrigo y tomó el tranvía que le conduciría a la estación. En él las apreturas eran menores.

Anduvo por la sala de la estación empujado por unos y otros; preguntó por el lugar donde se expendían los billetes para los trenes de larga distancia, y tras varios informes inexactos dio finalmente con el sitio, parecido a un mercado techado.

Había cuatro ventanillas, y ante cada una aguardaban turno unas ciento cincuenta o doscientas personas, sin contar las que, posiblemente, habían dejado la cola por unos instantes.

Este espectáculo de las colas en las estaciones para conseguir el billete, colas que había que guardar durante días, era familiar para Oleg. Muchas cosas cambiaron en el mundo: las modas, los faroles de las calles, los hábitos de los jóvenes…, pero *esto*, hasta donde alcanzaba su memoria, era idéntico. Así ocurría en el 46 y en el 39, así en el 34 y en el 30. Podía recordar incluso los escaparates atestados de productos en el período de la Nueva Política Económica, pero no podía imaginarse una ventanilla de estación accesible. Quienes disponían de tarjetas oficiales o de certificados especiales para casos justificados eran los únicos que no hallaban dificultades a la hora de ponerse en viaje.

Él disponía ahora de un certificado que, aunque no valía mucho, le vendría bien.

El calor resultaba sofocante, y Oleg estaba bañado en sudor. Sacó de la mochila su ajustado gorro de piel y lo encasquetó en su cabeza como en una horma dilatadora. Se colgó el macuto al hombro y confirió a su rostro la expresión que habría tenido si dos semanas atrás se hubiese tumbado en la mesa de operaciones bajo el bisturí de Lev Leonídovich. Y con ese afectado aire exhausto y la mirada apagada, se arrastró penosamente entre las colas y se encaminó a la ventanilla más cercana.

Debido a la presencia de un policía, muchos ocupantes de las colas no se agolpaban en la ventanilla ni se peleaban.

Con ademanes desfallecidos, sacó ostensiblemente el certificado del sesgado bolsillo interior del abrigo. Se lo tendió confiadamente al «camarada policía».

Este, un gallardo uzbeko bigotudo con empaque de joven general, lo leyó con porte solemne y, acto seguido, anunció a los que formaban la cabeza de cola:

—A este le situaremos delante. Está recién operado.

Indicó a Oleg el tercer lugar.

Oleg miró con desmayo a sus nuevos compañeros de tumo. No hizo intentos de introducirse en su puesto y se quedó de pie a un lado, con la cabeza gacha. Un uzbeko gordo y entrado en años, amparado bajo la broncínea sombra de las alas de un

sombrero aterciopelado de color castaño que semejaba un platillo, le empujó con suavidad y le incorporó a la fila.

Era entretenido aguantar cerca de la ventanilla. Veía los dedos de las expendedoras que suministraban los billetes y que tomaban el dinero de los viajeros empapado en sudor, porque lo habían tenido apretado en su puño por haberlo extraído con tiempo sobrado de las profundidades del bolsillo o de los pliegues de la faja, y se escuchaban los tímidos ruegos de los pasajeros y los inexorables desaires de las taquilleras. La cosa marchaba, y no precisamente con lentitud.

A Oleg le llegó el tumo de inclinarse ante la ventanilla.

—Por favor, un billete de tercera a Jan-Tau.

—¿Adónde? —le pidió que repitiese su punto de destino.

—A Jan-Tau.

—No me suena ese lugar. —Encogiéndose de hombros se puso a hojear una voluminosa guía de ferrocarriles.

—Oiga, buen hombre, ¿por qué toma usted un billete de tercera? —se compadeció una mujer que estaba a sus espaldas—. ¿Pretende viajar en tercera después de una operación? Se le pueden romper los puntos si se encarama a una litera alta. Debería coger billete con asiento reservado.

—No tengo dinero —sugirió Oleg.

Y era cierto.

—¡No existe esa estación! —gritó la expendedora, cerrando la guía de golpe—. Tome billete para otra.

—¿Cómo que no existe, si hace un año que funciona? —Oleg sonrió débilmente —. Yo mismo partí de ella y de haberlo sabido habría reservado el billete.

—¡No sé nada! Si no está inscrita en la guía, es que no existe.

—¡Pero si los trenes paran en ella! —empezó a discutir Oleg con más ardor del que se hubiera esperado en un recién operado—. ¡Y funciona una taquilla!

—¡Ciudadano! Si no quiere el billete, apártese. ¡El siguiente!

—¡Muy bien! ¿Por qué hace perder el tiempo? —murmuraron desaprobadoramente a su espalda—. ¡Cójalo para donde se lo den!… ¡Acaba de salir de una operación y aún tiene ánimos para porfiar!

¡Desde luego que tenía ánimos para porfiar! De buena gana habría ido en busca del jefe de servicio y del jefe de estación para presentarles sus quejas. ¡Con cuánta satisfacción daría a aquella gente en la testa y haría prevalecer la justicia que, aunque parva, era justicia al fin y al cabo! Aunque no fuese más que por sentir su cualidad humana en defensa de la razón.

Pero la ley de la oferta y la demanda era férrea, al igual que la del transporte planificado. La bondadosa mujer, que momentos antes le exhortó a adquirir un billete con reserva, ahora se esforzaba por tender su dinero a la taquilla por encima de los

hombros de Oleg. El policía que acababa de situarle a la cabeza de la cola levantaba ya una mano para apartarle a un lado.

—Esa estación dista treinta kilómetros de mi residencia y la otra setenta —lamentó todavía Oleg ante la ventanilla. Pero, como se decía en el campo, ya era gastar saliva en balde. Y se dio prisa en condescender—. Está bien, démelo hasta la estación de Chu.

La taquillera conocía de memoria esta estación, así como el precio del billete. Como, además, quedaban plazas disponibles, Oleg debía estar contento. Allí mismo, sin alejarse, comprobó al trasluz los datos perforados en el billete, el número del vagón, el precio y el dinero que le habían devuelto. Y lentamente se alejó de allí.

Al distanciarse de la gente que le creía un recién operado, su cuerpo se irguió y él se despojó del estrecho gorro, volviéndolo a guardar en el macuto. Disponía de dos horas hasta la salida del tren y estaba encantado de poderlas pasar con el billete en el bolsillo. Estaba en condiciones de darse un festín comiéndose un helado (ocasión que no se le presentaría en Ush-Terek, porque no los había) y bebiéndose un vaso de *kvas* (que tampoco había); además, tendría que comprar pan negro para el viaje, sin olvidarse del azúcar. Y llenar pacientemente una botella con agua hervida (¡era muy conveniente disponer de agua hervida en el viaje!). Bajo ningún concepto debía comprar arenques ahumados. ¡Con cuánta más independencia y tranquilidad se viajaba así que en los vagones de mercancías, convertidos en prisiones transportables! No los registrarían al subir al tren, ni irían hacinados, ni los acomodarían en el suelo rodeados de guardias, ni viajarían dos días y dos noches atormentados por la sed. Y si, por añadidura, tenía la suerte de coger la tercera litera, la de los equipajes, podría tenderse en ella cuan largo era sin tener que compartirla con dos o tres personas más. La disfrutaría él solo, viajaría tumbado y, si el tumor no le molestaba, ¡su felicidad sería completa! ¡Era un hombre dichoso! ¿De qué podía quejarse?…

Además, el comandante se había ido de la lengua en lo referente a la amnistía…

¡Por fin llegaba la felicidad tan ardientemente invocada! ¡Sí, había llegado, y Oleg, inexplicablemente, no la reconoció!

En resumidas cuentas, ella contaba con Lev, al que nombraba por su diminutivo y le tuteaba. Y, tal vez, con algún otro. Y si no era así, las oportunidades que tenía eran numerosas, porque en la vida de una persona puede surgir otra de modo inopinado.

Cuando vio la luna mañanera, él había confiado en ella. Pero esa luna estaba en decadencia…

Tenía que dirigirse sin pérdida de tiempo al andén, para estar en él mucho antes de que autorizaran a los viajeros a subirse al tren. Así, cuando el convoy entrase vacío en la estación, localizaría su vagón, correría hacia él y se colocaría en la cola. Fue a echar una ojeada al horario. Había un tren con destino opuesto al suyo, el número 75,

cuyos viajeros ya habían recibido la orden de acomodarse. Fingiendo llegar jadeante, se abrió paso a empujones hacia la puerta del andén y, con el billete entre los dedos, preguntó a cuantos se ponían por delante, incluyendo al empleado que guardaba la puerta:

—El setenta y cinco, ¿está ya en el andén?… ¿Está ya en el andén?

Parecía asustadísimo de llegar tarde al tren número 75. El verificador de billetes, sin comprobar el suyo, le hizo pasar, empujando el pesado y abultado macuto que colgaba de sus hombros.

Ya dentro del andén, Oleg se puso a pasear con toda tranquilidad. Luego se detuvo y tiró el macuto en un poyo de piedra. Recordaba otro caso igualmente cómico que le aconteció en Stalingrado en 1939, en sus postreros días de libertad. Sucedió después de la firma del tratado con Ribbentrop, pero antes del discurso de Mólotov y de la orden de movilización de los muchachos de diecinueve años. Aquel verano, él y un amigo descendieron por el Volga en lancha. En Stalingrado vendieron la embarcación, y debían regresar en tren para incorporarse a sus estudios. En el viaje de descenso fueron reuniendo numerosos trastos que luego difícilmente podían transportar con las cuatro manos. En la tienda de un apartado lugar, el amigo de Oleg había adquirido un altavoz para la red de radiodifusión, que por entonces no se encontraba en Leningrado. El altavoz era de grandes dimensiones, sin funda, con el tambor al descubierto. Su amigo temía chafarlo en el momento de tomar el tren. Entraron en la estación de Stalingrado e inmediatamente se vieron al final de una larga y compacta cola, amojonada por maletas de madera, sacos y baúles, que ocupaba toda la sala de la estación. No había manera de pasar al andén antes de que lo autorizasen, pues la puerta se vigilaba estrechamente. Sobre ellos pendía la amenaza de dos días y sus respectivas noches de viaje sin sitio donde acostarse. A Oleg se le ocurrió una idea: «Ya hallaremos el modo de trasladar los bártulos al vagón, aunque sea al último». Cogió el altavoz y con paso ligero se encaminó a una puerta accesoria que estaba cerrada. Con ademán significativo mostró a través del cristal el altavoz a la chica que estaba allí de servicio. Le abrió la puerta y Oleg le dijo: «Instalaré este más y habré terminado». La mujer asintió con comprensivo movimiento de cabeza, como si el día entero hubiese rondado por allí trayendo y llevando altavoces. El tren entró en el andén y Oleg tuvo tiempo de subir el primero y ocupar dos literas para equipajes antes que nadie.

Al cabo de dieciséis años, nada había cambiado.

Deambulando por el andén, Oleg vio a otros tan astutos como él. También habían entrado diciendo que iban a un tren que no era el suyo, y ahora estaban a la espera cargados con sus equipajes. No eran pocos, pero, de todos modos, el andén estaba mucho más despejado que el recinto de la estación y que los jardines próximos a ella. También paseaban por él con despreocupación algunos viajeros del tren 75. Eran

tipos desenvueltos, de buen porte, que disfrutaban de plazas numeradas que sólo ellos podían ocupar. Había también mujeres que habían sido obsequiadas con ramos de flores, hombres con botellines de cerveza, y algunos, cuyas vidas alcanzaban un nivel inaccesible y casi inexplicable para Oleg, sacaban fotografías. En aquella calurosa tarde primaveral, el largo andén marquesinado le hizo recordar cierto lugar meridional de sus años infantiles. Probablemente, el balneario de Minerálnye Vódy.

En estas, Oleg divisó una oficina de Correos con entrada por el andén. Casi en el mismo andén había un pequeño pupitre de cuatro vertientes para quienes desearan escribir.

Tuvo una idea repentina. Debía hacerlo, y aquel instante era el oportuno, antes de que sus impresiones se dispersasen, se volviesen imprecisas.

Con su mochila a la espalda, se hizo paso a empellones y entró en la oficina. Compró un sobre. Lo pensó mejor y pidió otro y dos hojas de papel, y, luego, una tarjeta postal. Volvió a apartar a la gente para salir al andén. Colocó el macuto con la plancha y las hogazas de pan entre las piernas, se apoyó en el inclinado pupitre y comenzó por lo más fácil, por la tarjeta:

«¡Hola, Diomka!

Sabrás que he estado en el parque zoológico, y he de decirte que es algo digno de verse. Nunca había contemplado nada semejante. Visítalo sin falta. Hay osos blancos, ¿te imaginas? Y cocodrilos, tigres, leones. Tendrás que dedicar un día entero para recorrerlo. En su interior venden empanadas. No dejes de ver el macho cabrío de cornamenta espiriforme, pero míralo con calma, sin precipitarte; obsérvalo de cerca y recapacita. Si ves al antílope nilgó, haz lo mismo… Hay muchos monos que te divertirán. Pero falta uno, el *Macaco-Rhesus*, al que un hombre malvado arrojó tabaco a los ojos por puro capricho, sin razón alguna, y le dejó ciego.

El tren está a punto de llegar y tengo prisa.

Que recobres la salud y seas un verdadero hombre.

¡Cuento con ello!

Transmite mis mejores deseos a Alexéi Filíppovich. Confio en que también sanará.

Estrecho tu mano.

Oleg».

Escribía con facilidad, pero la pluma fallaba. Todas las que allí estaban a disposición del público tenían las puntas torcidas o estropeadas del todo, arañaban el papel clavándose en él como palas. Así es que, por mucho que se esmerase, la carta

ofrecía al final un aspecto desastroso.

Empezaba así:

«¡Zóyenka, mi pequeña abejita!

Le estoy muy agradecido por haber tolerado que rozara con mis labios la auténtica vida. De no ser por aquellos atardeceres, ahora me sentiría totalmente, sí, totalmente escamoteado.

Ha sido usted más juiciosa que yo; en cambio, puedo irme sin remordimientos. Me invitó a visitarla, pero no he ido. ¡Gracias por todo! He pensado que es preferible conformarse con lo que hubo y no echarlo a perder. Recordaré siempre con gratitud todo lo suyo.

¡Sincera y honradamente le deseo el más feliz de los matrimonios!

Oleg».

Venía a ser como en la cárcel. En los días de peticiones oficiales te proveían de la misma porquería vertida en el tintero, de una pluma parecida a aquella y de un trozo de papel más reducido que una tarjeta postal, por el que la tinta se corría y rezumaba a través de él. Puedes escribir todo lo que quieras y a quien quieras.

Oleg repasó la carta, la plegó y la introdujo en el sobre. Quiso cerrarlo (le vino a la memoria una novela detectivesca que leyó en su infancia, en la que todo empezaba con la confusión de unos sobres), pero ¡vano empeño! Sólo un trazo oscuro bordeando la solapa marcaba el sitio donde, según la Oficina Estatal de Sistematización, se presumía que debía haber goma. Pero, naturalmente, no la había.

Oleg, después de elegir, entre las tres plumas, la de punta menos averiada, se quedó meditando en la última carta. Si antes pisaba terreno firme y hasta se sonreía al escribir, ahora todo se le tornó incierto. Estaba convencido de que encabezaría la carta escribiendo: «Vera Komílievna». Pero, en su lugar, escribió:

«¡Querida Vega!

(Todo el tiempo he anhelado llamarla así. Lo haré, por lo menos, ahora).

¿Me permite escribirle con absoluta franqueza, con la franqueza que no hemos empleado en nuestras conversaciones, pese a los pensamientos que abrigábamos? Porque, ¿verdad que no es un paciente cualquiera aquel al que su médico le ofrece su habitación y su lecho?

Varias veces he estado tentado hoy de dirigirme a su casa. Una de ellas llegué hasta su misma puerta. Iba hacia usted emocionado, tan emocionado como si tuviese dieciséis años, lo cual quizá resulte indecoroso en un hombre con biografía como la mía. Me he sentido turbado, cohibido, gozoso y

acobardado. Porque se precisan muchos años de peregrinaje para calar en el sentido de “Dios me lo concede”.

Pero tenga en cuenta, Vega, que si la hubiese hallado en casa posiblemente habría dado comienzo algo falso entre nosotros, ¡algo calculado y artificioso! Después anduve paseando y llegué a la conclusión de que era preferible no haberla encontrado. Todo cuanto hasta la fecha ha sufrido usted, y todo cuanto he padecido yo, se puede, por lo menos, reconocer y mencionar. Pero lo que habría surgido entre usted y yo ni siquiera hubiera sido para confesárselo a nadie. Usted, yo, y, entre ambos, esto: una especie de plomizo y decrépito dragón en constante crecimiento.

Soy más viejo que usted, no tanto en años como en experiencia. Créame, pues. Tiene usted razón en todo, absolutamente en todo, en su pasado y en su presente. Lo único que no le es permitido es adivinar su futuro. Quizá no esté de acuerdo conmigo, pero yo le pronostico que, antes de que se aproxime a la indiferente senectud, bendecirá el día en que no compartió mi vida. (No me refiero al destierro. Sobre él se rumorea incluso en voz alta que está llegando a su fin). Ha sacrificado usted media vida como quien sacrifica un corderillo. ¡Apiádese de la otra media!

Ahora, cuando de todos modos me marcho (y si acaba esto del destierro no acudiré a su clínica a reconocimiento ni a posterior tratamiento, lo que quiere decir que estamos despidiéndonos), le haré una revelación: cuando conversábamos de los sentimientos más puros y espirituales, en los que honestamente creía y confiaba, siempre, *en todo momento*, ansiaba tomarla en mis brazos y besarla en los labios.

Intente comprenderlo.

Y, ahora, sin compromiso, los beso».

Lo mismo sucedía con el segundo sobre. Aparecía el trazo oscuro, pero sin goma. Oleg, por alguna razón, siempre sospechaba que tales deficiencias no eran casuales, sino para ahorrar trabajo a la censura.

A su espalda —todas sus previsiones y su astucia habían resultado vanas— estaban acercando el tren al andén y los pasajeros corrían hacia él.

Cogió la mochila, así como las cartas, y, a codazos, se metió en la oficina de Correos.

—¿Dónde está la goma? ¿Tiene usted la goma?

—La gente se la lleva —le aclaró la chica que le miró y puso indecisa un tarrito ante él—. ¡Péguela aquí mismo, delante de mí! Sin apartarse.

Dentro de la espesa y negra goma había un pincelito de los que usan los escolares, con su cuerpecillo fusiforme cubierto de zurrapas de goma, frescas las unas y resecas

las otras. Casi no había por dónde cogerlo. Para aplicar la goma era preciso pasar todo el mango, como si fuese una sierra, por la orilla de la solapa del sobre. Después tuvo que quitar el sobrante con los dedos, cerrarlo y, finalmente, limpiar, también con los dedos, los churretes de goma que habían fluido al presionar el papel.

Y, mientras tanto, la gente corría.

Después entregó la goma a la joven, tomó el macuto (que lo conservó permanentemente entre las piernas para que no se lo hurtasen), depositó las cartas en el buzón y salió a escape.

Parecía que sus piernas no podían dar más de sí, que no tenía fuerzas, pero ¡vaya modo de apretar los talones!

Sorteando a los que arrastraban abultados fardos desde la entrada principal a la plataforma de facturación, llegó raudo a su vagón, ocupando aproximadamente el vigésimo puesto en la cola. Pero, a los que ya estaban allí, se fueron agregando algunos familiares, de modo que tal vez su lugar fuera el trigésimo. Ya no podía aspirar a la segunda litera que, por otro lado, tampoco le convenía, dada la longitud de sus piernas. Lo que sí encontraría libre sería el compartimento de equipajes.

Todo el mundo portaba cestos de tipo similar y cubos. ¿Llevarían en ellos las primeras verduras? ¿Irían con destino a Karagandá para, como Cháli dijera, enmendar los yerros del sistema de abastecimiento?

Un vejete de pelo blanco, empleado del vagón, daba gritos al gentío exhortándole a formar fila a lo largo del vagón, a que no intentaran colarse, pues habría sitio para todo el mundo. Se notaba que esto último lo decía sin mucho convencimiento. Detrás de Oleg la cola crecía por momentos. Oleg se percató en el acto de una maniobra que temía se produjera: la maniobra de algunos de desbaratar la fila abriéndose paso a través de ella para subir los primeros. El iniciador fue un individuo belicoso y gesticulador, cuya treta le permitió aproximarse a la misma puerta del vagón. Cualquier profano le habría tomado por chiflado y, en consideración a su estado psíquico, no hubiese tenido inconveniente en dejarle pasar. Mas Oleg inmediatamente reconoció en él a un preso común por sus características maneras de amedrentar a la gente. Y en pos del vocinglero sujeto presionaban protestando otros más normales y pacíficos: «¿Por qué no podemos subir nosotros y ese sí?».

También Oleg, naturalmente, hubiese podido valerse de la misma estratagema para asegurarse una litera. Pero tantos años de argucias le tenían hastiado; quería actuar honestamente, con orden, tal como recomendaba el viejo empleado del tren.

Este, de todos modos, no cedía el paso al bravucón, quien arremetía contra él empujándole en el pecho y haciendo uso de un lenguaje pasmosamente soez con la naturalidad de quien pronuncia las palabras más corrientes del léxico. Y en la cola ya empezaban algunos murmullos compasivos:

—¡Qué pase! ¡Es un hombre enfermo!

Oleg, entonces, abandonó como una centella su sitio. En unas zancadas se plantó ante el pendenciero y en su mismo oído, sin compadecerse de su tímpano, le vociferó:

—¡Eh, tú! ¡Que yo también soy de *allí*!

El otro se apartó, frotándose la oreja.

—¿De dónde?

De sobra sabía Oleg lo débil que estaba para meterse en peleas; tampoco ignoraba que sus últimas fuerzas se agotaban ya. Pero, por lo que pudiera suceder, tenía desembarazados sus dos largos brazos, mientras el bravucón tenía uno ocupado con una cesta. Se encaró arrogante con él y, contrariamente a como le hablara antes, le dijo en tono bajo y significativo:

—De allí donde noventa y nueve lloran y uno ríe.

La gente de la cola no comprendía la medicina que le habían suministrado al belicoso, pero vio que se le bajaban los humos, que parpadeaba y que respondía al larguirucho con abrigo militar:

—No, si no digo nada. Por mí, puedes subir si quieres.

Pero Oleg se quedó allí de pie junto al bravucón y al empleado del tren. En el peor de los casos, no estaba mal situado para meterse en el vagón. Sin embargo, los atacantes se fueron retirando a sus respectivos puestos en la cola.

—Bien, de acuerdo —accedió a regañadientes el belicoso—. Esperaremos.

Y ante ellos pasaron viajeros cargados con cestos y cubos. Bajo un trozo de saco asomaba a veces un rábano rosado violáceo, gordo y alargado. Dos de cada tres personas enseñaban billetes con rumbo a Karagandá. ¡Y para esa clase de gente había impuesto Oleg orden en la cola! También subían al tren viajeros normales y corrientes, incluida una mujer de respetable aspecto, con chaqueta azul. En cuanto Oleg se metió en el vagón, el alborotador le siguió imperturbable.

Oleg recorría el vagón con paso rápido, cuando descubrió una litera para equipajes, cómoda por su disposición y casi vacía.

—¡Bien! —anunció—. Esta cestita la cambiaremos ahora de lugar.

—¿Adónde? ¿Cuál? —se alarmó cierto individuo cojo, pero de robusta complexión.

—¡Esa! —le contestó Oleg desde arriba—. No hay sitio para que las personas se acuesten.

Se instaló enseguida. De momento, puso el macuto a la cabecera tras sacar la plancha de él; se quitó el abrigo y lo extendió en la tabla, y se despojó de la guerrera. Allí arriba podía permitírselo todo. Y, por fin, se tumbó para reposar. Sus piernas, enfundadas en botas del cuarenta y cuatro, pendían hasta media pantorrilla sobre el pasillo del vagón, pero tan alto que a nadie molestaban.

Abajo también se acomodaban y, más apaciguados, los viajeros iban trabando conocimiento unos con otros.

El cojo resultó ser un tipo sociable. Contó que había sido asistente de veterinario.

—¿Y por qué abandonó su profesión? —le preguntó alguien, sorprendido.

—¡Qué quiere! Prefiero vivir de la pensión de inválido y traficar con verduras que responder en el *banquillo* por la muerte de cada ovejuela —explicó el cojo a viva voz.

—¿Qué hay de malo en ello? —intervino la mujer de la chaqueta azul—. En tiempo de Beria perseguían a los que traficaban con verduras y frutas. Ahora sólo detienen a los que negocian con artículos manufacturados.

Probablemente el sol enviaba ya sus últimos rayos, pero estos quedaban ocultos por el edificio de la estación. En los asientos de abajo todavía se disfrutaba de cierta claridad, pero arriba, donde estaba Oleg, predominaban las tinieblas. Los viajeros de primera clase y los del coche-cama paseaban por el andén, mientras los del vagón de tercera seguían sentados en el sitio que habían logrado ocupar o se afanaban por buscar lugar para sus bultos. Oleg se estiró cuan largo era. ¡Se estaba tan bien así! ¡Con lo terrible que era viajar dos días y dos noches con las piernas encogidas en los trenes de mercancías que utilizaban para el traslado de presos! En un compartimiento como aquel viajaban mal 19 personas, pero si fuesen 23 viajarían aún peor.

Otros no sobrevivieron. Él, sí. Y no había muerto de cáncer. Y el destierro se resquebrajaba ya como la cáscara del huevo.

Recordó el consejo del comandante de que se casara. Pronto le aconsejarían todos lo mismo.

¡Qué bien se estaba tumbado! ¡Qué bien!

Pero cuando el tren se estremeció y se puso en marcha, en el punto más importante de su pecho —allí donde se encuentra el corazón o donde está el alma— sintió un zarpazo que le tiraba hacia lo que dejaba. Se dio la vuelta, y se echó de bruces sobre el abrigo, y apretó su rostro crispado contra el anguloso macuto que contenía las hogazas de pan.

El tren corría. Las botas de Kostoglótov, como muertas, se bamboleaban sobre el pasillo con las punteras hacia abajo.

1963-1967

Comentario del autor sobre la obra

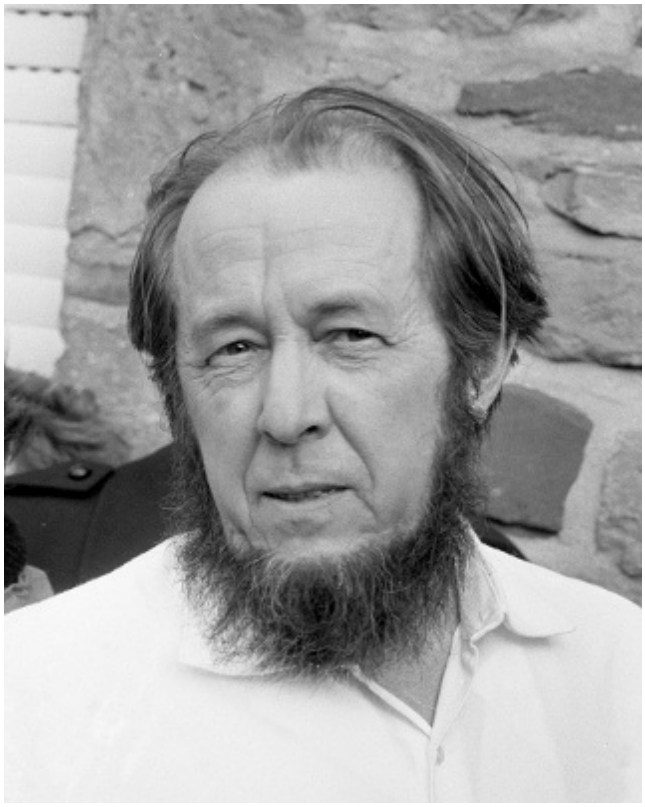
La idea de esta novela surgió en la primavera de 1955 en Tashkent, el mismo día en que dejé el pabellón de cáncer. Sin embargo, el proyecto no avanzó hasta el mes de enero de 1963, fecha en que comencé la novela, aunque se vio pronto arrinconada porque empecé a trabajar sobre *La rueda roja*. En el año 1964, el autor viajó a Tashkent, al hospital oncológico, a fin de encontrarse con los especialistas que lo habían tratado y de precisar algunas circunstancias médicas. A partir de otoño de 1965, después de que al autor le confiscaran el archivo, en una época en que el material para *Archipiélago* se elaboraba en la clandestinidad, fuera de ella sólo podía escribir esta novela. En primavera de 1966 se terminó la primera parte, que se ofreció a *Novy Mir* y, al ser rechazada, el autor la entregó al *samizdat*. En el año 1966 acabó la segunda parte, que corrió idéntica suerte. En otoño de este mismo año, en la sección de prosa del departamento moscovita de la Unión de Escritores, tuvo lugar una discusión sobre la primera parte. Este fue el máximo de legalidad que alcanzó la obra. En otoño de 1967, *Novy Mir* aceptó oficialmente la novela, pero no se pudo hacer nada más.

Entretanto, se dieron algunos pasos hacia la publicación de la novela, pero en el extranjero. En 1967, el autor cedió un capítulo, «El derecho a curar», para que se editara en Eslovaquia. En la primavera de 1968, se publicaron otros capítulos de la primera parte en la revista *Grani*$_y$ que los había recibido a través del *samizdat*. Al mismo tiempo aparecieron algunos fragmentos en el suplemento literario del *Times* y, en Milán, la editorial italiana Il Saggiatore publicó toda la primera parte, en ruso, aunque con grandes errores. En el mismo año 1968 aparecieron dos ediciones completas en ruso: en la editorial Posev, de Frankfurt, y en Ymca Press, de París.

La presente edición es la primera que ha verificado el autor y es la definitiva.

Kostoglótov es el resultado de la mezcla de la biografía de un amigo, sargento en el frente, y de la experiencia personal del autor. El prototipo de Rusánov es un enfermo que estuvo mucho tiempo en el hospital y cuyo comportamiento responde al testimonio de varios enfermos de su mismo pabellón; su retrato también responde al de dos personas: un alto funcionario del NKVD y un responsable del Partido en una escuela. La historia médica de Vadim Zatsyrko —que es verdadera— se superpone a

la personalidad de su hermano, al que el autor conoció y que no estaba enfermo. Yefrem Poddúyev es también el resultado de otra mezcla de dos prototipos. Diomka es la amalgama de un alumno desterrado en Kok-Terek y de un chico de Tashkent con la pierna enferma. Shulubin no tiene modelos peculiares. En su mayoría, los enfermos restantes se describen tal como eran, e incluso llevan su propio nombre. También se describen, casi sin cambios, los responsables de la sección de radioterapia y de cirugía (sus nombres verdaderos eran L. A. Dunnáyeva y A. M. Státnikov).



ALEKSANDR ISÁYEVICH SOLZHENITSYN. (Kislovodsk, Rusia, 11 de diciembre de 1918 —Moscú, Rusia, 3 de agosto de 2008). Fue un escritor e historiador ruso, Premio Nobel de Literatura en 1970.

Hijo de un terrateniente cosaco muerto poco antes de que naciera y una maestra, pasó su infancia en Rostov del Don y estudió en la Universidad de esta ciudad matemáticas y física; ya entonces intentó publicar algunos trabajos.

Se graduó en 1941 y empezó a servir ese mismo año en el Ejército soviético hasta 1945, en el cuerpo de transportes primero y más tarde de oficial artillero.

Fue detenido en febrero de 1945 en el frente de Prusia Oriental, cerca de Königsberg (hoy Kaliningrado), poco antes de que empezara la ofensiva final del Ejército soviético que acabaría en Berlín. Fue condenado a ocho años de trabajos forzados y a destierro perpetuo por opiniones antiestalinistas que había escrito a un amigo.

En 1950 fue trasladado a un campo especial en la ciudad de Ekibastuz, en Kazajistán, donde se gestó *Un día en la vida de Iván Denísovich*. En la década de los cincuenta el autor trabajaba de presidiario minero, albañil y forjador, y contrajo un tumor del que fue operado; el cáncer se le reprodujo y esa experiencia sirvió de material para su novela *Pabellón del cáncer*, que terminó en 1967.

En 1969 fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos por denunciar que la censura oficial le había prohibido varios trabajos, pudiendo apenas publicar las novelas *El primer círculo* (1968), *El pabellón del cáncer* (1968–1969) y *Agosto de*

1914 (1971) y en 1974, desposeído de la nacionalidad soviética y deportado a Alemania.

El galardón del Premio Nobel de Literatura de 1970 acudió en su ayuda; declinó sin embargo, ir a Estocolmo por temor a que las autoridades soviéticas no le permitieran regresar y también, para ultimar su obra más conocida, el monumental *Archipiélago Gulag*. Tras un periodo en Suiza, fue invitado por la Universidad de Stanford para residir en Estados Unidos. Tras veinte años en este país, y habiendo recuperado la nacionalidad soviética, en 1994, regresó a Rusia.

Notas

[1] *Komsomol* (Unión Comunista Leninista de la Juventud), organización de juventudes comunistas, fundada en 1918 como auxiliar y reserva del Partido. <<

[2] MGB (Ministerstvo Mosudarsvennoi Bozopasnosti). Ministerio de Seguridad del Estado. <<

[3] Curso breve, cuarto capítulo: el capítulo IV del *Curso breve de la historia del Partido Comunista de la URSS* está dedicado a cuestiones filosóficas. <<

[4] Tolstói: Rusánov se refiere a Alexéi Nikoláyevich Tolstói, muerto en 1945, mientras que sus compañeros de sala aluden al célebre conde Lev Tolstói, autor de *Guerra y paz*, *Anna Karénina*, *Resurrección*, etc. No había entre ambos ningún grado de parentesco. <<

[5] Referencia a un artículo de Lenin sobre la trascendencia política de la obra de Lev Tolstói y de una alusión del mismo al vegetarianismo del escritor. <<

[6] Korcnaguin: protagonista de *Cómo se forjó el acero*, novela de Nikolái A. Ostrovski (1904-1936). Matrósov: héroe de la segunda guerra mundial. <<

[7] Tolstói fue excomulgado por el Santo Sínodo por atacar sus dogmas. <<

[8] *Zemstoo*: asamblea regional electa, creada en 1864 por el zar Alejandro II. <<

[9] Karakalpak: habitante de la república autónoma de Kara-Kalpak, en Uzbekistán. <<

[10] Lavrenti Pávlovich: nombre y patronímico de Beria (1899-1953), jefe de la Checa en Georgia (1921-1931) y después de otros cargos, vicepresidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior; acusado de traición en 1953 en un proceso secreto, fue condenado a muerte y ejecutado. <<

[11] Artículo 58: artículo del Códieo Penal relativo a los delitos políticos. <<

[12] *Rajat-lukum*: confitura elaborada con harina, azúcar, fécula y almendra o avellana, parecida al turrón. <<

[13] La Asamblea Constituyente fue disuelta por Lenin en enero de 1918. <<

[14] Majorka: tabaco de poca calidad. <<

[15] Mijaíl Yúrievich Lérmontov (1814-1841), destacado poeta del romanticismo ruso. <<

[16] Evenkos: habitantes de una región de la meseta central de Siberia; antiguamente se les conocía por el nombre de «tungusos». <<

[17] S. M. Budionny (1883-1973), cosaco del Don, héroe legendario de la guerra civil. <<

[18] Pioneros: miembros de la organización infantil comunista. <<

[19] «Filme trofeo»: películas incautadas por el ejército soviético en Alemania al final de la guerra. <<

[20] Príncipe Bolkonski: personaje de la novela *Guerra y paz*, de Lev Tolstói. <<

[21] H. G. Wells (1866-1946), escritor y publicista inglés; opinaba que la solución de las contradicciones sociales residía en las reformas derivadas del progreso técnico. <<

[22] *La conquista de Pierna*: película soviética sobre la conquista de Plevna por las tropas rusas en la guerra ruso-turca de 1877-1878. <<

[23] Norilsk: lugar de detención en las zonas subpolares de Siberia. <<

[24] Alupka: ciudad de Crimea a orillas del mar Negro. <<

[25] Buryat-Mongolia: república situada a orillas de lago Baikal. <<

[26] Academia umiriázev: principal centro de estudios agronómicos de la URSS. Lleva el nombre del académico Timiriázev (1843-1920). <<

[27] Saltykov-Shedrín (1826-1889), escritor ruso satírico y demócrata revolucionario. <<

[28] GPU (Gosudárstvennoie Politícheskoie Upravlenie): nombre dado a la policía soviética después de la supresión de la Checa (1922) y suprimida en 1934. <<

[29] *La ondina*: ópera basada en la obra del mismo título de A. S. Pushkin, con música de Dargominski. <<

[30] N. K. Krúpskaya (1869-1939): revolucionaria rusa, se casó con Lenin en 1897 y compartió su vida de jefe revolucionario. Tras la revolución de 1917 se consagró definitivamente a los problemas de la educación y, ya viuda, conservó gran popularidad y cierta influencia política. <<

[31] G. K. Ordzhonikidze (1866-1937), llamado Sergo, político y activista amigo de Stalin. <<

[32] Licencia oficial: en la Unión Soviética, algunos trabajos se podían realizar por cuenta propia mediante el pago de una contribución. <<

[33] Piotr Alexévevich Kropotkin (1842-1921), científico, miembro de la organización anarquista fundada por Baxunin. <<

[34] Vladímir Serguéyevich Soloviov (1853-1900), filósofo y poeta que trató de incorporar a la filosofía la sinceridad religiosa. <<

[35] Nikolái Konstantínovich Mijailovski (1842-1904), sociólogo liberal, enemigo acérrimo del marxismo. <<

[36] *El poder de las tinieblas*: obra dramática de Lev Tolstói. <<

[37] Claude Farrére: pseudónimo del escritor francés Frédérich-Charles Bargone (1876-1957). <<

[38] Número 58: artículo del Código Penal por el que Kostoglótov fue juzgado y condenado. <<

[39] Turujansk: inmenso presidio natural al que el zarismo desterraba a los revolucionarios peligrosos, situado en el curso inferior del río Yeniséi, cerca del círculo polar; en él cumplió condena Stalin. <<

[40] Las adolescentes y jóvenes solteras uzbekas se peinan con muchas trencitas finas, costumbre que ya no siguen de casadas; entonces se hacen dos gruesas trenzas que se enrollan a la cabeza. <<

[41] NKVD (Narodnyí Komissariat Vnoutrennykh Delá): comisariado del pueblo de Asuntos Exteriores, al que fue integrada en 1934 la GPU, encargada de la seguridad del Estado soviético. <<

Notas de la traductora

§ *Kostoglótov*: El apellido Kostoglótov está compuesto de las palabras «hueso» y «roen». *(N. de la T.)* <<

§ *puds*: Medida de peso rusa, equivalente a 16,38 kilos. *(N. de la T.)* <<

§ *válenki*: Botas de fieltro de mucho abrigo, pero útiles sólo para andar sobre la nieve helada y en modo alguno para utilizarlas en días de lluvia. *(N. de la T.)* <<

§ *Agu-Baly* Opera uzbeka. *(N. de la T.)* <<

§ *chechmek*: Vocablo de valor despectivo. *(N. de la T.)* <<

§ *agua hirviente*: En las estaciones ferroviarias soviéticas hay permanentemente una caldera de agua hirviendo para que los viajeros puedan prepararse su té y tomarlo en los vagones. *(N. de la T.)* <<

§ *auf die leichte Shulter*: A la ligera (expresión alemana. Textualmente «sobre los hombros ligeros»). *(N. del A.)* <<

§ *Wir haben lang genug geliebt*: «Ya hemos amado demasiado tiempo», verso de Georg Herwehgh (1817-1875), poeta lírico alemán. *(N. de la T.)* <<

§ *Und wollen endlich bassen*: «¡Y queremos por fin odiar!». *(N. de la T.)* <<

§ *Wir haben lang genug gehasst und wollen endlich lieben*!: «Ya hemos odiado demasiado tiempo ¡y queremos por fin amar!». *(N. de la T.)* <<